Lucio Colletti



EL MARXISMO Y EL "DERRUMBE" DEL CAPITALISMO

Fondo documental **EHK** Dokumentu fondoa

Euskal Herriko Komunistak

LUCIO
COLLETTI

EL MARXISMO
Y
EL "DERUMBE"
DEL
CAPITALISMO

Antología sistemática de
textos de Marx, Bernstein,
Cunow, Schmidt, Kautsky,
Tugán-Baranovski, Lenin,
Hilferding, Bauer, Luxem burg,
Bujarin y Grossmann

**Edición preparada
por
José Aricó**

Nota de EHK sobre la conversión
a libro digital para facilitar su estudio.
En el lateral de la izquierda aparecerán
los números de las páginas que
se corresponde con las del libro original.
El corte de página no es exacto,
porque no hemos querido cortar
ni palabras ni frases,
es simplemente una referencia.

Este trabajo ha sido convertido a libro digital
para uso interno y para el estudio e investigación
del pensamiento marxista.

Euskal Herriko Komunistak
http://www.abertzalekomunista.net

primera edición en español, ampliada, 1978

ISBN 968-23-0241 N.C.
en coedición con siglo XXI de españa editores, s. a.
primera edición en italiano, 1970

título original: il futuro del capitalismo, crollo o sviluppo?

impreso y hecho en móxico
printed and made in mexico

ÍNDICE

INDICE

ADVERTENCIA

La Edición en español de la antología sobre el debate acerca de la existencia o no en la doctrina marxista de una teoría del derrumbe económico del capitalismo, presenta algunas variantes de importancia con respecto a las ediciones italianas de 1970 y 1976. Dada la importancia de la serie de artículos de Kautsky sobre las crisis, hemos incluido el texto completo. Por la misma razón ampliamos considerablemente la sección dedicada a Tugán-Baranovski; es así que además de los fragmentos de sus Theoretischen Grundlagen des Marxismus que incluye la edición italiana, incorporamos un capítulo de su libro sobre las crisis comerciales en Inglaterra, ofreciendo de este modo un cuadro más completo de las posiciones de un teórico cuyas elaboraciones estuvieron —y hasta cierto punto están— en el centro del debate sobre el problema de las barreras y de los límites de la sociedad capitalista.

Hemos incorporado también el texto íntegro del artículo de Otto Bauer dedicado al análisis del libro de Rosa Luxemburg, *La acumulación del capital*, y el capítulo quinto de la obra de Nicolai Bujarin dedicada a refutar las concepciones de la revolucionaria polaca. Al ampliar de este modo el volumen original, hemos querido proporcionar al lector de habla española textos de muy difícil acceso y que, no obstante, son permanentemente citados o comentados en los libros que versan sobre la teoría marxiana de la acumulación y de las crisis.

Tanto la introducción como las notas introductorias de cada uno de los autores incluidos fueron redactadas por Lucio Colletti, excepto las notas dedicadas a Otto Bauer y Nicolai Bujarin que pertenecen al recopilador de la presente edición en español-

Al pie de cada trabajo se incluyen los datos de donde fue tomado y el nombre del traductor. Las referencias de páginas de *El capital* de Marx se refieren siempre a la edición de Siglo XXI Editores.

El marxismo y el derrumbe del capitalismo complementa la recopilación de los textos de los economistas no marxistas preparada por Claudio Napoleoni y recientemente publicada por esta misma editorial. Aunque la presente antología se cierra con el capítulo conclusivo del libro de Henryk Grossmann, La ley de la acumulación y del derrumbe del sistema capitalista, la discusión sobre este tema se

ha prolongado hasta el presente en los círculos marxistas, recorriendo varias etapas. El lector interesado podrá conocer los argumentos fundamentales de la discusión suscitada en la década de los treintas, a través de la lectura de los trabajos de Natalie Moszkowska, Henryk Grossmann, Karl Korsch, Fritz Sternberg y Antón Pannekoek, que se están publicando en los Cuadernos de Pasado y Presente.

JOSÉ ARICÓ

LUCIO COLLETTI

13

INTRODUCCIÓN

I

En el lenguaje común, el término ‘'capital” o "capitalismo” sirve actualmente para indicar una situación en que materias primas, instalaciones y medios de trabajo —de propiedad de uno o más empresarios privados asociados— son puestos en acción y funcionamiento por trabajadores jornalizados a cambio de un "salario”. Independientemente de los sentimientos o de los juicios de valor que acompañen a la palabra, fautores y adversarios del “capital”, empresarios y sindicalistas, conservadores y revolucionarios, confieren hoy a este término, con mayor o menor claridad, el significado que se apuntó, vale decir el de un sistema económico-social donde a la propiedad privada (pero no necesariamente personal) de los medios de producción, por una parte, le corresponde, por la otra, una masa de trabajadores asalariados.

Si bien no siempre se tiene conciencia de ello, esta definición de “capital”, que hoy tiene tan amplia cabida en el lenguaje común, está caracterizada por dos requisitos muy importantes. El primero es que no considera el capital como un conjunto de *cosas* sino como una relación social. Vale decir no considera capital al simple instrumento de producción o a la materia prima como tal, sino que, por el contrario, considera que el capital es la propiedad privada de los medios de producción y, más, no sólo esta propiedad (ya que el artesano medieval también puede disponer de ella), sino esta propiedad en cuanto se produzca y se incremente mediante la compraventa de la fuerza de trabajo, vale decir mediante el obrero a jornal. El segundo es que —considerando el capital como una relación social— esa definición expone por lo mismo la idea de que el modo de producción capitalista es un fenómeno *histórico*, vale decir un modo de producción particular y surgido en el tiempo, que así como comenzó a existir en cierta época, mientras que antes no existía, también podría volver a no existir en el futuro.

El lector ya comprendió que esta definición de "capital” —que hoy casi se ha tornado de sentido común al empuje y por la naturaleza

misma de las luchas económicas y sociales desarrolladas en nuestro siglo— tiene su origen en la obra de Marx, l.o que en cambio quizás no conozca tan bien es que a la sustancial univocidad que posee el término “capital” en el lenguaje común no le corresponde nada similar en el nivel de la teoría económica, donde no sólo el campo aparece irremediablemente dividido entre posi ciones de principio recíprocamente contrapuestas, como la del marxismo y las de la ciencia económica restante, sino donde, si uno se restringe a esLe último dominio (que además, y con mucho, es el de mayor extensión), a menudo resulta directamente insensato querer plantearse y discutir un problema como el que proporciona objeto y título al presente volumen.

14

Para salir inmediatamente de lo genérico, tomemos la *Positive Theorie des Kapitals* [Teoría positiva del capital] de Böhm-Bawerk. Como se sabe, se trata de una de las obras más importantes del pensamiento económico después del viraje "marginalista". En el prefacio a la cuarta edición de 1921, von Wieser escribe que, "si se prescinde de *El capital* de Marx”, ésta “es la obra teórica que más ocupó los espíritus desde la época clásica de nuestra ciencia”.[1] Schumpeter dedicó a su autor un vasto ensayo que luego fue recopilado en *Diez grandes economistas*. Por añadidura, Böhm-Bawerk es uno de los pocos marginalistas que conoció de primera mano la obra de Marx. Pues bien, el concepto de capital que expone resulta tal que para él el capital lo es todo: el arco, la flecha, la piedra o el palo con que el salvaje abate su presa, y cualquier cosa que sirva como medio de procurarse otra. ("En general llamamos capital —escribe Böhm-Bawerk— a un conjunto de productos que sirven como medios de adquisición de bienes.”)[2] En resumen: es todo lo que se ha producido para servir a la producción ulterior (el capital —explica— es “un conjunto de productos destinados a servir a la producción ulterior o, en fin, dicho brevemente, un *conjunto de productos intermedios*”)[3]. En una palabra: es el *medio de producción* como tal, independientemente de las relaciones históricas y sociales en que se lo emplee. Y dado que el capital es todo aquello de que el hombre se sirve como instrumento o factor intermedio en el trabajo, además de su propia mano (“la producción que va directamente al objetivo *desarmata manu* representa —dice Böhm-Bawerk— la producción *sin capital*”; en cambio “la producción que sigue sabiamente procesos

---

[1] Eugen Böhm-Bawerk, *Teoría positiva del capitale*, Turín, 1957, pp. LXI-II.
[2] Ibid., p. 41.
[3] Ibid.

indirectos, no es otra cosa que lo que los economistas llaman producción *capitalista*"),[4] está claro no sólo que, en el límite, “no existe una producción absolutamente sin capital”,[5] sino que todas las complejas cuestiones históricas y sociales ligadas al problema de la formación del capitalismo ya no tienen razón de ser para Böhm-Bawerk. Y, en efecto, al encarar en el capítulo 4 del libro II “la teoría de la formación del capital”, él da significativo comienzo a su análisis con estos términos: “Imaginémonos, para exponer primeramente la cosa del modo más simple que se pueda pensar, a un solitario absolutamente desprovisto de capitales, a una especie de Robinson arrojado a una playa solitaria y despojado de todo recurso. Estando, como está, sin capital, ante todo debe procurarse su sustento de la manera más primitiva, por ejemplo juntando frutos salvajes. Ahora bien, ¿qué debe suceder para que entre en posesión de un primer capital, por ejemplo de un arco, de una flecha?” [6]

15

El lector está en condiciones de captar, ya en este punto, que en todo el pensamiento de Böhm-Bawerk, cuyos fundamentos últimos son más o menos los mismos, comunes a toda la economía política posterior a Marx, no hay espacio alguno para un discurso sobre el destino del capitalismo como el que constituye el objeto del presente volumen. Para él, de hecho, el capitalismo no es un fenómeno histórico, algo surgido en el tiempo y destinado a pasar, sino una institución que subsiste desde los orígenes del mundo. “La producción directa —escribe Böhm-Bawerk— es idéntica a la producción no capitalista, y la indirecta a la capitalista.”[7] Por ende, ni bien el rebaño de homínidos agarra una clava y deja de vivir *desarmata manu*, nace el capitalismo.

Como destacó Schumpeter, que lo tuvo de maestro, al analizar *Positive Theorie des Kapitals*, el problema que Böhm-Bawerk enfrentaba consistía en “descubrir las leyes más generales que, al margen del tiempo y del lugar, se manifiestan en todo sistema económico”.[8] En su obra, por ende, "el trasfondo sociológico está solamente insinuado”, por cuanto Böhm-Bawerk piensa “que los elementos básicos que constituyen el objeto de su estudio tienen la suficiente consistencia como para hacerse sentir en cualquier situación real”. “La cuestión del marco preciso en que estos

---

[4] Ibid., p. 17.

[5] Ibid., p. 118.

[6] Ibid., p. 135.

[7] Ibid., p. 109.

[8] Joseph A. Schumpeter, *Diez grandes economistas*: de Marx a Keyncs, Madrid, Alianza, 1971, pp. 220.

elementos se mueven como el problema de la estructura de clases y sus funciones económicas” —prosigue Schumpeter—, no interesa al autor, y “no habría sido para él más que un apartamiento del tema principal”. Por lo tanto —concluye—, la definición de capital que ofrece Böhm-Bawerk “pretende resaltar e! hecho de que todas esas características que han sido atribuidas al capitalismo tanto por la ciencia como por la crítica social, nada tienen que ver con la esencia del proceso capitalista de producción, y que, en especial, la propiedad privada de los medios de producción en general y de los bienes de capital en particular, el sistema de trabajo asalariado, la producción para el mercado, etcétera, son irrelevantes en relación con la esencia del proceso capitalista”, porque "casi todos los procesos productivos son ‘capitalistas’ y la única diferencia estriba en el grado en que lo sean”.[9]

16

Schumpeter tiene razón cuando dice que el problema de BöhmBawerk era describir "las leyes más generales que se manifiestan en todo sistema económico". Pero lo que falta en su texto es la indicación de cómo, planteada en estos términos, la empresa debía resultar infundada y vana. En efecto, si lo que diferencia a los varios sistemas económicos entre sí son las *distintas relaciones sociales* en las que, en cada uno de ellos, se produce la riqueza, resulta evidente que las "leyes comunes” a todos esos sistemas —pudiéndose obtener solamente mediante la exclusión o el soslayamiento de lo que los diversifica entre sí (y, por lo tanto, de las relaciones sociales de producción)— no pueden dejar de reducir la actividad económica a lo que Marx llamaba el “proceso simple de trabajo”, vale decir a la relación simple entre el hombre aislado y la naturaleza. Con otras palabras, la pérdida de la dimensión histórica también es en este caso la pérdida de la dimensión "sociedad”. Y ello explica no sólo por qué, en la *Positive Theorie*, Böhm-Bawerk siempre debe partir de Robinson Crusoe, sino por qué —en transparente polémica con Marx, que tildara de *Robinsonaden* "al cazador o pescador individual y aislado con que comienzan Smith y Ricardo”— debe tejer el elogio de estos métodos. “Las robinsonadas y la descripción de estadios primitivos —escribe BöhmBawerk— resultan excelentes para aclarar los rasgos fundamentales típicos más simples, que en cierto modo son el esqueleto de los procesos económicos, y a este fin espero que también nuestras robinsonadas hayan cumplido cabalmente con su cometido.”

[9] Ibid., pp. 228, 232-233.

Por ende, para Böhm-Bawerk, el esqueleto de los modernos procesos económicos, sus estructuras fundamentales, ya están contenidas en su totalidad en los actos simples de Robinson. Naturalmente, advierte que las robinsonadas "no pueden procurarnos una imagen eficaz de las formas particulares y derivadas con que estas líneas esqueléticas se revisten en la realidad viviente de una economía moderna". Pero para "trasladar la escena de la orilla solitaria de nuestro Robinson al centro de la economía de una gran nación con millones de habitantes", Böhm-Bawerk piensa que basta "llenar las fórmulas abstractas con representaciones plástiais y vivas" [10] : como decir que las leyes generales del proceso económicosocial moderno se extraen del análisis del comportamiento del hombre aislado, sin la sociedad y fuera de ella, y que los "hechos sociales", en un segundo momento, son introducidos a guisa de "ejemplos" o "ilustraciones" de aquellos "rasgos fundamentales típicos", o si no como casos "particulares y derivados" de aquellas "líneas esqueléticas".

Aquí se patentizan con claridad ejemplar toda una mentalidad y una concepción del mundo que uno se equivocaría crasamente considerándolas fruto de la imaginación personal del individuo Böhm-Bawerk. Las leyes "fundamentales" de la vida económica y de la producción social se obtienen mediante el análisis del comportamiento del hombre *fuera* de la sociedad. Los caracteres de la vida asociada se deducen de la existencia asocial, y dado que se considera la sociedad como un simple amontonamiento de individuos, vale decir una suma de entidades que, al agregarse, no sufren alteración alguna, también se comprende cómo se la puede definir sobre la base de su negación.

La más importante consecuencia que de ello deriva es la que ya puso de relieve Sweezy a propósito del libro de Lionel Robbins, *Ensayo sobre la naturaleza y significación de la ciencia económica,* a saber: la dificultad de concebir la economía política como lo que por otra parte —al menos en abstracto— todos los economistas admiten que es: una ciencia social. En este caso, efectivamente, la economía política tiende de continuo a resbalar del plano liistórico-social al naturalista ("Difícilmente exista" —así principia Böhm-Bawerk en su tratado— "sistema o manual de economía política que en alguna parte no contenga argumentaciones de carácter naturalista. Por regla general, es en el capítulo de la producción donde encuentran

[10] Böhm-Bawerk, op. cit., p. 138.

ubicación semejantes exposiciones").[11] Como si en vez de ser una ciencia social la economía política pudiese confundirse con la tecnología.

Entonces se explica lo que de otro modo parecería inverosímil: cómo, ante la variedad y las complicaciones de los conceptos de “capital”, Böhm-Bawerk puede proponer a los estudiosos de economía política, al definir este concepto, que consideren que “ningún hombre ignora de qué modo se forma una garlopa o una máquina de vapor”, que “cualquiera tiene una representación suficientemente exacta de la acción de una garlopa, de una máquina, de un arado o de una materia bruta en la producción” y que, por ende, “no hubiera resultado necesario sino excluir de estos hechos los rasgos particulares y describir con palabras apropiadas los rasgos típicos de los mismos, tras lo cual se habría casi completado una teoría de la formación y de la función del capital”.[12]

18

Con otras palabras, el sistema económico no se considera fundamentalmente en términos de relaciones entre individuos e individuos y, por lo tanto, también entre clases (relaciones sociales), sino en términos de relaciones entre individuos y cosas. Obviamente, esto no significa que el economista moderno no se preocupe para nada por las relaciones sociales de la producción. Al contrario, está continuamente empeñado en investigaciones de ese tipo, y es naturalmente cierto que en la aplicación o el uso del aparato conceptual de la teoría económica, resulta imposible no tener de algún modo en cuenta las relaciones sociales. Pero el hecho —como observó Sweezy— es que “la construcción de este aparato conceptual está proyectada para superar cualquier juego particular de relaciones sociales”, bajo el presupuesto de que es "igualmente aplicable a Robinson Crusoe y a diversos tipos de economía social”. El resultado —prosigue— es que “la exposición de la teoría económica es principalmente un proceso de construcción e interrelación de conceptos que han sido despojados de todo contenido específicamente social”, de tal manera que, por ejemplo —si bien el término “salario”, en el lenguaje común, significa “las cantidades de dinero pagadas a intervalos cortos, por un patrono a sus obreros asalariados”—, “la teoría económica, sin embargo, ha vaciado este contenido social y ha redefinido la palabra como el producto, ya se exprese en valor o en términos físicos, que es imputable a la actividad humana empeñada en un proceso productivo en general”. Así —

[11] Ibid., p. 5.
[12] Ibid., p. 104.

concluye Sweezy— “Robinson Crusoe, el artesano independiente y el pequeño propietario agrícola, lo mismo que el trabajador fabril, ganan todos un salario, aunque en el habla común, por supuesto, sólo el último pueda considerarse propiamente como un asalariado”. Y, de tal modo, “el ‘salario’ se convierte en una categoría universal de vida económica [...], en vez de una categoría adecuada a una forma histórica particular de sociedad”.[13]

Hemos insistido tanto en el ejemplo de Böhm-Bawerk no sólo porque se trata de un autor —a su modo— “clásico”, cuyas posiciones pueden considerarse con razón típicas y ampliamente representativas del pensamiento económico moderno (si no directamente contemporáneo), sino porque, arrancando de ese ejemplo concreto, queríamos que el lector se detuviese a reflexionar en una circunstancia que —aunque en cierto sentido esté *a latere* de este volumen— resulta bastante significativa sin embargo.

Al someter a examen los textos compilados en la presente antología, el lector advertirá por cierto que el primer nombre de economista no marxista que aparece, después de John Stuart Mill, es el de Schumpeter. Ahora bien, Mill murió en 1873; Schumpeter, cuya *Teoría del desenvolvimiento económico* es de 1911, murió en 1950. Los manuales de historia del pensamiento económico no consideran el largo período que divide a estos autores como un tiempo de crisis o decadencia, sino como una época de profunda renovación teórica y de elevadísimo florecimiento de la ciencia económica. Los nombres que la constelan son los —celebérrimos— de Jevons y de Marshall, de Menger y de Böhm-Bawerk, de Walras y de Pareto, de J. B. Clark, de Wicksell, etcétera, y sin embargo ni uno solo de estos autores está incluido en nuestra compilación.

Descartamos las siempre invocadas "razones de espacio’’ que, en este caso, no hacen en absoluto a la cuestión. Mucho más sencillamente, la explicación es que estos autores jamás trataron ni, mejor, jamás dijeron nada del problema por el que nos interesamos. Y ello por el simple motivo de que para ellos el "capitalismo” es un poco como el *Weltgeist* para Hegel: algo de lo cual resultaría insensato preguntar si tiene un futuro o si "tiene tiempo suficiente, justamente porque está fuera del tiempo, es eterno”. Por lo tanto, si bien esos economistas no se ocuparon en toda su vida de otra cosa que del "capital" y del “capitalismo”, es bueno que el lector tenga claro que entre su concepto de "capital” y el que, sobre la base del marxismo y

[13] Paul M. Sweezy, *Teoría del desarrollo capitalista*, México, FCE, 1970, pp. 14-15.

de las vicisitudes históricas mundiales, hoy circula entre nosotros y sigue siendo motivo de luchas y disputas, la heterogeneidad resulta poco menos que absoluta. Aquí la identidad terminológica no debe inducir a engaño. Sobre todo en el caso de las escuelas marginalistas, el concepto de "capital” que tiene Marx y el de los demás economistas divergen radicalmente y no tienen casi nada en común.

La situación cambia en alguna medida a partir de Schumpeter. En efecto, la tentativa contenida en su libro de 1911 de formular "una teoría pura del cambio económico, que no se apoye meramente en factores externos para explicar el paso de los sistemas económicos desde una situación de equilibrio a otra”, al llevarlo a redescubrir la idea del *desarrollo* económico como un proceso generado por el sistema económico mismo y al empuje de factores endógenos, también lo prepara para discutir después el problema del destino histórico del capitalismo. Pero resulta significativo que lo nuevo que a este respecto entró con Schumpeter en el pensamiento económico contemporáneo haya entrado bajo el signo de un redescubrimiento de algunos temas de la obra de Marx. Y no es por casualidad que el autor mismo reconoció (si bien, a nuestro parecer, no sin una gran dosis de autoilusión) que la idea y la finalidad que estaban en la base de su *Theorie der wirtschaftlichen Entwick-lung* "son exactamente las mismas que subyacen en la doctrina económica de Karl Marx”. En efecto, “su concepción [de Marx] de la evolución económica como un proceso diferenciador en sí mismo y engendrado por el propio sistema económico —destaca Schumpeter— es precisamente lo que lo distingue de los economistas de su tiempo, así como de todos los que le precedieron”. “En todos los demás aspectos —prosigue— Marx se limitó a utilizar y a adaptar las tesis de la teoría económica de Ricardo; pero esa concepción de la evolución económica, formulada por lo demás dentro de un marco hegeliano superfluo, le pertenece por completo. Probablemente baste esto para explicar el hecho de que todas las generaciones de economistas, una tras otra, vuelvan su mirada a la obra de Marx, aun cuando sean muchas las cosas condenables que encuentren en ellas.”[14] Y, en la *History of economic analysis*, esto está dicho aún con mayor eficacia: ‘‘en su esquema general de pensamiento, el desarrollo no era, lo mismo que para todos los demás economistas de su época, un apéndice de la estática económica, sino el tema central. Marx concentró su potencia analítica en la tarea de mostrar el modo como el proceso económico, al

---

[14] Prefacio de Elizabeth Boody Schumpeter a Schumpeter, *Diez grandes economistas*, cit., pp. 9-10.

cambiar él mismo a causa de su propia lógica intrínseca, cambia constantemente el marco social, de hecho toda la sociedad”[15]

Por ende, sólo después de Schumpeter cambia un poco la situación. Pero a no ilusionarse: cambia en poco y sin que jamás se elimine el hecho decisivo que, entre la economía política del marxismo y la moderna *economics*, la diferencia en los métodos, en los fines y en el objeto mismo del análisis es tan profunda como heterogéneas las orientaciones de investigación que en ellas se originan hasta resultar, fuera de analogías que a menudo sólo son nominales, poco menos que incomunicables. No sólo los conceptos de “capital” y “capitalismo” continúan designando en ambos casos contenidos radicalmente distintos, como por lo demás resulta inevitable dada la diferencia de las respectivas teorías del valor, sino 3ue, sobre todo desde el punto de vista de la capacidad de entender la naturaleza *histórica* del capitalismo, siempre perdura la vieja incomprensión.

Esto es cierto incluso —por no decir en particular— en el caso de Keynes y de muchos keynesianos. Mientras que, de hecho, “la intención de Marx —como destacó Shigeto Tsuru— era representar del modo más simple posible la interrelación específica de agregados característicos del capitalismo", “y estaba especialmente ansioso de restringir las características históricamente específicas del capitalismo a diferencia de otros modos de producción", “los agregados keynesianos no conciernen necesariamente a la especificidad del capitalismo”: al contrario, “*en cuanto al contraste, los mismos agregados son neutrales, dentro del sistema keynesiano, con respecto a la especificidad del capitalismo, o sea que están reducidos por asi decir, al más simple denominador común para todos los tipos de sociedad*’’.[16] “Conceptualmente —prosigue Shigeto Tsuru—, los agregados de Keynes están perfectamente exentos de ambigüedad.” ‘‘Podemos aplicarlos a cualquier tipo de sociedad —ya sea una sociedad tribal primitiva o una sociedad socialista— y podemos referirnos a las relaciones que subsisten entre ellos [agregados], por medio de expresiones como la ‘propensión al consumo’, la ‘propensión a la inversión’, etcétera.” Pero también es cierto —continúa— que "los agregados de Keynes llegan a esa simple *unambiguity* sacrificando ciertas distinciones”. Y, después de haber destacado que, "de tal modo, las bases teóricas de los agregados de

[15] Schumpeter, *Historia del análisis económico*, Barcelona, Ariel, 1971, p. 638.

[16] Shigeto Tsuru, Keynes versus Marx: *The methodology of aggregates*, en Kenneth K. Kurihara (comp.), *Post-Keynesian economics*, Londres, 1955, pp. 336, 338-9. [Hay edic. en esp.]

Keynes se reducen, en última instancia, a aquellas relaciones entre medios escasos y usos alternativos que forman los fundamentos de la economía teórica moderna y que de hecho trascienden toda característica específica del modo de producción capitalista”, Shigeto Tsuru concluye, de manera significativa, que “un edificio teórico construido sobre estas bases está evidentemente en desventaja para desarrollar su ‘aparato analítico’, si por este término se entiende un aparato que explique los fenómenos de una sociedad particular, no en términos de cualesquiera leyes sino de leyes específicas pertinentes a esa misma sociedad”.[17]

21

Extraigamos conclusiones y tratemos de terminar el discurso alrededor de este primer punto. La conspicua presencia de autores marxistas (o inspirados en el marxismo) en esta antología no es casual. Constituye el reflejo —en parte incluso inadecuado— de una situación objetiva y de una primogenitura real, vale decir del hecho que, sin Marx y sin el movimiento práctico e ideal que se adscribió a sus principios, no sólo no habría surgido nunca una discusión sobre el destino del capitalismo, sino que —quizás— ni siquiera habría surgido nunca la conciencia de que esta sociedad es el *capitalismo* y el sistema capitalista está destinado a terminar. En efecto, por complejas y distintas que sean las teorías sobre el "capital” brotadas en contra o fuera del marxismo, lo que las armoniza un poco a todas es siempre la idea de que, en el fondo, el "capital” también es el arco de Robinson y resulta imposible o doloroso para la humanidad imaginar siquiera la eliminación de... "este arco” en el futuro.

Lo cual, obviamente, no significa que —antes de Marx— nadie haya postulado nunca la eventualidad del fin del capitalismo. Aparte de los méritos que el mismo Marx les reconoció a Sismondi y a Richard Jones en lo atinente a la identificación de la naturaleza histórica del capitalismo, aquí se debe reafirmar la importancia e incluso el valor de sugerencia y anticipación que, con respecto a su pensamiento, tuvieron por cierto las previsiones de Smith acerca de la declinación futura de la tasa de ganancia o la ley ricardiana de los rendimientos decrecientes de las tierras o determinadas consideraciones de John Stuart Mill.

22

Sin embargo, también es cierto que, después de haber tenido en cuenta todo, queda una diferencia. En efecto, la novedad aquí apuntada por el marxismo no consiste tanto o solamente en haber postulado el *fin* de lo que la economía política asumió a menudo, y

[17] Ibid., pp. 336, 344.

sigue asumiendo, como un dato permanente, sino, más bien, en haber expuesto ese fin en los términos de un *paso histórico* a una nueva forma de organización de la sociedad. El elemento realmente nuevo es éste. Efectivamente, incluso para quienes consideran que el capitalismo es un dato imprescindible a la par del sistema solar, puede tomar cuerpo —por vía teórica— la hipótesis de un fin del sistema. Hoy la desaparición del capitalismo también puede exponerse en Wall Street. Pero la diferencia está en que mientras en estos lugares el fin del capitalismo sólo es concebible de modo totalmente similar a un “trágico” evento natural, como una imprevista catástrofe interplanetaria o el enfriamiento final del sol, para el marxismo el específico carácter histórico y transitorio del capitalismo es la premisa básica para exponer el paso a una forma superior de sociedad.

En este reconocimiento, a decir verdad, Marx no tuvo quien lo igualase, dado que así como el ejemplo de Sismondi "representa el primer anticapitalismo, que condenó el régimen existente, pero en nombre de un ideal moral tomado de los siglos anteriores y derivado del ideal cristiano”,[18] ni el socialismo utópico anterior a Marx ni el que vino después de él pudieron corroborar jamás su “diseño” con lo que, en cambio, constituye la característica principal del “socialismo científico”: el análisis y la reconstrucción del mecanismo de la acumulación capitalista.

II

La actitud de Marx hacia el capitalismo resulta del entrelazamiento de dos perspectivas distintas. La primera es la perspectiva revolucionaria, la perspectiva de quien pretende tumbar la sociedad burguesa para restablecer sobre nuevas bases las relaciones humanas que, en esta sociedad, fueron subvertidas y puestas “cabeza abajo”. La segunda es la perspectiva científica de quien pretende reconstruir el modo como funciona y se desarrolla el sistema. Aun siendo tan distintas entre sí, estas dos perspectivas no se presentan yuxtapuestas sino estrechamente vinculadas en la obra de Marx, de manera que cada una se jilimenta y vigoriza con las diferencias de la otra. La perspectiva revolucionaria íaca fuerzas del hecho de brotar como una consecuencia del análisis científico; este último, a su vez, es impelido a sus extremas conclusiones por la orientación y el impulso que le imprime el finalismo de la otra. Tal duplicidad de exigencias —y

[18] Emil James, Historia del pensamiento económico, Madrid, Agilitar, 1971, p. 130.

el modo como se entrelazan recíprocamente— se puede captar, al menos en sus líneas generales, sometiendo brevemente a examen la crítica que Marx efectuó con respecto al socialismo utópico, y luego integrándola con la que dirigió contra los mayores exponentes de la economía política clásica.

23

En cuanto al primer punto, el tema en que Marx insiste sobre todo es que el socialismo utópico opone a la sociedad burguesa moderna un punto de vista "moralizante", vale decir abstractamente subjetivo. El socialismo utópico denuncia las "injusticias" del sistema sin penetrar, desde adentro, sus mecanismos reales. En su condena parte de ideales y criterios carentes de cualquier base de apoyo en la realidad críticada. En estas condiciones, escribe Engels, "la solución de las tareas sociales [...] tenía que obtenerse de la mera cabeza. La sociedad no ofrecía más que abusos y maldades; el eliminarlos era tarea de la razón pensante. Se trataba de inventar un nuevo y mejor sistema del orden social, y de decretarlo y concederlo luego a la sociedad desde fuera, mediante la propaganda y, caso de ser posible, mediante el ejemplo de experimentos modelos. Estos nuevos sistemas sociales estaban desde el principio condenados a ser utópicos; cuanto más cuidadosamente se elaboraban en el detalle, tanto más resueltamente tenían que desembocar en la pura fantasía".[19]

Naturalmente, la inmadurez de este primer socialismo debe considerarse a su vez como un producto de la situación objetiva. "Los utopistas, como hemos visto, fueron utopistas porque no podían ser otra cosa en una época en la que la producción capitalista estaba aún tan poco desarrollada. Se vieron obligados a sacar de sus cabezas los elementos constructivos de una nueva sociedad, pues esos elementos no eran aún generalmente visibles en la sociedad vieja misma."[20] Y, sin embargo, estos "atenuantes" no impiden ver a Engels la novedad profunda que, en este dominio, aportó el materialismo histórico. A la luz ae éste, la crítica a la sociedad burguesa cambió de naturaleza. En adelante ya no se trata de oponer ideales abstractos a la realidad existente, sino de que "los medios para eliminar los males descubiertos tienen que hallarse también, más o menos desarrollados, en las cambiadas relaciones de producción". "Estos medios —concluye eficazmente Engels —no tienen que inventarse con sólo la cabeza, sino que tienen que descubrirse, usando la cabeza,

[19] F. Engels, *Anti-Dühring*, México, Giijalbo, 1968, p. 255.
[20] Ibid., p. 262.

en los hechos materiales de la producción".[21]

La ejecución de este nuevo programa es *El capital* de Marx. Y, frente a él, todos los límites del socialismo utópico resaltan —si cabe— con mucha mayor nitidez. De hecho, al críticar a la sociedad capitalista, el viejo socialismo —escribe Lenin— "la condenaba, la maldecía, soñaba con su destrucción, fantaseaba en torno a un régimen mejor, quería convencer a los ricos de la inmoralidad de la explotación. Pero [...] no podía señalar una salida real" porque "no sabía explicar la naturaleza de la esclavitud asalariada bajo el capitalismo ni descubrir las leyes de su desarrollo ni encontrar la fuerza social capaz de emprender la creación de una nueva sociedad".[22] En cambio, con la obra de Marx todas estas carencias aparecen eliminadas. Las leyes del sistema son indagadas y descubiertas en su consistencia objetiva como si fuesen procesos de historia natural. Y los ímpetus de la indignación moral, la invectiva y la condena —si es que subsisten—, quedan refrenados y aprisionados en las sólidas mallas del discurso científico y de sus apretadas demostraciones: "Aunque una sociedad —escribe Marx en el Prólogo a *El capital*— haya descubierto la ley natural que preside su propio movimiento —y el objetivo último de esta obra es, en definitiva, sacar a la luz la ley económica que rige el movimiento de la sociedad moderna—, no puede saltearse fases naturales de desarrollo ni abolirías por decreto [...]. Mi punto de vista, con arreglo al cual concibo como proceso de historia natural el desarrollo de la formación económico-social, menos que ningún otro podría responsabilizar al individuo por relaciones de las cuales él sigue siendo socialmente una creatura por más que subjetivamente pueda elevarse sobre las mismas."

El signo más evidente de la transformación que sufre la materia tratada por el socialismo utópico al pasar por las manos de Marx lo brinda el modo como *El capital* encara el problema de la explotación. Este tema, que tradicionalmente era objeto de consideraciones "morales", aquí se convierte en argumento de la teoría del plusvalor. Ya no se recurre, como lo sigue haciendo Proudhon, a la idea de la *justice éternelle*. Ya no se denuncia la explotación como un robo, como una "injusticia" o una violación de la legalidad. Más bien se vuelca todo el esfuerzo en demostrar que la producción de plusvalor es perfectamente compatible con la ley del cambio de las mercancías

[21] Ibíd., p. 264.

[22] V. I. Lenin, Tres fuentes y tres partes integrantes del marxismo, en Obras completas, Buenos Aires, Cartago, 1960, t. XIX, p. 15.

sobre la base de equivalencias. "La circunstancia de que el mantenimiento diario de la fuerza de trabajo sólo cueste media jornada laboral, pese a que la fuerza de trabajo pueda operar o trabajar durante un día entero, y el hecho, por ende, de que el valor creado por el uso de aquélla durante un día sea dos veces mayor que el valor diario de la misma, constituye una suerte extraordinaria para el comprador, pero en absoluto una injusticia en perjuicio del vendedor."[23] Algunos años más tarde, Marx recalca el mismo concepto en las llamadas Glosas a Wagner, donde —tras haber negado que la ganancia realizada por el capital se pueda definir como "robo" ejecutado en detrimento del obrero— escribe: "Por el contrario, yo represento al capitalista como un funcionario necesario de la producción capitalista, y muestro ampliamente que él no sólo 'sustrae' o 'roba', sino que arranca la producción de la plusvalía, es decir que comienza por ayudar a crear lo que ha de sustraer. Demuestro también ampliamente que incluso en el cambio de mercancías, sólo se cambian equivalentes y que el capitalista, siempre que pague al obrero el valor real de su trabajo, estará plenamente en su derecho —es decir, el derecho correspondiente a este modo de producción— de apropiarse la plusvalía."[24]

25

Así explicado en su génesis, el plusvalor —que en el viejo socialismo constituía el objeto de consideraciones morales sobre la "justicia" y la "equidad"— es seguido luego por Marx, en el curso de la obra, en su acción de elemento propulsor de la acumulación capitalista. Y a partir de él —que, por lo demás, siempre está captado en su antítesis con el trabajo asalariado— se ven derivar finalmente todas las demás categorías, la ganancia, la renta, el interés, etcétera, de manera de reconstruir, aunque en grandes líneas, todo el mecanismo de la sociedad.

En conclusión, como ya comprendió el lector, Marx se libra del socialismo utópico haciéndose economista y sabio, vale decir retomando el hilo del discurso en el punto donde lo dejaran Smith y Ricardo. La antítesis con la sociedad burguesa ya no está representada por un ideal subjetivo externo a ella, sino que se la descubre *dentro* de esa misma sociedad: es la contradicción entre capital y trabajo asalariado. Y como desde el punto de vista estrictamente económico el mismo trabajo asalariado es una parte del capital (vale decir el "capital variable" o fondo salarial) y —según dice James Mill— "el

[23] Karl Marx, *El capital*, México, Siglo XXI, 1975, l/1, p. 235.

[24] Karl Marx, Glosas marginales al *Tratado de economía política de Adolph Wagner*, en Maurice Dobb y otros. *Estudios sobre el capital*, México, Siglo XXI, 1977, vol. 1, p. 173.

término capital, en este sentido, incluye a uno y otro, al capital y al trabajo", la contradicción entre ambos resulta finalmente una contradicción incorporada en el capital mismo, vale decir una contradicción interna al mecanismo de la acumulación capitalista.

Hasta aquí, el primer punto. En cambio, en cuanto al segundo —es decir a la actitud de Marx hacia la economía política clásica—, hay que dar vuelta al discurso en cierto sentido. Mientras Marx responde a los utopistas como *economista*, les responderá a Smith y a Ricardo como *crítico de la economía política*. En ambos casos, se trata de una crítica que hace palanca sóbrela historia, pero con una diferencia de fuste que conviene destacar. En efecto, Marx opone a los utopistas la historia en el sentido que ésta es sinónimo de adherencia a los procesos reales, vale decir de una penetración efectiva y no imaginaria de las condiciones existentes y, por ende, a la sazón, de una comprensión científica del mecanismo de la acumulación. En cambio a los economistas se les opone este mismo argumento en el sentido por el cual la historia —con esa cantidad de relativismo que arrastra— predispone la mente a reconocer, a más del existente, otros tipos de sociedad (ya sea los que existieron en el pasado o bien los que resultaren *posibles en el futuro*), y, por ende, puede valer para preservar a los mismos economistas "de ver en la producción burguesa la producción sin más".[25] Por lo tanto, mientras que en el primer caso Marx destaca por ejemplo que Sismondi, "aunque *enjuicia* magníficamente las contradicciones de la producción capitalista, no *comprende* sus causas y, no comprendiéndolas, no puede comprender tampoco el camino para resolverlas",[26] las citas que en cambio se ajustan al segundo caso son aquellas donde él observa que "los economistas burgueses [...] consideran al capital como una forma productiva eterna y *conforme a la naturaleza* (no a la historia)",[27] o bien que "sólo los burgueses de horizontes limitados [...] conciben las formas capitalistas como las formas absolutas de la producción, como sus formas naturales y eternas".[28]

Con otras palabras, si antes el punto fundamental del disentimiento^ con los socialistas utópicos versaba sobre su incapacidad para introducirse, mediante el análisis, *dentro* de los mecanismos de la producción capitalista, ahora el motivo en torno al

[25] Marx, Historia crítica de la teoría de la plusvalía, Buenos Aires, Cartago, 1956, vol. II, p. 52. En la nueva edición de Cartago, *Teorías sobre la plusvalía* (Buenos Aires, 1975), t. 2, p. 452.

[26] Ibid., vol. II, p. 126 [t. 3, p. 47].

[27] Marx, Elementos fundamentales para la crítica de la economía, México, Siglo XXI, 1977, vol. I, p. 421.

[28] K. Marx, Historia crítica de la teoría de la plusvalía, cit., vol. I, p. 216 [t. 1, p. 332].

cual se articula la crítica a la economía política es, por el contrario, aquel por el que Smith y Ricardo —al no ver la relatividad histórica del sistema capitalista sino, más bien, confundirlo con la forma absoluta de la producción— quedan prisioneros en su interior, sin lograr salir *fuera* de él lo indispensable para poder abarcarlo en su conjunto y criticarlo en su totalidad. Este motivo resulta bien visible desde las páginas que tratan el análisis de la mercancía al comienzo de *El capital*, e inviste desde lo hondo la teoría misma del valor. En efecto, considerando la producción *de mercancías* como la forma universal e inevitable de la producción en cualquier sociedad posible, es evidente que Smith y Ricardo deben juzgar la "forma de mercancía" que asumen todos los productos del trabajo en las condiciones capitalistas como un dato o una constante de su indagación, vale decir como un hecho no problemático. ‘‘Ricardo —escribe Marx— opina que la *forma de mercancía* es indiferente en cuanto al producto [...] pero esto tiene como raíz, en rigor, su premisa de que el régimen burgués de producción es el régimen de producción absoluto [...] sin necesidad de determinación específica alguna.”[29]

Las consecuencias que derivan de este modo de ver son las siguientes: en primer lugar que, como Smith y Ricardo suponen que el producto del trabajo *siempre* tiene la forma de mercancía, para ellos la ciencia económica llega a reducirse simplemente a la “ciencia de la producción de mercancías”, en el sentido que —al no imaginarse otros posibles— este particular régimen histórico de producción se convierte, para la economía política, en lo que es el movimiento de los cuerpos para la física mecánica, vale decir en el *dato* más allá del cual resulta imposible remontarse y del cual resulta insensato querer prescindir. Y, en segundo lugar, que —al configurarse la producción de mercancías como la forma universal e inevitable de toda posible producción social— los problemas de la economía asumen un carácter exclusivamente cuantitativo, en el sentido de que la economía política no se plantea el problema de por qué el producto del trabajo humano, en determinadas condiciones históricas, toma la “forma de mercancía” y, por lo tanto, de por qué el trabajo social humano se presenta como "valor de cosas", sino que al haber asumido las mercancías como el dato del cual resulta imposible prescindir, se limita a indagar las relaciones cuantitativas sobre la base de las cuales las mercancías mismas se cambian entre sí, es decir indaga el "valor de cambio” antes que el “valor” propiamente dicho y, por lo tanto, la relación social que en él se oculta.

[29] *Ibíd.* vol. II, p. 51 [t. 2, p. 451].

Con Marx, por el contrario, todo el cuadro de estos problemas sufre una profunda transformación. La producción de mercancías, lejos de ser la forma universal e inevitable de la vida económica, sólo se convierte en una de sus posibles formas: por cierto que en una forma que fue usual durante muchos siglos y domina la edad moderna, pero no obstante en una forma históricamente condicionada, que en ningún sentido puede pretender ser manifestación directa de la “naturaleza” humana. Al mismo tiempo, el economista “no puede ya confinar su atención a las relaciones cuantitativas que nacen de la producción de mercancías”, sino que “debe dirigir también su atención al carácter de las relaciones sociales subyacentes en la forma mercancía”, lo cual significa, más concretamente, que “en el caso del valor de cambio existe, como lo advirtió Adam Smith, la relación cuantitativa entre productos; oculta detrás de ella, como Marx fue el primero en advertirlo, hay una relación específica, históricamente condicionada, entre productores”.[30]

Esta dilatación del campo de la economía política, que resulta de la necesidad de remontarse con la propia indagación a espaldas de aquella producción de mercancías que para Smith y Ricardo era, en cambio, la última Thule, corresponde en Marx a ese aspecto por el cual su teoría del valor también es una *teoría del fetichismo* de las mercancías y del capital: teoría en virtud de la cual no sólo delimita desde afuera los confines de todo el sistema, sino que pone al desnudo su carácter de realidad trastornada y “cabeza abajo”, donde las relaciones humanas se presentan como relaciones entre cosas y estas últimas, por el contrario, aparecen dotadas de cualidades sociales propias.

Con otras palabras, llevada a sus consecuencias extremas, la perspectiva cognoscitiva o científica se subvierte, para Marx, en el proyecto revolucionario. Del fondo mismo del análisis económico vuelve a emerger, para él, la exigencia de la *transformación socialista*. En efecto, no basta con comprender y *explicar* la producción de mercancías: se trata de *abolirla*, vale decir de subvertir las condiciones materiales y sociales en que se produce la inversión fetichista, ya que —aunque se lo comprenda y explique— el mecanismo mediante el cual el trabajo social humano se presenta en la forma objetiva de propiedad de las cosas y el mundo de los productos domina al productor, no por ello deja de funcionar y de

[30] Paul M. Sweezy, op. cit., p. 35.

existir. “El descubrimiento científico ulterior de que los productos del trabajo, en la medida en que son valores, constituyen meras expresiones, con el carácter de cosas, del trabajo humano empleado en su producción —escribe Marx—, inaugura una época en la historia de la evolución humana”; pero —préstese atención—, "en modo alguno desvanece la apariencia de objetividad que envuelve a los atributos sociales del trabajo”. Y prosigue: “Un hecho que sólo tiene vigencia para esa forma particular de producción, para la producción de mercancías —a saber, que el carácter específicamente social de los trabajos privados [...] asume la forma del carácter de valor de los productos del trabajo—, tanto antes como después de aquel descubrimiento se presenta como igualmente definitivo ante quienes están inmersos en las relaciones de la producción de mercancías, así como la descomposición del aire en sus elementos, por parte de la ciencia, deja incambiada la forma del aire en cuanto forma de un cuerpo físico."[31]

29

En sustancia, la ciencia no basta, porque no se trata solamente de mejorar la *interpretación* que dieron Smith y Ricardo de la realidad, sino de mejorar esa misma *realidad*, y porque —aun antes que en el nivel de la reflexión de los economistas— la mistificación es generada y producida continuamente por los procesos objetivos de la producción capitalista misma. En efecto, no son Smith y Ricardo quienes operan la inversión en virtud de la cual el trabajo asalariado, que es la fuente del capital, llega a depender de éste, mientras que el capital, que sólo es uno de sus productos, domina al productor. Este quid pro quo está inscrito en el mecanismo mismo de la fábrica capitalista, donde "*no es el obrero quien emplea los medios de producción, sino los medios de producción los que emplean al obrero*”.[32]

En resumen, la ciencia no basta porque si “en este modo de producción todo se representa subvertido”,[33] lo que resulta necesario invertir es el mismo proceso real. La verdadera ciencia, pues, no es la economía política. La verdadera ciencia es solamente la revolución, ya que si es el valor el que debe disponer del capital, y no al revés, el único tratado que puede enunciar este axioma científico es la socialización de los medios de producción.

En esta negación total del sistema capitalista reaparecen todos los temas enunciados por el socialismo utópico y, si cabe, en forma aún

[31] Marx, *El capital*, cit. i/l, p. 91.
[32] Ibid., 1/1, p. 376.
[33] K. Marx, *Storie delle teorie economiche*, Turín, Einaudi, 1953, t. III, p. 497.

más pronunciada y audaz. En efecto, la socialización de los medios de producción no significa otra cosa que esto: abolición de la producción de mercancías y, por lo tanto, también abolición del dinero; abolición del mercado, vale decir de las relaciones de compraventa y, por lo tanto, de todas las formas contractuales y jurídicas crecidas a la par del cambio; abolición del estado y, por lo tanto, transformación de la política en "administración de las cosas”. Desde el fondo de la ciencia vuelve a emerger la “utopía” en toda su integridad. Pero en un punto del discurso donde ya resulta claro que —si se quiere rechazar *esta* utopía— no queda sino aferrarse a aquella otra —negadora de todo sentido histórico— que es la utopía de la perennidad del capitalismo y sus instituciones.

Sin embargo, la verdadera diferencia que resta con respecto al socialismo utópico es el carácter de la *negación* que se le opone al sistema. En efecto, ya no se trata de un mero ideal o de un criterio subjetivo externo, sino de un factor real interno al mismo capitalismo. En este caso, la negación es el trabajo asalariado, la clase obrera. Ésta produce sus propios medios de subsistencia y, al mismo tiempo, produce plusvalor (es decir ganancia, renta e interés); con su trabajo proporciona los ingresos de todas las clases fundamentales de la sociedad. Mientras sigue subordinada al capital, la clase obrera sólo es, de hecho, un engranaje del mecanismo capitalista y aparece como "capital variable’’ o fondo salarial, vale decir sólo figura como parte de aquel capital que, en los hechos, es su producto. Aquí está la realidad dada vuelta o “cabeza abajo” de que antes se hablaba. Pero si —reforzada como está por el mismo desarrollo capitalista— la clase obrera consigue organizarse y madura su conciencia de ser antagonista de todo el sistema, es la palanca que puede dar vuelta la sociedad entera, la “negación” que puede convertirse de virtual en real.

Probemos de extraer conclusiones también en esta circunstancia. Toda la obra de Marx aparece, juntamente, como proyecto revolucionario y análisis científico. Es la reconstrucción del modo como funciona y se desarrolla el sistema y, al mismo tiempo, la conciencia de que en este modo de producción todo se presenta "subvertido”. En el primer caso, se muestra en primer plano el Marx *economista*, que continúa la obra de Smith y Ricardo. En el segundo, el Marx *crítico de la economía política*, precisamente en el sentido por el cual la economía política *burguesa* es la economía política *tout court*. A estas dos distintas perspectivas también corresponden dos acepciones distintas de la teoría del valor que resulta indispensable

señalar.

La primera es aquella mediante la cual la ley del valor se presenta como un “principio regulador” que permite explicar el funcionamiento interno del sistema. "Si se considera la complicación de las relaciones de proporcionalidad que tienen que cumplirse en un sistema de producción por anárquico que sea —escribe Hilferding—, surge la pregunta inevitable de quién cuida del mantenimiento de esas relaciones. Es evidente que esta función la tiene que cumplir la ley de precios, puesto que éstos son, en definitiva, los que regulan la producción capitalista; las variaciones de precios son decisivas para la ampliación o la limitación de la producción, la iniciación de una nueva producción, etc. También resulta de ahí la necesidad de una ley objetiva del valor como único regulador posible de la economía capitalista.”[34] Sweezy también piensa en esta misma acepción cuando —después de haber observado que "la ley del valor es esencialmente una teoría de equilibrio general”— destaca que “esto implica que una de las principales funciones de la ley del valor es la de aclarar que en una sociedad productora de mercancías, a pesar de que las decisiones no se tomen de un modo centralizado y coordinado, existe el orden, y no simplemente el caos”. Y prosigue: “Nadie decide cómo se debe asignar el esfuerzo productivo o cuánto se debe producir de las diversas clases de mercancías; sin embargo, el problema se resuelve, y no en una forma puramente arbitraria e ininteligible. La función de la ley del valor consiste en explicar cómo sucede esto y cuál es el resultado."[35] En esta misma línea —y con la ventaja de indicar su lugar de nacimiento en Smith y Ricardo— también se inscribe la interpretación que ofreció Dobb de la ley del valor. “Sólo la obra de Adam Smith y la sistematización más rigurosa que de ella hizo Ricardo, pudo crear —escribe— ese principio cuantitativo unificador de la economía política que le permitió formular postulados en términos del equilibrio general del sistema económico, esto es, principios deterministas acerca de las relaciones generales existentes entre los elementos principales del sistema. Este principio unificador o sistema de principios generales presentados en forma cuantitativa constituyen, en economía política, una teoría del valor.”[36]

Aquí, como resulta fácil advertir, la teoría del valor es el “hilo rojo” que nos permite entender que todo lo que a primera vista parece irracional y fortuito en el sistema, está, por el contrario, regulado y

[34] Rudolf Hilferding, *El capital* financiero, Madrid, Tecnos, 1963. p. 287.
[35] P. M. Sweezy, op. cit., p. 65.
[36] Maurice Dobb, *Economía política y capitalismo*, México, f c e, 1973, p. 11.

dominado por una racionalidad interna. Del valor a los precios de producción hasta los precios de mercado, y del plusvalor a la ganancia hasta la nivelación de las ganancias mismas por obra de la competencia, todo el sistema capitalista, que a primera vista parece un caos en perenne convulsión, se descubre, en su profundidad, como un organismo equilibrado donde todas las partes mantienen una recíproca correspondencia armónica. Desde este punto de vista, la economía política se le presenta al mismo Marx como una ciencia cuya estructura no es disímil a todas las demás. At igual que la física con la caída de los cuerpos, también la ciencia económica analiza y describe las "leyes naturales” de la producción capitalista, esas leyes de las que se habla en el Prólogo a *El capital*. Y estas leyes son procesos materiales objetivos, "*tendencias* que operan y se imponen con férrea necesidad”. Además, a la par de las ciencias naturales, también la economía política está, en este caso, en una relación *positiva* con su objeto. En efecto, aquí el objeto —vale decir "el desarrollo de la formación económico-social” entendido “como proceso de historia natural”— no es calificado de realidad puesta *al revés* y, por esto, a *negar* (calificaciones que, desde el punto de vista científico, resultan insensatas, ya que la tarea de la ciencia consiste en explicar los hechos, vale decir en “salvar los fenómenos”, y no en otra cosa), sino que se lo trata como una realidad subsistente por sí, cuyo funcionamiento se intenta comprender. Este aspecto de la teoría del valor resalta con claridad de las expresiones mismas que usaron los autores poco antes citados. La ley es una ley de “equilibrio general”, que explica cómo funciona el sistema a pesar de todas las contradicciones y rozamientos y cómo renace constantemente un orden del caos.

32

En cambio la otra acepción donde también aparece la ley del valor es aquella para la cual esta ley constituye la teoría misma *del fetichismo*. Incluso en este caso, se dice que “la producción de mercancías [...] tiene sus leyes características, inherentes, inseparables de ella” que "se imponen a pesar de la anarquía” y “se imponen frente al productor individual en forma de leyes constrictivas de la competencia”, leyes que “se imponen [...] sin el concurso de los productores, contra los productores, como ciegas leyes naturales de su propia forma de producción’’.[37] Sólo que, en este caso, el carácter “natural” u “objetivo” de esas leyes no es otra cosa que la proyección *fetichista* de las mismas relaciones sociales tal cual operan cuando, en vez de ser dominadas por los hombres, escapan a su control. En este

[37] Engels, *Anti-Dühring*, cit., p. 269.

sentido, las leyes del "mercado”, escribe Marx, valen para los hombres como “necesidad natural” y los movimientos del mercado resultan imprevisibles como los terremotos, no porque el mercado sea un fenómeno “natural” al igual que la caída de los cuerpos, sino porque lo que tomó la forma objetiva de *cosas* y de *procesos entre cosas* son las mismas relaciones sociales de los hombres entre sí.

La diferencia es tan patente que mientras en el primer caso la ley del valor constituye una teoría de “equilibrio general” que sirve para *explicar* el funcionamiento del sistema, en el segundo constituye la teoría que enuncia las razones por las cuales —si los hombres quieren liberarse de la fatalidad del mercado y dominar sus propias relaciones— deben *subvertir* el sistema, vale decir eliminar la producción de mercancías y proceder “Tía plena socialización. Y no por casualidad, es en este contexto, vale decir a la luz de este sentido particular de la teoría del valor, donde Engels, justamente, habla del “salto de la humanidad desde el reino de la necesidad al reino de la libertad”.[38] Además, mientras en el primer caso la ley expresa la racionalidad y el orden *automáticos* del sistema, en el segundo no sólo expresa su *contradicción fundamental*, a través de la cual el trabajo, que es la fuente del capital, termina dominado por su producto, sino que también contiene de modo patente la indicación de que la única fuerza apta para subvertir el sistema no es un factor mecánico sino la capacidad del proletariado de transformarse de elemento subordinado e interno al capital en agente *subjetivo* y *político* externo a él y antitético de todo el sistema.

33

Sometida al empuje contrario de estas dos perspectivas distintas, toda la obra de Marx parece hendirse en una incurable cisura, del fondo de la cual se ven resurgir antiguas antinomias. Pero antes de rendirse a la duda filosófica, conviene exprimir de la mente todo lo que ésta pueda dar. Cierto que la ley del valor es o bien el principio que regula el *equilibrio* del sistema, o bien el principio que expresa su *contradicción* fundamental. Cierto que es tanto el principio que *explica la existencia* del sistema como el que lo *niega*. Pero el asunto está en que si el capitalismo es un modo de producción minado por contradicciones radicales y, sin embargo, constituye al mismo tiempo un sistema que existe y funciona, la teoría debe hablar simultáneamente de él de dos maneras. Vale decir que debe poder demostrar o bien de qué modo la desarmonía y la contradictoricdad radical se compaginan constantemente en un “equilibrio” marcado

[38] Ibid., p. 280.

por “proporción” y “medida” (pues, de lo contrario, no existiría el sistema), o bien cómo este orden se rompe continuamente en un movimiento desordenado. Éste es un punto que Marx tuvo bien en claro desde el comienzo de su investigación. “Los economistas dicen que el *precio medio* de las mercancías equivale al coste de producción; que esto es la *ley*. Ellos consideran como obra del azar el movimiento anárquico en que el alza se nivela con la baja y ésta con el alza. Con el mismo derecho podría considerarse, como lo hacen en efecto otros economistas, que estas oscilaciones son la ley y la determinación del precio por el coste de producción fruto del azar." Y Marx concluye: “el movimiento conjunto de este desorden es su orden. En el transcurso de esta anarquía industrial, en este movimiento cíclico, la concurrencia se encarga de compensar, como si dijésemos, una extravagancia con otra”.[39]

Como podría parecer, no se trata de un sofisma hueco. El problema aquí encubierto es un problema real. En efecto, si la obra de Marx no fuese simultáneamente una *crítica* del capitalismo, o sea un análisis de las *contradicciones internas* que lo minan y al mismo tiempo una exposición y reconstrucción del modo en que, a pesar de todo, se superan las contradicciones y *existe* y *funciona* el sistema, en ella quedaría la hueca simplicidad de uno de estos dos errores. O el error de *esas* críticas del capitalismo que, por así decir, ‘'demuestran demasiado”, o sea que, al esforzarse por agudizar las *contradicciones internas* al sistema, terminan por demostrar no ya la contradictoriedad del sistema existente sino directamente su *imposibilidad*, la imposibilidad de su existencia y de su funcionamiento (ejemplo: Sismondi o incluso Rosa Luxemburg). O bien se vería obligada a repetir el error opuesto de quien —aprisionado y comprimido por la *existencia* del mecanismo que indaga— atenúa y minimiza sus desequilibrios internos hasta el punto de tornar *absoluta y eterna* esa existencia y, por ende, no ver ya las razones por las cuales el sistema mismo no puede funcionar y durar

---

[39] Marx, *Trabajo asalariado y capital*, Buenos Aires, J. Álvarez, 1971, p. 34. El mismo concepto figura ya en los *excerpta* de los economistas de 1844; cf. *Marx-Engels Gesamtausgabe* (MEGA), I, 3, pp. 530-1: “Al presentar los costos de producción como el único momento determinante del valor. Mill, y en general la escuela de Ricardo, incurre en el error de formular la *ley abstracta* sin captar al mismo tiempo el flujo o la continua supresión mediante la cual se realiza esta ley [...]. Este movimiento *real*, del que aquella ley sólo es un momento abstracto, casual y unilateral, es reducido a accidente, a algo inesencial por los economistas modernos. ¿Por qué? Porque [...] si ellos quisiesen expresar en sus abstracciones aquel movimiento, su fórmula fundamental debiera ser ésta: en la economía la ley está determinada por su opuesto, vale decir por la ausencia de cualquier tipo de ley. La verdadera ley de la economía es el *azar*, de cuyo movimiento nosotros, los sabios, fijamos arbitrariamente algunos momentos en forma de leyes.”

hasta el infinito (ejemplo: Tugán-Baranovski y, en cierto sentido, Hilferding u Otto Bauer también).

34

Asimismo, también parece resoluble de algún modo aquella antinomia que antes resultara obligado destacar, a saber: la antinomia según la cual la obra de Marx es una vez el descubrimiento y la *verificación* de procesos materiales objetivos, y otra, en cambio, el desenmascaramiento de esa falsa "*objetividad*" *fetichista* en que se transforman las relaciones sociales humanas cuando escapan al control de la sociedad. Si bien aquí no hay manera de dar curso al análisis tal cual convendría, resulta probable que haya que buscar la salida de esta dificultad repensando la unidad de factores económico-materiales objetivos y factores histórico-sociales o subjetivos sobre los cuales —como el mismo Schumpeter destacó— está construida la unidad de economía y sociología en Marx. En efecto, "en el razonamiento de Marx, la sociología y la economía —escribe Schumpeter— penetran la una en la otra [...]. Todos los conceptos o proposiciones de importancia son, por tanto, económicos o sociológicos al mismo tiempo y muestran el mismo significado en ambas caras, si es que todavía podemos hablar de caras del razonamiento desde nuestro punto de vista. Así, la *categoría* económica [fuerza de] 'trabajo' y la *clase* social proletariado, al menos en principio, resultan congruentes y en realidad idénticas. O bien la distribución funcional de los economistas —es decir, la explicación del modo como nace la renta en cuanto rendimiento de los servicios productivos, independientemente de la clase social a que pueda pertenecer cualquier perceptor de tal remuneración —, entra en el sistema de Marx sólo en la forma de distribución entre las clases sociales y adquiere así un contenido conceptual diferente".[40]

35

Por lo demás, es esta unidad la que más contribuye, como se sabe, a ese extraordinario efecto de corporeidad y de "integridad" que se desprende de *El capital* de Marx, sobre todo cuando se lo confronta con la linealidad esquelética y exangüe de obras como la *Positive Theorie des Kapitals* de Böhm-Bawerk. "La síntesis de Marx", observó Schumpeter, "abarca todos aquellos acontecimientos históricos —tales como las guerras, las revoluciones, los cambios legislativos— y todas aquellas instituciones —tales como la propiedad, las relaciones contractuales, las formas de gobierno— que los economistas no marxistas acostumbran tratar como factores perturbadores o como datos [...]. El rasgo peculiar del sistema de Marx es que somete estos

[40] Joseph A. Schumpeter, *Capitalismo, socialismo y democracia*, México, Aguilar, 1963, pp. 75-76.

acontecimientos históricos y estas instituciones sociales al proceso explicativo del análisis económico o, para expresarnos en lenguaje técnico, los trata no como datos, sino como variables”.[41]

Y no obstante, después de haber evaluado todo, la mente advierte que, en el fondo, queda una dificultad.

III

Encaremos frontalmente el problema. Suponiendo que una "teoría del derrumbe” es una teoría que quiere demostrar *científicamente* las razones por las cuales el sistema está ineluctablemente —vale decir por *causas* bien determinadas y ciertas— destinado a terminar, se plantea esta pregunta: en Marx, ¿hay o no hay una teoría del derrumbe? El lector advertirá que todas las cuestiones que dividen a los autores marxistas representados en esta antología van a parar a este punto. Para algunos, negar que la obra de Marx contiene una “teoría del derrumbe” significa traicionar su pensamiento, edulcorarlo, privarlo de todo nervio; para otros es una traición de los intérpretes —aunque se la perpetre de buena fe— atribuirle una. En la incertidumbre de ambas alternativas, sería una gran cosa (por lo menos a los fines de una primera orientación) que se pudiese hacer corresponder una caracterización política con una u otra de esas posiciones. Pero otra complicación que gravita sobre el problema de la teoría del derrumbe es que ésta divide a los intérpretes pasando ya sea a la “derecha” o bien a la “izquierda”. Tanto Bernstein, el padre del “revisionismo”, como Rosa Luxemburg, su más feroz e intransigente adversaria, están en favor de que se atribuya a Marx una "teoría del derrumbe”. Por el contrario, ya sea Kautsky o bien Lenin, y tanto el socialdemócrata Hilferding como el entonces bolchevique de izquierda Bujarin, se oponen a esa atribución.

36

Hay más. Si bien la discusión de este problema tiene una fecha precisa de iniciación —la publicación de *Die Voraussetzung des Sozialismus und die Aufgaoen der Sozialdemokratie* [Las premisas del socialismo y las tareas de la socialdemocracia] (1899) de Bernstein— y sobre todo florece en el curso de la Bernstein-Debatte, ni siquiera se puede decir que el problema sea resoluble... “historicistamente” (que es otra cosa que la consideración histórica), es decir disolviendo y diluyendo sus connotaciones en la menuda conversación sobre el “cuándo” y el “dónde”. En efecto, es cierto que el tiempo del

[41] Ibid., p. 77.

“florecimiento clásico” de este problema cae dentro de un arco de años que, a partir de comienzos de siglo, se extiende hasta la primera guerra mundial y la revolución de 1917, o sea en un período durante el cual se cumple el paso del viejo capitalismo al estadio monopolista. Es cierto que, a partir de entonces, el problema se hace menos candente y empieza a convertirse en prerrogativa de pequeñas agrupaciones o, directamente, de estudiosos aislados, mientras que a escala del movimiento obrero internacional se va transformando paulatinamente en otra cosa. Todo esto es cierto. Pero si bien no es de buen gusto encarar los “problemas máximos”, parece que se está en derecho de exigir por lo menos a los marxistas una respuesta a la pregunta de si el pensamiento de Marx implica o no una “teoría del derrumbe”.

Ahora bien, la convicción que nos hemos formado a propósito de esto es que en la obra de Marx hay una “teoría del derrumbe” pero que allí, por otra parte, también hay razones para refutar, en principio, la validez de cualquier teoría de esta especie. Dejamos de lado la cuestión de la periodicidad de las crisis y de su progresivo agravamiento que, en la obra de Marx, es una cuestión quizás elaborada de manera menos concluyente. Según nuestro parecer, una cabal y auténtica “teoría del derrumbe” es, por lo menos, “la ley de la caída tendencial de la tasa de ganancia”. Aquí la palabra “tendencial” no debe inducir a engaño. En efecto, esa palabra está indicando por cierto que "la ley en cuanto tal” es frenada por la acción de causas antagónicas que “contrarrestan y neutralizan los efectos de esta ley general, dándole simplemente el carácter de una tendencia”. Pero ello no quiere decir que la ley quede anulada o suprimida, sino que su “vigencia absoluta se ve contenida, entorpecida"; vale decir que la ley tiene vigencia, pero en un arco más largo de tiempo y a través de un proceso más complicado. En efecto, si así no fuese, ni siquiera se comprendería por qué hay que hablar de ley.

Ahora bien, por su misma estructura esta ley nos permite comprender qué entiende Marx cuando en el Prólogo a *El capital* habla de “leyes naturales”, es decir de procesos materiales objetivos del modo de producción capitalista. En efecto, como la ley delinea un proceso en el curso del cual el aumento de la “composición orgánica" del capital no puede ser compensado a la larga por el aumento de la tasa de explotación o tasa de plusvalor, termina expresando una relación donde no sólo las magnitudes que cuentan son exclusivamente el "capital constante” y el "capital variable”, o sea elementos internos al mismo capital, en vez de las *clases sociales*, vale

decir los agentes histórico-subjetivos (capital y clase obrera), sino donde la efectivización de la ley no puede dejar de asumir el comportamiento de un proceso mecánico.

37

Y en efecto, el mecanismo es éste: para aumentar el plusvalor y, por ende, la ganancia, el capital debe aumentar la productividad del trabajo, esto es introducir innovaciones técnicas; pero la introducción de estas nuevas técnicas (maquinarias más perfeccionadas, etcétera) aumenta la "composición orgánica" del capital (o sea el porcentaje del capital constante con respecto a todo el capital invertido), vale decir acrecienta un factor que deprime la tasa de ganancia en más de lo que puede elevarla el aumento de la tasa de explotación. Como se ve, todo el proceso es el de un motor que se deteriora en virtud de los mismos mecanismos que lo hacen funcionar, sin que la lucha de clases o la misma conciencia de los protagonistas influyan en modo alguno sobre él.

Tan es así que un autor como Maurice Dobb, quien aceptó esta ley, sintió no obstante —al interpretarla— la necesidad de someterla a limitaciones suficientemente significativas como para poner en peligro su propia congruencia. “Esta ley motora —escribió— no podía recibir una interpretación puramente tecnológica, es decir, no podía ser considerada como un simple corolario de una generalización relacionada con la naturaleza de los cambios de la técnica de producción. El resultado real de esta interacción de elementos en conflicto podría ser, en una situación concreta, diferente del que era en otra diversa. Con mucha frecuencia se tiende [...] a considerar el punto de vista de Marx sobre esta cuestión como demasiado mecánico, describiéndolo como si descansara en la predicción de que la ganancia decreciera en forma de una curva continuamente hacia abajo hasta alcanzar un punto en que el sistema tendría que pararse bruscamente, como una máquina a la que faltara vapor. La verdadera interpretación parece ser que Marx consideró la tendencia y las fuerzas en sentido contrario como elementos en conflicto de los cuales surgía la dirección general del sistema.”[42]

La preocupación de Dobb es legítima. Pero el modo como finalmente defiende la ley es el mismo que adoptaron los críticos para rechazarla. Tendencia y contratendencia se equilibran; el resultado de esta interacción varía a medida que varían las situaciones; no se puede decir cuál de las dos tendencias prevalecerá finalmente. Son los mismos argumentos con que Sweezy atacó la ley. "Si se supone

[42] Maurice Dobb, op. cit., p. 79.

que tanto la composición orgánica del capital como la tasa de plusvalor son variables, como creemos que debiera hacerse, entonces la dirección en que la tasa de la ganancia cambiará se hace indeterminada.”[43] Y un poco más adelante, Sweezy precisa: "si los actos de los capitalistas tendrán éxito en la restauración de la tasa de la ganancia o si actuarán solamente para apresurar su descenso, es una conclusión que no se puede apoyar en razones teóricas generales”.[44] Aquí, ciertamente, los elementos “subjetivos” vuelven a tener todo su peso, pero la validez de la ley queda completamente anulada. El sistema no está destinado al "derrumbe” inevitable por obra de una *impasse* mecánica; el único factor que puede abatirlo es el choque de clases: un choque en que, a más de todas las condiciones materiales objetivas, accionen todos aquellos factores subjetivos que son la “conciencia de clase”, el grado de densidad y organización que ésta tenga, la eficacia del “instrumento político” de que disponga, etcétera.

38

Se puede objetar que esta última formulación, precisamente, es la que más adhiere al espíritu de la doctrina de Marx. En verdad, Marx nunca fue un determinista. La proposición que mejor resume todo su pensamiento es aquella donde se afirma que son los hombres mismos quienes hacen la historia, si bien no en condiciones elegidas por ellos. Y sin embargo, en la medida en que el sujeto de *El capital* es el mismo capital y no el trabajo asalariado humano que lo produce (y que, por el contrario, aparece como un simple momento interno a la autovalorización del capital mismo, vale decir como trabajo “vivo” *incorporado* a la "objetividad muerta" de aquél), también se comprende que, en esta obra, el fin del capitalismo se pudiera exponer a trechos precisamente en términos de una "brusca detención” del funcionamiento del motor de la acumulación.

Dejamos de lado todas las hipótesis que aquí vuelven a afluir a la mente: Marx “joven” y Marx “viejo”; el discurso esbozado por Korsch en *Marxismo y filosofía* acerca del distinto carácter histórico de los dos períodos en que se desarrolló su reflexión: el primero, dominado por el clima revolucionario del 48; el segundo, por la estabilización del capitalismo y la ausencia de cualquier iniciativa obrera. Y también dejamos de lado la cuestión, nuevamente planteada por Carr en *1917*, acerca de la posibilidad de definir al leninismo como “un retorno al primitivo Marx”.[45] Lo que ahora interesa destacar —si bien en

[43] Paul M. Sweezy, op. cit., p. 115.
[44] Ibid., p. 119.
[45] E. H. Carr, *1917*: *antes y después*, Barcelona, Anagrama, 1970, p. 18.

términos de interpretación aproximativa— es que la conciencia de lo que se dijo parece relampaguear a trechos desde las mismas páginas de Marx, cuando en el capítulo 15 del libro ni de *El capital*, vale decir precisamente en la sección sobre la “baja tendencial de la tasa de ganancia”, escribe evocando las inquietudes de Ricardo al respecto: “Lo que desasosiega a Ricardo es que la tasa de ganancia —acicate y condición de la producción capitalista, así como impulsora de la acumulación— se vea puesta en peligro por el propio desarrollo de la producción. Y en este caso, la proporción cuantitativa lo es todo. De hecho ello se basa en algo más profundo, que Ricardo sólo vislumbra. Aquí se revela de una manera puramente económica, es decir desde el punto de vista burgués, dentro de los límites de la comprensión capitalista, desde el punto de vista de la propia producción capitalista, su limitación, su carácter relativo, el hecho de no ser un modo de producción absoluto, sino solamente un modo de producción histórico, correspondiente a cierta época de desarrollo limitado de las condiciones materiales de producción.”[46]

39

Si nuestra interpretación es correcta, aquí el fenómeno de la caída de la tasa de ganancia, y la relación cuantitativa que lo expresa, es considerado, en rigor, como una manera en la cual se expone el carácter histórico y, por ende, transitorio, del capitalismo; pero esa manera, y la "manera puramente económica” en que se expresa, son consideradas como correlativas al “punto de vista burgués”, vale decir al punto de vista que permanece "dentro de los límites de la comprensión capitalista”, al "punto de vista de la propia producción capitalista”. Lo cual —si no estamos totalmente descaminados— debería poder significar que la caducidad del capitalismo tendría que exponerse de un modo distinto a la "teoría del derrumbe” y, por ende, en forma distinta a la manera "puramente económica”, para quien mirase el sistema desde otro ángulo visual.

Con otras palabras, las tendencias objetivas como la caída de la tasa de ganancia sólo tienen sentido cuando aparecen como condiciones y premisas reales de la lucha de clases, es decir del choque a nivel subjetivo. Por sí solas, no pueden tener valor resolutivo. La ilusión de que tienen tal valor genera las diversas "teorías del derrumbe”. Por otra parte, si las verdaderas contradicciones del capitalismo son siempre contradicciones de clase, también es cierto que el desenlace del choque no se puede prefigurar por anticipado. Se objetará que los factores subjetivos son siempre, a

[46] Marx, *El capital*, cit., m/6, p. 333

su vez, momentos de la realidad. Pero entonces el problema termina en esto: o el mismo dato subjetivo es calculable como un dato objetivo, y entonces volvemos a estar en la *Zusammenbruchstheorie*, o bien no lo es, y entonces la ciencia social jamás se puede cerrar con la predeterminación del desenlace del proceso. Pero en tal caso subsiste el problema de si al quedar inconclusa se puede llamar verdaderamente ciencia: esto está ejemplificado en el discurso de Sweezy, cuando al oponerse a la ley de la caída tendencial de la tasa de ganancia supone que “tanto la composición orgánica del capital como la tasa de plusvalor son variables", a fin de concluir que “la dirección en que la tasa de la ganancia cambiará se hace indeterminada’’. En este caso, en efecto, es cierto que el curso del proceso histórico vuelve a estar "abierto”, vale decir a ser no predeterminado, pero la proposición que afirma la posible equivalencia entre el aumento de la composición orgánica y el de la tasa de plusvalor tiene toda la apariencia de ser una simple enunciación del problema, y no su solución.

40

Aquí, en verdad, la oposición entre Bernstein y la Luxemburg parece encerrar algo emblemático. Si el fin del capitalismo no es científicamente demostrable, la fundación del programa socialista se remite a los ideales subjetivos: se vuelve, "dicho más brevemente, una ordenación idealista del mismo, que hace que desaparezca la necesidad objetiva, es decir, su justificación basada en el curso de desenvolvimiento social y material de la sociedad”.[47] Y a la inversa, si se demuestra científicamente ese fin como el desemboque inevitable de leyes objetivas, se está de uno u otro modo en la "teoría del derrumbe” (cualesquiera fueren los argumentos con que se construya), y la intervención subjetiva, la conciencia de los protagonistas, comenzando por la misma conciencia de clase, "puede abreviar y mitigar” —como se dice en el Prólogo a *El capital*— “los dolores del parto”, pero "no puede saltearse fases naturales de desarrollo ni abolirías por decreto”.

Predominante en la socialdemocracia alemana hasta el estallido de la *Bernstein-Debatte*, la tesis del fin del capitalismo *por razones económicas* (de las que estaba totalmente imbuido el *Programa de Erfurt)* cede poco a poco paso, en los primeros años del siglo, a la tesis —aparentemente análoga, pero en realidad, antitética— del derrumbe *por razones políticas*, tal cual la formuló sobre todo Hilferding en las páginas finales de *El capital financiero*. El capitalismo

[47] Rosa Luxemburg, *¿Reforma social o revolución?,* Buenos Aires, Papeles Políticos, 1974, p. 15.

ya no naufragaría por obra de la progresiva exasperación de las crisis económicas o debido a una brusca detención del mecanismo de la acumulación. Al contrario, desde este punto de vista, sus posibilidades de maniobra se habían acrecentado notablemente en los últimos decenios. El desarrollo de los cárteles y de los trusts, las nuevas funciones asumidas por el crédito, etcétera, lo habían dotado de instrumentos de que antes no disponía para controlar y mitigar los "desequilibrios" propios. La crisis que ahora amenazaba al sistema más bien maduraría dentro del marco de la política imperialista, vale decir en virtud de los conflictos que estallaran entre los mayores estados industriales del mundo en la lucha internacional por la conquista de nuevos mercados.

42

Salvo el caso de la Luxemburg, cuyas posiciones, por lo demás, fueron ampliamente minoritarias, la perspectiva del "derrumbe" por causas puramente económicas se vio cada vez más relegada a segundo plano en los hechos. Como destacó Carr, "nunca Lenin se comprometió hasta tal extremo con respecto a la doctrina del inevitable fracaso del capitalismo".[48] Razones conectadas con su formación de economista teórico —como la influencia que sobre él ejercieron Tugán-Baranovski y Bulgákov en la polémica contra las tesis populistas acerca de la "teoría de los mercados" y el problema del subconsumo —, o bien su *forma mentis*, eminentemente política, lo indujeron, por el contrario, a destacar siempre el aspecto opuesto, vale decir que "no existen situaciones absolutamente sin salida",[49] y mucho menos para el capitalismo, al que sólo la lucha política de clase

[48] E. H. Carr, op. cit., p. 61.

[49] Henryk Grossmann, *Das Akkumulations — und Zusammenbruchsgesetz des Kapitalismus,* Francfort del Meno, 1967, p. 22 (pero la obra, como se sabe, es de 1929). El pasaje de Lenin aquí recordado es citado in extenso por José V. Stalin, *Cuestiones del leninismo,* Buenos Aires, Problemas, 1947, pp. 616-617: "Camaradas, aquí nos acercamos de lleno al problema de la crisis revolucionaria, base de nuestra acción revolucionaria. Y ante todo, debemos señalar dos errores muy difundidos. Por una parte, los economistas burgueses pintan esta crisis como un simple 'malestar', según la elegante expresión de los ingleses. Por otra parte, algunos revolucionarios procuran demostrar que esta crisis no tiene salida alguna. Es un error. No existen situaciones absolutamente sin salida. La burguesía se comporta como una fiera ensoberbecida y sin control, comete tontería tras tontería, agudizando la situación y acelerando su propio fin. Todo eso es cierto. Pero es imposible 'demostrar' que no existe en absoluto la posibilidad de que adormezca a una minoría de explotados con la ayuda de pequeñas concesiones, que reprima un movimiento o una insurrección de los oprimidos y explotados. Intentar 'demostrar' anticipadamente la falta 'absoluta' de salida, sería vana pedantería, o un simple juego con palabras y conceptos. Una verdadera 'demostración' en este problema y otros similares, sólo la práctica puede proporcionarla. En todo el mundo el régimen burgués está viviendo la mayor crisis revolucionaria. Los partidos revolucionarios deben 'demostrar' ahora en la práctica que poseen suficiente conciencia, organización, vínculos con las masas explotadas, decisión y habilidad para explotar esta crisis en beneficio de una revolución victoriosa" (*informe sobre la situación internacional y las tareas fundamentales de la Internacional Comunista*, en *Obras Completas*, edic. cit., vol. XXXI, p. 218).

le puede cortar la retirada. Antes bien, fue precisamente sobre este punto de la "teoría del derrumbe" que los bolcheviques —según observó Carr— concentraron más sus críticas a *La acumulación del capital* de la Luxemburg. Por más paradójico que resulte, "fueron los mencheviques quienes hicieron hincapié en el principio de la 'inevitabilidad' de la doctrina marxista, para fundamentar su condena de los bolcheviques que parecían ir más allá y más de prisa de lo que admitía la marcha del proceso histórico". Y aunque Carr ciertamente exagera al decir que las "críticas de Rosa Luxemburg al bolchevismo en el último año de su vida, dejaban bien a las claras su raigambre menchevique" y que "*La acumulación del capital* proporcionó una anticipación de su menchevismo", queda sin embargo en pie el hecho de que "la obra que se escribiera como defensa apasionada de la acción revolucionaria, fue condenada más tarde por la literatura bolchevique por su supuesta conformidad con una política de inacción".[50]

En su conjunto, la posición bolchevique fue la de quien, aunque destacando con fuerza la naturaleza intrínsecamente contradictoria del modo de producción capitalista y la maraña de los antagonismos económicos y políticos que brotan de su desarrollo, se cuida esmeradamente de indicar *una* de tales contradicciones como la causa capaz de determinar por sí sola el derrumbe automático del sistema. La enunciación que expresa del modo más fiel esta actitud es la que se encuentra en *El imperialismo y la acumulación del capital* de Bujarin. "La sociedad capitalista —escribe— es una 'unidad de contradicciones'. El proceso de movimiento de la sociedad capitalista es un proceso de continua reproducción de las contradicciones capitalistas." "El proceso de *reproducción ampliada es un proceso de reproducción ampliada de esas contradicciones*. Y si es así, es evidente que dichas contradicciones harán estallar todo el sistema capitalista en su conjunto."[51] En qué sentido estas proposiciones no comprometen en modo alguno a Bujarin a sustentar ninguna "teoría del derrumbe", lo demostró en su época, y con razón, Henryk Grossmann.[52]

En general, sobre todo después de 1917, la posición bolchevique, que siempre fue más bien reacia a comprometerse con alguna teoría del derrumbe, tiende a considerar el problema bajo otra luz y otra

[50] E. H. Carr, op. cit., p. 61.

[51] Nicolai Bujarin, *El imperialismo y la acumulación del capital* (en Rosa Luxemburg, Nicolai Bujarin, *El imperialismo y la acumulación del capital)*, Córdoba, Pasado y Presente, 1975, p. 203.

[52] Henryk Grossmann, op. cit., pp. 44-8.

perspectiva. “Actualmente —escribe Bujarin, siempre en El imperialismo — estamos en condiciones de observar el proceso del colapso capitalista, y no meramente en base a construcciones abstractas y perspectivas teóricas. El colapso del capitalismo ha comenzado. La revolución de octubre es la expresión más convincente y viva de ello.”[53]

Evidentemente, el fenómeno en que piensa Bujarin es el de la “crisis general" del capitalismo, pero no en términos de un colapso económico más o menos automático, sino como una propagación de la revolución proletaria a los países capitalistas más desarrollados del mundo, después que con la revolución en Rusia se hizo saltar el “eslabón más débil” de la cadena imperialista. En suma, la tesis sigue siendo la de Lenin y Trotski, para quienes la revolución de octubre es la vigilia y el primer acto de la revolución internacional.

43

Sin embargo, lo que socava definitivamente o al menos modifica de raíz la vieja problemática de la “teoría del derrumbe” es la construcción y progresiva consolidación del nuevo poder estatal en Rusia después del final de la guerra civil y de la intervención armada de las potencias extranjeras. Dentro del cuadro de esta nueva situación, el terreno en que se considera que la “crisis del imperialismo” está destinada a madurar es, sobre todo, el *político*, pero esta vez ya no en los términos de la revolución mundial, sino en los de las relaciones políticas internacionales entre los estados y de la guerra. Los elementos que entran a constituir este nuevo modelo de análisis están indicados con claridad en los informes de Stalin al XVII y XVIII congreso del partido celebrado respectivamente en 1934 y 1939.

El punto de donde arranca el análisis siempre es el del agravamiento de las crisis económicas en los países capitalistas (entre otras cosas, el informe de 1934 tiene ante sí el cuadro de los efectos devastadores, a escala mundial, de la gran crisis iniciada en 1929). Pero el desemboque de las contradicciones económicas, más o menos agudas según las circunstancias, se estudia a nivel de las consecuencias políticas en la acción de los estados a escala internacional. En suma, el centro del análisis está representado por la teoría del imperialismo de Lenin y, en particular, por la necesidad de proceder a una periódica distribución del mundo en que se encuentran los estados de las mayores potencias imperialistas. “La intensificación de la lucha por los mercados exteriores, la supresión de los últimos vestigios del comercio libre, las tarifas aduaneras

[53] Bujarin, op. cit., p. 204.

prohibitivas, la guerra comercial, la guerra de los cambios, el dumping y otras muchas medidas análogas, que demuestran el extremo nacionalismo en la política económica, han exacerbado hasta el extremo —escribe Stalin— las relaciones entre los países, han preparado el terreno para colisiones militares y puesto en el orden del día la guerra, como el medio de un nuevo reparto del mundo y de las esferas de influencia en favor de los estados más fuertes.”[54]

Pero la guerra no resolverá las dificultades del capitalismo, sino que, ulteriormente, las complicará. “Más aún, desencadenará con seguridad la revolución y pondrá en juego la existencia misma del capitalismo en una serie de países, como ocurrió en la primera guerra imperialista. Y si, a pesar de la experiencia de la primera guerra imperialista, los políticos burgueses se aferran a la guerra, como el náufrago a una tabla, significa que han perdido definitivamente la cabeza, que se han metido en un callejón sin salida y que están prontos a precipitarse en el abismo.”[55]

44

Como se ve, la perspectiva es la de un fin catastrófico del capitalismo. Pero en términos que uno confundiría erróneamente con los originarios de la “teoría del derrumbe” en sentido estricto. En efecto, si bien dentro de un cuadro mundial profundamente modificado al menos por el hecho que, mientras tanto, se constituyó el estado soviético y una sexta parte del mundo comenzó a producir según una economía planificada, aquí la visión es la de un derrumbe *político* del capitalismo, tal cual lo entreviera Hilferding por vez primera, y no la de un derrumbe por *razones económicas*. Resulta importante tener bien en claro este punto porque, si es cierto que en las nuevas condiciones también se reproducirá la división —dentro del campo marxista— entre los sostenedores del “derrumbe” del capitalismo y los sostenedores de su “evolución” pacífica e indolora, es igualmente cierto (y el hecho no podría dejar de ser apreciado) que esta vez la alternativa se plantea en un terreno profundamente distinto al originario, es decir en el terreno *político* de las relaciones entre los estados, y no en el de la disolución más o menos destructiva y más o menos automática de las contradicciones *económicas* internas al mecanismo de la acumulación y del desarrollo capitalista.

Esta novedad de modos como se vuelve a presentar la vieja alternativa en las condiciones contemporáneas se capta perfectamente cotejando el análisis de Stalin, tal cual éste lo destacó

[54] J. V. Stalin, *Cuestiones del leninismo*, cit., p. 610.
[55] Op. cit., pp. 612-613.

por la época del XIX congreso del partido en su escrito sobre los *Problemas económicos del socialismo en la URSS*, y la perspectiva que empieza a delinearse con el XX congreso. En efecto, la nueva forma en que se expone el viejo dilema ya no es la de si el capitalismo puede o no evitar el progresivo agravamiento de las crisis económicas hasta la parálisis postrera, sino la de la *inevitabilidad o no de la guerra*. Stalin responde a este problema reafirmando, por una parte, la inevitabilidad de la guerra entre los países imperialistas como fase en el curso de la cual se verificará el ulterior debilitamiento y disgregación del sistema capitalista mundial en provecho del campo de los estados socialistas, y, por la otra, haciendo relampaguear sobre el trasfondo, si bien de manera esfumada y sobrentendida la perspectiva del inevitable choque final entre los dos “campos” contrapuestos. Por el contrario, el análisis esbozado por el XX congreso abandona ambas tesis. La primera, porque la superó patentemente la hegemonía completa y total que obtuvieron los Estados Unidos en el frente imperialista después de la segunda guerra mundial. La segunda, porque, como alternativa, se prefiere apuntar a la competencia económica entre ambos sistemas a fin de favorecer el paso pacífico del capitalismo al socialismo o directamente, tal cual se deja entender a veces, la simbiosis entre ambos.

45

Esta última tesis, que de modo patente señala la resurrección —si bien a nivel político-estatal y, por ende, en un contexto real y con un lenguaje profundamente distintos— de la tesis sustentada por Bernstein en su célebre escrito de 1899, también puede considerarse el último puerto a que llegó el debate sobre la “teoría del derrumbe” en el curso de su trajinada existencia. Desde entonces, en efecto, el surgimiento del conflicto ruso-chino y el abandono de la misma teoría sobre la "competencia económica” entre los dos sistemas parecen inaugurar una época absolutamente nueva, jamás considerada ni por el pensamiento de Marx ni por el de Lenin.

[Traducción del italiano de Conrado Ceretti.]

EL MARXISMO Y EL DERRUMBE DEL CAPITALISMO

KARL MARX [1]

La sección tercera del libro tercero de *El capital* se titula: ‘‘Ley de la baja tendencia de la tasa de ganancia.” La sección consta de tres capítulos que aquí se reproducen en su integridad. El capítulo XIII define "la ley en cuanto tal”; el capítulo XIV trata de las "causas contrarrestantes” que contrarrestan o neutralizan la acción de la ley general; el capítulo XV examina el "desarrollo de las contradicciones internas de la ley”. El razonamiento desarrollado por Marx en esta sección es bastante más lineal de lo que parece a primera vista. Todo su discurso versa sobre los efectos contradictorios con que se manifiesta el aumento de la productividad del trabajo en las condiciones capitalistas. Para aumentar el plusvalor, el capital debe acrecentar la productividad del trabajo: en efecto, esta última —al determinar una disminución del tiempo de trabajo incorporado a cada producto y, por ende, una disminución del valor de cada mercancía ("*la magnitud de valor* de una mercancía, dice Marx, varía en razón *inversa a la fuerza productiva* del trabajo efectivizado en ella”) — también determina la disminución del tiempo de trabajo necesario para producir los medios de sustento del obrero, vale decir reduce la parte de la jomada de trabajo en que la fuerza de trabajo se reproduce a sí misma para, a la inversa, acrecentar el tiempo de trabajo suplementario que el obrero cede al capital, es decir el plustrabajo y también, por ende, el plusvalor producido. Por otra parte, como para aumentar la productividad del trabajo el capital debe revolucionar constantemente la base técnica de la producción introduciendo nuevas y más costosas maquinarias, la misma causa que incrementa la productividad del trabajo también acrecienta la “composición orgánica” del capital, o sea la proporción entre la parte del capital que se gasta en la adquisición de máquinas y materias primas, el “capital constante”, y su otra parte, el "capital variable” o fondo salarial, que en cambio está destinado a la adquisición de la fuerza de trabajo. En virtud del primer aspecto, el aumento de la productividad del trabajo es sinónimo de aumento de la “tasa de plusvalor” o tasa de explotación, expresión con la que Marx entiende la relación entre el plusvalor producido y el componente variable del

capital adelantado, o bien la relación entre el plustrabajo y el trabajo necesario. En virtud del segundo aspecto, vale decir de la acrecentada “composición orgánica” del capital, se tiene en cambio una caída de la "tasa de ganancia”, esto es una caída de la relación en la que el plusvalor se encuentra no sólo con el componente variable sino con todo el capital invertido.

50

La ley por tanto, es una, pero tiene doble filo: en el sentido de que, como explica Marx, “la tasa de ganancia no cae porque el trabajo se vuelva improductivo, sino porque se vuelve productivo. Ambas cosas, el ascenso de la tasa de plusvalor y la caída de la tasa de ganancia sólo son formas especiales en que se expresa capitalistamente una productividad creciente del trabajo”. Resulta evidente la importancia que tiene esta ley dentro del cuadro del análisis de Marx. La tasa de ganancia constituye la fuerza motriz de la producción capitalista; en el capitalismo sólo se produce lo que se puede producir con ganancia y en la medida en que se pueda obtener tal ganancia. Si, por lo tanto, esta fuerza motriz tiene tendencia a debilitarse, quiere decir que el destino de todo el sistema está sellado. En suma, la ley es algo más que una de las tantas leyes enunciadas a lo largo de *El capital*, pues resume toda la visión que Marx tuvo del capitalismo. En efecto, para él la contradicción inherente al desarrollo de la productividad del trabajo en las condiciones capitalistas es la expresión culminante de la naturaleza contradictoria de todo el sistema. “El desarrollo de las fuerzas productivas del trabajo social es la tarea y la legitimación histórica del capital”, pero “justamente con ello éste crea inconscientemente las condiciones materiales de una forma superior de producción”. Con otras palabras, para desarrollarse, el capitalismo necesita una productividad cada vez mayor del trabajo: el incremento de esta última es el medio por el cual se acrecienta el plusvalor y, por lo tanto, se desarrolla la acumulación. Por otra parte, si este incremento de la productividad es el medio de vida del capital, el hecho de que se traduzca en un aumento de la composición orgánica lo convierte al mismo tiempo en un límite insalvable para la autovalorización del capital mismo. La razón de vida se transforma en una razón de muerte. O, como dice Marx, "el medio —desarrollo incondicional de las fuerzas productivas sociales— entra en constante conflicto con el objetivo limitado, el de la valorización del capital existente", de manera que, concluye, “si el modo capitalista de producción es un medio histórico para desarrollar la fuerza productiva material y crear el mercado mundial que le corresponde, es al mismo tiempo la constante contradicción entre ésta su misión histórica y las

relaciones sociales de producción correspondientes a dicho modo de producción”. En conclusión, son dos las fuerzas que actúan sobre la tasa de ganancia: la tasa de plusvalor y la composición orgánica del capital. El desarrollo de la productividad del trabajo hace aumentar simultáneamente ambas. Pero como a largo plazo la segunda fuerza excede a la primera, la causa que impulsa a la caída de la tasa de ganancia debe prevalecer finalmente, según Marx, sobre el aumento de la tasa de plusvalor que, en cambio y por sí misma, tiende a frenar esa caída o a anularla directamente en ciertas condiciones.

Tal es, en grandes líneas, el sentido del discurso. Y ahora —incluso a los fines de un mejor entendimiento del texto— echemos un vistazo a la más reciente literatura crítica sobre el argumento. La objeción principal a la que todos los críticos se adscriben se puede enunciar del siguiente modo: al describir en el capítulo x iii la baja de la tasa de ganancia, que sucede al aumento de la composición orgánica del capital, Marx —se dice— supone que la tasa de plusvalor no aumenta, sino que permanece constante.

51

El procedimiento resulta ilegítimo. En efecto, si para aumentar la productividad del trabajo es necesario aumentar la composición orgánica del capital, vale decir introducir maquinarias nuevas y más costosas, también es cierto que se procura acrecentar la productividad del trabajo porque éste aumenta la tasa de plusvalor. Mientras que los dos fenómenos (aumento de la composición orgánica y aumento de la tasa de plusvalor) son los efectos opuestos, pero inseparables, de la acrecentada productividad del trabajo, Marx —se dice— comete el error de separarlos, construyendo el capítulo que trata de "la ley en cuanto tal” solamente sobre la base del primer efecto, y relegando en cambio el otro (es decir el aumento de la tasa de plusvalor) al capítulo XIV, dedicado a las tendencias antagónicas. Este modo de proceder resulta arbitrario. En efecto, al tratar separadamente los dos procesos Marx consigue considerar al aumento de la composición orgánica, con la consiguiente caída de la tasa de ganancia, como la tendencia *fundamental*, y al aumento de la tasa de plusvalor (que frena o anula esa caída) como una causa antagónica pero secundaria con respecto a la primera. Es la crítica desarrollada por Ludwig von Bortkiewicz en *Wertrechnung und Preisrechnung im Marxschen System* (cm. *Archiv für Sozialwissenschaft und Sozialpolitik*, septiembre de 1907, pp. 466-7), y que luego también retomó Paul M. Sweezy en su Teoría del desarrollo capitalista [México, FCE, 1970, pp. 113-122]. El aumento de la composición orgánica y el aumento de la tasa de plusvalor —escribe

Sweezy— son dos variables que "debemos considerar [...] como de importancia aproximadamente coordinada". Resulta imposible decir a priori cuál de las dos prevalecerá. Por ende, "si se supone que tanto la composición orgánica del capita l como la tasa de plusvalor son variables, como creemos que debiera hacerse, entonces la dirección en que la tasa de ganancia cambiará se hace indeterminada": ésta di sminuirá —dice Sweezy— "si el porcentaje de aumento en la tasa de plusvalor es menor que el porcentaje de disminución en la proporción del capital variable con respecto al capital total"; en caso contrario, en vez de bajar, la tasa de ganancia aumentará. De cualquier modo, "si los actos de los capitalistas tendrán éxito en la restauración de la tasa de ganancia o si actuarán solamente para apresurar su descenso, es una conclusión que no se puede apoyar en razones teóricas generales". Análoga a la de Bortkiewicz es la crítica desarrollada por Joan Robinson en el capítulo quinto de su *An essay on Marxian economy* [*Introducción a la economía marxista*, México, Siglo XXI, 1968]. El error de Marx consistió en que al considerar el aumento de la composición orgánica supuso que la tasa de plusvalor permanecía constante, aun cuando luego consideró tal aumento como una excepción o una causa antagónica especial, pero siempre subordinada a la primera tendencia. En realidad, no sólo la tasa de plusvalor siempre aumenta simultáneamente con la composición orgánica sino que, como el incremento de la productividad del trabajo no tiene límite, esa tasa puede teóricamente desarrollarse hasta un punto tal que domine y prevalezca establemente sobre la otra tendencia.

52

Es un hecho que, como Engels hubo de destacar, a diferencia del libro segundo de *El capital*, el texto dejado por Marx para el tercero sólo constituye a menudo "un primer borrador, que además es extremadamente lagunoso". El texto debería haber sido reelaborado de pies a cabeza; en efecto, cuanto más se avanzaba en él, "tanto mayor carácter de esbozo y tantas mayores laguna s ofrecía la elaboración, tanto mayor número de digresiones contenía acerca de puntos secundarios que surgían en el curso de la investigación, y cuyo lugar definitivo quedaba librado a un ordenamiento ulterior, tanto más largos e intrincados los períodos en los que se expresaban las ideas anotadas in statu nascendi". Pero aun teniendo en cuenta esto y reconociendo que "la primera (pero sólo la primera) página del capítulo XIII de la sección dedicada a la baja tendencial de la tasa de ganancia parece dar razón a los críticos arriba mencionados", hoy resulta un hecho adquirido —después del estudio fundamental de Román Rosdolsky, *Zur Entstehungsgeschichte des Marxschen 'Kapital'*

(Francfort del Meno, 1968, vol. II, pp. 467-483 [en esp. *Génesis y estructura de* El capital *de Marx*, México, Siglo XXI, 1978, pp. 440454]), e independientemente del juicio de mérito que se quiera emitir acerca de la validez o no de la ley marxiana de la baja de la tasa de ganancia— que una lectura atenta del texto de Marx debe permitir concluir (como recientemente lo admitió también Ronald Meek, otro crítico de esa ley) que, en el curso de su análisis, "Marx no daba en absoluto por supuesto que la tasa de plusvalor permaneciese constante” sino que, “al contrario, suponía expresamente que todo aumento de la composición orgánica habría sido acompañado por un aumento de la tasa de "plusvalor” y, “no obstante”, sostenía que este aumento de la tasa de plusvalor no habría impedido que "con el tiempo” cayera la tasa de ganancia” (cf. Ronald Meek, *Scienza económica e ideologia*, Bari, 1969, p. 65). Resulta evidente que defectos de forma bastante sensibles complican y a veces tornan insatisfactoria la exposición que Marx nos dejó. En este sentido, quizás pudiera decirse que los capítulos xin y XIV representan la "tesis" y la "antítesis” (vale decir momentos abstractos de por sí) de un discurso que sólo alcanza su plena concreción en el curso del capítulo XV, dedicado al “desarrollo de las contradicciones internas de la ley”. Por otra parte, como destacó Henryk Grossmann en *Das Akkumulations— und Zusammenbruchsgesetz des kapitalistischen Systems* (Leipzig. 1929, p. 116 [en esp., *La ley de la acumulación y del derrumbe del sistema capitalista*, México, Siglo XXI, en preparación]), el método de aislación de los dos factores seguidos en este caso por Marx ya tenía un ilustre precedente en el tratamiento que da John Stuart Mill a la tasa de ganancia. Pero, independientemente de como estén las cosas a este respecto, es un mérito indiscutible de Rosdolsky el haber documentado ampliamente lo infundado de la lectura crítica de Bortkiewicz, de Sweezv y de la Robinson, mostrando ya sea a la luz de las *Teorías sobre el plusvalor* o bien a la luz de algunas páginas fundamentales de los *Grundrisse* (por él evocadas en el capítulo 26 de su libro) que Marx siempre supuso que el aumento de la composición orgánica del capital va acompañado de una tasa de plusvalor creciente en vez de constante.

53

En cambio, el punto que más insatisfactorio parece en la exposición de Marx, tal cual nos llegó a nosotros, es el que concierne a los efectos del aumento de la productividad del trabajo a los fines del "abaratamiento de los elementos del capital constante”. Es verdad que —además de estar entre las seis causas que contrarrestan la caída de la tasa de ganancia, especificadas en el capítulo XIV— el

"abaratamiento de los elementos del capital constante" también aparece dentro del capítulo XIII. Pero tal vez haya que decir que al elaborar "la ley en cuanto tal", Marx no tuvo suficientemente en cuenta este importantísimo factor. Si es verdad, en efecto, que el aumento de la productividad del trabajo implica en general una composición orgánica más alta del capital, no es menos cierto que el aumento de la productividad reduce no sólo el valor de las mercancías que forman parte de los medios de subsistencia de la fuerza de trabajo, sino también el valor de las máquinas y de las materias primas; de modo que al aumento del volumen físico del capital constante, vale decir al aumento de la "composición técnica" del capital, no siempre le corresponde el de su "composición orgánica" que, como se sabe, constituye una expresión de valor y nada tiene que ver con las dimensiones físicas del capital mismo. Literalmente, todas estas proposiciones también se hallan —por supuesto— en el texto de Marx, pero se trata de ver hasta qué punto, cuando preparaba el esquema de la ley de la baja de la tasa de ganancia, tenía suficientemente en cuenta el hecho de que —si en general, para aumentar la productividad del trabajo resulta necesario acrecentar la composición orgánica del capital— uno de los primeros efectos de esta mayor productividad es la reducción del tiempo de trabajo necesario para producir los medios de producción, es decir la disminución de la magnitud de valor de los elementos del capital constante y, por ende, también la disminución de la composición orgánica. Éste es el argumento sobre el que más insistió en su ataque a la teoría de la baja de la tasa de ganancia una animosa economista de orientación marxista como Natalie Moszkowska, ya sea en *Das Marxsche System* (Berlín, 1929, pp. 118 *ss*.) y en *Zur Kritik moderner Krisentheorien* (Berlín, 1935, pp. 46 w. [en esp. *Contribución a la crítica de las teorías modernas de las crisis*, Cuadernos de Pasado y Presente, núm. 50, México, Siglo XXI, 1978, pp. 52 *ss*.]), como también y sobre todo en la sección dedicada al "progreso técnico y la tendencia de la tasa de ganancia" de su último libro, *Zur Dynamik des Spätkapitalismus* (Zurich-Nueva York, 1943, pp. 21-50). Argumento para cuyo desarrollo la Moszkowska se valió en particular del capítulo fundamental sobre "Maquinaria y gran industria" del libro I de *El capital*: *a*] dando gran realce a las consideraciones allí formuladas acerca de las especiales condiciones en que sobreviene la introducción de nuevas máquinas dentro del capitalismo ("el *límite* para el uso de la maquinaria —dice Marx— está dado por el hecho de que su propia producción cueste menos trabajo que el trabajo sustituido por su empleo.

Como aquél no paga el trabajo empleado, sino el valor de la fuerza de *trabajo empleado*, para él el uso de la máquina está limitado por *la diferencia que existe entre el valor de la misma y el valor de la fuerza de trabajo que remplaza*”), lo cual significa que las innovaciones técnicas que introduce el capitalismo sólo son las que pueden multiplicar más veces la productividad del trabajo y más veces, por lo tanto, la tasa de plusvalor, y *b*] insistiendo en el hecho de que la intervención cada vez más inmediata y directa de la ciencia en el proceso productivo aumentó vertiginosamente, sobre todo en los últimos decenios, la posibilidad de que el aumento de la “composición técnica” del capital vaya acompañada de un aumento bastante modesto o, directamente, de una disminución de su "composición orgánica”. Y sin embargo (independientemente —repetimos— de la validez o no de la ley de la baja tendencial de la tasa de ganancia), lo que sorprende en la Moszkowska no menos que en Sweezy y en los demás críticos es su incapacidad para reconstruir en sus términos reales el discurso desarrollado a este respecto por Marx. Mirando bien, su crítica se articula sobre dos argumentos. El primero es que el incremento de la fuerza productiva del trabajo tendría la capacidad de determinar una reducción de valor en los elementos del capital constante como para impedir que al aumento de la "composición técnica” del capital le corresponda el de su "composición orgánica”. El segundo es que la tasa de plusvalor, en principio puede acrecentarse al mismo paso que la composición orgánica del capital de manera de anular los efectos que ésta tiene sobre la declinación de la t asa de ganancia, o bien —para retomar la expresión de Sweezy— que el aumento de la composición orgánica y el aumento de la tasa de plusvalor son dos variables "de importancia aproximadamente coordinada". Ahora bien, lo que no satisface de estas contradeducciones (por lo menos desde el punto de vista de la filología del texto) es, a nuestro parecer, el hecho de que —al críticar el discurso de Marx— omiten considerar algunos de los argumentos en que se apoya el propio Marx. En efecto, en lo concerniente al primer punto, resulta significativo lo que él dice en el capítulo sobre Cherbuliez del segundo volumen de *Teorías sobre el plusvalor*, donde entre otras cosas, y para explicar cómo el valor de ese elemento del "capital constante” que son las materias primas no puede ser disminuido más allá de ciertos límites, Marx escribe que “una parte de las materias primas, la lana, la seda, los cueros, etc., se produce por medio de procesos *orgánicos* y animales o por medio de procesos orgánicos y vegetales, como ocurre con el algodón o el lino", y "la

producción capitalista no ha logrado, ni podrá lograr nunca, gobernar estos procesos como si fuesen procesos puramente mecánicos o de química inorgánica". Y en lo concerniente al segundo punto, vale decir a la posibilidad que tiene la tasa de plusvalor de compensar con su aumento el de la composición orgánica del capital, es necesario tener presente que, si es muy cierto que la disminución porcentual del capital variable o fondo salarial (pues eso significa el aumento de la composición orgánica) puede ser compensada mediante el aumento de la tasa de plusvalor (o, cosa equivalente, que la disminución *relativa* del número de obreros empleados puede ser anulada mediante un aumento del grado de explotación de la fuerza de trabajo), sin embargo existen aquí "límites absolutos" (por ejemplo, en el sentido de que el plustrabajo de dos obreros, al no poder superar los límites naturales de la jornada laboral, jamás podrá compensar el plustrabajo, aunque sea de una hora, de cincuenta obreros): tal lo que Marx explicó con gran claridad, aparte de hacerlo en el parágrafo II del capítulo XV del libro tercero, en el capítulo IX del libro primero de *El capital* y —como mostró concluyentemente Rosdolsky (*op. cit*., pp. 478-82 [en esp. pp. 449-53])— en numerosos lugares de su obra.

55

Finalmente, sólo dedicaremos aquí unas pocas líneas a examinar otra corriente interpretativa surgida en los últimos años, cuyos exponentes son Joseph Gillman y Giulio Pietranera. La tesis sustentada (si bien con diferencias de matices) por estos dos autores establece que la baja tendencial de la tasa de ganancia preconizada por Marx tuvo lugar efectivamente y, de hecho, operó durante el período transcurrido entre fines del siglo pasado y comienzos del presente, pero que el capitalismo reaccionó ante ella desarrollando el *monopolio*, y así ingresó en una fase cualitativamente nueva donde aquella ley ya no encuentra aplicación. "La continua disminución de la tasa de ganancia en los últimos decenios del siglo XIX —escribe Gillman—, agravada por crisis cíclicas cada vez más agudas, determinó que los capitalistas adoptaran dos contramedidas principales. La primera fue la formación de diversas especies de combinaciones industriales y bancarias con el propósito de reducir el área de la competencia, controlar la inversión y la producción y eliminar las prácticas destructivas de las reducciones de precios. La otra fue el aumento progresivo de la escala de producción con el propósito de obtener economías de escala, y el progresivo perfeccionamiento de la tecnología de la producción con el propósito de elevar la productividad del trabajo" (*Il saggio di profitto*, Roma, 1961, pp. 110-

111, y cf. también G. Pietranera en su introducción a Rudolf Hilferding, *Il capitale finanziario*, Milán, 1961, pp. LIII-IV). El resultado de este proceso, iniciado en el curso de la "Gran depresión" del último cuarto del siglo pasado, fue que "después de la primera guerra mundial, la naturaleza del capital constante sufrió un cambio *cualitativo* ocultado por su expresión *cuantitativa tradicional*", y que "el remplazo cada vez mayor de máquinas industriales más costosas por equipamientos industriales menos dispendiosos y las economías cada vez mayores en el consumo de materias primas, *lentificaron la expansión cuantitativa* del capital constante ya sea en el valor como en la masa de sus componentes", de donde "la relativa inmovilidad de la composición orgánica en el curso de todos estos años". La consecuencia última de todo ello seria, según Gillman, que "en el período del capital monopolista el problema de la baja tendencial de la tasa de ganancia se convierte sobre todo en el problema de la realización del plusvalor neto", (*op. cit*., pp. 124-125 y 133), y que, por ende, la ley ya no se plantea en los términos originariamente previstos por Marx.

56

Ahora queda por examinar un último punto que, aunque no se pueda pensar en agotarlo en pocas instancias, sin embargo merece ser señalado. La ley de la baja tendencial de la tasa de ganancia —a juicio de muchos intérpretes— es el signo no sólo de la presencia de una "teoría del derrumbe" (*Zusammenbruchstheorie*) en Marx, sino también del hecho de que esta teoría es reivindicada como parte esencial del marxismo teórico. Al final del capítulo 26 de su libro —tras haber transcripto un extenso pasaje de los Grundrisse—, Rosdolsky habla de "*Zusammenbruchs*"-*Prognose* y en la nota a pie de página agrega: "La tesis según la cual Marx no habría desarrollado una 'teoría del derrumbe' es atribuible sobre todo a la interpretación revisionista del sistema económico de Marx desarrollada antes y después de la primera guerra mundial. A este respecto, el mérito teórico de Rosa Luxemburg y de Henryk Grossmann jamás podrá ser apreciado lo bastante." En términos análogos se expresó también Joseph Gillman: "La ley de la baja tendencial de la tasa de ganancia es asociada por Marx a su tesis de la declinación y del derrumbe inevitable del capitalismo [...] Si no existiese esa radical tendencia descendente de la tasa de ganancia del sistema, con todas las consecuencias que le atribuye Marx, sería difícil imaginar el desarrollo de conflictos que dentro de la clase capitalista y entre ésta y la clase obrera se convirtiesen en una amenaza contra la existencia del sistema. En los hechos, también éste como todos los organismos

vivos, sería afectado por los males del crecimiento y del desarrollo. Pero tales males podrían considerarse como dolores pasajeros que se originarían en causas eliminables y no sentarían las premisas de su derrumbe final [...] Por lo tanto —concluye Gillman— los marxistas asocian en general la ley de la baja tendencial de la tasa de ganancia a su concepción del destino final del capitalismo en cuanto que sistema de producción social” (*op. cit*., pp. 29 y 33-34). Resulta difícil poder negar la fuerza que tienen los argumentos de estos autores. Por lo menos en un aspecto del pensamiento de Marx parece que efectivamente hay lugar para una "teoría del derrumbe” y, no por azar, autores que como la Moszkowska y Sweezy niegan el "derrumbe" hacen valer —contra la ley de la baja de la tasa de ganancia— la consideración de que así como la "dirección en que la tasa de ganancia cambiará se vuelve indeterminada", tampoco resulta determinable a priori ni siquiera el futuro del sistema. En todo sentido, la cuestión se presenta compleja. Bernstein, a fines del siglo pasado, imputó al marxismo el ser una "teoría del derrumbe”. Kautsky y otros "ortodoxos” negaron entonces que eso fuese cierto. Hoy, a la inversa, Rosdolsky y otros reivindican el "derrumbe” como un requisito esencial del análisis de Marx. Por el contrario, estudiosos como Maurice Dobb, que también aceptaron el discurso de Marx sobre la baja tendencial de la tasa de ganancia, no sólo niegan que de él se puedan sacar conclusiones de carácter "demasiado mecanicista” como si la ley "descansara en la predicción de que la ganancia decreciera en forma de una curva continuamente hacia abajo hasta alcanzar un punto en el que el sistema tendría que pararse bruscamente, como una máquina a la que le faltara vapor”, sino que a riesgo de vaciar de toda significación el mismo consenso que le acuerdan al discurso de Marx, también terminan hasta por negar que la ley contenga la indicación de “cuál de las dos tendencias" deberá prevalecer en el futuro: justamente lo que sostiene Dobb cuando escribe que “la verdadera interpretación parece ser que Marx consideró la tendencia y las fuerzas en sentido contrario como elementos en conflicto de los cuales surgía la dirección general del sistema” y que "habría sido contrario a todo su método histórico sugerir que podía darse una solución en forma abstracta o que alguna conclusión de aplicación universal podía deducirse mecánicamente de los datos relativos a los cam bios técnicos examinados in vacuo (cf. Maurice Dobb, *Economía política y capitalismo*, México, f c e, 1973, p. 79).

L. C.

[EL CAPITAL (LIBRO III):] LEY DE LA BAJA TENDENCIAL DE LA TASA DE GANANCIA (SECCIÓN TERCERA)

LA LEY EN CUANTO TAL (CAPÍTULO XIII)

Con un salario y una jornada laboral dados, un capital variable, por ejemplo de 100, representa un número determinado de obreros puestos en movimiento: es el índice de ese número. Sea, por ejemplo, £ 100 el salario de 100 obreros, digamos que por una semana. Si esos 100 obreros efectúan tanto trabajo necesario como plustrabajo, es decir si trabajan diariamente tanto tiempo para sí mismos —o sea para la reproducción de su salario— como para el capitalista —esto es, para la producción de plusvalor—, su producto de valor global sería — £ 200 y el plusvalor por ellos generado ascendería a £ 100. La tasa del plusvalor

$$\frac{pv}{v}$$

sería = 100%. Sin embargo, y tal como hemos visto, esa tasa del plusvalor se expresaría en tasas de ganancia sumamente diversas según los diversos volúmenes del capital constante c y, por ende, del capital global C, puesto que la tasa de la ganancia

$$= \frac{pv}{C}$$

Siendo la tasa de plusvalor del 100%:

Si $c = 50$, $v = 100$, entonces $g' = \frac{100}{150} = 66\ ^{2}/_{3}\ \%$.

Si $c = 100$, $v = 100$, entonces $g' = \frac{100}{200} = 50\ \%$.

Si $c = 200$, $v = 100$, entonces $g' = \frac{100}{300} = 33\ ^{1}/_{3}\ \%$.

Si $c = 300$, $v = 100$, entonces $g' = \frac{100}{400} = 25\ \%$.

$$\text{Si } c = 400,\ v = 100, \text{ entonces } g' = \frac{100}{500} = 20\ \%.$$

Con un grado de explotación constante del trabajo, la misma tasa del plusvalor se expresaría así en una tasa decreciente de ganancia, puesto que con su volumen material aumenta asimismo —aunque no en la misma proporción— el volumen de valor del capital constante, y por ende del capital global.

59

Si suponemos además que esta modificación gradual en la composición del capital ocurre no sólo en esferas aisladas de la producción, sino, en mayor o menor grado, en todas las esferas de la producción, o cuando menos en las decisivas, es decir que dicha modificación encierra transformaciones en la composición orgánica media del capital global perteneciente a una sociedad determinada, entonces este paulatino acrecentamiento del capital constante en relación con el variable debe tener necesariamente por resultado una *baja gradual en la tasa general de ganancia,* si se mantienen constantes la tasa del plusvalor o el grado de explotación del trabajo por parte del capital. Pero se ha revelado como una ley del modo capitalista de producción que, con su desarrollo, se opera una disminución relativa del capital variable en relación con el capital constante, y de ese modo en relación con el capital global puesto en movimiento. Esto sólo significa que el mismo numero de obreros, la misma cantidad de fuerza de trabajo tornada disponible por un capital variable de volumen de valor dado, pone en movimiento, elabora, consume productivamente, como consecuencia de los métodos de producción peculiares que se desarrollan dentro de la producción capitalista, una masa constantemente creciente de medios de trabajo, maquinaria y capital fijo de toda índole, materias primas y auxiliares, en el mismo lapso, y por consiguiente también un capital constante de volumen de valor en permanente crecimiento. Esta progresiva disminución relativa del capital variable en proporción con el constante, y por ende con el capital global, es idéntica a la composición orgánica progresivamente más alta del capital social en su promedio. Asimismo es sólo otra expresión del desarrollo progresivo de la fuerza productiva social del trabajo, la cual se revela precisamente en que, mediante el creciente empleo de maquinaria y de capital fijo en general, el mismo número de obreros transforma en productos mayor cantidad de materias primas y auxiliares en el mismo tiempo, es decir, con menos trabajo. A ese creciente volumen de valor del capital constante —aunque sólo representa remotamente

el crecimiento de la cantidad real de los valores de uso que en lo material componen el capital constante— corresponde un creciente abaratamiento del producto. Cada producto individual, considerado de por sí, contiene una suma de trabajo menor que en los estadios inferiores de la producción, en los cuales el capital desembolsado en trabajo se halla en proporción incomparablemente mayor con respecto al capital desembolsado en medios de producción. Por lo tanto, la serie hipotéticamente formulada al principio expresa la tendencia real de la producción capitalista. Con la progresiva disminución relativa del capital variable con respecto al capital constante, la producción capitalista genera una composición orgánica crecientemente más alta del capital global, cuya consecuencia directa es que la tasa del plusvalor, manteniéndose constante el grado de explotación del trabajo e inclusive si éste aumenta, se expresa en una tasa general de ganancia constantemente decreciente. (Más adelante se verá por qué este descenso se pone de manifiesto no en esta forma absoluta, sino más bien en una tendencia hacia una baja progresiva.) La tendencia progresiva de la tasa general de ganancia a la baja sólo es, por tanto, *una expresión, peculiar al modo capitalista de producción,* al desarrollo progresivo de la fuerza productiva social del trabajo. Con esto no queremos decir que la tasa de ganancia, transitoriamente, no pueda descender también por otras causas, pero con ello queda demostrado, a partir de la esencia del modo capitalista de producción y como una necesidad obvia, que en el progreso del mismo la tasa media general del plusvalor debe expresarse en una tasa general decreciente de ganancia. Puesto que la masa del trabajo vivo empleado siempre disminuye en relación con la masa del trabajo objetivado que aquél pone en movimiento, con los medios de producción productivamente consumidos, entonces también la parte de ese trabajo vivo que está impaga y que se objetiva en plusvalor debe hallarse en una proporción siempre decreciente con respecto al volumen de valor del capital global empleado. Esta proporción entre la masa de plusvalor y el valor del capital global empleado constituye, empero, la tasa de ganancia, que por consiguiente debe disminuir constantemente.

60

Aunque conforme a lo desarrollado hasta este momento la ley parece sumamente sencilla, toda la economía política no ha logrado descubrirla hasta el presente, como se verá en una sección posterior. Vio el fenómeno y se devanó los sesos, en intentos contradictorios, por interpretarlo. Pero dada la gran importancia que posee esta ley para la producción capitalista, puede decirse que constituye el

misterio en torno a cuya solución gira toda la economía política desde Adam Smith, y que la diferencia entre las diversas escuelas existentes desde Adam Smith estriba en las diferentes tentativas realizadas para su solución. Pero si, por otro lado, se considera que la economía política, hasta el presente, andaba ciertamente a tientas en torno a la diferencia entre capital constante y capital variable, pero sin haber podido formularla con certeza; que jamás presentó al plusvalor separado de la ganancia, y que a ésta jamás la presentó en forma pura, por oposición a sus diversos componentes recíprocamente autonomizados —como ganancia industrial, ganancia comercial, interés, renta de la tierra—; que jamás analizó en profundidad la diferencia en la composición orgánica del capital, y por ello tampoco lo hizo con la formación de la tasa general de ganancia, entonces deja de ser un enigma el hecho de que jamás lograra resolver este enigma.

61

Adrede examinamos esta ley antes de considerar la división de la ganancia en diferentes categorías recíprocamente autónomas. La independencia de esta exposición con respecto a la escisión de la ganancia en diferentes partes, correspondientes a diversas categorías de personas, demuestra de antemano la independencia de la ley en su carácter general con respecto a esa escisión y a las relaciones recíprocas entre las categorías de la ganancia que emanan de dicha división. La ganancia de la cual hablamos aquí no es sino otro nombre para designar el propio plusvalor, que sólo se presenta en relación con el capital global, en lugar de presentarse en relación con el capital variable del cual emana. Por consiguiente, la baja de la tasa de ganancia expresa la proporción decreciente entre el propio plusvalor y el capital global adelantado, y por ende es independiente de cualquier distribución arbitraria de ese plusvalor entre diversas categorías.

Hemos visto que en una fase del desarrollo capitalista en la cual la composición del capital *c* : *v* es como 50 : 100, una tasa de plusvalor del 100% se expresa en una tasa de ganancia del 66%%, y que en un estadio superior, en el cual *c* : *v* como 400 : 100, la misma tasa del plusvalor se expresa en una tasa de ganancia de sólo el 20%. Lo que vale para diversas fases de desarrollo sucesivas en un mismo país, vale para diversas fases de desarrollo coexistentes en diferentes países. En el país no desarrollado, en el cual la primera composición del capital constituye el promedio, la tasa general de ganancia sería = 66 $^{2}/_{2}$%, mientras que en el país de la segunda y muy superior fase de desarrollo, sería — 20%.

La diferencia entre ambas tasas nacionales de ganancia podría desaparecer y hasta revertirse por el hecho de que en el país menos

desarrollado el trabajo fuera más improductivo, por lo que una mayor cantidad de trabajo se expresaría en una cantidad menor de la misma mercancía, un mayor valor de cambio se expresaría en menor valor de uso, es decir que el obrero tendría que emplear una mayor parte de su tiempo para la reproducción de sus propios medios de subsistencia o del valor de estos, y una parte menor de aquél para la generación de plusvalor, que suministraría menos plustrabajo, de modo que la tasa del plusvalor sería más baja. Si en el país menos avanzado, por ejemplo, el obrero trabajase $^{2}/_{3}$ de la jornada laboral para sí mismo y $^{1}/_{3}$ para el capitalista, en el supuesto del ejemplo anterior la misma fuerza de trabajo se pagaría con 133 $^{1}/_{3}$ y brindaría un excedente de sólo 66%. Al capital variable de 133 $^{1}/_{3}$ le correspondería un capital constante de 50. Por lo tanto, la tasa de plusvalor ascendería ahora a 133 $^{1}/_{3}$: 66 $^{2}/_{3}$ = 50%; y la tasa de ganancia al 183 $^{1}/_{3}$: 66 $^{2}/_{3}$, o aproximadamente 36 ½ %.

62

Puesto que hasta el presente no hemos examinado aún los diversos componentes en los que se divide la ganancia, y por lo tanto todavía no existen para nosotros, sólo advertiremos de antemano lo siguiente con el fin de evitar equívocos. Al comparar países de diversas fases de desarrollo, en especial al comparar países de producción capitalista desarrollada con otros en los cuales el trabajo aún no se halla formalmente subsumido al capital, pese a que, en la realidad, el trabajador es explotado por el capitalista (por ejemplo en la India, donde el *raiat* trabaja como campesino independiente, y por consiguiente su producción, en cuanto tal, no está subsumida al capital, si bien el usurero logra cercenarle, bajo la forma del interés, no sólo todo su plustrabajo, sino inclusive —para expresarnos en términos capitalistas— una parte de su salario), sería un completo error querer medir por el nivel de la tasa nacional de interés, el nivel de la tasa nacional de ganancia. En aquella tasa se halla comprendida toda la ganancia y más que la ganancia, en lugar de expresar solamente, como en países de producción capitalista desarrollada, una parte alícuota del plusvalor o de la ganancia producidos. Por otra parte, en este caso la tasa de interés está predominantemente determinada por condiciones (adelantos de los usureros a los magnates, a los poseedores de la renta de la tierra) que nada tienen que ver con la ganancia, sino que más bien representan la proporción en la cual la usura se apropia de la renta.

En países de diversas fases de desarrollo de la producción capitalista, y por consiguiente de diferente composición orgánica del capital, la tasa del plusvalor (uno de los factores que determinan la

tasa de ganancia) puede ser más elevada en un país en el cual la jornada laboral normal es más breve que en otro en el cual la jornada de trabajo es más prolongada. En *primer lugar*, si la jornada laboral inglesa de 10 horas equivale, en razón de su mayor intensidad, a una jornada laboral austríaca de 14 horas, con una igual división de la jornada laboral 5 horas de plustrabajo en el primer caso pueden representar un valor superior en el mercado mundial que 7 horas en el segundo. Pero, en *segundo lugar*, en aquel caso puede constituir plustrabajo una parte mayor de la jornada laboral que en éste.

La ley de la tasa decreciente de ganancia, en la cual se expresa la misma tasa o incluso una tasa creciente del plusvalor, dice, en otras palabras: tomando una cantidad determinada cualquiera del capital social medio, por ejemplo un capital de 100, una parte constantemente mayor del mismo constituye medios de trabajo, y una parte constantemente menor del mismo constituye trabajo vivo. Puesto que, de esa manera, la masa global del trabajo vivo agregado a los medios de producción disminuye en relación con el valor de esos medios de producción, también disminuye el trabajo impago y la parte de valor en la cual se representa, en relación con el valor del capital global adelantado. O de otra manera: una parte alícuota constantemente más reducida del capital global desembolsado se transforma en trabajo vivo, por lo que ese capital global absorbe cada vez menos plustrabajo en proporción con su magnitud, pese a que la proporción entre la parte impaga del trabajo empleado y la parte paga del mismo pueda crecer al mismo tiempo. La disminución relativa del capital variable y el aumento del capital constante, a pesar de que ambas partes crecen en términos absolutos, sólo es, como ya hemos dicho, otra expresión de una mayor productividad del trabajo.

63

Supongamos que un capital de 100 conste de $80_c + 20_v$, siendo este último = 20 obreros. Sea la tasa de plusvalor del 100%, es decir que los obreros trabajan medio día para sí mismos y medio día para el capitalista. Supongamos que en un país menos desarrollado, el capital sea = $20_c + 80_v$, y que estos últimos sean = 80 obreros. Pero estos obreros necesitan los 2/3 de la jornada laboral para sí mismos y sólo trabajan 1/3 para el capitalista. Suponiendo igual todo lo demás, en el primer caso los obreros producirán un valor de 40, y en el segundo uno de 120. El primer capital produce $80_c + 20_v + 20_{pv} = 120$; tasa de ganancia = 20%; el segundo capital, $20_c + 80_v + 40_{pv} = 140$; tasa de ganancia = 40%. Por consiguiente, en el segundo caso es doble que en el primero, pese a que en éste la tasa del plusvalor es = 100%, es decir doble que en el segundo, en el cual es sólo del 50%. Pero en cambio,

en el primer caso un capital de igual magnitud se apropia del plustrabajo de sólo 20 obreros, y en el segundo del de 80.

La ley de la baja progresiva de la tasa de ganancia o de la disminución relativa del plustrabajo apropiado en comparación con la masa de trabajo objetivado puesta en movimiento por el trabajo vivo, no excluye en modo alguno que crezca la masa absoluta del trabajo puesto en movimiento y explotado por el capital social, y por consiguiente también la masa absoluta del plustrabajo apropiado por él; tampoco excluye el hecho de que los capitales que se hallan a disposición de los diversos capitalistas manejen una masa creciente de trabajo, y por ende de plustrabajo, de este último incluso si el número de los obreros de los que dispone no aumenta.

Si tomamos una población obrera dada, de dos millones, por ejemplo; si además suponemos dadas la extensión e intensidad de la jornada laboral media, así como el salario, y en consecuencia la proporción entre trabajo necesario y plustrabajo, entonces el trabajo global de esos dos millones, lo mismo que su plustrabajo, que se presenta en forma de plusvalor, siempre produce la misma magnitud de valor. Pero a medida que aumenta la masa del capital constante —fijo y circulante— que pone en movimiento ese trabajo, disminuye la proporción entre esa magnitud de valor y el valor de ese capital, que crece con su masa, aun cuando no en la misma proporción. Esa proporción, y por consiguiente la tasa de la ganancia, disminuye, pese a que se dispone de la misma masa de trabajo vivo que antes y que el capital absorbe la misma masa de plustrabajo. La proporción se altera no porque disminuya la masa del trabajo vivo, sino porque aumenta la masa del trabajo ya objetivado que aquél pone en movimiento. La disminución es relativa, no absoluta, y de hecho nada tiene que ver con la magnitud absoluta del trabajo y del plustrabajo puestos en movimiento. La baja de la tasa de ganancia no se origina en una disminución absoluta, sino solamente relativa del componente variable del capital global, en su mengua en comparación con el componente constante del mismo.

64

En consecuencia, lo mismo que vale para masas dadas de trabajo y de plustrabajo, vale para un número creciente de obreros y por ende, bajo los supuestos dados, para una masa creciente del trabajo manejado en general y de su parte impaga, el plustrabajo, en particular. Si la población obrera aumenta de dos a tres millones, si el capital variable que se le paga en salarios también ha sido antes de dos millones y actualmente es de tres, mientras el capital constante aumenta de 4 a 15 millones, bajo los supuestos dados (jornada laboral

y tasa de plusvalor constantes) se acrecienta la masa del plustrabajo, del plusvalor, en una mitad, en un 50%, de 2 millones a 3. Sin embargo, y a pesar de ese aumento de la masa absoluta del plustrabajo y por consiguiente del plusvalor en un 50%, la proporción entre el capital variable y el constante disminuirá de 2 : 4 a 3 : 15, y la proporción entre el plusvalor y el capital global se presentará de la siguiente manera (en millones):

I] $4_c + 2_v + 2_{pv}$; C = 6, g' = $33\ ^1/_3$ %.

II] $15_c + 3_v + 3_{pv}$; C = 18, g' = $16\ ^2/_3$ %.

Mientras que la masa de plusvalor ha aumentado en una mitad, la tasa de ganancia ha descendido a la mitad de la anterior. Pero la ganancia es sólo el plusvalor calculado sobre el capital social, y la masa de la ganancia, su magnitud absoluta, es por lo tanto, socialmente considerada, igual a la magnitud absoluta del plusvalor. Por consiguiente, la magnitud absoluta de la ganancia, su masa global, habría aumentado en un 50% a pesar de la enorme merma en la proporción entre esta masa de ganancia y el capital global adelantado, o a pesar de la enorme disminución en la tasa general de ganancia. El número de obreros empleados por el capital, es decir la masa absoluta del trabajo que éste pone en movimiento, por ende la masa absoluta del plustrabajo que ha absorbido, por consiguiente la masa del plusvalor que ha producido, y por lo tanto la masa absoluta de la ganancia que ha producido, *puede* aumentar entonces, y hacerlo en forma progresiva a pesar de la baja progresiva de la tasa de ganancia. Éste no sólo *puede* ser el caso. *Debe* serlo —al margen de fluctuaciones transitorias— sobre la base de la producción capitalista.

65

El proceso capitalista de producción es, esencialmente y a la vez, un proceso de acumulación. Hemos demostrado cómo, a medida que progresa la producción capitalista, la masa de valor que debe reproducirse o conservarse simplemente aumenta y crece con el aumento de la productividad del trabajo, inclusive aunque la fuerza de trabajo empleada permanezca constante. Pero con el desarrollo de la fuerza productiva social del trabajo se acrecienta aún más la masa de los valores de uso producidos, una de cuyas partes configura los medios de producción. Y el trabajo adicional en virtud de cuya apropiación puede reconvertirse esta riqueza adicional en capital, no depende del valor sino de la masa de esos medios de producción (medios de subsistencia inclusive), puesto que en el proceso laboral el obrero no tiene que vérselas con el valor, sino con el valor de uso de los medios de producción. Pero la propia acumulación, y la

concentración del capital dada con ella, es a su vez un medio material para acrecentar la fuerza productiva. Sin embargo, en este aumento de los medios de producción se incluye el crecimiento de la población obrera, la creación de una población obrera correspondiente al pluscapital y que en general, incluso, excede constantemente las necesidades de éste, y por ende de una sobrepoblación. Un excedente momentáneo del pluscapital por encima de la población obrera que moviliza surtiría un doble efecto. Por una parte, mediante el aumento salarial y la consiguiente atenuación de las influencias que diezman y aniquilan la descendencia de los obreros, así como la facilitación de los matrimonios, aquel excedente incrementaría paulatinamente la población obrera, mientras que por otro lado, por aplicación de los métodos que generan el plusvalor relativo (introducción y perfeccionamiento de maquinaria), crearía mucho más rápidamente aún una sobrepoblación relativa artificial, la cual, a su vez —puesto que en la producción capitalista la miseria genera población— sería el vivero de un incremento verdaderamente rápido del número de la población. De la naturaleza del proceso capitalista de acumulación —que es sólo un elemento del proceso capitalista de producción— se deduce de suyo, por ende, que la masa aumentada de los medios de producción, destinados a trasformarse en capital, siempre tiene a mano una población obrera explotable, proporcionalmente aumentada y hasta excedentaria. Por lo tanto, a medida que progresa el proceso de producción y acumulación, debe aumentar la masa del plustrabajo susceptible de apropiación y apropiado, y por ende la masa absoluta de la ganancia apropiada por el capital social. Pero las mismas leyes de la producción y acumulación acrecientan, con la masa, el valor del capital constante, en progresión crecientemente más veloz que el variable, que la parte de capital cambiada por trabajo vivo. Las mismas leyes producen, pues, para el capital social, una masa absoluta de ganancias en aumento y una tasa de ganancia en disminución.

66

Prescindimos aquí por completo del hecho de que la misma magnitud de valor, a medida que progresa la producción capitalista y, correspondientemente, se desarrolla la fuerza productiva del trabajo social y se multiplican los ramos de la producción —y por ende los productos —, representa una masa cada vez mayor de valores de uso y de disfrutes.

El desenvolvimiento de la producción y acumulación capitalistas condiciona procesos laborales en una escala cada vez mayor, y por ende de dimensiones constantemente crecientes y los adelantos de

capital correspondientemente en aumento para cada establecimiento en particular. Por ello, una creciente concentración de los capitales (acompañada al mismo tiempo, aunque en menor medida, de un creciente número de capitalistas) es tanto una de sus condiciones materiales como uno de los resultados producidos por ella misma. Al mismo tiempo y en interacción con esto, avanza una progresiva expropiación de los productores más o menos directos. Se entiende así que los diversos capitalistas individuales comanden ejércitos obreros de creciente magnitud (aunque también para ellos disminuya el capital variable en relación con el capital constante), que aumente la masa del plusvalor, y por consiguiente de la ganancia, de la cual se apropian, simultáneamente con la baja de la tasa de ganancia y a pesar de ella. Pues las mismas causas que concentran las masas de ejércitos obreros bajo el mando de diversos capitalistas individuales, son precisamente las que hacen que la masa del capital fijo empleado, así como la de las materias primas y auxiliares, aumente en proporción creciente con respecto a la masa del trabajo vivo empleado.

Además, sólo necesita mencionarse aquí el hecho de que, con una población obrera dada, cuando aumenta la tasa de plusvalor —sea por prolongación o intensificación de la jornada laboral, sea por disminución de valor del salario como consecuencia del desarrollo de la fuerza productiva del trabajo— debe aumentar la masa del plusvalor, y por ende la masa absoluta de la ganancia, pese a la disminución relativa del capital variable con respecto al capital constante.

El mismo desarrollo de la fuerza productiva del trabajo social, las mismas leyes que se presentan en el descenso relativo del capital variable con respecto al capital global y la consiguiente acumulación acelerada, mientras que por otro lado la acumulación se convierte retroactivamente en punto de partida de un nuevo desarrollo de la fuerza productiva y de una nueva disminución relativa del capital variable, ese mismo desarrollo se expresa —al margen de fluctuaciones temporarias— en el creciente aumento de la fuerza de trabajo global empleada, en el constante crecimiento de la masa absoluta del plusvalor, y por lo tanto, de la ganancia.

67

¿En qué forma ha de presentarse entonces esta ley bifacética de la disminución de la *tasa* de ganancia y del simultáneo aumento de la *masa* absoluta de la ganancia, derivados de las mismas causas? ¿Cómo ha de hacerlo una ley que se funda en que, bajo las condiciones dadas, crece la masa apropiada del plustrabajo, y por

consiguiente la del plusvalor, y que, considerando el capital global o el capital individual como mera porción del capital global, la ganancia y el plusvalor son magnitudes idénticas?

Tomemos como 100, por ejemplo, la parte alícuota del capital sobre la cual calculamos la tasa de ganancia. Esos 100 representan la composición media del capital global, digamos 80 -|20„. En la sección segunda de este libro hemos visto que la tasa media de ganancia en los diversos ramos de la producción resulta determinada no por la composición del capital, particular de cada uno de ellos, sino por su composición social media. Con la disminución relativa de la parte variable con respecto a la constante, y por ende con relación al capital global de 100, disminuye la tasa de ganancia si el grado de explotación del trabajo permanece constante e inclusive si aumenta, disminuye la magnitud relativa del plusvalor, vale decir su relación con respecto al valor del capital global adelantado de 100. Pero no sólo disminuye esa magnitud relativa. La magnitud del plusvalor o ganancia que absorbe el capital global de 100 disminuye en términos absolutos. Con una tasa de plusvalor del 100%, un capital de $60_c + 40_v$ produce una masa de plusvalor, y por ende de ganancia de 40; un capital de $70_c + 30_v$ produce una masa de ganancia de 30; con un capital de $80_c + 20_v$, la ganancia disminuye a 20. Este descenso se refiere a la masa de plusvalor, y por ende de ganancia, y de ello se desprende que, puesto que el capital global de 100 pone en movimiento menos trabajo vivo en general, al mantenerse constante el grado de explotación también pone en movimiento menos plustrabajo, por lo cual produce menos plusvalor. Tomando como unidad de medida una parte alícuota cualquiera del capital social, es decir del capital de composición social media, en comparación con la cual medimos el plusvalor —y ello ocurre en todos los cálculos de ganancias—, el descenso relativo del plusvalor y su descenso absoluto son, en general, idénticos. En los casos anteriores, la tasa de ganancia desciende del 40% al 30% y al 20%, porque de hecho la masa de plusvalor —y por ende de ganancia— producida por el mismo capital disminuye de 40 a 30 y a 20. Puesto que la magnitud de valor del capital según la cual se mide el plusvalor está dada, es = 100, una disminución en la proporción del plusvalor con respecto a esa magnitud constante sólo puede ser otra expresión de la disminución que se verifica en la magnitud absoluta del plusvalor y de la ganancia. De hecho, esto es una tautología. Pero tal como ya se demostrara, la circunstancia de que ocurra esta disminución surge de la naturaleza del desarrollo que caracteriza al proceso capitalista de producción.

Pero por otra parte, las mismas causas que provocan una disminución absoluta del plusvalor, y por lo tanto de la ganancia sobre un capital dado, y por consiguiente también de la tasa de ganancia calculada en porcentajes, producen asimismo un aumento en la masa absoluta del plusvalor, y por ende de la ganancia, apropiada por el capital social (es decir, por la totalidad de los capitalistas). ¿Cómo debe explicarse esto entonces, cómo puede explicárselo por sí mismo, o qué condiciones encierra esta contradicción aparente?

Si cada parte alícuota es = 100 del capital social, y por ello cada 100 de capital de composición social media es una magnitud dada — por lo cual, en su caso, la disminución de la tasa de ganancia coincide con la disminución en la magnitud absoluta de la ganancia, precisamente porque en este caso el capital que les sirve de unidad de medida es una magnitud constante— en cambio la magnitud del capital global social, al igual que el capital que se halla en manos de capitalistas individuales, es una magnitud variable que, a fin de responder a las condiciones supuestas, debe variar en proporción inversa a la disminución de su parte variable.

Cuando en el ejemplo anterior la composición porcentual era de $60_c + 40_v$,el plusvalor o ganancia correspondiente era de 40, y por ello la tasa de ganancia del 40%. Supongamos que en esa fase de la composición el capital global haya sido de un millón. Entonces el plusvalor global, y por lo tanto la ganancia global, ascendía a 400.000. Si más adelante la composición será = $80_c + 20_v$, el plusvalor o ganancia, manteniéndose constante el grado de explotación del trabajo, será = 20 por cada 100. Pero puesto que, tal como se ha demostrado, el plusvalor o ganancia aumenta en lo que respecta a su masa absoluta; como pese a esa tasa decreciente de ganancia o a esa generación decreciente de plusvalor por cada capital de 100, por ejemplo, dicho plusvalor o ganancia aumenta digamos que de 400.000 a 440.000, ello sólo es posible en virtud de que el capital global que se ha formado al mismo tiempo que esa nueva composición, ha aumentado a 2.220.000. La masa de capital global puesto en movimiento ha aumentado al 220%, mientras que la tasa de ganancia ha disminuido en un 50%. Si el capital solamente se hubiese duplicado, con una tasa de ganancia del 20% sólo hubiese podido producir la misma cantidad de plusvalor y de ganancia que el antiguo capital de 1.000.000 al 40%. Si hubiese aumentado a menos del doble, hubiese generado menos plusvalor o ganancia que antes el capital de 1.000.000 que, dada su composición anterior, para aumentar su plusvalor de 400.000 a 440.000, sólo necesitaba aumentar de

1.000.000 a 1.100.000.

69

Se pone de manifiesto aquí la ley ya anteriormente expuesta, según la cual con la disminución relativa del capital variable, es decir con el desarrollo de la productividad social del trabajo, se requiere una masa mayor de capital global para poner en movimiento la misma cantidad de fuerza de trabajo y absorber la misma masa de plustrabajo. Por ello, en la misma proporción en que se desarrolla la producción capitalista, se desarrolla la posibilidad de una población obrera relativamente supernumeraria, no porque *disminuya* la fuerza productiva del trabajo social, sino porque *aumenta*, es decir no por una desproporción absoluta entre trabajo y medios de existencia o medios para la producción de dichos medios de existencia, sino por una desproporción que dimana de la explotación capitalista del trabajo, de la desproporción entre el crecimiento cada vez mayor del capital y su relativamente decreciente necesidad de una población en aumento.

Si la tasa de ganancia disminuye en un 50%, disminuye en la mitad. Por lo tanto, si la masa de la ganancia ha de permanecer constante, el capital debe duplicarse. Para que la masa de la ganancia permanezca constante cuando disminuye la tasa de ganancia, el multiplicador que indica el crecimiento del capital global deberá ser igual al divisor que indica la baja de la tasa de ganancia. Si la tasa de ganancia disminuye de 40 a 20, el capital global deberá aumentar inversamente en la relación de 20 : 40 para que el resultado siga siendo el mismo. Si la tasa de ganancia hubiese disminuido de 40 a 8, entonces el capital debería aumentar en la relación de 8 : 40, es decir al quíntuple. Un capital de 1.000.000 al 40% produce 400.000 y un capital de 5.000.000 al 8% produce asimismo 400.000. Esto tiene vigencia para que el resultado siga siendo el mismo. Pero si en cambio el resultado debe aumentar, el capital deberá aumentar en mayor proporción de lo que disminuya la tasa de ganancia. En otras palabras: para que el componente variable del capital global no sólo siga siendo el mismo en términos absolutos, sino para que aumente en dichos términos, a pesar de disminuir su porcentaje en cuanto parte del capital global, el capital global deberá aumentar en mayor proporción de lo que disminuya el porcentaje del capital variable. Deberá aumentar a tal punto que en su nueva composición requiera no sólo la antigua parte variable del capital, sino aun más que ésta para la adquisición de fuerza de trabajo. Si la parte variable de un capital — 100 disminuye de 40 a 20, el capital global deberá aumentar a más de 200 para poder emplear un capital variable mayor de 40.

Incluso si la masa explotada de la población obrera permaneciese constante y sólo aumentasen la extensión e intensidad de la jornada laboral, la masa del capital empleado debería aumentar, ya que hasta debe aumentar para emplear la misma masa de trabajo bajo las antiguas condiciones de explotación si se modifica la composición del capital.

70

En consecuencia, el mismo desarrollo de la fuerza productiva social del trabajo se expresa, al progresar el modo capitalista de producción, por una parte en una tendencia a la baja progresiva de la tasa de ganancia, y por la otra en el constante crecimiento de la masa absoluta del plusvalor o ganancia apropiada; de modo que, en general, a la disminución relativa del capital variable y de la ganancia corresponde un aumento absoluto de ambos. Como ya se ha demostrado, este efecto dual sólo puede representarse en un crecimiento del capital global en una progresión más veloz que la progresión en la cual disminuye la tasa de ganancia. Para emplear, con una composición más alta o un aumento relativo más intenso del capital constante, un capital variable aumentado en términos absolutos, el capital global deberá aumentar no sólo en la proporción de la composición más alta, sino con mayor celeridad aún. Se desprende de ello que, cuanto más se desarrolla el modo capitalista de producción, se necesita una cantidad de capital cada vez mayor para ocupar la misma fuerza de trabajo, y más aún para ocupar una fuerza de trabajo en aumento. Por consiguiente, sobre una base capitalista, la fuerza productiva creciente del trabajo genera necesariamente una aparente sobrepoblación obrera permanente. Si el capital variable sólo constituye $^{1}/_{6}$ del capital global, en lugar de su proporción anterior de ½, el capital global deberá triplicarse para ocupar la misma fuerza de trabajo; pero si ha de ocuparse una fuerza de trabajo doble, aquél tendrá que sextuplicarse.

La economía política anterior, que no ha sabido explicar la ley de la tasa decreciente de ganancia, exhibe el crecimiento de la masa de ganancias, el aumento de la magnitud absoluta de la ganancia —sea para el capitalista individual, sea para el capital social— como algo que le sirve para consolarse, pero ese consuelo, no obstante, se basa asimismo en meros lugares comunes y en simples posibilidades.

Decir que la masa de la ganancia está determinada por dos factores, en primer lugar por la tasa de ganancia y en segundo término por la masa del capital que se emplea a esa tasa de ganancia, es incurrir en una mera tautología. Afirmar, por consiguiente, que hay posibilidades de que aumente la masa de ganancias a pesar de que la

tasa de ganancia disminuye al mismo tiempo, es sólo una expresión de esta tautología, no nos ayuda a avanzar ni un solo paso, ya que es igualmente posible que aumente el capital sin que lo haga la masa de ganancias, y hasta puede aumentar mientras la masa de ganancias disminuye. 100 al 25% rinden 25; 400 al 5% sólo rinden 20.[1] Pero si las mismas causas que provocan el descenso de la tasa de ganancia estimulan la acumulación, es decir la formación de capital adicional, y si cualquier capital adicional pone en movimiento trabajo adicional y produce plusvalor adicional; si, por otro lado, el mero descenso de la tasa de ganancia implica el hecho de que ha aumentado el capital constante, y con él el antiguo capital global, todo este proceso deja de ser misterioso.

71

Hemos demostrado cómo las mismas causas que producen una baja tendencial de la tasa general de ganancia, condicionan una acumulación acelerada del capital, y por ende un aumento en la magnitud absoluta o en la masa global del plustrabajo (plusvalor, ganancia) del que se apropia. Así como todo se presenta invertido en la competencia, y por ende en la conciencia de los agentes de la competencia, ocurre otro tanto con esta ley, quiero decir con esta conexión interna y necesaria entre dos términos aparentemente contradictorios. Resulta evidente que dentro de las proporciones anteriormente desarrolladas, un capitalista que dispone de un gran capital obtendrá una masa mayor de ganancias que un pequeño capitalista que logra, en apariencia, ganancias elevadas. Además, la consideración más superficial de la competencia demuestra que bajo determinadas circunstancias, cuando el capitalista mayor desea

[1] "También debiéramos esperar que, aunque la tasa de las ganancias del capital pueda disminuir a consecuencia de la acumulación de capital en las tierras y al aumento de los salarios, aumentase no obstante la suma global de las ganancias. Así, si suponemos que, con acumulaciones repetidas de £ 100.000, la tasa de ganancia disminuye de 20 a 19, a 18, a 17 por ciento, etc., si suponemos una tasa en constante disminución, debiéramos esperar que la suma total de las ganancias percibidas por esos sucesivos propietarios de capital fuese constantemente progresiva; que fuese mayor cuando el capital era de £ 200.000 que cuando era de £ 100.000; mayor aún, cuando era de £ 300.000; y así sucesivamente, aumentando, aunque con una tasa en disminución, a cada incremento de capital. Sin embargo, esta progresión sólo es cierta para un lapso determinado; así, el 19% de £ 200.000 es más que el 20% de £ 100.000; a su vez, el 18% de £ 300.000 es más que el 19% de £ 200000; pero luego de que el capital se ha acumulado hasta una suma elevada y que las ganancias han disminuido, una ulterior acumulación hace disminuir la suma global de las ganancias. Así, suponiendo que la acumulación fuese de £ 1.000.000 y las ganancias del 7%, la suma global de las ganancias sería de £ 70.000; si se efectúa ahora un agregado de capital de £ 100.000 al millón, y las ganancias disminuyesen al 6%, los propietarios del capital recibirían £ 66.000 o una disminución de £ 4.000, aunque la suma global del capital habría aumentado de £ 1.000.000 a £ 1 100.000." Ricardo*, Political Economy*, capítulo VIII, (*Works*, ed. MacCulloch, 1852, pp. 68-69.) De hecho, se ha supuesto aquí que el capital aumenta de 1.000.000 a 1 100.000, es decir en un 10%, mientras que la tasa de ganancia disminuye de 7 a 6, es decir en un 14 $^{2}/_{7}$%. *Hinc illae lacrimae*.

procurarse lugar en el mercado, desplazando a los más pequeños, como ocurre en tiempos de crisis, utiliza esto prácticamente, es decir que reduce intencionalmente su tasa de ganancia para eliminar de la arena a los más pequeños. Especialmente también el capital comercial —a cuyo respecto daremos luego más detalles— exhibe fenómenos que permiten ver el descenso de las ganancias como consecuencia de la expansión del negocio, y por ende del capital.

72

Más adelante daremos la expresión científica propiamente dicha de esa concepción errónea. Similares consideraciones superficiales resultan de la comparación entre las tasas de ganancia que se obtienen en ramos particulares de los negocios, según si se hallan sometidos al régimen de la libre competencia o del monopolio. Toda esa idea superficial, tal como existe en las cabezas de los agentes de la competencia, se encuentra en nuestro Roscher, y es la siguiente: que esta disminución de la tasa de ganancia sería "más sensata y humanitaria”. La disminución de la tasa de ganancia aparece aquí como consecuencia del aumento del capital y el cálculo de los capitalistas, vinculado con él, según el cual con una tasa menor de ganancia, la masa de ganancias que embolsarán será mayor. Todo esto (con excepción de Adam Smith, sobre quien hablaremos más adelante) se basa en una total carencia de conceptos acerca de qué es, en realidad, la tasa general de ganancia, y en la tosca idea de que, de hecho, lo que determina los precios es la adición de una cuota de ganancias más o menos arbitraria por encima del valor real de las mercancías. Por muy toscas que sean estas ideas, emanan no obstante necesariamente del modo distorsionado en que se presentan las leyes inmanentes de la producción capitalista dentro de la competencia.

CAUSAS CONTRARRESTANTES

CAPÍTULO XIV

Si se considera el enorme desarrollo de las fuerzas productivas del trabajo social aun sólo en los últimos 30 años, en comparación con todos los períodos precedentes —especialmente si se tiene en cuenta la enorme masa de capital fijo que entra, además de la maquinaria propiamente dicha, en el conjunto del proceso social de la producción —, la dificultad que se nos presenta no es ya la que ha ocupado a los economistas hasta el día de hoy —la de explicar la baja de la tasa de ganancia— sino la inversa: explicar por qué esa baja no es mayor o más rápida. Deben actuar influencias contrarrestantes que interfieren la acción de la ley general y la anulan, dándole solamente el carácter de una tendencia, razón por la cual también hemos calificado a la baja de la tasa general de ganancia de baja tendencial. De estas causas, las más generalizadas son las siguientes:

I] *Elevación del grado de explotación del trabajo*

El grado de explotación del trabajo, la apropiación de plustrabajo y de plusvalor, se incrementa especialmente en virtud de la prolongación de la jornada laboral y de la intensificación del trabajo. Éstos dos puntos han sido detalladamente desarrollados en el libro I, en ocasión de tratarse la producción del plusvalor absoluto y del relativo. Existen muchos factores de intensificación del trabajo que implican un crecimiento del capital constante con respecto al variable, es decir una baja de la tasa de ganancia, como cuando un obrero debe supervisar una mayor cantidad de maquinaria. En este caso —como en el de la mayor parte de los procedimientos que sirven para la producción del plusvalor relativo— es posible que las mismas causas que producen un aumento en la tasa del plusvalor, impliquen un descenso en la masa del plusvalor, considerando magnitudes dadas de capital global empleado. Pero existen otros factores de intensificación, como por ejemplo una aceleración en la velocidad de la maquinaria: si bien ésta utilizará ahora mayor cantidad de materia prima en el mismo tiempo, en cambio, en lo que al capital fijo respecta, aunque se consuma más rápidamente la maquinaria, no se

afectará en modo alguno, empero, la relación entre su valor y el precio del trabajo que la pone en movimiento.

74

Pero es especialmente la prolongación de la jornada laboral —ese invento de la industria moderna— la que aumenta la masa del plustrabajo apropiado sin modificar en lo esencial la relación entre la fuerza de trabajo empleada y el capital constante que pone en movimiento, y la que de hecho más bien hace disminuir relativamente a este último. Por lo demás, ya está demostrado —y ello constituye el verdadero secreto de la baja tendencial de la tasa de ganancia— que los procedimientos para la generación de plusvalor relativo desemboca, en general, en lo siguiente: por un lado, convertir en plusvalor la mayor cantidad posible de una masa dada de trabajo, y por el otro emplear la menor cantidad de trabajo, en general, en relación con el capital adelantado; de modo que los mismos motivos que permiten incrementar el grado de explotación del trabajo, impiden que con el mismo capital global se explote tanto trabajo como antes. Son éstas las tendencias antagónicas que, mientras obran en el sentido de un acrecentamiento de la tasa de plusvalor, propenden simultáneamente a la disminución de la masa del plusvalor generado por un capital dado, y por ende a la baja de la tasa de ganancia. Cabe mencionar aquí, asimismo, la instauración masiva del trabajo femenino e infantil, en la medida en que toda la familia debe suministrarle al capital una mayor masa de plustrabajo que antes, aun cuando aumente la suma global del salario que percibe, cosa que en modo alguno es un caso general. Todo cuanto estimule la producción del plusvalor por mero mejoramiento de los métodos, como en la agricultura, pero manteniendo inalterada la magnitud del capital empleado, surte el mismo efecto. Si bien en este caso no aumenta el capital constante empleado en relación con el variable, en tanto consideremos a este último como un índice de la fuerza de trabajo ocupada, aumenta en cambio la masa del producto en relación con la fuerza de trabajo empleada. Otro tanto ocurre cuando la fuerza productiva del trabajo (sin que importe si su producto ingresa en el consumo de los obreros o en los elementos del capital constante) se libera de impedimentos al tráfico, de restricciones arbitrarias o que se han vuelto nocivas en el transcurso del tiempo, y en general de trabas de toda índole, sin que ello afecte, en primera instancia, la relación entre el capital variable y el capital constante.

Podría plantearse la interrogante de si las causas que inhiben la baja de la tasa de ganancia —aunque en último término siempre la aceleren— comprenden también las alzas del plusvalor por encima

del nivel general, temporarias aunque siempre recurrentes, que surgen ora en este ramo de la producción, ora en aquél, en beneficio del capitalista que utiliza los inventos, antes de que se hayan generalizado. A esta interrogante se debe responder por la afirmativa.

75

La masa de plusvalor generada por un capital de magnitud dada es el producto de dos factores: la tasa del plusvalor multiplicada por el número de obreros que se emplea con la tasa dada. Por lo tanto, dada la tasa del plusvalor, depende del número de obreros, y dado el número de obreros depende de la tasa del plusvalor, es decir que en general depende de la relación compuesta entre la magnitud absoluta del capital variable y la tasa del plusvalor. Ahora bien, se ha demostrado que, término medio, las mismas causas que elevan la tasa del plusvalor relativo, hacen disminuir la masa de la fuerza de trabajo empleada. Pero está claro que en este caso se produce un más o un menos según la proporción determinada en la cual se lleva a cabo ese movimiento antitético, y que la tendencia a la disminución de la tasa de la ganancia resulta especialmente debilitada por el aumento en la tasa del plusvalor absoluto, originado por la prolongación de la jornada laboral.

En el caso de la tasa de ganancia se ha descubierto, en general, que al descenso de la tasa a causa de la masa creciente del capital global empleado, corresponde el aumento de la masa de ganancias. Considerando el capital variable global de la sociedad, el plusvalor generado por él es igual a la ganancia producida. Además de la masa absoluta también ha aumentado la tasa del plusvalor; la primera por haber aumentado la masa de la fuerza de trabajo empleada por la sociedad, y la segunda por haber aumentado el grado de explotación de ese trabajo. Pero con referencia a un capital de magnitud dada, por ejemplo de 100, la tasa del plusvalor puede aumentar mientras disminuye en promedio su masa, porque la tasa está determinada por la proporción en la cual se valoriza la parte variable del capital, mientras que la masa lo está por la parte proporcional del capital global que constituye el capital variable.

El aumento de la tasa de plusvalor —puesto que se verifica también especialmente en circunstancias en las cuales, como se ha dicho anteriormente, no tiene lugar un aumento del capital constante o un aumento relativo del mismo con respecto al capital variable— es un factor en virtud del cual se determina la masa del plusvalor, y por ende también la tasa de ganancia. No deroga la ley general. Pero hace que actúe más como una tendencia, es decir como una ley cuyo cumplimiento absoluto resulta contenido, enternecido y debilitado

por circunstancias contrarrestantes. Pero puesto que las mismas causas que elevan la tasa del plusvalor (incluso la prolongación del tiempo de trabajo es un resultado de la gran industria) tienden a reducir la fuerza de trabajo empleada por un capital dado, así tienden esas mismas causas a disminuir la tasa de ganancia y a enlentecer el movimiento de esa disminución. Si a un obrero se te fuerza a efectuar el trabajo que racionalmente sólo podrían ejecutar dos, y si ello ocurre en circunstancias en las cuates ese uno puede sustituir a tres, ese obrero producirá tanto plustrabajo como antes producían dos, y en tal medida habrá aumentado la tasa del plusvalor. Pero no producirá tanto como antes producían tres, y de ese modo habrá disminuido la masa del plusvalor. Pero su descenso estará compensado o limitado por el ascenso en la tasa del plusvalor. Si se ocupa a toda la población con la tasa del plusvalor aumentada, aumentará la masa del plusvalor aunque la población permanezca constante. Más aun si la población aumentar, y pese a que esto se halla ligado a una disminución relativa del número de obreros ocupados en relación con la magnitud del capital global, dicha disminución se verá moderada o frenada no obstante por el aumento en la tasa del plusvalor.

76

Antes de abandonar este punto debemos subrayar una vez más que, con una magnitud dada del capital puede aumentar la tasa del plusvalor a pesar de disminuir su masa, y viceversa. La masa del plusvalor es igual a la tasa multiplicada por el número de obreros; pero la tasa jamás se calcula con arreglo al capital global, sino según el capital variable, y de hecho sólo según una jornada laboral en cada caso. En cambio, con una magnitud dada del valor de capital, la tasa de ganancia nunca puede aumentar o disminuir sin que la masa del plusvalor también aumente o disminuya.

II] *Reducción del salario por debajo de su valor*

Esto sólo se cita aquí empíricamente, ya que de hecho, al igual que no pocas otras cosas que cabría citar aquí, nada tiene que ver con el análisis general del capital, correspondiendo su tratamiento a la exposición sobre la competencia, que no se efectúa en esta obra. Sin embargo, es una de las causas más importantes de contención de la tendencia a la baja de la tasa de ganancia.

III] *Abaratamiento de los elementos del capital constante*

Corresponde tratar aquí todo cuanto se dijo en la sección primera de este libro acerca de las causas que elevan la tasa de ganancia si se mantiene constante la tasa de plusvalor, o independientemente de ella. Es decir, en especial, que, considerando el capital global, el valor del capital constante no aumenta en la misma proporción que su volumen material. Por ejemplo, la masa de algodón que elabora un obrero hilandero europeo individual en una fábrica moderna ha aumentado en la más colosal de las proporciones con respecto al que elaboraba antiguamente un hilandero europeo con la rueca. Pero el valor del algodón elaborado no ha crecido en la misma proporción que su masa. Otro tanto ocurre con las máquinas y demás capital fijo. En suma, el mismo desarrollo que hace aumentar la masa del capital constante en proporción con el capital variable, disminuye, como consecuencia de la fuerza productiva acrecentada del trabajo, el valor de sus elementos, e impide en consecuencia que el valor del capital constante, si bien aumenta permanentemente, lo haga en la misma proporción que su volumen material, es decir que el volumen material de los medios de producción puestos en movimiento por la misma cantidad de fuerza de trabajo. En casos aislados incluso puede aumentar la masa de los elementos del capital constante, mientras su valor permanece invariado o incluso disminuye.

77

Con lo dicho se vincula la desvalorización del capital existente (es decir, de sus elementos materiales) dada con el desarrollo de la industria. También ella es una de las causas que operan constantemente, que contienen la baja de la tasa de ganancia, pese a que, en determinadas circunstancias, hacen mermar la masa de la ganancia al hacer mermar la masa del capital que arroja ganancias. Vuelve a demostrarse aquí que las mismas causas que generan la tendencia a la baja de la tasa de ganancia, moderan asimismo la efectivización de esa tendencia en la realidad.

IV] *La sobrepoblación relativa*

Su génesis es inseparable del desarrollo de la fuerza productiva del trabajo, que se expresa en la disminución de la tasa de ganancia y que, asimismo, acelera dicha génesis. La sobrepoblación relativa se muestra de modo tanto más llamativo en un país cuanto más desarrollado esté en él el modo capitalista de producción. A su vez es una causa, por una parte, de que en muchos ramos de la producción

se mantenga la subordinación más o menos incompleta del trabajo al capital, y lo haga por mayor tiempo que el que corresponde, a primera vista, al estadio general del desarrollo; esto es consecuencia de la baratura y gran cantidad de los asalariados disponibles o liberados y de la mayor resistencia que oponen algunos ramos de la producción, según su naturaleza, a la transformación de trabajo manual en trabajo maquinizado. Por otra parte se abren nuevos ramos de la producción, en especial también para el consumo suntuario, que toman como base precisamente esa sobrepoblación relativa, a menudo liberada por el predominio del capital constante en otros ramos de la producción, y que por su parte se basan en el predominio del elemento constituido por el trabajo vivo y sólo paulatinamente evolucionan de la misma manera que los demás ramos de la producción. En ambos casos, el capital variable constituye una proporción significativa del capital global, y el salario está por debajo del término medio, de modo que, en esos ramos de la producción, tanto la tasa de plusvalor como la masa del mismo son extraordinariamente elevadas. Pero puesto que la tasa general de ganancia se forma en virtud de la nivelación entre las tasas de ganancia en los diferentes ramos de la producción en particular, aquí, una vez más, la misma causa que genera la tendencia a la baja de la tasa de ganancia origina un contrapeso a esta tendencia, el cual paraliza sus efectos en mayor o menor grado.

78

V] *El comercio exterior*

En la medida en que el comercio exterior abarata en parte los elementos del capital constante, en parte los medios de subsistencia necesarios en los que se transforma el capital variable, actúa haciendo aumentar la tasa de ganancia al elevar la tasa del plusvalor y haciendo descender el valor del capital constante. En general, opera en ese sentido al permitir la ampliación de la escala de la producción. Con ello acelera, por una parte, la acumulación, pero por la otra parte también la disminución del capital variable con respecto ai constante, y por consiguiente la baja en la tasa de ganancia. Del mismo modo, la expansión del comercio exterior, aunque en la infancia de la producción capitalista constituye la base de ésta, se ha convertido, en el curso de su evolución, en su propio producto, en virtud de la necesidad intrínseca de ese modo de producción, de su necesidad de un mercado cada vez más extenso. En este caso vuelve a revelarse el mismo carácter bifacético del efecto. (Ricardo ha pasado totalmente

por alto este aspecto del comercio exterior.)

Otra interrogante —que por su especialización se halla, en realidad, más allá de los límites de nuestra investigación— es la siguiente: ¿resulta acrecentada la tasa general de ganancia en virtud de la tasa de ganancia más elevada que obtiene el capital invertido en el comercio exterior, y especialmente en el comercio colonial?

Los capitales invertidos en el comercio exterior pueden arrojar una tasa de ganancia superior porque, en primer lugar, en este caso se compite con mercancías producidas por otros países con menores facilidades de producción, de modo que el país más avanzado vende sus mercancías por encima de su valor, aunque más baratas que los países competidores. En la medida en que aquí el trabajo del país más adelantado se valoriza como trabajo de mayor peso específico, aumenta la tasa de ganancia al venderse como cualitativamente superior el trabajo que no ha sido pagado como tal. La misma relación puede tener lugar con respecto al país al cual se le envían mercancías y del cual se traen mercancías; a saber, que dicho país dé mayor cantidad de trabajo objetivado *in natura* [en especie] que el que recibe, y que de esa manera, no obstante, obtenga la mercancía más barata de lo que él mismo podría producirla.

79

Es exactamente lo mismo que el fabricante que utiliza un nuevo invento antes de generalizarse, vendiendo más barato que sus competidores, no obstante lo cual, vende su mercancía por encima de su valor individual, es decir que valoriza como plustrabajo la fuerza productiva específicamente más elevada del trabajo que ha empleado. De esa manera, realiza una plusganancia. Por otra parte, en lo que respecta a los capitales invertidos en las colonias, etc., los mismos pueden arrojar tasas de ganancia más elevadas porque en esos lugares, en general, a causa de su bajo desarrollo, la tasa de ganancia es más elevada, y lo mismo, con el empleo de esclavos y culi es, etc., la explotación del trabajo. No se comprende entonces por qué las tasas de ganancia más elevadas que de este modo arrojan los capitales invertidos en ciertos ramos y que remiten a su país de origen, no habrían de ingresar allí —en la medida en que no haya monopolios que se lo impidan— en la nivelación de la tasa general de ganancia, con lo cual la harían aumentar *pro tanto*.[1] Esto resulta especialmente incomprensible si aquellos ramos de aplicación del

[1] Aquí tiene razón Adam Smith en contra de Ricardo, quien dice: "Sostienen que la igualdad de las ganancias se producirá en virtud del aumento general de las ganancias; y en mi opinión las ganancias del ramo favorecido rápidamente se someterán al nivel general." (*Works*, ed. MacCulloch, p. 73.)

capital están sometidos a las leyes de la libre competencia. En cambio, lo que imagina Ricardo es, fundamentalmente, esto: con los precios superiores obtenidos en el extranjero se compran allí mercancías, las cuales se remiten al país de origen; esas mercancías, por lo tanto, se venden en el mercado interno, y ello a lo sumo puede configurar una ventaja extraordinaria pasajera de estas esferas favorecidas de la producción sobre otras. Esta apariencia se desvanece en cuanto hacemos abstracción de la forma dineraria. El país favorecido recibe más trabajo a cambio de menos trabajo, a pesar de que esa diferencia, esa cantidad de más —lo mismo que sucede en el intercambio entre el trabajo y el capital en general— se la embolsa una clase determinada. En consecuencia, en la medida en que la tasa de ganancia es más elevada porque lo es en general en el país colonial, en el caso de condiciones naturales favorables del mismo esto puede darse junto con precios más bajos de las mercancías. Se produce una nivelación, pero no una nivelación al antiguo nivel, como lo cree Ricardo.

Pero el mismo comercio exterior desarrolla en el interior el modo de producción capitalista, y con él la disminución del capital variable con relación al constante, mientras que por el otro lado genera sobreproducción con respecto al exterior, por lo cual, en el curso ulterior, tiene un efecto contrario.

80

Y así es como, en general, se ha demostrado que las mismas causas que provocan la baja de la tasa general de ganancia suscitan acciones de signo contrario que inhiben, retardan y en parte paralizan dicha caída. No derogan la ley, pero debilitan sus efectos. Sin ello resultaría incomprensible no la baja de la tasa general de ganancia sino, a la inversa, la relativa lentitud de esa disminución. Es así como la ley sólo obra en cuanto tendencia cuyos efectos sólo se manifiestan en forma contundente bajo determinadas circunstancias y en el curso de períodos prolongados.

Antes de seguir adelante reiteremos aún dos principios varias veces desarrollados, para evitar equívocos:

Primero: el mismo proceso que genera un abaratamiento de las mercancías a medida que se desarrolla el modo capitalista de producción, provoca una modificación en la composición orgánica del capital social empleado para la producción de las mercancías, y por consiguiente la baja de la tasa de ganancia. Por lo tanto no hay que identificar la reducción del costo relativo de la mercancía individual ni tampoco de la parte de ese costo que contiene el desgaste de

maquinaria, con el valor creciente del capital constante en comparación con el variable, aunque, a la inversa, cualquier disminución en el costo relativo del capital constante, manteniéndose invariado o aumentando el volumen de sus elementos materiales, influye sobre la elevación de la tasa de ganancia, es decir sobre la reducción *pro tanto* en el valor del capital constante, en comparación con el capital variable empleado en proporciones decrecientes.

Segundo: la circunstancia de que en las mercancías individuales, cuyo conjunto constituye el producto del capital, el trabajo vivo adicional contenido en ellas se halla en proporción decreciente con los materiales de trabajo contenidos en ellas y los medios de trabajo consumidos en las mismas, es decir, la circunstancia de que en ellas se halla objetivada una cantidad constantemente declinante de trabajo vivo adicional, porque con el desarrollo de la fuerza productiva social se requiere menos trabajo para producirlas, tal circunstancia no afecta la relación según la cual se divide en pago e impago el trabajo vivo contenido en la mercancía. Por el contrario. A pesar de disminuir el volumen global del trabajo vivo adicional contenido en ella, aumenta la parte impaga en relación con la parte paga, por descenso absoluto o proporcional de la parte paga; pues el mismo modo de producción que hace disminuir la masa global del trabajo vivo adicional en una mercancía, se halla acompañado por el aumento del plusvalor absoluto y relativo. La baja tendencial de la tasa de ganancia se halla ligada a un aumento tendencial de la tasa del plusvalor, es decir en el grado de explotación del trabajo. Por ello, nada más absurdo que explicar la baja de la tasa de ganancia a partir de un aumento en la tasa del salario, aunque también este caso pueda darse excepcionalmente. Sólo la comprensión de las relaciones que constituyen la tasa de ganancia capacita a la estadística para efectuar verdaderos análisis acerca de la tasa del salario en diversas épocas y países. La tasa de ganancia no disminuye porque el trabajo se haga más improductivo, sino porque se torna más productivo. Ambas cosas, tanto el aumento en la tasa del plusvalor como la baja en la tasa de ganancia, sólo son formas particulares mediante las cuales se expresa en el modo capitalista de producción la creciente productividad del trabajo.

81

VI] *El aumento del capital accionario*

A los cinco puntos anteriores aún puede agregársele el siguiente,

en el cual, no obstante, no podemos entrar ahora con mayor profundidad. Con el progreso de la producción capitalista, que va de la mano de la aceleración de la acumulación, una parte del capital sólo se calcula y emplea como capital que devenga interés. Ño en el sentido de que cualquier capitalista que presta capital se conforma con los intereses, mientras que el capitalista industrial se embolsa la ganancia del empresario. Esto en nada afecta el nivel de la tasa general de ganancia, pues para dicha tasa la ganancia es = interés - |ganancia de todo tipo + renta de la tierra, cuya distribución entre esas categorías particulares le es indiferente. Sino en el sentido de que esos capitales, a pesar de estar invertidos en grandes empresas productivas, una vez deducidos todos los costos sólo arrojan pequeños o grandes intereses, los así llamados dividendos. Por ejemplo, en los ferrocarriles. Por lo tanto, no entran en la nivelación de la tasa general de ganancia, ya que arrojan una tasa menor que la tasa media de ganancia. Si lo hicieran, dicha tasa declinaría mucho más aún. Desde el punto de vista teórico se los puede incluir en el cálculo de dicha tasa, y se obtendría entonces una tasa de ganancia menor que la existente en apariencia —que es la que en realidad decide a los capitalistas—; sería menor porque justamente en esas empresas el capital constante es máximo en relación con el variable.

DESARROLLO DE LAS CONTRADICCIONES INTERNAS DE LA LEY

CAPÍTULO XV

I] *Generalidades*

En la sección primera de este libro vimos que la tasa de ganancia siempre expresa la tasa de plusvalor más baja de lo que es. Hemos visto ahora que hasta una tasa creciente de plusvalor tiene la tendencia a expresarse en una tasa declinante de ganancia. La tasa de ganancia sólo sería igual a la tasa del plusvalor cuando c = 0, es decir si todo el capital se desembolsara en salarios. Una tasa decreciente de ganancia sólo indica una tasa decreciente del plusvalor si la relación entre el valor del capital constante y la cantidad de fuerza de trabajo que pone en movimiento a dicho capital constante permanece inalterada, o si ésta ha aumentado con relación al valor del capital constante.

Ricardo, so pretexto de considerar la tasa de ganancia, de hecho sólo considera la tasa del plusvalor, y ésta sólo partiendo del supuesto de que la jornada laboral es, en intensidad y extensión, una magnitud constante.

La baja de la tasa de ganancia y la acumulación acelerada sólo son diferentes expresiones del mismo proceso en la medida en que ambas expresan el desarrollo de la fuerza productiva. Por su parte, la acumulación acelera el descenso de la tasa de ganancia, en tanto con ella está dada la concentración de los trabajos en gran escala y, por consiguiente, una más alta composición del capital. Por otra parte, la baja de la tasa de ganancia acelera, a su vez, la concentración del capital y su centralización mediante la expropiación de los capitalistas menores, mediante la expropiación del último resto de productores directos a los cuales aún les queda algo que expropiar. De esa manera se acelera, por otro lado, la acumulación, con arreglo a su masa, aunque con la tasa de ganancia disminuya la tasa de la acumulación.

Por otra parte, en tanto la tasa de valorización del capital global, la tasa de ganancia, es el acicate de la producción capitalista (así como la valorización del capital es su único objetivo), su baja torna más lenta la formación de nuevos capitales autónomos, apareciendo así como una amenaza para el desarrollo del proceso capitalista de producción;

promueve la sobreproducción, la especulación, las crisis y el capital superfluo, además de la población superflua. Por consiguiente, aquellos economistas que, como Ricardo, consideran como absoluto el modo capitalista de producción, sienten aquí que ese modo de producción se crea una barrera a sí mismo, por lo cual atribuyen esa limitación no a la producción, sino a la naturaleza (en la teoría de la renta). Pero lo importante de su horror a la tasa decreciente de ganancia es la sensación de que el modo capitalista de producción halla en el desarrollo de las fuerzas productivas una barrera que nada tiene que ver con la producción de la riqueza en cuanto tal; y esta barrera peculiar atestigua la limitación y el carácter solamente histórico y transitorio del modo capitalista de producción; atestigua que éste no es un modo de producción absoluto para la producción de la riqueza, sino que, por el contrario, llegado a cierta etapa, entra en conflicto con el desarrollo ulterior de esa riqueza.

83

De cualquier manera, Ricardo y su escuela sólo tienen en consideración la ganancia industrial, en la cual se incluye el interés. Pero también la tasa de la renta de la tierra tiene tendencia a disminuir a pesar de que aumenta su masa absoluta y de que también puede aumentar proporcionalmente respecto a la ganancia industrial. (Véase Edward West, quien desarrolló la ley de la renta de la tierra *antes* que Ricardo.) Si consideramos el capital social global C y llamamos g_1 a la ganancia industrial que queda después de deducirse el interés y la renta de la tierra, *i* al interés y *r* a la renta, entonces

$$\frac{pv}{C} = \frac{g}{C} = \frac{g_1 + i + r}{C} = \frac{g_1}{C} + \frac{i}{C} + \frac{r}{C}$$

Hemos visto que, aunque en el curso del desarrollo de la producción capitalista *pv*, la suma global del plusvalor, aumenta constantemente, no obstante

$$\frac{pv}{C}$$

también disminuye constantemente porque C crece con mayor rapidez aún que *pv*. Por lo tanto, no es en modo alguno una contradicción el que tanto g_1 como *i* y *r* puedan aumentar cada cual por su parte, mientras que tanto

$$\frac{pv}{C} = \frac{g}{C} \text{ como } \frac{g_1}{C}, \frac{i}{C} \text{ y } \frac{r}{C}$$

disminuyen incesantemente cada uno por su lado, o bien que g_1 aumente en relación con *i*, que *r* aumente con relación a g_1, o también que aumente en términos relativos con respecto a g_1 y a *i.* Al aumentar el plusvalor global o la ganancia global $pv = g$, pero

disminuyendo al mismo tiempo la tasa de ganancia

$$\frac{pv}{C} = \frac{g}{C}$$

, la relación de magnitudes de las partes g_1, i y r en las que se descompone $pv = g$ puede variar de cualquier manera dentro de los límites dados por la suma global pv, sin que en virtud de ello resulte afectada la magnitud de pv o de

$$\frac{pv}{C}$$

La variación recíproca de g_1, i y r es sólo una diferente distribución de pv entre diversos rubros. En consecuencia, también pueden aumentar recíprocamente

$$\frac{g_1}{C},\ \frac{i}{C} \text{ o } \frac{r}{C}$$

la tasa de ganancia industrial individual, la tasa de interés y la relación entre la renta y el capital global, a pesar de disminuir

$$\frac{pv}{C}$$

, la tasa general de ganancia; solamente sigue siendo condición que la suma de los tres sea =

$$\frac{pv}{C}$$

Si disminuye la tasa de ganancia de 50% al 25%, por ejemplo si la composición del capital, con una tasa de plusvalor = 100%, se modifica de $50_c + 50_v$ a $75_c + 25_v$, en el primer caso un capital de 1.000 rendirá una ganancia de 500, y en el segundo un capital de 4.000 rendirá una ganancia de 1.000. pv o g se ha duplicado, pero g' ha descendido en una mitad. Y si del 50% anterior 20 eran ganancia, 10 interés y 20 renta, entonces

$$\frac{g_1}{C} = 20\%,\ \frac{i}{C} = 10\%,\ \frac{r}{C} = 20\%.$$

Si al transformarse la tasa en 25% las proporciones permanecen constantes, entonces

$$\frac{g_1}{C} = 10\%,\ \frac{i}{C} = 5\%, \text{ y } \frac{r}{C} = 10\%.$$

Si en cambio

$$\frac{g_1}{C}$$

disminuyese al 8% e

$$\frac{i}{C}$$

al 4%, aumentaría

$$\frac{r}{C}$$

al 13%. La magnitud proporcional de r habría aumentado con respecto a g_1 y a i, pero no obstante g' habría permanecido constante. En ambos supuestos la suma de g_1, i y r habría aumentado, ya que se la produce mediante un capital cuatro veces mayor. Por lo demás, la suposición de Ricardo en el sentido de que originariamente la ganancia industrial (más el interés) se embolsa todo el plusvalor, es histórica y conceptualmente falsa. Por el contrario, es sólo el progreso de la producción capitalista el que 1) entrega a los capitalistas industriales y comerciales toda la ganancia de primera mano para su ulterior distribución y 2) reduce la renta al excedente por encima de la ganancia. Sobre esta base capitalista aumenta a su vez la renta, que es una parte de la ganancia (es decir del plusvalor considerado como producto del capital global), pero no la parte específica del producto que embolsa el capitalista.

85

Suponiendo la existencia de los medios de producción necesarios, es decir de una suficiente acumulación de capital, la creación de plusvalor no halla otro obstáculo que la población obrera si está dada la tasa del plusvalor, es decir el grado de explotación del trabajo, y ningún otro obstáculo que el grado de explotación del trabajo si está dada la población obrera. Y el proceso capitalista de producción consiste esencialmente en la producción de plusvalor, representado en el plusproducto o en la parte alícuota de las mercancías producidas en la cual el trabajo impago se halla objetivado. Nunca hay que olvidar que la producción de este plusvalor —y la reconversión de una parte del mismo en capital, o sea la acumulación, constituye una parte integrante de esta producción del plusvalor— es el objetivo directo y el motivo determinante de la producción capitalista. Por eso jamás hay que presentarla como lo que no es, es decir como una producción que tiene por objetivo directo el disfrute o la creación de medios de disfrute para los capitalistas. Al suponer esto se prescinde por entero de su carácter específico, que se presenta en toda su figura medular interna.

La obtención de este plusvalor constituye el proceso directo de producción que, como ya se ha dicho, no tiene otras limitaciones que las arriba indicadas. Una vez objetivada en mercancías la cantidad de

plustrabajo susceptible de ser expoliada, el plusvalor está producido. Pero con esta producción del plusvalor sólo queda concluido el primer acto del proceso capitalista de producción, el proceso directo de producción. *El capital* ha absorbido determinada cantidad de trabajo impago. Con el desarrollo del proceso que se expresa en la baja de la tasa de ganancia, la masa del plusvalor así producido aumenta hasta proporciones monstruosas. Llega entonces el segundo acto del proceso. Debe venderse toda la masa mercantil, el producto global, tanto la parte que repone el capital constante y el variable como la que representa el plusvalor. Si ello no ocurre o sólo sucede en forma parcial o a precios inferiores a los precios de producción, el obrero habrá sido explotado, ciertamente, pero su explotación no se realizará en cuanto tal para el capitalista, pudiendo estar ligada a una realización nula o sólo parcial del plusvalor expoliado o, más aún, a una pérdida parcial o total de su capital. Las condiciones de la explotación directa y las de su realización no son idénticas. Divergen no sólo en cuanto a tiempo y lugar, sino también conceptualmente. Unas sólo están limitadas por la fuerza productiva de la sociedad, mientras que las otras sólo lo están por la proporcionalidad entre los diversos ramos de la producción y por la capacidad de consumo de la sociedad. Pero esta capacidad no está determinada por la fuerza absoluta de producción ni por la capacidad absoluta de consumo, sino por la capacidad de consumo sobre la base de relaciones antagónicas de distribución, que reduce el consumo de la gran masa de la sociedad a un mínimo solamente modificable dentro de límites más o menos estrechos.

86

Además está limitada por el impulso de acumular, de acrecentar el capital y producir plusvalor en escala ampliada. Esto es una ley para la producción capitalista, dada por las constantes revoluciones en los métodos mismos de producción, la desvalorización de capital existente, vinculada con ellas de manera constante, la lucha competitiva generalizada y la necesidad de mejorar la producción y de expandir su escala, sólo como medio de mantenerse y so pena de sucumbir. Por ello hay que expandir constantemente el mercado, de modo que sus vinculaciones y las condiciones que las regulan asuman cada vez más la figura de una ley natural independiente de los productores, se tornen cada vez más incontrolables. La contradicción interna trata de compensarse por expansión del campo externo de la producción. Pero cuanto más se desarrolla la fuerza productiva, tanto más entra en conflicto con la estrecha base en la cual se fundan las relaciones de consumo. Sobre esta base plena de contradicciones no

es en modo alguno una contradicción el que el exceso de capital esté ligado a un creciente exceso de población; pues aunque combinando ambos aumentaría el volumen del plusvalor producido, también aumentaría con ello la contradicción entre las condiciones en las cuales se produce ese plusvalor, y las condiciones en las cuales se lo realiza.

Dada determinada tasa de la ganancia, la masa de la ganancia siempre dependerá de la magnitud del capital adelantado. Pero la acumulación está determinada por la parte de dicha masa que se reconvierte en capital. Sin embargo, esa parte, puesto que es igual a la ganancia menos el rédito consumido por el capitalista, no sólo dependerá del valor de dicha masa, sino también de la baratura de las mercancías que el capitalista puede comprar con ella; en parte, de las mercancías que entran en su consumo, en su rédito, y en parte de las que entran en su capital constante. (En este caso se supone al salario como dado.)

La masa del capital que el obrero pone en movimiento, y cuyo valor conserva y hace reaparecer en el producto en virtud de su trabajo, es totalmente diferente del valor que aquél agrega. Si la masa del capital es = 1.000 y el trabajo agregado = 100, el capital reproducido será = 1 100. Si la masa es = 100 y el trabajo agregado = 20, el capital reproducido será = 120. La tasa de ganancia será en el primer caso = 10%, y en el segundo = 20%. Y sin embargo puede acumularse más a partir de 100 que a partir de 20. Y así avanza la corriente del capital (al margen de su desvalorización por acrecentamiento de la fuerza productiva) o su acumulación en relación con la pujanza que ya posee, y no en relación con el nivel de la tasa de ganancia. Una elevada tasa de ganancia, en la medida en que se base en una elevada tasa de plusvalor, es posible si la jornada laboral es muy prolongada, a pesar de ser improductivo el trabajo; es posible porque las necesidades de los obreros son sumamente exiguas, y por consiguiente muy bajo el salario medio, aunque el trabajo sea improductivo. El bajo nivel del salario corresponderá a la falta de energía de los obreros. En este proceso el capital acumula con lentitud, a pesar de la elevada tasa de ganancia. La población está estancada, y el tiempo de trabajo que cuesta el producto es grande, aunque el salario pagado al obrero sea pequeño.

87

La tasa de ganancia disminuye no porque se explote menos al obrero, sino porque en general se emplea menos trabajo en relación con el capital empleado.

Si, tal como se ha demostrado, coincide un descenso en la tasa de ganancia con el aumento en la masa de la ganancia, el capitalista se apropiará de una parte mayor del producto anual del trabajo bajo la categoría de capital (como reposición de capital consumido), y de una parte relativamente menor bajo la categoría de ganancia. De ahí la fantasía del cura Chalmers, en el sentido de que cuanto menor sea la parte del producto anual que los capitalistas gasten como capital, tanto mayores serán las ganancias que engullan; a cuyos efectos acude en su auxilio la iglesia estatal, velando por el consumo, en lugar de la capitalización, de una gran parte del plusproducto. El cura confunde la causa y el efecto. Por lo demás, la masa de la ganancia —incluso si la tasa es menor— también aumenta con la magnitud del capital desembolsado. Sin embargo, esto condiciona al mismo tiempo la concentración del capital, puesto que ahora las condiciones de producción imponen el empleo masivo de capital. Asimismo condiciona su centralización, es decir que los capitalistas grandes devoren a los pequeños, y la descapitalización de estos últimos. Se trata una vez más —sólo que elevada a la segunda potencia— de la escisión entre las condiciones de trabajo y los productores, entre quienes se cuentan aún estos pequeños capitalistas, ya que para ellos su propio trabajo todavía tiene importancia; en general, el trabajo del capitalista se halla en proporción inversa a la magnitud de su capital, es decir al grado en el cual es capitalista. Esta escisión entre las condiciones de trabajo, por una parte, y los productores, por la otra, es lo que constituye el concepto del capital: se inaugura con la acumulación originaria (libro I, cap. XXIV), aparece luego como proceso constante en la acumulación y concentración del capital y se manifiesta aquí finalmente como centralización de capitales ya existentes en pocas manos y descapitalización de muchos (que bajo esta forma modificada se presenta ahora la expropiación). Este proceso pronto provocaría el colapso de la producción capitalista, si no operasen constantemente tendencias contrarrestantes con un efecto descentralizador, junto a la fuerza centrípeta.

88

II] *Conflicto entre expansión de la producción y valorización*

El desarrollo de la fuerza productiva social del trabajo se revela en dos aspectos: en primer lugar, en la magnitud de las fuerzas productivas ya producidas, en el volumen de valor y la masa de las condiciones de producción bajo las cuales tiene lugar la nueva producción, y la magnitud absoluta del capital productivo ya

acumulado; en segundo lugar, en la relativa exigüidad de la parte de capital desembolsada en el salario con relación al capital global, es decir en la relativa exigüidad del trabajo vivo que se requiere para la reproducción y valorización de un capital dado, para la producción en masa. Esto supone al mismo tiempo una concentración del capital.

Con referencia a la fuerza de trabajo empleada, el desarrollo de la fuerza productiva vuelve a manifestarse en dos aspectos: primero, en el aumento del plustrabajo, es decir en la abreviación del tiempo de trabajo necesario que se requiere para la reproducción de la fuerza de trabajo. Segundo, en la disminución de la cantidad de fuerza de trabajo (número de obreros) que se emplea, en general, para poner en movimiento un capital dado.

Ambos movimientos no sólo corren parejas, sino que se condicionan recíprocamente, son manifestaciones en las que se expresa una misma ley. Sin embargo, influyen en sentido opuesto sobre la tasa de ganancia. La masa global de la ganancia es igual a la masa global del plusvalor, y la tasa de ganancia =

$$\frac{pv}{C} = \frac{\text{plusvalor}}{\text{capital global adelantado}}$$

Pero el plusvalor, en cuanto suma global, está determinado en primer lugar por su tasa, pero en segunda instancia por la masa del trabajo simultáneamente empleado con esa tasa, o lo que es lo mismo, por la magnitud del capital variable. En un sentido aumenta uno de los factores, la tasa del plusvalor; en el otro disminuye (relativa o absolutamente) el otro factor, el número de obreros. En tanto el desarrollo de la fuerza productiva hace disminuir la parte paga del trabajo empleado, acrecienta el plusvalor porque acrecienta su tasa; pero en la medida en que hace disminuir la masa global del trabajo empleado por un capital dado, hace disminuir el factor del número por el cual se multiplica la tasa del plusvalor para obtener su masa. Dos obreros que trabajan 12 horas diarias, no pueden producir la misma masa de plusvalor que 24 obreros que sólo trabajan 2 horas cada cual, inclusive si pudiesen vivir del aire, por lo cual no tendrían que trabajar en absoluto para sí mismos. Por eso, en este aspecto la compensación de la mengua en el número de obreros mediante el incremento del grado de explotación del trabajo encuentra ciertos límites insuperables; por lo tanto puede ciertamente obstaculizar la baja de la tasa de ganancia, pero no anularla.

89

Por consiguiente, con el desarrollo del modo capitalista de producción disminuye la tasa de la ganancia, mientras que su masa

aumenta al aumentar la masa del capital empleado. Dada la tasa, la masa absoluta en que aumenta el capital dependerá de la magnitud actual del mismo. Pero, por otra parte, dada esta magnitud, la relación en la cual aumenta, la tasa de su crecimiento, depende de la tasa de ganancia. El incremento de la fuerza productiva (que, por lo demás, y como ya se indicara, siempre corre paralelo a la desvalorización del capital existente) sólo puede hacer aumentar directamente la magnitud de valor del capital si incrementa, por elevación de la tasa de ganancia, la parte de valor del producto anual que se reconvierte en capital. En la medida en que entra en consideración la fuerza productiva del trabajo, esto sólo puede ocurrir (ya que esa fuerza productiva nada tiene que ver directamente con el valor del capital existente) en tanto de ese modo se eleve el plusvalor relativo o se reduzca el *valor* del capital constante, es decir que se abaraten las mercancías que entran en la reproducción de la fuerza de trabajo o en los elementos del capital constante. Pero ambas cosas implican una desvalorización del capital existente, y ambas cosas corren parejas con la reducción del capital variable respecto al capital constante. Ambas cosas provocan la baja en la tasa de ganancia, y ambas enlentecen esa baja. Además, en tanto un aumento en la tasa de ganancia causa un aumento en la demanda de trabajo, influye sobre el aumento de la población obrera y por ende del material explotable, sólo gracias al cual el capital se convierte en capital.

Pero el desarrollo de la fuerza productiva del trabajo contribuye indirectamente al acrecentamiento del valor de capital existente, al hacer aumentar el volumen y la variedad de los valores de uso en los que se presenta el mismo valor de cambio, y que constituyen el sustrato material, los elementos materiales del capital, los objetos materiales en los que consiste directamente el capital constante, y cuando menos indirectamente el capital variable. Con el mismo trabajo se crean más cosas que pueden ser transformadas en capital, al margen de su valor de cambio. Cosas que pueden servir para absorber trabajo adicional, es decir también plustrabajo adicional, y de esa manera constituir capital adicional. La masa de trabajo que puede comandar el capital no depende de su valor, sino de la masa de materias primas y auxiliares, de la maquinaria y de los elementos del capital fijo, de los medios de subsistencia que componen ese capital, cualquiera que sea el valor de todos esos componentes. Al aumentar de esa manera la masa del trabajo empleado, y en consecuencia también del plustrabajo, también aumenta el valor del capital reproducido y el plusvalor nuevo que le ha sido adicionado.

Pero estos dos factores comprendidos en el proceso de acumulación no sólo deben considerarse en la calma yuxtaposición dentro de la cual los trata Ricardo; los mismos implican una contradicción que se manifiesta en tendencias y manifestaciones contradictorias. Las fuerzas impulsoras antagónicas operan a la vez unas contra otras.

Simultáneamente con los estímulos para el aumento real de la población obrera, emanados del aumento en la parte del producto social global que actúa como capital, operan las fuerzas impulsoras que crean una sobrepoblación solamente relativa.

Simultáneamente con la baja de la tasa de la ganancia aumenta la masa de los capitales, y corre parejas con ella una desvalorización del capital ya existente que contiene esta baja y da un impulso acelerante a la acumulación de valor de capital.

Simultáneamente con el desarrollo de la fuerza productiva se eleva cada vez más la composición del capital, disminuye relativamente la parte variable con respecto a la parte constante.

Estas diversas influencias se hacen sentir, ora de manera más yuxtapuesta en el espacio, ora de manera más sucesiva en el tiempo; el conflicto entre las fuerzas impulsoras antagónicas se desahoga periódicamente mediante crisis. Éstas siempre son sólo soluciones violentas momentáneas de las contradicciones existentes, erupciones violentas que restablecen por el momento el equilibrio perturbado.

Expresada de una manera totalmente general, la contradicción consiste en que el modo capitalista de producción implica una tendencia al desarrollo absoluto de las fuerzas productivas, con prescindencia del valor y del plusvalor encerrado en él, y haciendo abstracción asimismo de las relaciones sociales dentro de las cuales se efectúa la producción capitalista; mientras que, por otra parte, tiene como finalidad la conservación del valor de capital existente y su valorización en medida extrema (es decir, el acrecimiento constante acelerado de ese valor). Su carácter específico está orientado hacia el valor existente de capital en cuanto medio para la mayor valorización posible de dicho valor. Los métodos mediante los cuales lo logra incluyen: disminución de la tasa de ganancia, desvalorización del capital ya existente y desarrollo de las fuerzas productivas del trabajo a expensas de las fuerzas productivas ya producidas.

La desvalorización periódica del capital ya existente, que es un medio inmanente al modo capitalista de producción para contener la baja en la tasa de ganancia y para acelerar la acumulación de valor de

capital mediante la formación de capital nuevo, perturba las condiciones dadas dentro de las cuales se lleva a cabo el proceso de circulación y reproducción del capital, por lo cual está acompañada por paralizaciones súbitas y crisis del proceso de producción.

91

La disminución relativa del capital variable con respecto al constante, que corre parejas con el desarrollo de las fuerzas productivas, incentiva el crecimiento de la población obrera, mientras crea permanentemente una sobrepoblación artificial. *La acumulación del capital*, considerada con arreglo al valor, resulta enlentecida por la disminución de la tasa de ganancia, para acelerar aún más la acumulación del valor de uso, mientras que ésta, a su vez, imprime un movimiento acelerado a la acumulación con arreglo al valor.

La producción capitalista tiende constantemente a superar estos límites que le son inmanentes, pero sólo lo consigue en virtud de medios que vuelven a alzar ante ella esos mismos límites, en escala aún más formidable.

El verdadero límite de la producción capitalista lo es *el propio capital*; es éste: que el capital y su autovalorización aparece como punto de partida y punto terminal, como motivo y objetivo de la producción; que la producción sólo es producción para el *capital*, y no a la inversa, que los medios de producción son meros medios para un desenvolvimiento constantemente ampliado del proceso vital, en beneficio de la *sociedad* de los productores. Los límites dentro de los cuales únicamente puede moverse la conservación y valorización del valor de capital, las que se basan en la expropiación y empobrecimiento de la gran masa de los productores, esos límites entran, por ello, constantemente en contradicción con los métodos de producción que debe emplear el capital para su objetivo, y que apuntan hacia un aumento ilimitado de la producción, hacia la producción como fin en sí mismo, hacia un desarrollo incondicional de las fuerzas productivas sociales del trabajo. El medio —desarrollo incondicional de las fuerzas productivas sociales— entra en constante conflicto con el objetivo limitado, el de la valorización del capital existente. Por ello, si el modo capitalista de producción es un medio histórico para desarrollar la fuerza productiva material y crear el mercado mundial que le corresponde, es al mismo tiempo la constante contradicción entre esta su misión histórica y las relaciones sociales de producción correspondientes a dicho modo de producción.

[De: Karl Marx, *El capital*, México, Siglo XXI, 1977, tomo 3, vol. 6,

pp. 269-322. Traducción de León Mames.]

KARL MARX [2]

Si bien los tres libros de *El capital y las Teorías sobre el plusvalor* abundan en consideraciones sobre las crisis, no existe parte de la obra de Marx donde este problema constituya el objeto de un tratamiento completo y concluyente. Son muchas las razones de esta carencia, pero hay que buscar la principal de ellas en la naturaleza misma de las crisis económicas. En efecto, las crisis son fenómenos bastante complejos que se producen por acción de una variedad de causas y donde entran en juego innumerables factores. "La crisis real —dice Marx— sólo puede exponerse partiendo del funcionamiento real de la producción capitalista, de la competencia y del crédito.” Por "competencia" y por "crédito” Marx entiende la estructura global de los mercados y todo el mecanismo financiero que vuelve el sistema económico real mucho más complicado que los sistemas modelo analizados en *El capital*. Esto explica —como observó Sweezy— por qué el fenómeno de la crisis, en su complejidad concreta, no pudo hallar un tratamiento concluyente en ese nivel de abstracción en que se detuvo *El capital*. Cierto que si Marx hubiese vivido lo suficiente para poder completar su análisis de la competencia y del crédito nos habría dado un tratamiento más orgánico de las crisis. Pero como no fue así, lo que sólo pudo tener cabida en sus escritos son esos aspectos del problema de las crisis que emergen en un nivel de abstracción bastante elevado. A este carácter de amplia generalización no se sustraen ni siquiera las páginas aquí seleccionadas, que constituyen el capítulo IV, “Las crisis”, de la tercera sección, “*La acumulación del capital* y las crisis", del tercer tomo de las *Teorías sobre el plusvalor*; páginas cuyo mérito consiste precisamente en el hecho de encarar el problema de las crisis por así decirlo ab initio y a partir de sus fundamentos de principio.

La forma general en que se manifiesta la crisis en las condiciones capitalistas es, según Marx, la de una interrupción del proceso de circulación de las mercancías: interrupción en virtud de la cual se separan uno del otro los dos momentos de la "compra" y de la "venta” y entran en recíproca contradicción. Si el productor A vende, y luego, por cualquier razón, no logra comprarle a B, B, al no haber logrado venderle a A, no puede comprarle a C, y C, al no haber logrado venderle a B, no puede comprarle a D, y así sucesivamente. La

consecuencia resultante es esa particular forma "civilizada" de crisis económica —específica de las condiciones capitalistas modernas y, por el contrario, desconocida para todas las sociedades pasadas (donde la crisis siempre era sinónimo de *carestía*) —: la *crisis de sobreproducción*, vale decir la condición aparentemente paradojal que, por un lado, ve coexistir mercancías sin vender y, en consecuencia, bienes no utilizados, y, por el otro, necesidades insatisfechas.

94

Sentado que el modo como se manifiesta la crisis es el de una interrupción del proceso de circulación de las mercancías (de manera que, al decir de Marx, "no pueden existir crisis sin que se desglosen entre sí y entren en conflicto la compra y la venta"), queda por establecer cuál es la causa que produce esa interrupción. "La posibilidad general de las crisis [...] —escribe Marx— es la disociación de la compra y la venta en el tiempo y en el espacio. Pero la posibilidad general no quiere decir la causa de la crisis. Quiere decir, simplemente, la posibilidad más general de la crisis, o sea la crisis misma en su expresión más general. No se puede decir que la forma abstracta de la crisis represente la causa de ésta. Cuando se investiga la causa, se trata de saber precisamente por qué su forma abstracta, la forma de su posibilidad, s e convierte de posibilidad en realidad." El sentido de este discurso nos remite a la distinción entre producción mercantil simple y producción capitalista. En efecto, la posibilidad de la crisis ya está contenida en la circulación simple de mercancías (M — D — M), vale decir allí donde se haya pasado del simple trueque (M — M) a las formas más desarrolladas del cambio, y, por lo tanto, a la aparición del dinero, que tiene precisamente la función de separar en el tiempo y en el espacio la compra de la venta. En este caso, el productor ya no debe ir a buscar, como en el trueque, a quien tenga lo que él desea y que, al mismo tiempo, desee lo que él tiene. Gracias al dinero, puede vender su producto cuando está terminado y comprar lo que necesita cuando le parece. Pero si la circulación simple de mercancías ya contiene la posibilidad —a través de la separación de la compra y de la venta— de una interrupción del proceso de cambio, no contiene ninguna razón o causa real para que esta interrupción se verifique de hecho y en forma general, vale decir para que los productores de mercancías se abstengan de la compraventa de sus productos. Por eso, al tratar en las primeras páginas de *El capital* las formas que asume la circulación de mercancías, Marx destaca que "estas formas entrañan la posibilidad, pero únicamente la *posibilidad*, de las crisis", ya que "para que dicha

posibilidad se desarrolle, convirtiéndose en realidad, se requiere todo un conjunto de condiciones que aún no existen, en modo alguno, en el plano de la circulación simple de mercancías”. Lo prueba el hecho de que, mientras no hay crisis sin circulación de mercancías y de dinero, hubo en cambio circulación de mercancías y de dinero mucho antes de la producción capitalista y sin que jamás se manifestaran crisis. Resulta importante tener bien en claro este punto, porque la ausencia de una distinción neta y precisa entre producción mercantil simple y producción capitalista (con todas las implicaciones históricas que ello implica) también constituye —además de una de las principales divergencias entre Marx y los economistas clásicos— la razón en base a la cual estos últimos llegaron a negar el fenómeno de las crisis.

95

Uno de los ejemplos más significativos a este respecto está representado por la famosa ley de las salidas de J.-B. Say, donde la justa tesis de que las crisis y la sobreproducción son improbables en la producción mercantil simple se convierte en la falsa tesis de que la crisis y la sobreproducción son imposibles en toda circunstancia, incluidas las condiciones capitalistas mismas, y donde —destaca Marx— "para demostrar que la producción capitalista no puede conducir a crisis generales, se niegan todas las condiciones y determinaciones de forma, todos los principios y diferencias especificas; en una palabra, se niega la misma producción capitalista”, para remontarse no sólo hasta un momento anterior a esta producción, "sino incluso más atrás de la producción simple de mercancías”; para arribar a la unidad indivisible de compra y venta tal cual se presenta en el trueque y en el cambio inmediato. No es posible demorarse en este lugar para analizar la importancia —también filosófica— de las páginas en que Marx polemiza contra Say y contra Ricardo, indicando la confusión que éstos hacen entre la *unidad lógica* de la compra y de la venta y su separación o *contradicción* real tal cual se manifiesta en el momento en que estalla la crisis. Aquí bastará con advertir que, a diferencia de la circulación simple de mercancías, la circulación del dinero como capital contiene, según Marx, no sólo la posibilidad de la crisis sino también la causa que la traduce en acto. En efecto, mientras que en la producción mercantil simple no existe motivo alguno que pueda producir un fenómeno generalizado de desviación del poder adquisitivo con respecto al mercado ni, por lo tanto, aquella interrupción del proceso de circulación de mercancías con que se manifiesta la crisis, ese motivo aparece con plena evidencia en la fórmula D — M — D', que

entraña el proceso vital del capital en el sentido de que bastaría el desvanecimiento o incluso simplemente una reducción de aquel *excedente* de valor, mediante el cual D se convierte en D' y que constituye el incentivo de la producción capitalista, para que el poseedor del capital dinerario volviese a considerar seriamente si vale la pena que ponga su D en circulación, o sea que invierta su dinero en la adquisición de los factores del proceso productivo (fuerza de trabajo y medios de producción).

Aunque sea solamente a partir de estas breves consideraciones, resulta evidente que la causa fundamental que, según Marx, interrumpe el proceso de circulación y produce la crisis es la declinación de la tasa de ganancia. En efecto, cuando esta tasa sufre una baja tal que induce a los capitalistas a desistir de invertir y a mantener el capital en la forma monetaria aguardando circunstancias más propicias, la continuidad del proceso de circulación queda interrumpida y estalla la crisis. Pero aquí está el asunto: ¿de qué deriva, a su vez, la caída de la tasa de ganancia? Teóricamente, las posibilidades son dos. La tasa de ganancia puede disminuir por las razones indicadas por Marx en la sección sobre la baja tendencial de la tasa de ganancia, vale decir esencialmente por la insuficiencia del aumento de la tasa de plusvalor para compensar el de la composición orgánica del capital. Pero también puede disminuir por muy distintas razones, vale decir por la imposibilidad con que se enfrentan los capitalistas de vender las mercancías a su valor. En ambos casos la ganancia declina, pero lo que está detrás de tal declinación en un caso resulta bastante diferente de lo que está detrás en el otro. En efecto, en el primer caso —como destacó Sweezy en su *Teoría del desarrollo capitalista* (cit., pp. 163-164)— "tenemos que ver con movimientos de la tasa del plusvalor y en la composición del capital, quedando intacto el sistema del valor; en el otro [viceversa] tenemos que ver con fuerzas todavía no especificadas que tienden a crear un déficit general en la demanda efectiva de mercancías, no, sin duda, en el sentido de que la demanda sea insuficiente para comprarlas todas con una tasa de la ganancia satisfactoria".

En correspondencia con esta alternativa acerca de las causas que pueden deprimir la tasa de ganancia, se han desarrollado en el campo marxista dos líneas interpretativas, bastante diferentes, del problema de las crisis. La primera de estas líneas (que por ejemplo representa *Economía política y capitalismo*, de Maurice Dobb) considera que para explicar las crisis hay que buscar el principio fundamental en la ley de la baja tendencial de la tasa de ganancia y que, por lo contrario, en la

desproporción entre producción y consumo hay que ver solamente un factor subordinado. "El consumo —escribe Dobb— es un incidente, aunque importante’, en el planteamiento total, y el conflicto entre la productividad y el consumo *sólo* una faceta de la crisis y un elemento de la contradicción que encuentra su expresión en un colapso periódico del sistema.” Pero a Dobb le “parece evidente, a demás, que para Marx la contradicción dentro de la esfera de la producción —la contradicción entre la creciente capacidad productiva, consecuencia de la acumulación, y la lucratividad creciente del capital, entre las *fuerzas productivas* y las *relaciones de producción* de la sociedad capitalista— es la parte esencial del problema” (*op. cit.,* p. 86). Desde este punto de vista, la crisis aparece como la reacción violenta que el sistema efectiviza en el intento de contrarrestar la ley de la caída de la tasa de ganancia. Y en efecto, cuando la crisis torna más o menos improductivo el capital existente o directamente lo destruye, determina, por lo mismo, una reducción o anulación del *valor* del capital y, en consecuencia, una reducción de su composición orgánica, que es una de las condiciones para que la tasa de ganancia vuelva a subir. En esta misma dirección también actúa el aumento de la desocupación que produce la crisis, ya que el ensanchamiento del "ejército industrial de reserva”, favoreciendo la reducción del precio de la fuerza de trabajo ocupada, crea las condiciones para un incremento de la tasa de plusvalor, de manera de preparar el terreno a una reanudación del proceso de inversión. De esté conjunto de consideraciones que Marx desarrolló en particular en la sección séptima del libro I de *El capital*, dedicada al “proceso de acumulación”, y en el capítulo 15 del libro m sobre el "desarrollo de las contradicciones internas de la ley”, su teoría de la crisis sale —como varias veces se observó— con las connotaciones de una cabal y auténtica teoría del "ciclo económico”, en el sentido de que la crisis y la depresión, a ojos de Marx, se configuran como algo mucho más grave que los llamados "tiempos difíciles”, vale decir como el medio específico a que recurre periódicamente el sistema para poner remedio a los perjuicios de la ‘‘prosperidad”. En conclusión: un ritmo acelerado de acumulación causa una reacción en forma de crisis: la crisis se transforma en depresión; la depresión, al reconstituir el ejército de reserva y depreciar los capitales-valor, restablece los beneficios de la producción y, de tal modo, las bases para una reanudación de la acumulación.

Resulta significativo destacar que, a pesar de su complexión clásica, esta línea interpretativa quizás sea la que tuvo menor eco

dentro del campo marxista, donde, ya por razones de simplificación vulgarizadora, o bien por motivos teóricos precisos, a menudo terminó por prevalecer la concepción de las llamadas "crisis de realización”: concepción ésta a partir de la cual la crisis siempre se hace derivar de la declinación de la ganancia, aunque esta declinación se explique no por las contradicciones de la acumulación y el aumento de la composición orgánica del capital, sino por la imposibilidad de los capitalistas de realizar el pleno valor de las mercancías que producen. En este caso se trata, como resulta fácil entender, de teorías provenientes, por lo general, de autores que por una u otra razón no concuerdan con Marx en el reconocimiento de la ley de la baja tendencial de la tasa de ganancia. Y no por azar, es precisamente en este campo de las llamadas "crisis de realización” donde más se advierte el aporte de corrientes "revisionistas” de derecha o de izquierda. Pero como dentro de esta teoría las líneas que se entrelazan también son varias, seguiremos incluso en este caso la clásica exposición hecha por Sweezy de las diversas tendencias de la teoría de las crisis, distinguiendo dos subclases dentro de las "crisis de realización”: la de las crisis que derivan de una "desproporción” entre los diversos sectores de la producción, y la por cierto más difundida y popular de las crisis que derivan del "subconsumo” de las masas.

En cuanto a la primera de estas dos subclases, es decir la crisis de *desproporción*, la exposición se puede reducir a pocos puntos. En el capitalismo, cada empresario produce sobre la base de un conocimiento limitado e incompleto de los requerimientos del mercado: el resultado es que todos producen demasiado o demasiado poco y que los precios de venta siempre oscilan por debajo o por encima de los valores. Si esta "desproporción”, que deriva de la ausencia de un "plan", concierne a una rama particularmente importante de la producción que pueda inducir a desequilibrios en otros sectores vitales, puede hacer precipitar a toda la economía, dadas las circunstancias, en una crisis general. En las páginas aquí transcriptas, el mismo Marx señala esta eventualidad: "no se niega que pueda producirse demasiado en algunas esferas, y *por lo tanto* demasiado poco en otras; así pueden surgir crisis parciales a raíz de una producción desproporcionada [...] Pero aquí —escribe— no hablamos de la crisis en la medida en que surge de la *producción desproporcionada*, es decir de la desproporción en la distribución del trabajo social entre cada esfera de producción. Esto sólo puede estudiarse en relación con la competencia de los capitales. En ese contexto ya se expresó que el aumento o la disminución del valor de

mercado que provoca esa desproporción culmina en el retiro de capitales de una rama de la producción, y su traslado a otra, la migración de capitales de una rama a otra de la producción. Pero esta nivelación implica ya, como condición previa, lo contrario de la compensación, y por lo tanto puede incluir la crisis..."

98

Pero el autor que por primera vez dio relieve y difusión a esta explicación de las crisis fue, como se sabe, el economista ruso Tugán-Baranovski. Él rechazó las dos teorías que podía suponerse que fueran de Marx: o bien que las crisis derivan de la caída tendencial de la tasa de ganancia, o bien que resultan del subconsumo de las masas. Al rechazar particularmente esta segunda tesis, Tugán sostuvo a través de una compleja elaboración que, pase lo que pase con el consumo, jamás puede haber ni sobreproducción ni deficiencia de demanda con tal que la producción de los diversos sectores sea exactamente proporcionada. Para hacerlo se sirvió de los esquemas de la "reproducción simple" y "ampliada" desarrollados por Marx en el libro II de *El capital*, buscando demostrar que cuando se respetan las proporciones el sistema puede avanzar hasta el infinito. Esta explicación de Tugán-Baranovski, según la cual las crisis derivarían de simples "desproporciones”, tuvo un éxito notable en el marxismo de la Segunda Internacional, sobre todo a través de su adopción por Hilferding en *El capital financiero*. Sin embargo, también fue notable la influencia que antes ejerciera Tugán sobre los marxistas rusos (y en particular sobre Lenin) en la polémica que éstos libraron contra los populistas y contra sus tesis "subconsumistas" y sismondianas acerca de la imposibilidad del capitalismo de desarrollar un mercado propio. Resulta evidente en qué sentido la explicación que daba Tugán-Baranovski de las crisis podía prestarse a una utilización "revisionista”. En efecto, al negar que el desarrollo del capitalismo es inseparable de una baja tendencial de la tasa de ganancia o de una tendencia de la demanda de consumo a quedar cada vez más rezagada con respecto a las necesidades de la producción, aquél llegaba por lo mismo a negar el carácter orgánico de las enfermedades del sistema y la necesidad de su agravación con el correr del tiempo. Al declarar, por el contrario, que todos los terribles presagios formulados sobre el porvenir del capitalismo se apoyaban en una base puramente imaginaria y que las crisis no son realmente ocasionadas por nada más domeñable que las desproporciones del proceso productivo, resulta evidente que, de modo más o menos indirecto. Tugán llegaba a sugerir la idea de que el sistema puede poner remedio a sus males: tanto más cuanto que el desarrollo de los *trusts* y el cada vez mayor

control gubernamental de la economía pueden reducir progresivamente el área de la anarquía y, por lo tanto, contener o directamente eliminar las desproporciones. Sin embargo, independientemente de estas conclusiones (algunas de la s cuales, por lo demás, Tugán ni siquiera quiso extraer), su teoría pronto se convirtió en uno de los blancos preferidos no sólo de aquellos sustentadores de las crisis derivadas del "subconsumo" de las masas, como Conrad Schmidt (uno de los mayores "revisionistas" y uno de los primeros comentaristas del libro de Tugan sobre las crisis), compartían su rechazo a toda "teoría del derrumbe".

99

En el origen de estas teorías subconsumistas, a más de la influencia de Sismondi, está la de Malthus y, en particular, la de su tesis según la cual la ganancia puede declinar no por aumento de los salarios (como pensaba Ricardo) sino por una caída de los precios de las mercancías debido a la deficiencia de la demanda, y ello puede suceder sobre todo si la acumulación del capital procede con demasiada rapidez y a expensas del consumo. Junto con los escritos de Sismondi, esta tesis llegó a constituir el núcleo de esas doctrinas del subconsumo que en la segunda mitad del siglo pasado se difundieron en Alemania por obra de Rodbertus y que, a través de la influencia ejercida por éste sobre Lassalle y Dühring, se convirtieron finalmente en un "punto" del pensamiento socialista. Así se verificó la paradoja (como observó agudamente Dobb; cf. su *op. cit.,* p. 66) de que "la doctrina aderezada originalmente para justificar a los terratenientes y a los tenedores de bonos", o sea la doctrina de Malthus, se convirtió "en un arma en manos del proletariado que le servía para criticar un sistema que imponía la pobreza y restringía el consumo de la gran masa de productores". Con respecto a estas teorías del subconsumo, la obra de Tugán y su radical negación de la interdependencia entre producción y consumo actuaron como su cabal y auténtico elemento catalizador. Su afirmación, también repetida en las páginas finales de las *Theoretische Grundlagen des Marxismus*, según la cual aunque debiese desaparecer ese sector del consumo que está representado por la clase obrera, ello no perturbaría en absoluto el proceso de valorización del capital, les pareció a muchos una simple paradoja o directamente una aberración. Pero lo que resulta importante destacar es que la idea que a menudo se le contrapuso, y según la cual la producción —cualquiera sea su forma histórica particular— siempre es, en última instancia, producción *para el consumo*, reveló en muchos de sus críticos un error no menos grave, si bien de género opuesto, a saber: el error de no considerar que precisamente en el

caso del capitalismo no subsiste, o al menos no subsiste en forma directa, aquella finalización de la producción en el consumo y que, como dice Marx, “no hay que perder de vista nunca que en la producción capitalista no interesan directamente los valores de uso, sino que lo que interesa es el valor de cambio y especialmente el aumento del plusvalor", y que precisamente "éste es el motivo propulsor de la producción capitalista”. Lo cual, obviamente, no significa que Marx compartiera la tesis de Tugán-Baranovski sobre la irrelevancia, a los fines del desarrollo capitalista, de la mayor o menor amplitud del consumo de las masas. Si en el libro II de *El capital* él rechaza explícitamente la versión más burda del subconsumo con el argumento de que el estallido de la crisis es precedido en general por un régimen de elevados salarios, ello no quita que en numerosos pasajes de su obra Marx insista con fuerza en la contradicción que emerge entre el impulso del capitalismo a expandir i limitadamente la producción y su interés por limitar el consumo. Pero aparte de las dificultades de reconstruir una teoría marxiana unívoca de las crisis, señaladas al comienzo, y aún habida cuenta de las consideraciones parcialmente autocríticas expresadas por Dobb a propósito del intento de Sweezy, que en su *Teoría del desarrollo capitalista* trata de restituir importancia al subconsumo como factor determinante de la crisis (“ahora mi punto de vista acerca de esta cuestión —escribió Dobb al presentar el libro— está mucho más cerca del expuesto por el autor que hace ocho o diez años”), lo que parece cierto es que —por más grande que fuera la importancia atribuida por Marx al consumo en la explicación de las crisis— aquélla debe ser valorada sobre la base y dentro del cuadro de su afirmación, mil veces repetida, de que la lógica del capitalismo es la *producción por la producción*, y no la producción finalizada inmediatamente en el consumo, como ocurre en cambio en la mayor parte de los teóricos del subconsumo.

[TEORÍA SOBRE EL PLUSVALOR]

[CRISIS (OBSERVACIONES E INTRODUCCIÓN)]

Si se supone la *producción ampliada* de capital constante —es decir, una producción mayor que la necesaria para la reproducción del capital anterior, y por lo tanto, también para la producción de la anterior cantidad de medios de subsistencia—, la producción ampliada o acumulación en las esferas que utilizan la maquinaria, las materias primas, etc., no encuentra ya dificultades. Si se dispone de suficiente trabajo adicional, ellos [los industriales] encontrarán en el mercado todos los medios para la formación de nuevos capitales, para la transformación de su dinero adicional en nuevo capital.

Pero el proceso total de acumulación se resuelve, en primer lugar, en *producción en escala ampliada*, que por un lado corresponde al crecimiento natural de la población, y por el otro constituye la base intrínseca para los fenómenos que aparecen durante las *crisis*. El criterio de esta expansión de la producción es el *capital* mismo, el nivel existente de las condiciones de la producción, y el deseo ilimitado de los capitalistas, de enriquecerse y ampliar su capital, pero en modo alguno el *consumo*, que desde el comienzo resulta inhibido, ya que la mayoría de la población, los trabajadores, sólo pueden ampliar su consumo dentro de límites muy estrechos, en tanto que la demanda de trabajo, aunque crece en términos *absolutos*, disminuye en términos *relativos*, en la misma medida en que se desarrolla el capital. Lo que es más, todas las nivelaciones son *accidentales*, y aunque la proporción de capital empleado en cada esfera resulta nivelada por un proceso continuo, la continuidad de este proceso mismo presupone también la constante desproporción que en forma continuada, y a veces violenta, tiene que nivelar.

Aquí sólo necesitamos considerar las formas por las cuales pasa el capital en las distintas etapas de su desarrollo. Entonces, no se analizan las condiciones reales en que se lleva a cabo el proceso concreto de producción. Se supone siempre que la mercancía se vende por su valor. No examinamos la competencia de capitales, ni el sistema de créditos, ni la composición real de la sociedad, que en modo alguno consiste sólo en las dos clases, trabajadores y

capitalistas industriales, y en la cual, por lo tanto, los consumidores y los productores no son categorías idénticas. La primera categoría, la de los consumidores (cuyas rentas en parte no son primarias, sino secundarias, derivadas de la ganancia y el salario), es mucho más amplia que la segunda [de productores], y por lo tanto la manera en que invierten su renta, y el volumen mismo de la renta, provocan modificaciones muy considerables en la economía, y en especial en los procesos de circulación y reproducción del capital. Ello no obstante, así como el estudio del dinero —tanto en la medida en que representa una forma desde todo punto de vista distinta de la natural de las mercancías, como en su forma de medio de pago— mostró que contenía la posibilidad de crisis, el examen de la naturaleza general del capital, aun sin ir más allá, en las relaciones reales que son requisitos previos para el proceso real de producción, lo revela con mayor claridad aún.

102

La concepción (que en verdad pertenece a [James] Mill), adoptada por Ricardo del tedioso Say (y a la cual volveremos cuando analicemos a este desdichado individuo), de que la sobreproducción no es posible, o por lo menos que no es posible un abarrotamiento general del mercado, se basa en la proposición de que los productos se intercambian por productos, o como dice Mill, en el "equilibrio metafísico de vendedores y compradores", y esto llevó a [la conclusión] de que la demanda la determina sólo la producción, o también que la demanda y la oferta son idénticas. La misma proposición existe también en la forma, que a Ricardo le agradaba en especial, de que cualquier volumen de capital puede emplearse productivamente en cualquier país.

Say —escribe Ricardo en el capítulo XXI ("Efectos de la acumulación sobre la ganancia y el interés") — mostró... en forma muy satisfactoria, que no hay volumen de capital que no pueda emplearse en un país, porque *la demanda sólo resulta limitada por la producción.* Nadie *produce*, *sino con la intención de consumir o vender, y nunca vende, sino* con una *intención de comprar alguna otra mercancía* que le sea de utilidad inmediata, o que pueda contribuir a la producción futura. Entonces, al producir, se convierte, por fuerza, en el consumidor de sus propias mercancías, o en el comprador y consumidor de las mercancías de alguna otra persona. No debe suponerse que durante algún tiempo se encuentre mal informado en cuanto a las mercancías que puede producir con más provecho, para alcanzar el objetivo que se ha fijado, a saber, la posesión de otras mercancías; y por lo tanto, no es probable que produzca continuamente [aquí no se trata de la vida eterna] una mercancía por la cual no existe demanda ([David Ricardo, *On the*

Principies of Political Economy, and Taxation, Londres, 1821], pp. 339-340).

Ricardo, quien siempre se esfuerza por ser coherente, descubre que su autoridad, Say, le juega aquí una mala pasada. Hace el siguiente comentario en una nota al pie de este pasaje:

[103] ¿Lo que sigue es coherente con el principio de Say? "Cuanto más abundantes sean los capitales disponibles, en proporción a las posibilidades de empleos para ellos, más descenderá la tasa de interés sobre los préstamos de capital" (Say, vol. II, p. 108). Si un país puede emplear capitales en alguna medida, ¿cómo pue de decirse que son abundantes, en comparación con la medida de empleo de ellos? ([Ricardo], *loc. cit.,* p. 340, nota).

Ya que Ricardo cita a Say, criticaremos más adelante las teorías de éste, cuando hablemos de ese farsante.

Entre tanto, aquí sólo señalamos: en la reproducción, así como en la acumulación de capital, no sólo se trata de reponer la misma cantidad de valores de uso de que está compuesto el capital, en la escala anterior o en una escala ampliada (en el caso de la acumulación), sino de reponer el *valor* del capital anticipado junto con la habitual tasa de ganancia (plusvalor). Por lo tanto, si por cualquier circunstancia o combinación de circunstancias los precios de mercado de las mercancías (de todas o de la mayoría de ellas, no tiene importancia) descienden por debajo de su precio de costo, la reproducción del capital se reduce al máximo posible. Pero la acumulación se estanca aún más. El plusvalor amasado en forma de dinero (oro o billetes) sólo podría convertirse en capital con pérdidas. Por lo tanto permanece ocioso, como atesoramiento en los bancos, o en forma de dinero crediticio, lo cual, en esencia, no establece diferencia alguna. El mismo estancamiento podría ocurrir por las razones contrarias, si los *requisitos previos reales* de la reproducción no existieran (por ejemplo, si el cereal se volviera más costoso, o porque no se acumuló en especie un capital constante suficiente). Ocurre una detención en la reproducción, y por lo tanto en el flujo de la circulación. La compra y la venta se empantanan y el capital desocupado aparece en forma de dinero ocioso. El mismo fenómeno (y por lo general éste precede a las crisis) puede aparecer cuando se produce capital adicional a un ritmo muy rápido, y su reproducción en capital productivo acrecienta la demanda de todos los elementos de este último hasta tal punto, que la producción concreta no puede

seguirle los pasos; ello provoca un aumento en los precios de todas las mercancías que entran en la formación del capital. En este caso la tasa de interés cae con brusquedad, por mucho que pueda elevarse la ganancia, y este descenso en la tasa del interés conduce luego a las más riesgosas empresas especulativas. La interrupción del proceso de reproducción lleva a la disminución del capital variable, al descenso del salario y de la cantidad de trabajo empleado. Esto, a su vez, vuelve a reaccionar sobre los precios y conduce a su nuevo descenso.

Nunca debe olvidarse que en la producción capitalista lo que importa no es el valor de uso inmediato, sino el valor de cambio, y, en especial, la expansión del plusvalor. Éste es el motivo impulsor de la producción capitalista, y es una bonita concepción la que —para eliminar por medio de razonamientos las contradicciones de la producción capitalista— se olvida de su base misma y la describe como una producción que apunta a la satisfacción directa del consumo de los productores.

104

Además: como el proceso de circulación del capital no se completa en un día, sino que se extiende a lo largo de un período bastante prolongado, hasta que el capital vuelve a su forma primitiva, y como este período coincide con aquel en el cual los precios de mercado se nivelan con los de costo, y ocurren grandes conmociones y cambios *en el mercado* durante ese período; y como surgen grandes modificaciones en la productividad del trabajo, y por lo tanto también en el *valor real* de las mercancías, resulta claro que entre el punto de partida, el capital previo, y el momento de llegada al final de uno de esos períodos, tienen que ocurrir grandes catástrofes y desarrollarse elementos de crisis, que en modo alguno pueden desecharse con la lastimosa proposición de que los productos se intercambian por productos. La *comparación* del valor en un período con el valor de las mismas mercancías en una etapa posterior no es una ilusión escolástica, como afirma Mr. Bailey, sino que más bien constituye el principio fundamental del proceso de circulación del capital.

Cuando se habla de la *destrucción del capital* por las crisis, hay que distinguir entre dos factores.

En la medida en que el proceso de reproducción queda detenido y el de trabajo se limita o en algunos casos se detiene por completo, el *capital real* resulta destruido. La maquinaria que no se usa no es capital. El trabajo que no se explota equivale a producción perdida. La materia prima que no se usa no es capital. Los edificios (y también las nuevas maquinarias construidas) que no se usan porque permanecen

inconclusos, las mercancías que se pudren en los depósitos —todo esto es destrucción del capital. Todo ello significa que el proceso de reproducción se ha interrumpido y que los medios de producción *existentes* no se usan en realidad como medios de producción, no se ponen en funcionamiento. De tal manera, se van al demonio su valor de uso y su valor de cambio.

En segundo término, la *destrucción del capital* por las crisis significa la depreciación de valores que les impide renovar más tarde su proceso de reproducción como capital, en la misma escala. Éste es el efecto ruinoso de la caída de los precios de las mercancías. No provoca la destrucción de ningún valor de uso. Lo que uno pierde, lo gana el otro. Los valores usados como capital no pueden volver a actuar como capital en manos de la misma persona. Los antiguos capitalistas van a la bancarrota. Si el valor de las mercancías con cuya venta un capitalista reproduce su capital fuese igual a *£* 12.000, de las cuales, digamos, *£* 2.000 fueran de ganancia, y su precio descienda a *£* 6.000, entonces el capitalista no puede hacer frente a las obligaciones que contrajo, y aunque no tuviese ninguna, no podría reiniciar, con las *£* 6.000, su negocio en la escala anterior, pues los precios de las mercancías han vuelto a elevarse al nivel de sus precios de costo. De este modo, se han destruido *£* 6.000, aunque el comprador de esas mercancías, por haberlas adquirido a mitad de su precio de costo, pueda avanzar muy bien en cuanto los negocios vuelven a reactivarse, e inclusive obtener una ganancia. Buena parte del capital nominal de la sociedad, es decir, del valor de cambio del capital existente, queda destruida para siempre, aunque esta destrucción, dado que no afecta el valor de uso, pueda estimular en gran medida la nueva reproducción. Éste también es el período durante el cual el interés monetario se enriquece a costa del interés industrial. En lo que se refiere al descenso del capital puramente nominal, los bonos del estado, las acciones, etc. —en la medida en que no conduce a la bancarrota del estado, o de la compañía por acciones, o a la total detención de la reproducción por el socavamiento del crédito de los capitalistas industriales que poseen esos valores—, sólo equivale al traslado de la riqueza, de una mano a otra, y en conjunto actúa en forma favorable sobre la reproducción, ya que los advenedizos en cuyas manos estas acciones o valores caen muy baratos, son casi siempre más emprendedores que sus antiguos dueños.

[*ABSURDA NEGACIÓN DE LA SOBREPRODUCCIÓN DE MERCANCÍAS, ACOMPAÑADA POR UN RECONOCIMIENTO DE LA SOBREABUNDANCIA DE CAPITALES*]

Hasta donde alcanzan sus conocimientos, Ricardo es siempre coherente. Para él, pues, la afirmación de que no es posible una *sobreproducción* (de mercancías) es un sinónimo de la declaración de que no es posible una plétora o sobreabundancia de capital.[1]

> Por lo tanto no puede acumularse en un país ninguna cantidad de capital que no se emplee de manera productiva, hasta que el salario se eleve tanto, a consecuencia del aumento de los medios de subsistencia, y por consiguiente quede tan poco para las ganancias del capital, que se interrumpa el motivo para la acumulación ([Ricardo], *loc. cit.,* p. 340). Se sigue, pues... que no existen límites para la demanda —no hay límites para el empleo del capital, mientras dé alguna ganancia, y que *por abundante que pueda llegar a ser el capital*, no hay otra razón adecuada para un descenso de la ganancia, que no sea un aumento del salario, y además puede agregarse que la única causa adecuada y permanente para el aumento del salario es la creciente dificultad de suministrar alimentos y medios de subsistencia a la cantidad cada vez mayor de trabajadores (*loc. cit.,* pp. 347-348).

106

¿Qué habría dicho entonces Ricardo ante la estupidez de sus sucesores, que niegan la sobreproducción en una forma (como abarrotamiento general de las mercancías en el mercado), y que no sólo admiten su existencia en otra forma, como sobreproducción de capital, plétora de capital, sobreabundancia de capital, sino que en rigor la convierten en un punto esencial de su doctrina?

Ni un solo economista responsable del período posricardiano niega la plétora de capital. Por el contrario, todos ellos la consideran como la causa de crisis (en la medida en que no explican ésta por factores relacionados con el crédito). Por lo tanto, todos admiten la sobreproducción en una forma, pero niegan su existencia en otra. El único interrogante restante es el siguiente: ¿cuál es la relación entre estas dos formas de sobreproducción, es decir, entre la forma en que se la niega y aquella en la cual se la afirma?

---

[1] Aquí hay que establecer una distinción. Cuando Adam Smith explica el descenso de la tasa de ganancia por una sobreabundancia de capital, una acumulación de capital, habla de un efecto *permanente*, y éste es un error. En contraposición, la sobreabundancia transitoria del capital, la superproducción y las crisis son algo distinto. Las crisis permanentes no existen.

El propio Ricardo no sabía en realidad nada acerca de las crisis, de las crisis generales del mercado mundial, que surgen del propio proceso de producción. Pudo explicar que las crisis que ocurrieron entre 1807 y 1814 fueron causadas por el aumento del precio del trigo debido a las malas cosechas, por la devaluación del papel moneda, la depreciación de los productos coloniales, etc., porque, a consecuencia del bloqueo continental, el mercado se contrajo por la fuerza, por razones políticas y no económicas. También pudo explicar las crisis después de 1815, en parte por un mal año y una escasez de trigo, y en parte por el descenso en los precios de éste, debido a que dejaron de actuar las causas que, según su propia teoría, elevaron el precio del trigo durante la guerra, cuando Inglaterra quedó separada del continente; en parte por la transición de la guerra a la paz, que provocó "repentinas modificaciones en los canales de intercambio" [*loc. cit.,* p. 307]. (Véase capítulo XIX, "Sobre los repentinos cambios en los canales del intercambio", de sus *Principles*.)

Los fenómenos históricos posteriores, en especial la periodicidad casi regular de las crisis en el mercado mundial, no permitieron ya que los sucesores de Ricardo negaran los hechos o los interpretasen como accidentales. Por el contrario —aparte de quienes lo explican todo por el crédito, y luego tienen que admitir que ellos mismos se ven obligados a presuponer la sobreabundancia del capital—, inventaron la bonita distinción entre *sobreabundancia de capital* y *sobreproducción*. Contra esta última, se arman con las frases y las buenas razones utilizadas por Ricardo y Adam Smith, en tanto que por medio de la sobreabundancia de capital tratan de explicar fenómenos que de otra manera les resulta imposible examinar. Wilson, por ejemplo, explica ciertas crisis por la sobreabundancia del capital fijo, en tanto que explica otras por la del capital circulante. La sobreabundancia del propio capital la afirman los mejores economistas (tales como Fullarton), y ya se ha vuelto cosa común, hasta tal punto, que inclusive puede encontrársela en el compendio del erudito Roscher como un hecho evidente por sí mismo.

107

El problema es, pues, el de saber qué es la sobreabundancia de capital, y cómo difiere de la sobreproducción.

(Pero con justicia debe decirse que otros economistas, tales como Ure, Corbet, etc., declaran que la sobreproducción es la *situación habitual en la industria en gran escala,* en lo que se refiere al interior del país, y que de ese modo sólo lleva a crisis en determinadas circunstancias, en las cuales también se contrae el mercado exterior.)

Según los mismos economistas, el capital equivale al dinero o las mercancías. Por lo tanto, la sobreproducción de capital es sobreproducción de dinero o de mercancías. Y sin embargo se supone que estos dos fenómenos nada tienen en común entre sí. Inclusive la sobreproducción de dinero [de nada sirve], ya que para ellos el dinero es una mercancía, de modo que todo el fenómeno se resuelve en una sobreproducción de mercancías que admiten con un nombre y niegan con otroMás aún, la afirmación de que existe sobreproducción de capital fijo o de capital circulante se basa en el hecho de que las mercancías aquí ya no se consideran en esa forma simple, sino en su designación de capital. Pero esto es una admisión de que en la producción capitalista y sus fenómenos —por ejemplo la sobreproducción— se trata, no sólo de la simple relación en que aparece el producto, en que se designa como mercancía, sino de su designación dentro del marco social, con lo cual se convierte en algo más que una mercancía, y también en algo diferente de ella.

En general, la frase *sobreabundancia de capital*, en lugar de *sobreabundancia de mercancías*, en la medida en que no se trata sólo de una expresión con fines de superchería, o de una irreflexividad inescrupulosa, que admite la existencia y necesidad de un fenómeno determinado cuando se llama A, pero lo niega en cuanto se denomina B, y en rigor muestra escrúpulos y dudas sólo respecto del *nombre* del fenómeno, y no del fenómeno mismo; o en la medida en que no es sólo un intento de eludir la dificultad de explicar el fenómeno, negándolo en una forma (bajo un nombre) en la cual contradice los prejuicios existentes y admitiéndolo en una forma, sólo cuando en ella deja de tener sentido — aparte de estos aspectos, la transición de la frase "sobreproducción de mercancías” a la frase "sobreabundancia de capital” es en verdad un avance. ¿En qué consiste éste? En [expresar el hecho] de que los productores se enfrentan entre sí, no como simples dueños de mercancías, sino como capitalistas.

108

[LA NEGACIÓN, POR RICARDO, DE LA SOBREPOBLACIÓN GENERAL. POSIBILIDAD DE UNA CRISIS INTRÍNSECA EN LAS CONTRADICCIONES INTERNAS DE LA MERCANCÍA Y EL DINERO]

Unos cuantos pasajes más de Ricardo.

Uno se vería llevado a pensar... que Adam Smith extrajo la conclusión de que nos veíamos *en la necesidad* [y en verdad es así] de *producir un excedente* de

trigo, mercancías de lana y artículos de hierro, y que el capital que los producía no podía emplearse de otra manera. Pero siempre es cuestión de elección, en cuanto a la forma en que se empleará el capital, y por lo tanto nunca puede haber *durante un tiempo prolongado*, un excedente de mercancía alguna; pues si lo hubiera, descendería por debajo de su precio natural, y el capital se trasladaría a algún empleo más ventajoso (*loc. cit.,* pp341-342, nota).

Las producciones siempre se compran por producciones, o por servicios, el dinero es sólo el medio con el cual se efectúa todo el intercambio.

(Es decir, que el dinero no es más que un medio de circulación, y el propio valor de cambio es apenas un aspecto fugaz del intercambio de producto por producto — lo cual es erróneo.)

Puede producirse demasiado de determinada mercancía, de la cual llegue a haber tal abarrotamiento en el mercado, que no rembolse el capital invertido en ella; pero esto no puede ocurrir [...] *con todas las mercancías* (*loc. cit.,* pp. 341-342).

El que estas producciones acrecentadas, y la consiguiente demanda que ocasionan, disminuya o no las ganancias, depende sólo del aumento del salario; y este aumento, salvo durante un período limitado, de la facilidad de la producción de alimentos y medios de subsistencia para el trabajador (*loc. cit.,* p. 343).

Cuando los comerciantes invierten sus capitales en el comercio exterior, o en el comercio del transporte, siempre es por elección, y nunca por necesidad; es porque en ese comercio sus ganancias serán un tanto mayores que en el comercio interno de su país (*loc. cit.,* p. 344).

Por lo que se refiere a las crisis, todos los autores que describen el movimiento real de los precios, o todos los expertos que escriben en la situación concreta de una crisis, tuvieron razón al prescindir del parloteo presuntamente teórico, y al conformarse con la idea de que lo que puede ser cierto en teoría abstracta —a saber, que no es posible un abarrotamiento del mercado, etcétera— es, sin embargo, erróneo en la práctica. La constante repetición de las crisis ha reducido en rigor el galimatías de Say y otros a una fraseología que ahora sólo se usa en tiempos de prosperidad, pero que se deja a un lado en épocas de crisis.

109

En las crisis del mercado mundial se revelan en forma notable las contradicciones y antagonismos de la producción burguesa. En lugar de investigar la naturaleza de los elementos en pugna que brotan en

la catástrofe, los apologistas se conforman con negar la catástrofe misma y con insistir, frente a su repetición regular y periódica, que si la producción se llevase a cabo de acuerdo con los manuales, las crisis jamás ocurrirían. De tal manera, la apologética consiste en la falsificación de las más simples relaciones económicas, y en especial, en aferrarse al concepto de la unidad frente a la contradicción.

Por ejemplo, si la compra o la venta —o la metamorfosis de las mercancías— representan la unidad de dos procesos, o más bien el movimiento de un proceso a través de dos fases opuestas, y por lo tanto, en esencia, la unidad de estas dos fases, el movimiento es en esencia, y en la misma proporción, la separación de estas dos fases y su independización recíproca. Pero como van juntas, la independencia de los dos aspectos correlacionados *sólo puede mostrarse* por la fuerza como un proceso destructivo. En la crisis afirman su unidad, la unidad de los distintos aspectos. La independencia que estas dos fases vinculadas y complementarias adquieren en relación recíproca queda destruida por la fuerza. De tal manera la crisis manifiesta la unidad de las dos fases que se han independizado entre sí. No habría crisis sin esa unidad interna de factores que en apariencia son indiferentes el uno hacia el otro. Pero no, dice el economista apologético. Como existe esa unidad, no puede haber crisis. Lo cual, a su vez, sólo significa que la unidad de factores contradictorios excluye la contradicción.

Para demostrar que la producción capitalista no puede conducir a crisis generales, se niegan todas sus condiciones y formas distintas, todos sus principios y rasgos específicos; en una palabra, la propia *producción capitalista*. En rigor, se demuestra que si el modo de producción capitalista no se hubiera desarrollado en forma específica, para convertirse en una forma de producción social única, sino que fuese un modo de producción que datara de las etapas más rudimentarias, no existirían sus contradicciones y conflictos peculiares, y así, también su erupción en forma de crisis.

Lo mismo que Say, Ricardo escribe: "Las producciones siempre se compran por producciones o por servicios; el dinero no es más que el medio por el cual se efectúa el intercambio” (*loc. cit.,* p. 341).

110

Aquí, pues, en primer lugar, la *mercancía*, en la cual existe la contradicción entre valor de cambio y valor de uso, se convierte en un simple producto (valor de uso), y por lo tanto el intercambio de

mercancías se transforma en un simple trueque de productos, de simples valores de uso. Éste es un regreso no sólo a la época anterior a la producción capitalista, sino inclusive al período anterior al de la existencia de la producción mercantil simple; y el fenómeno más complicado de la producción capitalista —la crisis mundial del mercado— se niega lisa y llanamente, al negar la primera condición de la producción capitalista, a saber, la de que el producto debe ser una mercancía y por lo tanto expresarse como dinero, y pasar por el proceso de metamorfosis. En lugar de hablar de trabajo asalariado, se usa el término ‘‘servicios”. Esta palabra vuelve a omitir la característica específica del trabajo asalariado y de su uso —a saber, el de que aumenta el valor de las mercancías por las cuales se intercambia, el de que crea plusvalor—, y al hacerlo, omite la relación específica por medio de la cual el dinero y las mercancías se convierten en capital. El "servicio” es trabajo visto sólo como *valor de uso* (cosa que en la producción capitalista es un aspecto colateral), tal como el término “producciones" no expresa la esencia de la mercancía y su contradicción intrínseca. Es coherente, entonces, que el *dinero* se considere nada más que como un intermediario en el intercambio de productos, y no como una forma esencial y necesaria de la existencia de la mercancía que debe manifestarse como valor de cambio, como trabajo social general. Como la conversión de la mercancía en simple valor de uso (producto) borra la esencia del valor de cambio, es también fácil negar, o más bien es necesario negar que el *dinero* sea un aspecto esencial de la mercancía, y que en el proceso de metamorfosis resulte *independiente* de la forma primitiva de la mercancía.

De ese modo, por medio de razonamientos, se borra la existencia de las crisis, al olvidar o negar los primeros elementos de la producción capitalista: la existencia del producto como mercancía, la duplicación de la mercancía en mercancía y dinero, la consiguiente separación que ocurre en el intercambio de mercancías, y por último la relación del dinero o las mercancías con el trabajo asalariado.

De pasada, no son mejores los economistas que (como John Stuart Mill) quieren explicar las crisis por las simples *posibilidades* de crisis que contiene la metamorfosis de las mercancías — tales como la separación entre compra y venta. Esos factores que explican la posibilidad de las crisis, en modo alguno explican su surgimiento real. No explican *por qué* las fases del proceso entran en tal conflicto, que su unidad interna sólo puede afirmarse a través de una crisis, a través de un proceso violento. Esta *separación* aparece en la crisis; es la

forma elemental de ella. *Explicar* la crisis sobre la base de esto, su forma elemental, es explicar la existencia de la crisis mediante la descripción de su forma más abstracta, es decir, explicar la crisis por la crisis.

[111]

> Ricardo dice: "nadie produce como no sea para consumir o vender, y nadie vende si no es con la intención de comprar alguna otra mercancía, que pueda serle de utilidad directa, o que contribuya a la producción futura. Entonces, al producir, se convierte, por fuerza, o en el consumidor de sus propias mercancías, o en el comprador y consumidor de las mercancías de alguna persona. No se supone que, durante mucho tiempo, esté mal informado en cuanto a las mercancías que puede producir para lograr el objetivo que tiene en vista, a saber, la posesión de otras mercancías; y por lo tanto no es probable que produzca continuamente una mercancía por la cual no existe demanda" (*loc. cit.,* pp. 339-340).

Éste es el parloteo infantil de un Say, pero no es digno de Ricardo. En primer lugar, ningún capitalista produce para consumir su producto. Y cuando se habla de la producción capitalista, es justo decir que "nadie produce con vistas a consumir su propio producto", aunque utilice porciones de su producto para el consumo industrial. Pero aquí se trata del consumo privado. Antes se olvidó que el producto es una mercancía. Ahora se olvida inclusive la división social del trabajo. En una situación en que los hombres producen para sí, no existen, en verdad, crisis, pero tampoco hay producción capitalista. Nunca supimos que los antiguos, con su producción esclavista, conocieran las crisis, aunque también los productores individuales, entre los antiguos, caían en bancarrota. La primera parte de la alternativa es una tontería. La segunda, lo mismo. Un hombre que ha producido no tiene la elección de vender o no vender. Debe *vender*. En la crisis surge la situación misma en que no puede vender, o sólo puede hacerlo por debajo del precio de costo, o inclusive tiene que vender con una pérdida positiva. ¿Qué le importa, entonces, o qué nos importa a nosotros que haya producido para vender? El problema que queremos solucionar es el de qué impidió esa buena intención suya.

Además:

él nunca *vende*, como no sea con una intención de *comprar* alguna otra mercancía que le sea de utilidad inmediata, o que pueda contribuir a la producción futura (*loc. cit.,* p. 339).

¡Qué agradable descripción de la situación burguesa! Ricardo inclusive olvida que una persona puede *vender* para *pagar*, y que estas ventas forzosas representan un papel de suma importancia en las crisis. El objetivo inmediato del capitalista al vender es convertir su mercancía, o más bien su capital-mercancía, otra vez en *capital monetario*, y de ese modo *realizar* su ganancia. El consumo —renta— no es en modo alguno el motivo orientador en este proceso, aunque lo es para la persona que sólo vende mercancías para convertirlas en medios de subsistencia. Pero ésta no es la producción capitalista, en la cual la renta aparece como el resultado, y no como el objetivo determinante. Todos *venden* primero para vender, es decir para convertir las mercancías en dinero.

112

Durante la crisis, un hombre puede sentirse muy satisfecho si ha *vendido* sus mercancías sin pensar en seguida en una compra. Por otro lado, si el valor que se realizó quiere volver a usarse como capital, debe pasar por el proceso de reproducción, es decir tiene que intercambiarse por trabajo y mercancías. Pero la crisis es precisamente la fase de perturbación e interrupción del proceso de reproducción. Y esta perturbación no puede explicarse por el hecho de que no ocurra en los momentos en que no exista crisis. No cabe duda de que nadie ‘‘producirá continuamente una mercancía por la cual no hay demanda” (*loc. cit.,* p. 340). Pero nadie habla de una hipótesis tan absurda. Y nada tiene que ver con el problema. El objetivo inmediato de la producción capitalista no es ‘‘la posesión de otros productos”, sino la apropiación de valor, de dinero, de riqueza abstracta.

Aquí las afirmaciones de Ricardo también se basan en la proposición de James Mill sobre el “equilibrio metafísico de compras y ventas” que examiné antes, equilibrio que sólo ve la unidad, pero no la separación en el proceso de compra y venta. De ahí también la afirmación de Ricardo (que sigue a James Mill):

Puede producirse demasiado de *determinada* mercancía, de la cual llegue a haber tal abarrotamiento en el mercado, que no rembolse el capital invertido en ella; pero esto no puede ocurrir con todas las mercancías (*loc. cit.,* pp. 341-342).

El dinero no es sólo "el medio por el cual se efectúa el intercambio” (*loc. cit.,* p. 341), sino al mismo tiempo el medio gracias

al cual el intercambio del producto por producto se divide en dos actos, independientes entre sí y separados en el tiempo y en el espacio. Para Ricardo, sin embargo, esa falsa concepción del dinero se debe al hecho de que se concentra con exclusividad en la determinación cuantitativa del valor de cambio, a saber, que es igual a una cantidad definida de tiempo de trabajo, en tanto que por otro lado, olvida la característica cualitativa, de que el trabajo individual debe presentarse, como trabajo social abstracto, general, sólo por medio de su enajenación.[2]

113

La circunstancia de que sólo *determinadas* mercancías, y no todos los tipos de mercancías puedan formar "un abarrotamiento en el mercado'', y que por lo tanto la sobreproducción sólo puede ser siempre parcial, es un pobre recurso para salir del paso. En primer lugar, si sólo consideramos la naturaleza de la mercancía, nada hay que impida que *todas las mercancías* sobreabunden en el mercado, y que por lo tanto todas desciendan por debajo de su precio. Aquí sólo nos interesa el factor de la crisis. Es decir que todas las mercancías, aparte del *dinero* [pueden existir en excesiva abundancia], [La proposición] de que la mercancía debe convertirse en dinero sólo significa que: *todas* las mercancías deben hacerlo. Y así como la dificultad de pasar por esa metamorfosis existe para una mercancía, así también puede existir para todas ellas. La naturaleza general de la metamorfosis de las mercancías —que incluye la separación de la compra y la venta, tal como incluye su unidad— en lugar de excluir la *posibilidad* de un abarrotamiento general, contiene, por el contrario, la posibilidad de un abarrotamiento general.

Los tipos de razonamiento de Ricardo, y otros similares, se basan, además, no sólo en la relación de *compra y venta*, sino también en la de *demanda y oferta*, que sólo debemos examinar cuando consideremos la competencia de los capitales. Como dice Mill, la compra es venta, etc., y por lo tanto la demanda es oferta, y la oferta demanda. Pero también se separan y pueden independizarse una de otra. En determinado momento, la oferta de todas las mercancías puede ser mayor que la demanda de todas ellas, ya que la demanda de la *mercancía general*, el dinero, el valor de cambio, es mayor que la de todas las mercancías por separado; en otras palabras, el motivo para convertir la mercancía en dinero, para realizar su valor de

[2] (El hecho de que Ricardo [considere] el dinero nada más que como un *medio de circulación* es sinónimo de su consideración del *valor de cambio* como una simple forma transitoria, y en general, como algo puramente formal en la producción burguesa o capitalista, que, por consiguiente, no es para él un modo definido y específico de producción, sino nada más que el modo de producción.)

cambio, predomina sobre el motivo para volver a convertir la mercancía en valor de uso.

Si la relación entre demanda y oferta se toma en un sentido más amplio y concreto, entonces también abarca la relación de *producción* y *consumo*. Aquí, una vez más, la *unidad* de estas dos fases, que existe y que se afirma con energía durante las crisis, debe verse como opuesta a la *separación* y *antagonismo* de dichas fases, separación y antagonismo que existen igualmente, y que además son típicas de la producción burguesa.

Con respecto a la contradicción entre sobreproducción parcial y universal, en la medida en que la existencia de la primera se afirma para eludir la segunda, puede hacerse la siguiente observación:

114

Primero: por lo común las crisis van precedidas por una inflación general en los precios de todos los artículos de la producción capitalista. Por lo tanto, todos ellos participan en el *krach* posterior, y a sus precios anteriores provocan un atascamiento en el mercado. Éste puede absorber un volumen de mercancías a precios en descenso, a precios que han descendido por debajo de sus precios de costo, mayor de lo que podría absorber en sus precios anteriores. El excedente de mercancías es siempre relativo; en otras palabras, es un excedente a precios determinados. Los precios en que las mercancías se absorben entonces son ruinosos para el productor o el comerciante.

Segundo: Para que una crisis (y por lo tanto también para que la sobreproducción) sea general, basta con que afecte a los principales productos comerciales.

[LA ERRÓNEA CONCEPCIÓN DE RICARDO SOBRE LA RELACIÓN ENTRE LA PRODUCCIÓN Y EL CONSUMO BAJO EL CAPITALISMO]

Veamos más de cerca cómo trata Ricardo de negar la posibilidad de un atascamiento general en el mercado:

Puede producirse demasiado de determinada mercancía, de la cual llegue a haber tal abarrotamiento en el mercado, que no rembolse el capital invertido en ella; pero esto no puede ocurrir con todas las mercancías; la demanda de trigo está limitada por las bocas que podrían comerlo; la de zapatos y chaquetas, por las personas que los usarán; pero aunque una comunidad, o

una parte de ella, tenga tanto trigo, y tantos sombreros y zapatos como puede o desea consumir, *no puede decirse lo mismo de todas las mercancías producidas par la naturaleza o el arte.* Algunos consumirán más vino, si consiguen obtenerlo. Otros, que tienen suficiente vino, desearán aumentar la cantidad o mejorar la calidad de sus muebles. Otros querrían adornar sus jardines o ampliar sus casas. El deseo de hacer todas o algunas de estas cosas se encuentra arraigado en el pecho de cada hombre; *nada hace falta, salvo los medios, y nada puede otorgar los medios, sino un aumento de la producción* (*loc. cit.,* pp. 341-342).

¿Puede haber un argumento más infantil? Dice lo siguiente: se puede producir determinada mercancía en mayor cantidad de la que es posible consumir; pero esto no rige para todas las mercancías al mismo tiempo. Porque las necesidades, que las mercancías satisfacen, no tienen límites, y todas esas necesidades no se satisfacen al mismo tiempo. Por el contrario. La satisfacción de una necesidad hace que otra se vuelva latente, por decirlo así. De tal modo, no hace falta otra cosa que los medios para satisfacer dichas necesidades, y esos medios sólo pueden obtenerse por un aumento de la producción. Por lo tanto, no es posible una sobreproducción.

115

¿Cuál es el objetivo de todo esto? En períodos de sobreproducción, una gran parte de la nación (en especial la clase trabajadora) está menos abastecida que nunca en materia de trigo, zapatos, etc., para no hablar del lino y los muebles. Si la sobreproducción sólo puede ocurrir cuando todos los miembros de una nación han satisfecho inclusive sus necesidades más urgentes, jamás podría existir, en la historia de la sociedad burguesa hasta ahora, un estado de sobreproducción general, o aun de sobreproducción parcial. Por ejemplo, cuando el mercado está abarrotado de zapatos o percales o vinos o productos coloniales, ¿significa esto, tal vez, que cuatro sextos de la nación han satisfecho con exceso sus necesidades de zapatos, percales, etc.? En definitiva, ¿qué tiene que ver la sobreproducción con las necesidades absolutas? Sólo tienen que ver con la demanda respaldada por la capacidad de pago. No se trata de sobreproducción absoluta —de la sobreproducción como tal, en relación con la necesidad o el deseo absoluto de poseer mercancías. En este sentido, no existe una sobreproducción parcial ni una general; y la una no se opone a la otra.

Pero —dirá Ricardo— cuando hay muchas personas que quieren zapatos, percales, ¿por qué no obtienen los medios para adquirirlos, mediante la producción de algo que les permita comprar zapatos y

percales? Sería más sencillo decir: ¿por qué no producen zapatos y percales por sí mismos? Un aspecto más extraño aún de la sobreproducción es el de que los trabajadores, los productores reales de las mercancías mismas que abarrotan el mercado, necesitan esas mercancías. Aquí no puede decirse que deban producir cosas para obtenerlas, pues las han producido y sin embargo no las poseen. Tampoco puede decirse que determinada mercancía abarrota el mercado porque nadie la necesita. En consecuencia, si inclusive resulta imposible explicar que la sobreproducción *parcial* surge porque la demanda de las mercancías que atascan el mercado ha quedado satisfecha con mucho, es imposible desde todo punto de vista explicar la sobreproducción *universal* mediante la declaración de que las necesidades, las necesidades insatisfechas, existen en lo referente a muchas de las mercancías que se encuentran en el mercado.

Atengámonos al ejemplo del tejedor de percal. Mientras la reproducción continuaba sin interrupciones —y por lo tanto también la fase de esa reproducción en la cual el producto existente como mercancía vendible, el percal, se reconvertía en dinero, en su valor—, los trabajadores que producían el percal también consumían parte de él, y con la expansión de la reproducción, es decir, con la acumulación, lo consumían en mayor medida, o también más trabajadores se empleaban en la producción de percal, y también consumían parte de él.

116

[*LA CRISIS, QUE ERA UNA CONTINGENCIA, SE CONVIERTE EN UNA CERTIDUMBRE. LA CRISIS COMO MANIFESTACIÓN DE TODAS LAS CONTRADICCIONES DE LA ECONOMÍA BURGUESA*]

Ahora, antes de seguir adelante, debemos decir lo siguiente:

La *posibilidad* de crisis, que se hacía evidente en la *metamorfosis simple* de la mercancía, queda demostrada una vez más, y más desarrollada, por la discrepancia entre el proceso de producción (directo) y el proceso de circulación. En cuanto estos procesos no se fusionan entre sí, sino que se independizan, surge la crisis.

La posibilidad de la crisis la indica la metamorfosis de la mercancía, de la siguiente manera:

En primer término, la mercancía que existe en la realidad como

valor de uso, y en términos nominales, en su precio, como valor de cambio, debe convertirse en dinero. M — D. Si esta dificultad, la venta, se soluciona, entonces la compra, D — M, no ofrece dificultades, ya que el dinero se intercambia en forma directa por cualquier otra cosa. El valor de uso de la mercancía, la utilidad del trabajo que contiene, debe suponerse desde el comienzo, pues de lo contrario no es una mercancía. Además se supone que el valor individual de la mercancía es igual a su valor social, es decir, que el tiempo de trabajo materializado en ella es igual al socialmente *necesario* para la producción de dicha mercancía. La posibilidad de una crisis, en la medida en que aparece en la simple forma de la metamorfosis, sólo surge, pues, del hecho de que las diferencias de forma —las fases— que atraviesa a lo largo de su recorrido son, en primer lugar necesariamente complementarias, y en segundo término, a pesar de esa correlación intrínseca y necesaria, son partes y formas distintas del proceso, independientes entre sí, divergentes en el tiempo y en el espacio, separables y separadas la una de la otra. Por consiguiente, la posibilidad de la crisis reside sólo en la separación de la venta y la compra. Así, pues, sólo en la forma de mercancía tiene que pasar aquí la mercancía por esta dificultad. En cuanto adopta la forma de dinero, ya superó la dificultad. Pero luego esto también se resuelve en la separación de la venta y la compra. Si la mercancía no pudiera retirarse de la circulación en forma de dinero, o si no pudiese postergarse su reconversión en mercancía —como en el caso del trueque directo—, si la compra y la venta coincidieran, desaparecería, según la hipótesis, la *posibilidad* de la crisis. Pues se supone que la mercancía representa un valor de uso para otros dueños de mercancías. En la forma de trueque directo, la mercancía no es intercambiable, sólo cuando carece de valor de uso o cuando no hay otros valores de uso, del otro lado, que puedan cambiarse por ella; por lo tanto, sólo en estas dos condiciones: o bien si un lado produjo cosas inútiles, o bien si el otro no tiene nada útil que intercambiar como equivalente por el primer valor de uso. Pero en ambos casos no podría existir intercambio alguno. Pero en la medida en que se produce el intercambio, sus fases no se separarán. El comprador será el vendedor, y éste será el comprador. La etapa crítica, que surge de la forma del intercambio —en la medida en que es circulación—, dejará, pues, de existir. Y si decimos que la simple forma de la metamorfosis abarca la posibilidad de la crisis, sólo decimos que en esa forma misma reside la posibilidad de la ruptura y separación de fases en esencia complementarias.

Pero esto rige también para el contenido. En el trueque directo, el productor destina el grueso de la producción a satisfacer sus propias necesidades, o, cuando la división del trabajo está más desarrollada, a satisfacer las de los otros productores, necesidades que él conoce. Lo que se intercambia como mercancía es el excedente, y carece de importancia que se lo intercambie o no. En la *producción de mercancías*, la conversión del producto en dinero, la venta, es una *conditio sine qua non*. No hay producción directa para las necesidades personales. La crisis es el resultado de la imposibilidad de vender. La dificultad de trasformar la *mercancía* —el producto especial del trabajo individual— en su contrario, el dinero, es decir, el trabajo social general y abstracto, reside en el hecho de que el *dinero* no es el producto particular del trabajo individual, y que la persona que efectúa una venta, y que por lo tanto posee mercancías en forma de dinero, no está obligada a comprar otra vez, en seguida, a volver a convertir el dinero en un producto particular del trabajo individual. En el trueque esta contradicción no existe: nadie puede ser vendedor sin ser comprador, o comprador sin ser vendedor. La dificultad del vendedor —en la hipótesis de que su mercancía posee valor de uso— sólo surge de la facilidad con que el comprador puede postergar la reconversión del dinero en mercancía. La dificultad de convertir la mercancía en dinero, de venderla, sólo nace del hecho de que la mercancía debe convertirse en dinero, pero que el dinero no tiene por qué ser convertido en seguida en mercancía, y por lo tanto la *venta* y la *compra* pueden separarse. Hemos dicho que esta forma contiene la *posibilidad de la crisis*, es decir, la posibilidad de que elementos correlacionados, que son inseparables, se separen y luego se reúnan por la fuerza y que su coherencia se afirme con violencia, en contra de su independencia mutua. La crisis no es otra cosa que la afirmación, por la fuerza, de la unidad de fases del proceso de producción, que se han independizado entre sí.

La posibilidad abstracta, general, de la crisis, no denota otra cosa que la *forma más abstracta de la crisis*, sin contenido, sin un factor motor e impulsor. La venta y la compra pueden separarse. De tal manera representan una crisis en potencia, y su coincidencia siempre sigue siendo un factor crítico para la mercancía. Pero la transición de una a otra puede hacerse sin dificultades. La *forma más abstracta de crisis* (y por lo tanto la posibilidad formal de ésta) es, entonces, la *metamorfosis de la propia mercancía*; la contradicción de valor de cambio y valor de uso, y más aún, del dinero y la mercancía, contenida en la unidad de la mercancía, sólo existe en las

metamorfosis como un movimiento complicado. Los factores que convierten esta posibilidad de crisis en una crisis [real] no se encuentran contenidos en la forma misma; ésta sólo implica que existe el *marco* para una crisis.

Y en una consideración de la economía burguesa, eso es lo importante. Las crisis del comercio mundial deben considerarse como la verdadera concentración y ajuste forzados de las contradicciones de la economía burguesa. Los factores individuales condensados en estas crisis deben, entonces, surgir, y tienen que describirse en cada esfera de la economía burguesa, y cuanto más avanzamos en nuestro estudio de esta última, más son los aspectos de dicho conflicto que es preciso rastrear, por un lado, y por el otro lado hay que mostrar que sus formas más abstractas se repiten y están contenidas en las formas más concretas.

En consecuencia se puede decir que la crisis, en su primera forma, es la metamorfosis de la propia mercancía, la separación de la compra y la venta.

La crisis, en su segunda forma, es la función del dinero como medio de pago, en el cual el dinero tiene dos funciones distintas y figura en dos fases diferentes, separadas entre sí en el tiempo. Ambas formas son todavía abstractas, aunque la segunda es más concreta que la primera.

Para empezar, entonces, a considerar el *proceso de reproducción* del capital (que coincide con su circulación) es necesario mostrar que las formas precedentes no hacen más que repetirse, o más bien, que sólo aquí reciben un contenido, una base sobre la cual manifestarse.

Observemos el movimiento del capital desde el momento en que abandona el proceso de producción como mercancía, para volver a surgir de él como mercancía. Si aquí nos abstraemos de todos los otros factores que determinan su contenido, el capital mercantil total y cada una de las mercancías de que se compone deben pasar por el proceso M — D — M, la metamorfosis de la mercancía. La posibilidad general de la crisis, contenida en esta forma —la separación de la compra y la venta— se encuentra, pues, contenida en el movimiento del capital, en la medida en que este último es también una mercancía, y nada más que mercancía. De la interrelación de la metamorfosis de las mercancías se sigue, además, que una de éstas se convierte en dinero porque otra se reconvierte de la forma de dinero en mercancía. Por otro lado, la separación de la compra y la venta aparece aquí de tal modo, que la trasformación de un capital, de la

forma-mercancía en la forma-dinero, debe corresponder a la reconversión del otro capital, de la forma-dinero en la forma-mercancía. La primera metamorfosis de un capital tiene que corresponder a la segunda del otro; un capital abandona el proceso de producción cuando el otro vuelve a él. Este entrelazamiento y fusión de los procesos de reproducción o circulación de distintos capitales lo impone, por un lado, la división del trabajo, y por el otro es accidental, y de tal modo, la definición del contenido de la crisis ya es más completa.

Pero en segundo término, en lo que se refiere a la posibilidad de crisis que surjan de la forma-dinero como *medio de pago*, se advierte que el capital puede ofrecer una base mucho más concreta para convertir esta posibilidad en realidad. Por ejemplo, el tejedor debe pagar el total del capital constante cuyos elementos produjeron el hilandero, el cultivador de lino, el constructor de máquinas, el productor de hierro y madera, el productor de carbón, etc. En la medida en que estos últimos producen capital constante que sólo entra en la producción de capital constante, sin entrar en la tela, la mercancía final, se reponen unos a otros los medios de producción a través del intercambio de capital. Supongamos que el tejedor vende ahora la tela en £ 1.000 al *comerciante*, pero por una letra de cambio, de modo que el dinero figura como *medio de pago*. El tejedor, por su parte, entrega la letra de cambio *al banquero*, a quien, de este modo, puede estar pagando una deuda o, por otra parte, puede negociar la letra en su nombre. El cultivador de lino vendió al hilandero contra una letra de cambio, el hilandero al tejedor, lo mismo el fabricante de máquinas al tejedor, lo mismo el productor de hierro y madera al fabricante de máquinas, lo mismo el productor de carbón al hilandero, tejedor, fabricante de máquinas, abastecedor de hierro y madera. Además, los productores de hierro, carbón, madera y lino se pagaron entre sí con letras de cambio. Ahora bien, si el comerciante no paga, el tejedor no puede pagar su letra de cambio al banquero.

El cultivador de lino gira contra el hilandero, el fabricante de máquinas contra el tejedor y el hilandero. Este último no puede pagar porque el tejedor no paga, ninguno de ellos paga al fabricante de máquinas, y este último no paga al abastecedor de hierro, madera o carbón. Y todos ellos, a su vez, no pueden realizar el valor de sus mercancías, y por lo tanto no pueden reponer la porción de valor que debe reponer su capital constante. Así nace la crisis general. Esto no es otra cosa que la *posibilidad de crisis* descrita cuando estudiábamos el dinero como medio de pago; pero aquí —en la producción

capitalista— ya podemos observar la relación entre los créditos y las obligaciones mutuos, las ventas y compras, gracias a las cuales la posibilidad puede convertirse en realidad.

Sea como fuere; la compra y la venta no se atascan, y por lo tanto no exigen un ajuste forzoso —y por otro lado el dinero, como medio de pago, funciona de tal manera, que los créditos se cancelan mutuamente, con lo cual no se realiza la contradicción intrínseca en el dinero como medio de pago—; entonces, si ninguna de estas dos formas de crisis abstracta se vuelve real, no hay crisis. No hay crisis a menos de que la venta y la compra se separen entre sí y entren en conflicto, o de que entren en juego las contradicciones contenidas en el dinero como medio de pago. La crisis, pues, no puede existir sin manifestarse al mismo tiempo en su forma simple, como la contradicción entre la venta y la compra, y la contradicción del dinero como medio de pago. Pero éstas son nada más que *formas*, posibilidades generales de crisis, y también, entonces, formas abstractas de crisis real. En ellas, la naturaleza de la crisis se presenta en sus formas más simples, y en la medida en que esta forma es por sí misma el contenido más simple de la crisis, en su contenido más simple. Pero el contenido todavía no está *estabilizado*. Son posibles la simple circulación del dinero, e inclusive su circulación como medio de pago —y ambas nacen mucho antes que la producción capitalista, mientras todavía no hay crisis—, y en verdad ocurren sin crisis. Por lo tanto, estas formas, por si solas, no explican por qué se destaca su aspecto crucial y por qué la contradicción potencial contenida en ellas se convierte en una contradicción real.

Esto muestra cuán insípidos son los economistas que, cuando ya no pueden explicar el fenómeno de la sobreproducción y las crisis, se contentan con decir que estas formas contienen la posibilidad de *crisis*, que por lo tanto es *accidental* que las crisis ocurran o no, y, en consecuencia, que su aparición es, por sí misma, nada más que una *obra del azar*.

Las contradicciones intrínsecas de la circulación de mercancías, que se desarrollan aún más en la circulación del dinero —y así, también, las posibilidades de crisis—, se reproducen, de manera mecánica, en el capital, ya que la circulación desarrollada de las mercancías y del dinero, en rigor, sólo ocurre sobre la base del capital.

Pero ahora es preciso rastrear el desarrollo posterior de las crisis potenciales —la crisis real sólo puede imponerse a partir del movimiento real de la producción capitalista, de la competencia y el

crédito—, en la medida en que las crisis surgen de los aspectos especiales del capital, *peculiares* a él como capital, y no sólo contenidos en su existencia como mercancía y dinero.

El simple *proceso* (directo) de *producción* del capital en sí mismo, nada nuevo puede agregar en este contexto. Para existir, sus condiciones se presuponen. La primera sección que trata del capital —el proceso de producción *directo*— no contribuye con ningún nuevo elemento de crisis. Y sin embargo, *contiene* tal elemento, porque el proceso de producción implica apropiación, y por lo tanto producción de plusvalor. Pero esto no puede mostrarse cuando se trata del propio proceso de producción, pues éste nada tiene ver con la *realización*, ya sea del valor reproducido o del plusvalor.

Esto sólo puede surgir en el *proceso de circulación*, que también es, en sí mismo, un *proceso de reproducción*.

Además, es necesario describir el proceso de circulación o reproducción *antes* de encarar el capital ya existente —*capital y ganancia*—, pues debemos explicar, no sólo cómo produce el capital, sino, además, cómo se produce éste. Pero el movimiento real parte del capital existente —es decir que el movimiento real denota la producción capitalista desarrollada, que parte de su propia base y la presupone. El proceso de reproducción y la predisposición a la crisis que se desarrolla en él son, pues, descritos sólo en parte en este rubro, y exigen una mayor elaboración en el capítulo sobre ‘‘*capital y ganancia*".

El proceso de circulación en su conjunto, o el de reproducción del capital en su conjunto, es la unidad de su fase de producción y de la de circulación, de modo que abarca ambos procesos o fases. En ello reside una nueva posibilidad desarrollada o forma abstracta de crisis. Los economistas que niegan las crisis afirman, entonces, sólo la unidad de las dos fases. Si sólo estuviesen separadas, sin ser una unidad, su unidad no podría establecerse por la fuerza, y no habría crisis. Si sólo fuesen una unidad, sin estar separadas, no habría separación violenta que implicase una crisis. La crisis es el establecimiento forzado de la unidad entre elementos que se han independizado, y la separación forzada, el uno del otro, de elementos que en esencia son uno sólo.

[*SOBRE LAS FORMAS DE CRISIS*]

Por lo tanto:

1. La *posibilidad* general de crisis está dada en el proceso de *metamorfosis del propio capital*, y de dos maneras: en la medida en que el dinero funciona como *medio de circulación*, [la posibilidad de la crisis reside en] la separación *de la compra y la venta*; y en la medida en que el dinero funciona como *medio de pago*, tiene dos aspectos distintos, actúa como *medida de valor* y *como realización del valor.* Estos dos aspectos [pueden] separarse. Si *en el intervalo* entre ellos el valor ha cambiado, si la mercancía, en el momento de su venta, no vale lo que valía en el momento en que el dinero actuaba como medida del valor, y por lo tanto como medida de obligaciones recíprocas, entonces la obligación no puede satisfacerse con el *importe de la venta de la mercancía*, y por lo tanto no puede saldarse toda la serie de transacciones que en forma retroactiva depende de esa transacción única. Si, inclusive durante un período de tiempo limitado la mercancía no puede venderse, entonces, aunque su valor no se modificó, el dinero no puede funcionar como medio de pago, ya que debe funcionar como tal en determinado período de tiempo. Pero como la misma suma de dinero actúa en toda una serie de transacciones y obligaciones recíprocas, aquí la incapacidad de pagar se da, no sólo en un punto, sino en muchos, y por lo tanto surge una crisis.

122

Éstas son las *posibilidades formales* de crisis. La forma que se menciona primero es posible sin la segunda —es decir que las crisis son posibles sin crédito, sin que el dinero funcione como medio de pago. Pero la segunda forma no es posible *sin la primera* —es decir sin la separación entre la compra y la venta.

Pero en este último caso, la crisis ocurre no sólo porque la mercancía es invendible, sino porque no es vendible en *determinado periodo de tiempo*, y la crisis surge y deriva su carácter, no sólo de la *invendibilidad* de la mercancía, sino del *incumplimiento de toda una serie de pagos* que dependen de la venta de esa mercancía en ese período. Ésta es la *forma característica de las crisis monetarias*.

Por lo tanto, si la crisis aparece porque la compra y la venta se separan, se convierte en una crisis monetaria, en cuanto el dinero se ha desarrollado como *medio de pago*, y esta *segunda forma* de crisis sigue, como cosa normal, cuando *ocurre la primera*. Al investigar por qué la *posibilidad* general de *crisis* se convierte en una crisis real, al

investigar las *condiciones* de la crisis, resulta entonces superfluo ocuparse de las *formas* de crisis que nacen del desarrollo del dinero como *medio de pago*. Precisamente por eso les agrada a los economistas sugerir que esta forma *evidente* es la *causa* de las crisis. (En la medida en que el desarrollo del dinero como medio de pago se vincula al desarrollo del crédito y del *exceso de crédito*, hay que examinar las causas de estos últimos, pero éste no es todavía el lugar para hacerlo.)

2. En la medida en que las crisis nacen de *cambios en los precios y revoluciones en éstos*, que no coinciden con los cambios en los valores de las mercancías, es natural que no se los pueda investigar durante el estudio del capital en general, en el cual los precios de las mercancías se suponen idénticos a los *valores* de las mercancías.

3. La *posibilidad* general de la crisis es la *metamorfosis* formal del capital mismo, la separación, en el tiempo y el espacio, de la compra y la venta. Pero ésta nunca es la *causa* de la crisis. Pues no es otra cosa que la *forma más general de crisis*, es decir, la crisis misma en su expresión más generalizada. Pero no puede decirse que la *forma abstracta de la crisis sea la causa de ésta*. Si se pregunta cuál es su causa, se quiere saber por qué su *forma abstracta*, la forma de su posibilidad, se convierte de posibilidad en *realidad*.

123

4. Las *condiciones generales* de las crisis, en la medida en que son independientes de las *fluctuaciones de los precios* (ya sea que se vinculen o no con el sistema de créditos), como cosas distintas de las fluctuaciones en el valor, deben ser explicables a partir de las condiciones generales de la producción capitalista.

(Una crisis puede surgir: 1] durante la *reconversión* [del dinero] en *capital productivo*; 2] por cambios en el -valor de los elementos de capital productivo, en especial de las *materias primas*; por ejemplo, cuando hay una disminución de la cantidad de algodón cosechado. Entonces su *valor* asciende. Todavía no nos ocupamos aquí de los precios, sino de los *valores*.)

Primera fase. Se supone un nivel definido de *producción* o *reproducción*. Aquí puede considerarse dado el capital fijo, como una suma invariable y que no entra en el *proceso de creación del valor*. Como la reproducción de la materia prima no depende sólo del trabajo empleado en ella, sino de la productividad de dicho trabajo, unida a las *condiciones naturales*, es posible que el volumen, la *masa* del producto de la *misma* cantidad de trabajo, descienda (como resultado de malas *cosechas*). *Por lo tanto aumenta el valor de las*

materias primas; disminuye su *volumen*, o, en otras palabras, quedan trastornadas las *proporciones* en que el dinero debe reconvertirse en las *distintas partes componentes del capital* para continuar la producción en la escala anterior. Hay que invertir más en *materias primas*, queda menos para el *trabajo*, y no es posible absorber la misma cantidad de trabajo que antes. En primer lugar, esto es *físicamente imposible* debido a la falta de materias primas. *En segundo término,* es imposible porque una mayor *porción del valor del producto* debe convertirse en materia prima, con lo cual deja menos para la conversión en *capital variable*. La reproducción no puede *repetirse* en la misma escala. Una parte del *capital fijo* queda ociosa, y una parte de los obreros se ve lanzada a la calle. La *tasa de ganancia* se reduce porque el valor del capital constante se ha elevado en comparación con el capital variable, y se emplea un menor volumen de éste. Los tributos fijos —interés, renta del suelo—, que se basaban en la anticipación de una tasa de ganancia *constante* y en la explotación del trabajo, se mantienen iguales, y en parte *no es posible pagarlos*. De ahí la *crisis*. Crisis del trabajo y crisis del capital. Ésta es, entonces, una *perturbación en el proceso de reproducción* debida al aumento del valor de la parte del capital constante que debe reponerse con el valor del producto. Lo que es más, aunque la *tasa de ganancia* disminuye, hay un *aumento en el precio del producto*. Si este producto entra en otras esferas de producción como medio de producción, el alza de su precio provocará la misma perturbación de la *reproducción* en esas esferas. Si entra en el consumo general como medio de subsistencia, o bien entra también en el *consumo de los trabajadores*, o *no entra*. Si lo hace, sus efectos serán los mismos que los de una perturbación en el *capital variable*, de la cual hablaremos más adelante. Pero en la medida en que entra en el *consumo general* puede provocar (si su consumo no se reduce) una *demanda* disminuida de otros productos, y en consecuencia *impedir su reconversión* en dinero por su valor, con lo cual perturba el *otro aspecto* de su reproducción —no la *reconversión del dinero* en capital productivo, sino la *reconversión* de las mercancías en dinero. Sea como fuere, el *volumen de las ganancias* y el *de los salarios* se reduce en esa rama de la producción, con lo cual disminuye una *parte de los ingresos necesarios* para la venta de mercancías de otras ramas de producción.

124

Sin embargo, esa *escasez de materias* primas puede ocurrir, no sólo debido a la *influencia de las cosechas* o de la *productividad natural* del trabajo que suministra las materias primas. Porque si se

invierte una *porción excesiva del plusvalor*, *del capital adicional*, en maquinaria, etc., en determinada rama de la producción, aunque la materia prima resultara suficiente para el *antiguo nivel de producción*, será insuficiente para el nuevo. Esto surge, entonces, de la conversión *desproporcionada* de capital adicional en sus diversos elementos. Es un caso de *sobreproducción de capital fijo*, y provoca exactamente los mismos fenómenos que ocurren en el primer caso.

[...].*

* En el manuscrito, la esquina superior de la izquierda ha sido arrancada. Por consiguiente, de las nueve primeras líneas del texto, sólo se conservan los extremos de la derecha de seis líneas. Esto no permite reproducir aquí el texto completo, pero sí suponer que Marx habla de crisis que surgen "de [la] revolución en el valor del capital variable”. El "precio acrecentado de los medios de subsistencia necesarios", provocado, por ejemplo, por una mala cosecha, lleva a un aumento del costo para los trabajadores "puestos en movimiento poT el capital variable”. “Al mismo tiempo, este aumento” provoca un descenso en la demanda de "todas las otras mercancías que no entran en el consumo” de los trabajadores. En consecuencia, resulta imposible "vender las mercancías en su valor; se interrumpe la primera fase de su reproducción”, la trasformación de la mercancía en dinero. El aumento de precio de los medios de subsistencia conduce, así, a la "crisis en otras ramas” de la producción.

Las dos últimas líneas de la parte dañada de la página parecen resumir esta serie de razonamientos, cuando dicen que las crisis pueden nacer como resultado de un aumento de precio de las materias primas, "ya sea que estas materias primas entren como tales en el capital constante, o como medios de subsistencia" en el consumo de los trabajadores. [E.]

O ellas [las crisis] se deben a una *sobreproducción de capital fijo*, y por lo tanto a una subproducción relativa de capital circulante.

Dado que el capital fijo, como el circulante, está compuesto de mercancías, es ridículo que los mismos economistas que admiten la *sobreproducción de capital fijo* nieguen la *sobreproducción de mercancías.*

125

5. *Crisis que surgen de las perturbaciones en la primera fase de la reproducción:* es decir, conversión interrumpida de mercancías en dinero, o *interrupción de ventas*. En el caso de las crisis de la primera clase [que resultan del aumento del precio de las materias primas], la crisis nace de las interrupciones en el *reflujo* de los elementos del capital productivo.

[CONTRADICCIONES ENTRE LA PRODUCCIÓN Y EL CONSUMO BAJO EL CAPITALISMO. LA SOBREPRODUCCIÓN DE LOS PRINCIPALES PRODUCTOS DE CONSUMO SE CONVIERTE EN SOBREPRODUCCIÓN CENERAL]

Antes de embarcarnos en una investigación de las nuevas formas

de crisis, resumiremos nuestra consideración de Ricardo, y el ejemplo precedente.

Mientras el dueño de la fábrica textil reproduzca y acumule, también sus obreros compran una parte de su producto, invierten una porción de sus salarios en percal. Como producen, tienen los medios para comprar una parte de su producto, y así, en cierta medida, le ofrecen los medios de venderlo. El trabajador sólo puede comprar —sólo puede representar una demanda de— mercancías que integran el consumo individual, pues él mismo no puede valorizar su trabajo, ni posee por su cuenta los medios para hacerlo, los instrumentos y materiales del trabajo. Por lo tanto, esto ya excluye a la mayoría de los productores, los propios trabajadores, como consumidores, compradores [de muchas mercancías], donde predomina la producción capitalista. No compran materias primas ni instrumentos de trabajo; sólo compran medios de subsistencia, mercancías que entran de manera directa en el consumo individual. Por lo tanto, nada es más ridículo que hablar de la identidad de productores y consumidores, ya que para una enorme cantidad de ramas de producción —todas las que no suministran artículos para el consumo directo—, la masa de quienes participan en la producción está excluida por completo de la *compra* de sus propios productos. Nunca son consumidores o compradores *directos* de esa gran parte de sus propios productos, aunque pagan una porción del valor de éstos en los artículos de consumo que compran. Ello también muestra la ambigüedad de la palabra consumidor, y lo erróneo que es identificarla con la palabra comprador. Por lo que se refiere al consumo industrial, son precisamente los trabajadores quienes consumen maquinarias y materias primas, y las usan en el proceso de trabajo. Pero no las usan para sí, y por lo tanto no son *compradores* de ellas. Las máquinas y las materias primas no son para ellos valores de uso ni mercancías, sino condiciones objetivas de un proceso en el cual ellos mismos son las condiciones subjetivas.

126

Pero se puede decir que su empleador los representa en la compra de medios de producción y materias primas. Los representa, empero, en condiciones distintas a aquellas en las cuales ellos mismos se representarían en el mercado. Tiene que vender una cantidad de mercancías que representan plusvalor, trabajo impago. Ellos [los trabajadores] sólo deberían vender la cantidad de mercancías que reprodujesen el valor anticipado en la producción, el valor de los medios de producción, de las materias primas y de los salarios. Por lo tanto necesita un mercado más amplio que ellos. Además, depende

de él, y no de ellos, el que considere las condiciones del mercado lo bastante favorables como para iniciar la reproducción.

Por lo tanto hay productores que no son consumidores —inclusive cuando no ocurre una interrupción en el proceso de reproducción— en relación con todos los artículos que deben consumirse, no individual, sino industrialmente.

En consecuencia, nada es más absurdo, como medio de negar las crisis, que la afirmación de que los consumidores (compradores) y productores (vendedores) son idénticos en la producción capitalista. Son categorías en todo sentido distintas. En la medida en que se desarrolla el proceso de reproducción, esta identidad sólo puede afirmarse para uno de cada 3.000 productores, a saber, el capitalista. Por otro lado, también es erróneo decir que los consumidores son productores. El terrateniente no produce (renta del suelo) y sin embargo consume. Lo mismo rige para todos los intereses monetarios.

Las frases apologéticas utilizadas para negar las crisis son importantes en la medida en que siempre demuestran lo contrario de lo que pretenden demostrar. Para negar las crisis, afirman la unidad cuando hay conflicto y contradicción. Por lo tanto son importantes en la medida en que se puede decir que demuestran que no habría crisis si las contradicciones que han borrado con su imaginación no existieran en los hechos. Pero en la realidad las crisis existen porque existen esas contradicciones. Cada una de las razones que postulan contra las crisis es una contradicción exorcizada, y por lo tanto, una contradicción verdadera, que puede provocar crisis. El deseo de convencerse de la inexistencia de las contradicciones es al mismo tiempo la expresión de un piadoso deseo de que las contradicciones, que en verdad están presentes, no existan.

En rigor, lo que los obreros producen es plusvalor. Mientras lo producen, están en condiciones de consumir. En cuanto dejan [de producirlo], se interrumpe su consumo, porque se interrumpe su producción. Pero el hecho de que puedan consumir no se debe en manera alguna a que hayan producido un equivalente de su consumo. Por el contrario, en cuanto dejan de producir nada más que ese equivalente, su consumo se interrumpe, no tienen equivalente que consumir. Su trabajo se interrumpe o se reduce, o en el mejor de los casos desciende su salario. En este último caso —si el nivel de producciones se mantiene invariable—, no consumen un equivalente de lo que producen. Pero les faltan estos medios, no porque no produzcan lo suficiente, sino porque reciben demasiado poco de su

propio producto.

127

Al reducir estas relaciones nada más que a las de consumidor y productor, se prescinde del hecho de que el asalariado que produce y el capitalista que produce son dos productores de tipo muy distinto, aparte del hecho de que algunos consumidores no producen para nada. Una vez más, se niega una *contradicción*, al hacer caso omiso de una que existe en realidad en la producción. La simple relación del asalariado y del capitalista implica:

1] que la mayoría de los productores (los trabajadores) no son consumidores (no son compradores) de una muy gran parte de su producto, es decir, de los medios de producción y las materias primas;

2] que la mayoría de los productores, los trabajadores, pueden consumir el equivalente de su producto, sólo mientras produzcan más que ese equivalente, es decir, mientras produzcan plusvalor o sobreproducto. Siempre tienen que ser *sobreproductores*, producir por encima de sus necesidades, para poder ser consumidores o compradores dentro de los límites de éstas.

En lo que se refiere a esta clase de productores, la unidad entre producción y consumo es, por lo menos *prima facie*, falsa.

Cuando Ricardo dice que el único límite de la *demanda* es la producción misma, y de que a ésta la limita el capital, ello sólo significa, en rigor, cuando se lo despoja de falsas hipótesis, que la producción capitalista encuentra su medida nada más que en el capital; pero en este contexto, el término capital también incluye la fuerza de trabajo que el capital incorpora (compra) como una de las condiciones de producción. El problema es el de si el capital como tal es también el límite del consumo. Sea como fuere, lo es en un sentido negativo, es decir, que no se puede consumir más de lo que se produce. Pero el asunto consiste en saber si esto rige también en un sentido positivo —sobre la base de la producción capitalista—, de si se puede o se debe consumir tanto como se produce. La proposición de Ricardo, cuando se la analiza en forma correcta, dice todo lo contrario de lo que se quiere que diga, a saber, que la producción se lleva a cabo sin relación con los límites de consumo existentes, sino que sólo la limita el propio capital. Y esto es en verdad característico de ese modo de producción. Así, pues, según la hipótesis, el mercado está abarrotado, por ejemplo de telas de algodón, de modo que parte de éstas quedan sin venderse, o no se venden todas ellas, o sólo pueden venderse muy por debajo de su precio. (Por el momento, lo llamaremos *valor*, porque si bien consideramos los procesos de

circulación o de reproducción, todavía nos ocupamos del valor, y no aún del precio de costo, y menos todavía del de mercado.)

128

Ni falta hace decir que. en conjunto, de esta observación no se niega que pueda producirse demasiado en algunas esferas, y *por lo tanto* demasiado poco en otras; así pueden surgir crisis parciales a raíz de una *producción desproporcionada* (la producción proporcionada, sin embargo, siempre es el resultado de una desproporcionada, sobre la base de la competencia), y una forma general de esta producción desproporcionada puede ser la sobreproducción de capital fijo, o, por otro lado, la sobreproducción del capital circulante.[3] Así como es una condición para la venta de las mercancías en su valor, que sólo contengan el tiempo de trabajo socialmente necesario, así también lo es para toda una esfera ele producción de capital que sólo la parte necesaria del tiempo de trabajo total de la sociedad se use en la esfera de que se trata, sólo el tiempo de trabajo necesario para la satisfacción de la necesidad social (demanda). Entonces, si se usa más, aunque cada una de las mercancías contenga sólo el tiempo de trabajo necesario, el total contiene más del tiempo de trabajo socialmente necesario. De la misma manera, aunque cada mercancía posea valor de uso, la suma total de las mercancías pierde parte de su valor de uso, en las condiciones supuestas.

Pero aquí no hablamos de las crisis en la medida en que surgen de la producción desproporcionada, es decir de la desproporción en la distribución del trabajo social entre cada esfera de producción. Esto sólo puede estudiarse en relación con la competencia de los capitales. En ese contexto ya se expresó que el aumento o la disminución del valor de mercado que provoca esa desproporción culmina en el retiro de capitales de una rama de la producción, y su traslado a otra, la migración de capitales de una rama a otra de la producción. Pero esta nivelación implica ya, como condición previa, lo contrario de la compensación, y por lo tanto puede incluir la *crisis*; la crisis misma puede ser una forma de nivelación. Ricardo, etc., admite esta forma de crisis.

Cuando considerábamos el proceso de producción, vimos que todo el objetivo de la producción capitalista es la apropiación del mayor volumen posible de sobretrabajo; en otras palabras, la realización del mayor volumen posible de tiempo de trabajo inmediato con el capital dado, ya sea por la prolongación del tiempo de trabajo o por la

[3] (Cuando se inventaron las máquinas de hilar, hubo sobreproducción de hilado en relación con el tejido. Esta proporción desapareció cuando se introdujeron en las tejedurías los telares mecánicos.)

reducción del tiempo de trabajo necesario, el desarrollo de la productividad del trabajo por medio de la cooperación, la división del trabajo, la maquinaria, etc.; en una palabra, por la producción en gran escala, es decir la producción en masa. De tal modo, la naturaleza de la producción capitalista consiste en producir sin tener en cuenta los límites del mercado.

129

Durante el examen de la reproducción, se supone, en primer lugar, que el método de producción se mantiene igual, y que además es el mismo durante un período en que la producción se amplía. El volumen de las mercancías producidas se acrecienta en este caso porque se emplea más capital, y no porque se emplee más capital en forma más productiva. Pero el simple aumento cuantitativo del capital implica al mismo tiempo que crece su productividad. Si su aumento cuantitativo es el resultado del desarrollo de la productividad, ésta, a su vez, se desarrolla según la hipótesis de una base capitalista más ancha, ampliada. En este caso hay interacción recíproca. Por lo tanto, la reproducción sobre una base ampliada, la acumulación, aunque a comienzo aparezca sólo como una expansión cuantitativa de la producción —la utilización de más capital en las mismas condiciones de producción —, siempre representa además, en cierto punto, una expansión cualitativa en la forma de una mayor productividad de las condiciones en que se lleva a cabo la reproducción. Por consiguiente, el volumen de los productos no aumenta sólo en simple proporción del crecimiento del capital en la reproducción ampliada, en la acumulación.

Volvamos ahora a nuestro ejemplo del percal.

El estancamiento en el mercado, atiborrado de telas de algodón, obstaculiza el proceso de reproducción del tejedor. Esta perturbación afecta primero a sus trabajadores. De tal modo, ahora son consumidores en menor escala, o no lo son, de esa mercancía —telas de algodón— y de todas las otras que entraron en su consumo. Es cierto que necesitan telas de algodón, pero no pueden comprarlas pues carecen de los medios, y no los tienen porque no pueden continuar produciendo, y no les es posible seguir produciendo porque se ha producido demasiado, porque ya hay demasiada tela de algodón en el mercado. De nada les sirve el consejo de Ricardo, “de ampliar su producción’’, ni su alternativa "de producir otra cosa”. Ahora forman parte de la sobrepoblación temporaria, de la producción excedente de trabajadores, en este caso de productores de algodón, porque hay una sobreproducción de telas de algodón en el mercado.

Pero aparte de los trabajadores empleados de manera directa por el capital invertido en el tejido de algodón, muchos otros productores son afectados por esta interrupción del proceso de reproducción del algodón: los hilanderos, los plantadores de algodón, los fabricantes de máquinas (productores de husos, telares, etc.), los productores de hierro y carbón, etc.

130

La reproducción en todas estas esferas también resultaría impedida, porque la de la tela de algodón es una condición de la reproducción en ellas. Esto ocurriría aunque no hubiesen *sobreproducido* en sus propias esferas, es decir aunque no hubiesen producido más allá del límite fijado y justificado por la industria de algodón, cuando trabajaba sin tropiezos. Todas estas industrias tienen en común el hecho de que sus rentas (salarios y ganancia, en la medida en que esta última se consume como renta, y no se acumula), no las consumen ellos en su propio producto, sino en el de otras esferas que crean artículos de consumo, entre otros el percal. Así, pues, el consumo y demanda de éste descienden porque existe en exceso en el mercado. Pero esto también rige para todas las otras mercancías en las cuales, como artículos de consumo, se invierte la renta de esos productos *indirectos* de algodón. Sus medios de compra de percal y otros artículos de consumo se reducen, se contraen, porque hay demasiado percal en el mercado. Esto también afecta a otras mercancías (artículos de consumo). Ahora, de pronto, hay una sobreproducción relativa de ellos, porque los medios con que se los compra, y por lo tanto la demanda de ellos, se han contraído. Aunque no hubiese sobreproducción en esas esferas, ahora están sobreproduciendo.

Si la sobreproducción existe no sólo en las telas de algodón, sino también en las de lino, seda y lana, puede entenderse cómo la sobreproducción de estos pocos artículos, pero artículos importantes, provoca una sobreproducción más o menos general (relativa) en todo el mercado. Por un lado hay sobreabundancia de todos los medios de producción, y sobreabundancia de todos los tipos de mercancías no vendidas en el mercado. Por el otro lado, capitalistas en bancarrota y obreros desposeídos y hambrientos.

Pero éste es un argumento de doble filo. Si bien se entiende con facilidad que la sobreproducción de algunos artículos importantes del consumo pueda traer en su estela el fenómeno de una sobreproducción más o menos general, no es en modo alguno claro cómo nace la sobreproducción de dichos artículos. Porque el fenómeno de la sobreproducción general deriva de la

interdependencia, no sólo de los trabajadores que estas industrias emplean de manera directa, sino de todas las ramas de la industria que producen los elementos de sus productos, las distintas etapas de su capital constante. En estas últimas ramas de la industria, la sobreproducción es un efecto. ¿Pero de dónde proviene en las primeras? Porque las últimas [ramas de la industria] siguen produciendo mientras continúan produciendo las primeras, y junto con esta producción continuada, parece asegurarse un crecimiento general de la renta, y por lo tanto de su propio consumo.

131

[*LA AMPLIACIÓN DEL MERCADO NO SIGUE EL RITMO DE LA AMPLIACIÓN DE LA PRODUCCIÓN. LA CONCEPCIÓN RICARDIANA DE QUE ES POSIBLE UNA AMPLIACIÓN ILIMITADA DEL CONSUMO Y DEL MERCADO INTERNO*]

Si se respondiera a la pregunta señalando que la producción en constante ampliación <se amplía anualmente por dos razones: primero, porque el capital invertido en la producción crece en forma continuada; segundo, porque el capital se usa siempre de manera más productiva; a lo largo de la reproducción y la acumulación, a cada rato se acumulan pequeñas mejoras, que a la postre alteran todo el nivel de producción. Hay una acumulación de perfeccionamientos, un desarrollo acumulativo de capacidad productiva> exige un mercado en constante ampliación, y que la producción se amplía con más rapidez que el mercado, entonces se habrían usado apenas términos distintos para expresar el fenómeno que es preciso explicar; términos concretos, en lugar de términos abstractos. El mercado se amplía con más lentitud que la producción; o sea, que en el ciclo por el cual pasa el capital durante su reproducción —un ciclo en el cual no sólo se lo reproduce, sino que además se lo reproduce en escala ampliada; en el cual no describe un círculo, sino una espiral— llega un momento en que el mercado aparece como demasiado estrecho para la producción. Esto ocurre al final del ciclo. Pero sólo significa: el mercado está abarrotado. La sobreproducción es manifiesta. Si la expansión del mercado hubiese seguido el ritmo de la ampliación de la producción, no habría en él abarrotamiento, ni sobreproducción.

Pero la simple admisión de que el mercado debe ampliarse con la producción es, por otro lado, y una vez más, una admisión de la posibilidad de sobreproducción, porque el mercado está limitado por fuera, en el sentido geográfico, y el mercado interno tiene sus límites,

en comparación con un mercado que es a la vez interno y externo, siendo este último, a su vez, limitado en comparación con el mercado mundial, que sin embargo, por su parte, se encuentra limitado a cada momento, [aunque] por sí mismo es capaz de ampliación. La admisión de que el mercado debe ampliarse si no se quiere que haya sobreproducción es, también, una admisión de que puede haberla. Porque entonces es posible —ya que el mercado y la producción son dos factores independientes— que la ampliación de uno no corresponda a la del otro; que los límites del mercado no se amplíen con bastante rapidez para que la producción, o para que los nuevos mercados —nuevas ampliaciones del mercado— sean superados con rapidez por la producción, de modo que el mercado ampliado resulta ser una barrera, tanto como antes lo era el mercado estrecho.

Por lo tanto, Ricardo se muestra coherente cuando niega la necesidad de una ampliación del mercado al mismo tiempo que se da la expansión de la producción y el crecimiento del capital. Todo el capital disponible en un país puede también emplearse con provecho en ese país. Por lo tanto, polemiza contra Adam Smith, quien por un lado presenta su concepto (el de Ricardo) y, con su habitual instinto racional, al mismo tiempo lo contradice. Adam Smith no conocía todavía el fenómeno de sobreproducción, y las crisis que resultan de ésta. Sólo conocía las crisis de crédito y monetarias, que aparecen en forma mecánica, junto con el crédito y el sistema bancario. En rigor ve en la acumulación del capital un aumento incondicional de la riqueza general y el bienestar de la nación. Por otro lado, considera el simple hecho de que el mercado interno se desarrolla en un mercado externo, colonial y mundial, como prueba de una presunta sobreproducción relativa (potencial) en el mercado interno. Vale la pena citar la polémica de Ricardo contra él al respecto:

Cuando los comerciantes invierten sus capitales en el comercio exterior, o en el comercio de trasporte, siempre es por elección, y nunca por necesidad; es porque en ese comercio, sus ganancias serán un tanto mayores que en el comercio interno.

Adam Smith señaló con justicia "que el deseo de alimentos se encuentra limitado en cada hombre por la escasa capacidad del estómago humano”,

<Adam Smith se equivoca mucho aquí, pues excluye los productos suntuarios de la agricultura>

...pero el deseo de las bellezas y adornos de edificios, vestimenta, objetos de lujo y muebles parece no tener límites ni fronteras seguras.

La *naturaleza* [continúa Ricardo] se ha encargado, pues, de *limitar la cantidad de capital que en cualquier momento* [...] *puede dedicarse con ventaja a la agricultura,*

<¿Es por eso que existen naciones que exportan productos agrícolas? Como si fuese imposible, a pesar de la naturaleza, invertir todos los capitales que se pueda en la agricultura, para producir, en Inglaterra, por ejemplo, melones, higos, uvas, etc., flores, etc., y aves y caza, etc. (Véase por ejemplo, el capital que los romanos invirtieron nada más que en la cría artificial de peces.) Y como si las materias primas de la industria no se produjesen por medio del capital agrícola.>

> pero no puso límites [como si la naturaleza tuviese algo que ver con el asunto] a la cantidad de capital que puede emplearse para obtener "las bellezas y adornos” de la vida. Obtener estos placeres en la mayor abundancia es el objetivo, y sólo porque el comercio exterior, o el comercio de trasporte, lo cumplen mejor, se dedican los hombres a ellos, en lugar de fabricar las mercancías necesarias, o un sustituto de ellas, en el país mismo. Pero si debido a circunstancias particulares nos viésemos impedidos de dedicar capitales al comercio exterior, o al comercio del trasporte, lo emplearíamos, aunque con menos ventajas, en el país; y *si bien no hay límites* al deseo de "bellezas, adornos de edificios, vestimentas, comodidades, y muebles”, *no pueden existir límites para el capital que se emplee en obtenerlos*, salvo los que circunscriben nuestra capacidad de *mantener a los obreros que deben producirlos*.
>
> Pero Adam Smith habla del comercio de trasporte como de un comercio que no se elige, sino que se encara por necesidad; como si el capital dedicado a él quedase inerte si no se lo empleara así, como *si el capital del comercio interno pudiese ser excedente* si no se atuviese a un volumen limitado. Dice "cuando el capital de un país aumenta en tal medida, *que no se lo puede emplear para abastecer el consumo y mantener el trabajo productivo de ese país*" <este pasaje fue subrayado por el propio Ricardo >, "es natural que la *parte excedente* de él se desborde en el comercio de trasporte, y se utilice para cumplir las mismas funciones en otros países".
>
> ¿Pero, esta porción del trabajo productivo de Gran Bretaña no podía emplearse para preparar algún otro tipo de productos, con los cuales pudiese comprarse algo de mayor demanda en el país? Y si no fuera posible, ¿no podríamos emplear ese trabajo productivo, aunque con menos ventaja, en la creación de esos productos de demanda interna, o

por lo menos algún sustituto de ellos? Si quisiéramos terciopelos, ¿no podríamos intentar fabricarlos? Y si no lo lográramos, ¿no podríamos fabricar más telas, o algún otro objeto que nos resultara deseable?

Fabricamos mercancías, y con ellas compramos productos en el extranjero, porque podemos obtener una *mayor cantidad* < ¡la diferencia cualitativa no existe! > de las que podríamos fabricar en el país. Si se nos despoja de ese comercio, en seguida volvemos a fabricar para nosotros. Pero esta opinión de Adam Smith choca con todas sus doctrinas generales al respecto. <Ahora Ricardo cita a Smith: > "Si un país extranjero puede abastecernos de una mercancía más barata de lo que podemos producirla nosotros, es mejor que se la compremos a ellos con parte del producto de nuestra propia industria, empleado de manera que tengamos alguna ventaja. *Como la industria general del país siempre está en proporción al capital que la emplea* <en proporción muy distinta> [también esta frase está subrayada por Ricardo], de ese modo no se reducirá, sino que tendrá que encontrar el camino para emplearse con la máxima ventaja."

Y más adelante. "Por lo tanto, quienes disponen de más alimento del que pueden consumir, siempre están dispuestos a *intercambiar el excedente,* o lo que es lo mismo, su precio, por objetos de otra clase. Lo que queda después de satisfacer el deseo limitado, se entrega para la satisfacción de los *deseos que no pueden aplacarse*, *sino que parecen ser interminables*. Para obtener alimentos, los pobres se esfuerzan por satisfacer esos caprichos de los ricos; para obtenerlos con más certeza, compiten entre si en la baratura y perfección de su trabajo. La cantidad de obreros aumenta con la creciente cantidad de alimentos, o con el creciente mejoramiento y cultivo de las tierras; y como la naturaleza de sus actividades admite las mayores subdivisiones de trabajo, la cantidad de materiales con que trabajan crece en una proporción mucho mayor que la de su número. De ello surge una demanda de todo tipo de material que la invención humana pueda emplear, ya sea para utilidad o para adorno, en los edificios, la vestimenta, la comodidad o los muebles; para los fósiles y minerales contenidos en las entrañas de la tierra, los metales preciosos y las piedras preciosas."

Se sigue, pues, de estas admisiones, que *no hay límites para la demanda; no hay límites para el empleo del capital mientras dé alguna ganancia, y que por abundante que pueda llegar a ser e l capital*, no existe otra razón adecuada para un descenso de la ganancia, aparte de un aumento del salario, y además puede agregarse que la única causa adecuada y permanente para el aumento del salario es la creciente dificultad para entregar alimentos y medios de subsistencia a la creciente cantidad de trabajadores (*loc. cit.,* pp. 344-348).

[*LA CONTRADICCIÓN ENTRE EL IMPETUOSO DESARROLLO DE LA PRODUCTIVIDAD Y LAS LIMITACIONES DEL CONSUMO CONDUCE A LA SOBREPRODUCCIÓN. LA TEORÍA DE LA IMPOSIBILIDAD DE LA SOBREPRODUCCIÓN GENERAL ES, EN ESENCIA, DE TENDENCIA APOLOGÉTICA*]

Por sí misma, la palabra *sobreproducción* induce en error. Mientras las necesidades más urgentes de una gran parte de la sociedad no se satisfacen, o sólo se satisfacen las más inmediatas, es claro que no se puede hablar, en absoluto, de *sobreproducción de productos*, en el sentido de que la cantidad de productos es excesiva respecto de la necesidad de ellos. Por el contrario, debe decirse que sobre la base de la producción capitalista, hay en ese sentido una constante *subproducción*. Los límites de la producción los fija la ganancia del capitalista, y en modo alguno la necesidad de los productores. Pero la sobreproducción de productos y la de *mercancías* son dos cosas muy distintas. Si Ricardo piensa que la forma *mercancía* no difiere del producto, y además, que la *circulación de mercancías* sólo difiere de manera formal del trueque; que en este contexto el valor de cambio es sólo una forma fugaz del intercambio de cosas, y que el dinero es, pues, nada más que un medio formal de circulación, entonces, esto, en rigor, coincide con su supuesto previo de que el modo de producción burgués es el modo absoluto de producción, y por lo tanto un modo de producción .sin características definidas, con rasgos distintivos puramente formales. Por lo tanto no puede admitir que ese modo de producción burgués contenga una barrera para el libre desarrollo de las fuerzas productivas, una barrera que aparece en la superficie en las crisis, y en especial, en la *sobreproducción*, fenómeno básico de las crisis.

135

Ricardo vio en los pasajes de Adam Smith, que él cita, aprueba y por lo tanto también repite, que el ilimitado "deseo” de todo tipo de valor de uso se satisface siempre sobre la base de un estado de cosas en que la masa de los productores se ve más o menos limitada a los medios de subsistencia —“alimentos” y otros “artículos necesarios”—, y que en consecuencia esta gran mayoría de productos queda más o menos excluida del consumo de la riqueza, en la medida en que ésta va más allá de los límites de los medios de subsistencia necesarios.

En verdad, así ocurría, y en grado aún mayor, en el antiguo modo de producción que dependía de la esclavitud. Pero a los antiguos jamás se les ocurrió convertir el sobreproducto en capital. O por lo

menos, sólo en medida muy limitada. (El hecho de que el atesoramiento en el sentido estrecho estuviese difundido entre ellos muestra hasta qué punto el sobreproducto permanecía ocioso por completo.) Usaron una gran parte del sobreproducto para gastos improductivos en obras de arte, religiosas, y trabajos públicos. Su producción se dirigía menos aún a la liberación y desarrollo de las fuerzas materiales productivas— división del trabajo, maquinaria, la aplicación de las fuerzas de la naturaleza y la ciencia a la producción privada. En rigor, y en general, nunca fueron más allá del trabajo manual. La riqueza que producían para el consumo público era, pues, relativamente reducida, y sólo parece grande porque se reunió en las manos de pocas personas, que, de paso, no sabían qué hacer con ella. Por lo tanto, aunque no había *sobreproducción* entre los antiguos, había *sobreconsumo* por los ricos, que en los últimos períodos de Roma y Grecia se convirtió en extravagancia demencial. Los pocos pueblos comerciantes de entonces vivían en parte a expensas de esas naciones en esencia pobres. El desarrollo incondicional de las fuerzas productivas, y por lo tanto la producción en masa, sobre la base de una masa de productores que se encuentran encerrados dentro de los límites de los medios de subsistencia necesarios, por un lado, y, por el otro, la barrera erigida por la ganancia de los capitalistas, [constituyen] la base de la sobreproducción moderna.

Todas las objeciones que Ricardo y otros presentan contra la sobreproducción, etc., se basan en el hecho de que consideran la producción burguesa, o bien como un modo de producción en que no existe diferencia alguna entre la compra y la venta —trueque directo—, o como una producción social, lo cual implica que la sociedad, de acuerdo con un plan, distribuye sus medios de producción y fuerzas productivas en el grado y medida necesarios para satisfacer las diversas necesidades sociales, de modo que cada esfera de producción recibe la *cuota* de capital social que hace falta para llenar la correspondiente necesidad. Esta ficción surge por entero de la incapacidad para entender la forma específica, de la producción burguesa, y esta incapacidad, a su vez, nace de la obsesión de que la producción burguesa es producción como tal, así como un hombre cree en determinada religión y la ve como *la* religión, y todo lo que esté fuera de ella son para él nada más que religiones *falsas*.

136

Por el contrario, la pregunta que hay que contestar es: dado que, sobre la base de la producción capitalista, todos trabajan para sí y un trabajo en especial tiene que aparecer al mismo tiempo como su contrario, como trabajo general abstracto, y en esa forma, como

trabajo social, ¿cómo es posible lograr el necesario equilibrio e interdependencia de las distintas esferas de producción, sus dimensiones y las proporciones entre ellas, como no sea gracias a la constante neutralización de una constante desarmonía? Esto lo admiten quienes hablan de adaptaciones por la competencia, pues esas adaptaciones siempre presuponen que existe algo que adaptar, y por lo tanto, que la armonía es siempre, nada más que el resultado del movimiento que neutraliza la desarmonía existente.

Por eso Ricardo admite que es posible un abarrotamiento de ciertas mercancías. Lo que se supone imposible es sólo un atascamiento simultáneo y general del mercado. No se niega, pues, la posibilidad de la sobreproducción en cualquier esfera de la producción. Sólo se dice que es imposible la *simultaneidad* de este fenómeno en *todas* las esferas de producción, y que por lo tanto ello hace imposible la sobreproducción [general], es decir, un abarrotamiento general del mercado. (Esta expresión debe tomarse siempre *cum grano salis*, ya que en tiempos de producción general, la sobreproducción en algunas esferas es siempre, nada más que el *resultado*, la *consecuencia*, de la sobreproducción de los principales artículos de comercio; siempre [es] sólo *relativa*, es decir, sobreproducción porque hay sobreproducción en otras esferas.)

La apologética convierte esto en su contrario. [Sólo hay] sobreproducción en los principales artículos de comercio, los únicos en los cuales se muestra activa la sobreproducción —en general se trata de artículos que sólo pueden producirse en masa y por medios fabriles (también en la agricultura)—, porque existe sobreproducción en los artículos en los cuales se manifiesta la sobreproducción relativa o pasiva. Según esto, la sobreproducción sólo existe porque no es universal. Su *relatividad* —el hecho de que la sobreproducción real en unas pocas esferas provoque la sobreproducción en otras—, se expresa de esta manera: no hay sobreproducción universal, porque si fuese *universal*, todas las esferas de producción conservarían la misma relación entre sí; por lo tanto, la sobreproducción universal es producción proporcional que excluye la sobreproducción. Y se supone que esto es un argumento contra la sobreproducción universal. Porque como la *sobreproducción universal* en el sentido absoluto no sería sobreproducción, sino sólo un desarrollo, mayor que el habitual, de las fuerzas productivas en todas las ramas de la producción, se afirma que la *sobreproducción real*, que precisamente no es esa sobreproducción inexistente, que se autoanula, *no* existe, aunque sólo existe porque no es eso.

Si se examinan más de cerca estos desdichados sofismas, equivalen a lo siguiente: supongamos que hay sobreproducción de hierro, productos de algodón, lino, seda, telas de lana, etc.; entonces no puede decirse, por ejemplo, que se ha producido demasiado poco carbón, y que ésa es la razón de la sobreproducción precedente. Pues esa sobreproducción de hierro, etc., implica una exactamente similar de carbón, tal como, digamos, la de tela tejida implica la del hilado. <Podría haber sobreproducción de hilado en comparación con la tela, del hierro en comparación con la maquinaria, etc. Se trataría siempre de una sobreproducción relativa de capital constante.> Por lo tanto no puede tratarse de sobreproducción de los artículos cuya sobreproducción se implica porque intervienen como elementos, materia prima, materia auxiliar o medios de producción, en los artículos (la ''mercancía particular que se puede producir en exceso, de la cual llegue a haber tal abarrotamiento en el mercado, que no rembolse el capital invertido en ella" [*loc. cit.*, pp. 341-342]) cuya sobreproducción positiva es precisamente el hecho que se debe explicar. Antes bien, se trata de otros artículos que corresponden de modo directo a [otras] esferas de producción y que no pueden [ser] subsumidos en los principales artículos del comercio, que según la hipótesis se han producido en exceso, ni atribuidos a esferas en las cuales, porque suministran el *producto intermedio* de los principales artículos de comercio, la producción debe haber llegado por lo menos al mismo nivel que en las fases finales del producto— aunque nada existe que impida que la producción en esas esferas vaya inclusive mucho más allá, y provoque de ese modo una sobreproducción dentro de la sobreproducción. Por ejemplo, aunque se haya producido suficiente carbón para mantener en funcionamiento todas las industrias en las cuales el carbón entra como condición de producción necesaria, y por lo tanto la sobreproducción de carbón este implicada en la *sobreproducción* de hierro, hilado, etc. (inclusive aunque el carbón se produzca sólo en proporción a la producción de hierro e hilado, [etc.]), *también* es posible que se produzca más carbón del necesario, aun para la sobreproducción de hierro, hilado, etc. Esto no sólo es posible, sino muy probable. Porque *la producción de carbón e hilado*, y de todas las otras esferas de producción que sólo crean las condiciones o primeras fases de un producto que debe completarse en otra esfera, está gobernada, no por la demanda inmediata, por la producción o reproducción inmediatas, sino por el *grado, medida, proporción*, en que éstas se amplían. Y resulta evidente por sí mismo que en este cálculo es posible sobrepasar el blanco. De ese modo, no se ha producido lo suficiente de otros

artículos tales como, por ejemplo, pianos, piedras preciosas, etc.; se los ha *subproducido*. <Pero también hay casos en que la sobreproducción de artículos no importantes no es el resultado de la sobreproducción, sino en que, por el contrario, la subproducción es la causa de la sobreproducción, como por ejemplo cuando hay un fracaso en la cosecha de cereales o en la de algodón. >

138

El absurdo de esta afirmación se destaca en especial cuando se la aplica al escenario internacional, como lo hizo Say, y después de él, otros. Por ejemplo, que Inglaterra no sobreprodujo, sino que Italia *subprodujo*. No habría debido haber sobreproducción, si en primer lugar Italia hubiese contado con suficientes capitales para remplazar los capitales ingleses exportados a Italia en forma de mercancías; y segundo, si Italia hubiera invertido ese capital de tal manera, que produjera los artículos que requiere el capital inglés —en parte para reponerse él mismo, y en parte para reponer la renta que le rinde. De tal modo, no habría existido el hecho de una *sobreproducción* de existencia real en *Inglaterra* —en relación con la producción real en Italia—, sino sólo el hecho de la *subproducción imaginaria en Italia*. Imaginaria, porque presupone un capital en Italia y un desarrollo de las fuerzas productivas que no existen en ese país, y en segundo lugar, porque expone la hipótesis, también utópica, de que ese capital que *no* existe en Italia se empleó exactamente de la manera necesaria para hacer que la oferta inglesa y la demanda italiana, la producción inglesa e italiana, resultasen complementarias entre sí. En otras palabras, esto significa que: no habría sobreproducción si la demanda y la oferta se correspondiesen, si el capital se distribuyera en tales proporciones, en todas las esferas de producción, que la fabricación de un artículo implicase el consumo del otro, y por lo tanto su propio consumo. No habría sobreproducción si no hubiera sobreproducción. Pero como la producción capitalista sólo se da rienda suelta en ciertas esferas, en determinadas condiciones, no habría producción capitalista si tuviese que desarrollarse *al mismo tiempo* y *en forma pareja* en todas las esferas. Como la sobreproducción absoluta ocurre en determinadas esferas, la sobreproducción relativa se da también en las esferas en que no hubo sobreproducción.

Esta explicación de la sobreproducción en un terreno por la subproducción en otro significa, pues, nada más que si la producción fuese proporcional, no habría sobreproducción. Lo mismo podría decirse si la demanda y la oferta se correspondieran, o si todas las esferas ofrecieran iguales oportunidades para la producción capitalista y su expansión: división del trabajo, maquinarias,

exportación a mercados distantes, etc., producción en masa, es decir, si todos los países que comerciaran entre sí poseyeran la misma capacidad para la producción (y en verdad, para una producción diferente y complementaria). De tal manera, la sobreproducción ocurre porque todos estos piadosos deseos no se cumplen. O, aun en forma más abstracta: no habría sobreproducción en un lugar, si en todas partes hubiese sobreproducción en la misma proporción. Pero no hay suficiente capital para una sobreproducción tan universal, y por lo tanto existe sobreproducción parcial.

139

Examinemos esta fantasía más de cerca:

Se admite que puede haber sobreproducción en *cada una* de las industrias. La única circunstancia que la impediría en *todas* al mismo tiempo es, según las afirmaciones hechas, la circunstancia de que las mercancías se intercambian por mercancías, es decir, que se recurre a las supuestas condiciones del trueque. Pero esta brecha queda colmada por el hecho mismo de que el comercio [bajo el capitalismo] no es trueque, y que por lo tanto el vendedor de una mercancía no es por fuerza, al mismo tiempo, el comprador de otras. Todo este subterfugio consiste entonces en abstraerse del dinero, y del hecho de que no nos interesa el intercambio de productos, sino la circulación de mercancías, una parte esencial de la cual es la separación de la compra y la venta.

<La circulación del capital contiene las *posibilidades* de interrupciones. En la reconversión del dinero en sus condiciones de producción, por ejemplo, no se trata sólo de trasformar el dinero en los mismos valores de uso (en especie), sino que para la repetición del proceso de producción [es] esencial que esos valores de uso puedan volver a obtenerse en su antiguo valor (en un valor inferior sería, por supuesto, mejor aún). Una parte muy importante de estos elementos de reproducción, compuestos de materias primas, puede aumentar, sin embargo, de precio, por dos razones. *Primero*, si los instrumentos de producción aumentan con más rapidez que el volumen de materias primas que pueden suministrarse en el momento dado. *Segundo*, a consecuencia del carácter variable de las cosechas. Por eso las condiciones del tiempo, como señala Tooke con justicia, desempeñan un papel de tanta importancia en la industria moderna. (Lo mismo rige para los medios de subsistencia en relación con los salarios.) La reconversión del dinero en mercancías puede tropezar, de este modo, con dificultades, y crear las posibilidades de crisis, lo mismo que la conversión de la mercancía en dinero. Cuando se examina la circulación simple —no la de capital— estas dificultades no surgen.>

(Además hay una gran cantidad de otros factores, situaciones, posibilidades de crisis, que sólo pueden examinarse cuando se consideran las condiciones concretas, en especial la competencia de los capitales y el crédito.)

140

La sobreproducción de mercancías se niega, pero se admite la *de capital*. Sin embargo, el capital mismo está compuesto de mercancías, o, en la medida en que se compone de dinero, debe reconvertirse en mercancías de uno u otro tipo, para poder funcionar como capital. ¿Qué significa, entonces, *sobreproducción de capital*? La sobreproducción de valor destinada a producir plusvalor, o, si se considera el contenido material, la sobreproducción de mercancías destinadas a la reproducción, es decir a la *reproducción en escala demasiado ampliada*, que es lo mismo que la sobreproducción pura y simple.

En una definición más aproximada, esto sólo significa que se ha producido demasiado con vistas al *enriquecimiento*, o que una parte demasiado grande del producto está destinada, no al consumo como renta, sino *a obtener más dinero* (para la acumulación); no a satisfacer las necesidades personales de su dueño, sino a darle dinero, riquezas sociales abstractas y capital, más poder sobre el trabajo ajeno, es decir, a aumentar ese poder. Esto es lo que dice un bando. (Ricardo lo niega.) Y el otro bando, ¿cómo explica la sobreproducción de mercancías? Dice que la producción no está lo bastante diversificada, que ciertos artículos de consumo no se han producido en cantidades lo bastante grandes. Resulta evidente que no se trata de un problema de consumo industrial, pues el fabricante que sobreproduce lienzo aumenta con ello, por fuerza, su demanda de hilado, máquinas, trabajo, etc. En consecuencia, se trata del consumo personal. Se ha producido demasiado lienzo, pero tal vez muy pocas naranjas. Antes se negaba la existencia del dinero, para demostrar [que no había] separación entre la venta y la compra. Aquí se niega la existencia del capital, para convertir a los capitalistas en personas que llevan a cabo la simple operación M — D — M, y que producen para el consumo individual, y no *como capitalistas*, con el objetivo de enriquecerse, es decir, para reconvertir parte del plusvalor en capital. Pero la afirmación de que existe *demasiado capital*, en fin de cuentas sólo significa que se consume demasiado poco como *renta*, y que no se puede consumir más en las condiciones dadas. (*Sismondi*.) ¿Por qué el productor de lienzo exige al de trigo que consuma más lienzo, o éste exige que el fabricante de lienzo consuma más trigo? ¿Por qué el hombre que produce lienzo no convierte una mayor parte de su renta

(plusvalor) en lienzo, y el agricultor en trigo? Por lo que se refiere a cada individuo, se advertirá que su deseo de capitalización (aparte de los límites de sus necesidades) le impide hacer tal cosa. Pero en lo que respecta a todos ellos colectivamente, esto no se admite.

141

(Dejamos por completo a un lado, aquí, el elemento de crisis que surge del hecho de que las mercancías se reproducen más baratas de lo que se las producía. De ahí su depreciación en el mercado.)

En las crisis del mercado mundial, todas las contradicciones de la producción burguesa estallan en forma colectiva; en las crisis particulares (*particulares* en su contenido y dimensiones), las erupciones son sólo esporádicas, aisladas y unilaterales.

La *sobreproducción* está condicionada de modo específico por la ley general de la producción de capital: producir hasta el límite establecido por las fuerzas productivas, es decir, explotar el máximo volumen de trabajo con el volumen dado de capital, sin tener en cuenta los límites reales del mercado o de las necesidades respaldadas por la capacidad de pago; y esto se lleva a cabo por medio de una continua expansión de la reproducción y la acumulación, y entonces, por una constante reconversión de la renta en capital, mientras que, por otro lado, la masa de los productores se mantiene apegada al nivel medio de necesidades, y tiene que mantenerse apegada a él de acuerdo con la naturaleza de la producción capitalista.

[De: Karl Marx, *Teorías sobre la plusvalía*, Buenos Airse, Editorial Cartago, 1975, tomo 3, pp. 422-457. Traducción de Floreal Mazia.]

EDUARD BERNSTEIN

Die Voraussetzungen des Sozialismus und die Aufgaben der Sozialdemokratie [Las premisas del socialismo y las tareas de la socialdemocracia] de Eduard Bernstein fue editado en Stuttgart en. marzo de 1899. El libro nació de la reelaboración y el desarrollo de una serie de artículos titulada "Problemas del socialismo", que el autor comenzara a publicar en *Die Neue Zeit* en 1896, pero que luego debió interrumpir varias veces debido a la aspereza de las reacciones polémicas suscitadas. De este libro, celebérrimo y ejemplar a su modo, paradigma no superado del "revisionismo" marxista, se reproduce el capítulo titulado "Las crisis y las posibilidades de adaptación de la economía moderna”, que quizás resuma mejor que cualquier otro los temas más significativos del discurso de Bernstein.

El tono de estas páginas es todo un contrapunto a la breve cita de Marx ubicada por Bernstein como acápite. Resulta vano esperar la "crisis general" del capitalismo. La teoría de las crisis que contiene *El capital* es incompleta e, incluso, íntimamente contradictoria: Marx, que siempre polemizó con Rodbertus porque hacía derivar las crisis del subconsumo, adopta en varios puntos su misma teoría. La verdad es que no hay ningún signo que pueda hacer prever una catástrofe inminente del sistema. La "teoría del derrumbe" (*Zusammenbruchstheorie*) delineada por Marx es solamente fruto de sus apriorismos dialécticos y del fatalismo materialista. En los hechos, las crisis no se han agravado, sino que se han vuelto más raras y menos agudas. Por lo contrario, el desarrollo del crédito, la ampliación de los medios de comunicación, la formación de cárteles y trusts, han multiplicado los instrumentos de autorregulación y de control de que hoy puede disponer el capitalismo. A lo largo de todo el capítulo, Bernstein polemiza con Rosa Luxemburg, quien replicara duramente a algunos de sus primeros artículos con los escritos luego reunidos y publicados bajo el título de *Sozialreform oder Revolution?* [¿Reforma social o revolución?] La contraposición resultante es radical. Se enfrentan dos temperamentos, dos mentalidades, dos visiones del desarrollo capitalista irreconciliables entre sí. Mientras Luxemburg —que en el curso de su polémica con Bernstein ya había elaborado, si bien sólo *in nuce*, la que después sería la tesis central de *La acumulación del capital*— ve en las crisis hasta ahora atravesadas

por el capitalismo simples "enfermedades infantiles” a las que deberán seguir convulsiones mucho más violentas cuando el mercado mundial se haya desarrollado íntegramente y el capital haya asimilado en su seno todas las “áreas externas”, Bernstein, por el contrario, considera que la estación tormentosa del capitalismo ya quedó atrás, y que "las más locas explosiones de especulación comercial” sólo son fenómenos característicos de los "albores de la era capitalista”. "Cuanto más antigua es una rama de producción de una industria moderna, tanto más deja de desempeñar un papel determinante el momento especulativo, ya que se torna más preciso el control y más seguro el cálculo de las oscilaciones del mercado.” Por una parte, pues, la espera y la previsión de un "derrumbe” inevitable, que sin embargo quizás no veamos porque, mientras tanto, la revolución habrá decidido barrer con el sistema. Por la otra, la idea de una lenta evolución, de un gradual ascenso hacia lo mejor, en el curso del cual el capitalismo sabrá corregir sus defectos iniciales. Hoy por hoy resulta indudable —dice Bernstein— que “la capacidad productiva de la sociedad moderna es mucho más fuerte que la demanda efectiva de productos, que está condicionada por la capacidad adquisitiva; que millones de personas viven en viviendas insuficientes, si bien existen abundantes medios para asegurarles casa, comida y ropa en medida suficiente; que sobre la base de este desequilibrio se instaura en las distintas ramas de la producción una superproducción crónica”. Pero estos males pueden curarse. La difusión de la democracia, las luchas por las reformas, las batallas sindicales, colmarán gradualmente estas desigualdades y reducirán las diferencias sociales de manera de eliminar en las mismas bases el desequilibrio entre producción y consumo donde hasta ahora se originaron las crisis.

[LAS PREMISAS DEL SOCIALISMO Y LAS TAREAS DE LA SOCIALDEMOCRACIA]

LAS CRISIS Y LAS POSIBILIDADES DE ADAPTACIÓN DE LA ECONOMÍA MODERNA

> El movimiento contradictorio de la sociedad capitalista se le revela al burgués práctico, de la manera más contundente, durante las vicisitudes del ciclo periódico que recorre la industria moderna y en su punto culminante: la crisis general.
>
> Karl Marx . Epilogo a la segunda edición de *El capital*.

La polémica sobre las crisis económicas del organismo social moderno, sobre las causas que las determinan y los medios para remediarlas, no ha sido menos áspera que aquella sobre las crisis patológicas, o sea sobre las condiciones de enfermedad del cuerpo humano. Quien gusta de las analogías, hallará fácilmente puntos de cotejo para establecer paralelos entre las diferentes teorías que se han propuesto respecto de los dos fenómenos. Descubrirá, por ejemplo, en los partidarios del liberalismo económico extremo de J. B. Say, que considera las crisis simplemente como un proceso de autosaneamiento del organismo económico, los consanguíneos ideales de los partidarios del llamado método naturalista; y de este modo establecerá una relación entre las diversas teorías que en patología humana sostienen la necesidad de una activa intervención médica según determinados métodos curativos (método sintomático, tratamiento constitucional, etc.) y las diversas teorías sociales que afirman la necesidad de la intervención estatal para afrontar causas y manifestaciones de las crisis económicas. Pero si pasa luego a considerar más atentamente a los sostenedores de una y otra parte, observará con sorpresa que aquella tendencia a la coherencia lógica que ciertos geniales psicólogos de la historia atribuyen al hombre, en verdad deja frecuentemente que desear, y que una amplia dosis de fe en el arte taumatúrgico de ciertos médicos convive en buen acuerdo con un rígido economicismo manchesteriano, y viceversa.

La explicación de las crisis económicas más popular en los círculos socialistas es la que las hace derivar del subconsumo. Ya Friedrich Engels se opuso en repetidas ocasiones a este concepto, y con más claridad sobre todo en el capítulo tercero [de la sección tercera] del

Anti-Dühring. [1]

146

En dicho texto, Engels afirma que el subconsumo, en efecto, “es, pues, también una condición de las crisis”, pero nos informa tan poco de las causas de la actual existencia de éstas como de las causas de su anterior inexistencia. Engels cita como ejemplo la situación de la industria algodonera inglesa en 1877, y afirma que es necesaria una buena dosis de audacia “para explicar el actual colapso de la salida del hilado de algodón y sus tejidos en Inglaterra por el subconsumo de las masas inglesas, y no por la sobreproducción de los fabricantes ingleses de algodón” (ibíd., pp. 308-309 [p. 284]).[2] Pero el mismo Marx, en varias ocasiones, se ha pronunciado explícitamente contra esta derivación de las crisis del subconsumo. Es una tautología cabal, afirma en el libro II de *El capital*, “decir que las crisis provienen de la falta de un consumo en condiciones de pagar”. Si luego se quisiese dar a esta tautología un fundamento aparentemente más sólido, diciendo que la clase obrera recibe una parte demasiado pequeña del producto que ésta produce, y que este inconveniente se remediaría apenas la misma recibiera una cuota mayor, bastaría entonces observar solamente que “las crisis son preparadas invariablemente por un período en que el salario sube de manera general y la clase obrera obtiene *realiter* [realmente] una porción mayor de la parte del producto anual destinada al consumo”. Parecería entenderse, pues, que la producción capitalista "implica condiciones que no dependen de la buena o mala voluntad, condiciones que sólo toleran momentáneamente esa prosperidad relativa de la clase obrera, y siempre en calidad de... anunciadora de la crisis” (*loc. cit.,* pp. 406-407 [p. 502]).[3] A lo cual, Engels agrega en nota: "*Ad notam* ocasionales partidarios de la teoría de las crisis formulada por Rodbertus.”

En flagrante contradicción con todas estas afirmaciones, se puede leer un pasaje del libro m de *El capital*, en el que Marx dice, a propósito de las crisis:

La razón última de toda verdadera crisis[4] es siempre la pobreza y la

[1] Friedrich Engels, *Anti-Dühring*, 3 Auflagc. [Véase en español, la versión de Editorial Grijalbo, México, 1964, a la que se refieren las indicaciones de página entre corchetes del texto, E.]

[2] En una nota, Engels observa por otra parte: “La explicación de las crisis por el subconsumo procede de Sismondi, y aún tiene en su obra cierto sentido. De Sismondi la ha tomado Rodbertus, y de Rodbertus la ha copiado el señor Dühring..." También en el prólogo a la *Miseria de la filosofía* Engels polemiza con análogos argumentos contra la teoría de las crisis de Rodbertus.

[3] Las citas de páginas de *El capital* entre corchetes se refieren a las siguientes ediciones en español: tomo I, México, 1975, tomo II, México, 1976, tomo m, México, 1977, Siglo XXI Editores, [E.]

[4] En el texto de Bernstein se lee *wirtschaftlichen*, mientras que en la edic. Dietz de *El capital* se

capacidad restringida de consumo de las masas, con las que contrasta la tendencia de la producción capitalista a desarrollar las fuerzas productivas como si no tuviesen más límite que la capacidad absoluta de consumo de la sociedad. (*Loc. cit*., p. 21 [p. 455].)

147

Lo cual no es muy distinto de la teoría de las crisis de Rodbertus, ya que también Rodbertus hace derivar las crisis no simplemente del subconsumo de las masas sino, en forma idéntica a la argumentación precedente, del subconsumo de las masas unido a la creciente productividad del trabajo. Sin embargo, en el fragmento de Marx que hemos citado, el subconsumo de las masas es elevado a causa última de todas las crisis efectivas, directamente en antítesis con la anarquía de la producción, o sea en antítesis con la desproporción entre la producción en los distintos ramos y las variaciones de los precios, que provocan temporarias depresiones generales.

La explicación de la sustancial diferencia entre esta concepción y la expresada en las precedentes citas del libro segundo, debemos buscarla en los diferentes períodos en que fueron escritos los dos fragmentos. Entre éstos transcurre un período no inferior a los trece o catorce años, y el más antiguo es el que corresponde al libro tercero de *El capital*. En efecto, éste se remonta a 1864 o 1865, mientras que el del segundo libro es de todos modos posterior a 1878 (cf. sobre este tema las indicaciones de Engels en el prólogo al libro II de *El capital*). En general, el libro segundo contiene los frutos más tardíos y maduros de la investigación marxiana.

En otro pasaje escrito ya en 1870 de este mismo libro segundo, el carácter periódico de las crisis —el ciclo de producción aproximativamente decenal— es relacionado con el período de rotación del capital fijo (es decir, invertido en maquinarias, etc.). El desarrollo de la producción capitalista tiene la tendencia, por una parte, a prorrogar la entidad del valor y la duración del capital fijo; por la otra, a abreviar tal duración mediante un incesante revolucionamiento de los medios de producción. De aquí deriva la “obsolescencia moral’’ de esta parte del capital fijo, antes de que haya “cesado físicamente de vivir”.

(...) mediante este ciclo que abarca una serie de años y está formado por rotaciones conexas en las cuales el capital se ve retenido por su parte constitutiva fija, se da un fundamento material para las crisis periódicas en

---

lee *wirklichen*, o sea “efectivas". [E.]

las que el negocio recorre períodos sucesivos de depresión, animación media, vértigo y crisis (libro II, p. 164 [p. 224]).

Si es cierto que los períodos de inversión del capital son muy diferentes y en realidad no coinciden, la crisis constituye siempre el punto de partida de reinversiones en gran escala y por consiguiente —desde el punto de vista de la sociedad en su conjunto— un "fundamento material para el ciclo siguiente de rotaciones'' (p. 165 [224]. Esta concepción es retomada en el mismo libro cuando se trata la reproducción del capital (o sea el proceso de continua renovación de los capitales con fines productivos y de consumo sobre base social). Aquí Marx precisa que, aún en el caso de una reproducción en escala constante y con una invariada productividad del trabajo, las diferencias que de año en año intervienen en la duración del capital fijo (cuando por ejemplo en un año se desgastan más elementos de capital fijo que en el año precedente) deben tener como consecuencia crisis de producción. Es verdad que podría encontrarse un remedio a través del comercio exterior, pero éste, en la medida en que no se limita a sustituir elementos —aún según su valor— no nace sino desplazar las "contradicciones a una esfera más amplia, abrirles un campo de acción más dilatado". Una sociedad comunista podría prevenir tal disfunción mediante una incesante sobreproducción relativa, que para ella "es igual al control de la sociedad sobre los medios objetivos de su propia reproducción"; pero en el ámbito de la sociedad capitalista esta sobreproducción es un elemento de anarquía. Este ejemplo de disfunciones debidas a simples diferencias de duración del capital fijo es, según Marx, decisiva.

El desequilibrio en la producción de capital fijo y capital circulante es una de las causas favoritas a que echan mano los economistas para explicar las crisis. Para ellos es una novedad que ese desequilibrio pueda y deba surgir cuando se trata de la mera conservación del capital fijo, que pueda y deba surgir en el supuesto de una producción normal ideal, con reproducción simple del capital social ya operante (*loc. cit.,* p. 4G8 [pp. 571-572]).

En el capítulo sobre la acumulación y la reproducción ampliada, de la sobreproducción y de las crisis se habla solamente al pasar como de resultados previsibles de una serie de combinaciones posibles, vinculadas al proceso descripto. Y sin embargo, también aquí se repite con mucha energía el concepto de "sobreproducción". "Por ende, si Fullarton, pongamos por caso", se dice en página 499 [608], "no

quiere saber nada de la sobreproducción en el sentido habitual, pero sí de la sobreproducción de capital, o sea de capital dinerario, ello demuestra lo asombrosamente poco que comprenden, incluso los mejores economistas burgueses, el mecanismo de su sistema”. Y en página 499 [635] se precisa que —y esto podría verificarse también durante la acumulación capitalista—, si la parte constante de la cuota de capital destinada a la producción de medios de consumo fuese mayor que I (v + pv) —el capital destinado a los salarios más el plusvalor de la cuota de capital destina la producción de medios de producción—, esto equivaldría a una sobreproducción en la primera esfera, "que sólo se podría compensar por una crisis catastrófica".

149

El argumento precedente desarrollado, de que la ampliación del mercado desplaza las contradicciones de la economía capitalista a una esfera más amplia y con ello las agrava, es aplicado por Engels en varias ocasiones, en el libro tercero, respecto a los fenómenos más recientes. En tal sentido son importantes las notas en pp. 97 y 27 [p. 460] de este libro. En esta última nota, que recapitula e integra lo dicho en la primera, la colosal expansión que han tenido los medios de comunicación desde el tiempo en que Marx escribía, y que son los que en realidad han creado el mercado mundial; la progresiva entrada de nuevos países industriales en competencia con Inglaterra y la inmensa expansión de la esfera de inversiones de capital europeo excedente, son señalados como los factores que "*han eliminado o fuertemente debilitado los antiguos focos de crisis y las ocasiones que las favorecían*”. Y aún más, después de haber caracterizado a los trusts y a los cárteles como instrumentos de limitación de la competencia en el mercado interno, y los aranceles proteccionistas de los que se rodean los países industriales, excepto Inglaterra, como “los armamentos para la campaña general y final de la industria que decidirá de la hegemonía en el mercado mundial”, Engels concluye: "Por donde cada uno de los elementos con que se hace frente a la repetición de las antiguas crisis lleva dentro de sí el germen de una crisis futura mucho más violenta.” Y así, mientras plantea el problema de si el ciclo industrial, que en la infancia del comercio mundial (desde 1815 hasta 1847) ha atravesado períodos aproximadamente quinquenales y desde 1847 hasta 1867, períodos decenales, no se ha modificado de modo tal que estaríamos "tal vez en la fase preparatoria de un nuevo crack mundial de una vehemencia inaudita”, Engels deja sin embargo abierta la alternativa de que la forma aguda del proceso periódico, con su habitual ciclo decenal, haya "cedido el puesto a una sucesión más bien crónica y larga de

períodos relativamente cortos y tenues de mejoramiento de los negocios y de períodos relativamente largos de depresión sin solución alguna”.

El tiempo transcurrido desde que fue escrita esta nota ha dejado el interrogante sin respuesta. Como no se han visto señales de un crack económico mundial de inaudita violencia, así tampoco podemos decir que los períodos de recuperación ocurridos a lo largo de este tiempo hayan sido particularmente efímeros. Nace, más bien, un tercer problema por otra parte ya implícito en el precedente: o sea, de si la expansión geográficamente gigantesca del comercio mundial, unida a la extraordinaria reducción del tiempo requerido para las informaciones y los transportes, no han aumentado hasta tal punto las posibilidades de *compensación* de los desequilibrios, y si el enorme aumento de la riqueza de los estados industriales europeos, unido a la elasticidad del sistema crediticio moderno y al nacimiento de los cárteles industriales, no han restringido de tal modo la *capacidad de reacción* de los desequilibrios locales o particulares sobre la situación general de los negocios, como para que sea necesario considerar altamente improbable, al menos durante un período bastante largo, la posibilidad de crisis económica generales del tipo de las precedentes.

150

Este problema, que yo expuse en un artículo sobre la teoría socialista del derrumbe, provocó reacciones de distinta naturaleza. Entre otros, dicho problema indujo a la Dra. Rosa Luxemburg a impartirme, en una serie de artículos publicados en la *Leipziger Volkszeitung* de septiembre de 1898, un curso de lecciones sobre el crédito y las posibilidades de adaptación del capitalismo. Me parece oportuno examinar aquí brevemente tales artículos, cuyo contenido ha sido retomado por otros periódicos socialistas, porque ' constituyen verdaderos modelos de falsa dialéctica, aunque sea manipulada con gran talento.[5]

---

[5] Los artículos fueron recogidos bajo el titulo de *Sozialreform oder revolution?* [¿Reforma social o revolución?] Sin embargo, Luxemburg no plantea la cuestión en los términos hasta el momento en uso en la socialdemocracia, es decir como alternativa entre las vías de realización del socialismo, sino en términos antitéticos, de modo que sólo uno —que según ella es la revolución— puede conducir a la meta. El muro entre la sociedad capitalista y la socialista, según ella, "no se derriba a través del desarrollo de las reformas sociales y de la democracia; por el contrario, se vuelve cada vez más sólido y más alto”. En consecuencia, la socialdemocracia, si no quiere hacer más difícil su propia acción, debería tratar de sabotear lo más posible las reformas sociales y la ampliación de las instituciones democráticas. El artículo que arriba a esta conclusión es introducido con una nota en la que se sostiene que las tesis por mí (y por Conrad Schmidt) defendidas y que afirman la evolución hacia el socialismo, no son otra cosa que "reflejos subvertidos de la realidad exterior”. “Una teoría que piensa introducir el socialismo a través de las reformas sociales —en la era de Stumm-Posadowsky y del control de los sindicatos sobre el proceso de producción— después de la derrota

151

Con respecto al crédito, Luxemburg sostiene que, lejos de contrarrestar las crisis, él sería precisamente el medio que las agudiza al máximo. Sólo el crédito tornaría posible la inmensa extensión de la producción capitalista, la aceleración del intercambio de mercancías y del ciclo del proceso de producción; debido a esta naturaleza suya, el crédito sería por tanto el medio más rápido para hacer explotar las contradicciones entre producción y consumo. Otorgaría a los capitalistas la posibilidad de disponer de capital ajeno, y por lo tanto el medio para las más audaces especulaciones. Pero una vez superada la paralización, las consiguientes restricciones crediticias tornarían más aguda las crisis. La función del crédito sería la de eliminar todo residuo de estabilidad en las relaciones capitalistas, y volver extremadamente flexibles, relativas y vulnerables todas las capacidades potenciales del capitalismo.

A decir verdad, todo esto no constituye precisamente una novedad para quien conozca un poco de literatura del socialismo en general y del socialismo marxista en particular. El único problema reside en si todo esto representa exactamente la situación objetiva actual o si la medalla no tiene también su reverso. En base a las leyes de la dialéctica sobre las que Luxemburg tanto se explaya, esto debería ser hasta obvio; y aún sin invocar las leyes de la dialéctica, se podría decir que una entidad capaz de asumir tantas formas, como lo es el crédito, debe actuar de distinto modo en diversas situaciones. El mismo Marx se refiere también precisamente al crédito no sólo desde el ángulo de su función destructiva. Entre otras cosas (libro III, 1, p. 429) le atribuye la función de “constituir la forma de transición hacia un nuevo modo de producción” y en relación a esta función destaca expresamente los "caracteres dobles del crédito”. Luxemburg conoce muy bien el pasaje en cuestión, y hasta reproduce la frase en la que Marx habla de la extraña mezcla —‘‘entre el charlatán y el profeta”— de los principales adalides del crédito (John Law, Isaac Pereira, etc.). Ella sin embargo se refiere exclusivamente al aspecto destructivo del sistema crediticio, sin gastar por el contrario una sola palabra respecto a la capacidad constructiva y creadora que Marx

---

de los metalúrgicos ingleses y la mayoría parlamentaria socialdemócrata, después de la revisión constitucional en Sajonia y los atentados contra el sufragio universal por la dieta imperial”, exclama Luxemburg. Ella sostiene, al parecer, que las teorías históricas no se construyen ya teniendo en cuenta la suma de fenómenos objetivos de toda la época y de todo el ámbito de los países avanzados, sino sobre la base de temporarias convulsiones reaccionarias en este o aquel país en particular; no en base a un balance global de todas las realizaciones históricas del movimiento obrero, sino atendiendo al éxito de una batalla aislada. No razonaba de otro modo aquel hombre que consideraba inútil la evacuación porque no lo inmunizaba contra la caída del árbol.

expresamente le atribuye. ¿A qué se debe esta amputación? ¿Por qué este extraño silencio sobre los "caracteres dobles”? Todo el brillante fuego de artificio dialéctico empleado para hacernos aparecer bajo la luz de las “cosas efímeras” la capacidad del crédito como medio de adaptación, se disuelve en humo cuando llega el momento de observar de cerca esta otra faz, frente a la cual Luxemburg se ensombrece y desvía.

Pero tampoco las proposiciones particulares de su demostración resisten un examen más atento. “Éste —se refiere al crédito— aumenta la contradicción entre modo de producción y modo de intercambio, en la medida en que al exponer a una tensión máxima a la producción paraliza a la menor ocasión el intercambio.” Muy bien dicho; lástima solamente que la frase pueda ser invertida como se quiera sin que pierda exactitud. Basta sustituir recíprocamente en su segunda fase los dos términos principales, y ella se demuestra tan veraz como antes. O bien se puede decir: el crédito suprime la antítesis entre modo de producción y modo de intercambio, en la medida en que reequilibra periódicamente las diferencias de tensión entre producción e intercambio, y se tendrá igualmente razón. “El crédito —se dice más adelante— aumenta la contradicción entre las relaciones de propiedad y de producción, dado que a través de la expropiación forzada de muchos pequeños capitalistas, reúne en pocas manos inmensas fuerzas productivas.” Si esta afirmación es cierta, no lo es menos la diametralmente opuesta. Puesto que si decimos que el crédito suprime la contradicción entre las relaciones de propiedad y de producción, en la medida en que a través de la unificación de muchos pequeños capitalistas transforma enormes fuerzas productivas en propiedad colectiva, no hacemos sino explicar un hecho repetidamente confirmado por la realidad. Respecto a la sociedad por acciones en sus formas simples y potenciadas, como ya vimos en el capítulo sobre la dinámica de los créditos, el hecho se torna aún más evidente. Si luego Luxemburg, para desmentirme, quiere remontarse a Marx, quien en el pasaje mencionado atribuye repetidamente al sistema crediticio la formación de una oligarquía cada vez más reducida de explotadores de la riqueza social, entonces podría replicar que Marx nunca dio ni podía dar la demostración empírica de esta afirmación, y hasta en cambio se refirió en muchas ocasiones a hechos que la contradicen. Esto sucede, por ejemplo, cuando en el capítulo 22 del libro tercero, que trata de la caída tendencial de la tasa media de ganancia, se remite al creciente aumento de los *rentiers* en Inglaterra comprobado por Ramsay (III, 1,

p. 346). Pero si Marx repetidamente se deja ganar por la confusión entre persona física y persona jurídica (ya que es ésta, en el fondo, la raíz de aquella hipótesis), no por ello la misma lo engaña acerca de la capacidad económica positiva del crédito. Esto es sobre todo evidente cuando se refiere a la cooperativa obrera, cuyo tipo característico para él es todavía la vieja cooperativa de producción —a la que denomina fábrica cooperativa—, y de la cual dice que reproduce y debe reproducir todos los defectos del sistema vigente. Pero, precisa Marx, la cooperativa obrera suprime positivamente también el antagonismo interno de la fábrica capitalista, y si ella es por tanto hija del sistema de fábrica que se basa en la producción capitalista, en igual medida es hija del *sistema crediticio*, basado también en la producción capitalista, y sin el cual sostiene Marx que la fábrica cooperativa no habría podido desarrollarse. El crédito "ofrece el medio para la gradual extensión de las empresas cooperativas en escala más o menos nacional" (*El capital*, III, 2, p. 18). Estamos aquí, de la manera más explícita, ante la invalidación de las afirmaciones luxemburguianas.

153

El hecho de que el sistema crediticio favorezca la especulación, es ya una experiencia secular; y también es viejísima experiencia el hecho de que la especulación no se detenga frente a la producción, cuando la forma y estructura de esta última es lo bastante desarrollada para favorecer su juego. Pero por su parte, la especulación está condicionada por la relación entre circunstancias previsibles e imprevisibles. En la medida en que prevalecen estas últimas, florece la especulación; en la medida en que son refrenadas por las primeras, se quita terreno a la especulación. Ésta es la razón por la cual las más alocadas explosiones de especulación se hallan en los *albores de la era capitalista*, y es ésta también la razón por la cual habitualmente la especulación celebra sus orgías disolutas en los países de más reciente desarrollo capitalista. En el terreno de la industria la especulación florece vigorosa sobre todo en los nuevos ramos de la producción. Cuanto más viejo es un ramo de producción de una industria moderna, tanto más —si se exceptúa la fabricación de determinados artículos de moda— el momento especulativo cesa de desempeñar un rol determinante, ya que se torna más preciso el control y más seguro el cálculo de la situación y de las oscilaciones del mercado.

Como es natural, se trata siempre de una seguridad relativa, pues la competencia y el desarrollo técnico excluyen la posibilidad de un control absoluto del mercado. Hasta cierto punto, la sobreproducción

es inevitable. Pero una sobreproducción en ciertas industrias no significa todavía una crisis general. Para llegar a una crisis de este tipo, es necesario que las industrias referidas, o bien sean consumidoras de productos de otras industrias en grado tal que las involucren en una eventual paralización con sus consecuencias, o bien que las primeras sustraigan a las últimas, mediante la parálisis del crédito general, los medios para continuar con la producción. Pero queda claro que cuanto más rico sea un país y desarrollado su organismo crediticio —lo cual no debe confundirse con una economía que haga hincapié en el crédito—, tanto más improbable se torna aquel último efecto. Precisamente en ese caso las posibilidades de compensación aumentan. En un pasaje que en este momento no logro ubicar, dice Marx —y la exactitud de la afirmación puede confirmarse con gran número de pruebas— que las contradicciones del mercado monetario se superan más rápidamente en su centro que en los distintos puntos de la periferia. Y al hacer esta afirmación, Marx tenía ante su vista, en la misma Inglaterra, a un mercado monetario mucho más centralizado que el moderno. Afirma aún (*El capital*, III, 1, p. 18) que con la extensión de los mercados los créditos tienen vencimientos en períodos cada vez más largos, de modo tal que el elemento especulativo está destinado a dominar siempre más las transacciones. Pero la revolución de los medios de comunicación, que entre tanto se ha verificado, ha compensado en este aspecto los efectos de las distancias espaciales.[6] Si a partir de esto no se puede decir que las crisis del mercado dinerario hayan sido eliminadas, sin embargo —y éste es el punto— las restricciones del mercado dinerario se han reducido notoriamente con la existencia de empresas comerciales ampliamente estratificadas y difícilmente controlables.

154

La relación entre las crisis dinerarias y las crisis comerciales no ha sido aún aclarada hasta el punto de poder afirmar, en un caso concreto de coincidencia de ambas, que haya sido la crisis comercial o bien la sobreproducción la causa directa de la crisis dinerada. En la mayor parte de los casos, evidentemente no fue la sobreproducción efectiva, sino la especulación quien paralizó el mercado dinerario y,

[6] Engels calcula en un 70-90% el acercamiento de América y de la India a los países industriales europeos con motivo de la apertura del Canal de Suez, el desarrollo de la navegación de transporte, etc., y agrega que a causa de esto, los "dos grandes focos de crisis desde 1825 a 1857... han perdido gran parte de su potencial explosivo" (*El capital*, III, 1, p. 45). En la p. 395 del mismo libro, Engels afirma que ciertas especulaciones vinculadas a maniobras crediticias, que Marx describe como factores de crisis del mercado dinerario, han sido extirpadas de la institución por la línea telegráfica transoceánica. Para un juicio sobre el desarrollo del crédito es importante también la rectificación que Engels ha interpolado en la p. 56 del Libro III, parte 1.

por este camino, presionó sobre la marcha general de los negocios. Esto se deduce a partir de los datos particulares que proporciona Marx en el libro m de *El capital*, obtenidos de las investigaciones oficiales sobre las crisis de 1847 y de 1857, y confirmado también por la documentación que el profesor Herkner muestra en su esbozo de historia de las crisis comerciales contenido en el *Handwörterbuch* der *Staatswissenschaften*. Ahora bien, la Dra. Luxemburg, basándose en los datos proporcionados por Herkner, deduce de los mismos que las crisis hasta ahora acaecidas no han sido verdaderamente crisis, sino apenas *enfermedades infantiles* de la economía capitalista, y que “no hemos entrado aún en aquella fase de plena madurez capitalista que es el presupuesto del esquema marxiano de las crisis periódicas’’. Según ella, nos hallamos “en una fase en la que las crisis no acompañan ya los albores del capitalismo, pero tampoco todavía su ocaso”. Esta fase sólo arribaría cuando el mercado mundial se hubiese desarrollado enteramente y no pudiese ampliarse más a causa de expansiones imprevistas. Solamente entonces el conflicto entre las fuerzas productivas y los obstáculos del intercambio se tornaría cada vez más áspero y tempestuoso.

Conviene observar al respecto que el esquema de las crisis, en o para Marx, no era una imagen del futuro, sino un cuadro del presente, del cual se esperaba únicamente que en el futuro se presentara bajo formas siempre más agudas y macroscópicas. Ahora bien, si Luxemburg le niega para todo el período anterior el significado que Marx le atribuye, y hace a partir de ella una deducción que no corresponde aún a la realidad, o sea una construcción lógica anticipada de un proceso basado en ciertos elementos todavía en germen, cuestiona de tal modo la prognosis marxiana del desarrollo social futuro, en la medida en que esta prognosis se basa en la teoría de las crisis. Pues si esta teoría no había sido aún verificada en la época en que fue elaborada, ni se ha verificado desde entonces hasta hoy, ¿cómo se puede sostener que su esquema sea válido para un futuro todavía lejano? Situarse en la época en que el mercado mundial habrá alcanzado su desarrollo integral, es una aventurada consideración teórica.

155

No sólo no se logra ver aún cuándo el mercado mundial alcanzará su desarrollo integral, sino que la misma Luxemburg no ignora ciertamente que existe una expansión no sólo extensiva sino también intensiva del mercado mundial, y que hoy esta última tiene un peso mucho mayor que la primera.

En la estadística del comercio de los grandes países industriales el

rol más importante es asumido indudablemente por la exportación hacia los tradicionales países importadores. El valor de las exportaciones de Inglaterra hacia toda el Asia austral (incluidas las colonias australianas. Nueva Zelanda, etc.) no alcanza ni siquiera el valor de sus exportaciones solamente a Francia; el valor de sus exportaciones hacia la América del Norte británica (Canadá, Columbia británica, etc.) no alcanza ni siquiera al de las exportaciones a Rusia; y hacia los dos sectores coloniales juntos, que sin embargo tienen una edad respetable, el valor de las exportaciones no alcanza a igualar al que corresponde al comercio con Alemania. El comercio exterior de Inglaterra con todas sus colonias, incluido el enorme imperio de la India, no representa ni siquiera un tercio de su comercio con el resto del mundo, y en lo que se refiere a los territorios conquistados en los últimos veinte años, la exportación hacia los mismos es ridículamente baja.[7] La expansión extensiva del mercado mundial progresa demasiado lentamente como para poder garantizar una suficiente salida al aumento efectivo de la producción, si precisamente los viejos países importadores no le ofrecieran un mercado siempre más vasto. Un límite para esta expansión intensiva del mercado mundial, que vaya al mismo paso de la extensión geográfica, no se puede establecer a priori. Si la crisis general es en realidad una ley inmanente de la producción capitalista, la misma tiene que verificarse ahora o en un futuro inminente. De otro modo la prueba de su ineluctabilidad se aloja en el cielo de la especulación abstracta.

156

Hemos visto que el crédito sufre hoy en medida no superior, sino inferior a la de otros tiempos, el tipo de contracciones que conducen a la parálisis general de la producción, y que en consecuencia, como factor de formación de las crisis, pierde cada vez más terreno. Pero en cuanto él es un medio de impulso artificial de la sobreproducción, a tal abultamiento de la producción se opone hoy, cada vez con mayor frecuencia, en los diversos países aquí o allí pero siempre a escala internacional, la *asociación de los empresarios*, que bajo la forma de cártel, sindicato o trust busca regular la producción. Sin abandonarme a profecías sobre la vitalidad y capacidades últimas del crédito, yo he

[7] He aquí algunas cifras relativas a 1895. De la exportación global, el 75,6% fue al exterior —de la que nueve décimos a los países tradicionales — y el 24,4% a las colonias británicas, por un valor global (bienes de tránsito incluidos) de 6,6 millones de libras esterlinas en la América del Norte británica, 10,7 millones en Rusia, 19,3 en Australasia, 20,3 en Francia, 32,7 en Alemania, 2,4 millones en toda el Africa Oriental y Occidental británica, o sea menos del 1,1% de la exportación global, que ascendía a 285.8 millones de libras esterlinas. En 1895, la exportación hacia el conjunto de las posesiones británicas ha aumentado en un 64,8% respecto a la de 1860; la que afluyó a los otros países, se incrementó en un 77,2% (cf. *Constitutional yearbook* de 1897).

reconocido su aptitud para influenciar las relaciones entre la actividad productiva y la situación del mercado hasta el punto de reducir el peligro de crisis. Y bien, Luxemburg niega también esto.

Ante todo ella niega que la asociación entre empresarios pueda generalizarse. Propósitos y efectos finales de la asociación serían, según ella, los de aumentar la participación de un sector en la ganancia bruta global obtenida en el mercado eliminando la competencia en el interior del sector mismo. Pero dado que un sector industrial sólo podría alcanzar tal objetivo a expensas de otro, esto tornaría imposible la generalización de la organización. “Extendida a todos los sectores de la producción, ella neutraliza su propia acción.”

Esta demostración se asemeja en todo a otra, desmentida hace ya largo tiempo, sobre la inutilidad de los sindicatos. Su base es infinitamente más caduca que la teoría del fondo-salario de venerada memoria. Es la hipótesis no demostrada, no demostrable o más bien demostrable como falsa, por la cual habría siempre en el mercado una masa de ganancia fija a repartir. Esto presupone entre otras cosas una determinación de los precios independiente de las oscilaciones de los costos de producción. Pero aun admitiendo que exista un precio determinado, y aún más una base tecnológica determinada de la producción, la ganancia bruta de un sector industrial puede aumentarse sin reducir automáticamente las ganancias de otro sector, y esto se obtiene a través de la reducción de los gastos improductivos, la abolición de la competencia desleal, una mejor organización de la producción y otras medidas del género. Que para este fin la asociación de los empresarios constituye un medio eficaz, es evidente. El problema de la repartición de la ganancia es la última de las razones que se opone a una generalización de las asociaciones de empresarios.

157

Otra razón que desmiente la capacidad de los cárteles de frenar la anarquía de la producción, según Luxemburg es la siguiente: que ésos tratan de alcanzar su objetivo —es decir la detención de la caída de la tasa de ganancia— tornando inactiva una parte del capital acumulado, y obteniendo así el mismo resultado producido, bajo otra forma, por las crisis. De tal modo, remedio y enfermedad se asemejarían como dos gotas de agua. Una parte del capital socializado a través de la organización se retransforma en capital privado, cada sector va en busca de su ventaja y “las organizaciones están destinadas entonces a desvanecerse como burbujas de jabón y a dejar el lugar nuevamente a una forma potenciada de libre competencia”.

Lo que significa presuponer que la amputación quirúrgica de un órgano afectado de gangrena y su destrucción por parte de la misma gangrena se asemejan "como dos gotas de agua", ya que en ambos casos el órgano resulta perdido. Pero el hecho de que el capital se torne inactivo por un fenómeno elemental como las crisis, o de que en cambio lo sea a causa de la organización de la industria, son dos cosas completamente diferentes, porque una significa una interrupción provisional y la otra una destrucción directa. Pero no está escrito en ninguna parte que un capital que se haya tornado excedente en un sector de la producción pueda ser empleado o deba buscar empleo solamente en ese mismo sector de la producción. Aquí, para variar, se supone que el número de los sectores productivos sea una magnitud fija establecida de una vez para siempre, lo cual contradice nuevamente la realidad.

Más seria es la última objeción de Luxemburg. Los cárteles, afirma, son inadecuados para dominar la anarquía de la producción porque los empresarios reunidos en un cártel, por regla general obtienen el aumento de su tasa de ganancia en el mercado interno operando de manera que la porción de capital que no puede ser empleada en éste, produzca para el exterior a bajísima tasa de ganancia. El resultado es un aumento de la anarquía en el mercado internacional, o sea lo contrario del objetivo propuesto.

"Por regla general", esta maniobra funciona sólo allí donde un arancel proteccionista asegura al cártel una cobertura que torna imposible al país extranjero retribuirlo con igual moneda. En la industria azucarera, que Luxemburg cita como ejemplo en favor de su tesis, es la forma potenciada del arancel proteccionista, o sea el premio a su exportación, lo que ha causado todas estas delicias. Pero es significativo que la agitación contra esta benéfica institución sea mucho más fuerte en los países que disfrutan de ella que en el país que carece de la misma y cuya producción de azúcar queda expuesta sin ninguna protección a la competencia de los países favorecidos por-los premios a la exportación y por los cárteles del azúcar: o sea en Inglaterra. Y los ingleses saben bien el porqué.

158

Indudablemente esta competencia premiada ha dañado en forma sensible a los refinadores ingleses, aunque quizás mucho menos de lo que se piensa, ya que el refinador inglés recibe también su materia prima, el azúcar crudo, previa sustracción del premio de exportación. Es por ello que mientras en 1864 fueron refinadas en Inglaterra solamente 424.000 toneladas de azúcar, en 1894 fueron refinadas 623.000 y en 1896, 632.000. Entre tanto, la producción, a decir

verdad, había alcanzado cifras todavía más elevadas (en 1884 ascendía a 824.000 toneladas), y si no fue posible mantener este alto nivel, en compensación la industria de transformación del azúcar (confituras, frutas acarameladas y almibaradas) ha tenido una expansión que compensa diez veces aquella recesión relativa. Desde 1881 hasta 1891 el número de personas ocupadas en las refinerías inglesas de azúcar no disminuyó, mientras que el ocupado en la industria de dulces casi se ha duplicado.[8] A esto es preciso agregar el fuerte impulso de la industria de elaboración de frutas y mermeladas, que se ha convertido en la actualidad en un consumo popular y que da ocupación a millares de obreros. Aunque los premios a la exportación del azúcar y otras maniobras del género jor parte de los fabricantes de azúcar del continente hubiesen legado a liquidar toda la industria inglesa de refinación —lo cual no es verdad—, de todas maneras la desocupación de alrededor de 5.000 obreros habría sido compensada por la conquista de una posibilidad de nueva ocupación para un número de obreros por lo menos ocho veces mayor. Y no hemos calculado la expansión que ha tenido en Inglaterra el cultivo de las habas, etc., como consecuencia del bajo precio del azúcar. Es absurdo pensar que los premios concedidos al azúcar de remolacha arruinaron a los cultivadores de caña de azúcar de las colonias inglesas, y que también los cultivadores de las Indias Occidentales no hacen más que lamentarse. Esta honorable clase se asemeja desagradablemente a aquella famosa de los productores agrarios menesterosos que siempre acaban puntualmente en la miseria. Es un hecho que Inglaterra importa de sus posesiones más caña de azúcar en la actualidad que en el pasado (de los 2.3 millones de quintales en 1890, la importación de azúcar de caña de las posesiones británicas se ha elevado a 3.1 millones de quintales en 1896) salvo que otras colonias han superado a las Indias Occidentales. En efecto, en 1882 las Indias Occidentales suministraban exactamente los dos tercios de toda la exportación proveniente de ¡as posesiones británicas, mientras que en 1896, ni siquiera llega a la mitad. Las ganancias de los cultivadores ciertamente han sido perjudicadas, pero esto no significa aún la ruina, a menos que ésta sobrevenga por un endeudamiento

[8] Los datos del censo son al respecto los siguientes:

Personas ocupadas		*1881*	*1891*	
Refinerías de azúcar:	hombres	4.285	4.682	+ 397
	mujeres	133	238	+ 116
Industria de confituras:	hombres	14.305	20.291	+ 5.986
	mujeres	15.285	34.788	+ 19.503

excesivo.

159

Pero aquí no se trata ni de negar los efectos nocivos del proteccionismo actual, en su forma simple o potenciada, ni de hacer la apología de las asociaciones empresariales. Nunca se me ocurrió afirmar que los cárteles, etc., sean la última palabra en relación al desarrollo económico y que sean a su vez aptos para eliminar definitivamente los antagonismos de la realidad económica moderna. Es más aún, estoy convencido de que en las naciones industriales modernas, donde los cárteles y los trusts son sostenidos y fortalecidos mediante aranceles proteccionistas, estos últimos están destinados efectivamente a convertirse en factores de crisis para la industria en cuyo seno nacen —y si no de inmediato, en todo caso finalmente también para el país "protegido". Se trata sólo de saber hasta qué punto los respectivos pueblos soportarán este tipo de economía. El proteccionismo no es un producto de la economía sino de la intrusión del poder político en la economía, con miras a lograr efectos económicos. De una naturaleza totalmente distinta es, en sí misma, la asociación industrial que asume la forma del cártel. Éste —aunque sea artificiosamente favorecido por los aranceles proteccionistas— nace en el mismo terreno de la economía, como un medio connatural de adaptación de la producción a las fluctuaciones del mercado. El hecho de que al mismo tiempo el cártel pueda volverse un medio de explotación monopólica está fuera de dudas. Pero del mismo modo es indudable que su función primaria es la de aumentar la eficacia de todos los antídotos tradicionales contra la sobreproducción. Con mucho menos riesgo que la empresa privada, el cártel puede proceder en períodos de saturación del mercado a una temporaria limitación de la producción, y está en mejores condiciones que la empresa privada de hacer frente a la competencia desleal del exterior. Negar esto significa negar las ventajas de la organización sobre la competencia anárquica. Y es esto lo que se hace cuando se refuta por principio que los cárteles puedan ejercer una acción modificadora en la naturaleza y en la frecuencia de las crisis. *Hasta qué punto* pueden hacerlo es por ahora un problema puramente conjetural, ya que las experiencias de que disponemos no son aún suficientes para permitir un juicio definitivo al respecto. Todavía son menos, en estas circunstancias, los puntos de apoyo con que podemos contar para definir desde ya las crisis generales futuras (tal como las pronosticaron originariamente Marx y Engels) como repeticiones acentuadas de las crisis de 1825, 1836, 1847, 1857 y 1873. Contra la conclusión abstracta de que estas crisis *deben*

repetirse en la vieja forma, nos pone en guardia el hecho de que mientras los socialistas desde hace años continuaban deduciendo una creciente *restricción* del ciclo industrial como consecuencia de la creciente del capital —un desarrollo en forma de *espiral*—, en 1894 Friedrich Engels se haya visto obligado a preguntarse exactamente lo contrario de la hipótesis tradicional, o sea si no se estaba en presencia de una nueva extensión del ciclo.[9]

160

La historia de cada industria en particular demuestra que sus crisis no coinciden siempre con las llamadas crisis generales. Quien relea en los libros primero y tercero de *El capital* las indicaciones que da Marx, sobre la base de la historia de la industria inglesa del algodón (libro I, cap. 13; libro III, cap. 6), encontrará allí la confirmación —corroborada por la historia reciente— de cómo este y otros grandes sectores productivos atraviesan fases de prosperidad y de recuperación que se suceden sin influenciar profundamente el conjunto de las demás industrias. Como ya vimos, Marx creyó individualizar en la necesidad de una renovación acelerada del capital fijo (de los instrumentos de producción, etc.) una base material de las crisis periódicas.[10] Ahora bien, es sin duda exacto que en esto último se oculta un importante momento de crisis. Pero no es, o mejor dicho no es *más*, exacto, que estos períodos de renovación coincidan temporalmente en las distintas industrias. Y con esto queda eliminado otro factor de la gran crisis general.

161

Al final de cuenta, nos queda como una adquisición simplemente lo siguiente: que la capacidad productiva en la sociedad moderna es mucho más fuerte que la demanda de productos, la cual está condicionada por la capacidad adquisitiva; que millones de personas viven en habitaciones insuficientes, están vestidas y alimentadas en forma insuficiente, si bien existen medios abundantes en condiciones de asegurarles la vivienda, el alimento y la vestimenta en forma suficiente; que en base a este desequilibrio se instaura en los diversos ramos productivos una sobreproducción crónica, debida a una producción efectiva de determinados artículos en cantidad superior al

---

[9] Aquí, como es natural, se habla siempre y solamente de la motivación económica de las crisis. Crisis producidas por acontecimientos políticos (guerras o serios peligros de guerra) o bien por malas cosechas en escala general —pues las malas cosechas locales no ejercen ya ninguna influencia en este aspecto— naturalmente son siempre posibles, como ya se dijo en el capitulo sobre la teoría del derrumbe.

[10] El uso del término "material" en el pasaje en cuestión (III, p. 164) no carece de interés para juzgar el modo en que Marx entendía este concepto. Según el uso moderno del concepto, explicar las crisis sobre la base del subconsumo seria tan materialista como motivarlas a partir de cambios en el proceso de producción, o mejor en los instrumentos de producción.

consumo —por ejemplo, más hilo del que pueden elaborar las industrias textiles—, o bien a una producción cuantitativamente no superior al consumo, pero superior a la capacidad adquisitiva; que de esto resulta una gran irregularidad en la ocupación de los obreros, lo cual vuelve extremadamente precaria su situación, los mantiene en un estado de permanente y degradante dependencia, y genera por una parte, trabajo excesivo, por la otra, desocupación. En fin, que entre todos los medios empleados actualmente para reaccionar contra la agudización extrema de este mal, los cárteles de empresas capitalistas representan, por un lado, en relación a los obreros, y por el otro, en relación al gran público, formas de asociaciones monopólicas que tienden a entablar combates, a espaldas y a costa de los obreros y del público, con análogas asociaciones monopólicas de otras industrias o de otros países, o también a adecuar arbitrariamente, mediante acuerdos interindustriales o internacionales, tanto la producción como los precios a su necesidad de ganancia. Virtualmente el antídoto capitalista contra las crisis lleva en sí los gérmenes de un nuevo y agravado *sometimiento* de la clase obrera, y al mismo tiempo de privilegios de producción que representan una forma más potente que los antiguos privilegios corporativos. Por esta razón me parece mucho más importante, desde el punto de vista de los obreros, advertir claramente las posibilidades de los cárteles v de los trusts, en lugar de hacer profecías sobre su “impotencia”. Para la clase obrera es una cuestión en sí secundaria la de saber si, a largo plazo, los cárteles lograrán alcanzar su objetivo primario, que es el de prevenir las crisis. Pero se torna una cuestión importantísima cuando a la crisis general se la vincula con toda una serie de expectativas para el movimiento de emancipación de la clase obrera. Ya que entonces la idea de que los cárteles no pueden hacer nada contra las crisis puede convertirse en la causa de funestas omisiones.

El breve esbozo de las interpretaciones marx-engelsianas de las crisis económicas, que ofrecimos al comienzo de este capítulo, junto con los hechos irrefutables que lo acompañan, bastarán sin duda para comprender que el problema de las crisis no es del tipo de los que se puedan liquidar categóricamente con un par de réplicas acreditadas. Lo único que podemos hacer nosotros es establecer cuáles elementos de la economía moderna favorecen las crisis y cuáles acaso las contrarrestan. Pero un juicio a priori acerca de la relación recíproca final de ambas fuerzas o sobre los desarrollos de tal relación, es imposible. Excepto que constituye sucesos externos e imprevistos que

provoquen una crisis general —y, como ya vimos, esto es siempre posible— no hay razón suficiente para deducir, en base a motivos puramente económicos, que tal crisis sea inminente. Los fenómenos de depresión de carácter local y parcial, son inevitables; en cambio, no lo es una paralización general, dada la organización y extensión actual del mercado internacional y dada especialmente la expansión de la producción de medios de subsistencia. Este último fenómeno tiene importancia particular para nuestro problema. Quizás nada haya contribuido tanto a atenuar las crisis económicas o a impedir su agravamiento como el derrumbe de los réditos y de los precios de los medios de subsistencia.

[De: Eduard Bernstein, *Die Voraussetzungen des Sozialismus und die Aufgaben der Sozialdemokratie,* Stuttgart, 1899, apartado d), pp. 66-82. Traducción de José Aricó.]

HEINRICH CUNOW

Zur Zusammenbruchstheorie [Contribución a la teoría del derrumbe] de Heinrich Cunow fue publicado en *Die Neue Zeit* durante los años 18981899 (año XVII, vol. I, pp. 356-64, 396-403, 424-30), en el marco del debate desarrollado a continuación de los artículos de Bernstein, aparecidos en la misma revista. La contribución de Cunow, de la que se reproduce el tercero y último parágrafo ("¿A dónde lleva nuestro desarrollo económico?"), que resulta el más interesante a los fines de la discusión sobre la "teoría del derrumbe", es particularmente significativo como documento de la reacción que el ala "ortodoxa" de la socialdemocracia alemana opuso al ataque de Bernstein.

Cunow no niega —como en cambio hará Kautsky, un poco después, en su réplica a Bernstein (cf. *Bernstein und das sozialdemokratische Programm*, Stuttgart, 1899, pp. 43 ss.) — que Marx y Engels tuvieran una "teoría del derrumbe" del capitalismo. Por el contrario, presenta a esta teoría, si bien para defenderla, precisamente en los mismos términos de un acontecimiento inevitable y fatal con que Bernstein la atribuyera a la socialdemocracia, para criticarla. El desarrollo capitalista está destinado, tarde o temprano, a dar cima a una grave crisis económica que se prolongará en una crisis general de la sociedad hasta concluir con el advenimiento del proletariado al poder. Resulta imposible decir si esta crisis 'tomará la forma de una guerra librada hasta el agotamiento recíproco entre las mayores potencias europeas, o bien si surgirá como culminación de un largo período de "estancamiento" económico. Lo que, según Cunow, es cierto, es que resulta inevitable y que en su curso nuestra "voluntad" y nuestros "deseos" no podrán nada. En tal sentido, el error de Bernstein fue conferir valor absoluto al carácter que tuvo el desarrollo capitalista en las últimas décadas del siglo. Él quedó impresionado por el curso relativamente tranquilo de ese desarrollo en relación con el curso tempestuoso de los años 30 y 40, cuando aún estaba en formación la gran industria en Inglaterra. En realidad, lo que Bernstein no comprendió fue que la marcha de este segundo período dependió esencialmente de la situación de privilegio y monopolio en que llegó a encontrarse la industria inglesa en el mercado mundial. Sin embargo en la actualidad, cuando ese monopolio inglés se está despedazando bajo los golpes de la gran

industria alemana y norteamericana, puede decirse que —terminado el período de estabilidad— el capitalismo ya entró en la fase final de la competencia a muerte entre los grandes estados industriales del mundo por el acaparamiento de los mercados de salida que aún quedan. En suma, el análisis de Cunow retoma todos los motivos en que ya insistiera Engels en sus últimos años: el fin del monopolio inglés en el mundo, la agudización de la lucha de clases en Inglaterra y los demás países, la inauguración de una era signada por guerras y luchas sociales. En cuanto al contenido económico cabal y concreto del discurso de Cunow, parece reducirse, tal cual se observó, a una inmadura teoría del "déficit de mercados", que podría encontrar apoyo en ciertos escritos de divulgación de Engels, pero que no tiene fundamento alguno en la obra de Marx.

[CONTRIBUCIÓN A LA TEORÍA DEL DERRUMBE]

¿A DÓNDE LLEVA NUESTRO DESARROLLO ECONÓMICO?

Si el desarrollo capitalista ha avanzado mucho más de cuanto resulta de los cálculos de Bernstein, es por otra parte indiscutible que la acumulación no se ha efectivizado según el rápido ritmo que Marx y Engels habían previsto para fines de los años cuarenta y que el primero de ellos considera hipotetizable aún en la época de la publicación del primer tomo de *El capital*. La razón de la falta de verificación del diagnóstico de Marx reside —según resulta de la consideración del camino recorrido hasta ahora por tal desarrollo— no en el hecho de que éste se haya equivocado al interpretar las tendencias del sistema económico capitalista, sino en el hecho de que Marx supuso erróneamente como campo de acción de aquellas tendencias, aun para el futuro, el mercado de ventas existente entonces, con las características específicas que implicaba su limitación, y por consiguiente concibió en cierto modo al desarrollo sucesivo como una mera prolongación del proceso que se estaba cumpliendo ante sus ojos. El error de la prognosis de Marx deriva, por lo tanto, en cierto modo del mismo procedimiento de ilación del que nació la opuesta visión de Bernstein, y precisamente del hecho de atribuir validez general a los efectos específicos de las tendencias económicas (que por nuestra parte llamamos leyes) que se manifiestan en determinada fase del proceso de desarrollo, y supone que los mismos permanezcan estables en todos los estadios. De este modo, Marx y Engels concibieron al “mercado mundial’’ de la época, y el contraste entre el rápido aumento de la productividad y la capacidad de consumo del mercado resultantes de la limitación de tal mercado de ventas, como un hecho dado, sin examinar si el efecto de tal contraste pueda sufrir modificaciones y también pueda el mercado de ventas ampliarse y diferenciarse con la acumulación capitalista y en base [al desarrollo] de las fuerzas productivas. En modo absolutamente idéntico, Bernstein deduce entonces, a partir de la situación del mercado de capitales y de la industria de los últimos decenios, que el actual ritmo y la actual dirección —mejor dicho, la dirección que él hipotetiza— del desarrollo económico se mantendrán inalteradas aún en el futuro, sin plantearse la cuestión de si existen las

condiciones para una ulterior expansión del mercado mundial, adecuada al desarrollo de la producción. Descuida completamente el hecho de que, así como cada período del desarrollo económico tiene sus leyes especificas, del mismo modo las tendencias de desarrollo no se realizan con la misma eficacia y vigor en cada fase. Fenómenos que al inicio de un proceso de desarrollo se presentan en forma muy aguda, pueden debilitarse en un estadio sucesivo, para irrumpir más tarde con renovada vehemencia.

166

Con esto naturalmente no se quiere afirmar que Marx haya sido tan poco previsor como el compañero Bernstein. Cuando Marx y Engels escribieron el *Manifiesto comunista*, el desarrollo capitalista vivía aún su período heroico, y ambos lo evaluaban en base a un período de desarrollo relativamente breve y en el marco de un campo de observación restringido. La gran industria no existía, salvo en Inglaterra, y no se podía prever entonces la expansión que el mercado mundial y el comercio inglés han asumido actualmente. De este modo, a Marx —aun cuando conociera a fondo los secretos del modo de producción capitalista— le sucedió lo que podría sucederle a un experto psicólogo que formule, en base a los más refinados estudios caracterológicos, un pronóstico sobre un joven que ingresa a la vida pública y que sucesivamente, sin embargo, encuentre que el mismo hombre ya adulto no responde completamente a sus previsiones, ya que él no había podido considerar algunos influjos manifestados sólo más tarde. Hoy, por el contrario, no son necesarias capacidades particulares para comprender que la expansión del mercado industrial, y aún más, del mercado de capitales, no podrá continuar creciendo siempre como en los últimos decenios. El carácter provisional de la situación económica actual, y sobre todo del dominio monopólico de Inglaterra, que aún subsiste en amplios sectores, es tan evidente que es preciso vendarse los ojos para considerar que el desarrollo tendrá en un futuro la misma marcha que en los últimos veinticinco años.

Ahora que es posible abarcar con la mirada el desarrollo de Inglaterra en la segunda mitad del siglo, no es necesario demostrar que si la situación de las ventas de la industria inglesa y, aún más, la posibilidad de inversión del excedente de capitales ingleses se hubiesen mantenido iguales a las de los años cuarenta y cincuenta, Inglaterra hubiera estado expuesta efectivamente desde hace mucho tiempo a un conflicto entre la capacidad de consumo de su mercado interno y externo y el gigantesco aumento de su acumulación capitalista. La ampliación, tanto sea extensiva como intensiva, del

mercado de Europa continental, la creciente capacidad adquisitiva de América —sobre todo de los Estados Unidos— de productos industriales ingleses después de los años sesenta, el engrandecimiento de las posesiones coloniales inglesas, con su consumo siempre creciente en los años setenta y ochenta, han dado oxígeno al mercado inglés de la industria y de los capitales. Si se observa en los *Statements of trade and navigation* el incremento de las exportaciones de mercancías de origen británico e irlandés (deduciendo, por tanto, la expedición de mercancías extranjeras, importadas por Inglaterra y luego reexportadas, y de los productos coloniales) hacia el exterior y las colonias, para el período 18601890 resulta un aumento de más del 93 por ciento.[1] Al respecto, se debe no obstante destacar que tales exportaciones permiten registrar sólo en mínima parte la influencia que la ampliación del mercado ha ejercido sobre la situación económica inglesa; todavía más importante es el espacio que gracias a esto se ha conquistado el capital inglés a través de ventajosas inversiones en todo el mundo, el aumento del comercio británico, no sólo como intermediario en la circulación de las mercancías entre Inglaterra y sus mercados de comercio, sino también entre todos los mercados, el enorme desarrollo de los medios de transporte, aparte de la lucrativa ocupación que las fuerzas de trabajo, disponibles a causa del desarrollo industrial, han encontrado en el comercio y en las comunicaciones con el exterior, en el servicio colonial y en empresas extranjeras, y finalmente, pero no en último lugar, la repercusión que tienen sobre el mercado interno las riquezas que de este modo afluyen a Inglaterra.

167

También Bernstein reconoce tal dependencia del mercado interno inglés respecto a la expansión del mercado interno. “Ciertamente —escribe en un comentario al artículo del Dr. J. Goldstein, ‘Berufsgliederung und Reichtum’, en *Die Neue Zeit*, año XVI, vol. 2, p.

[1] Indicamos a continuación el valor efectivo declarado del total de las exportaciones en mercancías del Reino Unido, en libras esterlinas:

	Al exterior	*A las posesiones británicas*
1860	92.226.392	43.664.835
1870	147.772.599	51.814.223
1880	147.806.267	75.254.179
1890	176.160.202	87.370.383
1897	153.544.645	80.675.063

El descenso de los últimos años concierne especialmente a la disminución del mercado en los Estados Unidos y en América Meridional, a consecuencia de la creciente competencia norteamericana, no así en la India y el continente australiano.

67— la riqueza proviene hoy fundamentalmente de la industria, y mientras que Inglaterra conserve en sustancia su posición económica en el mercado mundial, se puede prever también un creciente perfeccionamiento del mercado interno en el sentido expuesto por el autor. ¿Pero qué sucedería si tal posición sufriera graves sacudidas? ¿No depende acaso gran parte del mercado interno de las ventas al exterior en medida tan amplia como para derrumbarse por completo apenas estas últimas fuesen interrumpidas de golpe o aun solamente restringidas de modo estable?"

168

Por otra parte, la ampliación de los mercados externos no solamente ha creado una vía de desahogo para los inagotables excedentes ingleses, sino que también ha debilitado la tendencia al surgimiento de las crisis, en cuanto el desarrollo de los medios de transporte —vinculado con tal ampliación— y la facilitación de la circulación monetaria ha conferido una cierta movilidad al tráfico de mercancías, lo cual obstaculiza aun cuando no la impida por completo la acumulación de excesiva cantidad de mercancías en los puntos centrales y, por otra parte, y en la medida en que gracias a la subdivisión de las mercancías en un campo más vasto, de por sí muy heterogéneo, se ha experimentado una diferenciación ulterior del comercio internacional de mercancías. De este modo se confirma una vez más la experiencia de que una mutación cuantitativa provoca frecuentemente también una mutación en la conexión que vincula las partes singulares. Tal modificación de la situación del mercado se manifiesta sobre todo en el hecho de que la posibilidad de verificación de crisis industriales y comerciales de carácter general ha disminuido en gran medida. En su lugar, se han sucedido cada vez más numerosas crisis parciales, surgidas en una u otra parte que —dado que el mercado internacional no está casi nunca exceptuado de las mismas— no han experimentado una plena posibilidad de expresión, por lo que la precedente periodicidad de las fases de crisis y desarrollo se ha atemperado en una parálisis permanente. Si se compara la situación del mercado de Inglaterra de los años cuarenta y cincuenta con la actual situación del comercio mundial, no es difícil comprender tal cambio. No todos los vastos mercados actuales consumen la misma mercancía; más aún, cada rama industrial (y frecuentemente también cada subrama) tiene sus mercados más o menos particulares; la industria textil provee preferentemente a un mercado, la industria del hierro o la industria química a otro. En consecuencia, las parálisis comerciales de un mercado se hacen sentir en el mercado en su conjunto sólo como crisis parciales de aquellas

determinadas industrias que exportan en dicho mercado, y eventualmente de las actividades auxiliares estrechamente vinculadas con ellas. Si por ejemplo Inglaterra, por cualquier razón perdiese sus mercados para los productos textiles en la India y en el Extremo Oriente, con esto no perdería también los mercados que allí tiene para los productos de hierro; y aun en el caso de que la parálisis fuese tan intensa como para involucrar también a las operaciones relativas a los productos de hierro, las pérdidas provocadas a causa de esto podrían ser más que compensadas por la crecida demanda de otros importantes mercados de exportación. En ciertas situaciones, precisamente, la contracción de las ventas de una determinada rama provoca inclusive un aumento en las ventas de otra rama. Así, por ejemplo, el desarrollo de Rusia y de Japón en los últimos años, nos ofrece varias pruebas al respecto, el pasaje de un país a la fabricación de algodón y la contracción de las importaciones de productos terminados de algodón que se deriva de la misma, provocan por otra parte un aumento de la demanda de máquinas y artículos auxiliares necesarios para tal fabricación.[2]

169

Pero si, como el mismo Bernstein reconoce, la situación actual es en sustancia la consecuencia de la ampliación de los mercados ocurrida en los últimos decenios, surge entonces la siguiente pregunta: ¿Esta expansión intensiva y extensiva del mercado crecerá también en el futuro del mismo modo? A tal pregunta está estrechamente vinculada la otra referida a si nuestro desarrollo económico lleva hacia el derrumbe. Es indudable que por ahora la capacidad adquisitiva de algunos mercados es todavía susceptible de un aumento relevante: el Extremo Oriente, África y Oceanía pueden absorber un quantum de mercancías muy superior al actual; sin embargo, ya ahora se puede prever un límite cierto, y tanto más por cuanto hoy no se trata ya solamente de la industria y del capital financiero de Inglaterra; junto a ésta han surgido otros estados industriales, los que igualmente deben afianzarse en las exportaciones a fin de que su economía interna no se derrumbe. En primer lugar Alemania, que en algunos sectores ya ha superado al

[2] El mismo Engels refiere a estas causas la disminución de las grandes crisis, como por ejemplo, en el libro tercero de *El capital*, "A Inglaterra, que monopolizaba anteriormente la industria, se le han sumado una serie de países industriales competidores; a la inversión del capital excedentario europeo le están abiertos, en todos los continentes, territorios infinitamente mayores y más variados, de modo que se distribuye muchísimo mis, y así se supera con mayor facilidad la sobrespeculación local. En virtud de todo ello, la mayor parte de los antiguos focos de crisis y de ocasiones para la formación de crisis han sido eliminados o poderosamente debilitados.” [En Karl Marx, *El capital*, t. III/7, pp. 629-630.]

comercio inglés y cuya creciente competencia provoca ahora graves preocupaciones a parte de los grandes industriales ingleses; después los Estados Unidos de América, que ganan cada vez más terreno en relación al comercio inglés, en América Central y Meridional y cuya competencia todavía dispar está destinada a adquirir mayor importancia apenas se haya equipado a Cuba y Puerto Rico y haya obtenido en el archipiélago de las Filipinas una amplia base para el comercio en el Extremo Oriente. A esto agréguese el convulso, si bien afortunado, esfuerzo de Francia en Indochina y África, y por consiguiente el surgimiento de una gran industria para el consumo interno de India, Japón, Australia y, previsiblemente pronto, también en China, y finalmente la progresiva industrialización de Rusia. La industria rusa inicialmente comprometida de manera muy débil, en los últimos dos decenios y a partir del apoyo que le prestó la política aduanera rusa, ha adquirido no solamente algunos sectores del mercado interno, sino también ha dado los primeros pasos en China Septentrional, Persia y Medio Oriente. E indudablemente, apenas la proyectada red ferroviaria de Siberia Oriental y de Asia Central haya sido concluida, su competencia se hará valer en medida muy distinta especialmente en Asia, donde, más que en otra parte, la victoria en el campo económico dependerá de condiciones políticas.

170

El mercado actual y el que quizás pueda ser conquistado, ¿serán suficientes para las crecientes exigencias del mercado? Plantearse esta pregunta significa responder con un “no”. Solamente puede ser dudoso por cuánto tiempo todavía la forma de producción capitalista se mantendrá en cada país y en qué circunstancias tendrá lugar el derrumbe. Hoy no es todavía posible encontrar una respuesta bastante atendible para tales preguntas ya que, aunque se pudiese prever con precisión el ritmo del desarrollo económico de los próximos decenios probablemente los cálculos no resultarían, porque el momento del derrumbe no depende solamente del factor económico. Además se deben considerar también otros factores, por ejemplo, la situación financiera de estos últimos, las guerras entre los estados más avanzados y tantos otros aspectos. Los fenómenos actuales permiten solamente suponer como probable que, si la crisis no se verifica como consecuencia de una guerra europea llevada hasta el agotamiento de las partes en lucha, el derrumbe se verificará no de un modo imprevisto, sino como consecuencia de una paralización extendida progresivamente en todas las industrias. Ahora aquí, más tarde en otra parte, la industria verá limitarse sus exportaciones de las que depende su posibilidad de supervivencia,

mientras quizás otros sectores ganen temporalmente todavía un poco de terreno, hasta que presumiblemente se llegue a una situación general similar a la que ya hoy —en medida incomparablemente menor— existe en algunas ramas de nuestra agricultura: una decadencia económica de la que se puede escapar de un único modo: con la destrucción del sistema económico existente. "Esto es cuanto más probable”, objetará quizás Bernstein. Pero toda política de previsión a largo término, ¿no se funda acaso sobre un cálculo de probabilidades? Hasta hoy no se ha efectuado ninguna política de relieve que no haya extraído de las condiciones del presente las consecuencias para la situación futura. ¿Y acaso las objeciones de Bernstein contra la teoría marxiana del derrumbe no se fundan también sobre una hipótesis de probabilidad, o sea sobre el supuesto, aceptado a priori, de que las tendencias manifestadas en los últimos decenios en el desarrollo capitalista continuarán obrando también en el futuro como hasta ahora? El compañero Bernstein deberá reconocer que si tal hipótesis no se verifica, que si se modifican las condiciones que han predominado en el movimiento económico en el pasado más reciente, tampoco se verificarán sus conclusiones sobre la marcha ulterior del desarrollo. ¿De dónde deduce que el desarrollo avanzará por el camino que ha tomado desde hace algunos decenios? ¿Su convicción deriva del estudio del proceso de desarrollo de la economía capitalista que se ha experimentado hasta ahora, deriva de analogías de la historia económica, o de un cuidadoso análisis de las condiciones bajo las que debe cumplirse dicha previsión de un ulterior desarrollo? Nada de eso, dicha estabilidad es supuesta sin más, y por lo menos en sus escritos no se halla ni siquiera una sombra de prueba al respecto.

171

El error fundamental de la concepción de Bernstein consiste en esta falta de perspectiva histórica, en el mero atenerse al presente, y en esto también debe buscarse el origen de la afectada pretensión de superioridad realista de casi todos nuestros estudiosos burgueses de política social. Si bien todo desarrollo económico demostró hasta ahora que en cada fase de desarrollo, junto a las tendencias generales, resaltan siempre también particulares tendencias accesorias, estos señores imaginan el futuro desarrollo capitalista como una simple prosecución de la dirección que el movimiento económico ha tomado desde hace aproximadamente treinta años. Desde el punto de vista histórico, por lo contrario, en el desarrollo capitalista se pueden distinguir claramente tres estadios sucesivos: 1] la juventud de la gran industria, o sea la fase de la industria inglesa en

los años treinta y cuarenta; 2] la época del dominio monopólico inglés sobre el mercado mundial y del surgimiento de la competencia extranjera; 3] el período, que se prepara en estos momentos, de una despiadada lucha competitiva entre los estados industriales por los mercados existentes. Los dos primeros estadios muestran algunos caracteres diferentes, y solamente el futuro podrá enseñarnos si el desarrollo proseguirá en los próximos decenios por los carriles actuales. Por ahora, el movimiento parece muy poco dispuesto a enderezarse según las previsiones de Bernstein y de los estudiosos burgueses de política social.

Otra cuestión es la de si el derrumbe del sistema capitalista estará en todas partes vinculado a una violenta revolución po lítica, a semejanza de lo que ha sucedido con el fin del feudalismo en Francia. A esto no se puede dar anticipadamente ninguna respuesta. Precisamente, sí y en qué medida la violencia, para usar la expresión de Marx, será la portadora en los distintos países del nuevo orden social, dependerá de la configuración futura de las relaciones políticas, y hoy aún no se puede conocerla. Quisiera únicamente rebatir una opinión que en los últimos meses he oído expresada un poco en todas partes, cual es la de que en Inglaterra el fin del sistema capitalista se cumplirá "muy probablemente'' de modo pacífico. A mi parecer, a este respecto se puede hablar solamente de una cierta posibilidad. Para fundar tal "probabilidad" se nos remite a la fuerza de los sindicatos ingleses, a la actitud inteligente de la burguesía inglesa frente a las reivindicaciones obreras, a la influencia de la filantropía inglesa y otras argumentaciones por el estilo. Es cierto que desde este aspecto, Inglaterra ocupa una posición privilegiada; sólo que no logro ver en la condescendencia que los industriales y grandes comerciantes ingleses demuestran frente a los reclamos de sus obreros, una característica específica del "carácter nacional inglés" o una específica "inteligencia política-social superior" del mundo de negocios inglés. También esto, a la par de todas las demás relaciones políticas, es el resultado de un particular desarrollo económico de Inglaterra, en primer lugar de su precedente dominio monopólico sobre el mercado de capitales y de mercancías. De tal monopolio, además del empresario inglés ha extraído beneficios, aunque no en la misma medida, también el obrero inglés. Y aquello que en las relaciones laborales inglesas nos es señalado continuamente como un resultado positivo del más elevado estadio del desarrollo industrial de Inglaterra, no es simplemente un resultado de tal estadio más elevado, sino más bien, del paso a tal estadio en condiciones

totalmente particulares, anormales respecto a las relaciones existentes en el continente.[3]

172

Pero si la actual situación social del obrero inglés se debe fundamentalmente a la posición de monopolio que Inglaterra ha mantenido hasta ahora, es también probable que con la pérdida de tal posición privilegiada resulten modificadas las relaciones de ¡ trabajo inglesas. Ya en los últimos tiempos se puede observar cómo

en las ramas particulares —recuerdo solamente la lucha de los integrantes de la industria mecánica—, las coaliciones de los prestadores de trabajo ingleses han combatido con inusitada obstinación las reivindicaciones obreras. Indudablemente tal espectáculo ha de repetirse muy pronto, apenas los obreros ingleses de aquellas industrias expuestas a una áspera competencia en el mercado mundial osen proponer' una importante reivindicación. Hasta ahora, en la mayor parte de los casos el industrial inglés estaba en condiciones de poder compensar con un aumento de los precios de sus productos los mayores costos de producción resultantes de la reducción del horario de trabajo y del aumento de salarios. Sus competidores en el tráfico de mercancías eran sus propios conciudadanos, quienes producían en condiciones iguales o totalmente análogas a las suyas; si los costos de producción aumentaban para él, también aumentaban casi siempre para los otros. Pero la cosa se torna totalmente distinta apenas se presentan en el mercado mundial los competidores de estados industriales extranjeros, quienes producen en condiciones por completo distintas. Se trata entonces de mantener la delantera y de no debilitar la propia capacidad de competencia. También en esto estoy de acuerdo con el compañero Bernstein, quien en un informe sobre la huelga del personal de las industrias mecánicas inglesas (*Vorwärts*, 1898, núm. 21), remite directamente la intransigencia de los industriales ingleses al hecho de que éstos, de haber aceptado las reivindicaciones de los obreros, habrían sido abatidos en el mercado mundial-

173

Fenómenos excepcionales —escribe en su informe— suelen tener causas excepcionales. Si los fabricantes olvidan la evidente diversidad de sus

[3] El mismo Bernstein, por lo que veo, considera que la buena situación del obrero inglés depende de la expansión de las exportaciones inglesas. Por ejemplo, en el ya citado análisis del libro de Goldstein (*Die Neue Zeit*, XVI, 2. p. 58! escribe: "El consumo de los obreros ingleses ha aumentado progresivamente con el incremento de las exportaciones; un artificioso impedimento de éstas habría significado simplemente un impedimento del desarrollo de la industria y del mejoramiento de las condiciones de los obreros."

intereses, deben ser amenazados intereses más profundos, intereses que son comunes a todos ellos y a los cuales no pueden renunciar. Las declaraciones de los fabricantes a tal propósito son conocidas. Aquello que los obligaría a una defensa tan extraordinaria, sería la política de los sindicatos respecto a la cuestión del personal de las industrias mecánicas. Si esta política los superara, Inglaterra no estaría en condiciones de sostener la competencia en el mercado mundial; y constituiría un impedimento absoluto para una racional gestión empresarial, impediría a los fabricantes ingleses mantener sus fábricas a la altura de la época.

Al final de su artículo del número 18 de *Die Neue Zeit*, como así también en el artículo *Intermezzo crítico*, pp. 748 y ss., Bernstein afirma, por otra parte, que nosotros no tendríamos razón alguna para auspiciar un próximo derrumbe del sistema actual porque la fractura de las empresas, que aún hoy existe, nos pondría frente a una tarea irrealizable. Es totalmente incomprensible el valor que pueda tener tal objeción en una discusión científica sobre la validez de la visión marxista del proceso de desarrollo capitalista. Esto podría encontrar una justificación si se trata de provocar el derrumbe mediante la fuerza, mediante cualquier método violento, a través de una insurrección, una huelga general, etc. Pero en el caso en cuestión, no se habla precisamente del empleo de tales métodos; se trata solamente de saber si existen o pueden existir las condiciones para un derrumbe, y a este respecto nada deciden ciertamente nuestras voluntades ni nuestros deseos. El eje de todo el problema es si nuestro desarrollo económico’impulsa a las tendencias que en él operan hacia una catástrofe general; y todo nuestro deseo no tiene mayor peso que el deseo de cualquier otro partido, por ejemplo, de los nacional liberales o dé los antisemitas. Hasta ahora, en todas las grandes rebeliones, en la revolución inglesa no menos que en la francesa, la parte victoriosa se ha encontrado frente a dificultades que parecían casi ‘‘irresolubles”, frente a las cuales, bien o mal, tenía que rendir cuentas, como fuese. Y las cosas no serán distintas tampoco para la futura revolución proletaria. También ésta pondrá a las masas frente a tareas que hoy no podemos ni siquiera imaginar; y como en el pasado no faltarán errores ni contragolpes. De esto no puede dudar ninguno de aquellos que se han ocupado de historia social. Pero todo esto no es razón suficiente para que el derrumbe no se verifique. Por otra parte, no sabemos todavía bajo qué constelación política y económica se realizará la subversión. Pero en todo caso, es cierto que la gigantesca lucha de competencia, que es inminente en el mercacfcT'mundial, no estará exenta de reacciones

modificadoras aun sobre el conjunto de nuestras relaciones internas.

[De Heinrich Cunow, “Zur Zusammenbruchtstheorie”, en *Die Neue Zeit*, año 1898-1899, vol. 1, pp. 424-430. Traducción de Conrado Ceretti.]

CONRAD SCHMIDT

El ensayo de Conrad Schmidt que publicamos, apareció en 1901 en *Sozialistiche Monatshefte* (año V, vol. II, pp. 669-682) con reseña de la traducción alemana del libro de Tugán-Baranovski, *Studien zur Theorie und Geschichte der Handelkrisen in England* [Estudios sobre la teoría y la historia de las crisis comerciales en Inglaterra], publicado en Jena el mismo año. Schmidt. que considera al economista ruso como un "marxista en sus concepciones fundamentales", somete a crítica su teoría según la cual las crisis derivarían de simples "desproporciones" entre los distintos sectores de la producción. La teoría de Tugán, escribe, implica que a la sobreproducción en una rama se le contraponga la subproducción en otra y, por lo tanto, que si en una esfera se produjo demasiado, en las otras se produzca demasiado poco con relación a la demanda efectiva. Para Tugán, por ende, todo depende de la ausencia de un plan en la distribución de las inversiones entre los distintos sectores de la producción. Si se respetaran las proporciones, producción y consumo y oferta y demanda siempre estarían en equilibrio recíproco. En realidad, lo que Tugán no considera es que —incluso cuando el capital se distribuye proporcionalmente entre los distintos sectores de la producción— seguiría quedando por demostrar que al aumento de la producción global le puede corresponder un aumento igual de la demanda efectiva y, por lo tanto, del consumo. Sentada esta crítica, Schmidt procura demostrar que, contrariamente a la teoría de Tugán-Baranovski, hay que buscar precisamente en el *subconsumo* el punto esencial de la explicación de las crisis. Con su oposición a cualquier aumento de los salarios, los capitalistas tienden a mantener el poder adquisitivo de las masas en el más bajo nivel posible, mientras que al aumentar cada vez más sus propias utilidades, también aumenta la masa del capital que está en la búsqueda de inversiones productivas. En tales circunstancias, como la capacidad de consumo de las masas no está a la par de la acumulación, la venta de las mercancías se vuelve cada vez más difícil, y de esto resulta que la intensificación de la competencia determina una creciente presión sobre los precios y una progresiva disminución de la tasa media de ganancia. De tal modo, el capitalismo va camino de volverse cada vez más desventajoso y arriesgado para la mayoría de los empresarios

privados, mientras que al mismo tiempo empeorarán las condiciones de los trabajadores y engrosarán cada vez más las filas del ejército industrial de reserva. En este punto, cabría esperar que Schmidt concluyera con una reafirmación de la "teoría del derrumbe", cuya presencia da por cierta en la obra de Marx. Pero se declara de acuerdo con Tugán —como lo hiciera con Bernstein (a quien dio su solidaridad en pleno debate sobre el "revisionismo”) — en rechazar esas visiones “proféticas” y "apocalípticas". Lo que induce a Schmidt a disociarse de la “teoría del derrumbe” son —aparte de sus reservas para con muchos aspectos del análisis económico de Marx, desde la teoría del valor trabajo hasta la ley de la baja tendencia] de la tasa de ganancia— sus posiciones de principio en filosofía, que, como en el caso de Bernstein, están caracterizadas por la adhesión a la ética kantiana y el repudio a cualquier forma de determinismo materialista. Desde este punto de vista, la explicación de las crisis por el subconsumo se suelda orgánicamente en Schmidt con su perspectiva política reformista. En efecto, si bien la lógica del sistema tiende a mantener en el más bajo nivel posible el poder de consumo de las masas y, por lo tanto, a agravar cada vez más el desequilibrio entre producción y consumo, Schmidt piensa que las masas trabajadoras podrán ser capaces, a través de las sociedades obreras y de las luchas políticas contra los capitalistas, de aumentar sus ingresos y por lo tanto la demanda de consumo, de manera de invertir la tendencia fundamental del capitalismo. Con otras palabras, no se dice que el aumento de los ingresos de los trabajadores deberá siempre quedar a la zaga del aumento de los ingresos y de la acumulación de la clase capitalista, pues al organizarse a nivel sindical y político, la clase obrera puede modificar la lógica del sistema, eliminando de raíz aquellos desequilibrios sobre cuya base se construyeron las "profecías catastróficas” acerca del "derrumbe" del capitalismo.

177

[CONTRIBUCIÓN A LA TEORÍA DE LAS CRISIS COMERCIALES Y DE LA SOBREPRODUCCIÓN]

Las ideas de carácter general que desarrolla Tugán-Baranovski en el capítulo sobre el ciclo industrial y sobre la periodicidad de las crisis son claras y simples y prácticamente no son controvertidas en el campo marxista. El autor discute en ellas la interdependencia entre los altibajos del funcionamiento industrial y las repentinas expansiones que experimenta el arsenal general de la producción capitalista (instalaciones fabriles, maquinarias, construcciones ferroviarias, consumo de carbón, etc.). Cada año, no sólo los capitalistas industriales sino también los otros sectores acomodados de la sociedad acantonan porciones importantes de sus ganancias, colocándolas en inversiones fructíferas. Esa acumulación del capital de crédito — que, mediante la intermediación de la banca, está siempre disponible para todos los posibles fines industriales— se cumple sin interrupción. En los períodos de depresión, cuando todos los sectores de la producción parecen completamente saturados y la industria no presenta posibilidad alguna de ganancias importantes, el flujo se detiene. La masa del capital de crédito disponible, que no encuentra aplicación en la industria, presiona sobre la tasa de interés. El dinero tiene buen mercado. Cuando, en cambio, en los ramos decisivos —que, conforme a la acertada expresión de Bagehot, son hoy los *instrumental trades*, es decir las industrias que trabajan para los equipamientos productivos— la coyuntura mejora, dada la estrecha vinculación que liga todas las ramas de la economía nacional, el nuevo impulso se difunde al medio involucrando ámbitos cada vez más amplios. *El capital* disponible, al que ahora —merced a la más voluminosa facturación industrial— parecen ofrecerse por todas partes oportunidades altamente remunerativas, se vuelca masivamente en la producción, disfrutando al máximo de las tendencias a la expansión que ya existían y empujándolas bastante más lejos que lo que la situación requeriría. Los precios aumentan; nuevas iniciativas industriales —que demandan suministros de materiales de construcción, máquinas, etc.— se desarrollan por todas partes rápidamente. Semejante aumento súbito de la capacidad productiva se verifica de manera no planificada, sobre la base de la coyuntura del momento y con fines especulativos, sin tener en cuenta si la demanda podrá, siquiera más tarde, seguir el paso al volumen creciente de la producción. Tarde o temprano esta desproporción se manifiesta: las nuevas iniciativas se disipan, y con ellas disminuye

también la demanda de “máquinas, instrumentos, hierro, ladrillos, madera de construcción". En los ramos que suministran tales productos, los empresarios, que habían ampliado sus empresas según el súbito aumento de la demanda, no pueden volverse atrás de repente. La sobreproducción y la caída de los precios, las pérdidas y las quiebras en gran escala acompañan inevitablemente a la disminución de la demanda, y el desmoronamiento de uno arrastra consigo el de otros en el mismo ramo o en los estrechamente conexos. La perturbación de la proporcionalidad entre oferta y demanda en un sector propaga sus efectos en oleadas a los sectores vecinos. Por otra parte, como observa Tugán-Baranovski, las crisis comerciales propiamente dichas suelen ser precedidas, a menudo en muchos meses y hasta en años, por las crisis de bolsa. En efecto, cuanto más poderoso es el empuje industrial, tanto mayor es la demanda de dinero por parte de la industria y tanto más alta, por ende, la tasa de interés del capital crediticio. En tal situación, es tanto más fácil que una estrechez monetaria resulte fatal para una especulación bursátil que actúa al descubierto y empuja cada vez más arriba la cotización de los títulos. En esta forma, el ambicioso edificio puede desmoronarse en pocos días.

178

Hasta aquí, como se dijo, todo es claro y está conforme con los convencimientos generales hoy predominantes, en especial con los de los marxistas. Una naturaleza *peculiar* es sólo la que presenta la teoría —ya enunciada en el primer capítulo y siempre ratificada después— sobre las causas fundamentales de las crisis en la economía capitalista, según la cual la *causa* común y *única de todas las crisis debería buscarse en la desproporción de la distribución del capital entre los diversos sectores*. El hecho de que en uno o varios ramos se produzca por encima de las justas proporciones aparejaría estancamiento de los negocios y pérdidas que, en virtud de la interdependencia de toda la producción, se reflejarían en las actividades vecinas transformando así la sobreproducción parcial en sobreproducción general. Pero si el nuevo capital que afluye a la industria pudiera distribuirse entre los diferentes ramos de manera adecuada a la demanda efectiva y duradera de mercancías, resultaría posible según nuestro autor, justamente gracias a eso, eliminar en sus raíces todas las sobreproducciones y todas las crisis. En la economía capitalista, la producción se vuelca continuamente en sobreproducción únicamente porque la falta de planificación que es inherente a la competencia excluiría, en ese tipo de economía, semejante adecuación, segura y permanente, de la producción a la

demanda.

Ante todo, cabría esperar que Tugán-Baranovski, al atribuir toda sobreproducción a una “división no proporcional de la producción social", pudiera probar que a la saturación de algunas ramas le corresponda una producción insuficiente en otras, que si en algunos sectores se produce demasiado, en otros se produce poco en relación con la demanda provista de capacidad adquisitiva. Pero él mismo sabe bien —por el contrario— que esa prueba es imposible, que en la economía capitalista todas las ramas, por regla general, están ya plenamente cubiertas. En tal situación, ¿cómo es posible repartir proporcionalmente entre las diferentes ramas el capital acumulado y que busca nuevas oportunidades en la industria, cuando —adondequiera se dirija— encuentra una demanda ya satisfecha?

179

Suponiendo que el capital no se vierta, en un momento de coyuntura favorable, en aquellas pocas ramas que han merecido el primer plano desde el punto de vista de los intereses, sino que se distribuya proporcionalmente entre toda una serie de actividades productivas, ¿qué se ganaría con ello? ¿Cómo puede estar seguro Tugán-Baranovski de que en este caso el aumento de la producción, y por consiguiente, el aumento de la oferta, podrá contar con un adecuado aumento de la demanda? Tal cosa *puede* ocurrir, pero también puede *no* ocurrir. ¿Con qué certidumbre puede afirmarse que cuanto más amplia sea el área —el número de ramos— en que se distribuye el flujo de capital, tanto más leve ha de resultar —manteniéndose invariadas las restantes condiciones— el incremento de la producción en cada ramo determinado? La importancia limitada y la relativa simetría del incremento de producción que se registra en todos los sectores significarían únicamente que ninguno de ellos queda expuesto en una medida *particular*, y en grado considerablemente *superior a los demás*, a una sobreproducción. De esa relativa nivelación de la producción de las diferentes ramas no se deduce en absoluto que el incremento más leve de la producción en determinados sectores no pueda originar también retracciones y estancamientos, que en su conjunto y por sus efectos son equivalentes a una sobreproducción normal, es decir a la provocada por un aumento excepcionalmente intenso de la producción en algunos ramos. El mal se corregiría en su manifestación más evidente, en su explosión más dramática, pero podría tranquilamente seguir existiendo. A esto se agrega el hecho de que la naturaleza misma de la producción social excluye una subdivisión proporcional de la misma, es decir una división que se adecúe totalmente a la demanda. La

producción no puede adecuarse en forma precisa a la demanda aunque sólo fuera por el hecho de que esa demanda —al menos la de materiales y medios de producción— no crece en forma continua según ninguna ley determinada, sino que se expande y se contrae repentinamente según la coyuntura general del mercado. La producción, profundamente condicionada por las instalaciones productivas, por las fábricas y la maquinaria ya existentes o de nueva instalación, no puede adecuarse a estos altibajos súbitos del mismo modo que el aumento de población no puede seguir los altibajos de la demanda de trabajo del capitalismo. La proporcionalidad de hoy es la no proporcionalidad de mañana.

180

Esto, por otra parte, también lo plantea Tugán-Baranovski. Su tesis, según la cual toda sobreproducción se derivaría de la distribución no proporcional del capital acumulado que afluye a la industria, y únicamente de ese factor, asume un significado preciso y evidente sólo con la *consecuencia negativa que de ella se deriva, a saber: que el modo de distribución de la renta nacional entre capitalistas y clase obrera no tendría ninguna importancia directa en la generación de la sobreproducción*. La pobreza de las masas podría continuar siendo tan grande como es, y la limitación de su demanda de bienes de consumo no restringe en los hechos la capacidad de expansión de la producción. Ésta es —y aquí TugánBaranovski retoma en su análisis el esquema de la transferencia capitalista de las mercancías elaborado por Marx en el libro segundo de *El capital*— una producción tanto de medios de consumo como de medios de producción. Por consiguiente, una limitación de la demanda de medios de consumo no es lo mismo que una limitación de la demanda de mercancías. La disminución de la demanda de medios de consumo siempre puede compensarse con un aumento de la demanda capitalista de medios de producción. El efecto final es solamente una diferente subdivisión de la producción de medios. Éstos son los argumentos, permanentemente repetidos, con los cuales Tugán-Baranovski sale a la liza contra la antigua opinión, también compartida por Marx, que ve en el *infraconsumo de las masas* no sólo la explicación de las crisis, sino también un momento extraordinariamente importante de la formación de las crisis mismas. Pero los dos tipos de demanda —la demanda de medios de consumo y la de medios de producción— ¿tienen efectivamente la misma importancia para el funcionamiento del sistema capitalista? ¿No ocurrirá que toda demanda de medios de producción constituye por su propia naturaleza una demanda relativa, es decir una demanda que

se da cuando el capitalista no considera que podrá vender a su vez los bienes fabricados con el auxilio de tales medios de producción, mientras que la demanda de medios de consumo constituye la demanda *definitiva* y *absoluta* que, como su propio nombre lo denota, se da con miras al consumo y no de ninguna ulterior transferencia de los bienes adquiridos? ¿Acaso esta profunda diferencia, ínsita en la naturaleza de la demanda, no desazona todas las artificiosas deducciones de nuestro crítico?

181

La *demanda relativa*, la de los medios de producción, puede expandirse únicamente sobre la base y en estrecha conexión con esa *demanda definitiva*. La demanda de medios de producción es inicialmente sólo una demanda de materias primas, de materiales auxiliares y de máquinas en las ramas que producen bienes prontos para el consumo. Está claro, por lo tanto, que los capitalistas están en condiciones de adquirir sus bienes instrumentales únicamente en la medida en que existe para sus productos destinados al consumo una demanda suficientemente amplia y dotada de una adecuada capacidad adquisitiva. La venta a los consumidores determina la extensión que puede asumir la fabricación de los medios de producción en el ramo interesado. Por otra parte, las empresas que desarrollan ese trabajo directamente preparatorio respecto del consumo tienen necesidad a su vez de un adecuado aprovisionamiento de medios de producción, de materiales, de maquinarias, etc., que deben recibir de otras empresas, y así sucesivamente hasta el infinito. Se trata de una demanda —incluso la de medios de transporte y de comunicación necesarios para el movimiento de las personas y de las mercancías— que se funda siempre en la demanda de los bienes de consumo. Los "objetivos de producción'' conforme a los cuales se produce son objetivos que, en último análisis, resultan de algún modo de la demanda de bienes de consumo; y resultan comprensibles solamente en relación y en referencia continua con la demanda de bienes de consumo. La demanda definitiva, o sea la demanda de bienes de consumo, es la fuerza vivificante que, obrando sobre todos los planos de la economía, mantiene en movimiento el intrincado laberinto de la producción.

Incluso el hecho de que la especulación provoque múltiples expansiones repentinas de la producción en ramas bastante alejadas del consumo inmediato, sin que las mismas sean *precedidas* por una correspondiente expansión de la demanda de base de los bienes de consumo, es cosa que nada prueba contra la interdependencia

aludida. A la inversa, el hecho de que tales expansiones de la producción de los medios de producción, desvinculadas de la demanda de medios de consumo, desemboque rápidamente en crisis y en sobreproducción, parece en efecto una confirmación sumamente clara de la fuerza y eficacia de esa interdependencia. En realidad, si la demanda de materias primas, de máquinas, de bienes de capital —exasperada en tales períodos de empuje— fuera una fuerza económica por decirlo así independiente de la demanda definitiva, es decir de la demanda de bienes de consumo; si no tuviese importancia que, en definitiva, la demanda de bienes de consumo acoja o rechace los intercambios que le impone esa expansión de los bienes de producción, ¿no cabría preguntarse por qué tal proceso de expansión ha de encontrar siempre límites inmediatos?

182

Para explicar del modo más simple la relación fundamental que aquí nos interesa, podemos partir de la comprobación de que la demanda de medios de consumo de las personas individuales está limitada a priori por su ingreso monetario. Pero mientras la población pobre, y sobre todo la clase obrera que depende del capital, constreñida por las relaciones existentes, sostiene la demanda de bienes de consumo con la totalidad de sus ingresos, los sectores acomodados, y ante todo la verdadera clase capitalista propiamente dicha, dedican a la demanda de bienes de consumo solamente una parte de sus ingresos y capitalizan el resto. Esta otra parte de sus ingresos, que se capitaliza reinvirtiéndose en la industria, también acrece la demanda de mercancías; no la demanda de bienes de consumo, sin embargo, sino la de bienes de producción, que deben ser transformados en nuevos productos y venderse con ganancia. En la medida en que los nuevos productos son inmediatamente bienes de consumo, el volumen de la demanda queda limitado a priori, por una parte por los *ingresos totales* de la clase trabajadora (y de sus apéndices), y, por otra, por la *parte del ingreso* que la clase capitalista (y sus apéndices) destinan a su propio consumo (suntuario). Un aumento de la producción de bienes de consumo más allá de esta medida (prescindimos para fines de simplificación, acá y más adelante, de la exportación) se transformaría en sobreproducción, manifestada en estancamiento de las ventas y en merma de los precios; una producción que supera no las necesidades (de hecho las necesidades de los obreros se satisfacen sólo en un grado extremadamente exiguo), sino las necesidades respaldadas por capacidad adquisitiva: las únicas que tienen importancia para la economía capitalista. Por otra parte, sin embargo, esa limitación de la

demanda de bienes de consumo fija también límites muy precisos al desarrollo que puede imprimirse a la producción del capital acumulado que afluye al sector de la fabricación de los bienes de producción: una superación de tales límites —dado que en último análisis toda la producción tiene por punto de referencia el consumo (o la producción que trabaja para el consumo) y presupone un saldo final de los gastos de parte de los consumidores dotados de capacidad adquisitiva— debe llevar a la sobreproducción también en este sector. Por más que la masa de capital que la clase capitalista revierte cada año en la industria pueda repartirse "proporcionalmente" entre todos los diferentes ramos, a pesar de ello, si el incremento en la demanda de bienes de consumo permanece en constante y considerable retraso con respecto al ritmo de aumento de la producción, deberá darse forzosamente la desproporción entre oferta y demanda a que damos el nombre de sobreproducción.

183

En consecuencia, la distribución de la renta nacional entre las diversas clases no resulta indiferente, como lo supone Tugán-Baranovski, para las posibilidades de expansión de la producción en la sociedad capitalista, sino que por el contrario tiene extraordinaria importancia. Si, por ejemplo, la distribución del ingreso sufriera una modificación en favor de los trabajadores, tal incremento de sus ingresos se destinaría enteramente, o casi enteramente, a ampliar la demanda efectiva de bienes de consumo, o sea la base a la que en último análisis debe referirse toda la producción en su conjunto. La fabricación de mercancías de consumo, como asimismo, por reacción, la de medios de producción directa o indirectamente necesarios para ella, podrá crecer en la medida correspondiente. A la inversa, en cambio, una alteración de las proporciones en favor de los capitalistas no determinará en los hechos un aumento de su demanda de bienes de consumo (suntuarios) correspondiente al aumento de sus ingresos. Una parte de esc incremento, quizá la mayor, será capitalizada y, buscando posibilidades de inversión, afluirá a la industria por los más diversos canales. De este modo las modificaciones en la distribución del rédito, según beneficien a una u otra clase, provocan reacciones bastante diferentes en el volumen de la demanda efectiva, o sea de bienes de consumo, y consiguientemente pueden agudizar o mitigar, indirectamente, las tendencias a la sobreproducción. Las objeciones de Tugán-Baranovski, por el contrario, prescinden justamente de lo que influye de modo decisivo sobre todo el problema: de la profunda diferencia entre demanda relativa y demanda definitiva, entre demanda de bienes de producción y demanda de bienes de consumo.

La exportación —cuyo examen habíamos dejado en suspenso— mitiga obviamente en una medida bastante considerable los límites que de otro modo impondría la capacidad de consumo interna (en especial la de las masas) a las posibilidades de expansión de la producción; pero —en la medida en que el capitalismo va desenvolviéndose cada vez más en una economía mundial estrechamente correlacionada— la interdependencia entre las posibilidades de expansión de la producción y el volumen de la demanda de bienes de consumo dotada de capacidad adquisitiva tiene que referirse siempre, a pesar de todo, a un nivel internacional.

El problema, por lo demás, es menos académico que lo que puede parecer. Si fuera justa la opinión de Tugán-Baranovski según la cual toda sobreproducción se deriva únicamente de la inversión "no proporcional" del capital que se va insertando, no podría comprenderse por qué el capitalismo, como lo sostienen Marx y los marxistas, se cava la fosa con su propio desarrollo. La miseria provocada por las crisis, si se originara sólo en la falta de proporcionalidad de las inversiones, no debería necesariamente agudizarse progresivamente con el avance del capitalismo hasta desbaratar en conclusión todo el campo del sistema económico existente. Las cosas toman en cambio un aspecto muy diferente si la expansión de la producción, más allá de tales peligros parciales de crisis y prescindiendo por completo de ellos, choca con una barrera —aunque sea elástica— en la demanda de bienes de consumo.

184

Es éste el punto de vista a partir del cual resulta posible desarrollar del modo más simple y evidente la idea de que el desarrollo capitalista corre, con ineluctable necesidad, hacia una catástrofe económica general. En realidad los capitalistas, al oponerse a todo aumento salarial, ¿no libran acaso una batalla que tiende a mantener lo más bajo posible el ingreso de las masas y por ende también su capacidad de consumo, mientras que ellos, los capitalistas, aumentan de continuo, en rápida progresión, su propia ganancia, y con ella la masa del capital acumulado que busca inversión productiva? En semejante situación, ¿puede el aumento de la capacidad de consumo seguirle el paso al ritmo de acumulación del capital? Y si esto no es posible, puesto que la exportación y los gastos improductivos del estado, etc., refrenan muy poco el proceso, ¿la venta de las mercancías no debería hacerse cada vez más difícil a medida que la base de la producción, o sea la demanda de bienes de consumo, va retrasándose respecto del rápido aumento de la acumulación del capital y de la expansión de la producción? De este modo, en efecto,

el desarrollo capitalista generaría en su propio seno una tendencia a sobreproducciones cada vez mayores. La agudización de la competencia en el mercado de mercancías por efecto de la creciente dificultad de las ventas debería, por tendencia, manifestarse en una acentuada disminución de los precios y, consecuentemente, en una merma de la tasa de intereses o de la ganancia promedial; una merma que hace cada vez menos redituable y más riesgoso el proceso capitalista también para la mayor parte de los empresarios privados; al mismo tiempo que también el mercado de trabajo empeora progresivamente para los trabajadores y las filas del ejército industrial de reserva se abultan de modo cada vez más alarmante. La vía de desarrollo de la sociedad capitalista sería, pues, al mismo tiempo el camino que conduce a su quiebra, y el pasaje a una nueva sociedad socialista estaría determinado por una situación social apremiante.

Nosotros no atribuimos un valor obligatorio a semejantes construcciones que se fundan en magnitudes totalmente desconocidas, cuyas proporciones, y hasta sus compensaciones, es imposible en los hechos determinar previamente. Si se quisiera oponer a este escepticismo el argumento de que únicamente es imposible hacer afirmaciones precisas sobre el período de tiempo que aquellas tendencias requieren para su pleno desenvolvimiento, pero que tarde o temprano deben conducir al hundimiento, se estaría olvidando —para dejar de lado toda otra consideración— que todo período de tiempo indeterminado conlleva la posibilidad de complicaciones y de modificaciones indeterminables, y de alcance no previsible en sus efectos sobre el desenvolvimiento previsto de las tendencias en cuestión. ¿Cómo puede determinarse previamente, por ejemplo, y para poner en evidencia solamente uno de los factores que entran en consideración para estos propósitos, la medida en que las masas trabajadoras pueden incrementar sus réditos (y por consiguiente la demanda definitiva, la demanda de bienes de consumo) mediante la lucha política y sindical contra los capitalistas? ¿Cómo puede predecirse, por otra parte, que el aumento del rédito de los trabajadores será siempre necesariamente inferior al aumento del rédito y a la acumulación de la clase capitalista, cosa que, sin embargo, constituía la base de toda esta profecía catastrófica?

185

Puesto que apoyamos en contra de Tugán-Baranovski la antigua opinión, también compartida por Marx, que sostiene la interdependencia entre volumen de producción y demanda de bienes de consumo y, en consecuencia, destaca el infraconsumo como factor constitutivo de las crisis, estamos de acuerdo con él, aunque sea por

consideraciones totalmente diferentes, en la refutación de esas profecías.

Ciertamente, una refutación inexpugnable de tales previsiones pesimistas es tan impracticable como su demostración indiscutible. La posición que se asume en la confrontación de esos puntos de vista está íntimamente ligada a intereses, anhelos, esperanzas. Como las esperanzas socialistas creían poder utilizar la idea de un deterioro permanente y de un derrumbe final de la economía capitalista como un arma para su realización, resultó fácil a estas o análogas teorías del derrumbe conquistar temporariamente numerosos adeptos. Del mismo modo que, a la inversa, la antipatía cada vez más clara que en los últimos tiempos se manifiesta respecto de ese pesimismo se origina en gran medida en la conciencia de que, si el mismo fuera fundado, las esperanzas de un porvenir socialista se verían más amenazadas que respaldadas. Para llevar a las masas trabajadoras a los estandartes del socialismo, para sacudirlas espiritualmente y conducirlas a la revolución, es necesario que las cosas continúen como hasta ahora se han desarrollado, que no se produzca un aumento progresivo de la miseria. Por el contrario, si la clase obrera, una vez conquistado el poder político, ha de poder efectuar con éxito grandes reformas económicas de tendencia socialista, es preciso que el ambiente social pueda soportar tales reformas. Aun las reformas llevadas a cabo con la más enérgica voluntad política podrían lograr muy poco en una sociedad en la cual, bajo la presión de crisis cada vez más terribles, las fuentes de existencia se resecaran y extinguieran cada vez más. Si la demanda, el principio vivificante de la economía toda, se contrae relativamente más y más, ¿cómo resultaría posible modificar ese punto medular mediante órdenes dictadas desde lo alto? ¿De qué serviría incluso una legislación estatal de elevación de los salarios si las empresas públicas y privadas, por efecto del estancamiento de las ventas y de la caída de los precios, estuvieran prácticamente imposibilitadas de pagarlos? De este modo, la imagen pesimista del desarrollo capitalista, que en un tiempo sirvió como sostén de las esperanzas del socialismo proletario, parece volverse contra ellas y, también por esta razón, su crédito se ve notablemente reducido.

186

Por otra parte, la preferencia por esta u otra concepción también depende naturalmente de lo que sugieren en lo inmediato las relaciones económicas del momento. El presente siempre es más fuerte que el recuerdo. Los períodos en que el marxismo que culmina en la idea del derrumbe desplegó su máximo poder de atracción —la

época de las leyes contra los socialistas— fueron en todo y para todo, desde el punto de vista económico, períodos de estancamiento de las ventas y de depresión; mientras que las reacciones polémicas contra esa orientación, las discusiones de Bernstein, se producen en el último gran período de desarrollo de los negocios. Aún más significativo es, igualmente, que el trasfondo social de la primera gran concepción de la teoría del derrumbe, el *Manifiesto comunista*, fuera en Inglaterra un período de espantosa desocupación, que alcanzó una expresión potente en el movimiento revolucionario cartista. La idea de que el capitalismo se encontraba en un callejón sin salida parecía conformada por la evidencia inmediata. Así, como Tugán-Baranovski lo ha señalado al pasar en su capítulo sobre el cartismo, también O'Connor, el célebre jefe de los carlistas, expresaba el firme convencimiento de que "la fábrica industrial ha alcanzado en Inglaterra su punto de culminación, y siendo imposible una expansión ulterior del mercado externo, va lentamente hacia su ruina", opinión que para él no fue más que el punto de partida de una utopía reaccionaria que predicaba el retorno a la pequeña economía campesina.

[De Conrad Schmidt, "Zur Theorie der Handelskrisen und der Uberproducción", publicado en *Socialistische Monatshefte*, año V, vol. I, pp. 670-677. Traducción de Nicolás Grab.]

KARL KAUTSKY

La más importante toma de posición de Kautsky sobre el problema de las crisis surge, como en el caso de Conrad Schmidt, en ocasión de una amplia reseña del libro de Tugán-Baranovski, *Teoría e historia de las crisis comerciales en Inglaterra* (primera edición rusa, 1891: traducción alemana, 1901), que aquél publicara en *Die Neue Zeit* en 1902 (año XX, vol. 2, pp. 37-47, 76-81, 110-118, 133-144). El articulo contiene la más rica y madura exposición del punto de vista "ortodoxo” acerca de la perspectiva del desarrollo capitalista y la naturaleza de las crisis en un momento en que todavía eran demasiado vivos los ecos de la *Bernstein Debatte* y de la ludia empeñada por Kautsky contra el "revisionismo".

Con su habitual claridad, el autor expone —en el curso de su crítica al libro de Tugán— la teoría marxiana de la baja tendencial de la tasa de ganancia, desplegando al mismo tiempo una explicación de las crisis que individualiza su fundamento en el "subconsumo” de las masas; pero —precisa Kautsky— “el fundamento *último* y no la causa directa”, lo cual significa que, además de dar cabida a la contradicción entre producción y consumo, también se hace lugar a las contradicciones internas a la misma producción. De este modo, en el curso del escrito, se tocan todas las cuestiones más importantes conectadas con la "teoría del derrumbe”. En cierto sentido, Kautsky mantiene el punto de vista ya expresado en *Bernstein und das sozialdemokratische Programm* acerca de la inexistencia de una "teoría del derrumbe” en el pensamiento de Marx y Engels, por lo menos en la acepción de un desencadenamiento mecánico y fatal de acontecimientos tal cual la presentara Bernstein al criticar esa teoría y Cunow al defenderla. En sustancia, sin embargo, el modo como Kautsky expone el destino del capitalismo encierra el núcleo esencial de esa teoría, si bien liberándola de las formas más ingenuas y fantásticas de una catástrofe automática y repentina. En el último y extenso parágrafo de su escrito, dedicado a la cuestión de “si, y hasta qué punto, se modifica el carácter de las crisis y si éstas muestran tendencia a desaparecer o a tornarse más atenuadas, como sostenían algunos revisionistas hace dos o tres años, al unísono con el optimismo liberal", la respuesta de Kautsky es neta, y suena en el sentido que "las crisis se van haciendo cada vez más extensas y agudas". Lo cual no significa, naturalmente, que hayan dejado de ser

posibles altibajos en la vida económica. De vez en cuando, nuevos descubrimientos de nuevos yacimientos auríferos o innovaciones técnicas de gran alcance podrán acelerar momentáneamente el ritmo de los negocios. Pero sin embargo se aproxima el momento en que el mercado mundial ya no podrá expandirse a la par del desarrollo de las fuerzas productivas de la sociedad. En ese punto, la sobreproducción se convertirá en el fenómeno típico de todos los países industriales y el capitalismo desembocará en el "estancamiento” y en la “depresión crónica”. Como es natural, la continuación de la producción capitalista también será posible en estas condiciones, pero entonces se habrá vuelto tan insostenible para las masas de la población que éstas se verán constreñidas a buscar en la revolución una salida de la miseria general. En resumen, antes de que el capitalismo dé cima a la parálisis de su última fase, al proletariado ya habrá decretado su fin conquistando el poder. Pero en caso que la intervención subjetiva de la clase revolucionaria no tronchase su parábola, es cierto que el desarrollo económico verá intensificarse sus contradicciones hasta el punto de anclar en el “estancamiento" completo. Crisis, conflictos, catástrofes de todo tipo: tal es —concluye Kautsky— la serie de acontecimientos que proyecta el curso del desarrollo para los próximos decenios. Así como ocurrió con muchos sueños que se hicieron humo en los últimos años —el sueño de eliminar las crisis mediante los cárteles y los trusts, el sueño de una conquista gradual y pacífica del poder á la Millerand, el sueño de que la clase dominante inglesa se embeba de espíritu socialista, como esperaban los fabianos—, también se hará humo en los próximos años aquel sueño que hoy aletea ante los ojos de tantos y que supone que guerras y catástrofes son cosa del pasado y ante nosotros se extiende el camino llano de un progreso pacífico y sereno.

TEORÍAS DE LAS CRISIS

1. INTRODUCCIÓN

Ninguna persona con los cinco sentidos sanos puede dudar aún que nos encontramos en medio de una crisis mundial general. Si bien Italia y los Estados Unidos se conservaron hasta ahora libres de ella, aumentan los indicios de que también allí la época de prosperidad se acerca a su fin. El señor Hitze piensa que “el señor Bernstein analizó con inteligencia y resultados fructíferos las teorías de las crisis en su verdadero valor”, pero esta cuestión se vuelve oscura en el caso del profesor católico Sinn, y hasta algunos de sus colegas ya están instalados en esa visión fatalista que los vuelve proclives a pensar que las crisis son un inevitable fenómeno natural, al cual habría que resignarse de la misma manera que a la muerte. Para estos señores la naturaleza parece comenzar en el año 1825, pues éste es el primero de los ciclos de crisis de los que aquí se trata. Los menos inclinados por el fatalismo, proceden con indignación moral y buscan la causa originaria de las crisis en la maldad de las personas que abusan de la estupidez de los otros —entre ellos muchos de los moralmente indignados— para realizar toda clase de especulaciones sucias. Mediante una legislación conveniente se coloca en manos de estos malos sujetos la función, y el "público”, los “ahorristas", duermen tranquilos pensando que una ilustradísima autoridad vela por sus dividendos.

Esta indignación moral es ciertamente más cómoda que la investigación de las causas de las crisis, que no resulta tan simple. Durante casi un siglo el mundo capitalista es atormentado por el ciclo de prosperidad y crisis, y tal vez en la actualidad se está más alejado de una coincidencia en la explicación de este fenómeno que en sus inicios.

El libro del profesor ruso Michel Tugán-Baranovski, aparecido justamente en el momento preciso el año pasado, no es una contribución para lograr acuerdo en este campo, pero sí una contribución para su investigación.[1]

No es una contribución a la unificación ya que añade una nueva teoría de las crisis a las ya existentes, la que de ningún modo puede

---

[1] Dr. Michel Tugán-Baranovski, *Studien zur Theorie und Geschichte der Handelskrisen in England*, Jena, Gustav Fischer, VIII, + 425 pp

considerarse como aceptable por todos. Pero es una importante contribución para la investigación de la naturaleza de las crisis puesto que proporciona una historia de las crisis inglesas bien documentada y desarrollada según un método fecundo y también contribuye a través de algunas de sus explicaciones teóricas al esclarecimiento del tema. Nadie que quiera estudiar las teorías de las crisis, puede descuidar este libro.

190

El autor procede de la escuela marxista, ciertamente no es un marxista “ortodoxo”, sino un "revisionista”, pero de todos modos es un marxista que cava con mayor profundidad para encontrar una solución a los problemas y dificultades que se le presentan. Y él pertenece a los más importantes de aquellos revisionistas que intentan producir una ciencia positiva y no se deshacen en críticas estériles. Su *Geschichte der russischen Fabrik*[2] ya conocida por el público alemán, es una excelente obra, superior, en nuestra opinión, a la anterior. Si bien en esta última también se destacan la exactitud, la erudición y la penetración del autor, tenemos serias objeciones contra partes muy importantes y fundamentales de la misma. Pero puesto que una profunda polémica con Tugán debe conducir a un mayor esclarecimiento de la naturaleza de las crisis, podría ser muy oportuna precisamente ahora.

Para ello vamos a esforzarnos por ser lo más generalmente comprensibles posible. De todos modos, para caracterizar el punto de vista del autor, no podemos menos que tomar su crítica de la teoría marxista de la ganancia en el ámbito de nuestra investigación. A aquellos de nuestros lectores que no gustan de esta clase de investigaciones puramente teóricas —y en la actualidad el horror por la teoría es tan grande que desgraciadamente se debe contar con la presencia de semejantes lectores— se les hace aquí la confortante notificación de que pueden pasar por alto el capítulo sobre la tasa de ganancia. En adelante, la exposición estará organizada de modo tal que resultaría aun comprensible sin este capítulo.

2. LA TASA DE GANANCIA DECRECIENTE

Tugán-Baranovski es partidario de la teoría marxista del valor, pero contrario a su teoría del plusvalor. Ésta le parece insostenible puesto que considera como falsa la ley de la baja tendencial de la tasa de

---

[2] Traducción alemana revisada por el autor del Dr. V. Minzes, Berlín, E. Felbe., 1900.

ganancia que le sigue.

Notoriamente se diferencian la tasa de plusvalor y la de la ganancia por el hecho de que la misma masa de plusvalor para la obtención de la primera tasa es comparada con la cantidad de *capital-salario*, que fue gastado para la producción de esta masa de plusvalor, en el segundo caso con la suma del capital-global que el capitalista debió desembolsar para la obtención de la suma de plusvalor en cuestión, no sólo en salarios, sino también en edificios, maquinarias, materias primas, etc. O sea que en el cálculo de la tasa de ganancia es comparada la suma de plusvalor obtenida en el curso de *un año* con la suma del capital global empleado. Supongamos, por ejemplo, que la suma anual de plusvalor asciende a 100.000 (por ejemplo, marcos), la suma de capital gastada en salarios también a 100.000, pero la suma del capital global a 500.000, entonces la tasa de plusvalor asciende al 100%, la tasa de ganancia al 20%. Por lo tanto, con una tasa de plusvalor constante, la tasa de ganancia se torna tanto más pequeña cuanto mayor es la masa global del capital en relación al capital salarial, o sea, cuanto mayor es el valor de edificios, maquinarias, materias primas por obrero en la empresa capitalista. Recién partimos del supuesto de que, a un capital salarial (Marx lo llama variable) de 100.000 corresponde un capital en medios de producción (Marx lo llama constante) de 400.000. Si este último capital fuera menor, por ejemplo 300.000, entonces el capital global ascendería a sólo 400.000, por consiguiente la tasa de ganancia, bajo iguales condiciones de los demás elementos, sería del 25% y no del 20%, vale decir sería más elevada. Si el capital constante se elevara a 500000, por lo tanto el capital global a 600.000, entonces la tasa de ganancia, con una tasa de plusvalor constante, hubiera descendido al 16.6%.

Pero es sabido que el modo de producción capitalista tiene la tendencia a elevar cada vez más la masa del capital constante en relación al variable; el progreso técnico y la competencia conducen a que el volumen de los medios de producción fijos se vuelva cada vez mayor, y la masa de las materias primas, que ellos transforman, cada vez más considerable, mientras que el número de los obreros ocupados crece a un ritmo mucho más lento.

Por tal razón, concluye Marx, la tasa de ganancia tiene la tendencia a bajar.

Esta conclusión es considerada por Tugan como insostenible y precisamente su insostenibilidad le parece "evidente” a partir de la siguiente consideración:

En ésa se prescinde por completo de la influencia del aumento de la productividad del trabajo sobre el valor de los productos del trabajo. Pues la sustitución de obreros por máquinas tiene que incrementar la productividad del trabajo. El valor del trabajo de cualquier cantidad determinada de productos debe descender. Los salarios reales no van a aumentar, el valor de la fuerza de trabajo va a descender, por consiguiente va a aumentar la tasa de plusvalor, la explotación del trabajo. Pero puesto que el valor de todos los productos desciende, debe disminuir también el valor del capital constante. "Todas estas influencias del aumento de la productividad del trabajo sobre el valor del capital, no son consideradas en absoluto por Marx ... Por consiguiente, una solución adecuada del problema dado no es tan simple como Marx supone" (pp. 210-*211).*

192

Tugán busca alcanzarla de un modo peculiar pues incluye en la cuenta junto a las masas de *valores*, o sea, hablando popularmente, las *sumas de dinero*, también las masas de *valores de uso*, los *productos*, que los representan. Es por eso que dicha solución se vuelve extraordinariamente complicada y enmarañada. Pues está claro que se pueden equiparar entre sí sumas de dinero con sus respectivos precios, pero no productos de diferente clase. Puedo comparar 5 marcos con 10 marcos pero no 5 manzanas con, por ejemplo, 10 guantes. Con tanta mayor razón podemos ahorrarnos nosotros y nuestros lectores seguir aquí las huellas de Tugán, porque podemos presentar mucho más simplemente el curso de sus ideas si nos quedamos con los valores y prescindimos de los valores de uso. Tugán nos presenta en primer lugar una economía en la que todo el capital es variable, capital salarial, en la que los obreros producen sin herramientas y maquinarias y sin provisiones de ninguna clase. Su fórmula número i puede ser presentada popularmente de la siguiente manera:

100.000 marcos de capital salarios, 100.000 marcos de capital global 100.000 marcos de plusvalor

Tasa de ganancia como tasa de plusvalor = 100%

Ahora la cosa cambia. Son introducidas maquinarias, las cuales

sustituyen a la mitad de los obreros: la mitad del capital variable se transforma en constante. Por razones de simplicidad podemos suponer que

estas maquinarias se transforman de la misma manera que el capital variable ... El producto fabricado bajo estas nuevas condiciones técnicas no puede disminuir, en este supuesto, pues de lo contrario no tendría sentido económico sustituir el trabajo manual por el trabajo mecánico. Por lo tanto debemos suponer que el plusproducto no ha disminuido por la introducción de maquinaria (p. 212).

Con valores constantes obtuvimos, por consiguiente, la siguiente fórmula número II:

50.000 marcos de medios de producción, 50.000 marcos de salarios.

Capital global 100.000 marcos. 100.000 marcos de plusvalor.

Tasa de ganancia 100%. Tasa de plusvalor 200%

Pero ahora la introducción de la maquinaria produce un aumento de la productividad del trabajo, o sea un correspondiente descenso en los valores de las mercancías. Así llegamos a una fórmula número III:

33.333 marcos de medios de producción, 33.333 marcos de salarios. Capital global 66.666 marcos, 66.666 marcos de plusvalor.

Tasa de ganancia 100%. Tasa de plusvalor 200%

Por consiguiente —continúa Tugan— la disminución relativa del capital variable, de la que se acompaña cualquier perfeccionamiento de la técnica, se expresa sólo en la modificación de la masa y tasa del plusvalor, pero no de la ganancia.

Pero el supuesto del que Tugan partió es todavía ventajoso para Marx,

nosotros hemos supuesto que la introducción de la maquinaria *no aumenta* la masa del producto social. Sin embargo, en la realidad, bajo estas condiciones, aumenta considerablemente la masa global del producto. Por consiguiente, el alza de la productividad del trabajo es significativamente mayor, de lo que hemos supuesto. De ahí que nuestras conclusiones requieran las siguientes modificaciones: hemos llegado a la conclusión de que la sustitución del trabajo manual por el trabajo mecánico no reduce la tasa de ganancia. Esto sería correcto bajo el supuesto de que la introducción de la maquinaria no origina un incremento de la masa de producción. Pero puesto que en realidad el trabajo mecánico genera mayores masas de

productos que el trabajo manual, entonces la tasa de ganancia debe aumentar como consecuencia del relativo incremento del capital constante. O sea precisamente lo contrario de la teoría marxista. *En base a la teoría del valor trabajo, nosotros llegamos a la conclusión de que la sustitución de obreros por máquinas en si no sólo no genera una tendencia decreciente de la tasa de ganancia, sino más bien una tendencia creciente* (p. 215).

Se ve, como dice Tugán, que "la correcta solución del problema dado no es tan simple como Marx supone". ¿Como Marx supone? ¿O Tugán?

Ante todo es completamente falsa su afirmación de que Marx no consideró para nada las influencias del alza de la productividad del trabajo sobre el valor del capital. El capítulo 14 del tomo tercero de *El capital* comienza con las siguientes palabras:

Si se considera el enorme desarrollo de las fuerzas productivas del trabajo social aun sólo en los últimos 30 años, en comparación con todos los períodos precedentes —especialmente si se tiene en cuenta la enorme masa de capital fijo que entra, además de la maquinaria propiamente dicha, en el conjunto del proceso social de la producción—, la dificultad que se nos presenta no es ya la que ha ocupado a los economistas hasta el día de hoy —la de explicar la baja de la tasa de ganancia— sino la inversa: explicar por qué esa baja no es mayor o más rápida. Deben actuar influencias contrarrestantes que interfieren la acción de la ley general y la anulan, dándole solamente el carácter de una tendencia, razón por la cual también hemos calificado a la baja de la tasa general de ganancia de baja tendencial.

194

Las causas más generales que Marx señala son: 1] *Elevación del grado de explotación del trabajo*, 2] Reducción del salario por debajo de su valor, 3] *Abaratamiento de los elementos del capital constante*, 4] La sobreproducción relativa, 5] El comercio exterior, 6] El aumento del capital accionario.

En la página 201 de su libro, Tugán mismo señala que Marx reconoció los efectos que contrarrestaban la baja tendencial de la tasa de ganancia, en la página 211 le reprocha no haber considerado *en absoluto* los efectos de la creciente productividad del trabajo sobre el capital y haberse representado muy simplemente la solución del problema. En realidad Marx se ha anticipado por completo en los puntos 1 y 3 de las objeciones de Tugán. (*Notabene*: Tugán cita incorrectamente el punto 1 cuando él lo reproduce con las palabras: "1J Elevación del grado de explotación del trabajo por prolongación

de la jornada laboral e intensificación del trabajo.” Marx toma en consideración explícitamente no sólo el plusvalor absoluto sino también el *relativo*, o sea la elevación de la explotación por disminución del valor de la fuerza de trabajo, precisamente en aquella página a la que Tugán atribuye importancia.)

Pero ciertamente Marx considera estos factores sólo como obstáculos de la baja tendencial de la tasa de ganancia, Tugán cree poder deducir de ellos una ley del alza tendencial de la tasa de ganancia.

Y en los hechos de las fórmulas II y ni se desprende una constancia de la tasa de ganancia. ¿Pero qué es lo que se deduce de ello? En primer lugar no otra cosa que la tasa de ganancia no cae allí donde se presentan las hipótesis admitidas por Tugán.

¿Pero cuáles son estas hipótesis?

Una, es que la explotación de los obreros no sólo aumenta, sino que aumenta en la *misma medida* que la productividad del trabajo, que, por consiguiente, la clase capitalista no sólo gana una participación *siempre creciente* en todos los progresos de la productividad, sino que ella se los apropia *exclusivamente sola* y por completo. Ni a Marx ni a uno solo de los marxistas “ortodoxos” se les hubiera ocurrido formular una hipótesis semejante. Los revisionistas, por el contrario, afirman que incluso la explotación de los obreros disminuye, su participación en la creciente productividad crece más rápidamente que la de los capitalistas. En este punto abandonamos a Tugán a la espada justiciera de sus críticos colegas revisionistas.

195

Pero la sola hipótesis de una semejante explotación creciente de los obreros no bastaría aún para dejar constante la tasa de ganancia en su estado anterior. Debe añadirse a ella otra hipótesis: que el valor del capital constante, de los medios de producción, no supere nunca la suma anual de los salarios de los obreros por ellos sustituidos. Según la hipótesis de Tugán, las nuevas maquinarias duplican la productividad del trabajo; pero su precio es igual a la suma de los salarios anuales de los obreros ocupados en ellas. Si su precio superara este límite, entonces, según la fórmula II de Tugán, también debería bajar la tasa de ganancia, aún cuando la explotación de los obreros aumentara tan rápidamente como la productividad del trabajo.

Comparemos las fórmulas de Tugán según los supuestos anteriores con la forma que adoptan bajo supuestos que corresponden mejor a la realidad:

Fórmula I:

Capital salarial 100.000 marcos
Capital global 100.000 marcos
Plusvalor 100.000 marcos
Tasa de plusvalor 100%. Tasa de ganancia 100%.

Fórmula II (según el supuesto de Tugán):

Capital constante 50.000 marcos
Capital variable 50.000 marcos
Capital global 100.000 marcos
Plusvalor 100.000 marcos
Tasa de plusvalor 200%. Tasa de ganancia 100%.

Fórmula II (bajo el supuesto de que el capital constante es mayor que el salario anual de los obreros por él desocupados):

Capital constante 60.000 marcos
Capital variable 50.000 marcos
Plusvalor 100.000 marcos
Tasa de plusvalor 200%. Tasa de ganancia 90%.

Fórmula II (bajo el supuesto de que la explotación de los obreros no aumenta en la medida de la productividad del trabajo):

Capital constante 50.000 marcos
Capital variable 60.000 marcos
Plusvalor 100.000 marcos
Tasa de plusvalor 166% Tasa de ganancia 90%.

196

En ambos casos la tasa de ganancia desciende.

Vemos que la persistencia de la tasa de ganancia en los niveles anteriores se mueve dentro de límites muy estrechos. Cualquier retraso en el crecimiento de la explotación de los obreros con respecto al aumento en la productividad de su trabajo, cualquier crecimiento del valor del capital constante por encima de la suma anual de salarios mediante él ahorrada, debe conducir a la baja de la tasa de ganancia. Pero cuanto más predomine el capital fijo (edificios, máquinas y similares), que tiene una duración mayor y no es cambiado en un año, tanto más tiende al valor del capital constante a superar el límite trazado en el presupuesto de Tugán, tanto antes tiene que tornarse válida la ley de la tasa de ganancia decreciente.

El cálculo de Tugán hasta aquí sólo demuestra que puede haber casos en los cuales esta ley es anulada por fuertes acciones

contrarrestantes, cosa que Marx ya muy bien lo sabía, pero no de que no actúe.

No obstante tenemos que considerar todavía un factor de este cálculo, al que Tugán da mucha importancia. Como consecuencia del aumento de la productividad del trabajo desciende el valor del capital, tanto del constante como del variable. Por ello debe aumentar también la tasa de ganancia. Pero como nos lo muestra una comparación de la fórmula III con la fórmula II nada de esto sucede. La tasa de ganancia y la tasa de plusvalor son las mismas en la fórmula III y en la fórmula II. Y esto es completamente natural. Si los precios de todas las mercancías descienden *proporcionalmente*, entonces no se modifica nada en sus relaciones. Si máquinas, carbón, materias primas, salarios descienden en un 10%, pero también lo mismo los precios de los productos finales, entonces va a descender también la suma de la ganancia en un 10%, su relación con la suma de los capitales, por ende, la tasa de ganancia, va a ser la misma. Un incremento de la tasa de ganancia como consecuencia del descenso del valor de los capitales empleados en el proceso de producción sólo se produce cuando los precios de los productos terminados no caen o no caen en la misma medida.

Por lo tanto, Tugán podría haber dejado de lado por completo este factor. Por ello su cálculo sería menos complicado y más claro. Pero ciertamente también la demostración sobre él construida hubiera llevado con mayor facilidad ad *absurdum*.

Pero todo esto son sólo escaramuzas, preparación para el golpe mortal que Tugán asesta a la teoría marxista del plusvalor. Los argumentos por él examinados hasta aquí debían demostrar que allí donde sus hipótesis son pertinentes, la tasa de ganancia permanece siempre en el mismo nivel. Pero, afirma él, sus hipótesis son todavía demasiado propicias para la teoría marxista. Pero en realidad su situación es todavía peor.

197

Las explicaciones de Tugán sobre el particular, arriba mencionadas, no están muy felizmente expresadas y contienen algunos contrasentidos. Pero ellas encubren un serio problema, y nosotros queremos intentar extraerlo de la enredada exposición del autor.

Es evidente que el capitalista no introduce mejoras técnicas para reducir su tasa de ganancia, sino para aumentarla. Sólo incrementará su capital constante mediante modificaciones técnicas, cuando a través de ello aumente la tasa de su ganancia.

Observemos nuevamente las fórmulas I y II. Conforme a la fórmula

I el capitalista gasta 100.000 marcos para recoger una ganancia de 100.000 marcos. De acuerdo con la fórmula II, él introduce maquinarias para obtener el mismo resultado. Su egreso de capital y su ingreso de ganancia no se modifican. Sería evidentemente absurdo que se hiciera cargo del esfuerzo y el riesgo de la adquisición de maquinarias, si no ganara económicamente nada por ello.

Según la fórmula II las maquinarias cuestan tanto como los salarios de los obreros vueltos superfluos por ellas. Pero nosotros ya sabemos por el primer tomo de *El capital*, que la introducción de maquinarias sólo es lucrativa cuando ahorran más trabajo de lo que cuestan, o mejor, cuando su valor es menor al valor de la fuerza de trabajo por ellas sustituida. Según la hipótesis de Tugán, que de todos modos rara vez es pertinente, todo el capital constante empleado es consumido en el mismo año en que es introducido. Por lo tanto, los precios de las maquinarias deben ser menores que la suma de los salarios anuales de los obreros por ellas sustituido. Supongamos que esta última suma asciende a 50.000 marcos, entonces debemos fijar los costos de la maquinaria en menos. Pero nosotros no queremos suponer, como corresponde más bien a la realidad, que el número de los obreros ocupados disminuye por la máquina, sino que la producción es ampliada por ésta con el mismo número de obreros. Entonces la fórmula II adoptaría la siguiente forma:

40.000 marcos de medios de producción,
100.000 ” de salarios,
400.000 ” de producto global,
260.000 ” de plusvalor.
Tasa de plusvalor 260% Tasa de ganancia 185%.

Por ende, la tasa de ganancia aumentó sin duda como consecuencia de la introducción de maquinarias.

Esto parece hablar en contra de Marx. Pero esta apariencia sólo es posible si se deja de observar el problema y se permanece detenido en sus comienzos.

198

La tasa de ganancia está aumentada como consecuencia del acrecentamiento del capital constante; pero esto sólo es válido mientras los medios de producción perfeccionados respectivos sean propiedad solamente del capitalista individual, o sea, mientras el acrecentamiento de la productividad del trabajo no ejerza influencia sobre el precio de los productos por él generados, mientras éste

permanezca igual, como bajo la anterior productividad menor del trabajo. Mientras tanto el capitalista obtiene una *ganancia extra* y, *por consiguiente, una tasa de ganancia aumentada.*

Pero esta ganancia extra incentiva a otros capitalistas a introducir mejoras en sus empresas; la competencia los obliga a ello y así descienden más y más los precios de los productos respectivos, pero con ello también la tasa de ganancia, hasta que finalmente al capital aumentado le corresponde sólo el mismo valor y plusvalor, o sea la misma ganancia que antes, por lo tanto la tasa de ganancia descendió.

El aumento de la tasa de ganancia por el crecimiento del capital constante en empresas individuales es, por ende, sólo una consecuencia necesaria de este último fenómeno, pero dura sólo el tiempo que éste sea una excepción limitada a pocas empresas, y cesa tan pronto este crecimiento se generaliza. *El capital*ista individual sería seguramente un loco si invirtiera capital para achicar su tasa de ganancia. Pero ésta es la consecuencia finalmente necesaria de sus innovaciones, una consecuencia que se desarrolla sin su intervención y contra su voluntad.

El error de Tugán consiste en que no separa el fenómeno individual y el proceso social, que confunde la acción consciente del capitalista individual con las consecuencias involuntarias de su obrar para la sociedad. Es por esto que puede burlarse de la teoría marxista de la ganancia:

> Las máquinas —la más poderosa arma de los fabricantes en su lucha contra la clase obrera— aparecen en esta teoría como peligrosas enemigas de los mismos capitalistas. Y hasta que este secreto fue descubierto en los manuscritos de Marx, a ningún fabricante se le podía ocurrir que mientras sustituía los obreros por máquinas, producía el hundimiento de su clase (p. 217).

¡Como si los fabricantes fueran conscientes de las consecuencias de su obrar! Que los fabricantes están interesados en el aumento de la tasa de ganancia, y sin embargo, por su persecución tras las mejoras técnicas hacen descender la tasa de ganancia, no es menos absurdo que el hecho de que están interesados en altos precios para sus mercancías y mediante las mejoras técnicas trabajan con mayor fuerza para hacerlos descender; o el hecho de que ellos están sumamente interesados en la expansión del consumo y recurren a todos los medios para hacer descender el salario, etc. Si aquello a lo

que los fabricantes aspiran, y lo que ellos logran fuera idéntico, entonces no existirían crisis y Tugán no hubiera necesitado escribir su libro. ¡En efecto, para qué se necesita una ciencia económica si el conocimiento de los fabricantes ya es un seguro conductor por sus profundidades!

199

Como en las objeciones anteriores de Tugán, así encontramos también aquí que ellas tienen un cierto fundamento correcto, pero que yerran cuando consideran como incondicional y general lo que sólo es condicional y ocasional. Lo que a Tugán le parece un factor que transforma en su contrario a la ley de la tasa de ganancia decreciente, es sólo uno de los momentos que bajo ciertas circunstancias pueden detener la baja de la tasa de ganancia, pues la elevación de la tasa de ganancia por la introducción de nuevos descubrimientos es sólo un fenómeno transitorio, no general y permanente, y limitado a determinadas empresas. Y lo que es válido para las anteriores objeciones de Tugán, puede también decirse de ésta; también a ellas se anticipó Marx, un par de décadas antes, en el libro tercero de su obra. Allí se dice:

> Podría plantearse el interrogante de si las causas que inhiben la baja de la tasa de ganancia —aunque en último término siempre la aceleran— comprenden también las alzas del plusvalor por encima del nivel general, temporarias aunque siempre recurrentes, que surgen ora en este ramo de la producción, ora en aquél, en beneficio del capitalista que utiliza los inventos, etc., antes de que se hayan generalizado. A este interrogante se debe responder por la afirmativa (m, 1, p. 214 [Marx, *El capital*, III/6, p. 299]).

Como suele suceder en el revisionismo, también aquí su aparente superación de Marx no consiste en que descubre relaciones que a aquél le permanecieron ocultas, sino en que extrema la importancia de obstáculos pasajeros, ocasionales, de la ley general descubierta por Marx y exagera la refutación de la ley.

Conforme con todo esto no vemos razón para seguir a Tugán y arrojar por la borda la teoría del plusvalor. Fue una empresa arriesgada arremeter contra ella desde el punto de vista de la teoría marxista del plusvalor. Fue arriesgado pero también inútil. Una teoría se origina en la otra con férrea necesidad. El intento más juicioso de Tugán suministra, por vía indirecta, una nueva prueba de ello.

¿Pero cuál es la teoría de la ganancia propia de Tugán?

En primer lugar, él destruye una vez más la teoría marxista de la

ganancia por otra vía —nos falta espacio para abordarla, es suficiente señalar que aquí Tugán llega a su conclusión simplemente suponiendo lo que quiere demostrar. Luego declara, cosa que ya Marx había señalado, que una elevación de la tasa de ganancia no sólo puede alcanzarse por un descenso del precio de la fuerza de trabajo, sino también por una disminución del precio del capital constante —materias primas, máquinas, etc.— (p. 224) y continúa;

200

> Como parece, Marx mismo no comprendió el alcance de su tesis en esta materia. En el ejemplo del abaratamiento de la materia prima, Marx comprendió que en lo que se refiere a la influencia sobre la tasa de ganancia, el capital constante no se diferencia en ningún aspecto del variable. Pero un análisis más profundo debería haber mostrado a Marx que también en otro aspecto, el que se refiere a la tasa de ganancia, no existe diferencia entre el capital constante y el variable. Los medios de producción desempeñan en el proceso de producción, así como en la formación de la tasa de ganancia exactamente el mismo papel que los obreros. Las máquinas son, bajo las modernas condiciones económicas, completamente equivalentes a los obreros: ellas crean, como los obreros, valores de uso e influyen en igual medida sobre la tasa de ganancia (p. 225). El capitalismo, en el intercambio económico, transforma a las personas en simples medios de producción, trata a los hombres como a un animal o un objeto inanimado. Esto vale tanto para la creación de la ganancia como para la realización del producto fabricado ... La teoría del plusvalor de Marx afirma que, en relación a la formación de la ganancia, existe una diferencia fundamental entre los hombres y los medios de producción: la ganancia sería la sola creación del trabajo humano empleado, mientras que los medios de producción no juegan un papel activo en ello. Pero nuestro análisis ha demostrado la inconsistencia de la teoría del plusvalor marxista. También con respecto a la creación de la ganancia los hombres y los medios de producción son iguales en la economía capitalista (p. 229).

Éste es el “profundo análisis" que nuestro revisionista de la superficialidad contrapone a Marx, quien no se habría comprendido a sí mismo.

Este famoso análisis logra realizar las siguientes muestras de habilidad: él parte del reconocimiento de que la tasa de ganancia es calculada por la relación entre la masa de la ganancia anual y el capital global empleado tanto en variable como en constante, y que, por lo tanto, cualquier reducción del capital variable así como del constante, eleva la tasa de ganancia. La *tasa* de ganancia, con fantástica velocidad, gracias al “profundo análisis”, es equiparada con

la *masa* de ganancia y el *cálculo* de la *tasa* de ganancia equiparada a la *creación de la masa* de ganancia; así Tugán llega a la conclusión de que, en la creación de la ganancia en el proceso de producción, el capital constante desempeña el mismo papel que el variable, o sea, que el trabajo.

¿Pero no contradice esto la teoría del valor trabajo reconocida por Tugan mismo, y que afirma que todos los valores, por lo tanto también las ganancias, sólo son creados a través del trabajo?

201

Esta objeción es escamoteada por una segunda muestra de habilidad: las máquinas, dice él, crean valores de uso igual que los obreros, pero los capitalistas, despojados de toda humanidad, aprecian los valores de uso que crean las máquinas de la misma manera que los valores de uso que crean los hombres; los obreros son considerados sólo como máquinas. Cuantos más valores de uso produzca una máquina tantos más valores para su propietario. Por consiguiente, no sólo los obreros producen ganancia, sino también las máquinas; la teoría del plusvalor es llevada otra vez brillantemente *ad absurdum*.

Ésta es la segunda muestra de habilidad de Tugan. Él quiere probar que también el capital constante crea ganancia, esto es valor, como los obreros, pero para este fin es introducido repentinamente en lugar del capital constante un nuevo concepto, la máquina. Por cierto, la *máquina* pertenece al capital constante, pero el capital constante, como es sabido, no está compuesto sólo por máquinas, sino también por materias primas y materias auxiliares. Cualquier modificación en el valor de estas últimas influye también sobre la tasa de ganancia, ya que las modificaciones en el valor de las materias primas influyen mucho más sobre la tasa de ganancia, puesto que ocurren con mayor frecuencia, que las modificaciones en el valor de las máquinas. Por lo tanto, si es correcto lo que concluye Tugán de que el capital constante, o sea la suma de los medios de producción, desempeñan exactamente el mismo papel que los obreros, entonces él debe mostrarnos cómo las materias primas y auxiliares "crean valores de uso'', debe mostrarnos cómo el algodón hila hilado, o cómo el carbón o el aceite lubricante realizan esta función.

Tugán partió de la influencia de las materias primas sobre la tasa de ganancia. En el transcurso de la profundización de su análisis las materias primas desaparecen y en su lugar aparece la máquina. Pero para ésta sigue siendo válido lo que es válido para la materia prima, con la sola diferencia de que aquí el contrasentido de la “creación de

valores de uso” por el capital constante es menos evidente. Si el "profundo análisis” de Tugán tuviera un sentido, entonces una parte de los valores de uso, en los que se corporiza la ganancia, deberían ser creados por la máquina y otra por los obreros. Pero como es sabido este no es el caso. ¿Quiere Tugán, por ejemplo, afirmar que de 10.000 libras de hilados, 5.000 libras fueron producidas por las máquinas y 5.000 por los obreros? Las 10.000 son producidas por los obreros con ayuda de las máquinas. Es completamente imposible establecer la parte que en ello le corresponde al obrero y la parte que le corresponde a la máquina. La máquina no puede crear el más mínimo valor de uso sin el trabajo humano, así como el trabajo humano no puede crear ningún valor de uso —prescindiendo de contadas excepciones— sin medios de producción. Los valores de uso sólo son creados mediante una acción conjunta del trabajo y de los medios de producción; es uno de los singulares errores de Tugán creer que los medios de producción crean valores de uso del mismo modo que el hombre, que ambos juntos hacen el mismo negocio, como si por ejemplo juntos un arado tirado por caballos y un arado a vapor efectúan el mismo trabajo. Pero esta equivocación es la base sobre la cual Tugán cree haber fundamentado firmemente su nueva teoría de la ganancia obtenida a través de un ‘‘profundo análisis”.

202

Como antes detrás de su objeción hipotéticamente más fuerte contra la teoría de la tasa de ganancia decreciente, así también detrás de su nueva teoría de la ganancia acecha el mismo y singular error de confundir la obtención de ganancia extra, que puede lograr un solo capitalista mediante la introducción de nuevos inventos en su empresa, con la creación de la ganancia general de la clase capitalista.

Si un capitalista individual por una máquina está en condiciones, con los mismos obreros, de producir del mismo material 15.000 piezas —por ejemplo, quintales de alambre de cobre— en lugar de 10.000 como hasta entonces sin máquina, entonces por ello el tiempo de trabajo socialmente necesario para la producción de sus mercancías, no es cambiado por el momento, y, por lo tanto, su precio — *ceteris paribus*— no se reduce. El precio de los 5.000 quintales logrado por él con la introducción de su máquina implica, por ende, para él una ganancia extra, y desde su perspectiva y la del economista vulgar, que es la suya, la cosa puede parecer como si los 5.000 quintales de alambre de cobre fueran exclusivamente el producto de su máquina —la máquina produce para él valores de uso de la misma manera que sus obreros—, ella produce 5.000 quintales de alambre de cobre y los obreros 10.000. El valor de estos 5.000

quintales es ganancia pura, aparentemente producida por la máquina.

Pero si la máquina es introducida por todos, entonces los precios del alambre de cobre descienden tanto que, finalmente, si todo se mantiene constante, los 15.000 quintales, sólo por el valor de la maquinaria consumida en su producción, son más valor que antes los 10.000. Si el valor de los 10.000 quintales ascendía antes a 600.000 marcos, y en la fabricación de 15.000 quintales, según el nuevo método, son utilizados 75.000 marcos mas en maquinaria, mientras que el gasto en materias primas y fuerza de trabajo humana permanece igual (unos 100.000 marcos para materia prima y 200.000 para salarios), entonces el valor del quintal de alambre de cobre va a descender de 60 marcos a 45. Los 15.000 quintales no van a producir más 900.000 marcos como al comienzo, sino sólo 675.000. La ganancia representará nuevamente, como antes de la introducción de los métodos de fabricación perfeccionados, 300.000 marcos, después de que había subido transitoriamente a 600.000 marcos. Pero la masa de ganancia de 300.000 marcos, que fue calculada primero sobre un capital de 300.000 marcos, debe ser calculada ahora sobre un capital de 375.000, la tasa de ganancia descendió, por lo tanto, de un 100% a un 80%, después de que durante un tiempo ascendió al 160%. Ahora con ayuda de la máquina es producida una cantidad mayor de valores de uso, pero no de valores, y también desapareció la apariencia de que la nueva máquina producía nuevos valores y ganancias. Debe aparecer otra vez una máquina nueva y mejor para que pueda repetirse el juego de la ganancia extra y de la aparente creación de valores de uso y ganancias por la máquina.

203

¡Pero ciertamente quién puede pedir de los “profundos análisis” del revisionismo que examinen estas relaciones, de las cuales Marx ya nos instruyó hace una generación!

Tugán comienza su investigación de la ley de la tasa decreciente de ganancia con las palabras:

> Cualquier capitalista está convencido de que su ganancia es producida tanto por la parte constante del capital, según la terminología marxista, como por la variable. *El capital*ista no nota diferencia, en lo que se refiere a la creación de la ganancia, entre estas dos partes integrantes del capital. El economista vulgar está de acuerdo con el capitalista ... Los prácticos y los economistas vulgares tienen en ello, según nuestra opinión, completa razón (p. 208).

¡Éste es el resultado de la “revisión” y del “desarrollo ulterior” de la teoría marxista del plusvalor por parte de uno de los más capaces y escrupulosos revisionistas! ¡Atrás, atrás! es el resultado de todos estos adelantos sobre el

marxismo "retrasado”. ¡Atrás hacia una etapa ya alcanzada por él! En este caso: *¡Atrás hacia la economía vulgar!*

3. LA EXPLICACIÓN DE LAS CRISIS A PARTIR DEL SUBCONSUMO

Que las crisis son una consecuencia de la sobreproducción constituye un aserto que se ha convertido directamente en un lugar común, y que a esta altura ya nadie pone en duda. De este modo, sin embargo, el problema de las crisis no queda todavía resuelto; falta saber, en efecto, de qué se deriva la sobreproducción y cómo es posible que la sobreproducción —es decir, un exceso de riqueza— provoque indigencia y miseria.

204

Para una mentalidad limitada en el sentido burgués, que considera las leyes de la producción de mercancías como leyes naturales, este último problema desde luego no se plantea. En oportunidad del debate sobre la desocupación, casi todos los oradores burgueses han afirmado que las crisis serían en cierta medida inevitables porque las cosechas, por ejemplo, no podrían ser reguladas ni siquiera en el marco de una disciplina socialista de la producción. Esta buena gente considera obvio, pues, que en cualquier situación un cierto aumento de la riqueza no provoque más que crisis, indigencia y miseria. Y sin embargo basta con pensar en las relaciones de una economía —como la de una colectividad familiar campesina de tipo originario— fundada en el autoconsumo y no en la venta, para comprender que en ese ámbito una sobreproducción puede provocar cualquier cosa menos indigencia y miseria. Si una cosecha de granos resulta demasiado abundante, el excedente se conservará para el consumo propio, para suplir las carencias de épocas de mala cosecha. Si el exceso es tan enorme que no cabe en graneros ni depósitos, lo restante se usará como forraje para el ganado. Si ni siquiera esto permite hacer frente a la situación, podrá dejarse que lo superfluo se eche a perder. Pero que los hombres padezcan hambre porque han cosechado demasiado grano, considerar que eso es obvio, e inferir de ello el corolario de que el socialismo tampoco podrá controlar las crisis porque éstas —como nos lo enseña el señor Pachnicke, de total acuerdo con el señor Hitze— “se derivan de la naturaleza de los hombres y de las cosas”, eso debe acreditarse en la cuenta de la élite de la intelectualidad burguesa, de diputados y profesores de universidad, ya sean de tipo católico o agnóstico.

A decir verdad, la vinculación entre sobreproducción y crisis es completamente obvia en el cuadro de la producción de mercancías. Ésta, en efecto, es una producción de individuos que producen independientemente uno de otro, cada uno de los cuales produce cosas de las que no tiene necesidad y, a la inversa, obtiene de los otros productores, gracias a la intermediación del dinero, aquello que necesita. En tal estadio de la economía, por regla general no puedo consumir ningún producto que no haya adquirido y pagado. Sin embargo, no puedo comprar y pagar sin dinero, y el dinero —prescindiendo del hurto, la extorsión y acciones similares— sólo lo obtengo vendiendo mis productos o mi fuerza de trabajo. Yo, por consiguiente, no puedo consumir si no he encontrado adquirentes para las mercancías. Ahora bien: la sobreproducción implica necesariamente que una cantidad de mercancías quede sin venderse; sus propietarios, por ende, no reciben dinero, no pueden ni comprar ni consumir, y de ese modo, si dependen para su sustento únicamente de la venta de sus mercancías, caen en la indigencia y la miseria.

Sólo allí donde se produce para la venta, y no donde se produce para el autoconsumo, puede derivarse de la sobreproducción la crisis. Afirmar eso a propósito de la sociedad socialista es un contrasentido.

205

Pero la producción de mercancías no solamente hace posible que de la sobreproducción resulte una crisis: también da una configuración nueva al concepto mismo de sobreproducción.

En la producción para el autoconsumo la sobreproducción se identifica con la producción que va más allá de las efectivas posibilidades de consumo. La indigencia y la miseria no pueden derivarse de ella en ese estadio económico, sino solamente de la producción insuficiente. En consecuencia, toda economía que contemple el futuro, y verosímilmente también toda sociedad socialista, tenderá siempre a cierto grado de sobreproducción que exceda del consumo normal, a fin de sobrellevar mermas imprevistas de la producción y también un aumento imprevisto de las necesidades.

En el cuadro de la producción de mercancías, por el contrario, la sobreproducción significa una producción que supera las exigencias del *mercado*, o sea que va más allá de la *demanda de los consumidores provistos de dinero*. En cuanto a los demás consumidores, son miserables por los que no hay que cuidarse, o que al menos deben excluirse de la vida del mercado. La demanda del mercado, sin embargo, es una magnitud que varía de modo

completamente diferente de la capacidad absoluta de consumo de los hombres. El mercado, por efecto de los factores más diversos, se ensancha hoy enormemente y mañana se restringe de modo radical; lo que hoy es subproducción puede ser sobreproducción mañana, y la sobreproducción acaba por ser un concepto bastante relativo.

Para mostrar cómo una sobreproducción relativa de esa clase puede resultar provocada por un tropiezo de la circulación monetaria, alcanza con un ejemplo.

Supongamos que la industria esté representada por un sastre, y la producción industrial por dos chaquetas. Frente a ella la agricultura, en cuanto "mercado interno” de la industria, está representada por dos campesinos, uno de los cuales lleva al mercado —como excedente de su economía— un saco de grano, y el otro, un tonel de vino y una moneda de oro. Supongamos además que este último sea el único que dispone de dinero; y que el tonel de vino, el saco de grano y cada una de las chaquetas tenga el mismo valor.

Si el campesino que posee el vino compra por 20 marcos una de las chaquetas, el sastre obtiene el dinero y con él adquiere el saco de grano. El campesino que poseía el grano emplea el dinero obtenido de ese modo para comprar la otra chaqueta; el sastre se encuentra entonces en condiciones de comprarle al otro campesino el tonel de vino. Terminadas las transacciones, el sastre tiene vino y grano, cada campesino tiene una chaqueta, y el campesino que trajo el vino recuperó también sus 20 marcos. Todo ocurre de modo excelente en esto que es el mejor de los mundos posibles.

206

Pero las cosas acontecen de otra manera si el campesino que posee el vino prefiere ocultar su moneda de oro debajo del colchón o se niega, por cualquier otro motivo, a comprarle al sastre la chaqueta y opta por quedarse con su viejo jubón. Nos encontramos ante la sobreproducción de una chaqueta. Pero como el sastre no encuentra para ella ningún adquirente, tampoco dispone de dinero para comprarle el grano al otro campesino, y del mismo modo a éste le falta dinero para comprarle al sastre la segunda chaqueta. El sastre tiene hambre y el campesino tiene frío, y sin embargo existen el grano y la chaqueta que podrían satisfacer sus necesidades. Finalmente también el campesino que posee el vino se ve castigado por su avaricia, porque no consigue deshacerse de él. La indigencia y la miseria dominan en todas partes.

Naturalmente, en la realidad las cosas no ocurren de manera tan simple y clara como las hemos representado para hacerlas evidentes.

Pero las líneas generales de una crisis resultante no de una sobreproducción absoluta sino de una sobreproducción relativa son éstas. Empero, el ejemplo que hemos presentado nos propone también un nuevo concepto: la crisis proviene del hecho de que uno de los campesinos no ha empleado la totalidad de su rédito en la demanda de bienes de consumo, de que ha producido y vendido más de lo que ha consumido: es decir, del subconsumo.

En este caso, sin embargo, el subconsumo es un fenómeno fortuito, mientras que las crisis constituyen acontecimientos ocasionales e imprevisibles sólo al comienzo de la producción de mercancías. De 1825 en adelante encontramos un ciclo de las crisis de alrededor de diez años.

La primera gran crisis industrial estalló en Inglaterra en 1815, después de las guerras napoleónicas. En 1825 tuvo lugar la segunda, en 1836 la tercera, en 1847 la cuarta, y luego otra en 1857, una en 1866 y una en 1874; siguió luego una depresión hasta 1879, un ligero repunte hasta 1883, nuevamente una depresión, sin crisis en sentido propio, hasta 1886, después un repunte hasta 1890, una depresión de 1891 a 1895, un repunte de 1895 a 1900, y a partir de allí otra vez depresión.

El fenómeno que aquí debemos analizar no consiste en las crisis en general sino en esta alternancia periódica de períodos de prosperidad y de depresión, que en los últimos tiempos se inicia por lo regular con un desmoronamiento de los negocios. Si cada estancamiento importante de la circulación de las mercancías significa una crisis de los negocios, esos estancamientos pueden originarse sin embargo en razones sumamente diversas que se multiplican cada vez más con la creciente complejidad del mecanismo económico. En varios pasajes de *El capital*, Marx examinó algunas de estas causas de las crisis. Es un error, sin embargo, considerar que en diferentes etapas de su obra haya dado explicaciones diversas del *mismo* fenómeno. Quien vaya más hasta el fondo encontrará que lo que Marx explica de manera distinta son fenómenos distintos.

207

Como acabamos de ver, las crisis *periódicas* son un engendro del último siglo; nacen solamente una vez que la producción de mercancías ha desarrollado en alto grado su forma más elevada, la forma capitalista. El señor Gothein, es cierto, hizo observar a Bebel en oportunidad del debate sobre la desocupación, que ya en el Medioevo, en la medida en que entonces existía una industria, se habían verificado crisis. Es verdad, pero se trata de crisis de un género

totalmente diferente de las de hoy. La crisis periódica, que reaparece por necesidad cada diez años, es una criatura del siglo xrx.

Aparece contemporáneamente con toda la miseria física que por todas partes acompaña el surgimiento de la gran industria capitalista y lleva sus horrores hasta el extremo. Considerado esto, conviene relacionarlo con la miseria y explicar las crisis por el *subconsumo* de las masas. Hemos visto cómo el subconsumo puede conducir a la crisis. Pero en nuestro ejemplo, como ya lo pusimos en evidencia, el subconsumo era un fenómeno fortuito. Con el proletariado, en cambio, nació una clase para la cual el subconsumo era un resultado necesario de las propias condiciones sociales; y esas condiciones tuvieron por efecto las crisis. Pero el subconsumo no debe concebirse en sentido fisiológico, casi como una desnutrición, sino en sentido social como el consumo de una clase que se mantiene por debajo de su producción. En efecto, el subconsumo no está determinado sólo por una limitación del consumo frente a una producción constante o creciente, sino también por un incremento de la producción frente a un consumo que permanece incambiado o incluso que crece, pero haciéndolo sólo más lentamente.

Ya bastante pronto, desde Robert Owen y Sismondi, los economistas que se colocaron en actitud crítica respecto del modo de producción capitalista vieron en el subconsumo de los proletarios la causa de las crisis. También Marx y Engels identificaron en el subconsumo la causa *última* de las crisis. Su causa última, pero no su causa directa. Ya Engels señaló que el subconsumo de los obreros no podría constituir por sí solo la causa de las crisis periódicas; en realidad las crisis periódicas no cuentan siquiera cien años, mientras que el subconsumo de las masas por el contrario es tan antiguo como el contraste entre las clases explotadoras y las clases explotadas y por lo tanto se remonta a los comienzos de la historia. Se trata aquí por consiguiente de un subconsumo que se verifica en circunstancias particulares.

208

La diferencia entre la explotación anterior y la que pone en obra el capital industrial consiste ante todo en que la primera se fundaba en gran medida en la economía natural, en la que, como hemos visto, cabe excluir *a priori* que puedan verificarse crisis por efecto de la sobreproducción. Esto vale tanto para la sociedad antigua, como para la feudal, o para la del despotismo oriental. Pero incluso en la simple producción de mercancías el subconsumo puede no provocar crisis cuando al subconsumo de los explotados se contrapone un adecuado consumo del explotador. Retomemos el ejemplo anterior y

modifiquémoslo en el sentido de que por encima del campesino que posee el vino exista un señor feudal al que deba pagarle como tributo sus 20 marcos. Queda claro que el campesino que posee el vino ya no podrá comprar la chaqueta; en cambio ésta será adquirida por el señor feudal, el sastre empleará los 20 marcos en adquirir el grano del otro campesino, éste comprará la segunda chaqueta al sastre, y este último, a su vez, el tonel de vino del campesino, que quedará en condiciones de volver a pagar su tributo al señor feudal. El dinero circula sin estancamiento, y a pesar del subconsumo del campesino que poseía el vino, no se registra ninguna sobreproducción.

Antes del advenimiento del capitalismo industrial, la explotación persigue casi exclusivamente propósitos de consumo; y lo que se exprime a las clases trabajadoras se dilapida. No cabe hablar aquí "de una sobreproducción derivada de causas sociales. Los métodos precapitalistas de explotación más bien provocan el mal opuesto. La explotación aumenta los medios de poder del explotador, pero con ello también la posibilidad de arrebatar una mayor cantidad de productos al súbdito, de acrecentar su explotación, mientras en cambio los métodos de producción mejoran sólo lentamente, o no mejoran en absoluto. La consecuencia es una explotación creciente del suelo y de la fuerza de trabajo humana, una disminución de los proventos de la producción y por ende, por así decirlo, una creciente subproducción, acompañada también sin embargo por un creciente despoblamiento y empobrecimiento de la tierra.

Éste es el fin de toda forma de sociedad precapitalista fundada en la explotación: por estas razones murieron la antigua Grecia, la Roma imperial, el feudalismo en Francia y en España en el siglo XVin, y por esto languidecen hoy Turquía y Persia.

Completamente distinta es, en cambio, la orientación que se desarrolla en la sociedad capitalista. Ésta se funda en una producción de mercancías predominante y perfeccionada. Ya no se produce para el consumo directo de la propia familia, ni para el de la familia del explotador, sino para el mercado. En el mercado empero, en la libre competencia triunfa aquel que vende a precios más bajos, y a la larga esto sólo puede hacerlo aquel que (ceteris paribus) produce a costos más bajos. Junto con la compresión del salario, con el desarrollo de la eficiencia y la intensidad del trabajo y el prolongamiento del horario de labor, para la reducción de los costos de producción entra en juego ahora un nuevo factor: la máquina, que ya no es un producto del azar sino de la investigación metódica y científica. Más arriba, en el capítulo segundo, hemos visto cómo la máquina proporciona

ganancias suplementarias a quienes la emplean primero, y cómo la competencia obliga a los demás productores a usarla también. Pero la introducción o el perfeccionamiento de máquinas significa también la ampliación y la consolidación de los edificios empleados como laboratorios, significa una mayor cantidad de materia prima elaborada; presupone, pues, una mayor disponibilidad de dinero, un capital más elevado.

209

De aquí en adelante se vuelve imposible para los nuevos explotadores, los capitalistas industriales, conservar su posición en el mercado si malgastan en consumos personales toda la ganancia que embolsan. Deben “ahorrar”, acantonar una parte de la ganancia, acumular para acrecentar su capital y mantenerse así en posición de enfrentar la concurrencia. Así, el modo de producción capitalista conduce necesariamente por un lado a la limitación del consumo personal de los capitalistas, y por otro, justamente por consecuencia de ello, al fomento permanente de los medios de producción y a la elevación continua de la productividad del trabajo, es decir a la ampliación continua de la producción de medios de consumo. El subconsumo de los explotados ya no se compensa por un consumo personal correspondiente del explotador; y ésta es la raíz de la permanente tendencia a la sobreproducción en el actual modo de producción.

Los capitalistas y los obreros a quienes éstos explotan constituyen un mercado que crece con el crecimiento de la riqueza de los capitalistas y del número de los trabajadores; pero ese mercado no crece con la misma rapidez que la acumulación del capital y la productividad del trabajo, y no es suficiente por sí solo para los medios de consumo creados por la gran industria capitalista. Ésta debe ser por consiguiente buscar un mercado suplementario, fuera de su propio ámbito, entre los sectores profesionales y entre las naciones que no producen todavía según el modo capitalista. Encuentra ese mercado y hasta consigue ampliarlo cada vez más, pero no con suficiente rapidez. En efecto, ese mercado suplementario no tiene ni la elasticidad ni la capacidad de expansión del proceso de producción capitalista. La producción capitalista, tan pronto como se convierte en una gran industria plenamente desarrollada —como en Inglaterra ya en el primer cuarto del siglo XIX— adquiere la posibilidad de tener expansiones repentinas, con lo que cualquier ampliación del mercado resulta insuficiente en breve lapso. Cada período de prosperidad, que sigue a una ampliación importante del mercado, está por ello condenado a tener una vida breve y la crisis será su fin inevitable.

210

Ésta es, punto por punto, la teoría de las crisis elaborada por Marx y aceptada, por cuanto conocemos, por todos los marxistas "ortodoxos". También la hace suya Parvus en su muy reciente opúsculo sobre *Crisis comerciales y sindicatos*,[3] un trabajo en que la profundidad acompaña la claridad y la osadía —una osadía que en alguno que otro punto tal vez resulte excesiva— y que realiza en forma excelente la difícil tarea de explicar del modo más accesible para todos la esencia de las crisis. Tendremos oportunidad de volver a mencionarlo más adelante en nuestra indagación, porque a pesar de su ropaje popular nos ofrece nuevas perspectivas teóricas.

También el otro trabajo sobre las crisis de G. Barnhard, *Crac, crisis y clase obrera*,[4] aparecido en una edición de partido, parte de la opinión de que la causa de las crisis debe situarse en el subconsumo. Pero Bernhard se queda en la superficie y por eso no ve en el subconsumo la causa última sino la causa directa de las crisis. Así afirma, por ejemplo, que

> Justamente la *ley contra los socialistas* es responsable de que la crisis se haya hecho permanente, interrumpida apenas de tanto en tanto por breves períodos de alivio, hasta fines de los años 80. Y por ello dista mucho de ser una casualidad que con la derogación de la ley contra los socialistas la situación económica se presente en forma totalmente distinta (p. 4).

Ésta puede ser una hermosa fórmula para agitadores políticos, pero no se debe fomentar la agitación con argumentos que no soportan la prueba de los hechos. En Alemania, donde regía la ley contra los socialistas, la crisis de los años 80 ciertamente no duró más que en Inglaterra, donde no existía tal ley, y el impulso económico de fines de la década de los 80 terminó, vaya casualidad, justamente cuando la ley contra los socialistas se derogó. En realidad, las crisis hoy no están determinadas por los mercados nacionales sino por el *mercado mundial*.

Bernhard no se propone la tarea de elaborar una teoría de las crisis: se limita a presentar una reseña histórica de algunas de las más recientes interpretaciones erróneas que de ellas se han formulado.

211

Pero la razón que Bernhard aduce para dejar de lado la teoría de las crisis no es muy plausible: "Dada su concepción sobre la esencia

[3] Parvus, *Handelskrisis und Gewerkschaften*, Munich, M. Ernst, p. 64.

[4] G. Bernhard, *Krach, Krisis und Arbeilerklasse*, Berlín, Vorwärts, p. 48.

del sistema de producción capitalista, para el socialismo resulta completamente superfluo construir una teoría de las crisis. Ella resulta por sí sola del conjunto de la visión socialista."

A nosotros, marxistas anticuados, ortodoxos, dogmáticos, esto no nos convence. Del conjunto de nuestra visión socialista no resulta por sí sola ninguna teoría. Más bien es nuestra visión socialista la que resulta del conjunto de nuestras teorías, y ciertamente no por sí solas sino del estudio profundo de las cosas. Y precisamente la teoría de las crisis nos ha originado algún dolor de cabeza.

Del mismo modo procede Tugán-Baranovski, y sus investigaciones lo han llevado a elaborar una teoría propia de las crisis. Así, de repente, del "conjunto de la visión socialista" —aunque, a decir verdad, no "por sí solas"— resultan por lo menos dos teorías de las crisis, bastante diferentes una de otra.

4. LA TEORÍA DE LAS CRISIS DE TUGÁN-BARANOVSKI

Tugán niega que el motivo último de las crisis periódicas resida en la explotación capitalista. Lo busca única y exclusivamente en la falta de planificación, en la anarquía del modo de producción capitalista, la cual temporariamente perturba la proporcionalidad de la producción.

Para que la producción y la circulación de las mercancías sigan su curso sin perturbaciones, las diversas ramas de la producción deben hallarse en determinadas relaciones mutuas. Cualquier perturbación considerable de esas relaciones produce un atascamiento, provoca una crisis. Para ello no se requiere una sobreproducción general. Ya la sobreproducción de un ramo de las mercancías está en condiciones de hacer descender también los precios de las demás mercancías, y provocar una crisis general. Esto vale ya en la producción mercantil simple, pero más aún en la capitalista, porque en ésta el mercado se torna cada vez más grande e inabarcable, y las fuerzas productivas se vuelven cada vez más poderosas y elásticas, cada vez más susceptibles de una expansión súbita. Lo que en la producción mercantil simple era posible, aquí se torna por momentos inevitable.

En estos puntos de vista de Tugán hay mucho de verdad. No cabe duda de que no hace falta una sobreproducción general para provocar una crisis; la sobreproducción de algún ramo de la industria dominante en el mercado mundial —antes de la industria textil, ahora de las industrias productoras y elaboradoras del hierro— bastan para provocar un atascamiento, que luego suscita también los fenómenos

de la sobreproducción en otros ramos de la industria. No concordamos con los argumentos con los que Tugan demuestra esto, pero podemos prescindir de su refutación, que nos apartaría un tanto de nuestro objetivo. Yendo por otro camino, nos encontraríamos no obstante con él al arribar a los mismos resultados.

212

Tampoco cabe dudar acerca del hecho de que la falta de proporcionalidad en la producción puede convertirse en causa de una crisis. Esto ya lo señaló Marx en el tomo segundo de *El capital*. Pero también demostró allí que semejante falta de proporcionalidad puede ser provocada no sólo por una sobreproducción, sino también por una subproducción. Por ejemplo, si no llega al mercado una cantidad suficiente de materias primas, se produce una detención necesaria del proceso de la producción, y consecuentemente, una crisis. Una crisis de esta índole, no provocada por sobreproducción, fue la escasez de algodón a comienzos de la década de 1860 en Lancashire, ocasionada por la guerra de secesión norteamericana. Una crisis similar —crisis previa a la crisis general— fue la que vimos en el pináculo del más reciente período de prosperidad en Alemania, donde por momentos escasearon el hierro, el carbón y el algodón, de modo que más de una fábrica se vio obligada a licenciar a su personal o a restringir su ritmo de trabajo.

Notabene. Téngase bien en cuenta que ya esto sólo demuestra la insostenibilidad de la cháchara acerca de la superación o siquiera la atenuación de las crisis por parte de los cárteles, que no enmudece aún del todo a pesar de todas las experiencias. Hemos visto que la proporcionalidad de la producción es una premisa indispensable para un curso imperturbado del proceso de la producción y reproducción capitalista. Pero la producción de mercancías es la producción de muchos productores que obran en forma recíprocamente independiente. Que esta actividad no planificada concluye, a breve plazo, en una total confusión y en un caos inextricable, es cosa por la cual vela la competencia, la cual hace que en aquellas ramas de la producción en las que se gasta demasiado trabajo social, desciendan los precios, lo que conduce a la restricción de la producción, mientras que en aquellas ramas de la producción en las cuales se produce menos de lo que corresponde a la proporcionalidad, los precios aumentan, lo cual incita a la extensión de la producción. ¿Cómo actúan frente a esto los cárteles? Eliminan la competencia de diversas ramas de la producción, presuntamente para lograr la constancia de los precios, pero en realidad para mantenerlos elevados, y de esa manera mantener elevadas las ganancias, en forma igualmente

constante. Pero esto no significa otra cosa que los ramos de la producción accesibles a su organización en cárteles, tiendan constantemente a la subproducción, con lo cual aspiran constantemente a perturbar la proporcionalidad de la producción, cosa que, como es sabido, también logran hacer bastante a menudo. No tratan de eliminar la independencia recíproca de los diversos ramos de la producción, ni la falta de planificación de la producción total, sino sólo al regulador de la libre competencia, único que se halla en condiciones de poner algún orden dentro de la anárquica actividad capitalista. Si lograsen ese objetivo, crearían una total confusión económica. Sin embargo, la competencia está demasiado profundamente arraigada en el sistema económico imperante como para no hacerse valer una y otra vez. Pero cuanto más poderosas son las asociaciones de empresarios, tanto más violentas serán las perturbaciones dentro de las cuales habrá de imponerse la competencia. De esta manera, los cárteles constituyen un nuevo elemento de crisis.

213

Pero, por otra parte, evidentemente también puede provocarse una falta de proporcionalidad en la producción y, en consecuencia, una crisis, por sobreproducción en algún destacado ramo individual de la industria. Nadie negó tampoco esto en el bando marxista. Si observamos el subconsumo como razón última de las crisis periódicas, vemos en cambio en la falta de planificación del proceso de producción capitalista una de sus premisas y un factor que temporariamente y por sí solo puede provocar crisis o agudizar más aún crisis generales.

Sin embargo, Tugán no se contenta aún con esto. Afirma que las crisis deben atribuirse solamente a la falta de planificación del modo de producción capitalista. El subconsumo en cuanto razón última de la crisis no existiría, pues el mercado para la producción capitalista crecería en la misma relación en que crece éste; mediante su crecimiento, la producción se crea su propio mercado. Por lo tanto, si todos los ramos de la industria se desarrollasen en una relación de correspondencia, la sobreproducción y las crisis serían imposibles, por mucho que aumentasen la explotación de las masas trabajadoras y el subconsumo.

Con sólo ser posible la ampliación de la productividad social, si las fuerzas productivas son suficientes para ello, entonces en la distribución proporcional de la producción social también debe experimentar la demanda una ampliación correspondiente, pues bajo esas condiciones cualquier nueva

mercancía producida representa un poder adquisitivo nuevo surgido para la compra de otras mercancías (p. 25).

Tugán trata de probarlo exponiendo esquemáticamente, según el modelo de Marx, el proceso de reproducción del capital. Marx había examinado las condiciones bajo las cuales la producción y la circulación de mercancías pueden recomenzar cada vez de nuevo en el modo de producción capitalista, es decir en cuanto proceso de reproducción capitalista. En esa oportunidad, y con el fin de simplificar al máximo posible el esquema, partía de la hipótesis de que en la sociedad sólo hay capitalistas y obreros. Denominaba reproducción simple del capital a aquella en la que los capitalistas consumen toda la ganancia, de modo que la producción capitalista no se amplía, sino que prosigue cada año en la misma extensión. Pero en realidad, cada año la clase capitalista aparta una parte de la ganancia, la acumula, para ampliar la producción. Eso da entonces como resultado una reproducción ampliada.

214

En cada caso, la producción de los medios de producción, la de los medios de consumo para los obreros y la de los medios de consumo para los capitalistas deben asumir una magnitud determinada para que la reproducción pueda proseguir sin perturbaciones. Correspondientemente el esquema de la reproducción se divide en tres secciones; la de la producción de los medios de producción, la de los medios de consumo de los obreros, y la de los medios de consumo de los capitalistas. En la reproducción simple, en la primera sección deben fabricarse tantos medios de producción como los que se gastan durante el año para sustituirlos. En la segunda y tercera deben producirse tantos medios de consumo como los que utilizan tanto obreros como capitalistas, respectivamente. Esto es obvio. Pero bajo condiciones técnicas y de explotación dadas, también se halla dada la distribución de capital constante y variable y beneficio en cada una de las secciones, y deben corresponderse la suma del capital variable empleado en las tres secciones y la suma de los valores de los medios de consumo de los obreros producidos en la segunda sección; la suma de los plusvalores en las tres secciones con la correspondiente suma de los valores de la tercera sección producidos para el consumo de los capitalistas, y finalmente la suma de los capitales constantes empleados en las tres secciones (por razones de sencillez suponemos que todos ellos se utilizan durante un mismo año) con la suma de los valores de los medios de producción producidos en la primera sección, si no ha de originarse una perturbación del proceso de

reproducción, una crisis.

El cuadro siguiente, cuyas cifras han sido arbitrariamente escogidas, sirven para visualizarlo:

ESQUEMA I

Reproducción simple del capital social

1ª sección.

Producción de medios de producción

720 millones (de marcos) de capital constante (medios de producción) + 360 millones de capital variable (salarios) 360 millones de plusvalor (ganancia) = 1.440 millones de valor de medios de producción.

2ª sección.

Producción de medios de consumo de los obreros

360 millones de capital constante + 180 millones de capital variable 4180 millones de plusvalor = 720 millones de valor de los medios de consumo de los obreros.

3ª sección.

Producción de medios de consumo de los capitalistas

360 millones de capital constante + 80 millones de capital variable + 180 millones de plusvalor = 720 millones de valor de medios de consumo de los capitalistas.

Total: 1 440 millones de capital constante + 720 millones de capital variable + 720 millones de plusvalor = 2.880 millones de valor del producto total.

215

En consecuencia, al mercado llegan mercancías por valor de 2 880 millones de marcos. Todo este valor cae en manos de los capitalistas. Pero de él deben ceder 720 millones como salario de los obreros de las tres secciones, y deben comprar medios de producción por valor de 1 440 millones, destinados a sustituir los medios de producción empleados en las tres secciones. Los 720 millones de salarios absorben los medios de consumo producidos en la segunda sección. Los 1 440 millones destinados a medios de producción eliminan del mercado los productos de la primera sección. De esta manera les quedan a los capitalistas 720 millones de ganancia, los que emplean para adueñarse de los productos de la tercera sección y eliminarlos del mercado. Como se ve, a pesar de toda la explotación no es necesario que se produzca una crisis.

Pero en realidad a los capitalistas no les va tan bien como en este ejemplo. No pueden disfrutar todo el plusvalor, sino que deben “ahorrar”, “privarse” para ampliar la producción. Pero para ello no basta que se priven virtuosamente de los deleites que podrían comprar con sus ganancias, sino que toda la producción de la sociedad debe disponerse de otro modo. Con lo que se ahorra de no comer caviar, no beber champaña y no hacer el amor con bailarinas, no puede manejarse una hilandería. Para ello es necesario producir algodón, carbón y máquinas de hilar en lugar de caviar y champaña, y la ruda alimentación de los proletarios en lugar de la etérea nutrición de las bailarinas. ¿Qué aspecto toma entonces el proceso de la reproducción? Más o menos el que sigue, manteniéndose constante el monto de la producción total, así como las condiciones técnicas y de explotación. Obtenemos entonces el

216

ESQUEMA II

Reproducción ampliada del capital social

Primer año

1ª sección

Medios de producción

840 millones de capital constante + 420 millones de capital variable + 420 millones de plusvalor = 1.680 millones

2ª sección

Medios de consumo de los obreros

420 millones de capital constante + 210 millones de capital variable + 210 millones de plusvalor = 840 millones

3ª sección

Medios de consumo de los capitalistas

180 millones de capital constante + 90 millones de capital variable + 90 millones de plusvalor = 360 millones

---

Total: 1.440 millones de capital constante 720 millones de capital variable 720 millones de plusvalor = 2 880 millones.

Segundo año

1ª sección

Medios de producción

980 millones de capital constante + 490 millones de capital variable + 490 millones de plusvalor = 1.960 millones

2ª sección

Medios de consumo de los obreros

490 millones de capital constante + 245 millones de capital variable + 245 millones de plusvalor = 980 millones

3ª sección

Medios de consumo de los capitalistas

210 millones de capital constante + 105 millones de capital variable + 105 millones de plusvalor = 420 millones

---

Total: 1 680 millones de capital constante + 840 millones de capital variable + 840 millones de plusvalor = 3.360 millones.

217

Tugan aún desarrolla el mismo esquema para un tercer año, pero eso ya no ofrece nada de nuevo. Por lo tanto, prescindimos aquí del mismo. Esos dos años ya bastan para demostrarnos que incluso en el caso de acumulación no es necesario que se produzca una sobreproducción. En el primer año, los capitalistas ya no consumen 720, sino solamente 360 millones de marcos para su consumo personal. Pero a pesar de ello gira el valor total de 2.880 millones de marcos. Ahora compran máquinas por valor de 1.680 millones de marcos, en lugar de hacerlo por 1.440, y mantienen en reserva 840 millones, en lugar de 720, para gastarlos en salarios, para lo cual también se compran en medida creciente medios de consumo producidos para la clase obrera, como lo demuestra el esquema del segundo año. La masa de los medios de consumo utilizados por obreros y capitalistas ha descendido en el primer año de 1.440 a 1.200 millones, y al año siguiente también asciende sólo a 1.400 millones en lugar de 1.440, y sin embargo aumenta el valor total de la producción de 2.880 a 3.360 millones, "sin que en virtud de ello se perturbase en lo más mínimo el equilibrio entre la oferta y la demanda" (p. 650). De ese modo, Tugán llega al siguiente resultado:

Los esquemas citados debían probar hasta la evidencia un principio, muy sencillo en sí mismo, pero que en caso de una comprensión insuficiente del proceso de la reproducción del capital social despierta fácilmente objeciones: el principio de que la producción capitalista se crea un mercado para sí

misma... De la comparación entre la reproducción simple del capital social y su reproducción en escala ampliada puede extraerse la importantísima conclusión de que en la economía capitalista la demanda de mercancías es independiente, en cierto sentido, del volumen total del consumo social: el volumen total del consumo social puede descender y al mismo tiempo crecer la demanda social total de mercancías, por absurdo que esto pueda parecer desde el punto de vista del "sentido común". *La acumulación* de capital social lleva a una restricción de la demanda social de medios de consumo y al mismo tiempo a un aumento de la demanda social total de mercancía (p. 25).

218

Este descubrimiento se vincula luego con el otro, ya mencionado en el segundo capítulo de esta consideración, de que la ganancia la crean no sólo los obreros, sino también los medios de producción. Pues en el modo de producción capitalista, el obrero resulta degradado a medio de producción, al cual se lo equipara, y así también se equipara, en el consumo, el de los medios de producción al de los hombres. Al mercado le resulta indiferente si crece el consumo de los hombres o el de los medios de producción (p. 229 del original).

Los medios de producción desempeñan un papel de importancia cada vez mayor en el proceso de producción y en el mercado de las mercancías. Frente a la máquina, el obrero pasa a un segundo plano, y al mismo tiempo pasa a segundo plano la demanda originada en el consumo del obrero en comparación con la demanda proveniente del consumo productivo de los medios de producción. Toda la actividad de la economía capitalista asume el carácter de un mecanismo diríase que existente para sí mismo, "en el cual el consumo del hombre aparece como un mero factor del proceso de la reproducción y de la circulación del capital" (p. 27).

¿Cómo ha de poder surgir entonces la crisis del subconsumo? Sólo puede originarse porque las diversas ramas de la producción no se hayan desarrollado siempre en la relación correcta, con lo cual entran en conflicto.

Ésta es la teoría de la crisis de Tugán-Baranovski.

No cabe duda de que se ha contradicho al "sentido común". Pero eso no constituye aún prueba alguna. Nada engaña con mayor facilidad que el sentido común, el cual considera la apariencia de las cosas como la esencia de las mismas.

Por lo tanto, no nos fiemos de ese sujeto engañoso y observemos con mayor detenimiento los esquemas de Tugán.

A no dudarlo, los mismos atestiguan que el consumo de medios de consumo puede disminuir y al mismo tiempo aumentar la producción, sin que el proceso de reproducción se detenga. Eso debemos admitirlo. Pero con ello aún estamos muy lejos de admitir las conclusiones de Tugán. El consumo puede disminuir y al mismo tiempo aumentar la producción, pero, ¿es siempre posible eso, bajo todas las circunstancias, sin que de ello derive una crisis? No, sino sólo en condiciones determinadas. Los esquemas de Tugán nos muestran sólo un único caso en el cual puede producirse una disminución del consumo sin crisis: en la transición de la reproducción simple a la reproducción ampliada. Ese único caso se convierte para Tugán en el prototipo de la realidad capitalista, y no obstante *casi nunca se produce* en dicha realidad.

Marx utilizó el esquema de la reproducción simple no porque reflejara el proceso real del proceso de la reproducción capitalista, sino porque es más sencillo que el de la reproducción ampliada, por lo cual permite descubrir con mayor facilidad una serie de importantes fenómenos que el otro caso. Pero desde que se produce de la manera capitalista se acumula asimismo, es decir que rigen las leyes del proceso de la reproducción ampliada. Es totalmente indudable que esto tiene lugar en la mayor medida desde el comienzo de las crisis periódicas. Incluso durante éstas, cuando la reproducción se detiene por momentos, el proceso de reproducción no es el simple, pues inclusive en tiempos de depresión se acumula capital.

219

Por consiguiente, el proceso del pasaje de la reproducción simple a la reproducción ampliada no se da casi nunca en el modo de producción capitalista desarrollado; por lo tanto, casi nunca se producen las condiciones bajo las cuales es posible un retroceso del consumo sin crisis. Los esquemas de Tugán no demuestran, pues, absolutamente en su favor, y no obstante su autor basa en ellos solamente su audaz paradoja.

Pero incluso si, a pesar de estos reparos, admitimos la reproducción simple como punto de partida del proceso de reproducción capitalista, ¿qué habrá ganado Tugán con ello? No más que una postergación de la condena de muerte a su teoría.

Es verdad que si partimos de la reproducción simple como etapa inicial, el consumo de medios de consumo asciende en ella a 1.440 millones de marcos. Si durante el año siguiente se realizan las operaciones necesarias para una ampliación de la producción, en ese año el consumo de los medios de consumo debe descender a 1.200

millones de marcos. Pero sigamos calculando ahora los esquemas sobre la base proporcionada por Tugán. Hallamos entonces que en el segundo año, el consumo debe ser nuevamente de 1.440, en el tercero se producirán medios de consumo por valor de 1.633 millones, en el cuarto por 1.911, en el quinto por 2.224, en el sexto por 2.594 millones, y así sucesivamente. Luego de seis años, el consumo total de la sociedad ya debe haberse más que *duplicado*, y casi otro tanto ocurre con el consumo de la clase obrera, que debe haber aumentado de 840 millones a 1.816 millones, de no producirse un atascamiento, una sobreproducción. Y a partir de entonces ese ascenso del consumo debe proseguir *ininterrumpidamente*, pues apenas haya comenzado el régimen de la reproducción ampliada, ya no tolerará detenciones en la senda una vez iniciada.

Si a pesar de ello deducía Tugán de ese mismo esquema que “es posible que disminuya el monto total del consumo social y al mismo tiempo aumente la demanda social total de mercancías", sólo llegaba a esa conclusión por el hecho de que suponía no sólo como punto de partida un tipo de proceso de reproducción ajeno al modo de producción capitalista, sino porque apenas si se atrevía a ir más allá de ese punto de partida. Si no hubiese interrumpido sus cálculos ya al llegar al tercer año, sino que los hubiese proseguido de modo de llegar a las cifras arriba expuestas, hubiese tenido que imponérsele por sí sola la insostenibilidad de su posición.

220

Pero un cálculo ulterior basado en las cifras de su esquema también le hubiese demostrado a Tugán que la masa del valor de los medios de consumo producidos en el año *asciende exactamente en la misma proporción* que la masa del valor de los medios de producción. La cantidad total de los medios de consumo (en cuanto valores de uso) crece aún más rápidamente que la suma total de su valor, si al mismo tiempo crece la productividad del trabajo, tal como es la regla. El consumo de los medios de consumo no debe ser meramente *interrumpido*, pues, sino también crecer siempre, cuando menos en la *misma proporción* o más rápidamente aún que la producción de los medios de producción, si no ha de llegarse a una crisis.

Tugán relaciona con su teoría de la ganancia su descubrimiento de que el consumo puede descender y no obstante aumentar la producción sin que se llegue a la sobreproducción. En efecto, tanto en uno como en otro caso incurre en el mismo pecado de ser de corto aliento teórico. Se topa con un caso aislado el que parece refutarle la teoría en un caso, y el sentido común en el otro, y de inmediato se dispone a construir una nueva teoría en el mismo lugar donde eso le

ocurriera. Con sólo haber seguido un poco más adelante, pronto hubiese comprendido con claridad la fugacidad del caso de excepción de que se trataba, y que él confundió con la práctica normal y permanente del modo de producción capitalista.

Por cierto que suena muy bien el que Tugán establezca como raíz común de su teoría de la ganancia y de la crisis el hecho de que los capitalistas sólo consideren al obrero como un medio de producción, como una máquina, y que por ello equiparen a ambos; que la máquina produzca para ellos ganancias, lo mismo que el obrero, y que para ellos el consumo de la máquina equivalga al del hombre, pues la finalidad de su producción es la ganancia y no la satisfacción de las necesidades de los hombres. Con toda seguridad que el capitalista piensa así, pero las crisis emanan de la contradicción en que cae el punto de vista de los capitalistas, una y otra vez, respecto a las leyes fundamentales de la sociedad. *El capital*ista podrá equiparar cuanto quiera el hombre a la máquina, pero la sociedad sigue siendo una sociedad de hombres y jamás se convertirá en una de máquinas, las relaciones sociales siempre siguen siendo las relaciones entre un ser humano y otro, y jamás serán las relaciones entre hombres y máquinas. Por eso en última instancia el trabajo humano sigue siendo el factor formador del valor, y por eso también decide en última instancia y siempre la extensión del consumo *humano* sobre la extensión de la producción.

221

La producción es y sigue siendo producción para el consumo humano. Es verdad que el número de los lugares de producción en los cuales se confeccionan los productos directamente para el consumo personal disminuye cada vez más, a medida que aumenta la división del trabajo, en relación con los demás lugares de producción, que suministran a aquéllos, y entre sí, herramientas, máquinas, materias primas, y medios de transporte. Mientras que en la economía rural primitiva también se elaboraba el lino, con herramientas propias, en la empresa en la que se lo obtenía, y en ella se lo elaboraba dejándolo listo para el consumo humano, actualmente hay acaso un centenar de empresas que participan en la confección de una camisa, en la elaboración del algodón en crudo, la producción de los rieles de hierro, locomotoras y vagones que lo llevan al puerto, del barco que lo traslada a Europa, los medios de transporte en este continente, las máquinas, edificios, el carbón que utilizan el hilandero, el tejedor, la producción de agujas, botones y otros accesorios para la costurera. Pero todos ellos sólo sirven al fin último de la confección de medios de consumo humano, y la actividad de todos ellos se detiene en

cuanto no intervenga suficientemente este último objetivo. A pesar de los ingentes alcances y de la apariencia pasajera de una independencia del consumo que asumen algunos de los numerosos eslabones intermedios de la producción de medios de consumo, como por ejemplo los ferrocarriles, sería no obstante imposible engañarse acerca de que todos ellos sirven sólo al consumo humano si no se sumara aún una circunstancia: que la producción capitalista no es una producción nacional sino internacional, mundial. Dada la división internacional del trabajo sucede que algunos países —los antiguos países industriales— sólo pueden expandir ya lentamente su producción para el consumo personal, mientras que la producción de medios de producción aún realiza en ellos rápidos progresos, resultando mucho más decisivo para el pulso de su vida económica que la producción de medios de consumo. Quien considere esta cuestión solamente desde el punto de vista de la nación correspondiente, llegará luego fácilmente a la conclusión de que la producción de medios de producción podría crecer en forma constantemente más veloz que la de los medios de consumo, y que no estaría vinculada a ellos. Esto se revela llamativamente, sobre todo, en Inglaterra.

Pero si en Inglaterra la fabricación de máquinas de hilar crece más rápidamente que la de hilo, por ejemplo, ello sólo es posible porque fuera de Inglaterra se construyen nuevas hilanderías que compran sus máquinas en Inglaterra. Pero sin aumentar el consumo de hilo, esta entrega de máquinas de hilar pronto cesaría.

Tugán pasa esto por alto. Señala que de Inglaterra se exportaron:

222

	1868-1870	*1896-1898*
Hilados	82,5 millones de £	77,1 mill. de £
Hierro (incl. máquinas)	26,3	39,9
Hulla	5,4	16,7

De allí extrae la siguiente conclusión:

De esta manera, en la disminución relativa de las exportaciones de los productos manufacturados británicos que ingresan en el consumo directo, se expresa asimismo la ley fundamental del desarrollo capitalista: cuanto más avanza la técnica, tanto más disminuyen los medios de consumo frente a los medios de producción. El consumo humano desempeña un papel cada vez más insignificante frente al consumo productivo de los medios de producción.

¡Como si el consumo de los medios de producción fuese otra cosa que la producción de medios de consumo!

Producir significa elaborar medios de consumo para uso humano. El avance de la división del trabajo sólo puede encubrir este hecho, pero no puede eliminarlo o siquiera restringirlo.

5. LAS MODIFICACIONES EN EL CARÁCTER DE LAS CRISIS

Debemos negar categóricamente las nuevas teorías de Tugan acerca de los factores en los que se basa el modo capitalista de producción y a partir de los cuales se originan las crisis; no podemos atribuirle ningún valor a su teoría de la ganancia y sólo un valor condicionado a su teoría de la crisis en la medida en que nos deja entrever la importancia que tiene el segundo tomo de *El capital*, con sus explicaciones sobre el proceso de reproducción del capital, para la investigación de las causas de crisis; así, por el contrario, encontramos tanto más puntos en los cuales no sólo coincidimos con Tugán, sino que también alcanzamos nuevas perspectivas a través de él, cuanto más nos remontamos de las causas profundas a la superficie de los fenómenos, cuanto más pasamos de las abstracciones a las cosas concretas.

Desgraciadamente nuestro trabajo ya se hizo tan extenso, que nos vemos obligados a no entrar en estas explicaciones, particularmente en las observaciones de Tugán sobre la causa de la periodicidad de las crisis y sus formas fenoménicas. Debemos remitir a la obra misma a todo aquel que quiera informarse sobre ello.

Aquí no obstante investigaremos la cuestión de sí y en qué medida el carácter de las crisis se modifica, si éstas muestran tendencia a desaparecer o a moderarse, como siguen afirmando algunos revisionistas, en combinación con liberales optimistas, hasta hace por lo menos dos o tres años atrás. Sobre este tema Tugan llegó a resultados dignos de atención.

223

Si bien la teoría de las crisis de Tugan se diferencia de la nuestra, ambas coinciden en que las crisis resultan necesariamente del modo capitalista de producción, que están indisolublemente ligadas a él. Pues la falta de planificación de la producción está tan vinculada a su naturaleza como el subconsumo de las masas y la acumulación del capital.

En su capítulo final Tugán dice:

> Si las ideas expuestas en este libro sobre las causas de las crisis en la economía capitalista son correctas, entonces nada puede ser más erróneo que la opinión manifestada recientemente por algunos autores (por ejemplo, por Bernstein) de que el último desarrollo del capitalismo habría apartado el peligro de la aparición periódica de crisis [...].
>
> Muchos creen que las crisis pueden ser suprimidas por diferentes clases de asociaciones de empresas, cárteles, sindicatos, trusts puesto que éstos tienden, directa o indirectamente, a regular la producción nacional. No estamos en absoluto dispuestos a subestimar la importancia de semejantes asociaciones. Su difusión general es, a nuestro parecer, la mejor prueba de la bancarrota del principio de libre competencia en la vida económica actual y de la necesidad de una organización planificada de la producción social. Los cárteles representan un avance muy importante de la economía capitalista en el camino de la concentración de la empresa. Pero de todos modos consideramos completamente imposible que los cárteles supriman el ciclo industrial. Un cártel puede introducir en una rama individual de la producción una organización planificada de la producción, pero la relación opuesta a esta rama de la producción organizada queda tan desorganizada y falta de planificación como antes [...]. Ciertamente los cárteles pueden moderar la brusquedad del tránsito del auge al estancamiento. Los cárteles pueden atenuar el descenso de los precios de las mercancías a través de una limitación planificada de la producción. Pero *la limitación de la producción es para los obreros sinónimo de desocupación*. Precisamente la limitación de la producción social es el obstáculo contra el cual debe lucharse. Ante este obstáculo los cárteles son impotentes. La importancia de los cárteles para los empresarios consiste en que éstos descargan el peso de la depresión de los empresarios a los obreros (pp. 414-416).

Con ello Tugán no pretende afirmar que el carácter de las crisis es siempre el mismo. Por el contrario, ellas se modificaron mucho.

224

> Las crisis del tipo anterior terminaron en Inglaterra. Las crisis anteriores se asemejaban a una tormenta que rápidamente azotaba al país y destruía todo en su camino, pero que con la misma velocidad desaparecía. En la actualidad la crisis ya no es más un caso agudo de enfermedad, sino una enfermedad que se arrastra durante mucho tiempo; así, por ejemplo, la crisis mundial de 1857 fue una verdadera catástrofe económica, que en poco tiempo perturbó la actividad comercial de todo el mundo capitalista y casi la lleva a una completa paralización. Todo parecía estar derrumbado y desplomado. Pero ya después de un año las huellas de la crisis casi se habían borrado y la industria estaba más activa que antes. Por ello es que no debe asombrar que

los antiguos teóricos de la crisis la compararan con una tormenta, que destroza árboles pero que depura la atmósfera y refresca los campos. Sin embargo, de las crisis de la actualidad no podría emplear una caracterización semejante ni siquiera un fervoroso optimista, que estuviera siempre dispuesto a dar gritos de júbilo y a cantar himnos de alabanza a lo existente. En Inglaterra no hubo una catástrofe comercial a comienzos de los años ochenta, y a pesar de ello la industria se encontró durante aproximadamente cuatro años en el peor de los estancamientos. Así también el derrumbe de la firma Baring en el año 1890 no dio lugar a una perturbación general del crédito inglés, y a pesar de ello el estancamiento en los negocios se prolongó entre tres y cuatro años. El pánico bursátil y la bancarrota alcanzan con su ímpetu a los *empresarios* y a las *clases poseedoras*; los que más padecen por una paralización en los negocios son los *obreros*. Por ello se puede decir que una comparación entre las crisis de la actualidad y aquellas de los años cincuenta y sesenta no favorece a las crisis del nuevo tipo (p. 415).

Por consiguiente, la pregunta de si las crisis se moderan va a ser respondida de manera diferente según el punto de vista en el que se esté colocado. Aquel que examine el asunto con ojos burgueses va a acompañar el canto de aquellos optimistas que suponen que las crisis serían atemperadas por el progreso del desarrollo económico, sobre todo por los cárteles. Los grandes empresarios sufren en la actualidad menos que antes bajo ellas. Quien, por el contrario, juzga desde un punto de vista proletario, debe llegar al juicio exactamente contrario pues los obreros son ahora más oprimidos por ella que antes. Los cárteles aumentan la miseria aun de otra forma que la señalada por Tugán; impiden a los obreros aprovechar el tiempo de prosperidad. Si los cárteles aumentan y prolongan la desocupación en tiempos de crisis, entonces impiden además a los obreros aumentar, en tiempos de prosperidad, los salarios en la misma medida en que los empresarios de cárteles y demás monopolistas aumentan los precios. Esto fue comprobado, en los más diversos aspectos, para la última época de prosperidad.

Tugán además pregunta:

¿Disminuye la desocupación en la más reciente fase de la economía inglesa? La estadística no puede responder a ello, pero muchas circunstancias nos inducen a suponer tal vez (probablemente quiera decirse "más bien”.—k k) lo contrario.

La desocupación modifica su fisonomía principalmente en dos

aspectos:

Charles Booth declaró que, según su opinión, la mejor organización de la industria tiende indiscutiblemente a una mayor continuidad del empleo. Pero por este camino actuará directamente contra los desocupados. Ella crea un mayor número de desocupados y favorece a los mejores obreros. Cuanto mayor sea la parte del trabajo que es ejecutada regularmente, tanto menos queda para aquellos que trabajan irregularmente.

Tugán presenta además otras afirmaciones que muestran que la tendencia de los últimos tiempos avanza en el sentido de que la desocupación, en creciente medida, con toda su fuerza, *afecte a los obreros menos hábiles* (p. 417).

Tugán se refiere entonces a aquellas cifras estadísticas mediante las cuales Charles Booth demostró que entre un 40 y 45% de los obreros mayores de 65 años viven en Inglaterra en casas correccionales —esas casas correccionales que no son menos temidas ni aborrecidas por los obreros que la cárcel.

Por lo tanto, aproximadamente la mitad de los obreros, que tuvieron la desgracia de envejecer, está condenada a terminar su vida como pobres. ¡Y esto sucede en el país más rico del mundo, en Inglaterra! [...]. Con el aumento de la competencia la vida se hace cada vez más difícil, la fuerza de trabajo es consumida cada vez más rápidamente por el capital y deja de ser aceptada en el mercado de trabajo ... Y esta desocupación no sólo no experimenta limitación alguna sino que además aumenta en los últimos tiempos. Charles Booth, indudablemente el informante más competente, dice sobre esto lo siguiente: "Sin lugar a dudas, en los grandes centros industriales *los viejos se encuentran en la actualidad en peor situación que veinte años atrás.* Los viejos sufren ante la creciente dificultad por encontrar una ocupación. Las mismas condiciones que mejoraron la situación de los jóvenes, actúan contra los viejos" (p. 422).

Tugán llega a la conclusión "de que la desocupación no experimenta absolutamente ninguna limitación con el ulterior desarrollo de la industria y que incluso en algún aspecto adopta formas todavía más serias".

La desocupación se vuelve cada vez más abrumadora no sólo porque afecta a los elementos menos resistentes del proletariado, a los obreros sin calificación, viejos y desorganizados, sino también

porque la duración de las crisis aumenta. En los primeros años de la crisis, la desocupación es todavía sobrellevada con relativa facilidad, puesto que el obrero tiene todavía ahorros de los buenos tiempos, y también sus organizaciones poseen medios que lograron reunir. Pero esta reserva desaparece rápidamente, la ayuda del sindicato a los desocupados es cada vez más insuficiente, los ahorros se desvanecen como la nieve bajo el sol, muebles y ropa van al ropavejero y finalmente no queda nada más con que el desocupado pueda defenderse de la miseria que la misericordia o el delito.

226

La desocupación se torna así cada vez más abrumadora cuanto más dura la crisis y no disminuye sino más bien aumenta relativamente en relación con la clase obrera industrial, comparando un ciclo industrial con otro, un período de prosperidad con otro período de prosperidad, una crisis con otra crisis. De década en década, la desocupación debe crecer en la nación en la medida en que la población industrial aumenta más rápidamente que la agrícola. Pues la crisis periódica y la correspondiente desocupación periódica es una propiedad de la *industria* capitalista. La *agricultura* capitalista también padece crisis, pero éstas son de una naturaleza diferente a las industriales, no son periódicas e independientes del ciclo de las últimas. También es diferente al de la industria el problema de la desocupación en la agricultura.

Pero la duración de las crisis y la extensión y peso de la desocupación no sólo crece dentro de la nación, sino que también crece cada vez más el círculo de las naciones que sucumben al ciclo de la crisis.

Las primeras crisis se limitaban casi exclusivamente a Inglaterra, a la cual se sumó poco después Norteamérica. El año 1857 ya aporta una profunda crisis en Francia y Alemania. En el año 1873 no sólo Alemania, sino también Austria está madura para una catástrofe de primera categoría, la década anterior ve alinearse a Sudamérica, Japón y Rusia en la serie de los países que participan de la bendición de crisis capitalistas periódicas, profundas. La crisis actual es más general que cualquier otra antes. Aún falta América pero sus crisis no siempre coincidieron con las europeas. El penúltimo descenso comenzó en Europa en 1890; en América, por el contrario, recién en 1893. Conforme a ello, bajo la ley de los ciclos de diez años, la crisis americana recién habría concluido en 1903. Naturalmente esta fecha no debe considerarse como algo infalible. El ciclo oscila entre 8 y 11 años y puede ser perturbado considerablemente por grandes guerras.

La crisis americana repercutirá necesariamente sobre Europa y ha de fortalecer aún más aquí los efectos de la crisis comercial. No puede esperarse un largo período de permanente reanimación en los negocios mientras no haya pasado la tormentosa nube americana. Ella podría convertir la crisis actual en la más extensa, tal vez también la más profunda, de cuantas hemos tenido.

227

Por consiguiente, puede comprobarse una continua ampliación de las crisis no sólo en lo que se refiere a la duración y extensión de la desocupación en un país dado, sino también en lo que se refiere a la expansión geográfica. Por lo tanto, puede decirse en general que las crisis se agudizan y extienden cada vez más.

Sin embargo, esta ley es modificada en parte por otra, que Parvus desarrolla en su ya mencionado folleto y en otros escritos anteriores. Parvus afirma que

existen momentos, en los que el desarrollo de la economía capitalista ha madurado tanto en todos los terrenos —en la técnica, en el mercado dinerario, en el comercio, en las colonias— que debe verificarse una eminente expansión del mercado mundial, la totalidad de la producción mundial es elevada a una nueva base, mucho más amplia. Entonces se inicia un *período de embate y de lucha* [*Sturm und Drang*] para el capital. El cambio periódico de auge y crisis no es suprimido por ello pero el auge se desarrolla en una progresión mayor, la crisis es más aguda, pero de menor duración. Así se sigue hasta que las tendencias del desarrollo acumuladas alcanzan su complejo desarrollo. Entonces se produce el estallido más agudo de la crisis comercial, la que finalmente se transforma en la *depresión económica*. La depresión económica está caracterizada por una retardación en el desarrollo de la producción. Ésta acorta la magnitud del auge y su espacio, pero extiende, por el contrario, la crisis comercial, la que pierde su rigor. Casi se tiene la impresión, de que la producción ya no se podría levantar hasta que las potencias del desarrollo hayan evolucionado hacia un nuevo período de embate y lucha (p. 26).

Si esta interpretación se confirma, entonces se expone un valioso complemento y enriquecimiento de la teoría marxista de las crisis. Tugán no la conoció y por ello no la incluyó en el campo de sus discusiones. Pero su historia de las crisis coincide muy bien con la teoría de Parvus.

La primera época de crisis del gran capitalismo industrial en Inglaterra comprende el período que va de 1815 hasta 1849. De allí los años que van desde 1815 hasta 1836 representan una época que,

según Parvus, podría denominarse de embate y lucha del capital. A partir de allí hasta 1849 nos encontramos con un período fundamentalmente depresivo, sólo interrumpido por breves períodos de auge. Todo este espacio de tiempo es caracterizado políticamente por la paz general y por la reacción que tuvo lugar tras el agotamiento por las guerras napoleónicas; técnicamente, por la introducción de la máquina de vapor y la rápida extensión del sistema ferroviario en Inglaterra. El período de la depresión, desde 1836 hasta 1849, es el período del cartismo.

228

La segunda época se extiende desde 1849 hasta 1887; de allí los años que van desde 1849 hasta 1873 constituyen un período de embate y lucha, en el período comprendido entre 1874 y 1887 domina una depresión generalizada y casi ininterrumpida. El fundamento para este período es creado por la revolución de 1848 y sus ramificaciones, las guerras contra el absolutismo en Rusia y Austria, contra la esclavitud en los Estados Unidos, la unificación de Alemania e Italia. En su período de embate y lucha domina el libre comercio, y los países de la civilización europea, incluso los Estados Unidos, son rápidamente cubiertos por una red ferroviaria, e incluidos por ello en el mercado mundial. Con Tugán vemos en la intermitente expansión de la red ferroviaria internacional una de las principales causas del cambio de prosperidad y crisis. La expansión del mercado mundial y la de la red ferroviaria van de la mano en el siglo XIX. A ello se asocia aún la influencia de las abundantes riquezas auríferas que fueron descubiertas desde 1848 en California y desde 1851 en Australia. En el aspecto técnico este período está caracterizado en especial por la revolución de la industria química (en el sentido más amplio, incluyendo, por ejemplo, también a la industria azucarera). En el período de la depresión se opera el auge de la socialdemocracia alemana y su victoriosa lucha contra Bismarck, el asedio del absolutismo por el primer gran movimiento revolucionario en Rusia, el resurgimiento y rápido fortalecimiento del socialismo en Inglaterra.

Desde 1887 se instauró un nuevo período del capitalismo, al comienzo con timidez y desde 1895 con tanta fuerza como no se hubiera creído capaz al envejecido capitalismo. Este nuevo período está condicionado por la política colonial, o sea por la distribución de la tierra entre media docena de grandes potencias, y por la construcción de ferrocarriles en México, Centro y Sudamérica, Australia, Africa, India Oriental, Siberia y Japón. Técnicamente, este período se caracteriza por la introducción de la electrotécnica; el auge se ve favorecido por la rápidamente creciente producción de oro en

Sudáfrica.

Los dos primeros períodos de embate y lucha duraron entre 20 y 25 años. Puesto que el más reciente recién lleva 15 años, entonces bien podemos esperar que éste alcance su fin y que, entre la actual crisis y el período de estancamiento crónico de mayor duración que seguramente debe esperarse, se encuentra todavía un período de impetuoso auge. Otros exámenes vuelven esto probable, sobre todo la circunstancia de que el tiempo de las grandes construcciones ferroviarias en China se halle todavía por delante nuestro. Ciertamente, una guerra por el valioso objeto de botín que representa China, podría sofocar en su origen el nuevo auge. Pero sea como fuere, si nosotros nos acercáramos ahora, al cabo de uno o dos años, a una nueva época de prosperidad, más frenética de lo que fue la transcurrida, o si esto no ocurriera, tenemos que esperar con sobrada razón, de todos modos, que al nuevo período de embate y lucha, así como a los dos anteriores, ha de seguirle una época de depresión crónica, que también promete ser una época de intensa actividad revolucionaria.

229

Sin embargo, el más reciente período de embate y lucha del capitalismo muestra dos particularidades que lo diferencian de sus predecesores. Anteriormente fueron Inglaterra entre las naciones y la industria textil entre las industrias los que acaudillaban el ciclo económico y lo expresaban con mayor fuerza; Inglaterra tuvo que ceder ahora su papel a Alemania y Norteamérica, la industria textil el suyo a la producción de hierro y carbón.

La experiencia enseña que el ciclo industrial de los estados capitalistas desarrollados se evidencia muy bien en las cifras de la estadística de exportaciones. El valor de la exportación de Inglaterra ascendió a;

1823	710	millones de marcos		período de embate y lucha
1836	1.068	»	»	
1848	1.058	»	»	estancamiento
1849	1.272	»	»	período de embate y lucha
1873	5.100	»	»	
1886	4.260	»	»	estancamiento
1887	4.440	»	»	período de embate y lucha
1899	5.100	»	»	

En el período comprendido entre 1836 y 1848 el descenso de la exportación fue insignificante; en el primer año del segundo período de auge superó ya todos sus niveles anteriores, para cuadruplicarse en el plazo de 23 años. Contrariamente, ella desciende significativamente a partir de 1873 hasta 1886 y a partir de allí, por el plazo de 13 años, alcanzó sólo aquel nivel que ya había escalado 26 años antes.

Especialmente delicada es la situación relacionada con el desarrollo de la exportación en la industria algodonera en Inglaterra, como puede observarse por el cuadro de la página siguiente.

Por lo tanto, desde 1820 hasta 1874 tiene lugar un ascenso del valor de la exportación de 330 millones a 1 404 millones, a partir de allí hasta 1898 un descenso a 1 298 millones. Primero, casi una quintuplicación en el plazo de 54 años, luego en el plazo de 24 años no sólo no un aumento, sino un descenso.

Pero también en otros países se estanca la industria textil, por ejemplo, en Alemania, donde su desarrollo está considerablemente

230

	Hilado		*Telas*	
	Cantidad Millones de libras	*Valor Millones de marcos*	*Cantidad Millones de yardas*	*Valor Millones de marcos*
1820	23,0	56,6	250	278,8
1846-1850	139,8	131,4	1.157	375,2
1870-1874	205,5	307,4	3.446	1.097,2
1890-1894	235,9	206,2	4.975	1.011,4
1898	246,7	178,4	5.216	1.119,8

retrasado en relación al resto de la industria. Ya he proporcionado algunos datos sobre ello en mi folleto sobre la política comercial (p. 47). Aquí ofrezco solamente algunas cifras que iluminan el fenómeno desde otro costado. El número de las personas ocupadas en la industria creció en el Reich alemán, desde 1882 hasta 1895, en un 39%; por el contrario, en la industria textil el personal sólo aumentó, en el mismo período de tiempo, en un 9%. En todos los demás grupos industriales el aumento fue mayor, con excepción de la cría de ganado y la pesca (8.8%), cuyo ramo industrial apenas entra en consideración. Éste ocupa solamente al 3 por mil de los trabajadores industriales. En

cambio, la industria textil ocupaba aún en 1882 el 124 por mil de la totalidad de los trabajadores industriales, y en 1895 sólo el 95 por mil. Encontramos una disminución directa de los ocupados en la hilandería, un 11.4%, en las tejedurías de seda, un 26.5%, y en las tejedurías de lino, aquí hasta un 34.7%.

En Gran Bretaña la situación de la industria textil es por cierto más grave. En Inglaterra, en el sentido estricto (sin Escocia e Irlanda), la cifra de los ocupados en la industria creció, entre 1871 y 1891, de 5 137 725 a 7 336 344, en cambio en la industria textil sólo de 1 035 544 a 1 128 589; el personal de toda la industria aumentó, por lo tanto, en un 43%, el de la industria textil sólo un 9%. Esto implica una disminución relativa muy importante, puesto que la población en el mismo espacio de tiempo se incrementó en un 27%. En Alemania la disminución relativa de la población que vive de la industria textil no es tan considerable; ella aumentó, entre 1882 y 1895, en un 9%, la población total en un 14.5%. De todos modos aquí la industria textil tampoco está en condiciones de mantener el mismo paso que el aumento de la población.

Coincidentemente con la paralización del auge, tiene lugar también en los países y ramas industriales afectados por ello, un debilitamiento de las crisis, un fenómeno que ya hemos señalado más arriba. Éstas se tornan menos violentas, el retroceso, que sigue al ascenso, es menos brutal y vehemente. Tugán ilustra esto de las más diversas maneras.

231

Pero dicha atenuación de los movimientos ondulatorios en la fluctuación ascendente y descendente de la vida comercial no es una mejora; la ausencia de crisis significa también la ausencia de la prosperidad previa. Es una ley del modo capitalista de producción que ambas están indisolublemente unidas entre sí, que la prosperidad debe necesariamente ser pagada con un violento crac, que éste será tanto más fuerte cuanto más elevada aquélla, que la era del auge no puede ser otra cosa que la preparación de un derrumbe.

En ciertas circunstancias, algunas capas favorecidas de obreros, como por ejemplo ciertos elementos de la clase obrera textil inglesa, pueden mantener apartadas de sí durante algún tiempo las consecuencias de la paralización del auge industrial. Pero ellas pueden hacer esto sólo a expensas del resto de la clase obrera. Si los obreros textiles ingleses sólo aumentan un 9%, mientras que la población un 27% y la población industrial se incrementa un 43%, entonces ellos sólo pueden mantener su posición privilegiada apartando de sí el

aumento de la población hacia otras profesiones menos favorecidas, que no tienen la fuerza para rechazar la afluencia de fuerzas de trabajo. Pero también esto debe concluir cuando el desarrollo comienza a frenarse además en otras profesiones, cuando en todas partes el número de los ocupados aumenta más lentamente que el número de los brazos que viven de la venta de su fuerza de trabajo.

Y a esta situación se enfrenta Inglaterra. Tugán mismo comprueba: ‘‘Los últimos treinta años se distinguen por una detención relativa del desarrollo de la industria inglesa y una decadencia de la supremacía industrial de Inglaterra, así como por una modificación en el carácter de las crisis comerciales. Depresiones permanentes tomaron el lugar de las crisis agudas” (p. 288). Y en la página 246 señala, “si en la actualidad en el mercado inglés de mercancías no observamos nada similar al vértigo especulativo de los tiempos anteriores, esto se explica simplemente por el hecho de que los tiempos dorados de la industria inglesa han pasado”.

Muy bien, pero ¿cómo se explica que estos dorados tiempos hayan pasado, de la misma manera como pasó la dorada base de la manufactura? Esto no parece ser tan “simple” pues Tugán nos debe una respuesta. Y no puede contestarla desde el punto de vista de su teoría de la crisis según la cual el capital se crea su propio mercado.

En las páginas 230 y 231 polemiza contra mis interpretaciones de las causas de las crisis (en mi libro *Bernstein und das sozialdemokratische Programm*) y luego dice:

232

> Si la expansión de la producción es prácticamente ilimitada, como lo supone Kautsky, entonces debemos admitir también como ilimitada la expansión del mercado, pues en la distribución proporcional de la producción social no existe para la expansión del mercado *otro límite que las fuerzas productivas de que dispone la sociedad.*

Si esto fuera correcto, entonces la industria de Inglaterra debería crecer con tanta mayor rapidez, cuanto mayor su riqueza de capital. En lugar de esto, ésa cae en la paralización, el capital creciente emigra hacia Rusia, Sudáfrica, China, Japón, etcétera.

Este fenómeno halla su espontánea explicación a través de nuestra teoría, que ve la razón última de las crisis en el subconsumo, y constituye uno de los soportes de esta teoría; ella es inconcebible desde el punto de vista de Tugán Baranovski. Tampoco sabemos por él si admite que aquí se presenta una ley económica, en virtud de la

cual también los otros estados industriales, más tarde o más temprano, pasarán de la edad dorada a la de hierro, de la época del brusco cambio de auge y catástrofe a la época de depresión crónica con sólo fatigadas y ocasionales arremetidas hacia un curso de los negocios más activo.

Conforme a nuestra teoría este desarrollo es una necesidad lo cual se confirma por el solo hecho de que el modo capitalista de producción tiene sus límites, que no puede sobrepasar. Debe llegar una época, y tal vez ésta se encuentre ya muy cerca, a partir de la cual se torne imposible que el mercado mundial, aunque sólo sea transitoriamente, se expanda más rápidamente que las fuerzas productivas sociales, por lo que en *todas* las naciones industriales la sobreproducción se vuelve crónica. Para esta época es también probable y posible un ascenso y descenso de la vida económica; una serie de revoluciones técnicas que desvalorizan una masa de medios de producción existentes y dan origen a nuevas y grandes creaciones en medios de producción, el descubrimiento de nuevos y ricos yacimientos de oro y similares puede activar aun temporariamente la marcha de los negocios. Pero el modo capitalista de producción requiere una expansión ininterrumpida, rápida, no debe llevar a su punto máximo la desocupación y la miseria para los obreros y la inseguridad para los pequeños capitalistas. El avance de la producción capitalista evidentemente sigue siendo posible, incluso en este estadio de depresión crónica, pero ella se vuelve absolutamente insoportable para la gran masa de la población y se ve obligada a buscar una salida para la miseria generalizada, y sólo puede encontrarla en el socialismo.

No obstante, estoy completamente de acuerdo con Tugán en que no se va a llegar a una disyuntiva de tal tipo que obligue a la población a aceptar el socialismo. Esto ya lo he señalado en mi libro (p. 145). Por cierto que mis razones se apartan de las de Tugán. Considero esta disyuntiva como inevitable, *si el desarrollo económico se verifica como hasta ahora*, pero confío en que la victoria del proletariado se produzca a tiempo para darle al desarrollo otra dirección, antes de que la disyuntiva en cuestión tenga lugar para que sea posible afrontarla.

233

¿Pero si en esto yo estoy de acuerdo con Tugan, y si por otra parte coincidimos en que las crisis dentro del modo capitalista de producción son insuperables, qué valor práctico tienen entonces nuestras diferencias teóricas? Si las crisis tienen su razón última en el subconsumo o en la falta de proporcionalidad de la producción social

¿es esto algo más que una simple cuestión de doctores?

Así estarían tentados de opinar algunos “prácticos". En realidad esta cuestión tiene una gran importancia práctica y precisamente para las actuales diferencias tácticas que son discutidas en nuestro partido. No es casual que el revisionismo combata con especial vehemencia la teoría de las crisis marxistas.

Como una nueva orientación de nuestra táctica práctica, el revisionismo, en sus últimas consecuencias —de las cuales por cierto, no es preciso que esté claramente consciente todo revisionista— no es otra cosa que la transformación de la socialdemocracia, de un partido de la lucha de clases proletaria, en uno democrático o en el ala izquierda de un partido democrático de reformas socialistas que abarca todas las clases y sectores de clase democráticos. Una reactivación semejante de la antigua democracia pequeñoburguesa, tal como es predicada, por ejemplo, en la actualidad por Millerand y Jaurés en Francia, sólo puede ser considerada como posible por aquel que acepta que el antagonismo de clase entre el proletariado y las clases poseedoras está en continuo debilitamiento, así como, inversamente, aquel que desea la transformación de la socialdemocracia proletaria en un partido popular modernizado semejante naturalmente está obligado a sobrestimar todos aquellos factores que actúan sobre una moderación de los antagonismos de clase y a subestimar todos los factores que actúan en sentido contrario.

Teoría y táctica se encuentran ligadas en una íntima acción recíproca, no se puede modificar a una de ellas, sin verse obligado a modificar también la otra. Pero nuestra teoría de las crisis es inconciliable con la idea de una suavización de los antagonismos de clase. Si ella se evidencia como correcta y el modo capitalista de producción avanza hacia un período de continua depresión para el caso de que el proletariado no conquiste antes el poder político, entonces el desarrollo económico debe agudizar los antagonismos de clase antes de que este estado de depresión continua sea alcanzado.

En realidad, vemos que en los momentos actuales a las naciones industriales el mercado mundial ya no les parece inconmensurable, sino estrechamente limitado, de manera tal que la libre competencia en el mercado mundial no es más la consigna, sino la monopolización de las mayores porciones posibles del mismo, para lo cual han entrado en actividad como principal medio la conquista colonial, aranceles proteccionistas, cárteles, y el resultado es una continua agudización de los antagonismos entre los grandes estados coloniales.

234

Algunos revisionistas —entre ellos los "nacionales”— reconocen esto, pero deducen precisamente de ello la necesidad de que el proletariado vaya de la mano con la burguesía, al menos frente al exterior, y opinan que nuestro internacionalismo se manifiesta como un sentimentalismo tradicional sin fundamento real. Las buenas personas olvidan, prescindiendo de todo lo demás, que a pesar de todos los intentos de monopolización, la libre competencia está indisolublemente ligada al modo capitalista de producción, y hace valer siempre de nuevo sus leyes, que el factor decisivo en el mercado mundial es siempre finalmente la baratura de las mercancías. Pero esto significa que la presión para el descenso de los salarios y el esfuerzo más intensivo de los obreros y también la presión para la destrucción o bien la atrofia de sus organizaciones es tanto más viva en la clase capitalista cuanto más fuerte es la competencia en el mercado mundial, cuanto más estrecho sea éste en relación con las enormemente crecientes fuerzas productivas del capitalismo.

Mientras la industria inglesa dominaba el mercado mundial, los obreros ingleses podían inculcar a sus capitalistas la idea de que la mejor política es vivir y dejar vivir. Pero esto llega a un fin tan pronto aparecen en el mercado mundial competidores de igual condición, de diversas maneras incluso superiores, Alemania y Norteamérica. Ahora empieza también en Inglaterra nuevamente la lucha contra los sindicatos [patronales] que va a ser tanto más intensa cuanto más aguda la competencia de estas grandes potencias industriales. Frente al relativo hundimiento de la industria y la agravación de la desocupación en Inglaterra, Tugán encuentra un factor conciliador en el desarrollo de sus sindicatos, los que hasta cierto punto podrían paralizar los inconvenientes de los dos primeros factores mencionados. Pero él no investiga cuáles deben ser los efectos de la creciente competencia externa sobre la relación de los capitalistas ingleses con los sindicatos y retroactivamente sobre su conservación. A pesar de crisis y cárteles y de persecuciones legales no damos por perdidos a los sindicatos. Pero el antagonismo entre capitalistas y sindicatos deberá aumentar también en Inglaterra, aquéllos deben emanciparse también políticamente de éstos y buscar un apoyo en los proletarios organizados de otros países. Por lo tanto, al estrechamiento del mercado mundial no sigue un mayor acercamiento a los capitalistas del propio país y un aflojamiento de las relaciones con los proletarios de otros países, sino lo contrario, a pesar de todas las provocaciones nacionales y delirios armonísticos burgueses de nuestros políticos tanto nacionales como mundiales.

235

Así como aumentan los antagonismos entre capital y trabajo dentro de cada nación, así también los antagonismos entre los explotadores de las diferentes naciones aumentan en la medida en que el mercado mundial se estrecha (este estrechamiento es naturalmente siempre relativo, tomado en relación a las fuerzas productivas sociales, pues en forma absoluta éste se expande cada vez más). Hoy es predicada la guerra aduanera contra Norteamérica, después de que ayer fue predicado el equipamiento naval contra Inglaterra. ¡Cuánto faltará para que se llegue a la verdadera lucha, a la lucha aduanera o a la lucha de las armas! Si se confirma la teoría de Parvus de los períodos de embate y lucha del capital y el tercero de estos períodos, dentro del cual nos encontramos, todavía no ha terminado, entonces el auge, que todavía tenemos que esperar, antes de que se verifique una prolongada depresión, no debería disminuir el peligro de una guerra, sino aumentarlo. Pues parece como si los tiempos de prosperidad no sólo incitan el espíritu para empresas comerciales sino también para las bélicas.

El último período de embate y lucha del capital fue también un período de grandes guerras europeas, en las cuales se hicieron valer las necesidades de aquel entonces de la burguesía de una unificación nacional (en Alemania e Italia), del quebrantamiento del absolutismo (en Austria y Rusia) y de mantener libre la puerta hacia Oriente (Turquía). Este período de embate y lucha se prolongó desde 1849 hasta 1874. El período bélico comenzó en 1853 y finalizó en 1878.

El tiempo de la depresión fue un tiempo de paz, con el auge de los negocios volvieron otra vez las guerras. Si queremos prescindir de la guerra japonesa-china, que estalló fuera del círculo del capitalismo europeo, debe incluirse aquí la guerra americana-española y la sudafricana, así como la campaña hacia China. Que estas dos últimas aventuras no hayan incitado a una conflagración mundial, debe ser atribuido evidentemente al estallido de la crisis en Rusia. Sin ella tal vez ya tendríamos la guerra mundial por la herencia asiática oriental. Pero aplazado no es suprimido. La lucha de las pandillas capitalistas dominantes por el mercado mundial no podrá evitarse. Podrá adoptar diversas formas pero seguramente no será pobre en catástrofes.

Crisis, guerras, catástrofes de toda clase, estas queridas aliteraciones es lo que nos depara el desarrollo de las próximas décadas. Así como se evaporó en pocos años el sueño de la eliminación de las crisis por medio de los cárteles, como el otro sueño de la conquista pacífica, imperceptible, de a porciones del poder político por experimentos á la Millerand y, finalmente, también el

otro hermoso sueño de la penetración de las clases dominantes inglesas por las ideas socialistas —¿dónde están hoy los políticos sociales liberales de Inglaterra, dónde los Fabianos, dónde la oposición contra la paralización de las organizaciones sindicales por los tribunales?— así los acontecimientos de los próximos años conducirán a que se evapore igualmente todo sueño que pretenda que guerras y catástrofes sean cosas del pasado y que ante nosotros sólo se encuentra el nivelado camino del progreso pacífico, tranquilo.

236

Hacia allí quisieran ir nuestros deseos; pero la sociedad capitalista descansa sobre la lucha de antagonismos, que pueden debilitarse temporariamente, pero que finalmente siempre vuelven a agudizarse, y que deben ser resueltos antes de que aquel estado de armonía social, al que todos aspiramos, se haga posible.

Pero en el fondo de todos estos antagonismos y contradicciones, no sólo de las crisis, sino de todo el mecanismo capitalista, encontramos la creciente explotación de las masas y la avanzada acumulación de capital resultante de ella.

[De: Karl Kautsky, "Krisentheorien”, en *Die Neue Zeit*, XX, 1901-1902, 2, pp. 37-47, 76-81, 110-118, 133-143. Traducción de Irene del Carril y León Mames.]

MIJAIL IVANOVICH TUGÁN-BARANOVSKI

En la sección tercera del libro II de *El capital*, al encarar el problema de la "reproducción y circulación del capital social global", Marx destaca que, mientras al examinar en el plano de lo individual "la producción de valor y el valor del producto del capital, la forma natural del producto mercantil era absolutamente indiferente para el análisis; tanto daba que se compusiera, por ejemplo, de máquinas o de cereales o de espejos", "esta manera puramente formal de la exposición ya no basta cuando se trata de considerar el capital social global y el valor de su producto". En efecto, en tal caso "la reconversión de una parte del valor del producto en capital, el ingreso de otra parte en el consumo individual de la clase de los capitalistas, así como de la clase obrera, conforman un movimiento" que "no es sólo reposición del valor [*Wertersatz*], sino también de materia [*Stoffersatz*], y de ahí que esté condicionado o por la interrelación de los componentes de valor del producto social como por su valor de uso, su figura material". Este problema —que, como se sabe, fue históricamente encarado por primera vez por Quesnay en su *Tableau économique* y que consiste en establecer de qué modo las principales ramas de la producción social pueden ponerse de acuerdo entre sí, no sólo desde el punto de vista del valor de sus productos sino también de su valor de uso o figura material, de manera de poder integrar y reconstituir, mediante el intercambio recíproco, todas las condiciones subjetivas y objetivas para la repetición y continuación del proceso productivo— fue indagado por Marx con sus famosos esquemas de la "reproducción simple" y "ampliada", donde efectuadas algunas reducciones y simplificaciones esenciales, se muestra que los dos sectores fundamentales de la producción (el sector I o productor de medios de producción, y el sector II o productor de medios de consumo) pueden, justamente, sustituir y renovar sus factores subjetivos y objetivos mediante el intercambio de su producto.

Al evaluar el significado de estos esquemas de Marx y, en particular, de los esquemas de la "reproducción ampliada", donde se muestra cómo se realiza y acumula el plusvalor producido en los dos sectores fundamentales y, por ende, cómo circula y se reproduce el capital social global, es importante tener bien en claro un punto en que no siempre se repara, a saber: que la obra de Marx es una *crítica*

del capitalismo, un análisis de las *contradicciones* internas que lo minan, pero también, y al mismo tiempo, constituye la exposición y la reconstrucción del modo en que. a pesar de todo, *existe* y *funciona* ese sistema. Dicho de manera más simple y clara, ello significa que el análisis de Marx camina sobre un difícil "filo de navaja" que lo distingue de otros dos modos de ver radicalmente distintos, a saber:

238

1] de aquellas críticas del capitalismo que, por así decirlo, "demuestran demasiado", o sea que en su esfuerzo por agudizar las contradicciones internas del sistema terminan demostrando no ya la contradictoriedad del sistema existente sino, directamente, su *imposibilidad*, la imposibilidad de su existencia y de su funcionamiento: y 2] del modo opuesto de ver que, en cambio —aprisionado y comprimido por la *existencia* del mecanismo que indaga— atenúa y minimiza sus desequilibrios internos hasta el punto de tornar *absoluta y eterna* esa existencia, y por ende, no ver más las razones por las cuales el sistema mismo no puede funcionar ni durar infinitamente. Mientras que esta última línea es la que se encuentra en James Mill, en Ricardo y en la famosa "ley de las salidas” de J. B. Say, donde se hace desaparecer el problema de la "realización del plusvalor”, transformando la producción capitalista en producción simple de mercancías y esta última en trueque o intercambio inmediato de los productos, de manera de concluir que jamás puede existir oferta sin demanda, venta sin compra ni producción por encima del consumo, y que, a lo sumo, todo lo que se puede verificar son solamente "desproporciones” temporarias que, empero, el mercado sabe reequilibrar de inmediato, la primera línea tiene su tronco en Sismondi y sus continuadores en los *naródniki* o populistas rusos, para quienes, al ser imposible en última instancia la "realización del plusvalor”, el capitalismo mismo se torna imposible en cuanto sistema capaz de desarrollarse y, por ende, de producir y reproducir las propias condiciones de vida. En medio de estas dos líneas se sitúa —como se dijo— el análisis de Marx, que al destacar las contradicciones del capital también destaca cómo este sistema crea, sin embargo, "la forma en que éstas se pueden mover" (y “éste, en general”, dice Marx, "es el método con que se resuelven las contradicciones reales"), lo cual significa por una parte que el desarrollo de esas contradicciones se traduce en la existencia misma del sistema, y por la otra que esta existencia procede, a su vez, a replantear —si bien a niveles cada vez más altos— las *contradicciones* mismas que le son connaturales. Resulta importante tener bien en claro este punto porque es un hecho que, así como los esquemas de

la "reproducción" de Marx demuestran la posibilidad del sistema de existir y funcionar "realizando” el plusvalor producido, esos mismos esquemas no pueden ser abstraídos ni aislados del curso de todo *El capital* y, en particular, del libro tercero, donde el tratamiento de la baja tendencial de la tasa de ganancia, el análisis de la competencia y las consideraciones sobre las crisis muestran (tal cual se puede ver, por lo demás, en el mismo libro segundo) en qué sentido la "reproducción ampliada” del capital global y, por tanto, el desarrollo del sistema son, al mismo tiempo, el desarrollo y la reproducción ampliada de todas sus contradicciones.

Este largo preámbulo permite comprender el papel y la importancia preeminentes de Tugán-Baranovski en las evoluciones del marxismo ruso y alemán (y, más específicamente, del austromarxismo) durante las primeras décadas de este siglo.

239

En efecto, reducida a lo esencial, su teoría no es otra cosa que una reproposición e interpretación de los esquemas marxianos de la "reproducción” (pero arrancados del contexto arriba indicado), efectuada con miras a demostrar: *a*] que el sistema puede realizar el plusvalor y, por tanto, dar lugar a su “reproducción ampliada”, vale decir desarrollarse; *b*] que, dado que es posible la realización del plusvalor, los desequilibrios y las crisis del sistema deben entenderse como simples "desproporciones”, y *c*] que, si como el propio Marx lo demostró, el sistema se desarrolla, deben considerarse falsas las dos "teorías del derrumbe” que Tugán cree reconocer en su obra, a saber, la baja tendencial de la tasa de ganancia, además de la teoría del subconsumo. Con otras palabras, todos los males del sistema se reducen a simples "desproporciones" en que incurre constantemente el sistema como consecuencia de su "anarquía”, pero que también supera y corrige constantemente sin jamás toparse con límites estructurales que pongan término a su desarrollo indefinido. Todo depende, pues, de la ausencia de un plan en la distribución de las inversiones. Las crisis derivan de "desproporciones”, en el sentido que a la sobreproducción en una rama se le contrapone la subproducción en otra; al exceso de la oferta sobre la demanda en un caso, el de la demanda de consumo sobre la oferta en el otro. Pero dado que si en una esfera se produjo demasiado, en las otras se produjo demasiado poco con relación a la demanda efectiva, resulta claro que ese *plus* y ese *minus* de producción se compensarían mutuamente de respetarse las proporciones en las inversiones, y que *globalmente*, por lo tanto, producción y consumo, oferta y demanda, siempre están en recíproco equilibrio para Tugán. Con otras palabras, tal cual mostró cabalmente

Rosdolsky en su *Génesis y estructura de "El capital" de Marx* (cit., vol. II, pp. 546-556 [en esp., véase pp. 510-519]), en el fondo de la teoría de Tugán está el mismo "equilibrio metafísico entre comprador y vendedor" de James Mill, vale decir la misma ley de las salidas de Say, a la que por lo demás se adscribió explícitamente el mismo Tugán en sus *Theoretische Grundlagen des Maixismus* [Fundamentos teóricos del marxismo] (Leipzig, 1905), de las que aquí se publican la tercera y última sección, y que junto con sus *Studien zur Theorie und Geschichte der Handelskrisen in England* [Teoría e historia de las crisis comerciales en Inglaterra] (1894) de los que publicamos el primer capítulo, constituyen el plato fuerte de su obra.

Aquí resulta imposible, por razones de espacio, demorarnos en el otro economista ruso, S. Bulgákov, más original y dotado que el mismo Tugán (por lo menos a juicio de Luxemburg, como también de Rosdolsky) pero menos influyente que él, si no sobre Lenin en todo caso sobre el marxismo de lengua alemana, a causa de la ausencia de traducción de sus escritos a algunos de los idiomas occidentales. Lo que aquí interesa enfatizar es la posición central en que, en virtud de sus propias teorías, viene a encontrarse Tugán con respecto a las distintas tendencias del marxismo de la época. Ante todo, como después se señalará mejor, esto vale para la influencia ejercida por Tugán sobre el marxismo ruso y los escritos económicos del joven Lenin en el curso de la batalla que este último libró contra los populistas y su ascendencia teórica en Sismondi.

240

En efecto, si los naródniki partían en su discurso de la tesis de la imposibilidad que, por vía de principio, tiene el capitalismo para realizar el plusvalor en el mercado interno y —en lo atinente a Rusiacorroboraban su supuesto señalando la falta de mercados extranjeros para la burguesía de ese país, arguyendo además el ínfimo nivel del consumo popular, resulta claro por qué los marxistas rusos, luchando contra el populismo, pudieron encontrar argumentos útiles para ellos en el discurso de Tugán y Bulgákov quienes, en cambio, demostraban que el capital puede realizar el plusvalor aun sin mercados extranjeros e incluso en condiciones de grave atraso del consumo popular, y que no hay que explicar las crisis de sobreproducción por las dificultades de realización sino por la anarquía y la ausencia de un plan de la economía capitalista.

Pero esta influencia de Tugán —como mostró de modo inequívoco Rosdolsky (*op. cit*., vol. II, pp. 530 ss. [en esp., pp. 496 ss.])— también fue decisiva para los desarrollos del pensamiento austromarxista, empezando por el mismo Hilferding y por Otto Bauer, en el sentido

que el discurso de Tugán indujo a leer los esquemas marxianos de la “reproducción" de manera tal que de ellos se extraía no sólo la exclusión principista del marxismo de cualquier “teoría del derrumbe”, sino también la demostración de la posibilidad que tiene el capitalismo de desarrollarse ilimitadamente, según lo que el mismo Hilferding hubo de destacar por lo demás en 1926, cuando —al recordar su permanente oposición a la *Zusammenbruchstheorie* y su convicción de haber estado siempre “en completo acuerdo con las doctrinas de Marx" al respecto— observó que "precisamente el libro segundo de *El capital* muestra que dentro del sistema capitalista la producción es posible a una escala cada vez mayor”, hasta agregar, bromeando, que precisamente por eso a menudo se había alegrado en el fondo de que “este libro segundo fuese tan poco leído, ya que en ciertos casos se podría extraer de él un canto de alabanza del capitalismo” (cf. H. Grossmann, *Das Akkumulations— und Zusammenbruchs gesetz des kapitalistischen Systems*, cit., pp. 57-58).

A esta influencia ejercida por Tugán en la doble dirección que se señaló, y que especialmente en el caso de Hilferding, como también en el del Kautsky de la *Materialistische Geschichtsauffassung* (Berlín ,1927, vol. II, pp. 546-547), se tradujo en una visión optimista de las posibilidades que tiene el capitalismo de superar todas sus desigualdades y prorrogar la propia existencia por tiempo indefinido, hay que agregar asimismo el peso indirecto que ejerció el pensamiento de Tugán sobre el otro componente del marxismo teórico que estuvo representado por Luxemburg, la “reina”, como se dijo, “de los defensores de la teoría del subconsumo”, quien no sólo eligió a Tugán como uno de sus principales objetivos polémicos en *La acumulación del capital*, sino que debió precisamente a la atmósfera intelectual que el pensamiento de éste contribuyera a crear tanto entre los bolcheviques (Lenin, Bujarin, etcétera) como también entre los austromarxistas (Bauer, Eckstein, Hilferding y, en parte, como ya se señaló, el viejo Kautsky mismo), la violencia de las reacciones polémicas que acogieron la publicación de su obra mayor.

[FUNDAMENTOS TEÓRICOS DEL MARXISMO]

EL DERRRUMBE DEL ORDEN ECONÓMICO CAPITALISTA

(CAPÍTULO IX)

El desarrollo económico y el socialismo, I. *Teoría de la insuficiencia de venta para la industria capitalista*. Las tesis de Engels y Marx. El punto de vista de los marxistas recientes y de los economistas "burgueses". Clasificación de los sistemas económicos. Economía antagónica y economía armónica. La paradoja fundamental de la economía capitalista como de toda economía antagónica, II. *Consideraciones finales*. El derrumbe del capitalismo no es una necesidad económica. La contradicción entre el capitalismo y la concepción del derecho dominante. La necesidad de un ordenamiento socialista de la sociedad.

Desde el punto de vista de la concepción materialista de la historia todo el proceso social es determinado por el económico. Las revoluciones sociales no surgen de la conciencia de los hombres, sino de las contradicciones de la vida material, de los conflictos entre las fuerzas sociales productivas y las relaciones de producción. Para demostrar la necesidad del derrumbe de la economía capitalista y la inevitabilidad del pasaje a la economía socialista, es necesario presentar en primer lugar una prueba rigurosa de la imposibilidad económica de que el capitalismo, llegado a determinada fase, pueda sobrevivir. Una vez establecida esa imposibilidad, está demostrada también la necesidad de la transformación del capitalismo en su contrario y el socialismo ha llegado felizmente del reino de la utopía al de la ciencia.

Es éste el razonamiento lineal seguido por Marx y Engels cuando trataron de fundar sus convicciones socialistas sobre la base de sus concepciones histórico-filosóficas. La tarea principal sería la de establecer claramente la imposibilidad puramente económica de la supervivencia del capitalismo.

No sorprende que Marx y Engels hayan hecho muchas tentativas de llegar a esas conclusiones. Si separamos el núcleo teórico de sus numerosos enunciados a ese respecto, nos encontramos frente no a una sino a dos construcciones teóricas, que tienen cierta conexión entre sí pero poseen también elementos independientes y por lo tanto no pueden ser consideradas un todo indivisible. Podemos definir la primera de esas construcciones como la teoría de la

insuficiencia de salidas para la producción capitalista, y la segunda como la teoría de la caída de la tasa de ganancia.

243

I

En cuanto a la primera teoría, se encuentra ya bastante claramente formulada y fundamentada en algunas publicaciones juveniles de Engels: uno de sus discursos de Elberfeld (1845), publicado en los *Rheinische Jahrbücher*, y el ensayo “Die englische Zehnstundenbill” [La ley de las diez horas en Inglaterra] (*Neue Rheinische Revue*, 1850).

En el discurso de Elberfeld, Engels se propone “demostrar que el comunismo, para Alemania, aun cuando no sea una necesidad histórica, es sin embargo una necesidad económica”. La demostración se conduce de la siguiente manera. Alemania debe escoger entre el libre comercio y el proteccionismo. Si elige el primero, la industria alemana entera será destruida por la inglesa y la desocupación masiva provocará la revolución social. Si en cambio elige el otro camino e introduce nuevos impuestos productivos, de ahí derivará un rápido desarrollo de la industria alemana. Muy pronto el mercado interno resultará demasiado limitado para la masa creciente de los productos industriales y Alemania se verá obligada a buscar, para su industria, mercados externos; pero ese fenómeno llevará a una lucha por la vida y la muerte entre la industria alemana y la inglesa.

> Toda industria debe progresar si no quiere quedarse atrás y ser superada, y para progresar debe expandirse, conquistar nuevos mercados, crecer incesantemente mediante nuevas salidas comerciales. Como, sin embargo, desde la apertura del mercado chino, ya no es posible conquistar nuevos mercados, y sólo se puede explotar mejor los ya existentes, y como, por lo tanto, la expansión de la industria procederá en el futuro más lentamente que en el pasado, Inglaterra, en la actualidad, puede soportar la competencia mucho menos que antes.

Esta lucha mortal entre la industria alemana y la inglesa no puede tener más que una conclusión: la destrucción del rival más débil. Pero apenas el capitalismo se haya derrumbado en un país, se producirá un levantamiento masivo del proletariado en otros países también.

Esta argumentación le parece a Engels completamente convincente:

Con la misma seguridad —escribe— con que se puede llegar a una nueva proposición partiendo de principios matemáticos dados, podemos deducir de las actuales relaciones económicas y de los principios de la autonomía política una revolución social inminente.[1]

También en un ensayo posterior (de 1850), Engels sostiene la misma concepción acerca de Inglaterra. El núcleo de toda la argumentación se halla en la tesis de que "la industria, en su grado de desarrollo actual, puede acrecentar sus fuerzas productivas en forma incomparablemente más rápida que sus mercados". Engels concluye que

los industriales ingleses, cuyos medios de producción poseen una fuerza de expansión enormemente superior a sus *debouchés*, se aproximan rápidamente al punto en que ya no tendrán más recursos,

en que la sobreproducción se hará crónica, en que

toda la sociedad moderna sería destruida por la superabundancia de una fuerza vital inutilizable por un lado, y por un deterioro total por el otro.[2]

si no se produjera la revolución social que liberará a la sociedad del callejón sin salida del capitalismo.

Esta misma teoría de la insuficiencia de salida para los productos de la industria capitalista en rápida expansión forma la base teórica de los enunciados sobre la necesidad del derrumbe del orden económico capitalista en otros escritos de Engels y Marx, como por ejemplo el *Manifiesto comunista* y la polémica de Engels contra Dühring.

Las relaciones burguesas —sostiene el *Manifiesto comunista*— resultan demasiado estrechas para contener las riquezas creadas en su seno. ¿Cómo vence esta crisis la burguesía? De una parte, por la destrucción obligada de una masa de fuerzas productivas; de otra, por la conquista de nuevos mercados y la explotación más intensa de los antiguos. ¿De qué modo lo hace, pues? Preparando crisis más extensas y más violentas y disminuyendo los medios de prevenirlas. Las armas de que se sirvió la burguesía para

[1] *Gesammelte Schriften* von Karl Marx und Friedrich Engels, 1902, vol. II, pp. 393-399.
[2] *Ibid.*, vol. III, pp. 389-394.

derribar al feudalismo se vuelven ahora contra la propia burguesía.[3]

En el *Anti-Dühring* Engels llama la atención sobre la necesidad de expansión de la industria capitalista

> la cual se impone a cualquier contrapresión. La contrapresión es el consumo, la salida de productos, el mercado de los productos de la gran industria. Pero la capacidad de expansión de los mercados, tanto la extensiva cuanto la intensiva, se encuentra por de pronto dominada por leyes muy distintas y de acción bastante menos enérgica. La expansión de los mercados no puede producirse al ritmo de la expansión de la producción. La colisión es inevitable, y como no puede conseguirse ninguna solución mientras no se vaya más allá del modo mismo de producción capitalista, la colisión se hace periódica.[4]

El ciclo vital de la industria capitalista es como una espiral que tiende a estrecharse y que debe terminar con la sobreproducción crónica y con la imposibilidad de un desarrollo ulterior de la industria capitalista, es decir con la revolución social.

En el tomo tercero de *El capital* Marx sostiene que con la producción inmediata se cumple solamente el primer acto del proceso de la economía capitalista. Falta el segundo y más difícil: la realización, la valorización del producto obtenido. Las leyes de la producción capitalista y las de la realización no sólo no son idénticas sino que contrastan. La producción capitalista es limitada por la fuerza productora de la sociedad, la realización en cambio es limitada

> por la proporcionalidad entre los diversos ramos de la producción y por la capacidad de consumo de la sociedad. Pero esta capacidad no está determinada por la fuerza absoluta de producción ni por la capacidad absoluta de consumo, sino por la capacidad de consumo sobre la base de relaciones antagónicas de distribución, que reduce el consumo de la gran masa de la sociedad a un mínimo solamente modificable dentro de límites más o menos estrechos. Además está limitada por el impulso de acumular, de acrecentar el capital.
>
> La contradicción interna [que surge a esta altura] trata de compensarse por expansión del campo externo de la producción. Pero cuanto más se

---

[3] *Das Kommunistische Manifest*, 5a. ed., 1891, p. 14. [En *Obras escogidas*, Moscú, 1975, t. l, pp. 116-117.]

[4] *Herrn Eugen Dührings Umwalzung der Wissenchaft*, 3a. cd., 1894, p. 296. [*Anti-Dühring*, México, Crijalbo, p. 272.]

desarrolla la fuerza productiva, tanto más entra en conflicto con la estrecha base en la cual se fundan las relaciones de consumo.

El resultado final del análisis de Marx de las condiciones de realización del producto capitalista parece ser éste, que "*el verdadero* límite de la producción capitalista lo *es el propio capital*", es decir, "que la producción es sólo producción para el capital, y no a la inversa: que los medios de producción son meros medios para un desenvolvimiento constantemente ampliado del proceso vital en beneficio de la sociedad de los productores". Las barreras de la producción capitalista (la insuficiente capacidad de expansión del mercado para la industria capitalista) entran continuamente en conflicto con la necesidad de expansión del capital. "El medio —desarrollo incondicional de las fuerzas productivas sociales— entra en constante conflicto con el objetivo limitado, el de la valorización del capital existente."[5]

246

El pensamiento que sirve de base a estas afirmaciones puede resumirse del modo siguiente. La amplitud del mercado para la producción capitalista es determinada por la amplitud del consumo social. Si la masa de productos crece más rápido que el consumo social, una parte de esos mismos productos debe quedar sin vender y una parte del capital sin valorizar. Sobreviene el estado de sobreproducción y el capital no puede dar frutos. El desarrollo de la producción capitalista debe hacer cada vez más constante esa sobreproducción puesto que el consumo social, en ese desarrollo, sólo se extiende muy lentamente, mientras la producción crece en forma cada vez más rápida. Deberá llegar por lo tanto una época en que la sobreproducción se vuelva crónica, y el ordenamiento capitalista se derrumbará por la imposibilidad de una valorización ulterior del capital que sigue acumulándose.

Estas tesis predominan en el pensamiento socialista hasta el día de hoy. Karl Kautsky está convencido, tan firmemente como sus maestros, de que la economía capitalista avanza hacia una sobreproducción crónica, que él describe como "una situación sin otra salida que la de provocar inevitablemente el paso al socialismo".

Una situación tal —continúa Kautsky— se verificará necesariamente, si el desarrollo económico continúa avanzando del mismo modo que lo ha hecho hasta ahora, porque el mercado externo, igual que el interno, tiene sus

[5] *Das Kapital*, III, 1, pp. 225-232. [En esp. III/6, pp. 313-314 y 321.]

límites, mientras que la expansión de la producción es prácticamente ilimitada [...]. El modo capitalista de producción ya no tiene posibilidades de sobrevivir apenas resulte evidente que el mercado no puede expandirse con la misma rapidez que la producción, es decir apenas la sobreproducción se vuelva crónica.

Y para llegar a ese momento no tendremos que esperar mucho. La sobreproducción irremediablemente crónica forma “el Límite extremo de la capacidad de subsistencia de la sociedad actual".[6]

También Cunow cree en el derrumbe inminente del capitalismo a consecuencia de la insuficiencia de las salidas de mercado. El aspecto sobre el cual tiene dudas es

por cuánto tiempo todavía la forma de producción capitalista se mantendrá en cada país y en qué circunstancias tendrá lugar el derrumbe. [...]

Ahora aquí, más tarde en otra parte, la industria verá limitarse sus exportaciones de las que depende su posibilidad de supervivencia [...] hasta que presumiblemente se llegue a una situación general similar a la que ya hoy —en medida incomparablemente menor— existe en algunas ramas de nuestra agricultura: una decadencia económica de la que se puede escapar de un único modo: con la destrucción del sistema económico existente.[7]

Es completamente natural que Kautsky y Cunow se mantengan fieles al pensamiento de sus maestros. Más interesante es el hecho de que el fino teórico de los "revisionistas”, Conrad Schmidt, crea tan firmemente como Kautsky en la posibilidad de una sobreproducción crónica como consecuencia de la insuficiente capacidad de expansión del mercado capitalista. En su ensayo sobre mi libro acerca de las crisis, escribe Schmidt, entre otras cosas:

Si fuera correcta la opinión que sostiene Tugán-Baranovski, de que toda sobreproducción deriva exclusivamente de la inversión no proporcional del nuevo flujo de capital, no se entiende por qué el capitalismo tiene que cavarse su propia fosa, como sostienen Marx y los marxistas. Si la miseria producida por las crisis deriva únicamente de la desproporción, no es cierto que ésta tenga que intensificarse progresivamente con el avance del capitalismo hasta hacer tambalearse todo el edificio del sistema económico actual. La situación parece sin embargo diferente si la expansión de la

[6] *Bernstein und das sozialdemokratische Programm*, pp. 142-145.
[7] Heinrich Cunow, “Zur Zusammenbruchtheorie”, en *Die Neue Zeit*, XVII, vol. I, pp. 427 *ss*.

producción [...] halla una barrera, aunque sea elástica, en la demanda de consumo. En base a estas consideraciones se puede demostrar del modo más intuitivo y simple que el desarrollo capitalista va hacia una catástrofe económica universal con necesidad ineluctable.[8]

Ciertamente Schmidt considera esa orientación del desarrollo del capitalismo solamente como una tendencia que se cruza con otras contratendencias. A pesar de eso es evidente que, sobre este punto, comparte la posición de Kautsky. Entre “revisionistas” y "ortodoxos” subsiste a este respecto un perfecto acuerdo.

Pero aun los economistas “burgueses” sostienen que la amplitud de la producción social es limitada por la amplitud del consumo social, y que la producción social no está en condiciones de extenderse más rápidamente que el consumo social. En este sentido la escuela de Ricardo-Say no admite la posibilidad de una producción de las mercancías general, considerando que la acumulación del capital no reduce el consumo social porque todo el capital a invertir se transforma en salarios y de ese modo entra al consumo de los trabajadores. Según Ricardo-Say el consumo de los trabajadores aumenta precisamente en la misma medida en que disminuye el consumo de los capitalistas a consecuencia de la acumulación de capital. Por el contrario la escuela de Malthus-Sismondi sostiene la posibilidad de una sobreproducción general a consecuencia de la acumulación demasiado rápida de capital, que llevaría a un exceso de mercancías producidas con respecto a la demanda efectiva de mercancías. Ambas escuelas dan por descontado que la amplitud de la producción social es determinada por la amplitud del consumo social y tiene un movimiento paralelo al de esta última.

Entre los estudiosos recientes que han tratado del modo más exhaustivo el problema de la acumulación de capital se destaca Böhm-Bawerk, cuyo análisis del capital es considerado por muchos una obra maestra por su profundidad. En realidad Böhm-Bawerk, por la agudeza y originalidad de su pensamiento, asume uno de los primeros puestos entre los modernos teóricos de la economía política. Este excelente estudioso, sobre la base de sus cuidadosas indagaciones sobre las condiciones de la acumulación de capital, llega a la conclusión de que “el ingreso de un pueblo es a la larga idéntico al producto de la venta de su producción" y concuerda con otro teólogo

[8] “Zur Theorie der Handelskrisen und der Überproduktion”, en *Sozialistische Monatshclte*, 1901, p. 675.

de valor, Lexis, al sostener que "la suma del consumo anual, la suma de la producción y la suma del rédito primario deben ser consideradas magnitudes cualitativamente casi coincidentes''.[9]

Parece pues que la tesis de la necesaria concordancia de la producción social con el consumo social forma parte de lo universalmente aceptado por la ciencia económica de hoy. Lo que se discute es si el capitalismo conduce a la limitación del consumo social; pero hay un punto que parece firme, el de que, si eso es cierto, la producción social no puede expandirse sin provocar una sobreproducción.

Frente a un alineamiento tan imponente de estudiosos de tal valor en favor de esa teoría, parecerá tal vez empresa muy osada tratar de demostrar su sustancial falsedad. Pero no es otra la tarea que me propongo desarrollar aquí.

No es muy difícil darse cuenta de los motivos que han impulsado a economistas de las tendencias más diversas, y hasta de tendencias opuestas, a aceptar unánimemente esta teoría. Los términos del problema parecerían ser extremadamente simples y no dejar lugar a dudas. La actividad económica no puede tener otro objetivo que la satisfacción de las necesidades humanas. La producción social es una actividad económica, y por lo tanto no puede servir para otra cosa que para cubrir la necesidad social de medios de consumo. El objetivo de la producción —el consumo— puede alcanzarse por vías largas y tortuosas, pero sigue siendo el único objetivo posible de la producción.

¿Acaso toda demanda de bienes de producción no es por naturaleza una demanda relativa, es decir tal que cualquier capitalista, al hacer demanda, confia en la posibilidad de vender a otros las mercancías producidas por medio de esos instrumentos de producción? ¿Y no se presenta en cambio la demanda de consumo como una demanda definitiva y absoluta, cuyo objetivo es el consumo mismo y no una venta ulterior de las mercancías adquiridas?

Sólo sobre la base de esta demanda definitiva y en estrecha relación con ella puede desarrollarse la demanda relativa de bienes de producción. La demanda de medios de producción es en primer término precisamente la demanda de materias primas, materiales auxiliares y máquinas en los ramos de producción que aprestan productos terminados para el consumo.

[9] Eugen Böhm-Bawerk, *Positive Theorie des Kapitals*, p. 123.

Por eso no puede quedar duda, al parecer, de que “la demanda definitiva o demanda de consumo es la fuerza vital que recorre todos los momentos del proceso económico manteniendo en funcionamiento la colosal máquina de la producción”.[10]

Hasta aquí Schmidt. La argumentación de Kautsky parece igualmente convincente. “La producción es y sigue siendo producción para el consumo humano.” La división del trabajo hace autónoma la producción de los medios de trabajo, da lugar a los talleres de producción que producen exclusivamente maquinaria, materiales auxiliares, etc., pero a pesar de todo “todos sirven al objetivo final de la producción de medios para el consumo humano y llegan a un punto muerto en su actividad apenas dejan de responder adecuadamente a ese objetivo final”. “Producir”, concluye el autor, “significa producir medios de consumo para el consumo humano. Este hecho puede ser sencillamente ocultado por el progreso de la división del trabajo, pero nunca suprimido y ni siquiera limitado.”[11]

Parecería pues absolutamente insensato sostener que el capital, que se acumula, pueda seguir valorizándose si disminuye en forma relativa, o mejor aún en forma absoluta, el consumo social. Podría pensarse que la cuestión no exige una investigación económica particular, por resultar definitivamente resuelta en base al concepto lógico de producción.

250

Sin embargo, toda la argumentación me parece poco convincente. En primer lugar debo protestar enérgicamente contra una interpretación ahistórica de la economía, que hace de ella una categoría no histórica sino lógica. Cuando se habla de economía en general, como si fuera la misma en todas las formas que asume en la historia, se está ya absolutamente fuera del camino. Hay economía y economía. Desde el punto de vista que nos interesa debemos distinguir dos grupos de sistemas económicos. Los sistemas del primer grupo se caracterizan por la coincidencia del trabajador económico y el sujeto económico en una única persona, y los llamo sistemas de economía armónica. Entre ellos podemos distinguir los siguientes:

1] La producción en propiedad, la producción para el autoconsumo del productor.

2] La economía de intercambio de los pequeños productores independientes basada en la división social del trabajo.

---

[10] Conrad Schmidt, “Zur Theorie dcr Handelskrisen und der Überproduktion”, en *Sozialistische Monatshefte*, 1901, p. 673.

[11] Karl Kautsky, "Krisenthcorien", en *Die Neue Zeit*, 1902, pp. 117 *ss*.

3] La producción socialista del futuro, donde la dirección de la producción corresponderá a la totalidad de los productores.

Para todos estos sistemas económicos es esencial que los productores inmediatos dispongan de medios de producción y determinen la orientación de la producción (es decir, que establezcan qué es lo que se debe producir). Llamo *armónicos* a estos sistemas de economía porque no comportan necesariamente un conflicto de intereses entre las personas que toman parte en el proceso económico. Ese contraste es en cambio decisivo en los sistemas del segundo grupo.

Llamo *antagónicos* a los sistemas económicos del segundo grupo. Su característica fundamental es el hecho de que en ellos sujeto económico y trabajador económico no coinciden. El trabajador económico está inserto en una economía que le es extraña, cuyo sujeto es una persona distinta, que no toma parte en el trabajo económico; los medios de producción no pertenecen al trabajador, sino al sujeto económico, que tiene en sus manos la dirección del proceso productivo y determina su orientación. Este grupo se subdivide en:

1] Sistema esclavista.

2] Sistema feudal.

3] Sistema capitalista.

He definido como *antagónicos* a estos sistemas económicos porque el contraste de intereses constituye su esencia íntima. Todos estos sistemas presuponen la presencia de por lo menos dos grupos sociales, uno de los cuales tiene el poder de hacer del otro un mero instrumento económico. Pero como este segundo grupo social, que funciona como instrumento económico, sigue siendo un objetivo para sí mismo, de ahí surge un conflicto de intereses entre los dos grupos.

251

Es evidente que la actividad económica en una economía armónica no puede obedecer a otro fin que la satisfacción de las necesidades sociales. De otro modo están las cosas en una economía antagónica. Aquí toman parte en el proceso económico dos personas, cuyos papeles económicos están muy lejos de ser idénticos. Una persona es el sujeto económico y determina la orientación objetiva del proceso económico. Visiblemente, se encuentra en la misma situación que cada uno de los individuos que participan en la actividad de una economía armónica. Pero además de esa persona —el propietario de esclavos, el terrateniente feudal, el capitalista—

también toma parte en el proceso económico, con su trabajo, el trabajador que funciona como mero medio de producción. Su papel es completamente distinto del de su patrón. Es un miembro del mecanismo social, que no responde a sus objetivos sino a los de otra persona. En suma, el trabajador no es un sujeto sino un objeto de esta economía, como la bestia de carga, las maquinarias y las materias primas.

Todo esto resulta evidente, por ejemplo, con respecto a los esclavos. Aun cuando el esclavo, considerado en sí mismo, sigue siendo una finalidad en sí autónoma, de ahí no deriva ninguna influencia sobre la orientación objetiva del proceso económico, que es determinado no por el esclavo sino por su propietario. Para este último (y por lo tanto, objetivamente, para la economía esclavista), el consumo del esclavo no puede distinguirse del consumo llamado productivo, es decir del uso y desgaste de los medios de producción en el proceso de producción. La economía esclavista sólo depende del consumo del esclavo en la medida en que ese consumo es un momento necesario de la producción.

El propietario de esclavos tiene que alimentar a sus esclavos, y el propietario de esclavos inteligente los alimentará bien, como alimentará bien a las bestias de carga, pero sólo porque una buena alimentación mejora la capacidad de trabajo tanto del hombre como de los animales.

Que el esclavo no representa para la economía más que un mero io económico lo demuestra de la manera más clara la posibilidad de remplazar al esclavo por otros medios de producción sin que el objetivo supremo de la economía esclavista se vea perjudicado en lo más mínimo. “En el Perú antiguo el arado consistía simplemente en un palo con un leño dispuesto transversalmente en su extremo posterior; ese palo era arrastrado por el campo por seis u ocho hombres.”[12] A nuestro imaginario propietario de esclavos podría ocurrírsele la idea de que los caballos pueden hacer ese trabajo mucho más eficazmente; sustituirá entonces a una parte de sus hombres por caballos. Una parte de sus tierras producirá avena para los caballos en lugar de centeno para los hombres. La economía esclavista alimentará a un número menor de hombres y a un número mayor de caballos. El propietario de esclavos no se hará por ello más pobre sino más rico; en realidad la explotación de sus campos mejorará y el plusproducto que queda a su disposición le

[12] J. Lippert, *Kulturgeschichte*, 1885, vol. I, p. 52.

proporcionará una masa mayor de medios de consumo. Tenemos pues simultáneamente un aumento del consumo del sujeto económico y una disminución del consumo de los hombres que funcionan como medios de producción. Esa disminución puede ser tan significativa que en nuestra economía la suma global del consumo humano (es decir el consumo del propietario más el de sus esclavos) sufra una reducción en sentido absoluto. La finalidad objetiva de la economía —satisfacer las necesidades de su sujeto, el propietario de esclavos— puede ser alcanzada igualmente bien o incluso mejor con el auxilio de otros instrumentos de producción en lugar de la energía humana. La masa global del producto aumentará, la parte de producto que en la economía capitalista corresponde al capital será consumida sin dejar residuo y en forma productiva (aunque ya no sólo por hombres sino también por caballos), la masa del plusproducto aumentará. Disminuirá el consumo de los hombres en su totalidad, pero eso no representa la más mínima dificultad para la economía esclavista.

Pasemos ahora a la economía capitalista. Kautsky nada tiene que objetar a mis esquemas de la acumulación del capital (construidos, por lo demás, siguiendo a Marx) que he dado en mi ensayo sobre las crisis. Pero en opinión de mi crítico demuestran algo totalmente diferente de lo que yo deduzco de ellos.

> Los esquemas de Tugán —dice Kautsky— nos muestran sólo un único caso en el cual puede producirse una disminución del consumo sin crisis: en la transición de la reproducción simple a la reproducción ampliada. Este único caso se convierte para Tugán en el prototipo de la realidad capitalista, y no obstante casi nunca se produce en dicha realidad.[13]

Ahora bien, en mi opinión, lo que Kautsky califica de caso único y que casi nunca se produce, constituye una ley inmanente al desarrollo capitalista. Investigaré el caso aparentemente más desfavorable para mi teoría: el de la acumulación del capital con un descenso constante y significativo de los salarios y sin aumento del consumo de los capitalistas. En el esquema que sigue supongo que el salario disminuye de valor todos los años en un 25 por ciento y que el valor del consumo de los capitalistas constituye, a pesar del aumento de la masa de ganancias, una magnitud fija e invariable. Según mi hipótesis, una cuarta parte de la ganancia total del primer año es acumulada por

[13] "Krisentheorien", 4. *Die Neue Zeit*, 1901, p. 116. [Véase p. 218 del presente volumen.]

los capitalistas (es decir, aplicada a la ampliación de la producción), mientras que consumen improductivamente las % partes restantes; durante los años siguientes, el consumo improductivo de los capitalistas no experimenta cambios en su valor absoluto, es decir que se acumula una parte cada vez mayor de la ganancia.

253

Reproducción del capital social en escala ampliada con descenso de los salarios e inmovilidad del consumo improductivo de los capitalistas[14]

Primer año

I] Producción de medios de producción

$1.632p + 544a + 544r = 2.720.$

II] Producción de medios de consumo de los obreros

$408p + 136a + 136r = 680.$

III] Producción de medios de consumo de los capitalistas

$360p + 120a + 120r = 600.$

Segundo año

I] Producción de medios de producción

$1.987,4p + 496,8a + 828,1r = 3.312,3.$

II] Producción de medios de consumo de los obreros

$372,6p + 93,2a + 155,2r = 621.$

III] Producción de medios de consumo de los capitalistas

$360p + 90a + 150r = 600.$

Tercer año

[14] Para el primer año se supone que en todas las secciones de la producción social, el capital objetivo —los medios de producción (*p*)— es de un valor tres veces mayor que el capital salarial —la suma de los salarios (*a*)—, pero que la ganancia (*r*) es igual al capital salarial. Durante el segundo año, todas estas relaciones se modifican por la razón de que, según nuestra hipótesis, el salario baja en un 25%, mientras que la ganancia aumenta correspondientemente. Por eso vemos que durante el segundo año, el capital salarial en la producción de los medios de consumo de los capitalistas, que ha permanecido inalterada en su valor, no asciende a 120 (como en el primer año), sino sólo a 90 (es decir, que ha disminuido en 30 unidades de valor, o en un 25%); pero la ganancia ha aumentado en el mismo número de unidades de valor, y es igual a 150. El valor del capital objetivo en la producción de los medios de consumo de los capitalistas ha permanecido invariado. En el tercer año el salario habrá vuelto a descender en un 25%, es decir en 22,5 unidades de valor, en la sección III de la producción social; la ganancia habrá aumentado concordantemente, y el valor del capital en esta sección habrá permanecido inalterado.

I] Producción de medios de producción

$2.585{,}4p + 484{,}6a + 239r = 4.309.$

II] Producción de medios de consumo de los obreros

$366{,}9p + 68.9a + 175{,}5r = 611{,}3.$

II] Producción de medios de consumo de los capitalistas

$360p + 67{,}5a + 172{,}5r = 600.$

Este esquema está destinado a mostrar de qué manera debe distribuirse la producción para que, a pesar del descenso del consumo social y de la rápida expansión de la producción social, no resulte un producto excedente imposible de vender. La ganancia lograda durante el primer año asciende a 800 millones de marcos (544 + 136 + 120). Según mis suposiciones, un 25% de esa ganancia se capitaliza. Por eso, durante el segundo año sólo restan 600 millones de marcos para el consumo de los capitalistas. A idéntica suma asciende asimismo el consumo de los capitalistas durante los años siguientes.

Al término del primer año se elaboran medios de producción por un importe de 2.720 marcos. La producción ampliada del segundo año los consume en su totalidad, ya que la misma exige, en materia de medios de producción, la suma de (1.987,4 + 372,6 + 360) = 2.720 millones de marcos. Durante el primer año se producen medios de consumo para los obreros por valor de 680 millones de marcos; de igual magnitud es el capital salarial (vale decir la demanda de medios de consumo por parte de los obreros) del segundo año (496,8 + 93,2 490). Los medios de consumo de los capitalistas producidos en el primer año por un monto de 600 millones de marcos, son consumidos por sus destinatarios durante el segundo año. En consecuencia, la producción y el consumo del segundo año consumen sin dejar remanentes el producto social total del primer año.

El capital salarial del primer año es de (544 + 136 + 120), es decir = 800 millones de marcos, y el del segundo es = 680 millones de marcos. En consecuencia, el consumo de los obreros ha disminuido en 120 millones de marcos o en un 15%, mientras que el de los capitalistas ha permanecido inmutable, por hipótesis. El producto social total del primer año es (2.720 + 680 + 600), es decir de 4.000 millones de marcos, mientras que el del segundo es (3.312,8 + 621 + 600), es decir de 4.553 millones de marcos. Por consiguiente, el valor de los productos elaborados ha aumentado en un 13%.

La ampliación de la producción social se produce al mismo ritmo

que el descenso del consumo social; la oferta y la demanda de los productos permanecen, no obstante, en perfecto equilibrio.[15] Durante el tercer año, el capital salarial desciende a (484,6 + 68,9 + 67,5) = 621 millones de marcos, durante el cuarto año a 611,3 millones de marcos, etc., mientras que el valor del consumo de los capitalistas permanece inalterado y el valor del producto social total aumenta a ritmo cada vez más vertiginoso. La constante disminución del consumo social con una constante expansión de la producción social no es capaz de provocar la menor perturbación del proceso de valorización del capital.

En consecuencia, y a pesar del descenso monstruoso de los salarios que he supuesto (y que jamás ocurre en la realidad), a pesar de la absoluta disminución del consumo social, el capital no halla dificultades para valorizar una masa de productos cada vez mayor. La ampliación de la producción, es decir el consumo productivo de los medios de producción, ocupa el lugar del consumo humano, y todo transcurre tan sin fricciones como si no fuese la economía la que sirve al hombre, sino el hombre quien sirve a la economía.

256

Ésta es, precisamente, la paradoja fundamental de la economía capitalista (como lo es también, por lo demás, aunque en menor grado, de cualquier economía antagónica): puesto que sólo una parte de la sociedad se convierte en sujeto de la economía, mientras que otra parte mayor sólo constituye un objeto de la economía, resulta

---

[15] Podrá parecer que en mi esquema no se ha alcanzado el equilibrio entre oferta y demanda. Así, durante el primer año se elaboran medios de producción por 2 720 millones de marcos. Para la producción del segundo año de necesita una suma de 1 987.4 millones de marcos. Por lo tanto, los medios de producción por la suma de 2 720-1 987.4 = 732.6 entrarán en el intercambio con los productos de las secciones II y III. Al mismo tiempo, durante el segundo año, y en la misma sección I de la producción social, se originará una demanda de productos de las secciones II y m por la suma de 904.8 millones de marcos (por 496.8 millones de marcos por los medios de consumo de los obreros de la primera sección, por 408 millones de marcos por los medios de consumo de los capitalistas de la misma sección, ya que éstos, de acuerdo a nuestra hipótesis, consumen personalmente las tres cuartas partes de su ganancia del primer año [544 millones de marcos]). Por lo tanto, los capitalistas y obreros de la sección I compran productos por 172,2 millones de marcos más de lo que venden (904,8 — 732,6 = 172,2). ¿Cómo puede cubrirse este déficit por el importe de 172,2 millones de marcos?

La dificultad es sólo aparente. El descenso de los salarios y la detención del consumo de los capitalistas tienen como consecuencia que los capitales invertidos en la producción de las últimas dos secciones experimentan una disminución, pasando a la sección I, que experimenta una considerable expansión. Así, durante el segundo año el capital objetivo y salarial de la sección II es menor de 78.2 millones de marcos que el del primer año, el de la sección III es 30 millones de marcos menor durante el segundo año; además, los capitalistas de la sección II invierten la ganancia capitalizada del primer año por un importe de 34 millones de marcos, y los de la sección m lo hacen por un importe de 30 millones de marcos en la sección I de la producción social. La suma (78,2 + 30 + 34 + 30) da como resultado 172,2: por consiguiente, el aparente déficit de la sección I resulta cubierto por los capitales que pasan a esa sección provenientes de las últimas dos secciones.

posible imprimirle a la economía social una dirección según la cual se convierte de un medio para cubrir las necesidades sociales en un medio para la mera extensión de la producción a expensas de esas necesidades, desbaratando así la finalidad justa de cualquier economía. Esto no es una ‘‘audaz paradoja”, como la califica Kautsky, sino una ley económica basada en la esencia misma del modo económico capitalista.

Vemos pues que incluso en caso de una significativa disminución absoluta del consumo social, la economía capitalista no se derrumba. El análisis precedente revela como una fantasía infundada el necesario derrumbe del orden social capitalista por causa de la falta de ventas, artículo de fe no sólo de los marxistas ‘‘ortodoxos” sino, .al parecer, también de algunos “revisionistas”. La envoltura capitalista de la sociedad moderna no se derrumba, ni siquiera en condiciones que parecieran hacer fracasar cualquier objetivo racional de la economía.

Debemos desechar decidida y totalmente la teoría del derrumbe. La economía capitalista no encierra factores que pudieran acaso imposibilitarla, llegada a cierta etapa. Durante la década de 1840 Engels creía que casi se habían alcanzado los límites del desarrollo capitalista por falta de nuevos mercados, y que en lp. sucesivo la producción capitalista debería expandirse a un ritmo más pausado. Evidentemente, ésa fue una profecía de lo más desdichada. Desde entonces, la producción capitalista ha experimentado una enorme expansión, y ello no condujo a nuevas dificultades en el proceso de valorización del capital. El mercado para la colosalmente aumentada masa de productos de la industria capitalista había sido creado por esta misma.

Sin embargo nos ha asegurado recientemente el más destacado de los críticos vivos de la escuela marxista que actualmente no estamos lejos del último límite de la expansión de la producción capitalista, y que pronto será imposible valorizar el capital. ¿Puede caber la menor duda en el sentido de que la profecía de Kautsky no resultará ser más feliz que la de Engels? La teoría económico-política correcta sólo puede predecir una cosa (aunque con total certeza): que el capitalismo no se derrumbará, en todo caso, por falta de mercados.

[257]

No quiero afirmar con eso que el capitalismo pueda contar con una vida ilimitada. Antes bien, creo que el orden social socialista es un legítimo heredero del capitalista. Desde luego que excluyo la

posibilidad de una situación de fuerza económica, que haga estallar al capitalismo y deje el campo despejado para el nuevo sistema económico. Pero sí reconozco la existencia, en el sistema económico capitalista, de una contradicción interna insoluble, que debe llevarlo en forma fatal (aunque no económicamente) necesaria a su perdición. Esa contradicción consiste en que la economía capitalista convierte al hombre que trabaja en un mero medio económico, y al mismo tiempo conduce a la difusión del concepto jurídico que ve el fin supremo en sí mismo en la persona humana. Ésta es, pues, la contradicción del principio económico fundamental del capitalismo con la norma ética fundamental que reza:

> El hombre, y en general cualquier ser racional, existe como fin en si mismo, no sólo como medio para su uso discrecional para tal o cual voluntad, sino que al mismo tiempo debe ser considerado como un fin, siempre y en todas sus acciones orientadas tanto hacia si mismo como hacia otros seres racionales.[16]

Las afirmaciones precedentes han demostrado que el capitalismo, según su naturaleza más íntima, contraviene la norma ética suprema. La escuela marxista juzgaba demasiado benévolamente al capitalismo; creía que también la economía capitalista estaba obligada a considerar al hombre que trabaja y a su consumo como uno de sus objetivos. Si no lo hace así, se derrumba a causa de la imposibilidad de valorizar el capital. Pero esta concepción se basa en un total desconocimiento de las verdaderas reglas de la valorización del capital. La disminución del consumo social con simultánea expansión de la producción social no es una contradicción económica desde el punto de vista capitalista, puesto que la economía capitalista no sirve directamente a la satisfacción de las necesidades sociales, sino a la valorización del capital, la cual no necesita del consumo humano. *El capital* no necesita al hombre como única finalidad racional de la economía, sino como su medio económico más importante. En consecuencia, el arma más poderosa forjada por el hombre en su lucha contra la naturaleza —el capital— se vuelve contra el propio hombre.

El desarrollo económico difunde entre capas cada vez más amplias de la población la conciencia de este estado de cosas y crea los medios para eliminarlos. El nuevo ideal social se convierte en una

---

[16] Kant, *Grundlegung der Metaphysik der Sitten*, cd. por Kirchmann, 1897, p. 52.

potencia social cada vez mayor. ‘‘La ‘idea’ siempre quedaba en ridículo, en cuanto era diferente del interés", dijo Marx en una ocasión.

Eso es correcto. Pero el mismo Marx también se pronunció en otro sentido. ‘‘Sólo en nombre de los derechos generales de la sociedad puede una clase en particular vindicar para sí el dominio general", observó con relación al papel liberador del proletariado en la transformación social inminente. Lo segundo es tan correcto como lo primero. Un ideal social sólo puede triunfar si responde al mismo tiempo a los intereses de poderosos grupos sociales y a la conciencia moral general. Pero en tal caso debe triunfar. Ahora bien, el ideal socialista posee ambas características. Corresponde a los intereses de las clases obreras —la inmensa mayoría de la población— y debe ser considerado, al mismo tiempo, como la exigencia más fundamental del derecho natural. “El derecho innato es uno solo”, dijo el pensador más grande de la Edad Contemporánea, y “la libertad (la independencia respecto al arbitrio coercitivo de un tercero), en cuanto puede coexistir con la libertad de todos los demás según una ley general, es ese único derecho primigenio, que corresponde a todo ser humano en virtud de su condición de tal.”[17] El capitalismo desbarata ése, el más primigenio de los derechos humanos; por eso habrá de ceder su lugar a un orden social mejor y más justo. Pero la humanidad jamás recibirá al socialismo como un obsequio de fuerzas económicas ciegas y elementales, sino que tendrá que hacer sitio al nuevo orden social, y tendrá que trabajar y luchar, con plena conciencia de sus fines, para lograr el nuevo orden social.

[De: Michael von Tugán-Baranovski, *Theoretische Grundlagen des Marxismus*, Leipzig, 1905. Traducción de León Mames.)

[17] Kant, *Metaphysik der Sitien*, edit. por Kirchmann, 1870, p. 40.

259

[ESTUDIOS SOBRE LA TEORÍA E HISTORIA DE LAS CRISIS COMERCIALES EN INGLATERRA]

La diferencia fundamental entre la economía capitalista y la economía mercantil simple no debe buscarse en el terreno del intercambio, sino en el de la producción. El pequeño productor de mercancías trabaja con sus propias manos, su finalidad es la de procurarse medios de vida al intercambiar los productos de su trabajo por los productos del trabajo de otros productores. El empresario capitalista hace trabajar a trabajadores asalariados, su objetivo es la ganancia. Una parte de la ganancia se traslada al consumo personal del empresario capitalista, mientras que otra parte se acumula y vuelve a transformarse en capital. El consumo de los obreros ocupados en la producción capitalista tiene un significado económico totalmente diferente que el consumo de los pequeños productores de mercancías, y esa diferencia consiste en lo siguiente. La elaboración de medios de consumo es la finalidad inmediata de la producción en la economía mercantil simple. El perfeccionamiento de la técnica y de los instrumentos de trabajo, el crecimiento de la habilidad y pericia del obrero, el crecimiento de la productividad en general, son todos factores que llevan, en la economía mercantil simple, a un aumento de las reservas de medios de consumo en manos de la población. El instrumento de trabajo de un productor independiente no puede actuar en modo alguno como su propio competidor. El productor sólo utiliza los instrumentos de trabajo en tanto los mismos sirven para multiplicar su comodidad y su bienestar, en la medida en que, mediante su empleo, pueda ampliar y mejorar cualitativamente su consumo. Entre la extensión de la producción y el crecimiento del consumo nacional no puede existir conflicto alguno en la economía de los pequeños productores de mercancías. El hombre sigue siendo el amo de la producción, y los instrumentos de trabajo, los medios de trabajo, siguen siendo sus obedientes servidores.

En la producción capitalista, la relación entre el hombre y los medios de trabajo se transforma de raíz. El director de la empresa capitalista no es el obrero que trabaja con sus medios de trabajo, sino el capitalista que no participa en el trabajo directo. Desde el punto de vista del empresario capitalista, el obrero es un medio de producción, exactamente igual que el instrumento que se halla en manos del obrero o que la máquina, cuyo apéndice vivo constituye el obrero. El

obrero y la máquina son capital en la misma medida. El mantenimiento de la vida del obrero es una de las condiciones necesarias del proceso de producción, lo mismo que es necesario echar carbón a la caldera para que la máquina no se detenga. Pero así como la obtención de material para alimentar las máquinas no es el objetivo de la producción capitalista, tampoco la producción de medios de vida para la clase obrera es la finalidad de la producción capitalista.

260

Uno de los mayores aciertos de Marx consiste en haber señalado el "carácter fetichista" de la mercancía. La diferencia más profunda entre la economía mercantil y cualquier otra consiste precisamente en ese carácter fetichista del mundo de la mercancía. La economía mercantil se basa en la división social del trabajo, y en ella no se rompe la relación entre los diversos productores: también en la economía mercantil, como en la sociedad primitiva, uno trabaja para el otro. Pero en la economía mercantil el papel de medio de unión entre los diversos productores lo desempeña la mercancía, un objeto; las relaciones entre los hombres quedan encubiertas por las relaciones entre los objetos, o mejor dicho se expresan mediante objetos, se objetivan. En consecuencia, los objetos también se animan, comienzan a vivir, por así decirlo, una vida consciente. El precio de la mercancía sube y baja en forma totalmente independiente de la voluntad de los productores individuales, el producto de cuyo trabajo constituye esa mercancía, como si la misma fuese un ser autónomo, y más exactamente dotado de voluntad. Los productos inanimados del hombre se convierten en sus propios amos. La encarnación de ese fetichismo, de esa objetivación de las relaciones sociales que dominan al hombre, es el mercado. El poder del mercado es el poder de las relaciones sociales del hombre, que han asumido la forma de relaciones objetivas de mercancías.

La economía capitalista va más lejos aún en la identificación de los objetos y del hombre. El intercambio mercantil ha convertido al objeto, por así decirlo, en un ser vivo y, más aún, superior: la producción capitalista transforma al hombre diríase que en un objeto. La fuerza de trabajo del hombre, o en otras palabras el hombre mismo, se convierte en una mercancía, que se compra y se vende en el mercado exactamente igual que un producto cualquiera del trabajo humano. El obrero se transforma, por así decirlo, en un medio vivo de trabajo, en una herramienta dotada del don de la palabra. Esta igualdad de índole y de valor del hombre y de la máquina en la producción capitalista se manifiesta con total claridad en el hecho de

que la máquina sustituye al obrero. Todo aumento de salarios se halla acompañado por una ampliación de la aplicación de las máquinas. Por doquier, el obrero enfrenta, en cuanto su competidor más fuerte y peligroso, al producto de su propio trabajo: la máquina. El capitalismo transforma al hombre de fin en sí mismo en un mero medio de producción. Por lo demás, esto lo tiene en común el capitalismo con otros modos de producción basados en la apropiación del plusproducto por parte de clases sociales que no participan en la actividad productiva, tales como las economías esclavista y feudal.

261

Marx caracterizó acertadamente el carácter peculiar de la producción capitalista incluyendo la fuerza de trabajo viva dentro de la categoría del capital. Y de hecho, el trabajador asalariado no es otra cosa que una de las subespecies del capital. En la economía capitalista, sólo una parte del consumo popular total es el fin inmediato de la producción y no un medio para la misma, siendo la finalidad el consumo de las clases que se apropian el plusproducto.

En consecuencia, la relación entre consumo nacional y producción nacional adquiere un carácter totalmente nuevo en la economía capitalista. El trigo que necesitan los obreros, el pienso que sirve como alimento para los caballos, la hulla necesaria para las calderas de las máquinas son, todos ellos, en el proceso de la producción capitalista, objetos de una misma categoría, objetos imprescindibles para la producción y que se producen solamente por ese motivo.

Cuando se aúnan consideraciones técnicas y económicas para convertir a las máquinas en medios de producción más ventajosos que los obreros, éstos son sustituidos por máquinas, y en lugar de medios de consumo para los hombres se produce material para alimentar las calderas de las máquinas. En la economía capitalista, los medios de consumo del obrero sólo se producen en tanto éste resulta indispensable en su carácter de factor subjetivo de la producción.

Pero, ¿no se necesita acaso un mercado para la valorización del capital, y la venta de las mercancías no resulta condicionada, también en la economía capitalista, y en última instancia, por el volumen del consumo nacional? ¿Es posible acaso la realización del producto social, es decir la valorización del capital, si la producción nacional crece más rápidamente que el consumo nacional? ¿Acaso por ello en la economía capitalista, como en cualquier otra, los límites de la producción social no resultan determinados por el consumo social? Todos estos interrogantes surgen en forma completamente natural, y parecen contener la refutación total de las consideraciones arriba

expuestas. Y sin embargo, estas últimas siguen siendo totalmente correctas. Pasemos entonces al análisis del proceso de la reproducción del capital social en su extensión total.

La valorización del capital social tiene lugar por mediación del dinero. Las mercancías deben venderse para transformarse en nuevas mercancías. Pero en el análisis abstracto de la reproducción social del capital podemos prescindir por completo del papel del dinero en esa reproducción. Con ello no negamos en absoluto que las interrupciones de la circulación de dinero produzcan perturbaciones en el proceso de la reproducción del capital social. Pero por el momento no es nuestra tarea la de investigar dichas interrupciones. En tanto el dinero sólo desempeña un papel de intermediario en el intercambio, se compran productos con productos. De esa hipótesis partiremos en el análisis que sigue.

262

La reproducción social del capital consiste en la reproducción técnica de los diversos elementos del capital en su forma material y en la sustitución de unos de ellos por otros en el acto del intercambio. Como resultado de esa reproducción y del intercambio, el capital social se valoriza y al mismo tiempo se realiza la ganancia del capitalista (o más exactamente dicho, todos los ingresos que no se basan en el trabajo, la renta, según la terminología de Rodbertus).

Los esquemas que siguen se refieren a la reproducción del capital social en los casos de su reproducción en escala constante y en escala ampliada (acumulación del capital). En el esquema número I se ha representado el primer caso.

ESQUEMA NÚM. I

La reproducción simple del capital social

Primera sección

La producción de los medios de producción

$$720_p + 360_a + 360_r = 1.440.$$

Segunda sección

La producción de los medios de consumo de los obreros

$$360_p + 180_a + 180_r = 720.$$

Tercera sección

La producción de los medios de consumo de los capitalistas

$$360_p + 180_a + 180_r = 720.$$

Este esquema (construido según el modelo de los conocidos esquemas de Marx del tomo II de *El capital*) está destinado a demostrar cómo se distribuye la producción capitalista en el caso en que el plusproducto total ingrese al consumo de los capitalistas.

263

El primer término de cada una de estas sumas de tres términos se refiere al valor de los medios de producción que se emplean en la correspondiente división de la producción (en millones de libras, marcos, francos, etc.); el segundo, al valor de los salarios de los obreros en cuestión, y el tercero al valor del plusproducto (la renta, en el sentido que le da Rodbertus, y que por simplicidad identificamos con la ganancia de los capitalistas).[1] En las tres sumas se ha tomado la misma relación del valor de los medios de producción con los salarios y con la ganancia. La primera sección se refiere a la producción de los medios de producción, la segunda expresa la de los medios de consumo de los obreros, y la tercera la de los capitalistas (o más exactamente, de todas las clases que participan en el plusproducto). Las cifras absolutas han sido tomadas en forma totalmente arbitraria, y no tienen significación alguna para nosotros. De la diferencia entre capital fijo y capital circulante se ha prescindido por completo en el esquema, en homenaje a la sencillez, siguiendo el procedimiento de Marx. Mientras que, en efecto, durante un año sólo se emplea una parte de los medios de producción, los que deben remplazarse en especies, hemos supuesto que en el curso de un período de producción los medios de producción se han consumido y remplazado por completo o, en otras palabras, que todos los medios de producción giran del mismo modo que el capital circulante.

La tercera sección de nuestro esquema se refiere a la producción de los medios de consumo de los capitalistas. ¿Cómo pueden realizarse en el mercado las mercancías de esa especie (por valor de 720)? El esquema proporciona una clara respuesta a este respecto. Una cuarta parte de esas mercancías será consumida por los capitalistas de esa misma sección (180); una parte de igual magnitud

[1] No utilizo la terminología habitual de Marx (capital constante, capital variable, plusvalor) porque no estoy situado en el terreno de la teoría del plusvalor de Marx. En mi opinión, en la creación del plusproducto —es decir, de la renta— no hay diferencia alguna entre la fuerza de trabajo humana y los medios de trabajo inanimados. Existe el mismo derecho para calificar de capital variable tanto a la máquina como a la fuerza de trabajo humana, ya que ambos producen plusproducto. A ese respecto véanse mis artículos en ruso "El error fundamental de la teoría abstracta del capitalismo de Marx” y "La ley del valor y la tasa de ganancia” (en la revista rusa Panorama científico de mayo de 1889 y marzo de 1900).

es la que consumirán los capitalistas de la segunda sección (cuya ganancia es asimismo igual a 180); la parte restante la consumen los capitalistas de la primera sección (cuyo beneficio asciende a 360). En el intercambio por los productos que han vendido, los capitalistas de la tercera sección obtendrán medios de producción por valor de 360 y los obreros de la misma sección, medios de consumo por valor de 180. De esta manera se lleva a cabo la realización de todas las mercancías de la tercera sección.

264

Las mercancías de la segunda sección (medios de consumo de los obreros, también por valor de 720) se realizan de la siguiente manera: una cuarta parte de dichas mercancías (180) será consumida dentro de la misma sección por parte de los obreros ocupados en ella; otro cuarto (180) pasará al consumo de los obreros de la tercera sección, y la mitad (360) al consumo de los obreros de la primera sección. A cambio de ello, los capitalistas de la segunda sección reciben objetos para su consumo por valor de 180 y medios de producción por valor de 360.

De las mercancías de la primera sección (la de los medios de producción), cuyo valor asciende a 1.440, la mitad se consume (720) en la misma sección; un cuarto (360) es lo que demanda la producción de la segunda sección, y otro cuarto (360) la producción de la tercera sección. A cambio de ello, los capitalistas de la primera sección reciben objetos para su consumo por valor de 360, y los obreros de la misma sección reciben sus medios de vida, por un importe de 360.

La demanda de todas las mercancías es igual a la oferta. El valor de los medios de producción creados —1.440— es igual al valor de los medios de producción necesarios para la renovación de la producción social total en escala constante (720 + 360 + 360). El valor de los medios de consumo de los obreros —720— es igual a la suma de los salarios (360 + 180 + 180), y el valor de los medios de consumo de los capitalistas —también 720— es igual a la suma de la ganancia (360 180 + 180). Las mercancías de cada sección se intercambian y consumen en parte dentro de esa misma sección, y en parte entran en el intercambio por las mercancías de las otras dos secciones.

Al observar este esquema debe destacarse muy especialmente que los medios de producción se producen y circulan en el mercado en forma conjunta y simultánea con los medios de consumo de los obreros y de los capitalistas. Esto parece ser totalmente obvio, sin mayores dificultades; pero antes de Marx, donde más se fallaba en el análisis del proceso de la reproducción social del capital era

precisamente al olvidar tomar en cuenta la significación de los medios de producción en cuanto una componente necesaria del producto social. Toda la escuela clásica de la economía política —desde Adam Smith hasta John Stuart Mill— partió, para ese análisis, de la premisa totalmente insostenible de que el valor del producto-mercancía anual se resuelve sólo en salario, ganancia y renta. En esa hipótesis desaparece por completo el valor de los medios de producción. Con toda razón calificó Marx a esta doctrina de "asombrosa". Esa misma desacertadísima hipótesis es la causa primordial de todas las oscuridades y de la inextricable confusión en la controversia de Ricardo, los dos Mill, J. B. Say con Malthus, Chalmers y Sismondi, acerca de la posibilidad de una sobreproducción general de mercancías. Por consiguiente, al efectuar el análisis de la reproducción social del capital no puede dejar de considerarse, de ninguna manera, que el capital social se emplea no sólo para la producción de medios de consumo, sino también para la de medios de producción. Más adelante aún tendremos oportunidad de volver sobre este punto.

265

El caso de la reproducción simple del capital social que hemos considerado es muy sencillo y no ofrece dificultad alguna: si la ganancia total pasa a formar parte del consumo de los capitalistas, es fácil comprender que en caso de una distribución proporcional de la producción social, la demanda de todas las mercancías debe coincidir con su oferta. Mucho más intrincado es el otro caso, el de la acumulación de capital. Supongamos que los capitalistas dejen de consumir su ganancia total, acaso porque las condiciones de competencia los obliguen a capitalizar una parte del mismo. En tal caso, ¿no superará la oferta social de mercancías a la demanda social de las mismas?

No podemos suponer que los capitalistas conserven simplemente en su caja fuerte, como si fuese un tesoro, la parte de la ganancia que no consuman ellos mismos. Partimos de la hipótesis de que los capitalistas aspiran a capitalizar la parte de la ganancia sustraída a su propio consumo, para de ella extraer nuevas ganancias. Nuestra tarea consistirá en representar esquemáticamente una tal distribución de la producción social, en la cual esa aspiración se concreta plenamente.

El esquema que sigue a continuación representa la acumulación del capital social bajo la premisa de que la mitad de la ganancia se capitaliza constantemente.

ESQUEMA NÚM. II

La reproducción del capital social en escala ampliada (la acumulación del capital).

Primer año

Primera sección

La producción de los medios de producción

$840_p + 420_a + 420_r = 1.680.$

266

Segunda sección

La producción de los medios de consumo de los obreros

$420_p + 210_a + 210_r = 840.$

Tercera sección

La producción de los medios de consumo de los capitalistas

$180_p + 90_a + 90_r = 360.$

Segundo año

Primera sección

La producción de los medios de producción

$980_p + 490_a + 490_r = 1.960.$

Segunda sección

La producción de los medios de consumo de los obreros

$490_p + 245_a + 245_r = 980.$

Tercera sección

La producción de los medios de consumo de los capitalistas

$210_p + 105_a + 105_r = 420.$

Tercer año

Primera sección

La producción de los medios de producción

$1.143_{1/3p} + 571_{2/3a} + 571_{2/3r} = 2.286_{2/3}.$

Segunda sección

La producción de los medios de consumo de los obreros

$571_{2/3p} + 285_{5/6a} + 285_{5/6r} = 1.143_{1/3}.$

Tercera sección

La producción de los medios de consumo de los capitalistas

$$245_p + 122_{1/2a} + 122_{1/2r} = 490.$$

267

En el primer esquema se había presentado la reproducción del capital bajo la premisa de que los capitalistas consumen toda su ganancia. Supongamos ahora que las relaciones de la competencia obliguen a los capitalistas a gastar sólo la mitad de su ganancia para su consumo personal, y capitalizar la parte restante de la misma. Si la parte ahorrada del capital permanece sin ser utilizada, no aportará ganancias. Para obtener una ganancia de sus ahorros, el capitalista también debe utilizarla, pero no para su consumo personal, sino en forma productiva, es decir para la ampliación de la producción. Pero si la producción social hubiese crecido en forma pareja en todas las ramas de la producción, los capitalistas no habrían logrado uniformemente su objetivo —la acumulación de capital y la multiplicación de sus ganancias—, puesto que nadie necesitaría una parte significativa de las mercancías producidas, a saber, la mayor parte de los objetos de consumo propio de los capitalistas. La mayor parte de esas mercancías permanecería sin vender, puesto que, según nuestra hipótesis, la demanda de las mismas se ha restringido. Al mismo tiempo, las mercancías de las cuales se ha originado una mayor demanda (los medios de producción y los medios de consumo de los obreros) se hallarían en el mercado en cantidad insuficiente. Por lo tanto, los capitalistas sólo pueden capitalizar la ganancia por una única vía: la modificación de la distribución de la producción social. Esto no es en modo alguno cosa fácil, pero no nos interesa aquí el propio proceso de esta modificación, sino sus resultados. El esquema número II representa una tal distribución de la producción social, en la cual puede concretarse por completo el anhelo de los capitalistas en el sentido de capitalizar la mitad de su ganancia.

En este esquema, el valor total del producto social en el primer año se ha supuesto de igual monto que en el esquema núm. I (2.880); el valor del capital adelantado total (de los medios de producción y de los medios de consumo de los obreros), también sigue siendo el mismo. *El capital* es el producto de la producción anterior, cuya cantidad debe considerarse como dada.

De la misma manera, en el esquema número II se ha supuesto la misma relación entre el valor de los medios de producción y el de los salarios, por una parte, y la ganancia, por la otra, que en el esquema

número I.

La única diferencia entre el segundo y el primer esquema, en lo que al primer año respecta, consiste en una diferente distribución de la producción social. En el esquema núm. I, la producción social estaba distribuida de tal modo que el capital no crecía y el plusproducto pasaba total y absolutamente al consumo personal de los capitalistas. En el esquema núm. II, la acumulación del capital resulta un requisito de la propia distribución social de la producción.

268

La suma total de la ganancia durante el primer año es, en el segundo esquema, igual que en el primero, a saber 420 + 210 + 90 = 720. Pero sólo se han producido 360 medios de consumo de los capitalistas, es decir dos veces menos en comparación con el esquema núm. I. En cambio se han elaborado otros productos en mayor cantidad: 240 más en materia de medios de producción, y 120 más en materia de medios de consumo. Nos incumbe aclarar cómo puede emplearse productivamente el capital recién acumulado, a pesar de haberse reducido en dos veces la demanda de medios de consumo de los capitalistas.

Este nuevo capital acumulado se utilizará para la ampliación de la producción en el segundo año. La demanda de medios de producción en el segundo año excede en 240 la misma demanda del primer año (para la producción del primer año fueron necesarios medios de producción por valor de 840 + 420 + 180 = 1.440, mientras que para la producción del segundo año se los requiere por valor de 980 + 90 + 210 = 1.680); la demanda de medios de consumo de los obreros es mayor en 120 en el segundo año que en el primero (salarios del primer año: 420 + 210 + 90 = 720; salarios del segundo año: 490 + 245 + 105 = 840). En consecuencia, los medios de producción y de consumo de los obreros, excedentes del primer año, serán devorados por la producción del segundo año. La realización de los productos elaborados en el curso del primer año se llevará a cabo de la siguiente manera. En materia de medios de consumo de los capitalistas (tercera sección) se han producido 360. Según nuestras hipótesis, los capitalistas sólo consumen la mitad de su ganancia. Puesto que la ganancia de los capitalistas de la primera sección es igual a 420 durante el primer año, su demanda de medios de consumo se situará consecuentemente en 210, la demanda de medios de consumo de los capitalistas de la segunda sección será de 105, y la de los de la tercera sección ascenderá a 45. La suma total de la demanda asciende a 360, es decir que cubre por completo la oferta de esos productos. En materia de medios de vida de los obreros se ha producido, durante el

primer año, un monto de 840. Para la producción ampliada del segundo año se requieren mercancías de la siguiente especie: para la primera sección por un monto de 490, para la segunda de 245, y para la tercera de 105, es decir nuevamente por el monto de la oferta. De la misma manera, la demanda de medios de producción para la producción del segundo año (980 la producción de la primera sección, 490 la de la segunda, y 210 la de la tercera) es igual al valor de los medios de producción producidos en el primer año (1 680). De esa manera, todos los productos del primer año han sido colocados en el segundo año.

Pero, ¿a qué finalidad sirve la producción ampliada del segundo año? ¿Tenemos el derecho de suponer que la demanda de medios de producción y de medios de vida de los obreros es mayor en el segundo año que en el primero? Como antes, partimos de la suposición de que los capitalistas (tanto en el segundo año como en el primero) no consumen personalmente la mitad de su ganancia, sino que la transforman en capital. La distribución de la producción social en el segundo año es tal que vuelve a acumularse la mitad de la ganancia. La demanda de los productos del segundo año se origina en la producción ampliada del tercer año.

269

Al término del segundo año se han elaborado medios de producción por valor de 1 960, medios de vida de los obreros por un monto de 980, y medios de consumo de los capitalistas por un monto de 420. Veamos ahora cómo pueden realizarse estos productos.

La ganancia total asciende en el segundo año a 840 (490 + 245 + 105). Según nuestra hipótesis, los capitalistas gastan la mitad de esa ganancia para su consumo. En consecuencia, se ha hallado un mercado para los medios de consumo de los capitalistas producidos durante el segundo año, por un valor de 420. Los medios de producción de la producción ampliada del tercer año (1.143% + 571% + 245) ascienden a 1.960, lo que es igual al valor de los medios de producción creados durante el segundo año; los salarios del tercer año (571% + 285% + 122%) son iguales a 980, lo cual es igual a los medios de vida de los obreros producidos durante el segundo año. En consecuencia, todos los productos del segundo año se realizan durante el tercero, y el mercado para ellos lo crea la producción ampliada del tercer año.

No creo que sea necesario proseguir con este análisis de la distribución de la producción social durante el cuarto año, el quinto, y los años siguientes.

Los esquemas citados debían probar hasta la evidencia un principio, muy sencillo en sí mismo, pero que en caso de una comprensión insuficiente del proceso de la reproducción del capital social despierta fácilmente objeciones: el principio de que la producción capitalista se crea un mercado para sí misma. Con sólo ser posible la ampliación de la producción social, si las fuerzas productivas son suficientes para ello, entonces en la distribución proporcional de la producción social también debe experimentar la demanda una ampliación correspondiente, pues bajo esas condiciones cualquier nueva mercancía producida representa un poder adquisitivo nuevo surgido para la compra de otras mercancías.

De la comparación entre la reproducción simple del capital social y su reproducción en escala ampliada puede extraerse la importantísima conclusión de que en la economía capitalista la demanda de mercancías es independiente, en cierto sentido, del volumen total del consumo social: el volumen total del consumo social puede descender y al mismo tiempo crecer la demanda social total de mercancías, por absurdo que esto pueda parecer desde el punto de vista del "sentido común''. *La acumulación* de capital social lleva a una restricción de la demanda social de medios de consumo y al mismo tiempo a un aumento de la demanda social total de mercancías. Así, por ejemplo, la demanda social de medios de consumo, en la reproducción del capital en escala constante, en el esquema núm. I, ascendía a 1.440 (a 720 el consumo de los obreros, y a 720 el consumo de los capitalistas), y la demanda de mercancías totales ascendía a 2.880. En la acumulación del capital (esquema núm. II) se produjeron durante el segundo año medios de consumo por valor de 1.400 (medios de consumo de los obreros por valor de 980, y de los capitalistas por valor de 420); pero el valor de la masa total de mercancías producida alcanza a 3.360. Toda esta masa de mercancías —tanto los medios de consumo como los de producción—, como hemos visto, fueron absorbidos por el consumo social y por la producción del tercer año. De modo que la producción social total de mercancías del esquema núm. II (el segundo año) ha aumentado considerablemente en comparación con la del esquema núm. I, pero la producción de los medios de consumo ha descendido sin que en virtud de ello se perturbase en lo más mínimo el equilibrio entre la oferta y la demanda.

279

Esto significa, en otras palabras, que el volumen de la demanda de las mercancías en la economía capitalista no determinará en absoluto el volumen del consumo. No el consumo, sino la producción es el

factor determinante en la economía capitalista. El empresario capitalista aspira a realizar una ganancia lo más grande posible, pero no a crear la mayor cantidad de medios de consumo. Al mismo tiempo, las leyes de la competencia capitalista exigen la capitalización de una importante parte de esa ganancia, la transformación del mismo, en mayor o menor medida, en medios de producción, que ni siquiera pasan al consumo humano. Por eso puede decirse en cierto sentido que el objetivo de la producción capitalista no consiste en el consumo, sino en el crecimiento del propio capital.

La acumulación del capital se lleva a cabo por transformación de la ganancia en medios de producción y medios de vida de los obreros. Pero nada puede ser más erróneo que la idea de que, al capitalizar la ganancia, el capitalista sitúa simplemente el consumo de los obreros en lugar del suyo propio. Sin embargo, de esa premisa partía la escuela clásica en su análisis del proceso de la acumulación del capital. Así demuestra John Stuart Mill en sus Principios de economía política que una sobreproducción general de mercancías es imposible por el hecho de que en caso de una limitación del consumo de los capitalistas, el consumo de los obreros, a causa de la acumulación del capital, ascendería exactamente en la misma suma, y la demanda social total de medios de consumo no experimentaría la menor modificación: el consumo de los obreros ocuparla el lugar del consumo de los capitalistas, y eso sería todo.

271

El error de Mill provenía del error común de la escuela clásica, antes señalado, que no lograba comprender que los medios de producción son una parte componente del producto social tan necesaria como los medios de consumo. La renuncia de los capitalistas al consumo de una parte de sus ganancias acrecienta, de hecho, el consumo de los obreros, pero de ninguna manera por el mismo volumen en que se ha restringido el consumo de los capitalistas; en este proceso disminuye la suma total del consumo social, pero en cambio aumenta la producción de los medios de producción. En nuestro ejemplo (esquema núm. II, primer año), la disminución del consumo de los capitalistas por valor de 360 (como consecuencia de la capitalización de la mitad de su ganancia) ha producido una ampliación del consumo de los obreros en sólo 120. Por el importe restante se ha ampliado la producción de los medios de producción.

En consecuencia, la acumulación del capital puede estar acompañada de un retroceso absoluto del consumo social. Un descenso relativo del consumo social —en relación con la suma total

del producto social— es, en todo caso, inevitable.

En los esquemas arriba presentados hemos hecho abstracción de un factor que reviste gran significación: el progreso técnico. Éste se manifiesta en la circunstancia de que la importancia de los medios de trabajo, de la máquina, aumentada cada vez más en relación con la del trabajo vivo, en comparación con el propio obrero. Los medios de producción desempeñan un papel cada vez mayor en el proceso de producción y en el mercado de las mercancías. Frente a la máquina, el obrero pasa a un segundo plano, y al mismo tiempo queda relegada también la demanda originada en el consumo del obrero en comparación con la demanda proveniente del consumo productivo de los medios de producción. Toda la actividad de la economía capitalista asume el carácter de un mecanismo diríase que existente para sí mismo, en el cual el consumo del hombre aparece como un mero factor del proceso de la reproducción y de la circulación del capital.[2]

272

La contradicción entre la producción como un medio para satisfacer las necesidades humanas, y como un factor técnico en la creación del capital, es decir como fin en si mismo, es la contradicción fundamental del orden social capitalista. Esta contradicción halla su expresión social en el hecho de que los dirigentes de la producción —los propietarios de los medios de producción— no participan directamente en la producción y en que los productores directos no poseen medios de producción, por lo cual no tienen control alguno sobre la producción. Sin embargo, esta última contradicción no es una característica específica del modo de producción capitalista, puesto que éste la tiene en común con todos los modos de producción basados en la apropiación del plusproducto, tal como el esclavista y el feudal. Pero la diferencia de la producción capitalista consiste en que no sólo el obrero es degradado al papel de simple medio de producción, sino que hasta cierto punto también el propio capitalista

[2] La teoría de la realización del producto social en la economía capitalista, desarrollada en el texto, constituye una tentativa de síntesis entre las teorías de la economía política clásica acerca de la relación imperante entre la producción y el consumo, y el análisis de Marx de la reproducción del capital social (en el tomo II de *El capital*). La teoría de Say-James Mill y de John St. Mill-Ricardo acerca de la necesaria coincidencia del monto total de la producción con el monto total de la demanda se considera superada en los trabajos de la mayor parte de los economistas políticos más recientes. Así, por ejemplo, un teórico tan destacado como W. Lexis no asigna gran valor a esta teoría. Yo, por mi parte, no afirmo en modo alguno que todos los pormenores de esta teoría sean correctos, en la versión que de ella dieron los economistas políticos citados (para ni siquiera entrar a considerar sus conclusiones optimistas). Sin embargo, considero que la médula de esta teoría, su idea principal —la de que, en una distribución proporcional de la producción social, la oferta de mercancías debe coincidir con la demanda— no sólo es correcta, sino incluso indiscutible. Todo cuanto se ha dicho como objeción contra esta idea adolece, a mi entender, de falta de comprensión de la misma. A ese respecto véanse, más adelante, los capítulos VI y VII.

se convierte en un simple medio para la acumulación del capital. Las leyes de la competencia capitalista exigen imperativamente al capitalista una ampliación de la producción y la capitalización de una significativa parte de su beneficio. Después de todo, en la economía esclavista y feudal, la producción tenía como fin inmediato el consumo, más exactamente el de la clase social dominante. En la economía capitalista, hasta el consumo de los capitalistas resulta determinado por las necesidades de la producción, hasta los dirigentes de la producción se convierten, en cierto sentido, en sus servidores. Y por eso Marx tenía toda la razón cuando decía que en el orden económico capitalista, "el capital y su autovalorización aparecen como punto de partida y de llegada, como motivación y objetivo de la producción”.

Directamente vinculada a la primera contradicción se halla la segunda, la cual consiste en la "contradicción entre la organización de la producción en la fábrica individual, y la anarquía de la producción en la sociedad total” (Engels). En la economía esclavista o feudal, la producción puede estar altamente organizada dentro del marco de una economía individual; piénsese solamente en las familiae *rusticae* y *urbanae* de los señores romanos. Pero en tanto la producción propia —es decir, la producción para el propio consumo— constituye el fundamento de una economía semejante, no adolece de la anarquía de la producción social.

273

En la economía mercantil simple, la producción social puede ser desorganizada, pero al mismo tiempo también se carece de una organización planificada dentro de la empresa en particular, en la medida en que la pequeña empresa no permite una división y unificación del trabajo, de algún modo significativa, dentro del marco de la empresa individual. La falta de planificación de toda la producción social en relación con el intercambio intermediado por el dinero, engendra en la economía mercantil simple la *posibilidad* de una sobreproducción general. Las contradicciones de la producción capitalista que hemos señalado, tornan *necesaria* una sobreproducción general como un factor del desarrollo de la economía capitalista.

Hemos visto que la mediación del dinero eleva al mercado al grado de potencia económica particular que domina la producción. La influencia del mercado se basa en la dependencia recíproca de los precios de las mercancías; precisamente a causa de esta dependencia, el mercado constituye un todo inseparable para todas las mercancías, un organismo peculiar. El condicionamiento recíproco de los precios

crece en la economía capitalista como consecuencia del crédito. Mientras el dinero fue el único medio de cambio, la circulación de las mercancías se fundaba en una base material. En la economía monetaria simple (a diferencia de la economía crediticia) sirve como medio de cambio una mercancía determinada en su forma objetiva, una mercancía que si bien difiere de todas las restantes mercancías por su función económica, sigue siendo no obstante una mercancía. Toda compra y venta por dinero en efectivo conserva, en cierto sentido, el carácter del intercambio directo de productos, puesto que la moneda es también un producto. Por eso, en el intercambio simple, mediado por el dinero, los precios de las mercancías se distinguen por una significativa estabilidad. Los precios hollan, por así decirlo, un terreno material. La economía capitalista crea un nuevo medio de circulación: el crédito. El crédito no suprime la dependencia de los precios de las mercancías con respecto a la oferta de las mismas; sin embargo, bajo el imperio de la economía crediticia, esa dependencia se torna extraordinariamente compleja. El crédito sitúa en primer plano al otro factor del precio, la demanda, y al mismo tiempo modifica sustancialmente su importancia económica. Tal como hemos comprobado anteriormente, la demanda se funda en la oferta, tanto en el intercambio mediado por dinero como en el trueque en especies. La oferta determina el poder adquisitivo, y la orientación de esa fuerza resulta condicionada por los deseos y las necesidades de los compradores. El crédito libera a la demanda de una relación directa con la oferta corriente. Gracias al crédito, la demanda puede aumentar y disminuir significativamente en forma totalmente independiente de la oferta momentánea. Con la expansión de las compras y ventas a crédito, los precios de las mercancías adquieren una curiosa movilidad, convirtiéndose en expresión de un elemento puramente psíquico: de los cálculos de los operadores no sólo con respecto a la situación actual del mercado, sino también a la situación futura del mismo, a la tónica general de compradores y vendedores, a la mayor o menor tendencia a la especulación, etcétera.

274

La dependencia de los precios de las mercancías con respecto a la oferta sigue en pie, no obstante, pero se complica extraordinariamente en virtud de la circunstancia de que además de la oferta real del instante dado ejerce una influencia la oferta futura, desconocida y aun inexistente, o más exactamente, la opinión de las personas interesadas sobre esa oferta futura. En la economía monetaria simple, el volumen del poder adquisitivo existente en el mercado es, en todo momento, una magnitud determinada en mayor

o menor grado. El fundamento de ese poder adquisitivo lo constituyen mercancías y dinero en forma objetiva. Pese a que la aceleración de la circulación del dinero puede sustituir, hasta cierto punto, el aumento de su volumen, esa posibilidad vale, no obstante, dentro de un marco relativamente estrecho. En la economía crediticia, el poder adquisitivo del mercado es una estructura compleja y elástica, inmaterial pero al mismo tiempo frágil, construida sobre la base monetaria real; el poder adquisitivo del mercado puede aumentar o disminuir sin modificación alguna en las relaciones reales de la oferta de mercancías y dinero, según la mayor o menor inclinación de compradores y vendedores a servirse del crédito.

Además, el crédito fortalece en sumo grado la dependencia recíproca de las diversas empresas. La vinculación entre ellas se torna más íntima y estrecha. Las modificaciones del mercado adquieren el carácter de un alud: acontecimientos insignificantes pueden ejercer una acción destructiva sobre el mercado, porque el efecto del golpe originario crece con su propagación. Las oscilaciones del mercado en uno y otro sentido, en los de ascenso y descenso de los precios de las mercancías —del enriquecimiento y de la ruina de los propietarios de mercancías— adquieren tremenda fuerza e impulso.

De esta manera, el propio mecanismo de intercambio que es peculiar de la economía capitalista —el crédito— intensifica el efecto de las oscilaciones de la oferta de mercancías en forma sumamente significativa. Sin embargo, y en última instancia, las diversas perturbaciones del crédito se basan en perturbaciones originadas en el terreno de la producción real y de la oferta real de mercancías.

275

Ya hemos explicado que la contradicción fundamental del capitalismo consiste en la falta de un control del consumo social sobre la producción social. La producción capitalista se convierte de medio en fin en sí mismo. De allí emanan asimismo las crisis de la economía capitalista.

Esta última no posee un regulador uniforme tal como lo es el consumo social en la economía mercantil simple. La tendencia hacia una extensión lo más grande posible de la producción es un rasgo característico del modo de producción capitalista. El límite absoluto para la ampliación de la producción lo constituyen las fuerzas productivas de las cuales dispone la sociedad; el capital aspira siempre a alcanzar esos límites.

Sin embargo, todo es en vano. *El capital* jamás puede llegar a ellos.

Hemos visto que en una distribución proporcional de la producción

social, la demanda resulta creada por la propia oferta de mercancías. No obstante, el logro de una proporcionalidad perfecta comprende dificultades insuperables. Cualquier otra distribución del capital social salvo la distribución proporcional, llevará a la superproducción de algunas mercancías; pero puesto que todas las ramas de la producción se hallan en estrecha relación mutua, es fácil que una superproducción parcial de algunas mercancías se transforme en una superproducción general de mercancías; el mercado mercantil se colma de mercancías sin vender, y a ello sigue una caída de los precios.

Para comprender toda la dificultad de una inversión productiva de un capital nuevo, basta recordar lo dicho anteriormente acerca de la plétora de mercancías lanzadas al mercado bajo las actuales condiciones de la competencia. Por regla general, en la economía capitalista la demanda de todas las mercancías se satisface por completo mediante la oferta. En las condiciones competitivas imperantes, la oferta obra agresivamente sobre la demanda, es decir que la precede.

Sólo en casos de excepción puede haber durante un período más bien prolongado una demanda insatisfecha. Y entonces, mientras que la oferta de todas las mercancías ya supera antes bien a la demanda, más que satisfacerla, debe hallarse un mercado para mercancías nuevas. Si se invierte todo el capital nuevo en alguna rama individual de la producción, ello conducirá a la sobreproducción, ya que las mercancías producidas hasta el momento ya habían cubierto por completo esta clase de demanda. Para hallar un mercado para nuevas mercancías producidas, es necesario que el capital que busca invertirse se distribuya en una proporción determinada entre toda una serie de ramas de la producción; si ello se lleva felizmente a cabo, el aumento de la demanda corresponderá al aumento de la oferta, y la producción aumentará sin que la demanda de mercancías se vea superada por la oferta de las mismas. ¿Pero siempre puede lograrse semejante éxito? Evidentemente, no.

276

Una parte del plusproducto social capitalizado se invierte con relativa facilidad en la misma rama de la producción en la cual se ha originado el plusproducto en cuestión. El proceso de distribución de la ganancia capitalizado entre las diversas ramas de la industria se lleva a cabo automáticamente en ese caso; la producción se amplía en toda una serie de ramas de la industria, mayormente en aquellas cuyos productos fueron objeto de la demanda más elevada. Pero además de esos nuevos capitales originados, que casi ni siquiera aparecen en el

mercado monetario, ya que se invierten en el propio lugar en que se forman, todo país capitalista rico, como por ejemplo Inglaterra, dispone de una enorme masa de capitales libres, provenientes en parte de los beneficios de industriales y comerciantes que, por determinadas razones, no pueden ser invertidos por sus propios poseedores, en parte de la cuota capitalizada de los ingresos de las otras clases sociales, principalmente de la clase de los capitalistas monetarios. Esos capitales libres, que no se hallan vinculados con ninguna rama determinada de la producción, buscan ávidamente una inversión ventajosa y afluyen constantemente hacia el mercado monetario. La inversión productiva de esos capitales no es, en modo alguno, cosa fácil. También de las dificultades de una distribución proporcional de los capitales libres recién creados, no vinculados con la industria o el comercio, se originan las crisis comerciales.

En cierto sentido puede decirse que la causa fundamental de las crisis la constituye la pobreza popular, el subconsumo de las clases trabajadoras. De hecho, la insignificancia de la participación de las masas obreras en el producto que ellas producen provoca directamente la formación de los capitales excedentes, y en general la capitalización de una importante parte del ingreso social. Si no fuese necesario hallar una inversión para los nuevos capitales, si no se estimulase la producción como consecuencia de la capitalización de la ganancia, una distribución proporcional de la producción social no depararía mayores dificultades. En ese caso, la producción social, como en la economía de los pequeños productores de mercancías, resultaría directamente regulada por el consumo social. *La acumulación del capital* por parte de los capitalistas es una consecuencia de la apropiación del plusproducto por personas que no participan en la producción, un resultado de que a los productores directos se les ha sustraído una parte del producto elaborado. Cuanto menor sea la participación del obrero, tanto mayor es la participación del capitalista, y tanto más rápidamente se lleva a cabo la acumulación del capital, necesariamente acompañada de detenciones y crisis.

277

En consecuencia, la pobreza de las masas del pueblo, la pobreza no en su sentido absoluto sino relativo, en el sentido de la insignificancia de la participación del obrero en el producto social total, es una de las condiciones previas de las crisis comerciales. Pero es menester comprender claramente la relación entre la pobreza y las crisis. Debemos calificar de falsa la difundida opinión —que también compartía Marx hasta cierto punto— en el sentido de que la miseria

de los obreros, que constituyen la enorme mayoría de la población, imposibilita una realización de los productos de la producción capitalista en constante expansión, a causa de la falta de demanda. Hemos visto que la producción capitalista crea un mercado para sí misma; el consumo es sólo uno de los factores de la producción capitalista. Si la producción social estuviese planificadamente organizada, si los directores de la producción tuviesen un *conocimiento* perfecto de la demanda y el *poder* de trasladar libremente el trabajo y el capital de una rama de la producción a otra, entonces, por bajo que fuese el nivel del consumo social, la oferta de mercancías no podría superar a la demanda. Pero la acumulación del capital con una falta total de planificación de la producción, con la anarquía que impera en el mercado mundial, lleva inevitablemente a las crisis.

Sin embargo, debemos detenernos aún a considerar un factor económico cuya importancia no hemos tocado hasta el momento: el del comercio exterior. De resultas de nuestro análisis abstracto del proceso de la reproducción del capital social, hemos llegado a la conclusión de que en caso de una distribución proporcional de la producción social no puede haber producto social excedente. Para ello hemos prescindido por entero del comercio exterior. Teníamos todo el derecho de hacerlo, ya que el comercio exterior sólo es exterior para determinados países, mientras que para todo el mundo capitalista el comercio entre los diversos países es sólo interno, un intercambio comercial dentro de las fronteras capitalistas. Pero si pasamos a considerar la economía de los diversos países, debemos adoptar, desde luego, un punto de vista diferente. No existe país alguno sin comercio exterior, y para países tales como Inglaterra el mercado exterior incluso desempeña, para muchas importantes ramas de la producción, un papel más importante que el mercado interno. No cabe la menor duda de que el mercado inglés, comoquiera se halle distribuida la producción nacional inglesa, no podría utilizar todos los tejidos de algodón, paños, máquinas y otros productos fabriles que se elaboran en Inglaterra. ¿No demuestra eso que la producción capitalista crea un producto excedente para el cual no hay lugar en el mercado interno? ¿Por qué necesita Inglaterra un mercado exterior?

La respuesta no es difícil. A causa de que una significativa parte del poder adquisitivo de Inglaterra se gasta en la adquisición de mercancías extranjeras. La importación de mercancías extranjeras para el mercado de Inglaterra también torna absolutamente necesaria

la exportación de mercancías inglesas para el mercado exterior. Puesto que Inglaterra no podría arreglárselas sin la importación del exterior, también la exportación se convierte en condición vital para ese país, pues de otro modo no tendría con qué poder pagar sus importaciones.

La desesperada caza de un mercado, que constituye un rasgo tan característico de la economía capitalista, no se limita al estrecho terreno del mercado interno. Cada rama de la producción aspira a ampliar su territorio de ventas en la medida de lo posible. Si las condiciones de la competencia exterior así lo permiten, la industria en cuestión sobrepasa rápidamente los límites del mercado local y comienza a trabajar para el mercado exterior. Así, la tendencia ae la industria capitalista hacia una ampliación ilimitada conduce al resultado de que todos los países se anudan en una unidad colosal, formando una red. Cada país es un mercado para los otros países, y al mismo tiempo los otros países son un mercado para ese país.

En general, el mercado exterior desempeña un papel de suma importancia en la historia del modo de producción capitalista. Los dominios originarios del capitalismo eran los de la producción de objetos suntuarios, que sólo podían ser absorbidos por un mercado muy extendido, ya que el número de consumidores de tales objetos era restringido en todos los países. Hilados finos, cristal, porcelana, costosos productos de metal y cuero y, en general, diversos productos suntuarios: tales eran principalmente los productos que elaboraba la manufactura capitalista en los primeros tiempos de su nacimiento en Italia, Flandes, Inglaterra, Francia y otros países. Una parte considerable de esos productos se destinaba de antemano a su venta a otros países. Mucho más adelante, la industria capitalista abarcó también la confección de objetos de consumo masivo, y comenzó entonces a producir, principalmente, para el mercado local. Este desarrollo de la producción capitalista se halla estrechísimamcnte vinculado con la evolución del comercio. El comercio exterior siempre tuvo un carácter más capitalista que el interno. Esto resulta también totalmente comprensible, ya que el comercio exterior requiere capitales de mayor envergadura, un mayor desarrollo del espíritu de empresa, y una mayor especialización del comerciante que el comercio interior. En el terreno del comercio exterior fue donde surgieron por vez primera asociaciones de capitalistas. Durante mucho tiempo el comercio con productos locales dentro del propio país no pudo experimentar un desarrollo de importancia a causa del predominio de la producción propia y de la igualdad del tipo de los

productos elaborados en diversas partes del país. Puesto que se extendía a un terreno extremadamente reducido, ese comercio era un pequeño comercio, y el comerciante a veces también era un pequeño productor. El comercio exterior de los países costeros europeos con el Levante, India y América, así como de los países europeos entre sí, condujo a la formación de inmensos capitales comerciales, los que organizaron paulatinamente la producción de una manera capitalista, especialmente la producción de las mercancías que constituían el objeto de este comercio. En general, y en su mayor parte, la producción capitalista se apoyó, desde un principio, en el mercado exterior.

279

Además, la división internacional del trabajo llevó a que en cada país se hayan desarrollado, a expensas de las otras, aquellas ramas de la producción para las cuales más se adecuara ese país a causa de sus condiciones naturales, económicas o sociales. Nacieron así países de tipo agrícola y de tipo industrial, cuya existencia económica presupone un intercambio. El ejemplo más extremo de un país industrial con una industria hipertrofiada y una agricultura casi atrofiada, lo constituye Inglaterra. Este país no puede existir sin un mercado exterior para los productos de su industria, ya que la importación de alimentos y materias primas debe pagarse mediante la exportación de productos manufacturados. De ahí la enorme importancia de los mercados exteriores para la industria de Inglaterra. Toda la política exterior de Inglaterra resulta determinada por la caza de mercados exteriores para los productos de su industria. En el comercio exterior se desarrollan también las contradicciones del orden económico capitalista, que en Inglaterra, lo mismo que en los demás países, constituyen las causas más profundas de las crisis capitalistas.

[De: Michael von Tugán-Baranovski, *Studien zur Theorie und Geschichte der Handelskrisen in England,* Jena, 1901, pp. 14-37. Traducción de León Mames.]

VLADIMIR I. LENIN [1]

Las páginas que siguen fueron extraídas de dos de los mayores escritos económicos del joven Lenin: *Para una caracterización del romanticismo económico* (subtítulo: *Sismondi y nuestros sismondistas nacionales*), redactado en la primavera de 1897, y *El desarrollo del capitalismo en Rusia*, publicado en marzo de 1899. En particular, se trata de algunas de esas páginas que las ediciones de *El capital*, basadas en la edición preparada por el Instituto Marx-Engels-Lenin de Moscú, suelen traer como apéndice al segundo libro de *El capital* para indicar el modo "correcto” como habría que entender la teoría marxiana de la "reproducción” y de la "realización” del plusvalor.

En realidad (y esto sea dicho sin quitar nada de la importancia y de la seriedad científica de esos escritos económicos de Lenin), justamente las páginas de marras fueron consideradas con frecuencia como la prueba de la influencia que de parte de las teorías de Bulgákov y de Tugán-Baranovski habría sufrido el marxismo ruso, y más que nadie Lenin, en el curso de la polémica contra el populismo, sobre todo con relación a la interpretación de las crisis como crisis de "desproporción” y no sólo a la teoría sobre la posibilidad de expansión ilimitada del mercado por parte del capitalismo, con la consiguiente atenuación, según algunos críticos, de la importancia del problema del llamado “subconsumo” y del peso que tienen las dificultades de “realización” en la emergencia de las crisis.

Desde este punto de vista, es bastante significativo un pasaje crítico que Plejánov agregó a la segunda edición de su escrito *Nuestras diferencias* y sobre el que llamó recientemente la atención un estudioso polaco, T. Kowalik, en un artículo dedicado a la teoría económica de Rosa Luxemburg (cf. *Ekonomista*, 1963, núm. 1), pasaje donde Plejánov toma distancias tanto de los "marxistas legales” (P. Struve y otros) como de Lenin. "Jamás fui partidario —escribe Plejánov al respecto— de esa teoría de los mercados en general, y de las crisis en particular, que se apoderó como una epidemia de nuestra literatura marxista legal en la década de 1890. Según esa teoría, cuyo principal propagandista debe considerarse al señor Tugán-Baranovski, la reproducción no tiene barreras de ninguna especie y las crisis se explican simplemente por la desproporción de los medios de producción. Werner Sombart considera al ilustre estudioso ruso

Tugán-Baranovski como el padre de esta teoría presuntamente nueva. En realidad, el verdadero padre de esa teoría, que no es nueva en modo alguno, fue J.-B. Say, en cuyo *Traité* se la expuso detalladamente... Además del señor Tugán-Baranovski, también propagó entre nosotros esta teoría el señor VI. Ilyn [Lenin] en su *Observación sobre el problema de la teoría de los mercados*, de 1899, así como en su libro *El desarrollo del capitalismo en Rusia*." Inútil insistir en la necesidad de *tomar cum grano salis* declaraciones como la de Plejánov que trascienden el peculiar clima polémico característico de las luchas de fracciones dentro de la socialdemocracia rusa de la época. Lo que dice Plejánov parece ajustarse, en el peor de los casos, más al escrito bastante juvenil de Lenin (de 1893) titulado *A propósito del llamado problema de los mercados*, que a los de 1899. Sin embargo, es un hecho que también en la obra del período 1897-1899, sin excluir el mismo *El desarrollo del capitalismo en Rusia*, subsisten ecos de la influencia de Bulgákov y de Tugán-Baranovski (sobre lo cual insistió recientemente Rosdolsky; cf. *op. cit*., vol. II, pp. 559-69 [en esp., pp. 521-530]).

282

Aquí resulta imposible, por razones de espacio, entrar en el mérito de la tentativa emprendida por Lenin en esos escritos y encaminada a retrotraer la ley de la composición orgánica creciente para encontrarla en los mismos esquemas de Marx sobre la reproducción. De igual manera, aquí sólo resulta posible una alusión a la tentativa desarrollada por Lenin en estas mismas páginas de ampliar la toría de la proporcionalidad de Tugán hasta incluir en ella, como elemento de la proporción, cierto nivel de consumo. La evaluación del significado efectivo de esta tentativa sigue pareciendo *sub judice*. En efecto, mientras Rosdolsky propende a creer que, salvo alguna feliz excepción, aquél continúa moviéndose en general dentro del ámbito de las premisas teóricas de Tugán, Sweezy, que también es uno de los principales sostenedores del subconsumo, da de él una apreciación bastante positiva. "En la teoría de la crisis —escribe— Lenin adoptó una posición muy semejante, aunque parece no haberla elaborado en detalle. Se confesaba adicto a la teoría de la desproporcionalidad que surge de la anarquía de la producción capitalista, pero declaraba enfáticamente que esa teoría no negaba la importancia y pertinencia de la propensión al subconsumo, afirmando claramente que el subconsumo, lejos de contradecir la explicación basada en la desproporcionalidad, es tan sólo un aspecto de ésta" (cf. *Teoría del desarrollo capitalista*, cit., p. 206).

Pero lo que aquí interesa señalar, incluso a los fines de su

significado para la historia del debate sobre la "teoría del derrumbe", es el pasaje de una carta de Lenin de marzo de 1913 (sobre la que llamó la atención el ya citado artículo de Kowalik) donde Lenin, tras haber expresado su juicio netamente negativo acerca de *La acumulación del capital* de Rosa Luxemburg, añade: "Mucho me alegra que tanto Pannekoek como Eckstein y Otto Bauer hayan rechazado unánimemente su libro, presentando en su contra los mismos argumentos que yo ya utilicé en 1899 contra los naródniki”; consideraciones que Lenin retomó después en su artículo sobre Marx escrito en 1915 para la enciclopedia rusa Grana t y que, por la singular concordancia que guardan con el juicio de dos exponentes del "neoarmonicismo” socialdemócrata como Eckstein y Bauer, dan que pensar acerca de cuánto de la acogida reservada al libro de Luxemburg, a pesar de sus indudables errores de fondo, deba ser considerado como una especie de venganza póstuma que el pensamiento de Tugán-Baranovski se tomó contra ella.

PARA UNA CARACTERIZACIÓN DEL ROMANTICISMO ECONÓMICO

[EXTRACTOS]

1. EL MERCADO EXTERIOR COMO "SALIDA A LA DIFICULTAD" DE REALIZAR PLUSVALOR

El siguiente error de Sismondi, que deriva de la equivocada teoría sobre la renta social y el producto en la sociedad capitalista, es la teoría de la imposibilidad de realizar el producto en general, y el plusvalor en particular, y, en consecuencia, la necesidad de un mercado exterior. En lo que concierne a la realización del producto en general, el análisis hecho más arriba demuestra que esa "imposibilidad" proviene del error de eliminar el capital constante y los medios de producción. Suprimido este error, desaparece también tal "imposibilidad". Y lo mismo, entonces, debe decirse en particular del plusvalor: dicho análisis explica también su realización. No existe en absoluto motivo racional alguno para desglosar, desde el punto de vista de su realización, el plusvalor del producto global. La afirmación en contrario de Sismondi (y de nuestros populistas) es el resultado de su incomprensión de las leyes fundamentales de la realización en general, su incapacidad de distinguir tres (y no dos) partes del producto, con respecto al valor, y las dos clases de productos con respecto a su forma material (medios de producción y artículos de consumo). La tesis de que los capitalistas no pueden consumir el plusvalor es sólo una repetición vulgarizada de la duda de Adam Smith acerca de la realización en general. Sólo *una parte* del plusvalor se compone de artículos de consumo; la otra está compuesta de medios de producción (por ejemplo, el plusvalor del industrial metalúrgico). "El consumo" de *este último* plusvalor se efectúa al ser *invertido en la producción*; y en cuanto a los capitalistas que fabrican productos en forma de medios de producción, no consumen el plusvalor, sino el *capital constante* que han obtenido de otros capitalistas mediante el cambio. Por eso cuando los populistas divagan sobre la imposibilidad de realizar el plusvalor, deben, por lógica, negar también la posibilidad de realizar el *capital constante*, con lo cual retornan con toda felicidad a Adam... Se comprende que tal retorno al "padre de la economía política" representaría un gigantesco progreso para escritores como éstos, que nos sirven viejos errores bajo el aspecto de

verdades a las cuales “han llegado por su propia inteligencia"...

285

¿Y el mercado exterior? ¿Negamos acaso la necesidad del mercado exterior para el capitalismo? Por cierto que no. Sólo que el problema del mercado exterior *no tiene absolutamente nada que ver con el problema de la realización,* y la tentativa de unirlos en un todo íntegro sólo caracteriza los anhelos románticos de "retardar” el capitalismo y la falta de lógica de que adolecen los románticos. La teoría que aclaró el problema de la realización lo probó con toda precisión. El romántico dice: los capitalistas no pueden consumir el plusvalor; en consecuencia, tienen que darle salida en el extranjero. Y aquí cabe la pregunta: ¿acaso los capitalistas entregan gratuitamente sus productos al extranjero; o los arrojan al mar? Los venden, es decir, obtienen un equivalente; exportan sus productos, e importan otros a cambio de los mismos. Cuando hablamos de la realización del producto social eliminamos ya, por ese solo hecho la circulación monetaria, y presuponemos sólo el intercambio de unos productos por otros, porque el problema de la realización reside precisamente en analizar la *reposición* de todas las partes del producto social, tanto en lo que concierne al valor como a la forma material. Por lo tanto, comenzar hablando de la realización para terminar diciendo que el “producto será vendido por dinero”, es tan ridículo como si a la pregunta sobre la realización del capital constante en artículos de consumo se diera como respuesta: "ya se venderán”. Se trata simplemente de una grosera falta de lógica: en vez de considerar el problema de la realización de todo el producto social, se ubican en el punto de vista de un empresario aislado a quien no le interesa otra cosa que “la venta al extranjero”. Confundir el comercio exterior, la exportación, con el problema de la realización, significa eludir el problema llevándolo a un terreno más amplio, pero *sin aclararlo en lo más mínimo*.[1] El problema de la realización no avanzará un ápice, si en vez del mercado de un solo país tomamos el de un conjunto de países. Cuando los populistas aseguran que el mercado exterior es “una salida a la dificultad”[2] que el capitalismo se procura para realizar el producto, sólo tratan de cubrir con esta frase la triste circunstancia de que, para ellos, “el mercado exterior es la salida a la dificultad” en que

---

[1] Esto es tan evidente, que hasta Sismondi reconocía la necesidad de hacer abstracción del comercio exterior en el análisis de la realización. “Para seguir con más precisión dichos cálculos —dice a propósito de la correspondencia entre producción y consumo— y simplificar el problema, hicimos hasta ahora completa abstracción del comercio exterior y partimos del supuesto de una nación aislada; la sociedad humana, por si misma, constituye una nación aislada, y lo que atañe a una nación sin comercio exterior atañe por igual a todo el género humano.” (i, 115.)

[2] N.-on [o Nikolai-on, seudónimo de N. V. Danielson], p. 205.

han caído por su incomprensión de la teoría...

286

Pero aún no es todo. La teoría que liga el mercado exterior al problema de la realización del producto global de la sociedad, no sólo evidencia que no se comprende qué es esta realización, sino que, además, contiene *una concepción extremadamente superficial de las contradicciones inherentes a esa realización*. “Los obreros consumirán el salario, pero los capitalistas no pueden consumir el plusvalor.” Reflexiónese un poco sobre esta “teoría” desde el punto de vista del mercado exterior. ¿De dónde sabemos que “los obreros consumirán el salario”? ¿Qué es lo que nos puede hacer creer que los productos destinados de antemano, por toda la clase capitalista de determinado país al consumo de todos los obreros de ese país, serán realmente *iguales en valor a su salario* y lo compensarán; y que por lo tanto para dichos productos no habrá necesidad de un mercado exterior? No existe, decididamente, fundamento alguno para pensar así, y en efecto, no es así en la realidad. No sólo los productos (o partes de los mismos) que reponen plusvalor, sino también los que reponen el capital variable; no sólo los productos que reponen el capital variable, sino también los que reponen el capital constante (del que se olvidan nuestros "economistas” sin acordarse de su afinidad... con Adam); no sólo los productos que existen en forma de artículos de consumo, sino también los que existen en forma de medios de producción; todos, por igual, se realizan siempre en medio de "dificultades”, en medio de fluctuaciones constantes, que se hacen cada vez más intensas, a medida que se desarrolla el capitalismo en medio de una competencia furiosa que *obliga* a cada empresario a tender a una ilimitada ampliación de su producción, a salir de los marcos del propio estado, a marchar en busca de nuevos mercados en países que aún no han sido atraídos a la órbita de la circulación capitalista de mercancías. Y así llegamos al problema de por qué es necesario el mercado exterior para un país capitalista. De ninguna manera debido a que el producto no pueda ser realizado, en general, dentro del régimen capitalista. Esto es un absurdo. El mercado exterior es necesario porque la producción capitalista *implica* la tendencia a una ampliación *ilimitada*, contrariamente a todos los antiguos modos de producción, encerrados dentro de los límites de la comunidad, la propiedad patriarcal, la tribu, el distrito territorial o el estado. Mientras que en todos los antiguos regímenes económicos la producción se renovaba cada vez en la misma forma y en las mismas proporciones en que se desarrollaba anteriormente, esta renovación es imposible en el régimen capitalista y la ampliación es *ilimitada*, el eterno avance se

convierte en la ley de la producción.[3]

287

Así, una manera diferente de comprender la realización (o con más exactitud, su comprensión por una parte y su incomprensión completa por la otra, por los románticos) conduce a dos concepciones diametralmente opuestas sobre la significación del mercado exterior. Para unos (los románticos), el mercado exterior es el índice de la "dificultad" que pone el capitalismo al desarrollo social. Para otros, en cambio, el mercado exterior demuestra cómo el capitalismo elimina las dificultades que la historia ha creado al desarrollo social en la forma de obstáculos: comunales, tribales, territoriales, nacionales.[4]

Como se ve, la diferencia sólo consiste en el "punto de vista"... Sí, ¡"sólo"! La diferencia entre los jueces románticos del capitalismo y los otros consiste en suma, "sólo" en el "punto de vista"; "sólo" en que unos tienen los ojos puestos en el pasado y otros en el futuro; unos opinan desde el punto de vista del régimen que el capitalismo destruye, y otros desde el punto de vista del régimen que el capitalismo está creando.[5]

La concepción errónea de los románticos acerca del mercado exterior suele ir asociada a referencias sobre las "particularidades" de la situación internacional del capitalismo de un país determinado, sobre la imposibilidad de hallar mercados, etc.; la finalidad de estas argumentaciones es "convencer" a los capitalistas de que "desistan" de la búsqueda de mercados exteriores. Desde luego, "referencias" no es la expresión exacta, porque los románticos no nos ofrecen ningún análisis real del comercio exterior de un país, de sus progresos en materia de nuevos mercados, de su colonización, etc. No les interesa en absoluto el estudio y esclarecimiento del proceso real; lo único que les interesa es *la moral que condene ese proceso*. Para que el lector pueda convencerse de la completa identidad que existe entre dicha moral de los actuales románticos rusos y la del romántico francés, citaremos algunos ejemplos de los razonamientos de este último. Ya vimos cómo Sismondi perturbaba a los capitalistas con la amenaza de que no hallarían mercado. Pero no se limitaba a eso. Afirmaba, además, que "el mercado mundial ya estaba suficientemente abastecido" (n, 328), con lo cual quería demostrar la imposibilidad de seguir por el camino del capitalismo y la necesidad de escoger otro...

[3] Véase Zíber, *David Ricardo, etc*., San Petersburgo, 1885, p. 466, nota.

[4] Véase más abajo, *Rede über die Frage des Freihandels* [K. Marx, *Discurso sobre el librecambio*. [E.].

[5] Aquí sólo me refiero a la apreciación del capitalismo, no al modo de comprenderlo. En este último sentido, los románticos, tal como hemos visto, no se elevaron por encima de los clásicos.

Aseguraba a los empresarios ingleses que el capitalismo no estaba en condiciones de dar ocupación a todos los obreros que quedaban desocupados en el campo debido al sistema de los *farms* en la agricultura (I, 255-256). “Aquéllos en aras de quienes son sacrificados los agricultores, ¿podrán con ello salir beneficiados en algo? Pues es sabido que los agricultores son los más inmediatos y seguros consumidores de las manufacturas inglesas. Al cesar su consumo, la industria sufriría un golpe más funesto que el cierre de uno de los más grandes mercados exteriores’’ (I, 256). Y aseguraba a los granjeros ingleses que no les sería posible hacer frente a la competencia del campesino pobre de Polonia, a quien el trigo no le cuesta casi nada (n, 257), que los amenazaba una competencia, más terrible aún, por parte del cereal ruso proveniente de los puertos del mar Negro. “Los norteamericanos —exclamaba Sismondi— han seguido este nuevo principio: producir sin calcular el mercado, y producir cada vez más”, de tal modo que “el rasgo característico del comercio de Estados Unidos, de un extremo al otro del país, es la sobreabundancia de mercancías de todo género en relación con las necesidades del consumo [...], y esta sobreabundancia de capitales comerciales, que no pueden cambiarse por renta, trae como consecuencia las quiebras incesantes” (I, 455-456). ¡Ah, qué diría el bueno de Sismondi, si viese a la Norteamérica actual, esa Norteamérica que se ha desarrollado de modo tan colosal gracias a aquel mismo “mercado interno” que, según la teoría de los románticos, debía haberse “reducido”!

288

2. LAS CRISIS

La tercera conclusión errónea de Sismondi extraída de la teoría inexacta de Adam Smith, que hace suya, es su teoría de las crisis. La concepción de Sismondi, para quien la acumulación (el desarrollo de la producción en general) es determinada por el consumo, y su explicación equivocada de la realización del producto global de la sociedad (reducido a la participación de los obreros y de los capitalistas en la renta), llevan de manera natural e inevitable a la teoría de que las crisis se explican por la desproporción entre producción y consumo. Y a esta teoría se atiene Sismondi por entero. También Rodbertus la hizo suya dándole una formulación ligeramente modificada; explicaba las crisis por el hecho de que la participación de los obreros en el producto disminuye con el crecimiento de la producción; y de la misma manera errónea que lo hacía Adam Smith, dividía el producto global de la sociedad en salario y “renta" (de

acuerdo con su terminología, "renta” es plusvalor, es decir la ganancia y la renta del suelo en conjunto). El análisis científico de la acumulación en la sociedad capitalista[6] y de la realización del producto minó todos los fundamentos de esta teoría, y mostró al mismo tiempo que, precisamente durante los períodos que preceden a las crisis, el consumo de los obreros se eleva, que el subconsumo (con el cual se pretende explicar las crisis) existió en los regímenes económicos más diversos, mientras que las crisis constituyen el rasgo distintivo de un solo régimen: el capitalista.

289

Esta teoría explica las crisis mediante otra contradicción, a saber: la que existe entre el carácter social de la producción (socializada por el capitalismo) y el carácter privado, individual, de la apropiación. Aunque podría parecer que la profunda diferencia entre estas teorías es clara de por sí, debemos detenernos un poco más en detalle sobre ella, pues precisamente los partidarios rusos de Sismondi tratan de *borrarla* y confundir las cosas. Explican las dos teorías de las crisis a que nos referimos de manera en todo sentido distinta. La primera las explica por la contradicción entre la producción y el consumo de la clase obrera; la segunda, por la contradicción entre el carácter social de la producción y el carácter privado de la apropiación. En consecuencia, la primera ve la raíz del fenómeno fuera de la producción (de ahí los ataques generales de Sismondi, por ejemplo, contra los clásicos, a quienes acusa de hacer caso omiso del consumo y ocuparse sólo de la producción); la segunda la ve precisamente en las condiciones de la producción. Dicho en forma más breve: la primera explica las crisis por el subconsumo; la segunda, por la anarquía en la producción. Así, aunque las dos tratan de explicar las crisis por una *contradicción* en el propio régimen económico, divergen por completo al señalar el carácter de la misma. Pero cabe preguntarse: ¿la segunda teoría niega la existencia de una contradicción entre la producción y el consumo, niega el subconsumo? *Es evidente que no*. Reconoce plenamente este hecho, pero la pone en su lugar considerándola como un hecho secundario que concierne a un sector de la producción capitalista. Enseña que ese hecho no puede explicar las crisis, puesto que éstas son provocadas por una contradicción más profunda y fundamental del actual sistema económico: la que existe entre el carácter social de la

[6] La doctrina según la cual en la economía capitalista el producto total está compuesto de dos partes llevó, a A. Smith y a los economistas posteriores a él, a una interpretación errónea de "la acumulación del capital individual”. Ellos enseñaron que la parte acumulada de la ganancia se gasta íntegramente en el salario, cuando en realidad se gasta: 1] en capital constante y 2] en salario. También Sismondi repite este error de los clásicos.

producción y el carácter privado de la apropiación. ¿Qué decir, entonces, de aquellos que profesando en el fondo la primera teoría, sostienen para defenderse que los representantes de la segunda comprueban la existencia de una contradicción entre la producción y el consumo? Resulta evidente que dichas personas *no han reflexionado* acerca de lo que diferencia en esencia a esas dos teorías, y no comprendieron debidamente la segunda.

290

A esa categoría de personas pertenece, por ejemplo, al señor N.-on. (sin hablar ya del señor V. V.). En nuestra literatura, el señor TugánBaranovski ya ha reconocido en ellos a discípulos de Sismondi (*Las crisis industriales*, p. 477, e hizo esta extraña salvedad al referirse al señor N.-on.: “al parecer”). Sin embargo, el señor N.-on., al tratar de la “reducción del mercado interior” y la “disminución de la capacidad de consumo del pueblo” (puntos centrales de su concepción), se remite a los representantes de la segunda teoría, que comprueban la existencia de la contradicción entre la producción y el consumo, o sea, la existencia del subconsumo. Se comprende que estas referencias sólo sirven para mostrar la capacidad característica de este autor, de traer a colación citas fuera de lugar, y nada más. Por ejemplo, todos los lectores que conocen sus *Reseñas* recordarán seguramente esta “cita”: "Los obreros, como compradores de mercancías, revisten importancia para el mercado, pero considerados como vendedores de su propia mercancía —la fuerza de trabajo—, la sociedad capitalista tiene la tendencia a reducir su precio al mínimo” (*Reseñas*, p. 178); recordarán también que el señor N.-on. quiere asimismo deducir de ello la “reducción del mercado interno'' (*ibid*., pp. 203 *ss*.), y las crisis (pp. 298 ss.). Pero al citar dicho pasaje (que nada prueba, como ya lo explicamos), nuestro autor, además, omite el final de la nota de la cual extrajo la cita. Esa nota se refiere a una *observación introducida en el manuscrito* de la sección II del tomo II de *El capital*. Se la había introducido “con el fin de desarrollarla en el futuro”, y el editor del manuscrito la colocó en las notas. *En esa nota, después de las palabras citadas, se dice: “Sin embargo, el estudio de esto corresponde a la sección siguiente”*,[7] o sea, a la tercera. ¿Y qué sección es ésa? Pues precisamente la que contiene la crítica de la teoría de A. Smith acerca de las dos partes del producto global de la sociedad (junto con la opinión arriba citada sobre Sismondi), y el análisis “de la reproducción y circulación del capital global de la sociedad”, es decir, de la realización del producto. Así, en apoyo de

[7] *Das Kapital*, II Band, S. 304. Traducción rusa, p. 232. La cursiva es nuestra, [Véase, K. Marx, *op. cit*., t. II, vol. 4, sec. II, p. 387. [E.]]

sus concepciones, que no son más que una repetición de las de Sismondi, nuestro autor cita la nota que se refiere "sólo a la sección" en la que se refuta a Sismondi: "sólo a la sección" en que se muestra que los capitalistas *pueden* realizar el plusvalor, y que incluir el comercio exterior en el análisis de la realización, es un absurdo...

Otra tentativa de borrar la diferencia entre las dos teorías y defender los viejos trastos románticos mediante referencias a las doctrinas modernas, es la contenida en el artículo de Efrussi. Al referirse a la teoría de las crisis de Sismondi, aquél señala su falsedad (*Rússkoie Bogatstvo*, núm. 7, p. 162).

291

Sus indicaciones son en extremo vagas y contradictorias. Por un lado repite los argumentos de la teoría contraria, y dice que la demanda nacional no se reduce a los artículos de consumo inmediato. Por el otro afirma que la explicación de las crisis dada por Sismondi "sólo pone de manifiesto una de las muchas circunstancias que dificultan la distribución de la producción nacional en consonancia con la demanda de la población y su poder adquisitivo". ¡En consecuencia, se invita al lector a creer que es "en la distribución" donde hay que buscar la explicación de las crisis y que el error de Sismondi consiste sólo en no haber señalado todas las causas que dificultan dicha distribución! Pero esto no es lo principal... "Sismondi —dice Efrussi— no se detuvo en la explicación citada. Ya en la primera edición de *Nouveaux Principes* encontramos un capítulo sumamente instructivo, bajo el título de *De la connaissance du marché* [Sobre el conocimiento del mercado). En este capítulo nos descubre las causas fundamentales de la ruptura del equilibrio entre la producción y el consumo [¡obsérvese esto!], con una claridad que encontramos en muy pocos economistas." (*Ibid*.) Y después de citar algunos pasajes para mostrar que el fabricante no puede conocer el mercado, Efrussi dice: "Casi lo mismo sostiene Engels" (p. 163), tras lo cual viene una cita en la que se dice que el fabricante no puede conocer la demanda. Cita luego algunos pasajes más, en los que se habla de "otras trabas para el establecimiento del equilibrio entre la producción y el consumo" (p. 164). ¡Efrussi nos asegura que "en ellas hallamos la explicación de las crisis, explicación que se impone cada vez más"! Más aún: considera que, "en cuanto a las causas de las crisis en la economía nacional, se puede considerar a Sismondi, con todo derecho, como el padre de las concepciones que posteriormente fueron desarrolladas con más consecuencia y mayor claridad" (p. 168).

¡Con todo esto, Efrussi pone de manifiesto su completa

incomprensión del problema! ¿Qué son las crisis? Superproducción, producción de mercancías que no pueden ser realizadas, que no encuentran demanda. Si las mercancías no tienen demanda significa que el fabricante, al producirlas, no conocía la demanda. Cabe preguntarse ahora; ¿acaso señalar esta condición de su posibilidad significa dar una explicación de las crisis? ¿Es que Efrussi no comprende la diferencia que media entre señalar la posibilidad de un fenómeno y explicar su necesidad? Sismondi dice; las crisis son posibles debido a que el fabricante desconoce la demanda; son necesarias, pues en la producción capitalista no puede haber equilibrio entre producción y consumo (es decir, que el producto no puede ser realizado). Engels dice: las crisis son posibles dado que el fabricante desconoce la demanda; y son necesarias, pero no porque en general el producto no pueda ser realizado. Esto no es exacto: el producto puede ser realizado. Son necesarias porque el carácter colectivo de la producción entra en contradicción con el carácter individual de la apropiación. ¡Y he aquí que aparece un economista afirmando que Engels "sostiene casi lo mismo", que Sismondi “da la misma explicación de las crisis”! “Me extraña por ello —escribe Efrussi— que el señor Tugán-Baranovski [...] haya perdido de vista lo más importante y valioso de la teoría de Sismondi” (p. 168).

292

Pero el hecho es que el señor Tugán-Baranovski nada perdió de vista.[8] Por el contrario, señaló con toda precisión la contradicción fundamental a que conduce la nueva teoría (p. 455 y otras) y puso en claro la significación de Sismondi, quien con anterioridad había señalado esa contradicción, cuya manifestación son las crisis, pero de la que no supo dar la explicación acertada (p. 457: con anterioridad a Engels, Sismondi señaló que las crisis provienen de la actual organización de la economía: p. 491: Sismondi expuso las condiciones que hacen posibles las crisis, pero “no todas las posibilidades se realizan necesariamente”). Pero Efrussi no ha comprendido absolutamente nada, y luego de meter todo en un mismo saco, ¡"se extraña” de encontrarse en una confusión! “Es cierto —dice el economista de *Rússkoie Bogatstvo*— que no encontramos en Sismondi las expresiones que actualmente han adquirido en todas partes derecho de ciudadanía, tales como la 'anarquía de la producción’, ‘ausencia de plan en la producción ’, pero lo esencial que se oculta bajo estas expresiones es señalado por él con toda claridad”

---

[8] En *El desarrollo del capitalismo* (pp. 16 y 19) (véase V. I. Lenin, *op. cit*., tomo III, cap. I, § VI. E.) ya señalé las inexactitudes y errores del señor TugánBaranovski, que lo llevaron después a pasarse enteramente al campo de los economistas burgueses.

(p. 168). ¡Con qué facilidad restaura el romántico moderno al romántico de los tiempos pasados! ¡Todo se reduce a una diferencia de términos! En realidad, es indudable que Efrussi no comprende el sentido de las palabras que repite. "Anarquía de la producción", "ausencia de plan en la producción": ¿de qué nos hablan estas expresiones? Pues de la contradicción entre el carácter social de la producción y el carácter individual de la apropiación. Y preguntamos a cualquiera que conozca la literatura económica que estamos analizando: Sismondi o Rodbertus, ¿reconocían esa contradicción? ¿Deducían de ella las crisis? No, no las deducían ni podían deducirlas, porque *ninguno de ellos comprendía en absoluto dicha contradicción.* Les era totalmente ajena la idea de que la crítica del capitalismo no puede basarse en frases sobre el bienestar general,[9] o la anomalía de la "circulación abandonada a su propia suerte"[10] sino en el carácter de la evolución de las relaciones de producción.

293

Nos damos cuenta cabal de por qué nuestros románticos rusos hacen tantos esfuerzos para borrar las diferencias entre estas dos teorías sobre las crisis. Es que con ellas se hallan vinculadas, de la manera más íntima y directa, posiciones diferentes, desde el punto de vista de los principios, respecto del capitalismo. En efecto: si explicamos las crisis por la imposibilidad de realizar los productos, por la contradicción entre la producción y el consumo, llegamos a la negación de la realidad, de la conveniencia del camino seguido por el capitalismo, declaramos que éste es "falso" y emprendemos la búsqueda de "otros caminos". Si derivamos las crisis de aquella contradicción, tenemos que pensar que, cuanto más se desarrolla, *tanto más difícil* será encontrarle una salida. Y ya vimos con cuánta ingenuidad expresó Sismondi precisamente esa opinión, al decir que si el capital se acumula con lentitud, el capitalismo es soportable; pero resulta insoportable si lo hace con rapidez. Por el contrario, si explicamos las crisis por la contradicción entre el carácter social de la producción y el carácter individual de la apropiación reconocemos con ello la realidad y el carácter progresista del camino capitalista, y rechazamos, por considerarlo romanticismo absurdo, la búsqueda de "otros caminos". Con eso reconocemos que cuanto más se desarrolla dicha contradicción, *más fácil* es encontrarle una salida, y que tal

[9] Véase Sismondi, *loc. cit.,* I, 8.

[10] Rodbertus. Anotemos, de paso, que Bernstrin, restaurando en general los prejuicios de la economía burguesa, introdujo confusión también en este problema, al afirmar que la teoría de las crisis de Marx no difiere mucho, que digamos, de la de Rodbertus (*Die Vorausselzungen*, ... Stuttgart, 1889, p. 67), [E. Bernstein, *Premisas*, etc., Stuttgart, 1889, p. 67. E.J, y que Marx se contradice al reconocer en el subconsumo de las masas la causa final de las crisis.

salida consiste precisamente en el desarrollo del régimen establecido.

Como el lector ve, también aquí nos encontramos con diferentes “puntos de vista"...

Es muy natural que nuestros románticos busquen confirmaciones teóricas para sus concepciones. Es muy natural que las busquen entre los trastos viejos que en Europa occidental fueron abandonados ya hace mucho tiempo, y es muy natural que, al darse cuenta de esto, traten de restaurar dichos trastos, ora embelleciendo a los románticos de Europa occidental, ora introduciendo el romanticismo so capa de citas tergiversadas y fuera de lugar. Pero se equivocan de medio a medio si creen que semejante contrabando puede pasar inadvertido.

Para terminar con la exposición de la doctrina teórica *fundamental* de Sismondi, y con las principales conclusiones teóricas que extrae de ella, tenemos que hacer un pequeño agregado que se refiere nuevamente a Efrussi. En otro artículo suyo sobre Sismondi (continuación del primero), dice: “Más interesantes aún [en comparación con la doctrina sobre la renta del capital] son los puntos de vista de Sismondi sobre las diferentes clases de rentas” (*Rússkoie Bogatstvo*, núm. 8, p. 42). Según él, Sismondi lo mismo que Rodbertus, divide la renta nacional en dos partes: “una va a parar a los propietarios de la tierra y de los medios de producción, la otra a los representantes del trabajo” (*ibid*). Siguen citas en las que Sismondi habla de la división, no sólo de la renta nacional, sino también de todo el producto: “La producción anual, o el resultado de todos los trabajos efectuados por el pueblo durante un año, también está compuesta de dos partes”, etc. (*Nouveaux Principes*, I, 105, citado en la revista *Rússkoie Bogatstvo*, núm. 8, p. 43). "Los pasajes citados —concluye nuestro economista— prueban con claridad que Sismondi ha asimilado plenamente [!] la clasificación de la renta nacional que desempeña un papel tan importante entre los economistas modernos, a saber: la división de la renta nacional en renta basada en el trabajo y en renta que no proviene del trabajo. Aun cuando, en general, los puntos de vista de Sismondi sobre la renta no son siempre claros y precisos, se trasluce en ellos la conciencia de la diferencia que existe entre la renta de la economía privada, y la de la economía nacional” (p. 43).

El pasaje citado —respondemos nosotros— prueba que Efrussi ha asimilado perfectamente la sabiduría de los manuales alemanes; pero no obstante ello (o quizá precisamente gracias a eso) perdió por completo de vista la dificultad teórica del problema de la diferencia entre renta nacional y renta individual. Se expresa de manera poco

cautelosa. Hemos visto que en la primera parte de su artículo califica de “economistas modernísimos” a los teóricos de una escuela determinada. El lector puede suponer, con razón, que también esta vez se refiere a ellos. Pero en realidad se refiere a algo completamente distinto. Los modernísimos economistas son ahora los "socialistas de cátedra” alemanes. Para defender a Sismondi, el autor aproxima su teoría a la doctrina de éstos ¿En qué consiste la doctrina de esas “modernísimas” autoridades de Efrussi? Sencillamente en que la renta nacional se divide en dos partes.

¡Pero ésa es la teoría de Adam Smith, y de ninguna manera la de los "economistas modernísimos”! Al dividir el ingreso en salario, ganancia y renta (libro I, cap. VI, *Las riquezas de las naciones*; libro II, cap. II), A. Smith contraponía las dos últimas al primero como ingreso no proveniente del trabajo, y las llamaba descuento del trabajo (libro I, cap. VIII) y combatía la opinión según la cual la ganancia es ese mismo salario abonado por un trabajo de tipo especial (libro I, cap. VI). Tanto Sismondi como Rodbertus, al igual que los “modernísimos” autores alemanes de manuales, no hacen más que repetir esta doctrina de A. Smith. La diferencia entre ellos reside sólo en que A. Smith era consciente de que no había logrado desglosar totalmente la renta nacional del producto nacional; renía conciencia de que se contradecía al excluir del último el capital constante (según la terminología actual), que incluía sin embargo en el producto individual. En cambio, los economistas “modernísimos”, al repetir el error de A. Smith, se limitan a envolver su teoría en una forma más grandilocuente ("la clasificación de la renta nacional”), pues han perdido conciencia de la contradicción ante la cual se detuvo A. Smith. Estos procedimientos podrán ser muy eruditos, pero nada tienen de científicos.

296

EL DESARROLLO DEL CAPITALISMO EN RUSIA

[EXTRACTOS] *

* De la clásica obra de Lenin transcribimos aquí los parágrafos 4, 6, 8, 9 del capítulo I y el parágrafo 5 del capítulo VIII (*El desarrollo del capitalismo en Rusia*, Moscú, Editorial Progreso, 1974).

1. LA TEORÍA POPULISTA DE LA IMPOSIBILIDAD DE REALIZAR EL PLUSVALOR

Otra cuestión en la teoría del mercado interior estriba en lo siguiente. Sabido es que el valor del producto en la producción capitalista se descompone en tres parres: 1] la primera compensa el capital constante, es decir, el valor que ya antes existía en forma de materias primas y materiales auxiliares, máquinas e instrumentos de producción, etc., y que sólo se reproduce en determinada parre del producto fabricado; 2] la segunda parte compensa el capital variable, es decir, cubre el sustento del obrero, y, finalmente, 3] la tercera parte constituye el plusvalor perteneciente al capitalista. De ordinario se acepta (exponemos la cuestión de acuerdo con los señores N.-on. y V. V.) que la realización (es decir, el hallar un equivalente adecuado, la venta en el mercado) de las dos primeras partes no ofrece dificultades, pues la primera va a parar a la producción y la segunda se destina al consumo de la clase obrera. Pero ¿cómo se realiza la tercera parte, el plusvalor? ¡No puede ser consumido enteramente por los capitalistas! Y nuestros economistas llegan a la conclusión de que la “salida de la dificultad” para realizar el plusvalor es la “adquisición de mercado exterior” (N.-on., *Ensayos*, sec. II, § XV en general y p. 205 en particular; V. V., "El sobrante de mercancías en el abastecimiento del mercado", en *Otéchesluennie Zapiski* de 1883 y *Ensayos de economía teórica*, San Petersburgo, 1895, p. 179 y siguientes). La necesidad del mercado exterior para una nación capitalista la explican los mencionados escritores alegando que de otro modo los capitalistas no pueden realizar los productos. El mercado interior se reduce en Rusia a consecuencia de la ruina de los campesinos y como resultado de la imposibilidad de realizar el plusvalor sin mercado exterior, y este último es inaccesible a un país joven, que entra demasiado tarde en el camino del desarrollo capitalista; ¡de ahí que la falta de base y vitalidad del capitalismo ruso se considere demostrada con el solo apoyo de consideraciones apriorísticas (y, además, teóricamente falsas)!

297

Al hacer consideraciones acerca de la realización, el Sr. N.-on. tuvo, al parecer, en cuenta la doctrina de Marx al particular (aunque no lo menciona ni una sola vez en este lugar en sus *Ensayos*), pero no la comprendió en absoluto y la deformó hasta lo desconocido, como ahora veremos. Por eso ha ocurrido una cosa tan curiosa como que sus opiniones coincidan en todo lo fundamental con los puntos de vista del Sr. V. V., a quien en modo alguno puede acusársele de ‘‘incomprensión’’ de la teoría, pues constituiría la mayor de las injusticias sospechar en él el más mínimo conocimiento de la misma. Ambos autores exponen sus doctrinas como si fuesen los primeros en hablar de esta materia, llegando “con su propia inteligencia’’ a ciertas soluciones; ambos pasan por alto de la manera más majestuosa las consideraciones de los viejos economistas sobre el particular y ambos repiten los viejos errores, refutados del modo más circunstanciado en el II tomo de *El capital*.[1] Ambos autores reducen todo el problema de la realización del producto a la realización del plusvalor, imaginándose, por lo visto, que la realización del capital constante no ofrece dificultades. Ese ingenuo concepto encierra el más profundo error, del que se derivan todos los restantes errores de la doctrina populista de la realización. En efecto, la dificultad de explicar la realización estriba precisamente en cómo explicar la realización del capital constante. Para ser realizado, el capital constante debe ser empleado de nuevo en la producción y ello es factible de manera inmediata sólo para el capital cuyo producto consiste en medios de producción. Si el producto que compensa la parte constante del capital está formado por artículos de consumo, es imposible su reversión directa a la producción, es preciso el intercambio entre la subdivisión de la producción social que fabrica medios de producción y la que fabrica artículos de consumo. En este punto reside justamente toda la dificultad de la cuestión, que no ha sido advertida por nuestros economistas. El Sr. V. V. se imagina la cosa como si el objetivo de la producción capitalista no fuese la acumulación, sino el consumo, lanzándose a profundas consideraciones de que "a manos de la minoría llega una masa de objetos materiales superior a la capacidad de consumo del organismo” (*sic*!) "en el momento dado de su desarrollo” (*op. cit*., p. 149), de que "no es la modestia y la

[1] Es especialmente asombroso a este respecto la audacia del Sr. V. V., superior a todos los límites de lo admisible en las lides literarias. Después de exponer su doctrina y de manifestar un completo desconocimiento del segundo tomo de *El capital*, que trata justamente de la realización, el Sr. V. V. declara a renglón seguido, sin pararse en barras, que "ha utilizado para sus concepciones” ¡¡precisamente la teoría de Marx!! (*Ensayos de economía teórica, ensayo ni. La ley capitalista* (sic. !?!) *de la producción, distribución y consumo*, p. 162).

abstinencia de los fabricantes lo que sirve de causa al exceso de productos, sino la limitación o insuficiente elasticidad del organismo humano (!!), que no logra ampliar su capacidad de consumo con la misma rapidez con que crece el plusvalor” (*ibid*., 161).

298

El Sr. N.-on. se esfuerza por presentar la cosa como si no considerase el consumo el objetivo de la producción capitalista, como si tomara en cuenta el papel e importancia de los medios de producción en el problema de la realización, pero, en realidad, no ha comprendido en absoluto el proceso de circulación y reproducción de todo el capital social y se ha embrollado en numerosas contradicciones. No nos detendremos a examinarlas todas con detalle (pp. 203-205 de los *Ensayos* del Sr. N.-on.); es un trabajo demasiado ingrato (en parte cumplido ya por el Sr. Bulgákov[2] en su libro *Los mercados en la producción capitalista*, Moscú, 1897, pp. 287-245); además, para comprobar este juicio que nos merecen las consideraciones del Sr. N.-on. basta con examinar su deducción final: que el mercado exterior constituye la salida de la dificultad de realizar el plusvalor. Esa deducción del Sr. N.-on. (en el fondo repetición simple de la del Sr. V. V.) muestra del modo más patente que no ha comprendido en absoluto ni la realización del producto en la sociedad capitalista (es decir, la teoría del mercado interior), ni el papel del mercado exterior. En efecto, ¿hay siquiera una partícula de sentido común en el hecho de llevar el mercado exterior al problema de la “realización”? El problema de la realización estriba en cómo encontrar para cada parte del producto capitalista, por su valor (capital constante, capital variable y plusvalor) y por su forma material (medios de producción, artículos de consumo, en particular artículos de primera necesidad y de lujo), otra parte del producto que la sustituya en el mercado. Claro es que en este caso debe hacerse abstracción del comercio exterior, pues el incluirlo no hace avanzar ni un ápice la solución del problema; no hace más que postergarlo, planteándolo con relación a varios países en lugar de hacerlo con relación a uno solo. El mismo Sr. N.-on., que ha encontrado en el comercio exterior la “salida de la dificultad” para realizar el plusvalor, razona, por ejemplo, con respecto al salario, de la manera siguiente: con la parte del producto anual que en forma de salario reciben los productores directos, los obreros, "sólo puede retirarse de la

[2] No estará de más recordar al lector contemporáneo que el Sr. Bulgákov, lo mismo que los señores Struve y Tugán-Baranovski, citados a menudo más abajo, se afanaban en 1899 por ser marxistas. Ahora todos ellos se han transformado tranquilamente de "críticos de Marx” en vulgares economistas burgueses.

circulación una parte de medios de subsistencia que por su valor equivalga a la suma total de los salarios". Surge la pregunta: ¿de dónde sabe nuestro economista que los capitalistas de un país dado van a producir precisamente tantos medios de subsistencia y precisamente de tal calidad que puedan ser realizados por el salario? ¿De dónde sabe que, en este caso, sea posible pasarse sin mercado exterior? Está claro que no puede saberlo, que ha descartado sencillamente la cuestión ael mercado exterior, pues en las consideraciones acerca de la realización del capital variable lo importante es la sustitución de una parte del producto por otra, y en modo alguno tiene importancia si esa sustitución tendrá lugar dentro de un país o dentro de dos. Sin embargo, cuando se trata del plusvalor, renuncia a esa premisa necesaria y en lugar de resolver la cuestión se aparta sencillamente de ella hablando del mercado exterior. La venta misma del producto en el mercado exterior requiere ser explicada, es decir, que se encuentre un equivalente para la parte del producto a vender, que se encuentre otra parte del producto capitalista capaz de sustituir a la primera. Por eso dice Marx que "se lo debe abstraer por entero" al mercado exterior, el comercio exterior, cuando se examina el problema de la realización, pues la "introducción del comercio exterior en el análisis del valor del producto reproducido anualmente, pues, sólo puede confundir, sin contribuir con ningún factor nuevo ni al problema ni a su solución" (*Das Kapital*, II, 469 [*El capital*, II/5, p. 573]). Los señores V. V. y N.-on. se imaginaban haber emitido un profundo juicio de las contradicciones del capitalismo al señalar las dificultades para realizar el plusvalor. En realidad, han enjuiciado las contradicciones del capitalismo de manera en extremo superficial, pues si se habla de "dificultades" de la realización, de las crisis que con este motivo surgen, etc., es preciso reconocer que esas "dificultades", además de posibles, son necesarias con respecto a todas las partes del producto capitalista y en modo alguno con respecto sólo al plusvalor. Las dificultades de ese género, dependientes de la falta de proporcionalidad en la distribución de las distintas ramas de la producción, brotan constantemente no sólo al realizar el plusvalor, sino también al realizar el capital variable y el constante: no sólo en la realización del producto en artículos de consumo, sino también en medios de producción. Sin "dificultades" de este género y sin crisis en general no puede existir la producción capitalista, producción de productores aislados para el mercado mundial, desconocido por ellos.

2. LA TEORÍA DE LA REALIZACIÓN DE MARX

300

De lo arriba expuesto se desprende lógicamente que las premisas fundamentales sobre las que se alza la teoría de Marx están constituidas por las dos tesis siguientes. Primera: todo el producto de un país capitalista, al igual que el producto aislado, consta de las tres partes siguientes: 1] capital constante, 2] capital variable y 3] plusvalor. Para quien conozca el análisis que del proceso de la producción del capital hace Marx en el primer tomo de *El capital*, esta tesis se sobrentiende. Segunda tesis: es preciso diferenciar dos grandes secciones de la producción capitalista: la producción de medios de producción, de artículos que sirven para el consumo productivo, es decir, para emplearlos en la producción, y que no los consumen los hombres, sino el capital (primera sección), y la producción de artículos de consumo, es decir, de artículos destinados al consumo personal (segunda sección). "En esta sola división hay más sentido teórico que en todas las controversias anteriores relativas a la teoría de los mercados” (Bulgákov, *op. cit*., 27). Cabe preguntar por qué es necesaria semejante división de los productos según su forma natural precisamente ahora, al analizar la reproducción del capital social, cuando el análisis de la producción y reproducción del capital individual ha podido prescindir de ella, dejando por completo a un lado lo relativo a la forma natural del producto. ¿Con qué fundamento podemos introducir la cuestión de la forma natural del producto en la investigación teórica de la economía capitalista, asentada por completo en el valor de cambio del producto? Ello es porque al analizar la producción del capital individual se prescindió de la cuestión de dónde y cómo será vendido el producto, de dónde y cómo serán adquiridos los artículos de consumo por los obreros y los medios de producción por los capitalistas, como algo que no proporcionaba nada para este análisis y que no tenía que ver con él. En aquel caso debía ser examinada sólo la cuestión del valor de los elementos de la producción por separado y del resultado de ésta. Ahora, en cambio, el problema estriba precisamente en esto: ¿de dónde tomarán los obreros y capitalistas los artículos de su consumo?, ¿de dónde tomarán los últimos los medios de producción?, ¿de qué manera el producto obtenido cubrirá todas estas demandas y permitiría ampliar la producción? No encontramos aquí sólo, por consiguiente, la "reposición del valor, sino también le reposición de la forma natural del producto” (*Stoffersatz*. — *Das*

Kapital, II, 389);[3] por ello es absolutamente imprescindible la diferenciación de los productos, que desempeñan un papel del todo heterogéneo en el proceso de la economía social.

Una vez tenidas en cuenta estas tesis fundamentales, el problema de la realización del producto social en la sociedad capitalista no ofrece ya dificultades. Supongamos, al principio, la reproducción simple, es decir, la repetición del proceso de producción en la medida anterior, la ausencia de acumulación. Es evidente que el capital variable y el plusvalor de la segunda sección (existentes en forma de artículos de consumo) se realizan por el consumo personal de los obreros y capitalistas de esa sección (pues la reproducción simple supone que se consume todo el plusvalor y que ninguna parte de él se transforma en capital).

301

Sigamos: el capital variable y el plusvalor, existentes en forma de medios de producción (primera sección), deben ser, para su realización, cambiados por artículos de consumo para los capitalistas y obreros ocupados en preparar los medios de producción. Por otra parte, tampoco el capital constante, existente en forma de artículos de consumo (segunda sección), puede ser realizado más que por el cambio en medios de producción para emplearse de nuevo en la producción al año siguiente. De esta manera se obtiene el cambio del capital variable y del plusvalor contenidos en los medios de producción por capital constante en artículos de consumo: los obreros y capitalistas (en la sección de los medios de producción) obtienen así los medios de subsistencia, y los capitalistas (en la sección de artículos de consumo) venden su producto y obtienen capital constante para la nueva producción. Dentro de la reproducción simple, estas partes que se intercambian deben ser iguales entre sí: la suma del capital variable y del plusvalor contenidos en los medios de producción debe equivaler al capital constante en artículos de consumo. Por el contrario: si suponemos la reproducción en medida creciente, es decir, la acumulación, la primera magnitud debe ser mayor que la segunda, porque debe disponerse de un sobrante de medios de producción para comenzar la *nueva* producción. Volvamos, sin embargo, a la reproducción simple. Nos había quedado aún sin realizar una parte del producto social: el capital constante contenido en los medios de producción. Éste se realiza en parte mediante el intercambio entre los capitalistas de la misma sección (por ejemplo, la hulla se cambia por hierro, pues cada uno de estos productos sirve de

[3] *El capital*, cit., tomo II, vol. 5, p. 482 [E.]

material o de instrumento necesario en la producción del otro), y en parte mediante su empleo directo en la producción (la hulla, por ejemplo, extraída para consumirse en la misma empresa a fin de extraer más hulla; las semillas en la agricultura, etc.). Por lo que se refiere a la acumulación, su punto de partida es, como hemos visto, el sobrante de medios de producción (que se toman del plusvalor de los capitalistas de esta sección), el cual requiere también la transformación en capital de parte del plusvalor contenido en los artículos de consumo. Consideramos superfluo el examen detallado de cómo esta producción suplementaria se une a la reproducción simple. No nos proponemos un examen especial de la teoría de la realización, y es suficiente lo dicho para aclarar el error de los economistas populistas y para permitirnos extraer ciertas conclusiones teóricas sobre el mercado interior.[4]

302

Con respecto al problema del mercado interior, que es el que nos interesa, la deducción principal de la teoría de la realización de Marx es la siguiente: el crecimiento de la producción capitalista y, por consiguiente, del mercado interior no se efectúa tanto a cuenta de los artículos de consumo como a cuenta de los medios de producción. Dicho con otras palabras, el crecimiento de los medios de producción aventaja al crecimiento de los artículos de consumo. Efectivamente: hemos visto que el capital constante en los artículos de consumo (segunda sección) se cambia por capital variable + plusvalor en los medios de producción (primera sección). Pero, según la ley general de la producción capitalista, el capital constante crece con más rapidez que el variable. Por consiguiente, el capital constante contenido en los artículos de consumo debe crecer con más rapidez que el capital variable y el plusvalor contenidos en los mismos artículos, mientras que el capital constante en los medios de producción debe crecer con la mayor rapidez, aventajando tanto el aumento del capital variable (+ el plusvalor) en los medios de producción como al del capital constante en los artículos de consumo. La sección de la producción

[4] Véase *Das Kapital*, II. Band, III, Abschn. [*El capital*, tomo II, sección III. (E.)], donde se investiga de manera detallada la acumulación, la división de los artículos de consumo en artículos de primera necesidad y de lujo, la circulación monetaria, el desgaste del capital fijo, etc. Para el lector que no tenga posibilidad de acudir al tomo II de *El capital* puede recomendarse la exposición de la teoría marxista de la realización que figura en el libro del Sr. S. Bulgákov antes citado. La exposición del Sr. Bulgákov es más satisfactoria que la del Sr. Tugán-Baranovski (*Las crisis industriales*, pp. 407-438), quien se ha apartado con muy poco acierto de Marx al construir sus esquemas y ha explicado insuficientemente la teoría de Marx; también es más satisfactoria que la exposición del Sr. A. Skvortsov (*Fundamentos de la economía política*, San Petersburgo, 1898, pp. 281-295), quien mantiene opiniones erróneas con respecto a cuestiones muy importantes de la ganancia y la renta.

social que fabrica medios de producción debe, por consiguiente, crecer con más rapidez que la que produce artículos de consumo. De esta manera, el crecimiento del mercado interior para el capitalismo es, hasta cierto grado, “independiente” del crecimiento del consumo personal, verificándose más a cuenta del consumo productivo. Sería, sin embargo, erróneo comprender esa "independencia" en el sentido de que el consumo productivo se halla desligado por completo del personal: el primero puede y debe crecer con más rapidez que el segundo (a ello se reduce su “independencia"), pero se comprende que, en fin de cuentas, el consumo productivo queda siempre ligado al personal. Marx dice al particular:

> Hemos visto (libro II, sec. III) que se efectúa una circulación ininterrumpida entre capital constante y capital constante... [Marx se refiere al capital constante en los medios de producción que se realiza a través del cambio entre los capitalistas de esta misma sección] una circulación que es independiente, en primera instancia, del consumo individual en la medida en que nunca entra en el mismo, pero no obstante se halla limitada por éste, en fin de cuentas, debido a que la producción de capital constante jamás tiene lugar por sí misma, sino sólo porque se necesita más capital constante en aquellas esferas de la producción cuyos productos entran en el consumo individual (*Das Kapital*, III, 1, 289 [en esp., III/6, p. 390]).[303]

Este mayor empleo de capital constante no es otra cosa que una mayor altura del desarrollo de las fuerzas productivas expresada en términos del valor de cambio, pues la parte principal de los “medios de producción”, que se desarrollan rápidamente, está formada por materiales, máquinas, instrumentos, edificios e instalaciones de toda clase para la gran industria y, especialmente, para la industria maquinizada. Por ello es del todo lógico que, al desarrollar las fuerzas productivas de la sociedad, al crear una gran producción y una industria maquinizada, la producción capitalista se distinga también por una ampliación particular del sector de la riqueza social que forman los medios de producción...

> Lo que aquí [es decir, en la preparación de medios de producción] distingue del salvaje a la sociedad capitalista no es, como se figura Sénior, que el primero goce del privilegio y ostente el atributo de gastar durante cierto tiempo su trabajo sin que éste le proporcione frutos a los que se pueda resolver (convertir) en rédito, esto es, en medios de consumo; la

diferencia estriba en lo siguiente:

> a] La sociedad capitalista emplea una parte más considerable de su trabajo anual disponible en producir medios de producción (ergo, en producir capital constante), los cuales no se pueden resolver en rédito ni bajo la forma del salario ni bajo la del plusvalor, sino que pueden únicamente funcionar como capital.
>
> b] Cuando el salvaje hace arcos, flechas, martillos de piedra, hachas, cestos, etc., tiene clara conciencia que el tiempo así empleado no lo ha dedicado a producir medios de consumo, que ha satisfecho su necesidad de medios de producción y nada más (*Das Kapital*, II, 436).[5]

Esta "clara conciencia" de su relación con la producción se ha perdido en la sociedad capitalista como consecuencia del fetichismo a ella inherente, que representa las relaciones sociales de los hombres como relaciones de productos, resultado de la transformación de cada producto en mercancía producida para un consumidor desconocido y que debe realizarse en un mercado desconocido. Y como al patrono le es del todo indiferente el género del objeto que produce —todo producto proporciona "ingresos"—, este punto de vista superficial, individual, fue asimilado por los teóricos de la economía con relación a la sociedad en su conjunto, e impidió comprender el proceso de reproducción de todo el producto social en la economía capitalista.

304

El desarrollo de la producción (y, por consiguiente, del mercado interior) a cuenta más que nada de los medios de producción parece algo paradójico y constituye, indudablemente, una contradicción. Es una auténtica "producción para la producción" la ampliación de la producción sin la correspondiente ampliación del consumo. Pero esto no es una contradicción de la doctrina, sino de la vida real; es, precisamente, una contradicción que corresponde a la naturaleza misma del capitalismo y a las restantes contradicciones de este sistema de economía social. Justamente esa ampliación de la producción sin la adecuada ampliación del consumo corresponde a la misión histórica del capitalismo y a su estructura social específica: la primera estriba en el desarrollo de las fuerzas productivas de la sociedad; la segunda excluye la utilización de estas conquistas técnicas por la masa de la población. Entre la tendencia ilimitada a ampliar la producción, propia del capitalismo, y el limitado consumo de las masas populares (limitado en virtud de su estado proletario)

[5] *El capital*, cit., tomo II, vol. 5. p. 535. [E.]

hay, sin duda, una contradicción. Precisamente la deja sentada Marx en las tesis que los populistas aducen de buen grado como supuesta confirmación de sus puntos de vista con respecto a la reducción del mercado interior, al carácter no progresivo del capitalismo, etc., etc. He aquí algunas de esas tesis:

> Contradicción en el modo capitalista de producción: los obreros como compradores de mercancías son importantes para el mercado. Pero como vendedores de su mercancía —la fuerza de trabajo— la sociedad capitalista tiene la tendencia de reducirlos al mínimo del precio (*Das Kapital*, II, 303 [en esp. II/4, pp. 386-387]).
>
> Las condiciones de realización... están limitadas... por la proporcionalidad entre los diversos ramos de la producción y por la capacidad de consumo de la sociedad... Pero cuanto más se desarrolla la fuerza productiva, tanto más entra en conflicto con la estrecha base en la cual se fundan las relaciones de consumo (*ibid*., III, 1, 225-226 [en esp., III/6, pp. 313-314]).
>
> Los límites dentro de los cuales únicamente puede moverse la conservación y valorización de capital, las que se basan en la expropiación y empobrecimiento de la gran masa de los productores, esos límites entran, por ello, constantemente en contradicción con los métodos de producción que debe emplear el capital para su objetivo, y que apuntan hacia un aumento ilimitado de la producción, hacia la producción como un fin en sí mismo... Por ello, si el modo capitalista de producción es un medio histórico para desarrollar la fuerza productiva material y crear el mercado mundial que le corresponde, es al mismo tiempo la constante contradicción entre esta su misión histórica y las relaciones sociales de producción correspondientes a dicho modo de producción.[6] (III, 1, 232 [III/6, p. 321].)

305

> La razón última de todas las crisis reales sigue siendo la pobreza y la restricción del consumo de las masas en contraste con la tendencia de la producción capitalista a desarrollar las fuerzas productivas como si solamente la capacidad absoluta de consumo de la sociedad constituyese su límite (III, 2, 21 [III/7, p. 623].)

---

[6] Precisamente citó este párrafo el famoso (famoso a lo Eróstiato) Eduardo Bernstein en sus *Premisas del socialismo* (*Die Voraussetzungen, etc*., Stuttgart, 1899, p. 67). Se comprende, nuestro oportunista, que está volviendo del marxismo a la vieja economía burguesa, se apresuró a afirmar que eso constituía una contradicción en la teoría de las crisis de Marx, que ese punto de vista de Marx "no se diferencia mucho de la teoría de las crisis de Rodbertus". en realidad, sólo hay "contradicción" entre las pretensiones de Bernstein, por una parte, y su absurdo eclecticismo y falta de deseo de penetrar en la teoría de Marx, por otra. Hasta qué grado no ha comprendido Bernstein la teoría de la realización se ve por su razonamiento, en verdad curioso, de que el enorme aumento de la masa del plusproducto debe significar *necesariamente* un aumento del número de acomodados (o una elevación del bienestar de los obreros), pues los capitalistas mismos, vean ustedes, y sus "servidores" (*¡sic!* pp. 51-52) ¡¡no pueden "consumir" todo el plusproducto!!

En todas estas tesis se hace constar la indicada contradicción entre el ilimitado afán de ampliar la producción y el limitado consumo, y nada más.[7] No hay nada más absurdo que deducir de estos párrafos de *El capital* que Marx no admitía la posibilidad de realizar el plusvalor en la sociedad capitalista, que explicaba las crisis por el insuficiente consumo, etc. El análisis de la realización en Marx demuestra que "en fin de cuentas, la circulación entre capital constante y capital constante está limitada por el consumo personal", pero ese mismo análisis demuestra el verdadero carácter de dicha "limitación", demuestra que los artículos de consumo desempeñan en la formación del mercado interior un papel menor que los medios de producción. Fuera de ello, no hay nada más absurdo que deducir de las contradicciones del capitalismo su imposibilidad, su índole no progresiva, etc.; eso significa ponerse a cubierto de la realidad desagradable, pero evidente, en las alturas celestiales de los sueños románticos. La contradicción entre la tendencia a un ensanchamiento ilimitado de la producción y el consumo limitado no es la única del capitalismo, que, en general, no puede existir y desarrollarse sin contradicciones. Las contradicciones del capitalismo atestiguan su carácter históricamente transitorio, ponen en claro las condiciones y causas de su descomposición y transformación en la forma superior, pero en modo alguno excluyen la posibilidad del mismo ni su carácter progresivo en comparación con los sistemas precedentes de economía social.[8]

306

3. ¿POR QUÉ NECESITA MERCADO EXTERIOR UNA NACIÓN CAPITALISTA?

Con respecto a la teoría de la realización del producto en la sociedad capitalista antes expuesta puede surgir una pregunta: ¿no se contradice esta teoría con la tesis de que una nación capitalista no puede prescindir de mercados exteriores?

Es preciso recordar que el análisis aducido de la realización del producto en la sociedad capitalista partía del supuesto de la ausencia

[7] Es erróneo el criterio del Sr. Tugán-Baranovski, quien supone que al plantear Marx esas tesis, cae en contradicción con su propio análisis de la realización (Afir Bozhi, 1898, núm. 6, p. 123, en el artículo *El capitalismo y el mercado*). No hay ninguna contradicción en Marx, pues también en el análisis de la realización se señalan los lazos existentes entre el consumo productivo y el personal.

[8] Cf., *Para una caracterización del romanticismo económico* [véase *Escritos económicos*, Madrid, Siglo XXI, 1974, vol. 3].

de comercio exterior: más arriba fue ya señalado ese supuesto y demostrada su *necesidad* en ese análisis. Evidentemente, la importación y exportación de productos no hubiera hecho más que confundir la cosa, sin ayudar lo más mínimo a explicar el asunto. El error de los señores V. V. y N.-on. estriba precisamente en que aducen el mercado exterior *para explicar* la realización del plusvalor: sin aclarar nada en absoluto, esa referencia al mercado exterior no hace más que encubrir sus errores teóricos; eso por una parte. Por otra, les permite librarse, con auxilio de esas equivocadas "teorías", de la necesidad de explicar el hecho del desarrollo del mercado interior para el capitalismo ruso. [9] El "mercado exterior" es simplemente para ellos una excusa mediante la cual encubren el desarrollo del capitalismo (y, por tanto, del mercado también) dentro del país, una excusa tanto más cómoda porque les libra también de la necesidad de examinar los hechos acreditativos de la conquista de mercados exteriores por el capitalismo ruso.[10]

307

La necesidad de mercado exterior para un país capitalista no depende en modo alguno de las leyes de la realización del producto social (y del plusvalor en particular), sino, en primer lugar, de la circunstancia de que el capitalismo aparece sólo como resultado de una *circulación* de mercancías ampliamente desarrollada, que rebasa los límites del estado. Por eso no es posible imaginarse una nación capitalista sin comercio exterior, además de que no existe.

Como el lector ve, esta causa es de índole histórica. Y los populistas no podrían deshacerse de ella con un par de vetustas frases acerca de la "imposibilidad en que los capitalistas se encuentran de consumir el plusvalor". Habría que examinar aquí —si de veras quisieran plantear la cuestión del mercado exterior— la historia del desarrollo del comercio exterior, la historia del desarrollo de la circulación mercantil. De examinarla, no hubiera sido posible, naturalmente, presentar el capitalismo como una casual desviación del camino.

En segundo lugar, la correspondencia entre las diferentes partes de la producción social (por lo que se refiere al valor y a la forma natural) —que la teoría de la reproducción del capital social

[9] El Sr. Bulgákov observa muy acertadamente en el libro antes citado: "Hasta ahora, el crecimiento de la producción de tejido de algodón destinado al mercado campesino se efectúa sin interrupciones; por tanto, esa reducción absoluta del consumo popular..." (de que habla el Sr. N.-on.) "...es sólo concebible teóricamente" (pp. 214-215).

[10] Volguin, *La fundamentación del populismo en las obras del Sr. Vorontsov*, San Petersburgo, 1896, pp. 71-76.

presuponía necesariamente y que de hecho se establece sólo como magnitud media de una serie de oscilaciones constantes— es alterada sin cesar en la sociedad capitalista como resultado del aislamiento de los distintos productores, que trabajan para un mercado desconocido. Las diferentes ramas de la industria que hacen de “mercado” unas para otras no se desarrollan de manera uniforme, sino que se sobrepasan unas a otras, y la industria más adelantada busca el mercado exterior. Eso no significa en modo alguno la “imposibilidad para una nación capitalista de realizar el plusvalor”, como el populista está dispuesto a concluir con aire grave. Eso no indica más que la falta de proporcionalidad en el desarrollo de las diversas ramas industriales. Con *otra* distribución del capital nacional esa misma cantidad de productos podría ser realizada dentro del país. Mas para que el capital abandone una rama industrial y pase a otra es precisa la crisis en esa rama; y ¿qué causas pueden retener a los capitalistas, amenazados por dicha crisis, de buscar el mercado exterior, de buscar subvenciones y premios para facilitar la exportación, etcétera?

En tercer lugar. Es ley de los modos precapitalistas de producción el repetir el proceso de producción en la escala anterior, sobre la base técnica anterior: así es la economía de los terratenientes basada en la prestación personal, la economía natural de los camesinos, la producción artesana de los industriales. Por el contrario,

y de la producción capitalista es la constante transformación de los modos de producción y el ilimitado crecimiento del volumen de la producción. Las unidades económicas podían existir durante siglos con los viejos modos de producción, sin cambiar de carácter ni de magnitud, sin salirse de los límites del dominio patrimonial del terrateniente, de la aldea campesina o del pequeño mercado comarcano para los artesanos y pequeños industriales rurales (los llamados kustares). Por el contrario, la empresa capitalista rebasa inevitablemente los límites de la comunidad, del mercado local, de la región y, después, del estado. Y como el aislamiento y el carácter cerrado de los estados se hallan ya destruidos por la circulación de mercancías, la tendencia natural de cada rama de la industria capitalista la lleva a la necesidad de “buscar mercado exterior”.

308

Así pues, la necesidad de buscar mercado exterior no demuestra en modo alguno la imposibilidad del capitalismo, según gustan presentar la cuestión los economistas populistas. Todo lo contrario. Esa necesidad muestra palpablemente la labor histórica progresiva del capitalismo, que destruye el viejo aislamiento y el carácter cerrado de los sistemas económicos (y, por consiguiente, la estrechez de la

vida espiritual y política), que liga todos los países del mundo en un todo económico único.

Vemos de ahí que las dos últimas causas de la necesidad del mercado exterior son también de carácter histórico. Para analizarlas es preciso examinar cada una de las ramas industriales por separado, su desarrollo dentro del país, su transformación en capitalista: en una palabra, hay que tomar los hechos relativos al desarrollo del capitalismo en el país; y no hay nada de extraño en que los populistas aprovechen la ocasión para esquivar esos hechos escudándose con frases que no valen nada (y que nada dicen) con respecto a la "imposibilidad”, tanto del mercado interior como del exterior.

4. CONCLUSIONES DEL PRIMER CAPÍTULO

Resumiremos ahora las tesis teóricas antes examinadas y que se relacionan de modo inmediato con la cuestión del mercado interior.

1] El proceso fundamental de la creación del mercado interior (es decir, del desarrollo de la producción mercantil y del capitalismo) es la división social del trabajo. Estriba en que de la agricultura se separan una tras otra diferentes clases de transformación de las materias primas (y diferentes operaciones de esa transformación) y se forman ramas de la industria con existencia propia, que cambian sus productos (ahora *mercancías* ya) por productos de la agricultura. De esa manera, la agricultura misma se transforma en industria (es decir, en producción de mercancías) y en ella se opera idéntico proceso de especialización.

2] Consecuencia inmediata de la tesis anterior es la ley de toda economía mercantil en desarrollo y, tanto más, de la capitalista, de que la población industrial (es decir, no agrícola) crece con más rapidez que la agrícola, lleva más y más población de la agricultura a la industria transformativa.

309

3] El que el productor directo se separe de los medios de producción, es decir, su expropiación, que marca el paso de la producción mercantil simple a la capitalista (y que es condición necesaria de ese paso), crea el mercado interior. El proceso de esta *creación* del mercado interior procede de dos lados: por una parte, *los medios de producción*, de los cuales “se libera” el pequeño productor, se convierten en capital en manos de su nuevo propietario, sirven para la producción de mercancías y, por consiguiente, se convierten

ellos mismos en mercancías. De este modo, incluso la reproducción simple de esos medios de producción requiere ya ahora su compra (antes, la mayoría de ellos se reproucía en forma natural y en parte se fabricaba en casa), es decir, abre el mercado a los medios de producción, y después, el producto fabricado ahora con ayuda de esos medios de producción se transforma también en mercancía. Por otra parte, los *medios* de *subsistencia* para ese pequeño productor se transforman en elementos materiales del capital variable, es decir, de la suma en metálico invertida por el patrono (terrateniente, contratista, comerciante en madera, fabricante, etc., es igual) para contratar a los obreros. Esos medios de subsistencia, pues, también se transforman ahora en mercancía, es decir, crean mercado interior para los artículos de consumo.

4] La realización del producto en la sociedad capitalista (y, por consiguiente, también la realización del plusvalor) no puede explicarse sin antes poner en claro: 1] que el producto social, lo mismo que individual, se descompone, atendido su valor, en tres partes, y no en dos (en capital constante + capital variable + plusvalor, y no sólo en capital variable + plusvalor, como enseñaban Adam Smith y toda la economía política subsiguiente, hasta Marx) y 2] que por su forma natural debe ser dividido en dos grandes secciones: medios de producción (consumidos de manera productiva) y artículos de consumo (consumidos personalmente). Después de establecer estas tesis teóricas fundamentales, Marx explicó de modo completo el proceso de realización del producto en general y del plusvalor en particular dentro de la producción capitalista, y puso de relieve que era completamente desacertado mezclar el mercado exterior con el problema de la realización.

5] La teoría de la realización de Marx hizo también luz en el problema del consumo nacional y de la renta nacional.

310

De lo antes expuesto se desprende lógicamente que la cuestión del mercado interior no existe en modo alguno como problema separado e independiente, no supeditado al grado de desarrollo del capitalismo. Por eso, la teoría de Marx jamás plantea en sitio alguno esa cuestión por separado. El mercado interior aparece cuando aparece la economía mercantil; se crea por el desarrollo de esta economía mercantil, y el grado de fraccionamiento en la división social del trabajo determina la altura de su desarrollo; se extiende cuando la economía mercantil pasa de los productos a la fuerza de trabajo, y sólo a medida que esta última se convierte en mercancía abarca el capitalismo toda la producción del país, desarrollándose

principalmente a cuenta de los medios de producción, los cuales van ocupando en la sociedad capitalista un puesto más y más considerable. El "mercado interior'' para el capitalismo lo crea el propio capitalismo en desarrollo, que profundiza la división social del trabajo y descompone a los productores directos en capitalistas y obreros. El grado de desarrollo del mercado interior es el grado de desarrollo del capitalismo en el país. Es desacertado plantear la cuestión de los límites del mercado interior separadamente del grado de desarrollo del capitalismo (como hacen los economistas populistas).

Por ello, también el problema de cómo se forma el mercado interior para el capitalismo ruso se reduce a lo siguiente: ¿de qué manera y en qué dirección se desarrollan las distintas ramas de la economía nacional rusa?, ¿en qué estriba la relación e interdependencia de esas distintas ramas?

5. IMPORTANCIA DE LA PERIFERIA. ¿MERCADO INTERIOR O EXTERIOR?

En el capítulo primero se señaló lo erróneo de la teoría que liga la cuestión del mercado exterior para el capitalismo con la cuestión de la realización del producto. La necesidad del mercado exterior para el capitalismo no se explica en modo alguno por la imposibilidad de realizar el producto en el mercado interior, sino por la circunstancia de que el capitalismo no es capaz de repetir unos mismos procesos de producción en las proporciones anteriores, en condiciones invariables (como ocurría en los regímenes precapitalistas); por la circunstancia de que conduce inevitablemente a un auge ilimitado de la producción, que sobrepasa los límites viejos y estrechos de las anteriores unidades económicas. Con la desigualdad de desarrollo propia del capitalismo, una rama de la producción sobrepasa a las otras y trata de rebasar los límites de la vieja zona de relaciones económicas. Tomemos, por ejemplo, la industria textil a principios de la época posterior a la reforma. Bastante desarrollada en el sentido capitalista (manufactura que empieza a pasar a fábrica), dominaba por completo el mercado de la Rusia central. Pero a las grandes fábricas, que crecieron con tanta rapidez, no podían ya satisfacerles las proporciones anteriores del mercado; empezaron a buscarlo más allá, entre la población nueva que había colonizado Novorrossía, el Transvolga sudoriental, el Cáucaso del Norte, y después Siberia, etc.

Es indudable el afán de las grandes fábricas por rebasar los límites de los mercados viejos. ¿Significa esto que no podía ser consumida, en general, una cantidad mayor de productos de la industria textil en las zonas que constituían estos viejos mercados? ¿Significa esto, por ejemplo, que las provincias industriales y las provincias agrícolas centrales no pueden ya, en general, absorber mayor cantidad de artículos fabricados? No; nosotros sabemos que la diferenciación de los campesinos, el auge de la agricultura mercantil v el aumento de la población industrial han continuado y continúan ampliando el mercado interior también en esta zona vieja. Pero dicha ampliación del mercado interior se ve frenada por muchas circunstancias (principalmente por la conservación de instituciones caducas que frenan el desarrollo del capitalismo agrícola); y los fabricantes no van a esperar, naturalmente, a que las demás ramas de la economía nacional alcancen en su desarrollo capitalista a la industria textil. Los fabricantes necesitan mercado inmediatamente, y si el atraso de las otras ramas de la economía nacional reduce el mercado en la zona vieja, buscarán mercado en otra zona, o en otros países, o en las colonias del país viejo.

Pero ¿qué es colonia en el sentido de la economía política? Más arriba se ha señalado ya que, según Marx, los caracteres fundamentales de este concepto son los siguientes: 1] existencia de tierras no ocupadas, libres, de fácil acceso para los colonos; 2] existencia de la división mundial del trabajo ya formada, de un mercado mundial, gracias al cual las colonias puedan especializarse en la producción en masa de productos agrícolas, recibiendo a cambio de ellos artículos industriales terminados, "que en otras condiciones deberían preparar por sí mismas". En el lugar correspondiente se habló ya de que las regiones periféricas meridionales y orientales de la Rusia europea, pobladas en la época posterior a la reforma, se distinguen precisamente por los rasgos indicados y representan, en el sentido económico, colonias de la Rusia europea central.[11] Este concepto de colonia es aún más aplicable a otras regiones periféricas, por ejemplo, al Cáucaso. Su "conquista" económica por Rusia se llevó a cabo mucho más tarde que la política, y esta conquista económica

[11] "...Gracias exclusivamente a ellas, gracias a estas formas populares de producción y basándose en ellas, se colonizó y pobló toda la Rusia meridional" (Sr. N.-on. *Ensayos*, 284). ¡Qué magníficos son la amplitud y el rico contenido de este concepto: "formas populares de producción"! Abarca todo lo que se quiera: la agricultura campesina patriarcal, los pagos en trabajo, el artesanado primitivo, la pequeña producción mercantil y las relaciones típicamente capitalistas dentro de la comunidad campesina que hemos visto más arriba, según los datos de las provincias de Táurida y Samara (capítulo II), etcétera.

no ha terminado aún por completo hasta ahora.

312

En la época posterior a la reforma se operó, por una parte, una vigorosa colonización del Cáucaso,[12] una gran roturación de tierras por los colonos (especialmente en el Cáucaso del Norte) que producían trigo, tabaco, etc., para la venta y que atraían a una masa de obreros asalariados rurales de Rusia. Por otra parte, se fueron desplazando las seculares industrias indígenas de “kustares", que decayeron con la concurrencia de los artículos fabricados procedentes de Moscú. Decayó la vieja producción de armas con la concurrencia de los artículos llegados de Tula y Bélgica, decayó la producción primitiva del hierro con la concurrencia del producto enviado de Rusia, así como las industrias de kustares de cobre, oro y plata, arcilla, sebo y sosa, cuero, etc.[13] Todos estos productos se producían de un modo más barato en las fábricas rusas que enviaban sus artículos al Cáucaso. Decayó la producción de copas de cuerno a consecuencia de la decadencia del régimen feudal en Georgia y de sus históricos banquetes, decayó la industria de gorros a consecuencia del cambio del traje asiático por el europeo, decayó la producción de odres y jarros para el vino local, que por vez primera empezó a ponerse en venta (desarrollando la industria tonelera) y que conquistó, a su vez, el mercado ruso. El capitalismo ruso enrolaba de este modo al Cáucaso en el intercambio mundial de mercancías, nivelando sus peculiaridades locales —restos del antiguo encastillamiento patriarcal—, *creándose un mercado* para sus fábricas. El país, escasamente poblado en el comienzo del período que sigue a la reforma, o poblado por montañeses, que se hallaban al margen de la economía mundial e incluso al margen de la historia, se fue convirtiendo en un país de industriales petrolíferos, negociantes en vino, productores de trigo y tabaco, y el señor Cupón cambió implacablemente al altivo montañés su poético traje nacional por el traje de lacayo europeo (Gleb Uspenski). Junto al proceso de colonización intensa del Cáucaso y del crecimiento acelerado de su población agrícola, se desplegó también (encubierto por este crecimiento) el proceso de desplazamiento de la población de la agricultura a la industria. La población urbana del Cáucaso creció de 350.000 habitantes en 1863 a unos 900.000 en 1897 (toda la población del Cáucaso ha crecido, de 1851 a 1897, un 95%). No

[12] Conf. artículos del Sr. P. Semiónov en *Véstnik Finánsov*, 1897, núm. 21, y de V. Mijailovski en Nóvoe Slovo, junio de 1897.

[13] Véanse los artículos de K. Jatísov en el II tomo de *Informes y estudios relativos a la industria de kustares* y de P. Ostriakov en el fascíc. V de *Trabajos de la comisión de kustares*.

tenemos necesidad de añadir que lo mismo ha ocurrido y ocurre en el Asia Central, en Siberia, etcétera.

313

Así pues, se plantea naturalmente la pregunta: ¿dónde está la frontera entre el mercado interior y el exterior? Tomar la frontera política del estado sería una solución demasiado mecánica; y además ¿sería eso una solución? Si el Asia Central es mercado interior y Persia mercado exterior, ¿dónde incluir Jiva y Bujará? Si Siberia es mercado interior y China lo es exterior, ¿dónde incluir Manchuria? Estas cuestiones no tienen gran importancia. Lo importante es que el capitalismo no puede subsistir y desarrollarse sin una ampliación constante de la esfera de su dominio, sin colonizar nuevos países y enrolar los países viejos no capitalistas en el torbellino de la economía mundial. Y esta peculiaridad del capitalismo se ha manifestado y sigue manifestándose con enorme fuerza en la Rusia posterior a la reforma.

Por consiguiente, el proceso de formación de mercado para el capitalismo ofrece dos aspectos, a saber; el desarrollo del capitalismo en profundidad, es decir, un mayor crecimiento de la agricultura capitalista y de la industria capitalista en un territorio dado, determinado y cerrado, y el desarrollo del capitalismo en extensión, es decir, la difusión de la esfera de dominio del capitalismo a nuevos territorios. Según el plan de la presente obra, nos hemos limitado casi exclusivamente al primer aspecto del proceso, y por ello consideramos especialmente necesario recalcar aquí que su otro aspecto tiene una importancia extraordinariamente grande. Un estudio más o menos completo del proceso de colonización de las zonas periféricas y de la ampliación del territorio ruso desde el punto de vista del desarrollo del capitalismo requeriría una obra especial. Nos basta señalar aquí que Rusia se encuentra en unas condiciones especialmente favorables en relación con otros países capitalistas a consecuencia de la abundancia de tierras libres y accesibles a la colonización en su periferia.[14] Sin hablar ya de la Rusia asiática,

[14] La circunstancia señalada en el texto tiene también otro aspecto. El desarrollo del capitalismo en profundidad en el territorio viejo, poblado de antaño, se frena a consecuencia de la colonización de las zonas periféricas. La solución de las contradicciones propias del capitalismo y engendradas por él se ve aplazada provisionalmente como resultado de que el capitalismo puede desarrollarse con facilidad en extensión. Por ejemplo, la existencia simultánea de Jas formas más adelantadas de la industria y de las formas semimedievales de la agricultura es, indudablemente, una contradicción. Si el capitalismo ruso no tuviese dónde extenderse fuera del territorio ocupado ya al comienzo de la época posterior a la reforma, esta contradicción entre la gran industria capitalista y las instituciones arcaicas en la vida rural (adscripción de los campesinos a la tierra y otras) debería haber llevado a una supresión rápida y completa de dichas instituciones, a un desbrozamiento completo del camino para el capitalismo agrícola en Rusia. Pero la posibilidad de buscar y encontrar mercado en las zonas periféricas en colonización (para el fabricante) y la posibilidad de marchar a nuevas tierras (para el

también en la Rusia europea tenemos zonas periféricas que —como resultado de las enormes extensiones y de las malas vías de comunicación— están ligadas de un modo extremadamente débil aún en el aspecto económico con la Rusia central. Tomemos, por ejemplo, el "extremo norte'', la provincia de Arjánguclsk; las infinitas extensiones de tierra y las riquezas naturales se explotan aún en el gTado más insignificante. La madera, uno de los productos locales más importantes, iba hasta el último tiempo, de modo principal, a Inglaterra. En este sentido, por tanto, dicha zona de la Rusia europea servía de mercado exterior para Inglaterra sin ser mercado interior para Rusia. Los empresarios rusos, claro es, envidiaban a los ingleses, y ahora, con la apertura del ferrocarril de Arjánguelsk, se muestran jubilosos, previendo "una mayor confianza y actividad de las empresas en las distintas ramas de la industria del territorio".[15]

campesino) debilita la agudeza de esta contradicción y retrasa su solución. Se comprende por sí mismo que tal retraso del crecimiento del capitalismo es equivalente a la preparación de un crecimiento suyo aún mayor y aún más vasto en un próximo futuro.

[15] *Fuerzas productivas*, XX, 12.

RUDOLF HILFERDING

El capital financiero de Hilferding fue publicado en 1910. La parte cuarta de la obra, que está dedicada al análisis del “capital financiero y las crisis”, se subdivide en cinco capítulos. De ellos, los dos primeros —los capítulos XVI y XVII — examinan respectivamente "las condiciones generales de las crisis” y "las causas de las crisis”, mientras que el último —el capítulo XX— está dedicado al análisis de los cambios en el carácter de las crisis por la existencia de cárteles y trusts.

La base del discurso es la que ofrecen los esquemas elaborados por Marx en el libro II de *El capital*, y que Hilferding, en la línea de Tugán-Baranovski, interpreta como “las condiciones de equilibrio del proceso social de reproducción”. *Ergo*, “si se ha producido en la proporción justa ... la producción puede ampliarse hasta el infinito sin conducir por eso a la sobreproducción de mercancías”. No se puede explicar la crisis por el "subconsumo”. La "estrecha base del consumo es únicamente una condición general de la crisis", no su causa. En efecto, como en las condiciones capitalistas el subconsumo constituye —afirma Hilferding, separándose en esto de Tugán— un dato permanente, "explica menos todavía el carácter periódico de la crisis, puesto que una periodicidad no puede explicarse en general por un fenómeno continuo". Con otras palabras, el origen de las crisis está en la "desproporción". “Estos esquemas —escribe Hilferding al concluir el capítulo dedicado a las "condiciones generales de la crisis”— muestran que en la producción capitalista puede suceder tranquilamente una reproducción tanto a escala simple como a escala ampliada” a condición de que "entre las industrias de medios de producción y las de bienes de consumo" se respeten determinadas "relaciones de producción” y que estas relaciones también subsistan dentro de cada rama productiva por separado. “Por consiguiente, de lo expuesto no se deduce que la crisis ha de tener su causa en el subconsumo de las masas inmanente en la producción capitalista”. La causa está más bien en la anarquía y en la competencia, que producen desproporciones.

Rosdolsky —que en su juicio parece haber tenido en cuenta sobre todo este capítulo XVI de *El capital financiero*— concluye en este punto que la teoría de las crisis de Hilferding es la misma de la escuela

ricardiana (que desemboca en la ley de Say), y opone a Hilferding una amplia variedad de pasajes (no siempre recordados por los estudiosos, a decir verdad) de los que en cambio resulta la gran importancia que Marx atribuye al subconsumo como factor de crisis. Pero el juicio de Rosdolsky, como de costumbre bastante severo para con el austromarxismo, aparece exagerado en este caso. En efecto, aunque se mueva dentro de la teoría de las desproporciones, el análisis de Hilferding (como, por lo demás, el del joven Lenin) recupera toda una serie de elementos que resultan completamente extraños al planteamiento originario de Tugán. Como se dijo, también para él la crisis deriva de una desproporción. Pero a su vez la desproporción deriva del hecho de que las mismas circunstancias que producen directamente la prosperidad industrial encierran las causas que llevarán al empeoramiento gradual de las condiciones de valorización y que, en cierto momento, bloquearán las inversiones de nuevo capital haciendo cobrar desproporciones notables al estancamiento de las ventas. Ahora bien, a diferencia de Tugán-Baranovski, la causa que bloquea las inversiones y da el tono a la crisis es, según Hilferding, la caída de la tasa de ganancia, caída ocasionada por el aumento de la composición orgánica verificada en el momento de la prosperidad y la, expansión. Por otra parte, a pesar de su neta oposición a la explicación de las crisis en virtud del subconsumo, también en este caso la actitud de Hilferding difiere notablemente de la de Tugán, como demuestra la conclusión del capítulo XVII, dedicado a “las causas de la crisis”, donde Hilferding recuerda que "otra perturbación de la proporcionalidad puede sobrevenir al cambiar la relación entre la producción y el consumo", vale decir cuando “el consumo no va a la par con el aumento de la producción”, tal cual ocurre precisamente durante los períodos de prosperidad, en que el alza de los precios y de las ganancias es, de lejos, mayor que la de los salarios.[316]

Pero la parte seguramente más original del discurso de Hilferding (como quiera que se la juzgue) es la desarrollada en los capítulos XVm y XIX, cuyo análisis de las nuevas funciones del crédito en el desarrollo del ciclo y en las fases de depresión también sustancia el capitulo XX. Aquí aparece neta la tendencia general del discurso de Hilferding. Su aversión a cualquier "teoría del derrumbe" —ya claramente enunciada en el curso del capítulo XVI con la tesis según la cual en el capitalismo la producción puede expandirse indefinidamente y sin trabas (con la sola condición de que se respeten las proporciones en las inversiones) — aparece enfatizada a través del examen de todos

los elementos que, según el autor, concurren a atenuar, en vez de agravar, la violencia y la intensidad de las crisis. Elementos de los que, no obstante, Hilferding excluye con argumentos válidos el predilecto de Bernstein, vale decir la posibilidad que tendrían los monopolios de eliminar la anarquía e introducir un “control” cada vez más extendido de la producción.

Por lo demás, el hecho de que no hay que confundir las posiciones expresadas por Hilferding en 1910, con las que éste manifestara más tarde y que también nosotros tuvimos ocasión de evocar más arriba (aunque a veces aquéllas ya contengan las semillas de las últimas), lo prueban las consideraciones desarrolladas por el autor al final de *El capital* financiero, donde no sólo está previsto “el choque violento de los intereses hostiles” de las clases enfrentadas, ni sólo se reafirma la exigencia de que “la dictadura de los magnates capitalistas” se convierta "en la dictadura del proletariado”, sino donde se expone directamente una "teoría del derrumbe” de la *política* imperialista del capital financiero, por la cual se entiende —precisaba el autor— “un derrumbe político y social y no económico, que no es en ningún modo un concepto racional”.

318

[EL CAPITAL FINANCIERO (CAPÍTULO XX)]

CÁRTELES Y TRUSTS

El desarrollo de la producción capitalista motiva también ciertos cambios en las formas de manifestación de las crisis, a cuyo estudio vamos a dedicarnos ahora. No podemos hacer sino trazar las líneas generales del desarrollo, mientras que el deber de la exposición histórica individual consiste en demostrar comparativamente los cambios de las crisis para cada país particular. Aquí sólo intentaremos presentar lo general en lo particular, cosa tanto más difícil cuanto que con el progreso del capitalismo se hace cada vez más intensa la interdependencia, internacional de los procesos económicos. Por eso, en las crisis, los fenómenos de un país con todas sus particularidades de desarrollo temporal, técnico y organizador influyen también en la crisis de otro. Así, los fenómenos de la crisis europea más reciente de 1907, por ejemplo, sólo se pueden comprender por la repercusión de la crisis americana. El carácter especial de ésta, que revelaba los fenómenos de la crisis bancaria y monetaria en su perfección más elevada, no alcanzada desde hacía tiempo en Europa, tuvo como consecuencia fenómenos específicos en los mercados monetarios europeos que quizá se hubieran evitado en algunos detalles y agravaciones sin esta repercusión. Por otro lado, es igualmente imposible deducir de la historia de las crisis de un solo país leyes generales sobre su variación, porque precisamente la crisis capitalista es un fenómeno de mercado mundial —y tanto más cuanto más larga sea—, y las crisis de un país pueden también sufrir, como consecuencia de las particularidades del desarrollo capitalista en este país, determinadas modificaciones cuya generalización no puede sino sembrar la confusión.[1]

Por consiguiente, si queremos fijar las variaciones de los fenómenos de crisis, hemos de estar, al mismo tiempo, en condiciones de deducirlos teóricamente, para tener la certeza de que no se trata de fenómenos particulares, correspondientes a una fase del capitalismo, esto es, quizá casuales, sino de tendencias que tienen sus raíces en la esencia misma del desarrollo capitalista.

319

El capitalismo se desarrolla en una sociedad en la que la

[1] Una falta, por lo demás, que no parece habérsele escapado siempre a Tugán-Baranovski en las conclusiones de su exposición admirable y seria de la historia de las crisis inglesas.

producción de mercancías ocupa todavía un espacio relativamente pequeño. Su expansión es la que lleva consigo la generalización de la producción mercantil, la creación del mercado nacional y la del mercado mundial concebido constantemente en expansión. Con la ampliación del mercado se desarrollan también las condiciones bajo las cuales puede haber crisis. Mientras la producción capitalista se levante sobre una ancha infraestructura de la producción para las necesidades propias y sobre una producción mercantil no capitalista, unida a la artesanía, y destinada al mercado local, las crisis solamente alcanzan con toda su violencia a la superestructura capitalista. Afectan, pues, a ramas de la producción, cuyas ventas pueden ser paralizadas en su casi totalidad porque la circulación necesaria, la que es incondicionalmente necesaria para el metabolismo de la sociedad, queda satisfecha con la producción artesana, y el resto de las necesidades con la producción para el consumo propio. En el área de la producción llevada a cabo en forma capitalista la crisis puede acarrear los estragos más grandes al hacer imposible la venta durante algún tiempo, siempre que las causas de la crisis sean lo bastante fuertes como para paralizar la producción, cosa que, como veremos, también sucede aquí.

Con el desarrollo de la producción capitalista se destruye en gran medida la producción artesana y la de consumo propio. La crisis alcanza ahora a una producción cuya reducción está limitada por la necesidad de cubrir las necesidades sociales que son relativa y absolutamente mayores. Con el progreso de la producción crece también aquella parte que ha de proseguir en cualquier circunstancia y cuya continuación limita el estancamiento casi total del proceso de producción y del de circulación. Esto se manifiesta en que las ramas de la industria al servicio del consumo son alcanzadas de un modo relativamente menos intenso, y tanto menos cuanto más necesarios sean los comestibles y, por eso, cuanto menores sean las oscilaciones de su consumo.

Los cambios en los fenómenos de crisis tienen que sobrevenir también a consecuencia de los progresos de la concentración capitalista. Con el volumen de la empresa individual crece su fuerza de resistencia. Cuando más pequeño sea el establecimiento tanto más probable es que la caída de los precios lleve consigo una bancarrota total. El pequeño empresario quizá pierda toda su venta; la caída de precios y el estancamiento del trabajo hacen imposible la transformación de su capital mercantil en capital monetario. No puede cumplir sus obligaciones de pago puesto que tampoco dispone

de capital de reserva ni recibe ningún crédito, mucho menos en tiempos de crisis. Así, pues, la crisis conduce a la quiebra masiva de las empresas capitalistas todavía pequeñas, a la negación del crédito, a la bancarrota masiva, a la suspensión de pagos, a la quiebra bancaria y, por último, al pánico. A todo ello se añade que las diferencias técnicas son, además, mayores. Frente a los establecimientos modernos están los viejos, en parte todavía artesanos o pertenecientes al período de la manufactura, a los que anula por completo la caída de precios. Su bancarrota masiva también arrastra a empresarios que, técnicamente, están en condiciones de subsistir.[2]

320

La gran empresa moderna se enfrenta de otro modo a la crisis; su producción es tan grande que una parte de la misma puede continuarse durante la crisis. Puede que el trust americano del acero esté obligado en la crisis a reducir su producción a la mitad, pero no necesita limitarla por debajo de cierto mínimo. Así, pues, con la concentración de los establecimientos crece el volumen en el que pueden mantener su producción.

Por tanto, con el desarrollo de la producción capitalista crece absoluta y relativamente el volumen de aquella parte de la producción que se prosigue en cualquier circunstancia. Pero con él crecen también el volumen de la circulación mercantil, que permanece intacto durante la crisis, y el correspondiente crédito de circulación. Por ende, la destrucción del crédito tampoco necesita ser tan completa como en las crisis del período inicial del capitalismo. Mas la transformación de la crisis crediticia en crisis bancaría, de un lado, y en crisis monetaria, de otro, se ve perturbada tanto por los

---

[2] "La crisis de 1857, y aún más la de 1873, alcanzó a un número inmenso de empresas (especialmente en la industria metalúrgica) que no se diferenciaban mucho entre sí por su capacidad de rendimiento. En la quiebra general cayeron muchas que, consideradas desde un punto de vista puramente técnico, eran capaces y dignas de sobrevivir. La crisis de 1900 se encontró con, además de las empresas gigantes de las industrias básicas, otras muchas con una organización anticuada, según los conceptos actuales, las llamadas empresas "puras", que habían prosperado a impulsos de la ola de la alta coyuntura. La caída de los precios, la disminución de las necesidades, sumieron a las empresas 'puras' en una situación apurada, de la que las grandes empresas combinadas se vieron totalmente libres o se vieron afectadas sólo durante muy cortq tiempo. Pero la crisis más reciente llevó a la concentración industrial, en una medida muy distinta a las anteriores, a la de 1873, que en verdad dio origen a una selección. Mas con el estado de la técnica no originó ninguna selección que diera lugar a un monopolio de las empresas que salieron victoriosas. No obstante, semejante monopolio continuo lo tienen en alto grado las empresas gigantes de la industria actual del hierro y de la electricidad, en menor grado la rama de maquinaria y ciertas industrias metálicas, de transporte y otras, por su técnica complicada, su bien instalada organización y su fuerza de capital. Aunque esto no sea cierto para algunas ramas 'ligeras' de la industria y para ellas no haya cambiado en principio el efecto de una crisis en relación con las anteriores, con ello se hace aún más comprensible que el reciente desarrollo de la Banca se parezca tanto al de las otras instituciones.'' (Jeidels, *op. cit-*, p 108)

cambios de la organización crediticia como por los desplazamientos de las relaciones entre comercio e industria.

321

La crisis crediticia se convierte en crisis monetaria cuando el desmoronamiento del crédito produce una falta repentina de medios de pago.[3] Pero es tanto más difícil que se origine esta escasez cuando

---

[3] Y en verdad no necesita más que esta condición, sean cuales fueren las causas profundas que hayan motivado su entrada. En la descripción de la catástrofe bursátil de Amsterdam de 1773 se dice de las consecuencias de una bancarrota: "No se sabía adónde llegaría ni qué otras cosas quedarían destruidas con esta caída. La inseguridad general ahuyentó el crédito, y al poco tiempo no se podía encontrar ningún dinero en efectivo. Uno temía que le devolvieran su letra, otros estaban preocupados de no recibir nada por las sumas que habían de reclamar, otros procuraban aprovecharse de Ja necesidad general, y de esta suerte no se cuidaban todos más que de la oportunidad de comprar a los precios más bajos. Todos temían gastar su dinero en efectivo y asi cesó la circulación casi por completo." (*Der Reichtum von Holland*, traducido del francés al alemán, 2 vols., Leipzig, 1778, I, pp. 444ss., citado por Sartorius von Waltershausen, *op. cit*., p. 377.)

Compárese con esto la siguiente descripción del estado de las bolsas alemanas al estallar la guerra de 1870. El 4 de julio de 1870 en la bolsa de Berlín había reinado un excelente estado de ánimo, osciló durante los días siguientes, el 8 de julio la inquietud subió de punto y el 11 del mismo mes el desconcierto fue total. El pánico duró de ocho a diez días y luego se detuvo el movimiento de retroceso después de haberse restablecido la confianza. El dinero había desaparecido de la bolsa como por milagro. El descuento subió hasta el 9 por 100 en el banco prusiano, al 10 por 100 para préstamos lombardos en Leipzig, al 9 por 100 en Lübek, al 8 por 100 en Bremen. ¿Dónde se había quedado el dinero que pocos días antes existía en abundancia al 3 y al 3,5 por 100? El que el estado lo hubiera absorbido pata fines de movilización era imposible dada la descentralización del sistema de billetes bancarios entonces existentes en Alemania y, además, a causa de las existencias de muchos bancos no emisores de notas y de los banqueros privados. La mayor parte del dinero permaneció donde estaba, pero no se sacó de las cajas y el que podía sacar alguno lo dejaba en las otras. Así, por ejemplo, informábase lo siguiente de Munich. “Hubo un momento en que no se podían sacar 500 florines por el mejor papel y contra las mayores seguridades. En cambio, algunos particulares creyeron estar obligados a procurarse a fuerza de grandes sacrificios una reserva en metálico para los casos extremos.” En Francfort “algunos banqueros no pensaban más que en cobrar sus haberes al tiempo 1]ue el público reclamaba sin tardanza los fondos depositados en ellos; como demostró el rápido crecimiento del haber de giro en los bancos, ambas partes intentaron procurarse una fuerte reserva en metálico para estar preparados frente a todas las eventualidades”.

De Hannover trasmiten lo siguiente sobre el agio del dinero en efectivo: “Todo banquero, a la cabeza el banco de Hannover, no pensaba más que en sí mismo... Bonos de pago y billetes de los bancos privados alemanes estaban excluidos del tráfico y el hombre serio tenía que soportar el 5 por 100 de *damno* cuando se trataba de billetes corrientes o prusianos. El campesino tenía que pagar el 10 por 100 y más, puesto que, presa del pánico, quería vender a cualquier precio.”

Y como este estado de cosas, aunque en menores proporciones, presentaba todas las características típicas de la reciente crisis monetaria americana, el remedio también fue el mismo: "En el período de la escasez de dinero durante la segunda mitad de julio echóse mano de diversas medidas. En Bremen el senado y el vecindario determinaron otorgar a ciertas monedas de oro extranjeras el carácter de medio legal de pago. Mas no sirvió de mucho, puesto que tanto este dinero como el de la valuta de la ciudad se retuvo en las cajas. En Stuttgart fundóse una Asociación de Cajas que puso en circulación sus cupones de 50 a 500 florines al 3 por 100 de interés y pagables en seis meses. En Munich el Banco Hipotecario y de Letras puso en circulación obligaciones similares; en Francfort algunos bancos acreditados concedieron tina garantía colectiva al banco de emisión local. Tan pronto como fue posible compróse metal precioso en el extranjero. Los bancos y las casas de importación de Bremen estaban a finalesi de julio en situación de disponer de importantes sumas en Sovereigns. Francfort ti ajo oro de Inglaterra y plata de Viena. Estas medidas apenas resultaban eficaces contra el apuro monetario en el tráfico de pagos, pero no fueron capaces de hacer afluir capital al mercado de préstamos para poder satisfacer las necesidades estatales." (Sartorius, *op. cit*., pp. 232 *ss*.)

mayor sea el volumen de la producción que se continúa bajo cualquier circunstancia, toda vez que el dinero de crédito puede continuar cumpliendo sus funciones en el mismo volumen. En otros términos: cuanto mayor sea el volumen de las transacciones a realizar mediante el crédito y cuanto más se sustituya el crédito comercial por el bancario. Pues la conmoción del crédito bancario es más difícil que la del crédito de un industrial particular. No obstante, lo decisivo es que la falta de medios de pago también durante la crisis, ya que, por ejemplo, continúa el tráfico de cheques y *clearings*. Pero luego estos medios de pago pueden entrar en circulación a través de los bancos de emisión, cuyo crédito permanece inquebrantable incluso durante la crisis.

Hemos visto que la circulación de billetes está basada en la de letras. Ésta se contrae porque su base, la circulación de mercancías, también lo hace. Pero se contrae más que la circulación mercantil porque se ha conmocionado el crédito comercial. El banco sustituye ahora el crédito comercial por el suyo propio en el volumen que permite la verdadera circulación de mercancías. Puede hacerlo en este volumen porque la continuación de la circulación mercantil le da la certeza de que sus demandas están aseguradas. Por tanto, para las necesidades reales de la circulación puede poner en circulación su dinero crediticio y satisfacer la demanda de medios de pago. Mas así limita la demanda de medios de pago a sus necesidades reales, imprescindibles para la circulación, y protege aquella demanda casi ilimitada que, nacida del miedo a no recibir ningún medio de pago ni siquiera contra la mejor garantía, es muy superior a las necesidades reales y conduce al atesoramiento en gran escala, esto es, de nuevo a la disminución de los medios de pago. Para poner al blanco de emisión en condiciones de realizar esta acción es necesario, en primer lugar, que su crédito sea inquebrantable, lo cual es una condición muy fácil de cumplir en un banco de emisión bien dirigido, y luego que la emisión incrementada de billetes no ponga en peligro la convertibilidad. Esta condición se cumple mediante el procedimiento, dictado al banco por su interés de conservación, de conceder sus billetes únicamente contra absoluta seguridad, con lo que recibe la garantía de que realmente no satisface más que la necesidad de circulación en los límites impuestos por la crisis. En segundo lugar, que la convertibilidad está protegida contra accidentes imprevistos mediante una reserva suficiente de dinero en efectivo, especialmente por oro. Pero, con el desarrollo de la producción capitalista, esta condición se cumple mediante la producción incrementada de oro,

mediante la acumulación de oro en los bancos y la limitación de la función del oro de servir de reserva.

323

Con el desarrollo del crédito el oro se limita más y más a la función de servir para el saldo de la balanza internacional de pagos. Si también el volumen de los pagos internacionales aumenta en forma colosal, la balanza que hay que saldar en efectivo, debido al desarrollo del dinero de crédito internacionalmente activo, no aumenta en el mismo volumen ni en la misma relación que las reservas de oro acumuladas en los países de viejo desarrollo capitalista. Y esta circunstancia pone a los bancos de emisión en condiciones de acceder a las demandas incrementadas durante la crisis. Naturalmente, siempre sobre la base de que no sean obstaculizados en sus funciones económicas por coacción legal, como sucede en Inglaterra con el Acta Peel, en los Estados Unidos con las absurdas prescripciones de cobertura, que también allí ha producido crisis monetarias típicas. No obstante, la ausencia de la crisis monetaria preserva al crédito de una quiebra total y es también un preventivo contra el nacimiento de la crisis bancaria. No se produce la carrera hacia los bancos, la retirada de los depósitos no es aguda ni completa y los bancos pueden cumplir sus obligaciones si son solventes. Pero en cuanto la crisis bancaria no se deba a crisis crediticia y monetaria, sino primordialmente a la inmovilización de los medios bancarios y a las pérdidas por concesiones de crédito, el desarrollo capitalista también presenta en este caso tendencias que producen una atenuación de la crisis para el capital. Aquí el papel más grande lo desempeña también la concentración bancaria. Permite una distribución mucho mayor del riesgo mediante la enorme separación del volumen de negocios y la expansión sobre diversos sectores nacionales con distinto grado de desarrollo. Pero luego esta concentración creciente de los bancos transcurre paralelamente con el cambio de su posición respecto a la especulación, el comercio y la industria. Por de pronto, la concentración bancaria significa un desplazamiento de poder en favor del banco en virtud de su gran fuerza de capital. Esta fuerza no sólo es cuantitativamente más importante que la de los deudores del banco, sino que su superioridad es cualitativa, ya que dispone del capital en su forma más apta, la forma monetaria. Pero esta superioridad evita que un banco grande y bien dirigido dependa de la suerte de una sola o de unas cuantas empresas en las que haya invertido sus medios, de forma que se vea envuelto irremediablemente en su quiebra durante la crisis.

324

Si analizamos detalladamente las causas que dificultan el

nacimiento de la crisis bancaria, hay que mencionar primeramente que la especulación, tanto la especulación mercantil como la de valores, ha perdido mucho en extensión e importancia. Por especulación mercantil entendemos aquí no sólo la especulación bursátil, sino, sobre todo, la del comercio mercantil, la demanda de mercancías por parte de los comerciantes en la esperanza de que los precios subirán más, y la acumulación en los almacenes para subir aún más los precios reteniendo la oferta. Esta especulación retrocede con la supresión del comercio en general, con el incremento del tráfico directo entre fabricante y consumidor y con la transformación de los comerciantes en agentes de los sindicatos y trusts con comisión fija. Este hecho impide, hasta cierto punto, que en la alta coyuntura el comercio suba especulativamente los precios mucho más allá de las estipulaciones de los fabricantes, o que se simule una venta animada cuando en realidad la demanda ha empezado ya a estancarse.[4]

Pero cuando el gran comercio —y solamente a él nos referimos aquí— no ha perdido su vieja posición en favor de la industria o de las secciones mercantiles de los grandes bancos, él mismo presenta una fuerte concentración y restringe mucho la participación de elementos débiles en capital o ajenos a sus actividades. Y cuando, debido a condiciones especiales, el comercio mercantil bursátil juega todavía un papel especial, los movimientos de la especulación son dominados más y más por los bancos, a los que el desarrollo de la organización crediticia concede cada vez más la disposición de todo el capital monetario, estando en condiciones de impedir que los movimientos especulativos vayan más allá de ciertos límites. Finalmente, sobre la restricción de la especulación mercantil actúa el desarrollo de los medios de transporte, que ha reducido mucho la distancia del mercado para las mercancías sometidas particularmente a la especulación, así como el desarrollo del servicio de información, que tiene a cada instante al corriente de la situación de los mercados. Es mucho más difícil la acumulación de productos invendibles en mercados alejados, mientras en las fábricas la producción continúa en

[4] En este sentido hay que restringir la siguiente observación de Marx para las circunstancias actuales: "En segundo término, en el moderno sistema crediticio, el capital comercial dispone de una gran parte del capital dinerario global de la sociedad, de modo que puede repetir sus compras antes de haber vendido definitivamente lo ya comprado [...] Por lo tanto, además de la separación de M — D y D — M, que se desprende de la naturaleza de la mercancía, se crea aquí una demanda ficticia [...] De ahí el fenómeno que ocurre en las crisis, de que éstas no se revelen y estallen por primera vez en la venta al por menor, que tiene relación con el consumo directo, sino en las esferas del comercio mayorista y de los bancos, que ponen a disposición de éste el capital dinerario de la sociedad." (*El capital*, III/6, pp. 389-390.)

el volumen anterior o incluso incrementado. Mas luego, debido a la disminución de la parte relativa de los medios de consumo, la especulación en los productos coloniales, tan funesta en las antiguas crisis inglesas, juega un papel mucho menor, a lo cual contribuye lo suyo la seguridad y regularidad en la llegada, la exactitud y rapidez de la información de mercados. Hay que añadir, además, que la especulación mercantil pierde importancia con el volumen cada vez mayor que toman las industrias de medios de producción, cuyos artículos no están sometidos a la especulación porque la producción deviene progresivamente producción para clientes.

325

En el mismo sentido de obstaculización al nacimiento de las crisis bancarias actúan los cambios de los fenómenos críticos en la industria y en el desarrollo del dominio bancario sobre ella. Hemos visto que la creciente concentración hace más resistentes a las empresas industriales contra el efecto extremo de las crisis, la total bancarrota. Esta resistencia aumenta con la forma de organización de la sociedad por acciones, que, como hemos visto, aumenta al mismo tiempo la influencia de los bancos sobre la industria en forma extraordinaria. Pues la sociedad por acciones incrementa la capacidad de resistencia de la empresa. Facilita la continuación incluso con rendimiento escaso o con pérdidas porque en ella el capital puede entrar de un modo más fácil que en la empresa individual. En segundo lugar, en la sociedad por acciones es más fácil acumular reservas y guardar en los años buenos para los malos. En tercer lugar, el empleo de los medios y la explotación del capital prestado están sometidos a un control más fácil y por eso más agudo. Los bancos controlan directamente la explotación de las sociedades protegidas por ellos con el crédito. El control es más sistemático cuanto más concluyentes sean las tendencias a poner la industria bajo la dependencia de los bancos. Se impide la utilización del crédito para otros fines que no sean los de la empresa misma. En las crisis antiguas desempeñaba un papel muy grande la circunstancia de que los empresarios individuales participaban en gran medida en la especulación y utilizaban para ello su capital de empresa, mientras que continuaban la dirección de su establecimiento con capital de préstamo. Y esto lo impide ahora el control del banco. Por consiguiente, es una concepción doctrinal que combate como un peligro para los bancos la intervención de éstos en la industria, intervención necesaria e inevitable por nacer de las leyes del desarrollo capitalista, y, por el contrario, considera que la banca inglesa, retrasada en cuanto a organización con su división en bancos de depósito y de especulación legal es *el ideal* que hay que alcanzar, si

es necesario fuera, con coacción legal. Esta concepción toma como realidad la apariencia de la banca inglesa, pasando por alto que también en Inglaterra los bancos ponen sus fondos acumulados a disposición de la industria, del comercio y de la especulación. Que en Inglaterra suceda a través de intermediarios y que en Alemania y, en forma algo modificada, también en los Estados Unidos ocurre directamente,[5] se explica por determinadas causas históricas. No obstante, el procedimiento inglés es atrasado y llamado a desaparecer porque dificulta la expansión del crédito bancario.

326

Finalmente, y podemos contentarnos con la referencia a lo dicho en el capítulo sobre la bolsa, la especulación de valores desempeña un papel cada vez menor como factor causal de la crisis bancaria. Con el poder creciente de los bancos los movimientos de la especulación son dominados más y más por aquéllos y no los bancos por los movimientos de la especulación. Con la importancia de la bolsa en general se reduce aún más rápidamente su papel como causa agudizadora de las crisis. Con el papel decreciente de la especulación también corre paralelo un cambio en la psicología del público capitalista. Esta psicología del especulador, a pesar de todos los esfuerzos de sus admiradores por atribuir misteriosamente a su alma toda clase de dones adivinatorios y planes románticos para mejorar el mundo, es bien simple y el cambio en la conducta del público especulador se explica con la misma simplicidad por el tópico del hombre capitalista normal: con los errores se aprende. Aquellas psicosis de masas, como las que producía la especulación al principio de la era capitalista, aquellos tiempos felices en que todo especulador se sentía como un dios, que crea un mundo de la nada, ha desaparecido irremisiblemente. I-a estafa del tulipán con su base idílica de la afición poética a las flores, la patraña de los mares del Sur con su incitante fantasía aventurera de descubrimientos inauditos, los proyectos de Law con sus intenciones de conquista universal, todos acusan la caza abierta de la ganancia diferencial, que tiene su fin en la catástrofe de 1873. Desde entonces ha desaparecido la fe en el poder milagroso del crédito y de la bolsa, el hermoso culto católico sucumbe, a pesar de Bontoux, ante el sobrio conocimiento que ya no quiere creer en la concepción inmaculada por el espíritu de la especulación, sino que toma lo natural naturalmente y deja la fe a los memos, que ya no lo son todos. La bolsa ha perdido sus creyentes y

[5] Nada modifica lo dicho el que a veces se interponga una sociedad de fundación (sociedad en trust) entre el banco y la empresa, puesto que esta sociedad sigue dependiendo dilectamente del banco.

ha conservado únicamente sus sacerdotes, que hacen su negocio a costa de la fe de los demás. Como la fe se na convertido en un negocio, el negocio de la fe es cada día menor. Se ha desvanecido la locura propicia y productiva, los tulipanes se marchitaron hace tiempo, y la planta de café produce todavía beneficio comercial, pero ninguna ganancia especulativa más. La prosa ha derrotado a la poesía de la ganancia.

327

Los momentos mencionados permiten reconocer las causas que introducen un cambio en los fenómenos de las crisis, en tanto se producen por la enormidad de la bancarrota, por los fenómenos agudos de la crisis bursátil, bancaria, crediticia y monetaria. No excluye en ningún modo el nacimiento de tales crisis, pero explica por Jué es más difícil que sobrevengan. Que lo hagan o no depende de la gravedad de las perturbaciones y de la subitaneidad de su aparición. El que sean tan grandes que puedan acarrear acaso la caída de uno de los grandes bancos de Alemania, supuesta una gerencia normal del mismo, es una *cuestio facti* y no un problema de la teoría. Pero todos estos factores no afectan a la aparición de la misma crisis industrial ni al cambio repentino de prosperidad y de presión. Surge la cuestión de si el gran cambio en la forma de organización de la industria, de si los *monopolios* pueden ocasionar cambios cualitativos en los fenómenos de coyuntura mediante su afirmada supresión de la fuerza reguladora del mecanismo capitalista, de la libre competencia. Sabemos que los cárteles pueden producir un desplazamiento del nivel de precios. Crean un nivel distinto de beneficios en las ramas de la producción cartelizadas y no cartelizadas. Sobre esta base cambiada se desarrollan luego los fenómenos de coyuntura que experimenta a su vez ciertas modificaciones a través de los cárteles. Pero a éstos se les atribuyó y se les atribuye aún en parte otro efecto, a saber: no solamente significan una modificación del efecto de las crisis, sino que están en condiciones de suprimir por completo las crisis, ya que pueden regular la producción y adaptar en todo momento la oferta a la demanda. Esta opinión pasa por alto enteramente la naturaleza interna de la crisis. Sólo cuando la causa de las crisis se vea en una superproducción de mercancías, derivada de la imposibilidad de conocer la situación del mercado, puede ser plausible que los cárteles sean capaces de eliminar las crisis restringiendo la producción.

328

Se presenta como verdad irrefutable que la crisis es idéntica con una sobreproducción de mercancías o que la tiene por "causa". Es el hecho que aparentemente se tiene más a mano. Los precios son bajos porque la oferta supera a la demanda, esto es, porque hay

demasiadas mercancías, y cualquier examen superficial de los informes de mercados muestra que los almacenes de mercancías están repletos, los artículos no se venden, esto es, que existe, en efecto, una superproducción de mercancías. Pero los cárteles son capaces de efectuar restricciones de la producción para todas las ramas de la industria; lo que efectuaba ante la ley ciega de los precios, que llevaba a la bancarrota a toda una serie de empresas y las paralizaba disminuyendo los precios: esta bendita limitación de la producción, la procura ahora el entendimiento asociado de los directores cartelizados de la producción. Pero aún hay más: como el cártel puede fijar los precios y cuidar en todo momento del "acuerdo entre la oferta y la demanda", suprime la especulación, controla y supervisa exactamente el comercio, cuando no lo asume directamente, ¿por qué no ha de ser posible, adaptando precisamente la producción a las necesidades, suprimir por completo las crisis y eliminar rápidamente y sin grandes conmociones as pequeñas perturbaciones de la vida económica?

Hubiera sido demasiado bonito, pero no es así. Quien equipara las crisis simplemente a una superproducción de mercancías pasa por alto precisamente la causa principal: el carácter capitalista de la producción. Los productos no son únicamente mercancías, sino también productos de capital, y la superproducción durante la crisis no es una simple producción de mercancías, sino también de capital. Esto no quiere decir sino que el capital ha sido invertido en la producción en tal medida que sus condiciones de explotación han caído en contradicción con sus condiciones de realización, de tal suerte que la venta de los productos no rinde ya el beneficio que hace posible una expansión y acumulación ulteriores. La venta de mercancías se estanca porque cesa la expansión de la producción. Por eso, quien equipara simplemente la crisis capitalista a la sobreproducción de mercancías queda atascado en los principios del análisis de las crisis.

Que no puede tratarse de simple superproducción de mercancías se desprende del hecho de que algún tiempo después de la crisis el mercado se muestra capaz de absorber una cantidad de mercancías mucho mayor. Todo período siguiente de prosperidad supera al anterior notablemente, aunque ni el crecimiento de la población ni el de los ingresos que se tienen para el consumo explicaría esta capacidad incrementada de absorción. Mas trátase de otros factores muy distintos a la simple capacidad de consumo. I.as perturbaciones en la regulación de precios, que llevan, en definitiva, a las relaciones

de desequilibrio y con ello a la contradicción entre las condiciones de explotación y las de realización, no son disminuidas por los cárteles sino agudizadas.

329

Los cárteles hacen que cese la competencia dentro de una rama de la producción, o mejor dicho, que sea latente, que no se manifiesten los efectos reductores de precios de la competencia dentro de esta esfera. En segundo lugar, hacen que la competencia de los sectores cartelizados transcurra a base de una tasa de ganancia más elevada frente a las industrias no cartelizadas. Pero no pueden cambiar nada en la competencia de los capitales por las zonas de inversión, en los efectos de la acumulación sobre la formación de precios y, por eso, no pueden impedir el nacimiento de relaciones de desequilibrio.

Hemos visto que, durante la prosperidad, la competencia dentro de los mismos sectores de la producción no ejerce efecto alguno reductor de precios; la demanda supera a la oferta, y, en este caso, existe competencia entre los compradores y no entre los vendedores. La competencia entre los vendedores entra en vigor y los precios empiezan a bajar solamente cuando la oferta supera a la demanda. Pero de todo el mecanismo de la producción resulta que los cárteles siguen a la formación de precios y no la determinan. Supongamos que los cárteles permanecen con los precios bajos en el período de prosperidad. Entonces no tiene lugar ningún aumento de las ganancias, ninguna acumulación incrementada. Si los precios de las industrias cartelizadas permanecieran bajos y aumentaran los de las no cartelizadas, habría una fuga de capital en la industria cartelizada. Habría muy pronto sobreproducción de capital en las ramas de la producción no cartelizadas y una subproducción en las cartelizadas, es decir, se produciría el más agudo desequilibrio, que conduciría a la crisis general, puesto que la crisis es posible también con producción permanente e incluso disminuida. En realidad el cártel hubiera estallado mucho antes, porque el deseo de beneficios no se ha satisfecho, sino paralizado, esto es, había eliminado el motivo de su existencia. La regulación parcial, es decir, la fusión de toda una rama industrial en una empresa no influye en las relaciones de desequilibrio de la industria total. La anarquía de la producción no se elimina mediante restricción cuantitativa de los elementos individuales con fortalecimiento simultáneo de su eficacia e intensidad; en general, no puede ser eliminada a plazos o gradualmente. Producción regulada y anárquica no son contrastes cuantitativos, de tal modo que remendando progresivamente la “regulación” se pueda convertir la anarquía en organización consciente. Es más cierto que semejante

conversión sólo puede ocurrir súbitamente mediante la subordinación de toda la producción al control consciente. Quién ejerce este control y a quién pertenece la producción es una cuestión de poder. Un cártel general sería en sí económicamente concebible, un cártel que dirigiera la producción total y suprimiera así las crisis, aunque semejante situación es una imposibilidad social y política, puesto que sucumbiría ante la contraposición de intereses, agudizada al máximo. Pero esperar una eliminación de las crisis por parte de los cárteles individuales no prueba más que el desconocimiento de las causas de las crisis y de las conexiones internas del sistema capitalista.

330

Así como los cárteles no pueden impedir el nacimiento de las crisis, tampoco pueden sustraerse a sus efectos. De todos modos, si se identifica la crisis con la sobreproducción de mercancías, el remedio sería bien simple. El cártel disminuye la producción, esto es, ejecuta a ritmo acelerado y quizá también en mayores proporciones lo mismo que hubiera efectuado la crisis por medio de la bancarrota y las restricciones en las empresas. Los efectos sociales, especialmente el paro y la reducción de los salarios, serían naturalmente los mismos. No obstante, los capitalistas cartelizados podrían mantener los precios elevados, ya que la oferta se ha restringido mucho. Los precios se mantendrían altos, el beneficio se reduciría porque la venta sería menor y los costes de producción mayores. Pasado algún tiempo el mercado absorbería los productos excedentes y podría iniciarse la fase de prosperidad. Sin embargo, esta argumentación es tan simple como falsa. Como presupuesto del restablecimiento de la prosperidad hemos de observar dos condiciones: 1] la creación del equilibrio, necesaria para que cese la depresión; 2] la expansión de la producción, pues sólo ésta significa prosperidad.

Ahora bien, la política cartelista descrita dificultaría precisamente la entrada de estas condiciones. La restricción de la producción significa el cese de toda nueva inversión de capital; el mantenimiento de los precios altos agudiza el efecto de la crisis para todas las industrias no cartelizadas o que no lo están tan sólidamente. Aquí la ganancia disminuirá mucho más y las pérdidas serán mucho mayores, y, en consecuencia, dará lugar a restricciones aun mayores de la producción. Con ello se vuelve a fortalecer el desequilibrio; las ventas de la industria cartelizada sufren aún más, se comprueba que, a pesar de la restricción, todavía dura la “sobreproducción”, y que incluso se ha acentuado. Una nueva restricción a la producción significa otra congelación más de capital con “gastos generales” permanentes, esto es, nueva subida de los propios precios de costo y, por eso, otra

disminución incluso manteniendo los precios elevados. Su alto nivel atrae a los *outsiders*; éstos pueden contar con costes de trabajo y de inversión bajos, puesto que todos los precios han descendido, y por eso son capaces de competir y empiezan a ofrecer mejores precios que el cártel. Éste no puede mantener por más tiempo los precios, y su caída alcanza también a la industria cartelizada. Corrígense las intervenciones artificiales y la formación de precios sigue las leyes que los cárteles pretendían en vano suprimir para ellos.[6] A base de la nueva formación de precios se realiza una nueva distribución del capital en los distintos sectores de la producción, y poco a poco se restablecen las relaciones de equilibrio; se ha vencido la depresión. La prosperidad puede empezar tan pronto como las innovaciones técnicas o los nuevos mercados motiven una demanda incrementada, la cual ocasiona nueva inversión de capital productivo, sobre todo de capital fijo.

331

Por consiguiente, los cárteles no eliminan los efectos de las crisis. Las modifican en tanto cargan la violencia de la crisis a las industrias no cartelizadas. La diferencia de la tasa de ganancia en las industrias cartelizadas y las no cartelizadas, que, por término medio, es tanto mayor cuanto más sólido sea el cártel y más seguro su monopolio, es menor durante la prosperidad y mayor durante la depresión. El cártel puede también estar en condiciones de mantener la ganancia durante el primer momento de la crisis y la depresión por más tiempo que las industrias libres y de agudizar para éstas el efecto de la crisis. Esta circunstancia no carece de importancia porque precisamente durante la crisis y los primeros tiempos que la siguen la situación de los industriales es más difícil y su independencia está en mayor peligro. El que precisamente durante este tiempo no reciban ninguna facilidad con la política de cártel reduciendo los precios de sus materias primas, etc., es un factor que tiene importancia para el empeoramiento de la situación en las industrias no cartelizadas y para la rápida introducción de la concentración.

[De: Rudolf Hilferding, *El capital financiero*, traducción de Vicente Romano García, Madrid, Tecnos, 1963, pp. 321-333.]

[6] Lo mencionado más arriba se ilustra con la conducta del trust de! acero. En 1907-1908 limitó su producción al mínimo para mantener los precios. Un años después el mercado del hierro estaba desconcertado y arrastró en su desconcierto a los demás mercados de metales.

OTTO BAUER

El artículo de Bauer, “Die Akkumulation des Kapitals”, se publicó en la revista teórica de la socialdemocracia alemana *Die Neue Zeit* (año XXXI, vol. 1 (1912-1913), pp. 831-838 y 862-874) poco después de la aparición del libro de Rosa Luxemburg. Es indudablemente el trabajo teórico más significativo del conjunto de intervenciones críticas a que dio lugar *La acumulación del capital* y, por diversas razones, siguió siendo durante largo tiempo el texto teórico de base para destruir las posiciones luxemburguianas. Tanto para Kautsky como para Lenin, por ejemplo, este trabajo de Bauer representó la refutación más precisa y contundente de la interpretación dada por Rosa Luxemburg del proceso de realización del capital, y la demostración de que era contradictoria con el espíritu y la letra del sistema teórico marxiano.

Al rechazar formalmente la teoría del derrumbe como una mera invención de Bernstein, Kautsky trató de elaborar en su polémica con Tugán-Baranovski una explicación de las crisis fundada en el "subconsumo” de las masas, el cual es solamente la causa *última* y no la directa de los trastornos capitalistas. El límite histórico del capitalismo reside en su necesidad insoslayable dé expandirse, porque en el curso de la acumulación del capital las fuerzas productivas tienden a desarrollarse más rápidamente que el mercado mundial, lo cual provoca una insuficiencia de mercados. Más que hacia el derrumbe, el capitalismo marcharía hacia un período de “depresión crónica", del cual emergería el socialismo por la lucha y la voluntad política de las masas trabajadoras. El “límite histórico” del capitalismo y la "necesidad objetiva” del socialismo debía encontrarse en última instancia en el campo de la “realización” del capital.

Es indudable que en la revisión sustancial de esta concepción, que se opera en Kautsky desde los años diez y más claramente en la posguerra y que lo lleva a sostener en 1926-1927 una posición radicalmente distinta, fueron las elaboraciones teóricas de Bauer las que le sirvieron de apoyo. Fue a través de éstas (que aportaron, según él, “la crítica más significativa a la teoría de Rosa Luxemburg) como Kautsky se reconcilia más de 25 años después con Tugán-Baranovski y su doctrina de la proporcionalidad. En *Materialistische Geschichtsauffasung* (1927, vol. II, p. 548), Kautsky afirma, en

contradicción con su pasado, que la proporcionalidad de los distintos sectores de la producción es la condición básica para que se opere un desarrollo normal e ilimitado del capitalismo. Las crisis resultan ser así perturbaciones "meramente transitorias" causadas por la inobservancia de la producción en la constitución de los distintos ramos de la producción. "Apenas esta proporcionalidad es perturbada en medida considerable, todo el mecanismo de producción se desconecta, arribándose así a una crisis. Precisamente a través de ésta el entero aparato económico es, no obstante reducido, aunque con grandes perjuicios para todos aquellos que quedan afectados. La proporcionalidad correcta acaba siempre por reconstituirse y retoma el avance de la producción." Y según Kautsky, este proceso puede proseguir de tal modo hasta el infinito.

334

De este modo Kautsky clausuraba la brecha aparente que se había producido en el interior de la socialdemocracia alemana entre la interpretación revolucionaria tradicional de la teoría marxiana, y el ala más inclinada a ''readecuar" teóricamente el marxismo a los cambios operados en la sociedad capitalista y que aparecían como contradiciendo las supuestas leyes económicas ineluctables sobre las que se basaba el cuerpo teórico del marxismo de la Segunda Internacional.

Lenin, a su vez, había ofrecido en sus escritos contra los populistas una interpretación de la teoría de la realización de Marx que lo acercaba peligrosamente a la teoría de la "desproporcionalidad" de las crisis de Bulgákov y de Tugán-Baranovski. Como bien demuestra Rosdolsky, el postulado de Lenin según el cual la relación entre producción y consumo debía ser incluida dentro del concepto de la proporcionalidad, aun con la salvedad expresada por Lenin de que la proporcionalidad de las ramas de la producción depende también de las relaciones de consumo, desemboca necesariamente en una teoría de las crisis que reconoce a la proporcionalidad como su fundamento real. Es por esto que Lenin mantuvo una posición de total rechazo frente a *La acumulación del capital* de Rosa Luxemburg y consideró al artículo de Bauer como su refutación decisiva. En una carta a los editores del periódico ruso *Sozialdemocrat*, en marzo de 1913, escribe el siguiente párrafo definitorio: "Acabo de leer el nuevo libro de Rosa. Disparata de una manera increíble, y tergiversa a Marx. Mucho me alegra que tanto Pannenkoek como Eckstein y Otto Bauer hayan rechazado unánimemente su libro, presentando en su contra los mismos argumentos que yo ya utilicé en 1899 contra los *narodniki*." Un juicio semejante emite Lenin en 1915 en su conocido ensayo sobre

Marx ("La teoría de Marx de la acumulación del capital se trata en un nuevo libro de Rosa Luxemburg. Análisis de su errónea interpretación de la teoría de Marx se encuentran en el artículo de Otto Bauer en *Die Neue Zeit*, 1913, y en las reseñas de Eckstein en *Vorwärts* y de Pannekoek en *Bremer Bürgerzeitung*"). Rosdolsky se pregunta con razón por las causas de esta curiosa coincidencia entre el representante más conspicuo del ala radical del marxismo y los exponentes del neoarmonicismo socialdemócrata. Y más allá de las circunstanciales razones políticas, y de las coincidencias teóricas sobre el problema de la realización, Rosdolsky señala el común desconocimiento que tenían ambas posiciones (desconocimiento en el que también incurría Rosa Luxemburg) de los aspectos metodológicos de la cuestión. Ninguno de ellos comprendió claramente que los esquemas de la reproducción y el análisis del tomo u de *El capital* no podían esclarecer por si mismos todo el complejo problema de la realización y que para que pudiera entenderse la función que desempeñaban en el sistema de Marx debían necesariamente ser vinculados con toda la teoría marxiana de las crisis y del derrumbe.

335

Es evidente que toda la discusión suscitada en el campo marxista acerca del carácter y la naturaleza de los esquemas de la reproducción elaborados por Marx tiene por base la atribución a éstos de una "existencia social objetiva” capaz de restituirnos una imagen exacta del proceso capitalista de producción, de forma tal que partiendo de los esquemas de reproducción se pueden alcanzar conclusiones relativas a los acontecimientos de la realidad capitalista. Sin embargo, el modelo de Marx de la reproducción ampliada que se encuentra en equilibrio en un sistema capitalista "puro” (es decir, compuesto exclusivamente de capitalistas y obreros) no pretendía ser en modo alguno un reflejo fiel del mundo capitalista concreto. Entre otras cosas por la razón fundamental de que no tomaba en consideración la anarquía de la producción imperante en el capitalismo real (lo cual presupone necesariamente pasar del nivel de análisis de los libros I y II de *El capital*, que versa sobre “el capital en general", al del libro III, instalado en el terreno de los "múltiples capitales"), y además porque no toma en cuenta el conflicto entre producción y consumo, que es inseparable de la esencia misma del sistema capitalista. Para Marx, en el capitalismo el desarrollo proporcional de las diversas ramas de la producción, así como el equilibrio entre producción y consumo, es algo imposible de lograr en forma constante y permanente; el desequilibrio es la norma, mientras

que el equilibrio es la condición de funcionamiento. Sin una tendencia hacia el equilibrio el sistema no puede funcionar, pero esta tendencia se impone a través de constantes dificultades y perturbaciones. Es por eso que los esquemas de la reproducción de Marx no son una mera abstracción, sino, como afirma Rosdolsky, "una porción de la realidad económica, aun cuando Ja proporcionalidad de las ramas de la producción, postulada por estos esquemas, sólo pueda ser temporaria y únicamente pueda presentarse como un proceso constante a partir de la desproporcionalidad" (p. 545 de la edic. en español citada).

De ahí entonces que tratar de probar a través de dichos esquemas la imposibilidad de la realización (Rosa Luxemburg) o la capacidad del capitalismo de desarrollarse ilimitadamente a condición de que mantenga la proporcionalidad en sus ramas productivas (Hilferding, Bauer y el propio Kautsky), no expresa otra cosa que el vicio de origen que caracterizó a todo el marxismo de la Segunda (y también, por supuesto, a gran parte del de la Tercera) Internacional. Mientras que para Rosa Luxemburg los esquemas mostraban la imposibilidad de funcionamiento de un sistema capitalista “puro” y la necesidad histórica del socialismo como emergente de la propia naturaleza *económica* del sistema, esos mismos esquemas servían a Hilferding y a Bauer para presentar la reproducción y la acumulación del capital como un proceso automático y permanente que no enfrentaba a barrera alguna derivada de la naturaleza del modo de producción capitalista.

336

No podía hablarse entonces de ninguna tendencia al derrumbe de ese modo de producción, que sólo podía destruirse en virtud de la lucha de clases. Pero puesto que el razonaminto de Rosa Luxemburg había mostrado que los esquemas de la reproducción ampliada de Marx no habían sido completados por el propio autor, que tenían formulaciones matemáticas deficientes y que prescindían, incorrectamente, de todas las modificaciones del modo de producción ocasionadas por el progreso técnico, Bauer se propuso construir un nuevo esquema que incorporando este elemento, mostrase no obstante un equilibrio duradero entre los dos sectores de la producción.

Bauer pretende demostrar en su artículo la posibilidad de un curso imperturbado de la acumulación aun incorporando la hipótesis de una composición orgánica constantemente creciente del capital. Pero como señala correctamente Rosdolsky, "para conseguirlo, Otto Bauer debe abandonar evidentemente [...] una de las premisas fundamentales de los esquemas de Marx: la de que la única relación

entre los sectores i y II consistiría en el intercambio reciproco de sus respectivos productos. Por el contrario, hace que el sector II, que a causa de los desplazamientos técnicos ocurridos en virtud de la creciente composición orgánica del capital permanece siempre como un residuo invendible de mercancías, 'invierta' todos los años en el sector I una suma de dinero equivalente al valor de ese residuo de mercancías, a fin de que este sector amplíe su producción y que al año siguiente disminuya el residuo real de mercancías del sector II. Entonces pueden crecer y acumular ambos sectores de la producción social sin originarse jamás una discrepancia en el valor de los productos que deben intercambiar y que pueda amenazar con hacer detener el *perpetuum mobile* de la acumulación del capital" (pp. 545-546 de la edic. en español cit.). De tal modo, Bauer invalida un presupuesto marxiano mediante el cual Marx quería mostrar cómo puede resolverse en el plano social la antinomia entre valor de uso y valor de cambio.

El examen detenido del esquema elaborado por Bauer, tarea en la que se empeñaron Rosa Luxemburg, en su Anticrítica, y varios años después Henryk Grossmann, en *Das Akkumulationsund Zusammenbruchgesetz des kapitalistischen Systems* (1929), demostró una vez más que cualquier intento de sustituir el modelo marxiano de la reproducción ampliada por otro que tenga en cuenta el mayor número posible de factores "de la realidad" capitalista, acaba siempre por chocar contra las barreras a la producción capitalista que derivan de la propia naturaleza del capital. De ahí que Grossmann, al prolongar los cálculos de Bauer de 4 a 25 años, pudo demostrar que la tendencia al derrumbe del sistema se abría paso aun en un esquema preparado cuidadosamente para deducir lo contrario.

337

La crítica más contundente a toda esta polémica sobre la validez de los esquemas de reproducción del capital y sobre el real significado de la teoría de la acumulación y del derrumbe del sistema capitalista elaborada por Marx, fue hecha por Grossmann en su artículo: "Das Wert Preis Transformation bei Marx und das Krisenproblem" [La transformación de los valores en precio en Marx y el problema de las crisis] publicado por primera vez en la *Zeitschrift für Sozialforschung* (año I, 1932, pp. 55-84). Deteniéndose en una reconstrucción cuidadosa y original del método marxiano de crítica de la economía política, Grossmann demuestra luego que la incomprensión de la metodología de Marx condujo equivocadamente a que toda la discusión de este tema tomara en cuenta los valores y no los precios. Dado que se trata de sectores individuales del esquema, el supuesto

de los valores es ficticio y contrasta con la realidad. “El esquema de reproducción desarrollado en el libro II de *El capital* con sus valores y con diferentes tasas de ganancia —no niveladas por la competencia— no corresponde a la realidad. Si la teoría del valor no debe oponerse a los fenómenos reales, sino que debe explicarlos, entonces los valores —de acuerdo con las indicaciones que da Marx en el libro III de *El capital*—, deben transformarse, gracias a la competencia, en precios de producción más concretos, es decir debe desarrollarse una ‘masa de eslabones’ que conduzca a la tasa general de ganancia [...] En la medida en que Rosa Luxemburg y Otto Bauer atribuyen una validez real directa a la hipótesis metodológica de Marx, según la cual las mercancías se venden a su valor, dejan desde un principio fuera del campo de su problemática la necesidad de transformar los valores en precios de producción y en precios comerciales. Renuncian al método de aproximaciones sucesivas en las relaciones expuestas en el esquema, al método de lograr una exactitud creciente para el esquema de reproducción. No es necesario aproximarse gradualmente a la comprensión de la realidad, ya que —según Rosa Luxemburg y Otto Bauer— ¡el esquema refleja por sí mismo la realidad! [...] Considerando todo esto, resulta obvio que después de este fatal desconocimiento del método de Marx, no vean ni tomen en cuenta la vinculación del problema de la transformación de los valores en precio con el problema de las crisis."

Como indica Grossmann en una carta a Mattick de agosto de 1931, si el propósito del investigador es evidenciar la tendencia de la acumulación y sus consecuencias en la sociedad capitalista tomada "en su conjunto" puede tomarse como base el supuesto de Marx de que los valores y los precios son idénticos, y un análisis en términos de valores es metodológicamente correcto. Pero si el investigador se coloca en el terreno de la teoría de la proporcionalidad y considera la relación recíproca entre los dos sectores de la producción como el problema más importante del esquema, en este caso no pueden dejarse metodológicamente de lado los precios. Para sintetizar, el problema aparece entonces formulado del siguiente modo:

“1] Si en el esquema se consideran sólo los valores, se obtienen diferentes tasas de ganancia en cada una de las esferas. El esquema es por lo tanto irreal, y sólo en este tipo de esquema aparece el "residuo no comerciable” descubierto por Rosa Luxemburg;

”2] Pero si se quiere llegar a la misma tasa de ganancia en todas las esferas, debe desplazarse una parte del plusvalor desde el sector II al sector I. Toda la argumentación de Rosa Luxemburg se viene abajo. En

Marx, el esquema del valor es únicamente una hipótesis temporal, posteriormente los valores deben transformarse en precios, acercándose así a la realidad concreta. A la luz de este problema, usted puede observar una vez más la importancia del método de aproximación de Marx que he logrado reconstruir” (cf. Henryk Grossmann, *Marx, l’economía politica classica e il problema della dinamica*, Barí Laterza, s. f., pp. 130-131).

Las consideraciones hasta aquí hechas nos llevan a la conclusión de que toda la problemática abierta en la Segunda Internacional acerca de los esquemas del libro II de *El capital*, y que fue asumida por aquélla como su principal objeto de reflexión para dilucidar el problema del destino del capitalismo, reconoce un vicio de origen derivado de la total incomprensión del significado, de la naturaleza y de los presupuestos metodológicos de la crítica marxiana de la economía política. Solamente así pudo darse que una construcción teórica de Marx, destinada fundamentalmente a mostrar las condiciones hipotéticas de equilibrio de la reproducción ampliada (aclaramos: manteniéndose constantes las condiciones de la producción) pudiera ser utilizada para resolver el problema del destino del capitalismo, lo cual remite necesariamente al problema infinitamente más complejo de su ley global de movimiento y de desarrollo.

Dada la importancia que tuvo la contribución de Otto Bauer en la controversia respecto de la interpretación de los esquemas de la reproducción de Marx, contribución que aun sigue siendo acogida como válida por economistas del campo socialista como Lange, Kowalik y muchos otros,[1] hemos procedido a incorporarla sin corte alguno en nuestra recopilación, colocándola antes del texto de Rosa Luxemburg. Si bien el artículo de Bauer es una respuesta polémica a las posiciones de la revolucionaria polaca, y de ésta sólo incorporamos fragmentos de su *Anticrítica*, destinada precisamente a refutar a Bauer, creimos más conveniente respetar estrictamente el criterio cronológico.

---

[1] Rosdolsky recuerda que "el ensayo de Otto Bauer que contiene este esquema fue impreso varias veces en las ediciones soviéticas de la obra de Rosa Luxemburg, evidentemente para servir como una suerte de antídoto. Tal lo que ocurre en la edición de 1934...” (edic. cit., p. 551).

339

LA ACUMULACIÓN DEL CAPITAL

ACUMULACIÓN Y FUERZA DE CONSUMO

En cada año los capitalistas transforman una parte del plusvalor obtenido en capital. Ellos emplean una parte del plusvalor para ampliar las antiguas fábricas y crear nuevas; por lo tanto, para expandir su aparato productivo y aumentar el ejército de obreros que está a su servicio. Esta transformación de una parte del plusvalor en capital es lo que Marx llama *acumulación del capital*. Cuanto más avanza el desarrollo capitalista, tanto menor se vuelve la parte del plusvalor que es consumida por los capitalistas, tanto mayor la parte del plusvalor que es acumulada por ellos. La *tasa de acumulación*, es decir la relación de la parte de plusvalor acumulada con el plusvalor global, crece.

Mientras la acumulación del capital avanza ilimitadamente, el aparato productivo de la sociedad se extiende, aumenta considerablemente la masa de mercancías que es producida en las fábricas de los capitalistas, y se le fijan límites estrechos a la *fuerza de consumo* de la sociedad capitalista. El poder adquisitivo de la *clase obrera* crece más lentamente que el capital; pues con el desarrollo de las fuerzas productivas desciende el valor de la fuerza de trabajo, disminuye la participación de la clase obrera en el producto de valor social. Cuanto más acumulan los capitalistas, tanto menos pueden consumir. Por ello es que la fuerza de consumo de la sociedad capitalista queda siempre otra vez rezagada detrás de las fuerzas productivas ilimitadamente desarrolladas. Esta contradicción interna del modo capitalista de producción conduce a un *descenso en la lasa de ganancia*. Ésta se hace evidente en las crisis catastróficas, en las cuales la masa de mercancías arrojada al mercado por el expandido aparato productivo busca en vano compradores.

La explicación de las crisis a partir de la desproporción entre la acumulación del capital y la fuerza de consumo de la sociedad, fue desarrollada primero por Sismondi, y continuada luego por Malthus, Chalmers y Rodbertus. Para Sismondi constituye una parte integrante esencial de su crítica del capitalismo, para Malthus y Chalmers, el presupuesto de su demostración de que la sociedad capitalista necesita "terceras personas’’ para poder colocar sus mercancías, terceras personas que consumen sin producir.

La explicación del descenso de la tasa de ganancia a partir de la desproporción entre la acumulación del capital y el crecimiento de la población obrera fue demostrada primeramente por Pamphlet, en 1821, y luego por Hodgskin y Ramsay.

340

Los defensores del capitalismo combatieron estas doctrinas.

Ellos niegan la posibilidad de una sobreacumulación generalizada. Con el crecimiento de la producción de mercancías crece también el poder adquisitivo de los productores. Las crisis sólo podrían originarse por la desproporción entre las ramas de la producción, no por una sobreproducción generalizada. El hecho de que el obrero deba repartir el valor de su producto con el capitalista, no modificaría esto. Pues cuanto menos pueden consumir los obreros, tanto mayor se vuelve el poder adquisitivo de los capitalistas: la magnitud global de la demanda de mercancías permanece por lo tanto invariable ya sea que aumente o descienda la parte de los obreros en el valor de producto. Tampoco importa la tasa de acumulación, pues si ella aumenta entonces en proporción se habrán de comprar menos bienes de consumo, pero tanto más medios de producción. Esto es lo que afirman Ricardo, Mac Culloch y Say.

Así como las crisis, el descenso de la tasa de ganancia no podría explicarse a partir de la sobreacumulación. La tasa de ganancia sólo descendería porque las crecientes dificultades del aprovisionamiento de medios de subsistencia elevan el valor de la fuerza de trabajo y bajan la tasa de plusvalor. El descenso de la tasa de ganancia es, por lo tanto, atribuido a ineludibles leyes naturales: a la sobrepoblación y al descenso del producto de la tierra. Así en especial Ricardo y John Stuart Mill.

Marx acabó definitivamente con estos argumentos de la escuela de Ricardo-Say, pero al mismo tiempo proporcionó una formulación completamente nueva a la doctrina basada en Sismondi sobre la contradicción interna de la acumulación capitalista. Marx dividió la producción capitalista en dos partes: *producción de medios de producción y producción de bienes de consumo*. Demostró que la reproducción del capital sólo puede producirse sin perturbaciones cuando entre ambas ramas de la producción existen determinadas relaciones cuantitativas. Pero esta armonía puede ser lograda en la sociedad capitalista solamente como “resultado del proceso de supresión de las desarmonías existentes”. Por ello las crisis no aparecen como casuales fenómenos concomitantes ocasionados por casuales desproporciones de la producción, sino como fases

inevitables de la reproducción del capital, porque sólo a través de ellas son restablecidas las relaciones de magnitudes necesarias entre las dos ramas de la producción social. Pero el descenso de la tasa de ganancia se opera aunque exista una total proporcionalidad de la producción, no como resultado de ineludibles leyes naturales, sino como resultado del hecho de que el capital crece más rápidamente que la fuerza de trabajo que lo mueve, que sólo produce plusvalor.

341

Los esquemas del segundo tomo de *El capital*, en los cuales Marx expuso las condiciones de equilibrio entre las dos ramas de la producción influyeron poderosamente sobre la *literatura económica* rusa. Ésta discutió la cuestión de si el capitalismo es también para Rusia una "necesidad transitoria"; si, como creían los *zapádniki* (occidentalistas) Rusia debería adoptar las estructuras económicas, sociales y políticas de Europa central y occidental o, si como creían los eslavófilos debía conservar su particularidad y originalidad nacional; dicho de manera socialista: si también en Rusia constituyen presupuestos del socialismo la concentración del capital, la proletarización de la masa del pueblo, la lucha de clases entre burguesía y proletariado, como enseñaban los socialdemócratas, o si en Rusia, sin atravesar por el capitalismo, podría construirse un estado socialista sobre la base del mir, de la comunidad campesina, como suponían los *naródniki* (populistas) y sus seguidores, los socialistas revolucionarios. En esta querella fue discutida la cuestión de si el capitalismo en realidad podría extenderse más allá del territorio de Europa central y occidental; si el desarrollo de una producción capitalista en el Este no fracasaría ante la imposibilidad de colocar las mercancías producidas por un aparato productivo ampliado. Los marxistas, en lucha contra los naródniki, mostraron apoyados en los esquemas de Marx que el capitalismo podía extenderse totalmente y el aparato productivo ampliarse en forma considerable, sin que se redujera para los capitalistas el mercado para sus mercancías, puesto que el equilibrio entre la producción de medios de producción y la producción de bienes de consumo puede ser siempre restablecido mediante el mecanismo capitalista.

La querella entre los marxistas y los naródniki en Rusia está resuelta por la historia. Pero ahora Rosa Luxemburg, por supuesto con un objeto completamente diferente, recoge nuevamente la tesis de la limitación del capitalismo. Su libro *Die Akkumulation des Kapitals. Ein Beitrag zur oekonomischen Erklärung des Kapitalismus* (Berlín, 1913, *Vorwärts*) da una nueva formulación a este problema que se viene planteando desde los días de Sismodi.

Supongamos en primera instancia la reproducción simple: todo el plusvalor se consume, y ninguna parte se acumula. En ese caso, la producción total se representa, según Marx, en el siguiente esquema:

I. Industrias de medios de producción:
capital constante (c_1) + capital variable (v_1) + plusvalor (pv_1)

II. Industrias de bienes de consumo:
capital constante (c_1) + capital variable (v_1) + plusvalor (pv_1)

342

Las industrias de medios de producción deben adquirir medios de vida a las industrias de los bienes de consumo: 1] para la alimentación de sus obreros por el importe de v, 2] para el consumo de sus capitalistas por el importe de pv; vale decir, en conjunto, por un importe de $v + pv$. Por su parte, las *industrias de bienes de consumo* deben comprarles a las industrias que los producen, medios de producción por el importe de c para renovar su capital constante. El intercambio entre ambos grupos se desarrolla sin perturbaciones si $c_1 = v + pv$. Ésa es la condición del equilibrio en la reproducción simple.

Otro es el caso en la reproducción en escala ampliada. En ese caso, la producción total se representa en el siguiente esquema:

I. Industrias de medios de producción:
capital constante (c_1) + capital variable (v_1) + parte consumida del plusvalor (k) + parte acumulada del plusvalor (a)

II. Industrias de bienes de consumo:
capital constante (c_1) + capital variable (v_1) + parte consumida del plusvalor (k_1) + parte acumulada del plusvalor (a_1)

Aquí surgen dificultades. Las industrias de los medios de producción compran medios de vida por el importe $v + k$, y por ese importe las industrias de bienes de consumo les compran medios de producción para la renovación de su capital constante. Pero ¿qué ocurre con a y a_1? En primer término, a está objetivada en medios de producción; ¿quién puede comprarla? Por su parte, a_1, está encarnada en bienes de consumo: ¿dónde pueden venderse? Aquí, Rosa Luxemburg echa mano de la antigua hipótesis de las "terceras personas”. Según cree, *la parte así acumulada del plusvalor no puede realizarse en absoluto, si la producción capitalista no puede colocar los valores excedentes fuera de su propia esfera: entre los pequeñoburgueses y pequeños campesinos que producen de manera no-capitalista.* Esto explicaría la insistencia del capital en el sentido de la ampliación de sus mercados. De ahí la tendencia a destruir la

economía natural, de transformar por doquier la producción simple de mercancías en la industria capitalista, vale decir, de ahí el imperialismo. Pero en cuanto el terreno de ventas deja de ser extensible, el capitalismo ya no puede colocar una gran parte de sus mercancías. Se ahoga en la riqueza por él creada. Entonces suena su hora postrera... Tal es el pensamiento fundamental de la obra de la camarada Luxemburg. Nos queda por someterlo a prueba para constatar su exactitud.

343

ACUMULACIÓN Y CRECIMIENTO DE LA POBLACIÓN

Toda sociedad cuya población crece, debe ampliar todos los años su aparato de producción. Esta necesidad subsistirá tanto para la sociedad socialista del futuro como para la sociedad capitalista del presente, tal como existió para la producción simple de mercancías o para la economía agrícola del pasado, que producía para sus propias necesidades.

Supongamos que en una sociedad socialista, la población crece en un 5 por ciento anual. El año próximo, la sociedad tendrá que alimentar un 5 por ciento más de personas que este año. Para eso, la sociedad: 1] ya debe producir este año determinados bienes de consumo que necesitará el crecimiento de la población durante el año próximo, por ejemplo tendrá que construir tantas viviendas como para que las reservas totales de viviendas se incrementen en un 5 por ciento; tendrá que cultivar tanto trigo como para que las reservas de pan después de la cosecha próxima se hayan incrementado en un 5 por ciento, etc., 2] ya deberá producir actualmente tantos medios de producción para que el año siguiente puedan ponerse los locales y medios de trabajo necesarios a disposición de un ejército de trabajadores aumentado en un 5 por ciento. Cada año, la sociedad debe aplicar una parte de su trabajo a la producción de los bienes de consumo y de los medios de producción que necesitará al año siguiente el incremento de la población.

Otro tanto deberá hacer también la sociedad capitalista; pero en este caso, la ampliación del aparato de producción y de las reservas de medios de vida están ligadas a la acumulación del capital. Una parte del plusvalor se transforma en capital, más exactamente una parte del plusvalor acumulado se transforma en capital variable, mientras que otra parte se suma al capital constante. Los capitalistas llevan a cabo esta acumulación para aumentar su ganancia; pero el

efecto social de esta acumulación es que se preparan los bienes de consumo y los medios de producción necesarios para el crecimiento de la población. El aumento del capital variable expresa la creación de los medios de vida para el crecimiento de la población, mientras que el aumento del capital constante expresa la creación de los espacios y medios de trabajo para el crecimiento de la población.

Pero mientras que en la sociedad socialista los órganos sociales que dirigen planificadamente la producción velan para que la ampliación del aparato de producción y la multiplicación de las reservas de medios de vida mantengan el mismo ritmo que el crecimiento de la población, la sociedad capitalista no posee órganos de esta naturaleza. En ella, la acumulación del capital depende del antojo de los capitalistas. De ahí que pueda quedar a la zaga del crecimiento de la población o superarlo. Investiguemos en primer término cómo tendría que llevarse a cabo la acumulación del capital para mantener su equilibrio con el crecimiento de la población. Una vez que lo hayamos descubierto, no nos resultará difícil comprender los efectos que debe producir la perturbación de este estado de equilibrio.

344

Supongamos que la población crezca en un 5 por ciento anual. De conservarse el equilibrio, también el capital variable debe aumentar en un 5 por ciento anual. *El capital* constante crece más rápidamente que el variable; el grado de desarrollo de la técnica alcanzado en cada caso determina cuánto más rápidamente lo hace. Supongamos que el capital constante aumenta anualmente en un 10 por ciento. Obtenemos así, por ejemplo, la siguiente serie:

CUADRO I

	capital constante	*capital variable*
1er año	200.000	100.000
2º año	220.000	105.000
3er año	242.000	110.250
4º año	266.000	115.762

Para simplificar la investigación, supongamos en primera instancia que la tasa de plusvalor permanece inalterada. La misma es del 100 por ciento. La masa del plusvalor es, cada año, de la misma magnitud que la del capital variable. ¿Cuál parte del plusvalor se acumula, y cuál se consume? Se acumula aquella parte que basta para aumentar el capital variable en un 5 por ciento, y el capital constante en un 10 por

ciento. Así, por ejemplo, durante el primer año el plusvalor asciende a 100.000. Para aumentar el capital constante (de 200.000 a 220.000) se emplean 20.000, para el aumento del capital variable (de 100.000 a 105.000) se emplean 5.000. Por lo tanto, en total se acumulan 25.000, se consumen 75.000. En el curso de los cuatro años, la evolución presenta aproximadamente el siguiente aspecto:

345

CUADRO II

	el plusvalor asciende a	*se consumen*	*se agregan al capital constante*	*se agregan al capital variable*
1er año	100.000	75.000	20.000	5.000
2º año	105.000	77.750	22.000	5.250
3er año	110.250	80.539	24.200	5.511
4º año	115.762	83.374	26.600	5.788

Cada año se sustrae, al principio, el 5 por ciento del plusvalor al consumo de los capitalistas, para emplearse con el fin de incrementar el capital variable. Pero además debe emplearse una parle del plusvalor para aumentar el capital constante. Puesto que el plusvalor crece en la misma relación que el capital variable, pero el capital constante crece más rápidamente que el variable, debe agregarse al capital constante una parte del plusvalor que crece a cada año. La tasa de acumulación (relación entre la parte acumulada del plusvalor y el plusvalor total) asciende por ello a:

CUADRO III

	tasa de acumulación en números redondos
1er año	25%
2º año	26%
3er año	27%
4º año	28%

Supongamos inalterada la tasa de plusvalor, si hay una creciente composición orgánica del capital la reproducción en escala ampliada sólo es posible si la tasa de acumulación asciende año tras año. *Para que se mantenga el equilibrio entre acumulación y crecimiento de la población, debe haber una relación de magnitudes fija entre el crecimiento de la tasa de acumulación, por una parte, y el crecimiento de la población y el del capital constante, por la otra*. Los números de nuestro ejemplo demuestran que ése es el caso. Quien esté habituado a contar con guarismos generales, no tendrá dificultades en hallar la

ecuación que exprese en forma general esta relación de magnitudes.

Hemos observado hasta aquí el crecimiento del capital total. Investiguemos ahora cómo debe distribuirse el capital total entre las dos grandes ramas de la producción: la producción de medios de producción y la de bienes de consumo.

346

Supongamos que la producción tenga este aspecto durante el primer año:

		Industrias de los medios de producción	*Industrias de los bienes de consumo*	*Producción total*
		(I)	(II)	
	Capital constante (c)	120.000	80.000	200.000
	Capital variable (v)	50.000	50.000	100.000
	Plusvalor consumido (k)	37.500	37.500	75.000
Pate acumulada del plusvalor	Adicionar al capital constante (α)	10.000	10.000	20.000
	Adicionar al capital variable β	2.500	2.500	5.000
	Suma	220.000	180.000	400.000

¿Cómo debe distribuirse entonces el capital en el segundo año? Es imposible que el plusvalor acumulado en ambas esferas de la producción se invierta productivamente al año siguiente en la misma esfera de la producción. Pues el progreso hacia una composición orgánica más elevada del capital requiere el desplazamiento del capital desde las industrias de los bienes de consumo hacia la producción de medios de producción. Debemos calcular entonces *qué parte del plusvalor acumulado en las industrias de bienes de consumo debe trasladarse a la producción de medios de producción* para su ampliación.

Según los cuadros I y II, en el segundo año deben ascender:

El capital variable, a	105.000
La parte consumida del plusvalor, a	77.750
La parte del plusvalor a adicionar al capital variable, a	5.250
Total	188.000

Por eso, en el segundo año el valor de los productos de las industrias de bienes de consumo debe ascender a 188.000, pues los bienes de consumo sólo pueden ser canjeados por esas sumas de valor.

347

En las industrias de bienes de consumo se acumulan, en el primer año, 100.000α (capital constante) + 2.500β (capital variable). Si el valor del producto de las industrias de bienes de consumo ha de ascender a 188.000 en el segundo año, sólo podrán invertirse en las industrias de bienes de consumo 5.334α + 1.333β del plusvalor acumulado en el primer año, y el resto debe trasladarse a las industrias de medios de producción.[1]

De esta manera obtenemos para el segundo año:

		Industrias de los medios de producción (I)	*Industrias de los bienes de consumo* (II)	*Producción total*
	Capital constante (*c*)	134.666	85.334	220.000
	Capital variable (*v*)	53.667	51.333	105.000
	Plusvalor consumido (*k*)	39.740	38.010	77.750
acumulado Plusvalor	Adicionar al capital constante (α)	11.244	10.756	22.000
	Adicionar al capital variable β	2.683	2.567	5.250
	Suma	242.000	188.000	430.000

348

Mediante el mismo cálculo averiguamos las magnitudes para los años siguientes. Obtenemos así la siguiente serie:

CUADRO IV

1er. año	*c*	*v*	*k*	α	β	
I	120.000 +	50.000 +	37.500 +	10.000 +	2.500 =	220.000
II	80.000 +	50.000 +	37.500 +	10.000 +	2.500 =	180.000
	200.000 +	100.000 +	75.000 +	20.000 +	5.000 =	400.000

2º año	*c*	*v*	*k*	α	β	
I	134.666 +	53.667 +	39.740 +	11.244 +	2.683 =	242.000
II	85.834 +	51.338 +	38.010 +	10.756 +	2.567 =	188.000

[1] Estos números se calcularon de la siguiente manera: durante el segundo año, el valor-producto de las industrias de bienes de consumo asciende a

$$c + v + pv = 188.000$$

Puesto que la tasa de plusvalor es del 100 por ciento, es decir $v = pv$.

$$c + 2\ v = 188.000$$

El aumento del capital constante en la producción de los bienes de consumo del primer año al segundo asciende a: c — 80.000; el incremento del capital variable: v — 50.000. Si a la industria de medios de producción ha de trasladarse una parte igual de α y de β, obtendremos:

$$(c — 80.000) : (v — 50.000) = 10.000 : 2\ 500$$

Resolviendo estas ecuaciones obtendremos v = 51.333, c = 85.334.

	220.000 +	105.000 +	77.750 +	22.000 +	5.250 =	430.000
3er año	*c*	*v*	*k*	α	β	
I	151.048 +	57.576 +	42.070 +	12.638 +	2.868 =	266.200
II	90.952 +	52.674 +	38.469 +	11.562 +	2.643 =	196.300
	242.000 +	110.250 +	80.539 +	24.200 +	5511 =	462.500
4º año	*c*	*v*	*k*	α	β	
I	169.124 +	61.738 +	44.465 +	14.186 +	3.087 =	202.600
II	96.876 +	54.024 +	38.909 +	12.414 +	2.701 =	204.924
	266.000 +	115.762 +	83.374 +	26.600 +	5.788 =	497.524

Las cifras que emplea Marx en el segundo tomo de *El capital* para representar el proceso de la reproducción, han sido arbitrariamente escogidas y no están exentas de contradicciones. Es fácil explicar este hecho a partir de la circunstancia de que Engels halló inconclusa esta parte de la obra de Marx en el legado del maestro. Pero el hecho de que Marx no haya expuesto inobjetablemente su razonamiento, no implica que el mismo sea erróneo. Rosa Luxemburg se contenta con señalar las arbitrariedades de los esquemas de Marx, y parece creer que sin esas arbitrariedades sería absolutamente imposible formular los esquemas. Nosotros preferimos buscar un ejemplo gráfico apropiado al razonamiento de Marx, y realizar nuestra investigación con un esquema librado de arbitrariedades. Por eso es que aquí *hemos formulado esquemas que, una vez admitidas las premisas, no contienen ya nada de arbitrario, y por el contrario, cuyas magnitudes se suceden con necesidad perentoria*.

349

Sólo han sido arbitrariamente escogidos los supuestos del primer año; que el capital constante asciende a 200.000, el capital variable a 100.000, que el capital variable está dividido en partes iguales entre ambas esferas de la producción, que la tasa de plusvalor asciende al 100% y que la tasa de acumulación en ambas esferas de la producción es la misma. También es arbitraria la suposición de que el capital constante crece en un 10% a cada año, mientras que el capital variable crece en un 5%. Pero si se aceptan estas premisas, derivan de ellas todas las magnitudes que figuran en el esquema con necesidad matemática. La evolución no puede tener otro curso mientras la tasa de plusvalor permanezca inalterada y en tanto la tasa de acumulación haya de permanecer idéntica en ambas esferas de la producción. Por lo tanto, con nuestros esquemas hemos obtenido una base inobjetable para investigar el problema planteado por la camarada Luxemburg.

LA REALIZACIÓN DEL PLUSVALOR

Investiguemos ahora, sirviéndonos del cuadro iv, si la masa de mercancías en la cual se halla objetivada la parte acumulada del plusvalor (α + β), puede ser vendida en el propio mundo capitalista o si, tal como lo cree la camarada Luxemburg, sólo puede hallar colocación fuera del mundo capitalista. Investigamos primeramente la venta de mercancías en el primer año.

En las *industrias de medios de producción* se producen, durante el primer año, mercancías por valor de 220.000. ¿Quién compra esas mercancías?

En primer lugar, los propios capitalistas de las industrias de medios de producción necesitan nuevos medios de producción. Cubren una parte de esa necesidad utilizando los medios de producción producidos en sus propios establecimientos para la renovación o ampliación de sus empresas. Así, las minas de carbón también necesitan carbón para alimentar sus calderas de vapor, las propias fundiciones de hierro necesitan hierro para renovar o ampliar su aparato de producción. Otra parte de sus necesidades la cubren mediante la compra dentro de las industrias de medios de producción. Así, por ejemplo, la fundición de hierro le compra carbón a la mina, la mina de carbón le compra máquinas a la fábrica de éstas, y la fábrica de máquinas le compra hierro a la fundición. ¿Cuál es entonces la magnitud de las necesidades totales de las industrias de medios de producción en materia de nuevos medios de producción? En primer lugar debe sustituirse el capital constante consumido en la producción; con ese fin, los capitalistas de las industrias de medios de producción deben emplear medios de producción por valor de 120.000. Pero además, los capitalistas quieren emplear el plusvalor que han acumulado durante el primer año para ampliar la empresa ya existente o para fundar otras nuevas. Si al año siguiente quieren emplear un capital aumentado en 12 500, ya deben construir actualmente nuevos locales de trabajo, comprar nuevas máquinas, aumentar sus reservas de materias primas, para que los obreros que pretende ocupar desde el comienzo del año siguiente ya hallen preparados los medios de trabajo exigibles. Con ese fin deben comprarse mutuamente medios de producción por valor de 10.000. Por lo tanto, en total se venden medios de producción producidos dentro de la esfera I por valor de 220.000 dentro de esa misma esfera, 1] para renovación del aparato de producción, 120.000 y 2] para

ampliación del aparato de producción para el año siguiente, 10.000. Pero, ¿qué ocurre con los medios de producción remanentes por valor de 90.000?

350

En primer lugar, los capitalistas de las industrias de bienes de consumo deben comprar medios de producción por valor de 80.000 para renovar los medios de producción consumidos en la producción durante el primer año. Pero además los capitalistas de las industrias de bienes de consumo ya deben construir actualmente locales de trabajo, comprar máquinas, aumentar sus reservas de materias primas, porque al año siguiente pretenden proseguir su producción en escala ampliada. Con tal fin, el sector II le compra al sector I medios de producción por valor de 5.334. Por consiguiente, en total los capitalistas de las industrias de bienes de consumo compran medios de producción necesarios para la producción de bienes de consumo, por valor de 85.334. Por lo tanto, aún han quedado sin vender solamente medios de producción por valor de 4.666. ¿Dónde se los coloca?

Los capitalistas de las industrias de bienes de consumo transfieren una parte del plusvalor acumulado durante el primer año a las industrias de medios de producción, ora fundando fábricas ellos mismos, en las cuales se producen medios de producción, ora transfiriendo una parte del plusvalor que han acumulado, mediante los bancos, a los capitalistas de las industrias de los bienes de consumo para que éstos la empleen; o bien, comprando acciones de sociedades que producen medios de producción. Si de este modo se quiere ampliar al año siguiente el aparato de producción del sector I, ya deben comprarse este año los elementos de ese aparato de producción (locales de trabajo, máquinas, materias primas). Por eso, las industrias de medios de producción venden mercancías por valor de 4.666 al capital que se acumuló en la industria de los bienes de consumo, pero que se invierte en la industria de los medios de producción. Por lo tanto, los capitalistas de la industria de tienes de consumo, además de medios de producción por valor de 85.334, que se emplean para producir bienes de consumo, compran también medios de producción por valor de 4.666, destinados a la producción de medios de producción.

351

Por consiguiente, en total se venden los medios de producción producidos durante el primer año, de la siguiente manera;

1] A los capitalistas de las industrias de medios de producción

a] para renovación del aparato de producción en I	120.000
b] para ampliación del aparato de producción en I	10.000
Total	130.000

2] A los capitalistas de las industrias de bienes de consumo:

a] para renovación del aparato de producción en II	80.000
b] para ampliación del aparato de producción en II.	5.334
c] para ampliación del aparato de producción en I	4.666
Total	90.000

De esa manera queda vendida sin remanentes toda la cantidad de mercancías producida en el sector I.

¿Cómo se desarrolla entonces la venta de los bienes de consumo? Para simplificar la investigación supongamos ante todo que toda la clase obrera viva en viviendas de las fábricas (es decir, en viviendas pertenecientes a los capitalistas industriales) y que cubra todas sus necesidades en instituciones de consumo de las fábricas (tiendas pertenecientes a los capitalistas industriales). En ese caso, todos los medios de consumo producidos pasan a manos de los capitalistas industriales: una parte para su propio consumo, y otra para ser vendida por ellos a los obreros.

En el primer año, el valor de las mercancías producidas en las industrias de bienes de consumo asciende a 180.000. Parte de esas mercancías se emplea en las propias industrias de los bienes de consumo. En primer lugar, los propios capitalistas de las industrias de bienes de consumo consumen mercancías por valor de 37.500. Además, los capitalistas de las industrias de bienes de consumo deben suministrar una parte de sus mercancías a sus instituciones de consumo de fábricas para su venta a los obreros del sector II. ¿Cuál debe ser la magnitud de esa parte? En el primer año, el ingreso de los trabajadores de II ascendió a 50.000, en el segundo año ascenderá a 51.333. Por eso, los capitalistas de II deben suministrar 51.333 del producto del primer año a sus instituciones fabriles de consumo, a fin de que se hallen preparadas las reservas para la alimentación de los obreros en el segundo año. En consecuencia, del producto del sector II se vendieron, dentro de ese propio sector, 37.500 + 51.333 = 88.833.

352

Los capitalistas de las industrias de medios de producción deben comprarles mercancías a las industrias de medios de consumo. Para sus propias necesidades requieren bienes de consumo por valor de 37.500. Además deben comprar mercancías para sus instituciones

fabriles de consumo. El ingreso de los obreros del sector I asciende en el primer año a 50.000. Por adición de la parte acumulada del plusvalor aumentará en el segundo año a 52.500. Por lo tanto, del producto anual de II en el primer año, los capitalistas de i deben comprar 52.500 para sus instituciones fabriles de consumo, para que éstas puedan cubrir el consumo de los obreros de i en el segundo año. En consecuencia, las necesidades totales de los capitalistas de las industrias de medios de producción ascienden a 37.500 + 452.500 = 90.000 bienes de consumo.

Por último, los capitalistas de II emplean una parte del plusvalor que han acumulado para erigir nuevas empresas en las cuales se produzcan medios de producción. También estas empresas deben erigir instituciones fabriles de consumo. Estas instituciones de consumo deben adquirir una parte de los bienes de consumo producidos durante el primer año, para poder cubrir las necesidades de los obreros ocupados en esas empresas en el segundo año. Estas instituciones compran bienes de consumo por valor de 1.167.

De este modo, los bienes de consumo producidos durante el primer año se venden de la siguiente manera:

1] A los capitalistas de las industrias de medios de producción:

a] para sus propias necesidades	37.500
b] para los institutos fabriles de consumo	52.500
Total	90.000

2] A los capitalistas de las industrias de bienes de consumo:

a] para sus propias necesidades.	37.500
b] para los institutos fabriles de consumo de II	51.333
c] para los institutos fabriles de consumo de I	1.167
Total	90.000

353

En consecuencia, también se coloca en su totalidad toda la masa de mercancías producidas en el sector II. Al mismo tiempo, este esquema nos permite ver que los capitalistas de las industrias de bienes de consumo compran medios de producción por valor de 90.000 a las industrias de medios de producción, vendiéndoles bienes de consumo por igual valor. El tráfico entre ambos sectores consiste en que se intercambian bienes de consumo por valor de 90.000 por medios de producción por valor de 90.000. De esta manera queda realizado el valor total del producto de ambos sectores, y por ende también todo el plusvalor.

Hemos supuesto hasta el presente que la venta de las mercancías tiene lugar por parte de los propios capitalistas industriales; que éstos mismos acumulan reservas de mercancías y se las venden a los obreros. Pero en nada se modifica la índole de todo este proceso si se traslada esta función a un capital en particular; si el lugar del capital-mercancía de los capitalistas industriales lo ocupa el *capital-mercancía de comercio*. En ese caso se producen las siguientes variantes: 1] en lugar de los institutos fabriles de consumo, son los comerciantes quienes compran las mercancías; 2] una parte del capital-mercancía no se halla en manos de los capitalistas industriales, sino en manos de los comerciantes, quienes comparten con aquéllos el plusvalor, y en la medida en que ello ocurra el lugar de la demanda de mercancías de los capitalistas industriales será ocupado por la demanda de los comerciantes. Eso deja intacto todo el poder de consumo de la sociedad. También en este caso se realiza el plusvalor total.

De la misma manera es posible convencerse, observando el cuadro IV, de que el valor-producto de ambos sectores se coloca sin perturbaciones, y el plusvalor total se realiza no sólo en el primer año, sino también en todos los años consecutivos. La suposición de la camarada Luxemburg en el sentido de que la parte acumulada del plusvalor no podría realizarse, es consecuentemente errónea. ¿Cómo es posible que la camarada Luxemburg haya arribado a esta hipótesis falsa?

Hemos supuesto que *ya en el primer año los capitalistas compran los medios de producción que el incremento de la población obrera pone en movimiento durante el segundo año, y que ya en el primer año los capitalistas compran los bienes de consumo que venden al incremento de la población obrera durante el segundo año*; es decir, que se compra una parte del producto del trabajo del primer año para emplearlo como capital productivo adicional durante el segundo año. Si no aceptásemos esta hipótesis, resultaría imposible la realización durante ese año del plusvalor producido durante el primer año. Entonces se venderían:

354

Medios de producción:

para renovación del capital constante en I	120.000
para renovación del capital constante en II	80.000
Total	200.000

Bienes de consumo:

a los capitalistas I		37 500
a los obreros I		50.000
a los capitalistas II		37.500
a los obreros II		50.000
	Total	175.000

En este caso, de hecho permanecen invendibles medios de producción por un monto de 20.000 y bienes de consumo por un monto de 5.000. En efecto, sería justamente la parte del plusvalor destinado a la acumulación ($\alpha + \beta$) la que no podría realizarse.

Rosa Luxemburg cree que la parte acumulada del plusvalor no puede realizarse. De hecho, durante el *primer año* aquélla no puede realizarse si los elementos materiales del capital productivo adicional (los nuevos locales de trabajo, máquinas, materias primas; los bienes de consumo para el incremento del número de obreros) sólo se compran en el segundo año. Pero en última instancia hay que comprarlos, si no en el primer año, entonces en el segundo, pues sin ellos no es posible la ampliación del aparato de producción, la inversión productiva del nuevo capital formado. Y en cuanto se los compra, se realiza la parte del plusvalor producido durante el primer año, que había estado latente hasta ese momento.

Marx representa la circulación del capital de la siguiente manera;

$$D - M \begin{cases} MP \\ \dots \\ FT \end{cases} P \dots M_1 - D_1$$

Dividamos ahora M_1 en tres parres: $M + m + m_1$, siendo M igual al precio de costo ($c + v$), m a la parte consumida del plusvalor y m a la parte acumulada del plusvalor. Entonces obtenemos el siguiente cuadro:

$$D - M \begin{cases} MP \\ \\ FT \end{cases} \dots P \dots \left| \begin{matrix} M \\ + \\ m \\ + \\ m_1 \end{matrix} \right| - \left| \begin{matrix} D \\ + \\ d \\ + \\ d_1 \end{matrix} \right|$$

[355]

Después de concluido el proceso de producción, la circulación se divide en tres procesos parciales. Desde luego que puede ocurrir que el tiempo necesario para la transformación de la mercancía producida

en dinero sea diferente en cada uno de los tres procesos parciales. Mientras sólo se ha concluido el proceso M — D, aún no se ha realizado plusvalor alguno, sino solamente el precio de costo. En cuanto se ha concluido el proceso (M + m) — (D + d), sólo se ha realizado la parre consumida del plusvalor, pero no la parte acumulada de la misma. Ésta sólo puede realizarse en el instante en que m, se ha transformado en d_1 es decir, en el instante en que se hallen vendidas las mercancías en las que se objetiva la parte del plusvalor destinada a ser acumulada, las mercancías que constituyen los elementos materiales del capital productivo adicional del período de producción siguiente.

El fenómeno de que sólo la parte consumida del plusvalor, pero no la acumulada, se ha realizado, puede producirse en la realidad, y ocurre cuando (M + m) ya se han transformado en (D + d), pero m, aún no se ha convertido en d_1. Pero este fenómeno es sólo una fase transitoria en la circulación general. En la medida en que tiene lugar la inversión productiva del nuevo capital formado, también se realiza la parte acumulada del plusvalor. Por lo tanto, si (M + m) se transforma en (D + d) ya durante el primer año, mientras que la m producida en el primer año sólo puede convertirse en d_1 durante el segundo año, entonces sólo se habrá realizado la parte consumida del plusvalor en el primer año; pero la parte del plusvalor producido durante el primer año y destinada a la acumulación no permanece irrealizada, sino que también se realizará, aunque sólo en el transcurso del segundo año.

El *plusproducto* producido durante el primer año consta de dos partes: 1] *de bienes de consumo* para los capitalistas, y 2] de los *elementos materiales del capital productivo adicional*. En cuanto se ha vendido la primera componente, está realizada la parte consumida del plusvalor; en cuanto se ha vendido la segunda componente, está realizada la parte acumulada del plusvalor. Es imposible realizar *primeramente* la parte *k* del plusvalor, y sólo *después* procurar los bienes de consumo para los capitalistas; pues la realización de *k* se lleva a cabo justamente en la venta de la primera componente del plusproducto. Es igualmente imposible realizar *primeramente* la parte (α + β) del plusvalor, y sólo *después* comprar los elementos materiales del capital productivo adicional; pues la realización de (α + β) se lleva a cabo precisamente en la venta de la segunda componente del plusproducto. Por ello no sorprende en absoluto que Rosa Luxemburg no pueda realizar (α + β) en el primer año, ya que supone que los capitalistas compran sólo en el segundo año los elementos materiales del capital productivo adicional. La realización de (α + β) y el empleo

productivo del plusproducto, en el cual se hallan objetivados (α + β), son dos aspectos de un mismo fenómeno, y sólo pueden tener lugar *simultáneamente*.

356

Toda la dificultad surge cuando se supone que el tiempo de venta de las mercancías, en las cuales se halla encarnada la parte acumulada de las mercancías, sería más prolongado que el tiempo de venta de las restantes mercancías. Naturalmente, en realidad el tiempo de rotación de los diversos capitales y su división en tiempo de compra, de producción y de venta es sumamente diverso. Marx debió hacer abstracción de esas diversidades y suponer que el producto anual se vendía dentro del año, para poder exponer la reproducción del capital en un esquema sencillo. Pero incluso pasando por alto esa premisa del esquema de Marx, no llegaríamos a otro resultado que al nada sorprendente descubrimiento de que una parte del plusvalor producido cada año sólo se realiza en el curso del año siguiente.

La camarada Luxemburg cree que las mercancías en las cuales se hallan encarnadas (a -f¡3) deberían venderse fuera del mundo capitalista para que fuera posible la realización del plusvalor objetivado en ellas. Pues bien, ¿qué mercancías son ésas? Son los medios de producción que necesitan los capitalistas para ampliar su aparato de producción, y los bienes de consumo que se necesitan para alimentar el crecimiento de la población obrera. Si esas mercancías fueran lanzadas fuera del mundo capitalista, al año siguiente no sería posible en absoluto una producción en escala ampliada; no podrían procurarse los medios de producción necesarios para la ampliación del aparato de producción, ni los medios de vida necesarios para alimentar una clase obrera aumentada. *La salida de esta parte del plusproducto del mercado capitalista no posibilitaría la acumulación, como cree Rosa Luxemburg, sino que, por el contrario, imposibilitaría toda acumulación.*

En realidad, también la parte acumulada del plusvalor se realiza en la sociedad capitalista. La realización, eso sí, se lleva a cabo paulatinamente, paso a paso. Así, por ejemplo, los medios de vida que se emplean en el segundo año para alimentar a la población obrera adicional, por regla general ya se producen durante el primer año, en el cual los productores los venden al capital comercial mayorista; una parte del plusvalor que se halla encarnada en esos medios de vida ya se realiza, pues, durante el primer año. La realización de la otra parte de este plusvalor tiene lugar entonces sólo en el curso del segundo año con la venta de esos medios de vida del comerciante mayorista al minorista, y de éste a los obreros. El esquema no puede abarcar,

desde luego, todos los pormenores de este proceso. Pero tampoco cambian nada en el proceso general. Como quiera que se enlacen y entrecrucen las circulaciones de los diversos capitales individuales, queda en pie el hecho de que la realización de (α + β) tiene lugar en forma simultánea con la inversión productiva del nuevo capital formado o, mejor dicho, que se lleva a cabo en ella y a través de ella. En tal medida, nuestro esquema es una imagen fiel de la realidad. El mismo demuestra que también la parte del plusvalor destinada a ser acumulada se realiza en la propia esfera capitalista.

357

SUBACUMULACIÓN Y SOBREACUMULACIÓN

Nuestro esquema (cuadro IV) presupone que 1] la población obrera crece anualmente en un 5%, 2] el capital variable crece en la misma proporción que la población obrera, 3] en la medida requerida por el progreso técnico, el capital constante crece más rápidamente que el variable. Bajo tales premisas no sorprende que no surjan dificultades para realizar el plusvalor. En este caso, el poder de consumo de los obreros crece con igual rapidez que su número. El poder de consumo de los capitalistas crece con igual rapidez, ya que con el número de los obreros también crece la masa del plusvalor. Por lo tanto, el poder de consumo de toda la sociedad crece a igual velocidad que el producto-valor. *La acumulación* en nada cambia esto, y sólo significa que se requieren menos bienes de consumo y más medios de producción que en la reproducción simple. La *ampliación del campo de producción,* que constituye una premisa de la acumulación, se halla dada aquí por el crecimiento de la población.

Sin embargo, este estado de equilibrio entre la acumulación y el crecimiento de la población sólo puede conservarse si la tasa de acumulación crece a tal velocidad que, a pesar de la creciente composición orgánica del capital, el capital variable crece a igual velocidad que la población (cuadro ni). Si el aumento de la tasa de acumulación queda a la zaga de ese requisito, entonces el crecimiento del capital variable queda a la zaga del aumento de la población en busca de trabajo. La situación que se produce en ese caso podemos calificarla como un estado de *infracumulación*.

El primer efecto de la infracumulación es la formación de un *ejército industrial de reserva*. Una parte del crecimiento de la población permanece desocupada. Los proletarios desempleados ejercen presión sobre los salarios. *Los salarios descienden, y la tasa de*

plusvalor aumenta. Puesto que en una sociedad que consta sólo de capitalistas y obreros, los proletarios desocupados no pueden hallar otro ingreso que el del salario, los salarios deben descender y la tasa de plusvalor debe aumentar hasta que, a pesar del capital variable relativamente disminuido, toda la población obrera halle ocupación. La diferente distribución del producto-valor que se opera a raíz de ello se origina en virtud del hecho de que, con la creciente composición orgánica del capital, en la cual se manifiesta el progreso técnico, habrá descendido el *valor de la fuerza de trabajo,* formándose por ende *plusvalor relativo*.

358

Si ha ascendido la tasa de plusvalor, y no se modifica la tasa de acumulación, también aumentará la parte del plusvalor destinada a ser acumulada. Por lo tanto, también crece la masa de plusvalor que se emplea para ampliar el capital variable. Su ampliación por esta vía debe llevarse a cabo *hasta tanto se haya restablecido el equilibrio entre el crecimiento del capital variable y el crecimiento de la población.*

Denominaré *tasa de acumulación capitalista* a la relación entre la parte acumulada del plusvalor y el plusvalor total, y tasa de acumulación social a la relación entre la parte acumulada del plusvalor y el producto-valor total (capital variable + plusvalor).[2] De esa manera podemos describir del siguiente modo el mecanismo en virtud del cual vuelve a suprimirse, una y otra vez, la infracumulación. Si la tasa de acumulación social es demasiado pequeña, se forma un ejército industrial de reserva. Los salarios descienden. La tasa de plusvalor aumenta. Por ende también aumenta la tasa de acumulación social, incluso permaneciendo sin modificaciones la tasa de acumulación capitalista, pues a tasa de acumulación capitalista constante, la tasa de acumulación social crece con la tasa de plusvalor. Bajo la presión del ejército industrial de reserva, asciende la tasa de plusvalor y con ésta la tasa de acumulación social hasta tanto la misma alcance a ser lo suficientemente grande como para que, a pesar de la creciente composición orgánica del capital variable, aumente con la misma rapidez que la población obrera. Una vez que sucede esto, el ejército industrial de reserva queda absorbido y restablecido el equilibrio entre acumulación y crecimiento de la población.

En consecuencia, el modo de producción capitalista lleva en sí

[2] Hasta ahora, cada vez que se hablaba de la tasa de acumulación se aludía a la tasa de acumulación capitalista.

mismo el mecanismo que reajusta al crecimiento de la población la acumulación que ha quedado regazada con respecto a dicho crecimiento. Pero esta adecuación tiene lugar a expensas de la clase obrera. La misma se realiza mediante el acrecentamiento de la tasa de explotación. El progreso hacia una composición orgánica más elevada del capital produce una y otra vez la infracumulación; el aumento de la tasa de plusvalor permite superarla una y otra vez. Se trata de una *fase periódicamente recurrente*, pero siempre sólo t*ransitoria, del ciclo industrial.*

Si crece la tasa de acumulación social, alcanza finalmente un punto en el cual el capital variable crece más rápidamente que la población. Al estado que se produce en ese caso lo llamamos de sobreacumulación. Pero al igual que la infracumulación, también la *sobreacumulación* es sólo una fase transitoria del ciclo industrial.

359

Marx describe de la siguiente manera el estado de sobreacumulación: “Por lo tanto, apenas hubiese aumentado el capital en una relación para con la población obrera en la cual no pudiesen ampliarse ni el tiempo absoluto de trabajo que proporciona esa población, ni el tiempo relativo de plustrabajo (de cualquier modo, esta última ampliación no sería practicable en el caso de que la demanda de trabajo fuese tan intensa, es decir con una tendencia al aumento de los salarios); es decir, si el capital acrecido sólo produjera la misma masa o incluso una masa menor de plusvalor que antes de su crecimiento, entonces tendría lugar una sobreproducción absoluta de capital; es decir, que el capital incrementado $C + \Delta C$ no produciría mayor ganancia, o incluso produciría una ganancia menor, que el capital C antes de su incremento en ΔC. En ambos casos también se verificaría una intensa y repentina baja en la tasa general de ganancia, pero esta vez a causa de una modificación en la composición del capital que no se debería al desarrollo de la fuerza productiva, sino a un aumento en el valor dinerario del capital variable (a causa del aumento salarial) y a la correspondiente merma de la proporción entre el plustrabajo y el trabajo necesario.”[3] Este punto señala el *límite absoluto de la acumulación*. Cuando se lo alcanza, tiene lugar la adecuación de la acumulación al crecimiento de la población en una crisis devastadora con una tremenda inactivación de capital, destrucción masiva de valores y una súbita caída de la tasa de ganancia.

En realidad, la adecuación puede producirse antes aún de

---

[3] Marx, *Das Kapital*, III. 1, p. 233 [III/6, p. 323].

alcanzarse el límite absoluto que describe Marx. Si la tasa de acumulación es demasiado grande, el ejército industrial de reserva se absorbe rápidamente, los salarios aumentan, la tasa de plusvalor desciende, con ella lo hace la tasa de acumulación social, y ello sólo basta para disminuir nuevamente el ritmo de crecimiento del capital variable. Ello sólo puede bastar para provocar la adecuación de la acumulación al crecimiento de la población.

Además, en el estado de sobreacumulación la tasa de ganancia desciende con suma rapidez. A causa del avance hacia una composición orgánica más elevada del capital, la tasa de ganancia desciende incluso si hay un equilibrio entre la acumulación y el crecimiento de la población. Desciende con mayor rapidez aún si el progreso hacia una mayor composición orgánica coincide con un descenso de la tasa de plusvalor, como es el caso en la sobreacumulación. En el instante "en que las tendencias de la tasa de ganancia en disminución, descritas en último término, se imponen frente a las tendencias que han provocado un aumento de los precios y de la ganancia como consecuencia del aumento de la demanda, se produce la crisis".[4] En la crisis y en la depresión industrial que le sigue, la acumulación ha disminuido sustancialmente su ritmo, y el crecimiento del capital variable vuelve a quedar nuevamente a la zaga del crecimiento de la población.

360

En consecuencia, y al igual que la infracumulación, también la sobreacumulación se elimina una y otra vez en virtud del mecanismo del modo de producción capitalista. En el modo de producción capitalista subsiste la tendencia a la adecuación de la acumulación del capital al crecimiento de la población. Esa adecuación se habrá producido en cuanto el capital variable se multiplique con igual velocidad que la población obrera, pero el capital constante lo haga con mayor rapidez en la medida en que lo requiera el desarrollo de la productividad. En una sociedad socialista, los órganos sociales que gobiernan la producción velarían consciente y planificadamente para que el crecimiento del aparato social de producción resulte adecuado al crecimiento de la población. En la sociedad capitalista, esa adecuación debe producirse igualmente, pero en ella no puede hacerlo sino por intermedio de grandes crisis con desocupación, presión salarial, creciente explotación por una parte, y de inactivación de capital, destrucción de valores y descenso de la tasa de beneficio, por la otra.

---

[4] Hilferding, *Das Finanzkapital*, p. 323.

La tendencia de la adecuación de la acumulación al crecimiento de la población domina las relaciones internacionales. Países con una sobreacumulación permanente invierten una gran parte, en aumento del plusvalor acumulado cada año, en el exterior. Ejemplo: Francia e Inglaterra. Países de infracumulación permanente atraen capitales del exterior y ceden fuerzas de trabajo al exterior. Ejemplo: los países agrícolas del este de Europa. *El aumento del capital productivo dentro del propio país permanece siempre limitado por el crecimiento de la población laboral disponible:* el capital variable no puede crecer permanentemente con mayor rapidez que la población, el capital constante sólo puede hacerlo con mayor rapidez que el variable en la relación determinada por el grado de desarrollo de las fuerzas productivas. Por ello se comprende asimismo la irritación de los capitalistas acerca de la disminución del número de nacimientos: la disminución del ritmo de crecimiento de la población estrecha los límites trazados al crecimiento de su capital.

Considerando la economía mundial capitalista en su conjunto, se torna visible la tendencia a la adecuación de la acumulación al crecimiento de la población en el ciclo industrial. Prosperidad es sobreacumulación. La misma se autosuprime en la crisis. La depresión que le sigue es una época de infracumulación. La misma se autosuprime al generar la depresión, a partir de sí misma, las condiciones de retorno de la prosperidad. La recurrencia periódica de la prosperidad, de la crisis, de la depresión es la expresión empírica del hecho de que el mecanismo del modo de producción capitalista elimina autónomamente la sobreacumulación y la infracumulación, adecuando una y otra vez la acumulación del capital al crecimiento de la población.

361

El capitalista individual cree que sólo depende de su ‘‘sacrificio" la parte de plusvalor que “se ahorra”. En realidad, en cada crisis se enseña a los capitalistas que su acumulación tiene trazados límites objetivos: que sólo es posible aumentar el capital en la medida en que la sociedad pueda extender su aparato de producción. Cuando se halla dado el grado de evolución de las fuerzas productivas, los límites objetivos de la acumulación están determinados por el crecimiento de la población obrera. *La acumulación* presupone la extensión del campo de la producción; el campo de producción se extiende en virtud del crecimiento de la población. “El aumento de la población aparece como el fundamento de la acumulación en cuanto proceso

constante."[5] Si el crecimiento de la población cesase en absoluto, no podría aumentarse el capital variable en forma permanente; en ese caso, la acumulación sólo sería posible en la medida en que el desarrollo de las fuerzas productivas requiriese un capital adicional constante para ocupar a una masa de obreros inalterada.

La camarada Luxemburg sabe que la acumulación del capital tiene trazados límites objetivos. Pero define erróneamente esos límites. La camarada Luxemburg cree que la acumulación del capital no sería posible en absoluto en una sociedad capitalista que no pueda colocar sus mercancías en regiones campesinas o pequeñoburguesas. Ese punto de vista es incorrecto. Toda sociedad cuya población crece, debe ampliar su aparato de producción. Bajo el modo de producción capitalista, la ampliación del aparato de producción asume la forma particular de la acumulación del capital. Esta acumulación se lleva a cabo sin perturbaciones en tanto sólo permanezca en una relación de magnitudes determinada con el crecimiento de la población, por una parte, y por la otra con el desarrollo de la productividad, que se manifiesta en el progreso hacia una composición orgánica más elevada del capital. De cualquier manera, el desarrollo de la acumulación trasciende una y otra vez esos límites; pero la acumulación vuelve a ser conducida de regreso dentro de sus límites por la crisis económica periódicamente recurrente. El resultado ae nuestra investigación es, pues: 1] que también en una sociedad capitalista aislada es posible la acumulación del capital, en tanto la misma no sobrepase un límite determinado en cada caso; 2] que se la lleva independientemente de regreso a ese límite, en virtud del mecanismo del propio modo de producción capitalista.

362

No puede considerarse a esta exposición como una apología del capitalismo. Pues mientras que los apologistas del capital quisieran demostrar lo ilimitado de la acumulación —con la producción también aumentaría automáticamente el poder de consumo—, nosotros descubrimientos los límites fijados a la acumulación. Mientras que los apologistas quisieran demostrar la imposibilidad de las crisis generales, nosotros demostramos que no es posible imponer las leyes de la acumulación de otro modo que por medio de crisis generales, cuya secuela son la desocupación, la presión salarial, una creciente miseria de las masas, el crecimiento del encarnizamiento y de la indignación de las masas obreras.

---

[5] Marx, *Theorien über den Mehrwert*, II, p. 244.

LA EXPLICACIÓN DEL IMPERIALISMO

La camarada Luxemburg explica el imperialismo de la siguiente manera: en una sociedad capitalista aislada, la transformación del plusvalor en capital sería imposible. La misma sólo resulta posible gracias a la circunstancia de que la clase capitalista amplía constantemente su mercado de ventas, para colocar en regiones que aún no producen en forma capitalista, aquella parte del plusproducto en la cual se halla encarnada la parte acumulada del plusvalor. A ese fin sirve el imperialismo.

Como hemos visto, esta explicación es incorrecta. *La acumulación* también es posible y necesaria en una sociedad capitalista aislada. Y la parte del plusproducto en la cual se halla encarnada la parte acumulada del plusvalor no puede venderse a los campesinos y pequeñoburgueses de las colonias, porque la nación capitalista matriz la necesita ella misma para ampliar el aparato de producción.

Pero en esa explicación falsa se oculta un núcleo de verdad. Si bien en una sociedad capitalista aislada la acumulación no es imposible, sí está confinada dentro de ciertos límites. De hecho, el imperialismo sirve a los fines de ampliar dichos límites.

En primer término, la acumulación está limitada por el crecimiento de la población obrera. El imperialismo multiplica enormemente la masa de obreros que está obligada a vender su fuerza de trabajo al capital. Lo logra desintegrando los antiguos modos de producción de las regiones coloniales, obligando de ese modo a millones a emigrar a territorios capitalistas o bien a servir en su propia patria al capital europeo o americano allí invertido. Puesto que, con una composición orgánica dada del capital, la magnitud de la acumulación está determinada por el crecimiento de la población laboral disponible, el imperialismo es, de hecho, un medio para seguir extendiendo los límites de la acumulación.

363

Además del crecimiento de la población, es el desarrollo de las fuerzas productivas, el avance hacia una composición orgánica más elevada del capital, lo que determina la magnitud de la acumulación. El imperialismo también puede fomentar esta evolución: en primer lugar, fomentando preferentemente el desarrollo de las ramas de la producción que tengan una composición orgánica del capital que exceda el promedio; en segundo término, poniendo a disposición del capital los elementos de producción materiales situados fuera de su patria, acelerando con ello enormemente el desarrollo de las fuerzas

productivas, la incrementación de la productividad del trabajo.

La adecuación de la acumulación al crecimiento de la población se lleva a cabo mediante crisis periódicas. En cada una de esas crisis hay inmensas cantidades de mercancías invendibles y una gran parte del capital productivo se halla inactivo. La superación de la crisis se facilita cuando se logra lanzar grandes cantidades de mercancías hacia nuevas regiones de venta. El imperialismo también trata de procurarle esa posibilidad al capital.

Por consiguiente, si bien el imperialismo no es un medio para posibilitar la acumulación en general, sí es en cambio un medio para extender sus límites y facilitar la superación de las crisis que se originan periódicamente en virtud de la sobreacumulación. Esa tendencia es, de hecho, una raíz, y no la única, del imperialismo.

Según el punto de vista de la camarada Luxemburg, sin una continua expansión el capitalismo no podría subsistir en absoluto. Si se pone un límite a la extensión de sus mercados de venta, no puede realizar una gran parte del plusvalor. Se desploma por sí mismo.

En nuestra opinión, el capitalismo también resulta imaginable sin expansión. Pero sea con o sin expansión, el propio capitalismo conduce a su ocaso. Si le resulta posible la expansión, provoca la rebelión de las masas obreras mediante la carrera armamentista, la creciente presión impositiva, las catástrofes bélicas. Si la expansión le está negada, se estrechan los límites de la acumulación, y las crisis se tornan más frecuentes, prolongadas y devastadoras. Tanto en uno como en otro caso, una parte creciente de la masa del pueblo descubre que sus intereses vitales resultan incompatibles con la supervivencia del modo de producción capitalista.

El capitalismo no fracasará a causa de la imposibilidad mecánica de realizar el plusvalor. Sucumbirá, en cambio, a la rebelión hacia la cual impulsa a las masas del pueblo. El capitalismo se derrumbará no sólo cuando el último campesino y el último pequeñoburgués de toda la tierra se hayan convertido en trabajadores asalariados, y ya no queden mercados adicionales abiertos al capitalismo, sino que lo abatirá mucho antes la creciente “sublevación de la clase obrera unida y organizada, constantemente creciente e instruida por el propio mecanismo del proceso de producción capitalista”.

[De: Otto Bauer, "Die Akkumulation des Kapitals”, en *Die Neue Zeit* XXI, 1912-1913, 1, núm. 23. Traducción de Irene del Carril y León Mames.]

365

ROSA LUXEMBURG

La tesis central de *La acumulación del capital* (1913) de Rosa Luxemburg (1870-1919) sostiene que resulta imposible una reproducción ampliada y, por lo tanto, la acumulación, en condiciones de capitalismo “puro”, vale decir en una sociedad que sólo se componga de capitalistas y trabajadores asalariados. El hecho de que Marx no se haya percatado de eso se debería al estado inconcluso en que dejó su obra.

El libro II de *El capital* contiene, pues, un error fundamental. En efecto, si bien aquél supone condiciones de capitalismo "puro”, los esquemas de la reproducción ampliada que Marx presenta allí demuestran que la acumulación puede proceder según una progresión infinita. Reducido a sus rasgos esenciales, el discurso de Luxemburg resulta simple. El problema de la acumulación del capital es el problema de la realización del plusvalor. En la reproducción simple, o sea en un estado de cosas donde todo sigue inalterado de un año para el otro, el problema no presenta ninguna dificultad: el plusvalor producido se vende íntegramente a los capitalistas para su consumo. Pero en la reproducción ampliada y, por lo tanto, en las condiciones de desarrollo, las cosas son bien diferentes. ¿Qué pasa en tal caso con el plusvalor? Los capitalistas consumen una parte, y destinan la otra a la acumulación, esto es a la ampliación de la producción. Así producen nuevos medios de producción e incorporan a nuevos trabajadores que la ampliación de la producción tornó necesarios. Pero aquí está el asunto: para hacer trabajar a nuevos trabajadores con nuevos medios de producción —dice Luxemburg— hace falta tener previamente un objetivo para ampliar la producción, es decir un nuevo requerimiento de productos a fabricar. Ahora bien, dentro de la estructura del sistema capitalista, ¿de dónde puede salir esta nueva demanda? La respuesta más plausible parecería ser que la nueva demanda que cuenta es la de que quien está en condiciones de pagar. Si por lo tanto no se supone que los bebés nazcan con cuentas abiertas en el banco, el aumento de la población no proporciona una salida. Aun podría suponerse que la demanda de nuevos productos provenga de las llamadas "terceras personas”, es decir médicos, abogados, empleados estatales, etc. Pero como se sabe, sus réditos (al igual que los de todos los trabajadores "improductivos”) son

ingresos derivados o del plusvalor o de los mismos salarios: por ende, no sólo no añaden nada a la demanda total sino que ni siquiera pueden acrecentarla a lo largo del tiempo. La tesis de Luxemburg dice que si se da por sentado que el capitalismo es un sistema cerrado, el problema no tiene solución.

366

En cambio la solución está al alcance de la mano ni bien uno se decide a abandonar la hipótesis marxiana del capitalismo "puro” para pasar a un análisis más realista. Con otras palabras, se trata de retornar a la idea de las llamadas "terceras personas”, pero esta vez ubicadas *fuera* de la relación capitalista, que al adquirir mercancías posibilitan la realización del plusvalor extraído en el curso de la reproducción ampliada. Estos estratos no capitalistas (campesinos, artesanos, etcétera) pueden existir dentro de un país capitalista o en países donde la relación capitalista todavía no se instituyó: en todo caso son ellos quienes constituyen esos "nuevos consumidores" que el capitalismo es incapaz de crear pero de quienes sin embargo no puede prescindir en absoluto. En resumen, la tesis de Luxemburg dice que para que tenga lugar la acumulación el capitalismo debe establecer relaciones comerciales con el mundo no capitalista. "El comercio mundial —escribe— es una condición histórica de existencia del capitalismo” y "es esencialmente intercambio entre formas de producción capitalistas y no capitalistas". *La acumulación* capitalista no puede tener lugar si no existen "compradores no capitalistas del plusvalor”. De aquí deriva lógicamente —como ya se ha observado (cf. Tom Kemp, *Teorie dell'imperialismo*, Turín, 1969, p. 98)— también una nueva definición del concepto de mercado "externo” y mercado "interno”. El comercio entre Alemania e Inglaterra, países capitalistas ambos, se convierte pues en un comercio "interno", mientras que el comercio entre la industria alemana y aquella parte de la agricultura alemana que aún no está implantada sobre bases capitalistas es, en cambio, un comercio "externo”. En conclusión, lo que torna posible la realización del plusvalor no es el comercio exterior propiamente dicho, sino el comercio con las zonas no capitalistas del mercado externo e interno.

Sentadas estas premisas, también se comprende en qué sentido la obra de Luxemburg contiene una de las más nítidas formulaciones de la "teoría del derrumbe”. El capitalismo vive de su contorno no capitalista. Todo país capitalista combate con alma y cuerpo por la más amplia participación posible en el mercado no capitalista: ello explica el proteccionismo, el imperialismo, el militarismo, etcétera. Pero si el capitalismo, por necesidad vital, depende de su contorno no

capitalista, también es cierto que el capitalismo se expande destruyendo ese contorno. Con otras palabras, como el capitalismo vive y se desarrolla aniquilando las condiciones que le permiten existir, o sea transformando en áreas capitalistas las zonas originariamente externas a él, resulta evidente que el destino del capitalismo está sellado, en el sentido que —como escribió Sweezy en la introducción a la edición italiana de *La acumulación*— “cuando la última área no capitalista se haya agotado, caerá el sistema y será totalmente imposible cualquier continuación ulterior del mismo”.

Para el juicio casi unánime, vale decir compartido incluso por autores que además son bastante sensibles a la inspiración de fondo de Luxemburg (cf., por ejemplo, Rosdolsky, *op. cit*., vol. ir, pp. 579-580 [en esp., pp. 538-539]), esta teoría presenta algunos errores bien individualizados. El principal fue expuesto por Sweezy en su *Teoría del desarrollo capitalista* (cit., pp. 226-227).

367

“Discutiendo la reproducción ampliada, [Rosa Luxemburg] conserva implícitamente los supuestos de la reproducción simple. El dogma, que jamás pone en duda ni por un momento, de que el consumo de los obreros no puede realizar ningún plusvalor, implica que el monto total del capital variable y, por lo mismo, también el consumo de los obreros debe permanecer siempre fijo y constante como en la reproducción simple. En realidad, la acumulación implica típicamente la adición al capital variable, y cuando este capital variable adicional es gastado por los obreros realiza una parte del plusvalor que tiene la forma física de artículos de consumo.” Desde este punto de vista, agrega Sweezy, "la ingeniosa observación de Bujarin sigue siendo la crítica más eficaz de aquella estructura teórica: “si se excluye la reproducción ampliada al *comienzo* de una prueba lógica —escribió— es naturalmente fácil hacerla desaparecer al final; se trata simplemente de la reproducción simple de un simple error lógico’”. Maurice Dobb expuso consideraciones análogas en su reseña de la traducción inglesa de *La acumulación*, publicada en *The Modern Quaterly*, en la primavera de 1952. El propio Rosdolsky, que también es un propugnador de la "teoría del derrumbe", no dejó de críticar la tesis de Luxemburg según la cual la posibilidad de la acumulación se confía íntegramente al intercambio con el "sector terciario". Del mismo modo, Rosdolsky y también Kemp (*op. cit*., p. 101) reprocharon a *La acumulación* el que prescindiese totalmente del problema del aumento de la composición orgánica del capital y, en consecuencia, de la caída de la tasa de ganancia.

De todos modos, evocadas así algunas de las principales

objeciones que resulta habitual hacerle a Luxemburg, también es importante restituir su obra al clima histórico y a los problemas teóricos que le dieron vida. A este respecto, no cabe duda de que la forma que asumió su teoría estuvo ampliamente condicionada por las posiciones ideológicas y políticas con que Rosa Luxemburg se enfrentó dentro de la socialdemocracia alemana. Había aprendido demasiado bien de la historia del pensamiento económico —como destacó agudamente Sweezy en su citada introducción— que "las hipótesis propuestas para probar la *posibilidad* de la acumulación habitualmente eran seguidas por argumentaciones que tenían el objetivo de probar la *imposibilidad* de una acumulación demasiado grande. Éste, después de todo, era el mensaje de la ley de Say que, como Keynes demostró más tarde, ejerció una gravosa tiranía sobre las mentes de los economistas durante más de un siglo”. Ahora bien, la misma idea de Say, si bien envuelta en las formas del lenguaje marxista, se había abierto camino dentro del movimiento socialista alemán por intermedio de Tugán-Baranovski. Utilizando los esquemas de Marx, éste había pretendido probar que la acumulación puede proceder indefinidamente con tal que se mantengan las proporciones justas entre las distintas industrias y los distintos sectores productivos. De ahí su agria polémica contra la "teoría del derrumbe”, es decir contra la tesis según la cual el capitalismo tiene un destino sellado; de ahí su explicación de las crisis, a la que varias veces hemos hecho mención. Sentadas estas premisas, el discurso ya esbozado por Bemstein sin grandes pretensiones teóricas parecía recibir un nuevo y prestigioso aval: el capitalismo ya no resultaba un sistema lacerado por contradicciones internas e incurables, sino que, a lo más, se manifestaba como un sistema aquejado por “desproporciones”, vale decir por “desequilibrios” graves y sin embargo enmendables a la larga. En 1910, apenas dos años antes de que Luxemburg entregase a la imprenta *La acumulación del capital*, el discurso de Tugán había sido retomado, si bien en forma modificada, por *El capital financiero* de Hilferding, que muy pronto se convirtió en el más influyente tratado de economía marxista después de *El capital* de Marx.

368

A la luz de todo esto, se entiende la urgencia y la importancia del cometido que Rosa Luxemburg asignaba a su propia obra: ésta debía remozar, contra la inundación del "revisionismo”, las razones del marxismo revolucionario. La necesidad del paso al socialismo ya no debía depender de abstractos ideales de justicia o, directamente, de la adopción de la ética kantiana, sino que debía volver a quedar anclada en los engranajes mismos de la acumulación capitalista: no

debía manifestarse como una "libre adopción” subjetiva, sino como la salida inevitable de las contradicciones ínsitas en el sistema. Ahora bien, no cabe duda de que al dar forma a su teoría Luxemburg llegó, en cierto modo a “probar demasiado”: en efecto, más que demostrar la contradictoriedad del sistema existente, su teoría terminó por afirmar su *imposibilidad*, es decir la imposibilidad de la acumulación en condiciones estrictamente capitalistas. Y en tal sentido resulta comprensible que el marxismo, sobre todo ruso, de vuelta de las luchas contra los naródniki y el "subconsumismo” de Sismondi, mirara esa teoría con animosidad y recelo. Pero lo que en parte puede explicar la aspereza con que Lenin acogió la publicación de *La acumulación* no vale por cierto para explicar la oposición casi universal que mereció la obra dentro de la socialdemocracia alemana. El coro de los críticos incluyó a todos: "revisionistas” y marxistas “ortodoxos”. Y por cierto no fue casual que la reseña ásperamente negativa de Otto Bauer se publicase en *Die Neue Zeit*, que dirigía Kautsky. Es que, a pesar de todo, Rosa Luxemburg había tocado un objetivo real: no sólo la teoría de Tugán y la dependencia de tantos marxistas de la época con respecto a Tugán, sino también lo que todo esto implicaba a nivel político. Así, esa cuota de razón que tenia Luxemburg, incluso a pesar de sus errores, emergió cabalmente cuando después del estallido de la primera guerra mundial y la disgregación de la socialdemocracia ella volvió a los problemas de *La acumulación del capital* en el ocio forzado de la cárcel. Fue en tales circunstancias que, recuperando el estro genial de *¿Reforma social o revolución?,* escribió *La acumulación del capital o en qué han convertido los epígonos la teoría de Marx. Una anticrítica*, publicada en 1921 en Alemania y de la cual extrajimos las páginas aquí reproducidas, para ilustrar la teoría de Rosa Luxemburg sobre la imposibilidad de la acumulación en un sistema capitalista puro.

369

[LA ACUMULACIÓN DEL CAPITAL O EN QUÉ HAN CONVERTIDO LOS EPÍGONOS LA TEORIA DE MARX. UNA ANTICRITICA]

I. [EL PROBLEMA EN DISCUSION]

Habent sua fata libelli: los libros tienen su estrella. Cuando escribía mi Acumulación, me asaltaba de cuando en cuando la idea de que acaso todos los partidarios, un poco teóricamente versados de la teoría marxista, dirían que lo que yo me esforzaba por exponer y demostrar tan concienzudamente en esta obra era una perogrullada; que, en realidad, nadie se había imaginado que la cosa fuese de otro modo y que la solución dada al problema era la única posible e imaginable. Pero no ha sido así. Por la prensa socialdemócrata han desfilado toda una serie de críticos proclamando que la concepción en que descansa mi libro es falsa de medio a medio, que el problema planteado no existía ni tenía razón de ser, y que la autora había sido lastimosamente víctima de un puro equívoco. Más aún: la publicación de mi libro ha aparecido enlazada con episodios que hay que calificar, por lo menos, de desusados. La "crítica" de *La acumulación* publicada en el *Vorwärts* del 16 de febrero de 1913 es, por su tono y su contenido, algo verdaderamente extraño, aun para los lectores poco versados en la materia. Tanto más extraño cuanto que la obra criticada encierra un carácter puramente teórico, no polemiza contra ninguno de los marxistas vivos y se mantiene dentro de la más estricta objetividad. Pero por si esto no fuese bastante, se inició una especie de acción judicial contra cuantos se atrevieron a emitir una opinión favorable acerca del libro, acción en la que el citado órgano central de prensa —en el que no habría, además, ni dos redactores que hubiesen leído el libro— se distinguió por su fogoso celo. Y presenciábamos un acontecimiento sin precedente y bastante cómico, además: la redacción en pleno de un periódico político, se puso de pie para emitir un fallo colectivo acerca de una obra puramente teórica y consagrada a un problema no poco complicado de ciencia abstracta, negando toda competencia en materia de economía política a hombres como Franz Mehring y Karl Kautsky, para considerar como "entendidos" solamente a aquellos que echaban por tierra el libro.

Que yo recuerde, ninguna publicación partidaria había disfrutado jamás de este trato desde que el partido existe, y no son maravillas,

por cierto, todo lo que vienen publicando desde hace algunos años las editoriales socialdemócratas. Lo insólito de todo esto revela bien a las claras que mi obra ha tocado en lo vivo a ciertos sentimientos apasionados que no son precisamente la "ciencia pura". Pero para poder juzgar el asunto con conocimiento de causa, hay que conocer antes, por lo menos en sus líneas generales, la materia de que se trata.

370

¿Sobre qué versa este libro tan violentamente combatido? Para el público lector, la materia resulta un tanto árida por el aparato, puramente externo y accidental, de las fórmulas matemáticas que en el libro se emplean con cierta profusión. Estas fórmulas son el blanco principal en las críticas de mi libro, y algunos de los señores críticos se han lanzado, incluso, en su severidad, para darme una lección, a construir fórmulas matemáticas nuevas todavía más complicadas, cuya sola vista infunde pavor al ánimo del simple mortal. Como veremos más adelante, esta predilección de mis "censores" por los esquemas no es un puro azar, sino que está íntimamente ligada a su punto de vista sobre el fondo de la cuestión. Sin embargo, el problema de la acumulación es, de suyo, un problema de carácter puramente económico social, no tiene nada que ver con las fórmulas matemáticas y puede exponerse y comprenderse perfectamente sin necesidad de ellas. Cuando Marx, en la sección de *El capital* en que estudia la reproducción del capital global de la sociedad, emplea esquemas matemáticos, como cien años antes de él lo hiciera Quesnay, el creador de la escuela fisiocrática y de la economía política como ciencia exacta, lo hacía simplemente para facilitar y aclarar la inteligencia de lo expuesto. Con ello, tanto uno como otro trataban también de demostrar que los hechos de la vida económica dentro de la sociedad burguesa se hallan sujetos, a pesar de su superficie caótica y de hallarse regidos en apariencia por el capricho individual, a leyes tan exactas y rigurosas como los hechos de la naturaleza física. Ahora bien; como mis estudios sobre la acumulación descansaban en las investigaciones de Marx, a la par que se debatían críticamente con ellas, ya que Marx, por lo que se refiere especialmente al problema de la acumulación, no pasa de establecer algunos esquemas y se detiene en los umbrales de su análisis, era lógico que me detuviese a analizar los esquemas marxistas. Por dos razones: porque no iba a eliminarlos caprichosamente de la doctrina de Marx, y porque, además, me importaba precisamente poner de manifiesto la insuficiencia, para mí, de esta argumentación.

Intentemos enfocar aquí el problema en su máxima sencillez,

prescindiendo de toda fórmula matemática.

El modo de producción capitalista está dominado por el interés en obtener ganancia. Para el capitalista, la producción sólo tiene finalidad y razón de ser cuando obtiene de ella, un año con otro, una “utilidad neta” es decir una ganancia líquida sobre todos los desembolsos de capital por él realizados. Pero lo que caracteriza a la producción capitalista como ley fundamental y la distingue de todas las demás formas económicas basadas en la explotación, no es simplemente la obtención de ganancias en oro contante y sonante, sino la obtención de ganancias en una *progresión cada vez mayor*. Para conseguirlo, el capitalista, diferenciándose en esto radicalmente de otros tipos históricos de explotadores, no destina exclusivamente, ni siquiera en primer término, los frutos de su explotación a fines de uso personal, sino a incrementar progresivamente la propia explotación. La parte más considerable de la ganancia obtenida se convierte nuevamente en capital y se invierte en ampliar la producción. De este modo, el capital se incrementa, se “acumula", para usar la expresión de Marx, y por efecto de esta acumulación, a la par que como premisa, la producción capitalista va extendiéndose continuamente, sin cesar.

371

Mas, para conseguir esto, no basta con la buena voluntad del capitalista. Trátase de un proceso sujeto a condiciones sociales objetivas, que pueden resumirse del modo siguiente.

Ante todo, para que la explotación pueda desarrollarse, es necesario que exista fuerza de trabajo en proporción suficiente. *El capital* se cuida de hacer que esta condición se dé, gracias al propio mecanismo de este régimen de producción, tan pronto como cobra auge en la historia y se consolida más o menos. Lo hace de dos modos: 1] permitiendo a los obreros asalariados a quienes da empleo que subsistan, bien o mal, mediante el salario que perciben, y que se multipliquen por medio de la procreación natural; 2] creando, con la proletarización constante de las clases medias y con la competencia que supone para los obreros asalariados la implantación del maquinismo en la gran industria, un ejército de reserva del proletariado industrial, disponible siempre para sus fines.

Cumplida esta condición, es decir asegurada, bajo la forma de proletariado, la existencia de material de explotación disponible en todo momento, y regulado el mecanismo de la explotación por el propio sistema del asalariado, surge una nueva condición básica para la acumulación del capital: la posibilidad de vender, cada vez en

mayor escala, las mercancías fabricadas por los obreros asalariados, para de este modo convertir en dinero el capital desembolsado por el propio capitalista y el plusvalor *estrujado* a la fuerza de trabajo. "La primera condición de la acumulación consiste en que el capitalista haya conseguido vender sus mercancías y reconvertir en capital la mayor parte del dinero así obtenido."[1] Por tanto, para que la acumulación se desarrolle como proceso continuo ha de darse la posibilidad de encontrar salida a las mercancías en una escala cada vez mayor. Como hemos visto, el propio capital se encarga de crear lo que constituye la condición fundamental de la acumulación.

372

En el libro primero de *El capital*, Marx analiza y describe minuciosamente este proceso. Ahora bien, ¿en qué condiciones son realizables los frutos de esta explotación? ¿Cómo encuentran salida en el mercado? ¿De qué depende esto? ¿Reside acaso en la fuerza del capital o en la esencia de su mecanismo de producción la posibilidad de ampliar el mercado en la medida de sus necesidades, del mismo modo que adapta a éstas el número de los trabajadores asalariados? No, en absoluto. Aquí se manifiesta la subordinación del capital a las condiciones sociales. A pesar de todo lo que lo distingue radicalmente de otras formas históricas de producción, la producción capitalista tiene de común con todas ellas el que, en última instancia, aunque subjetivamente no tenga más designio fundamental que el deseo de obtener ganancia, tiene que satisfacer objetivamente las necesidades de la sociedad, sin que pueda conseguir aquel designio subjetivo más que en la medida en que se cumpla esta misión objetiva. Las mercancías capitalistas sólo encuentran salida en el mercado y la ganancia que atesoran sólo puede convertirse en dinero siempre y cuando que estas mercancías satisfagan una necesidad social. Por consiguiente, el ascenso constante de la producción capitalista, es decir la constante acumulación del capital, se halla vinculada al incremento y desarrollo no menos constantes de las necesidades sociales.

Pero ¿qué entendemos por necesidades sociales? ¿Cabe precisar y definir de un modo concreto este concepto, cabe medirlo, o tenemos que permanecer también aquí en el campo de los conceptos vagos e indefinidos?

Si enfocamos las cosas tal y como se nos presentan a primera vista en la superficie de la vida económica, en la vida diaria, es decir desde

[1] *Das Kapital*, I, sección VII Introducción, Berlín, 1890, 4a. edición. [En esp., *El capital*, cit. I/2, p. 692.]

el punto de vista del capitalista individual, este concepto aparece como incomprensible. Un capitalista produce y vende, por ejemplo, máquinas. Sus clientes son otros capitalistas, que le compran las máquinas para producir con ellas capitalistamente otras mercancías. Por tanto, aquél venderá tantas más mercancías de las que produce cuanto más amplíen éstos su producción; podrá, por tanto, acumular tanto más rápidamente cuanto mayor sea la celeridad con que acumulen los otros, en sus respectivas ramas de producción. Aquí, en este ejemplo, "la necesidad social'' a que tiene que atenerse nuestro capitalista es la demanda de otros capitalistas, y el desarrollo de su producción tiene por premisa el desarrollo de la de éstos. Otro produce y vende víveres para los obreros. Éste venderá tanto más y, por consiguiente, acumulará tanto más capital cuanto más obreros trabajen para otros capitalistas (y para él), o, dicho en otros términos, cuanto más produzcan y acumulen otros capitalistas. Pero ¿de qué depende el que los "otros" puedan ampliar sus industrias? Depende, evidentemente, de que "estos" capitalistas, los productores de máquinas o víveres, por ejemplo, les compren sus mercancías en una escala cada vez mayor. Como se ve, a primera vista, la "necesidad social" de la que depende la acumulación de capital parece residir en esta misma, en la propia acumulación del capital. Cuanto más acumule el capital, tanto más acumula: a esto, a esta perogrullada, o a este círculo vicioso, conduce el examen superficial del problema. No hay manera de ver dónde reside el punto de arranque, el impulso inicial. No hacemos más que dar vueltas a la noria y el problema se nos va de las manos. Tal es lo que ocurre si lo enfocamos desde el punto de vista de las apariencias del mercado, es decir desde el punto de vista del capital individual, esta plataforma predilecta del economista vulgar.[2]

373

Pero la cosa cambia y adquiere fisonomía y perfil seguro tan pronto como enfoquemos la producción capitalista globalmente, desde el punto de vista del capital total, que es, en última instancia, el único criterio seguro y decisivo. Éste es, en efecto, el criterio que Marx aplica y desarrolla por primera vez sistemáticamente en el libro II de *El capital*, pero que sirve de base a toda su teoría. En realidad, la autarquía privada de los capitales aislados no es más que la forma externa, la apariencia superficial de la vida económica, apariencia que

[2] Sirva de ejemplo de lo que son estos economistas el crítico de mi libro en el *Vorwärts*, G. Eckstein, quien después de prometer al lector con gran suficiencia al comienzo de su artículo, que lo adoctrinará acerca de lo que son las necesidades sociales, no hace más que dar vueltas alrededor del rabo, como el gato, sin menearse del sitio, para acabar por decir que la cosa "no es tan sencilla ni tan fácil". Y es verdad. Es mucho más fácil y más sencillo estampar unas cuantas frases insustanciales.

el economista vulgar confunde con la realidad de las cosas, erigiéndola en fuente única de conocimiento. Por debajo de esta apariencia superficial, y por encima de todos los antagonismos de la competencia, está el hecho indestructible de que los capitales aislados forman socialmente un todo y de que su existencia y su dinámica se rigen por leyes sociales comunes, aunque éstas tengan que imponerse, por la falta de plan y la anarquía del sistema actual, a espaldas del capitalista individual y contra su conciencia, a fuerza de rodeos y desviaciones.

Si enfocamos la producción capitalista como un todo, veremos que las necesidades sociales son también una magnitud tangible, fácil de definir.

Imaginémonos que todas las mercancías producidas en la sociedad capitalista al cabo de un año se reuniesen en un sitio, apiladas en un gran montón, para aplicarlas en bloque a la sociedad. En seguida veremos cómo esta masa de mercancías se va convirtiendo, como la cosa más natural del mundo, en toda una serie de porciones de distinta clase y finalidad.

374

En todo tipo de sociedad y en todo tiempo, la producción tiene que atender, de un modo o de otro, a dos cometidos. En primer lugar, a alimentar, vestir y llenar, bien o mal, mediante objetos materiales, las necesidades físicas y culturales de la sociedad; es decir, para resumir, a producir *medios de vida*, en el sentido más amplio de esta palabra, para todas las capas de la población. En segundo lugar, para asegurar la continuación de la sociedad y, por tanto, su propia persistencia, toda forma de producción tiene que cuidarse de ir reponiendo constantemente los *medios de producción* consumidos: materias primas, herramientas e instrumentos de trabajo, fábricas y talleres, etc. Sin la satisfacción de estas dos necesidades primarias y elementales de toda sociedad humana, no se concebirían el desarrollo de la cultura ni el progreso. Y la producción capitalista tiene que atender también, pese a toda la anarquía que en ella reina y a todos los intereses de obtención de ganancia que en ella se cruzan, a estos dos requisitos elementales.

Por tanto, en ese montón inmenso de mercancías capitalistas que nos hemos imaginado, encontraremos ante todo una porción considerable de mercancías destinadas a reponer los medios de producción consumidos durante el año anterior. Entre éstas se cuentan las nuevas materias primas, máquinas, edificios, etc. (lo que Marx llama "capital constante"), que los diversos capitalistas

producen los unos para los otros en sus industrias y que necesariamente tienen que cambiarse entre sf para que la producción pueda funcionar en la escala que venía teniendo hasta allí. Y como (según el supuesto de que partimos) son las propias industrias capitalistas las que suministran todos los medios de producción necesarios para el proceso de trabajo de la sociedad, nos encontramos con que este intercambio de mercancías en el mercado capitalista es, como si dijésemos, un asunto de régimen interno, una incumbencia doméstica de los productores entre sí. El dinero necesario para mantener en marcha este intercambio de mercancías en todos sus aspectos sale, naturalmente, de los bolsillos de la propia clase capitalista —puesto que todo empresario tiene que disponer de antemano del capital necesario para alimentar su industria— y *retorna*, por supuesto, después de efectuarse el intercambio en el mercado, a esos mismos bolsillos.

Como aquí nos limitamos a suponer que los medios de producción se reponen en la misma escala de antes, resultará que todos los años será necesaria la misma suma de dinero para permitir periódicamente a todos los capitalistas que se provean unos a otros de medios de producción y que el capital invertido vuelva a sus bolsillos después de algún tiempo.

375

Pero en la masa capitalista de mercancías tiene que contenerse también, como en toda sociedad, una parte muy considerable destinada a ofrecer medios de vida a la población. Ahora bien, ¿cómo se distribuye la población en la sociedad capitalista, y cómo obtiene sus medios de vida? Dos formas fundamentales caracterizan al régimen capitalista de producción. La primera es el intercambio general de mercancías, lo cual quiere decir, en este caso, que ningún individuo de la población recibe de la masa social de mercancías ni lo más mínimo si a cambio no entrega dinero, medios de compra para adquirirlo. La segunda es el sistema capitalista del salario, es decir un régimen en el que la gran masa del pueblo trabajador sólo obtiene medios de compra para la adquisición de mercancías entregando su fuerza de trabajo al capital y en el que la clase poseedora sólo consigue medios de vida explotando esta relación. Por donde la producción capitalista, por el mero hecho de existir, presupone, como premisa, la existencia de dos grandes clases de población: capitalistas y obreros, clases de población radicalmente distintas la una de la otra en lo que al aprovisionamiento de medios de vida se refiere. Por muy indiferente que sea la vida del obrero para el capitalista, los obreros tienen que recibir, por lo menos, el alimento indispensable para que

su fuerza de trabajo pueda desplegarse al servicio del capital y para que éste tenga en ella la posibilidad de proseguir la explotación. Por tanto, la clase capitalista asigna a los obreros todos los años una parte de la masa total de mercancías elaboradas por éstos, la parte de medios de vida estrictamente indispensables para servirse de ellos en la producción. Los obreros adquieren estas mercancías con los salarios que sus patronos les entregan en forma de dinero. Por medio del intercambio, la clase obrera percibe, pues, de la clase capitalista todos los años, por la venta de su fuerza de trabajo, una determinada suma de dinero, que, a su vez, cambia por una cantidad de víveres y medios de vida, salida de esa masa social de mercancías que es propiedad de los capitalistas, cantidad que valía según su nivel cultural v la pujanza de la lucha de clases. Como se ve, el dinero, que sirve de mediador para este segundo gran intercambio de la sociedad, sale también de los bolsillos de la clase capitalista: el capitalista, para poner en marcha su empresa, tiene que adelantar lo que Marx llama "capital variable", o sea el capital en dinero necesario para comprar la fuerza de trabajo. Pero este dinero, tan pronto como los obreros compran sus víveres y medios de vida (como están obligados a hacer para su propio sustento y el de su familia), vuelve hasta el último centavo al bolsillo de los capitalistas como clase. No en vano son industriales capitalistas los que venden a los obreros, como mercancías, sus medios de subsistencia. Veamos ahora qué ocurre con el consumo de los propios capitalistas. Los medios de subsistencia de la clase capitalista le pertenecen ya a ella, como masa de mercancías, antes de iniciarse el intercambio, y le pertenecen por virtud de la relación capitalista, según la cual *todas* las mercancías sin distinción —con excepción de una sola: la fuerza de trabajo— vienen al mundo como propiedad del capital. Pero estos medios de vida "de calidad superior" nacen, precisamente, por ser mercancías, como propiedad de toda una serie de capitalistas individuales aislados, es decir como propiedad privada de cada capitalista individual. Por eso, para que la clase capitalista pueda disfrutar la masa de víveres y medios de subsistencia que le corresponde, tiene que mediar —como tratándose del capital constante— un intercambio recíproco entre los capitalistas. Este intercambio social tiene también por agente el dinero, y las cantidades necesarias para estas atenciones han de ser puestas en circulación, como en los otros casos, por los propios capitalistas, toda vez que se trata, como en la renovación del capital constante, de una incumbencia de carácter interno, doméstico, de la clase capitalista. Y estas sumas de dinero retornan igualmente, efectuado el intercambio, a los bolsillos de la clase capitalista de la

que salieron.

376

El mismo mecanismo de la explotación capitalista, que regula todo el régimen del salariado, se cuida de que todos los años se fabrique la cantidad necesaria de medios de subsistencia con los artículos de lujo necesarios para los capitalistas. Si los obreros sólo produjesen los medios de subsistencia necesarios para su propia conservación, no tendría razón de ser para el capital el darles trabajo. Esto sólo tiene sentido, desde el punto de vista capitalista, a partir del momento en que el obrero, después de cubrir sus propias necesidades, a las que corresponde el salario, asegura también la vida de sus “protectores”, es decir crea, para emplear la expresión de Marx, "plusvalor” para el capitalista. Entre otras cosas, este plusvalor sirve para que la clase capitalista viva, como las demás clases explotadoras que la precedieron en la historia, con la holgura y el lujo que apetece. Conseguido esto, a los capitalistas no les resta más que atender, distribuyéndose mutuamente las correspondientes mercancías y preparando el dinero necesario para ello, a la dura y ascética existencia de su clase y a su natural perpetuación.

Con esto, hemos separado de nuestra gran masa social de mercancías dos categorías considerables: medios de producción, destinados a renovar el proceso de trabajo, y medios de vida, destinados a asegurar el sustento de la población, o sea de la clase obrera, de una parte, y de otra de la clase capitalista.

Habrá quien piense, sin duda, que esto que hemos venido exponiendo hasta aquí no es más que una fantasmagoría. ¿Qué capitalista sabe hoy ni se preocupa tampoco de saber cuánto ni qué hace falta para reponer el capital global de la sociedad, ni para alimentar a toda la clase obrera y a toda la clase capitalista en bloque?

377

Lejos de ello, hoy todo industrial produce en una competencia ciega con los demás, y ninguno ve más allá de sus propias narices. Sin embargo, en el fondo de todo este caos de la competencia y de la anarqua hay, evidentemente, normas invisibles que se imponen; necesariamente tiene que haberlas, pues de otro modo ya hace mucho tiempo que la sociedad capitalista se habría disgregado. Y la economía política, en cuanto ciencia, no tiene más razón de ser, ni la teoría marxista persigue tampoco, conscientemente, otro designio que descubrir esas leyes ocultas que ponen orden y armonía en el caos de las economías privadas, imprimiéndoles unidad social. Estas leyes objetivas invisibles de la acumulación capitalista —acumulación

de capital mediante el incremento progresivo de la producción— son las que tenemos que investigar aquí. El hecho de que estas leyes que ponemos de manifiesto aquí no presidan la conducta consciente de los capitales aislados puestos en acción; el hecho de que en la sociedad capitalista no exista, en realidad, un órgano general de dirección llamado a fijar y a poner en práctica estas leyes con plena conciencia de su misión, sólo quiere decir que la producción actual camina como un ciego, por tanteos, y cumple con su cometido a fuerza de producir poco o demasiado, abriéndose paso a través de toda una serie de oscilaciones de precios y de crisis. Pero estas oscilaciones de precios y estas crisis tienen, si bien se mira, una razón de ser para la sociedad, enfocada en conjunto, puesto que son las que encauzan a cada paso la producción privada caótica y descarrilada dentro de los derroteros perdidos, evitando que se estrelle. Así, pues, cuando aquí, siguiendo las enseñanzas de Marx, intentamos trazar a grandes rasgos la relación entre la producción capitalista en su conjunto y las necesidades sociales, prescindimos de los *métodos* específicos —oscilaciones de precios y crisis— con que el capitalismo regula aquella relación, para mirar el fondo del problema.

Hemos visto que de la gran masa social de mercancías salen dos grandes porciones: aquellas a que nos hemos venido refiriendo. Pero esto no basta ni puede bastar. Si la explotación de los obreros no tuviese más finalidad que asegurar a sus explotadores una vida de opulencia, la sociedad actual sería una especie de sociedad esclavista modernizada o de feudalismo medieval puesto al día, y no la sociedad capitalista en que vivimos. La razón de ser vital y la misión específica de este tipo de sociedad es la ganancia en forma de dinero, la acumulación de capital-dinero, Por tanto, el verdadero sentido histórico de la producción actual comienza allí donde la explotación rebasa aquellos confines. El plusvalor, además de bastar para atender a la existencia “digna” de la clase capitalista, tiene que ser lo suficientemente holgado para que una parte de él pueda destinarse a la acumulación. Más aún: esta finalidad primordial es tan decisiva, que los obreros sólo encuentran trabajo, y por tanto posibilidades para procurarse medios de subsistencia, en la medida en que producen esta ganancia destinada a la acumulación y las perspectivas sean propicias a que pueda acumularse, real y verdaderamente, en forma de dinero.

378

Por consiguiente, en nuestro imaginario *stock* general de mercancías de la sociedad capitalista tiene que contenerse, además de las dos porciones conocidas, una tercera que no se destine ni a

reponer los medios de producción consumidos ni a mantener a los capitalistas y a los obreros. Una porción de mercancías que encierre esa parte inapreciable del plusvalor arrancado a los obreros, en la que reside, como decimos, la razón de ser vital del capitalismo: la ganancia destinada a la capitalización, a la acumulación. ¿Qué clase de mercancías son éstas y quién ofrece demanda para ellas en la sociedad, es decir quién se las toma a los capitalistas, permitiéndoles, por fin, embolsarse en dinero contante y sonante la parte primordial de la ganancia?

Con esto, tocamos al verdadero núcleo del problema de la acumulación y hemos de examinar todas las tentativas que se han hecho para resolverlo.

¿Puede partir esa demanda de los obreros, a quienes se destina la segunda porción de mercancías del *stock* social? Sabemos que los obreros no poseen más medios de compra que aquellos que les suministran los industriales en forma de salario, salario que les permite adquirir la parte del producto global de la sociedad estrictamente indispensable para vivir. Agotado el salario, no pueden consumir ni un centavo más de mercancías capitalistas, por muchas y grandes que sean sus necesidades. Además, la aspiración y el interés de la clase capitalista tienden a medir esta parte del producto global de la sociedad consumida por los obreros y los medios de compra destinados a ello, no con esplendidez precisamente, sino, por el contrario, con la máxima estrechez. Pues desde el punto de vista de los capitalistas como clase —y es muy importante tener en cuenta este punto de vista y no confundirlo con las ideas más o menos confusas que pueda formarse un capitalista individual—, los obreros no son, para el capitalismo, compradores de mercancías, “clientes” como otros sino simplemente fuerza de trabajo, cuya manutención a costa de una parte de su producto constituye una triste necesidad que hay que reducir, naturalmente, al mínimo socialmente indispensable.

¿Acaso puede partir de los propios capitalistas la demanda para esta última porción de su masa social de mercancías, extendiendo el radio de su consumo privado? La cosa sería, de suyo, factible, a pesar de que el lujo de la clase dominante, y no sólo el lujo, sino los caprichos y fantasías de todo género, dejan ya poco que desear. Pero, si los capitalistas se gastasen alegremente el plusvalor íntegro estrujado a sus obreros, la acumulación se caería por su base. La sociedad moderna retrocedería —retroceso totalmente fantástico, desde el punto de vista del capital— a una especie de sociedad esclavista o de feudalismo modernizado. Y lo que puede ocurrir y a

veces se pone en práctica con todo celo es lo contrario precisamente: la acumulación capitalista con formas de explotación propias de la esclavitud o de la servidumbre de la gleba perduró hasta después de mediados del siglo pasado en los Estados Unidos, y puede observarse todavía hoy en Alemania y en distintas colonias de ultramar. Pero el caso opuesto, o sea la forma moderna de la explotación, el asalariado libre, combinado con la disipación trasnochada, antigua o feudal, del plusvalor, olvidando la acumulación, sería un delito contra el espíritu santo del capitalismo y es sencillamente inconcebible. Volvemos a encontrarnos aquí, evidentemente, con que no coincide, ni mucho menos, el punto de vista del capital global con el de los capitalistas individuales. Para éstos, el lujo de los "grandes señores", por ejemplo, constituye una apetecible dilatación de la demanda, y por tanto una magnífica y nada despreciable ocasión para acumular. En cambio, para el conjunto de los capitalistas como clase, la dilapidación de todo el plusvalor en forma de lujo sería una locura, un suicidio económico, ya que supondría matar de raíz la acumulación.

379

¿De dónde, pues, pueden salir los compradores, los consumidores para esa porción social de mercancías sin cuya venta no sería posible la acumulación? Hasta ahora, hay una cosa clara, y es que esos consumidores no pueden salir de la clase obrera ni de la clase capitalista.

¿Pero es que en la sociedad no hay toda una serie de sectores, empleados, militares, clero, intelectuales, artistas, etc., que no cuentan entre los capitalistas ni entre los obreros? ¿Acaso todos estos sectores de la población no tienen que atender también a sus necesidades de consumo? ¿No serán ellos los consumidores que buscamos para el remanente aludido de mercancía? La respuesta es una vez más: ¡para el capitalista individual, indudablemente! Pero la cosa cambia si enfocamos a todos los capitalistas como clase, si tenemos en cuenta, no a los capitales aislados, sino el capital global de la sociedad. En la sociedad capitalista, todos esos sectores y profesiones a que aludimos no son, económicamente considerados, más que apéndices o satélites de la clase capitalista. Si investigamos de dónde salen los recursos de los empleados, militares, clero, artistas, etc., veremos que salen en parte del bolsillo de los capitalistas y en parte (por medio del sistema de los impuestos indirectos) de los salarios de la clase obrera. Por tanto, estos sectores no cuentan ni pueden contar, económicamente considerados, para el capital global de la sociedad como clase especial de consumidores, puesto que no poseen potencia adquisitiva propia, hallándose

comprendidos ya en el consumo de las dos grandes masas: los capitalistas y los obreros.

380

Por el momento no vemos, pues, de dónde pueden salir los consumidores, los clientes para dar salida a esta última porción de mercancías, sin cuya venta no hay acumulación posible.

Y es lo cierto que la solución del problema no puede ser más sencilla. Tal vez nos esté ocurriendo lo de aquel jinete que buscaba desesperadamente el caballo que montaba. ¿Acaso no serán también los capitalistas los consumidores recíprocos de este resto de mercancías a las que buscamos salida, no para comérselas, ciertamente, sino para ponerlas al servicio de la nueva producción, al servicio de la acumulación? ¿Pues, qué es la acumulación sino el incremento de la producción capitalista? Ahora bien, para esto sería necesario que aquellas mercancías no fuesen precisamente artículos de lujo destinados al consumo privado de los capitalistas, sino medios de producción de todo género (nuevo capital constante) y medios de subsistencia para la clase trabajadora.

Está bien. Pero el caso es que semejante solución no haría más que aplazar la dificultad por unos momentos. En efecto, concedido que la acumulación se ponga en marcha y que, al año siguiente, la producción incrementada arroje al mercado una masa mucho mayor de mercancías que la del año actual, surge esta cuestión: ¿Dónde encontrar, *cuando ese momento llegue*, la salida para esta masa de mercancías acrecentadas?

Acaso se contestará que esta masa acrecentada de mercancías volverá a ser consumida al año siguiente por el intercambio mutuo entre los capitalistas, empleándose por todos ellos para acrecentar nuevamente la producción, y así sucesivamente, de un año para otro. Pero esto no sería más que un tío vivo que giraría en el vacío sin cesar. Esto no sería acumulación capitalista, es decir acumulación de capital-dinero, sino todo lo contrario: un producir mercancías simplemente por producirlas, lo que desde el punto de vista capitalista constituye el más completo absurdo. Si llegamos a la conclusión de que los capitalistas, considerados como clase, son siempre los consumidores de sus propias mercancías, de su masa global de mercancías — prescindiendo de la parte que necesariamente tienen que asignar a la clase obrera para su conservación —, si son ellos siempre los que se compran a sí mismos las mercancías producidas con su propio dinero y los que tienen que convertir en oro de este modo el plusvalor que encierran aquéllas, ello equivaldría a reconocer que el incremento de

las ganancias, la acumulación por parte de la clase capitalista es un hecho imposible.

Para que pueda haber acumulación, necesariamente tienen que existir clientes distintos para la porción de mercancías que contienen la ganancia destinada a la acumulación, clientes que tengan de fuente propia sus medios adquisitivos y no necesiten ir a buscarlos al bolsillo de los capitalistas, como ocurre con los obreros o con los colaboradores del capital: funcionarios públicos, militares, clero y profesionales liberales. Ha de tratarse, pues, de clientes que obtengan sus medios adquisitivos como fruto de un intercambio de mercancías, y por tanto de una producción de mercancías, que se desarrolle al margen de la producción capitalista; ha de tratarse, en consecuencia, de productores cuyos medios de producción no tengan la categoría de capital y a quienes no pueda incluirse en ninguna de las dos categorías de capitalistas y obreros, aunque, por unas razones o por otras, brinden un mercado a las mercancías del capitalismo.

381

¿Quiénes pueden ser estos clientes? En la sociedad actual no hay más clases ni más sectores sociales que los obreros y los capitalistas con toda su cohorte de parásitos.

Hemos llegado al nudo de la cuestión. En el libro II de *El capital*, Marx parte, como en el libro I, del supuesto de que la producción capitalista es la forma única y exclusiva de producción. En el libro I dice:

> Se prescinde aquí del comercio de exportación, por medio del cual una nación puede convertir artículos suntuarios en medios de producción o de subsistencia, y viceversa. Para concebir el objeto de la investigación en su pureza, libre de circunstancias accesorias perturbadoras, hemos de enfocar aquí a todo el mundo comerciar como una nación y presuponer que la producción capitalista ha arraigado en todas partes y que se ha apoderado de todos los ramos de la industria (p. 544, nota 21 bis).[3]

Y en el libro II:

> Fuera de esta clase [la de los capitalistas] no existe, conforme a nuestro supuesto —dominación general y excluyente de la producción capitalista— absolutamente ninguna otra clase que la clase obrera (p.

[3] *Das Kapital*, 1. I, sección vil, cap. 22. [En esp., I/2, p. 715]

321).[4]

Es evidente que, bajo estas condiciones, en nuestra sociedad no existen más que capitalistas, con todo su séquito, y proletarios asalariados; es inútil que queramos descubrir otras capas sociales, otros productores y consumidores de mercancías. Y si es así, nos encontramos con que la acumulación capitalista se enfrenta, como me he esforzado en demostrar, con ese problema insoluble en el que hemos tropezado.

Ya podemos volvernos del lado que queramos; mientras reconozcamos que en la sociedad actual no hay más clases que la capitalista y la obrera, los capitalistas, considerados como clase, se verán en la imposibilidad de deshacerse de las mercancías sobrantes para convertir el plusvalor en dinero y poder de este modo acumular capital.

382

Pero el supuesto de que parte Marx no es más que una simple premisa teórica, que él sienta para facilitar y simplificar la investigación. En realidad, la producción capitalista no es, ni mucho menos, régimen único y exclusivo, como todo el mundo sabe y como el propio Marx recalca de vez en cuando en su obra. En todos los países capitalistas, aun en aquellos de industria más desarrollada, quedan todavía, junto a las empresas capitalistas agrícolas e industriales, numerosas manifestaciones de tipo artesano y campesino, basadas en el régimen de la producción simple de mercancías. En la misma Europa existen todavía, al lado de los viejos países capitalistas, otros en que predominan aún de un modo muy considerable, como acontece en Rusia, los países balcánicos y escandinavos y España, este tipo de producción artesana y campesina. Y, finalmente, junto a los países capitalistas de Europa y Norteamérica, quedan todavía continentes enormes en los que la producción capitalista sólo empieza a manifestarse en unos cuantos centros dispersos, presentando en la inmensidad de su superficie las más diversas formas económicas, desde el comunismo primitivo hasta el régimen feudal, campesino y artesano. Y todas estas formas de sociedad y de producción no sólo coexisten o han coexistido en pacífica contigüidad espacial con el capitalismo, sino que desde los comienzos de la era capitalista se establece entre ellas y el capitalismo europeo un intenso proceso de intercambio de carácter muy particular. La producción capitalista, como auténtica producción

[4] *Das Kapital*, 1. II, sección II, cap. 17, Berlín, 1893, 2ª. edición. [En esp., II/4, pp. 425-426.]

de masas que es, no tiene más remedio que buscar clientela en los sectores campesinos y artesanos de los viejos países y en los consumidores del resto del mundo, a la par que no puede tampoco desenvolverse técnicamente sin contar con los productos (medios de producción y de subsistencia) de todos estos sectores y países. Así se explica que, desde los primeros momentos se desarrollase entre la producción capitalista y el medio no capitalista que la envolvía un proceso de intercambio en donde el capital, al mismo tiempo que encontraba la posibilidad de realizar en dinero contante su plusvalor, para los fines de su capitalización intensiva, se aprovisionaba de las mercanoías necesarias para desarrollar su propia producción, y finalmente se abría paso para la conquista de nuevas fuerzas de trabajo proletarizadas, mediante la descomposición violenta de todas aquellas formas de producción no capitalistas.

Pero esto no es más que el contenido económico escueto del proceso a que nos referimos. En su forma concreta de manifestarse en la realidad, este fenómeno constituye el proceso histórico del desarrollo del capitalismo en la escena mundial con toda su variedad agitada y multiforme.

383

En efecto, el intercambio del capital con los medios no capitalistas empieza tropezando con todas las dificultades propias de la economía natural, con las relaciones sociales consolidadas, y las necesidades restringidas de la economía campesina patriarcal y artesana. Para resolver estas dificultades, el capital acude a "remedios" heroicos, echa mano del hacha del poder político. En la misma Europa, su primer gesto es derribar revolucionariamente la economía natural del feudalismo. En los países de ultramar, su primer gesto, el acto histórico con que nace el capital y que desde entonces no deja de acompañar ni un solo momento a la acumulación, es el sojuzgamiento y el aniquilamiento de la comunidad tradicional. Con la ruina de aquellas condiciones primitivas, de economía natural, campesinas y patriarcales de los viejos países, el capitalismo europeo abre la puerta al intercambio de la producción de mercancías, convierte a sus habitantes en clientes obligados de las mercancías capitalistas, y acelera, al mismo tiempo, en proporciones gigantescas, su proceso de acumulación, desfalcando de un modo directo y descarado los tesoros naturales y las riquezas atesoradas por los pueblos sometidos a su yugo. Desde comienzos del siglo XIX estos métodos se desarrollan paralelamente con la exportación del capital acumulado de Europa a los países no capitalistas del resto def mundo, donde aquél encuentra sobre un nuevo terreno, sobre las ruinas de las formas indígenas de

producción, nuevos clientes para sus mercancías y, por tanto, nuevas posibilidades de acumulación.

De este modo, mediante este intercambio con sociedades y países no capitalistas, el capitalismo va extendiéndose más y más, acumulando capitales a costa suya, al mismo tiempo que los corroe y los desplaza para suplantarlos. Pero cuantos más países capitalistas se lanzan a esta caza de zonas de acumulación y cuanto más van escaseando las zonas no capitalistas susceptibles de ser conquistadas por los movimientos de expansión del capital, más aguda y rabiosa se hace la competencia entre los capitales, transformando esta cruzada de expansión en la escena mundial en toda una cadena de catástrofes económicas y políticas, crisis mundiales, guerras y revoluciones.

De este modo, el capital va preparando su bancarrota por dos caminos. De una parte, porque al expandirse a costa de todas las formas no capitalistas de producción, camina hacia el momento en que toda la humanidad se compondrá exclusivamente de capitalistas y proletarios asalariados, haciéndose imposible, por tanto, toda nueva expansión y, como consecuencia de ello, toda acumulación. De otra parte, en la medida en que esta tendencia se impone, el capitalismo va agudizando los antagonismos de clase y la anarquía política y económica internacional en tales términos, que, mucho antes de que se llegue a las últimas consecuencias del desarrollo económico, es decir mucho antes de que se imponga en el mundo el régimen absoluto y uniforme de la producción capitalista, sobrevendrá la rebelión del proletariado internacional, que acabará necesariamente con el régimen capitalista.

384

Tal es, en síntesis, el problema y su solución, como yo los veo. Parecerá a primera vista que se trata de una sutileza puramente teórica. Sin embargo, la importancia práctica del problema es bien evidente. Esta importancia práctica reside en sus conexiones íntimas con el hecho más destacado de la vida política actual: el imErialismo. Las características típicas externas del período imperialista, la lucha reñida entre los estados capitalistas por la conquista de colonias y órbitas de influencia y posibilidades de inversión para los capitales europeos, el sistema internacional de empréstitos, el militarismo, los fuertes aranceles protectores, la importancia predominante del capital bancario y de los consorcios industriales en la política mundial, son hoy hechos del dominio general. Y su íntima conexión con la última fase del desarrollo capitalista, su importancia para la acumulación del capital, son tan evidentes, que los conocen y reconocen abiertamente tanto los defensores como los adversarios

del imperialismo. Pero los socialistas no pueden limitarse a este reconocimiento puramente empírico. Para ellos, es obligado investigar y descubrir con toda exactitud las leyes económicas que rigen estas relaciones, las verdaderas raíces de ese grande y abigarrado complejo de fenómenos que forma el imperialismo. En éste como en tantos otros casos, no podremos luchar contra el imperialismo con la seguridad, la claridad de miras y la decisión indispensables en la política del proletariado, si antes no enfocamos el problema en sus raíces con una absoluta claridad teórica. Antes de aparecer *El capital* de Marx, los hechos característicos de la explotación, del plustrabajo y de la ganancia eran sobradamente conocidos. Pero fueron la teoría exacta y precisa del plusvalor y de su formación, la teoría de la ley del salario y del ejército industrial de reserva, cimentadas por Marx sobre la base de su teoría del valor, las que sentaron la práctica de la lucha de clases sobre la base firme, férrea, en que se desenvolvió hasta la guerra mundial el movimiento obrero alemán y, siguiendo sus huellas, el movimiento obrero internacional. Ya se sabe que la teoría por sí sola no basta y que, a veces, con la mejor de las teorías puede seguirse la más lamentable de las prácticas; la bancarrota de la socialdemocracia alemana lo demuestra de un modo bien elocuente. Pero esta bancarrota no ha sobrevenido precisamente por culpa de la conciencia teórica marxista, sino a pesar de ella, y el único camino para remediarlo es volver a poner la realidad del movimiento obrero en consonancia y al unísono con su teoría. La orientación general de la lucha de clases, y su planteamiento en un campo especial e importante de problemas, sólo pueden tener un cimiento firme que sirva de trinchera a nuestras posiciones en la teoría marxista, en los tesoros tantas veces inexplorados de las obras fundamentales de Marx.

385

Que las raíces económicas del imperialismo residen, de un modo específico, en las leyes de la acumulación del capital, debiendo ponerse en concordancia con ellas, es cosa que no ofrece lugar a dudas, ya que el imperialismo no es, en términos generales, según demuestra cualquier apreciación empírica vulgar, más que un método específico de acumulación. Ahora bien, ¿cómo es posible esto si nos atenemos cerradamente al supuesto de que parte Marx en el libro II de *El capital*, al supuesto de una sociedad basada exclusivamente en la producción capitalista y en que, por tanto, la población se divide toda ella en capitalistas y obreros asalariados?

Cualquiera que sea la explicación que se ofrezca de los resortes económicos e internos del imperialismo, hay una cosa que es clara y

umversalmente reconocida, y es que la esencia del imperialismo consiste precisamente en extender el capitalismo de los viejos países capitalistas a nuevas zonas de influencia y en la competencia económica y política entre aquéllos por la conquista de estas zonas nuevas. Ahora bien; en el libro II Marx supone, como hemos visto, que el mundo entero forma ya “una nación capitalista”, habiendo sido superadas todas las demás formas de economía y de sociedad. ¿Cómo explicar, pues, la existencia del imperialismo en una sociedad como ésta, en que no existe margen alguno para su desarrollo?

Al llegar aquí, he creído que era obligada la crítica. El admitir teóricamente una sociedad exclusivamente compuesta de capitalistas y obreros es un supuesto perfectamente lícito y natural cuando se persiguen determinados fines de investigación —como acontece en el libro I de *El capital* con el análisis de los capitales individuales y de sus prácticas de explotación en la fábrica—, pero a mí me parecía que resultaba inoportuno y perturbador al enfocar el problema de la acumulación del capital social en bloque. Como este fenómeno refleja el verdadero proceso histórico de la evolución capitalista, yo entendía que era imposible estudiarlo sin tener presentes todas las condiciones de esta realidad histórica. *La acumulación del capital*, concebida como proceso histórico, se abre paso, desde el primer día hasta el último, en un medio de formaciones capitalistas de la más variada especie, debatiéndose políticamente con ellas en lucha incesante y estableciendo con ellas también un intercambio económico permanente. Y si esto es así, ¿cómo podría enfocarse acertadamente este proceso y las leyes de su dinámica interna aferrándose a una ficción teórica muerta que niega la existencia de este medio ambiente, de esta lucha, de estas acciones y reacciones?

386

Me parecía que, planteadas así las cosas, la fidelidad a la teoría de Marx exigía precisamente apartarse de la premisa sentada en el libro I de *El capital*, tan indicada y tan fructífera allí, para plantear el problema de la acumulación, concebida como proceso global, sobre la base concreta del intercambio entre el capital y el medio histórico que lo rodea. Haciéndolo así, la explicación del proceso se deriva, a mi juicio, de las enseñanzas fundamentales de Marx y se halla en perfecta armonía con el resto de su obra económica maestra.

Marx plantea el problema de la acumulación del capital global, pero sin llegar a darle una solución. Es cierto que empieza sentando como premisa de su análisis la de una sociedad puramente capitalista, pero sin llevar a término el análisis sobre esta base, antes bien, interrumpiéndolo precisamente cuando llegaba a este problema

cardinal. Para ilustrar sus ideas, traza algunos esquemas matemáticos, pero apenas había comenzado a interpretarlos en el sentido de sus posibilidades prácticas sociales y a revisarlos desde este punto de vista, cuando la enfermedad y la muerte le arrancaron la pluma de la mano. La solución de este problema, como la de tantos otros, quedaba reservada a sus discípulos, y mi *Acumulación* no perseguía otra finalidad que la de una tentativa en tal sentido.

Cabía reputar acertada o falsa la solución propuesta por mí, críticarla, impugnarla, contemplarla, dar al problema otra solución. No se hizo nada de eso. Ocurrió algo inesperado: Los "técnicos” declararon que no existía problema alguno que resolver. Que las manifestaciones de Marx en el libro II de *El capital* bastaban para explicar y agotar el fenómeno de la acumulación y que en estas páginas se demostraba palmariamente, por medio de los esquemas, que el capital podía expandirse de un modo excelente y la producción extenderse sin necesidad de que existiese en el mundo más producción que la capitalista, que ésta tenía en sí misma su mercado y que sólo mi rematada ignorancia e incapacidad para comprender lo que es el ABC de los esquemas marxistas me podía haber llevado a encontrar aquí semejante problema.

387

[EL IMPERIALISMO]

El que haya leído con atención las notas y las observaciones críticas ocasionales del primer tomo de *El capital*, en las que Marx se ocupa de las argucias teóricas de Say, J. S. Mill, Carey, etc., podrá imaginarse aproximadamente lo que pensaría de semejante método científico.

Pero, sea de ello lo que fuere, el caso es que hemos llegado finalmente al imperialismo. El capítulo final del trabajo de Bauer lleva el título: “La explicación del imperialismo.” Con semejante título parece que el lector tiene el derecho de esperar tal explicación. Después de haber declarado que yo *sólo había encontrado una raíz*, “no la única”, del imperialismo, cabía esperar con fundamento que Bauer descubriese, desde el punto de vista de la concepción, las otras raíces. Desgraciadamente nada de esto ocurre. Bauer se libra muy bien, hasta el final, de hacer la menor indicación sobre las otras raíces; guarda el secreto. A pesar del prometedor título, y la introducción del capítulo final, se limita a la mísera “raíz” del imperialismo, que constituye el "germen verdadero” de mi falsa

explicación.

Si su teoría, extraída del “crecimiento de la población” fuese exacta, sería completamente innecesaria la “raíz” consciente, pues, entonces, el imperialismo sería sencillamente imposible.

Recordemos en qué consiste, de hecho, el “mecanismo” de la acumulación de Bauer. Consiste en que la producción capitalista acomoda automáticamente su magnitud al crecimiento de la clase trabajadora. ¿Y si esto es así, en qué sentido puede hablarse de un “límite” de la acumulación? *El capital* no tiene la necesidad ni la posibilidad de traspasar este “límite”. Pues si la producción en uno de los casos —en la fase de la “sobreacumulación” de Bauer— va más allá del crecimiento de la clase obrera, en cambio, en la fase siguiente de la “infra-acumulación” se queda por debajo de la población obrera disponible. De este modo, en el "mecanismo” de Bauer no hay ningún capital sobrante que pudiera exceder de sus “límites”. Pues esta teoría, como hemos visto, excluye, justamente, por las mismas razones, la formación de una reserva de capital y la súbita capacidad de expansión de la producción. El exceso de capital sólo se presenta aquí como una fase pasajera para ser irremediablemente sustituida por el extremo opuesto: falta de capital. Ambas fases se suceden en la teoría de Bauer con la regularidad pedante de la luna nueva y la luna llena. No hay "límites” para la acumulación del capital, ni tampoco una tendencia a pesar de ella, pues el propio Bauer dice expresamente que la acumulación vuelve automáticamente a este límite por el “mecanismo de la producción capitalista misma” (*op. cit*., p. 873). Por tanto, no existe aquí un conflicto entre el afán de expansión y un supuesto límite del capital. Bauer impone estos conceptos a su “mecanismo” para trazar, de algún modo, un puente artificial desde aquella concepción al imperialismo. Lo forzado de esta construcción es lo que mejor confirma la interpretación que del imperialismo se ve obligado a dar desde el punto de vista de su teoría.

388

Como, según Bauer, el eje en torno al cual gira el capital es la clase obrera, para él la ampliación de los límites de la acumulación es el aumento de la población trabajadora. Así se ve, literalmente, en *Die Neue Zeit* (*op. cit*., p. 873):

> En primer término, la acumulación está limitada por el crecimiento de la población obrera. El imperialismo multiplica enormemente la masa de obreros que está obligada a vender su fuerza de trabajo al capital. Lo logra desintegrando los antiguos modos de producción de las regiones coloniales, obligando de ese modo a millones a emigrar a territorios

> capitalistas o bien a servir en su propia patria al capital europeo o americano allí invertido. Puesto que, con una composición orgánica dada del capital, la magnitud de la acumulación estará determinada por el crecimiento de la población laboral disponible, el imperialismo es, de hecho, un medio para seguir extendiendo los límites de la acumulación.

Ésta es, pues, la función y la preocupación principal del imperialismo: ¡Aumentar los obreros por emigración de las colonias o en el mismo lugar! Y esto a pesar de que todo el que tenga el uso de sus cinco sentidos sabe que, *a la inversa*, en las metrópolis del capital imperialista, en los antiguos países capitalistas, existía constantemente un ejército de reserva del proletariado consolidado y falto de trabajo, mientras en las colonias el capital lamenta constantemente la falta de trabajo. Por tanto, en su apetencia de nuevos proletarios asalariados, el capital imperialista huye de los países donde los rápidos progresos técnicos, el proceso enérgico de proletarización de las clases medias, la descomposición de las familias proletarias, aumentan constantemente el ejército de reserva obrera, y se precipita, de preferencia, justamente en aquellas regiones del mundo en las que una organización social rígida liga a los trabajadores con tales lazos, que es menester un período de decenios para que, en último término, el ímpetu arrollador del capitalismo "libere" un proletariado poco más o menos utilizable.

Bauer fantasea acerca de una "poderosa" afluencia de nuevos trabajadores de las colonias a los viejos territorios de producción capitalista, cuando todo hombre con discernimiento sabe que, *a la inversa*, paralelamente a la emigración del capital de los países antiguos a las colonias, se verifica una emigración de ¡os trabajadores "sobrantes" a las colonias, emigraciones que, como dice Marx, "de hecho sólo siguen al capital emigrante". Véanse, en efecto, las "poderosas" corrientes de hombres de Europa que en el transcurso del siglo XIX han poblado América del norte y del sur, Sudáfrica y Australia. Véanse además las diversas formas de esclavitud "atenuada" y trabajo forzoso a que tiene que recurrir el capital europeo y norteamericano para asegurarse el mínimo necesario de trabajadores en las colonias africanas, en la India occidental, en Sudamérica, en el Pacífico.

389

¡Por tanto, según Bauer, el capital inglés ha sostenido durante medio siglo guerras sangrientas con China, ante todo para asegurarse, en vista de la carencia de obreros ingleses, una "poderosa" afluencia de culíes chinos, y, sin duda, se trataba de la misma necesidad

urgente en la cruzada de la Europa imperialista contra China en las postrimerías del siglo! *El capital* francés en Marruecos, había pensado principalmente en los bereberes para colmar su déficit de proletarios de fábrica franceses. El imperialismo austríaco buscaba naturalmente en Servia y Albania, en primer término, mano de obra fresca. ¡Y el capital alemán busca ahora con una linterna, en Asia Menor y Mesopotamia, obreros industriales turcos, tanto más cuanto que en Alemania, antes de la guerra mundial, había una acentuada falta de trabajo en todos los ramos!.

La cosa es clara: una vez más Otto Bauer, como "un hombre que especula”, ha olvidado en sus operaciones fantásticas la tierra prosaica, y convierte tranquilamente el capitalismo moderno en el impulso del capital hacia nuevas fuerzas de trabajo. Y éste ha de ser el germen, el principio de movimiento más íntimo del imperialismo. Sólo en segunda instancia menciona también la demanda de materias primas ultramarinas, que no tiene ningún nexo económico con su teoría de la acumulación, y cae como llovida del cielo. Pues, si la acumulación puede prosperar tan espléndidamente como ha descrito Bauer en la "sociedad capitalista aislada” consciente, será menester que en la isla maravillosa se disponga de todos los tesoros naturales y dones de Dios necesarios. Otra cosa pasa en el capitalismo de la realidad prosaica, el cual, desde el primer día de su existencia hubo de atenerse a los medios de producción del mundo. Y, finalmente, en tercer lugar, menciona, de paso, todavía, en dos párrafos referentes al imperialismo, la adquisición de nuevos mercados, y esto únicamente para atenuar la crisis. Éste es “también un bello pasaje”, sobre todo cuando, como es sabido, en el planeta en que vivimos toda ampliación considerable del mercado tiene como consecuencia la más marcada agudización de la crisis.

Ésta es la "explicación del imperialismo” que Otto Bauer acierta a dar finalmente: "*En nuestra opinión, el capitalismo también resulta imaginable sin expansión*” (*op. cit*., p. 874). En esto culmina su teoría de la acumulación “aislada”, y nos despide asegurando, para consolarnos, que, en todo caso, de un modo o de otro, “con y sin expansión, el propio capitalismo conduce a su ocaso”.

390

Éste es el método histórico-materialista de investigación manejado por "expertos”. El capitalismo es, pues, imaginable aun sin expansión. Cierto que, según Marx, el impulso que lleva al capital a expansiones súbitas es justamente el elemento decisivo, el rasgo más saliente de la moderna evolución; cierto que la expansión acompaña toda la carrera histórica del capital, y que, en su fase final actual imperialista, ha

adoptado un carácter tan impetuoso que pone en duda la total existencia cultural de la humanidad; cierto que este impulso irrefrenable del capital hacia su expansión, que ha ido creando paso a paso el mercado mundial, ha edificado la moderna economía mundial, edificando así la base histórica del socialismo; cierto que la internacional proletaria, que ha de acabar con el capitalismo, no es más que un producto de la expansión mundial del capital. Pero todo esto podía no haber ocurrido, pues cabe imaginar también un curso completamente distinto de la historia. Realmente, ¿qué no puede ser "imaginado" por un pensador? "En nuestra opinión, el capitalismo también resulta imaginable sin expansión." En nuestra opinión, la moderna evolución es también imaginable sin el descubrimiento de América y sin la navegación en torno de África. Tras una reflexión llena de dudas, resulta que también la historia humana puede imaginarse sin el capitalista. En último término, el sistema solar imaginable sin la Tierra. La filosofía alemana quizá sea imaginable sin "la torpeza metafísica". Sólo una cosa nos parece absolutamente inimaginable: que un marxismo oficial así "pensante", avanzada espiritual del movimiento obrero, hubiera de llevar en la fase del imperialismo a un resultado tan lamentable como es el fracaso de la socialdemocracia acaecido con la guerra mundial.

Seguramente la táctica y el comportamiento prácticos en la lucha no dependen inmediatamente de que se considere el tomo II de *El capital* marxista como obra terminada, o como mero fragmento; de que se crea o no en la posibilidad de la acumulación en una sociedad capitalista "aislada"; de que se interpreten de un modo o de otro los esquemas marxistas de la reproducción. Miles de proletarios son bravos y firmes luchadores por los fines del socialismo, sin saber nada de sus problemas teóricos, sólo con la base del conocimiento fundamental de la lucha de clases, y apoyados en un insobornable instinto de clase, así como en las tradiciones revolucionarias del movimiento. Pero entre la manera de comprender y tratar los problemas teóricos y la práctica de los partidos políticos, existe siempre la más estrecha relación. En el decenio que antecedió al estallido de la guerra mundial, la socialdemocracia alemana, como metrópoli internacional de la vida internacional proletaria, ofrecía perfecta armonía en el campo teórico y el práctico: en uno y otro reinaban el mismo desconcierto y la misma fosilización, y era el mismo imperialismo, como fenómeno dominante de la vida pública, el que había paralizado, tanto al estado mayor teórico, como al político de la socialdemocracia. De la misma manera que la orgullosa

construcción de la socialdemocracia alemana oficial, en la primera prueba histórica, resultó ser algo figurado como los pueblos de Potemkin, así el aparente "expertismo” teórico y la infalibilidad del marxismo oficial, que daba su bendición a la práctica, ha resultado ser simplemente un pomposo bastidor, detrás del cual se escondían una severidad dogmática intolerante y pretensiosa, la inseguridad interior y la incapacidad para la acción. A la rutina seca que sólo sabía moverse por los carriles de la “vieja táctica probada”, es decir de la acción exclusivamente parlamentaria, correspondían cumplidamente los epígonos teóricos que se aferran a las fórmulas del maestro, al paso que niegan el espíritu vivo de su doctrina. En lo anterior hemos visto algunas pruebas de este desconcierto reinante en el areópago de los "expertos”.

391

Pero el nexo con la práctica es, en nuestro caso, más tangible aún de lo que a primera vista puede parecer. Se trata en último extremo de dos términos distintos para combatir el imperialismo.

El análisis marxista de la acumulación surgió en una época en que el imperialismo no había aparecido aún en la escena del mundo, y el supuesto sobre el que Marx basa su análisis, el predominio definitivo absoluto del capital en el mundo, excluye justamente de antemano el proceso del imperialismo. Pero —y aquí está la diferencia entre los errores de un Marx y las vulgares equivocaciones de sus epígonos— hasta el error es, en este caso, fecundo y animador. El problema planteado en el tomo n de *El capital* y que queda sin resolver: la verificación de la acumulación bajo el dominio exclusivo del capitalismo y su demostración, es insoluble. *La acumulación* es imposible en estas condiciones. Pero basta traducir la contradicción teórica aparentemente rígida, a la dialéctica histórica, como corresponde a toda la doctrina y manera de pensar de Marx, y la contradicción del esquema marxista se trueca en un espejo vivo del curso mundial del capitalismo.

La acumulación es imposible en un medio exclusivamente capitalista. De aquí nace, desde el primer momento de la evolución capitalista, el impulso hacia la expansión a capas y países no capitalistas, la ruina de artesanos y campesinos, la proletarización de las clases medias, la política colonial, la apertura de mercados, la exportación de capitales. Sólo por la expansión constante a nuevos dominios de la producción y nuevos países, ha sido posible la existencia y desarrollo del capitalismo. Pero la expansión, en su impulso mundial, conduce a choques entre el capital y las formas sociales precapitalistas. De aquí que, violencia, guerra, revolución,

catástrofe, sean en suma el elemento vital del capitalismo desde su principio hasta su fin.

392

La acumulación del capital prosigue y se extiende a costa de capas y países no capitalistas, destruyendo y eliminando a aquéllos con un ritmo cada vez más apresurado. Dominio extensivo: tal es la tendencia general y el resultado del proceso de producción capitalista. Conseguido esto, entra en vigor, el esquema marxista: la acumulación, es decir la ulterior expansión del capital resulta imposible, el capitalismo entra en un callejón sin salida; no puede seguir actuando como vehículo histórico del desarrollo de las fuerzas productivas; alcanza su límite objetivo económico. La contradicción que se ofrece en el esquema marxista de la acumulación, dialécticamente considerada, no es más que la contradicción viva entre el impulso ilimitado de expansión del capital y el límite que se pone a sí mismo por el aniquilamiento continuo de las demás formas de producción; entre las enormes fuerzas productivas, que su proceso de acumulación despierta en toda la Tierra, y la estrecha base que se pone a sí mismo por las leyes de la acumulación. El sistema marxista de la acumulación —interpretado correctamente— es, precisamente por ser insoluble, la prognosis exacta de la caída económica inevitable del capitalismo como resultado del proceso de expansión imperialista, cuya misión especial es realizar el supuesto marxista: el dominio absoluto e indivisible del capital.

¿Podrá producirse en la realidad, alguna vez, ese momento? No olvidemos que se trata de una abstracción puramente teórica, ya que la acumulación del capital es un proceso no sólo económico, sino político.

> El imperialismo, al mismo tiempo que un método histórico para la prolongación de la existencia del capital, es el medio más seguro para señalar objetivamente el camino más corto del fin de su existencia. Esto no quiere decir que tal objetivo final haya de ser alcanzado. Ya la tendencia hacia este objetivo último de la evolución capitalista se expresa en forma que convierte, en un período de catástrofes, la fase final del capitalismo (*La acumulación del capital*, p. 361).
>
> Cuanto más violentamente acabe el capitalismo con la existencia de capas no capitalistas, fuera y dentro de casa, y cuanto más rebaje las condiciones de vida de todas las capas trabajadoras, tanto más se transformará la historia de la acumulación del capital en el mundo en una cadena ininterrumpida de catástrofes y convulsiones políticas y sociales, que, junto con las catástrofes periódicas económicas que se presentan en

> forma de crisis, harán imposible la prosecución de la acumulación y harán imprescindible la rebelión de la clase obrera internacional contra el régimen capitalista, aun antes de que tropiece económicamente con el límite natural que se ha puesto a si mismo (*op. cit*., p. 389).

393

Aquí, como en el resto de la historia, la teoría presta un servicio completo mostrándonos el término lógico a que se encamina objetivamente. Este estado final no podrá ser alcanzado, del mismo modo que ninguno de los períodos anteriores de la evolución histórica pudo realizarse hasta sus últimas consecuencias. Y menos *necesidad* tiene de realizarse a medida que la conciencia social, encarnada esta vez en el proletariado socialista, intervenga como factor activo en el juego de las fuerzas. Las sugestiones más fecundas y el mejor acicate para esta conciencia nos son dadas por la exacta concepción de la teoría marxista.

El imperialismo actual no es, como en el esquema de Bauer, el preludio de la expansión del capital, sino el último capítulo de su proceso histórico de expansión: es el período de la competencia general mundial de los estados capitalistas que se disputan los últimos restos del medio no capitalista de la Tierra. En esta fase última, la catástrofe económica y política es un elemento vital, una forma normal de existencia del capital, lo mismo que lo era en la "misma acumulación originaria" de su fase inicial. De la misma manera que el descubrimiento de América y de la ruta marítima hacia la India no sólo significaron un avance prometeico del espíritu y de la civilización humanos, tal como aparece en la leyenda liberal, sino también, inseparablemente, una serie incontable de matanzas en los pueblos primitivos del Nuevo Mundo, y una interminable trata de esclavos en los pueblos de África y Asia. En la última fase imperialista, la expansión económica del capital es inseparable de la serie de conquistas coloniales y guerras mundiales que tenemos ante nosotros. La característica del imperialismo, última lucha por el dominio capitalista del mundo, no es sólo la particular energía y omnilateraliaad de la expansión, sino —y éste es el síntoma específico de que el círculo de la evolución comienza a cerrarse— el rebote de la lucha decisiva por la expansión de los territorios que constituyen su objeto, a los países de origen. De esta manera, el imperialismo hace que la catástrofe, como forma de vida, se retrotraiga de la periferia de la evolución capitalista a su punto de partida. Después que la expansión del capital había entregado, durante cuatro siglos, la existencia y la civilización de todos los pueblos no capitalistas de Asia,

África, América y Australia a incesantes convulsiones y a aniquilamientos en masa, ahora precipita a los pueblos civilizados de Europa en una serie de catástrofes, cuyo resultado final sólo puede ser el hundimiento de la civilización, o el tránsito a la forma de producción socialista. A la luz de esta concepción, la posición del proletariado frente al imperialismo adquiere el carácter de una lucha general contra el régimen capitalista. La dirección táctica de su comportamiento se halla dada por aquella alternativa histórica.

394

Muy otra es la dirección del marxismo oficial de los "expertos". La creencia en la posibilidad de la acumulación en una "sociedad capitalista aislada", la creencia de que el capitalismo es imaginable también sin expansión, es la forma teórica de una tendencia táctica perfectamente determinada. Esta concepción se encamina a no considerar la fase del imperialismo como necesidad histórica, como lucha decisiva por el socialismo, sino como invención perversa de un puñado de interesados. Esta concepción trata de persuadir a la burguesía de que el imperialismo y el militarismo son peligrosos para ella desde el punto de vista de sus propios intereses capitalistas, aislando así al supuesto puñado de los que se aprovechan de este imperialismo, y formando un bloque del proletariado con amplias capas de la burguesía para "atenuar" el imperialismo, para hacerlo imposible por un "desarme parcial", para "quitarle el aguijón". Del mismo modo que el liberalismo en su época de decadencia apelaba de la monarquía mal informada a la mejor informada, el "centro marxista" pretende apelar de la burguesía mal aconsejada a la que necesita adoctrinamiento, de la tendencia imperialista a la catástrofe, a los tratados internacionales de desarme; de la pugna de las grandes potencias para imponer la dictadura mundial del sable, a la federación pacífica de estados nacionales democráticos. La contienda general para resolver la oposición histórica entre el proletariado y el capital truécase en la utopía de un compromiso histórico entre proletariado y burguesía para "atenuar" las oposiciones imperialistas entre estados capitalistas.[5]

[5] Eckstein, que en su recensión de *Vorwärts* de febrero de 1913 me denunciaba por la "teoría de la catástrofe" empleando simplemente la terminología de los Kolb-Heine-David ("Con los supuestos teóricos se vienen abajo las consecuencias prácticas, y, ante todo, la *teoría de la catástrofe*, que la camarada Luxemburg ha levantado sobre su doctrina de la necesidad de consumidores no capitalistas"), me denuncia ahora, desde que los teóricos del pantano han vuelto a "orientarse" hacia la izquierda, por el delito opuesto de haber ayudado al ala derecha de la socialdemocracia. Hace constar con regocijo que a Lensch, el mismo Lensch que durante la guerra mundial se pasó al campo de los KolbHeine-David, lo ha encontrado bien orientado y habla de él mostrándose de acuerdo en el *Leipziger Volkstimme*. ¿No está clara la relación? ¡Sospechoso, altamente sospechoso! Justamente por eso Ekstein se ha creído en el deber de aniquilar tan concienzudamente mi libro en el *Vorwärts*.

395

Otto Bauer termina la crítica de mi libro con las siguientes palabras:

> El capitalismo no fracasará a causa de la imposibilidad mecánica de realizar el plusvalor. Sucumbirá, en cambio, a la rebelión hacia la cual impulsa a las masas del pueblo. El capitalismo se derrumbará no sólo cuando el último campesino y el último pequeñoburgués de toda la tierra se hayan convertido en trabajadores asalariados, y ya no queden mercados adicionales abiertos al capitalismo, sino que los abatirá mucho antes la creciente "sublevación de la clase obrera unida y organizada, constantemente creciente e instruida por el propio mecanismo del proceso de producción capitalista".

Para adoctrinarme de este modo, Bauer, como maestro de la abstracción, tuvo que abstraerse, no sólo del sentido completo y la tendencia de mi concepción, sino también de la clara significación literal de mis manifestaciones. Pero que sus propias valerosas palabras sólo han de considerarse como típica abstracción del marxismo "experto", es decir como inofensiva especulación del "pensamiento puro", lo prueba la actitud de este grupo de teóricos al estallar la guerra mundial. La indignación de la clase obrera en constante aumento, entrenada y organizada, se transformó, de pronto, en la política de la abstención del voto en las decisiones trascendentales de la historia universal y en un silencio vergonzoso hasta que sonaron las campanas de la paz. El "camino hacia el poder", que durante la paz, cuando había sosiego en todas las cimas, se pintaba con virtuosidad en todos sus detalles, al primer soplo de tempestad de la realidad se transformó, de pronto, en un "camino hacia la impotencia". Los epígonos que en el último decenio tenían en sus manos la dirección teórica oficial del movimiento obrero en Alemania, se declararon en quiebra al primer estallido de la crisis mundial, y entregaron la dirección al imperialismo. La clara visión de esto es una de las condiciones más necesarias para restablecer una política proletaria que se halle a la altura de su misión histórica en el período del imperialismo.

Pero el mismo Lensch encontraba, antes de la guerra, aún de agrado *El capital* de Marx. Más aún; un Max Grundwald fue durante años intérprete entusiasta de *El capital* de Marx, en la escuela de formación de los trabajadores de Berlín. ¿No es ésta una prueba concluyente de que *El capital* de Marx induce a desear ardientemente el aniquilamiento de Inglaterra y a escribir artículos laudatorios en el cumpleaños de Hindenburg? Pero estas cosas les ocurre a los Eckstein, quienes con su manera torpe, echan a perder aquello de que se han encargado. Ya Bismarck se lamentaba, como es sabido, del exceso de celo de sus reptiles periodísticos.

Temperamentos sensibles lamentarán, una vez más, que "los marxistas se combatan entre sí”, que se ataque a "autoridades” prestigiosas. Pero el marxismo no es una docena de personas que se conceden unas a otras el derecho a actuar de “expertos”, y ante los cuales la masa de los creyentes haya de morir con ciega confianza.

El marxismo es una concepción revolucionaria que pugna constantemente por alcanzar nuevos conocimientos, que odia, sobre todas las cosas, el estancamiento de las fórmulas fijas, que conserva su fuerza viva y creadora, en el chocar espiritual de armas de la propia crítica y en los rayos y truenos históricos. Por eso estoy de acuerdo con Lessing, que escribía a Reimarus: “¡Pero qué se ha de hacer! Que cada cual diga lo que se le antoje verdad, y que la verdad misma sea recomendada a Dios.”

[De: Rosa Luxemburg, *La acumulación del capital o en qué han convertido los epígonos la teoría de Marx*. *Una anticrítica*, incluida en *La acumulación del capital*, Madrid, Cénit, 1933. Traducción de J. Pérez Bances. La traducción ha sido corregida y las citas de Marx tomadas de la edición de Siglo XXI.]

VLADIMIR I. LENIN [2]

Según Lenin, el imperialismo es el estadio monopólico del capitalismo. Con mayor precisión, es el capitalismo llegado a aquella fase de desarrollo en que se formó el dominio de los monopolios y del capital financiero, la exportación de capital cobró gran importancia, comenzó el reparto del mundo entre los trust internacionales y ya está terminado el reparto de toda la superficie terrestre entre los mayores países capitalistas. El arco de tiempo en que de acuerdo con muchos estudiosos Lenin ubica la maduración de este nuevo "estadio" del desarrollo capitalista abarca los años encabalgados entre ambos siglos. En particular, se trata del período inmediatamente posterior a la llamada gran depresión, que empezó en 1873 y, salvo los dos breves momentos de recuperación, se prolongó hasta 1895 (cf. Maurice Dobb, *Estudios sobre el desarrollo del capitalismo*, México, Siglo XXI, 1976, pp. 354 *ss*.). En este lapso tuvieron lugar algunos acontecimientos de importancia fundamental: el fin del monopolio industrial inglés en el mundo y el comienzo de la lucha internacional por los mercados (obviamente, no por la exportación de mercancías, sino sobre todo por la de capitales), y el ascenso de la industria alemana y norteamericana, que habían entrado en el proceso de centralización y cartelización antes que la británica y con bastante más intensidad que ella, y comenzaron justamente a disputarle la supremacía mundial. En conexión con estos fenómenos también se determinaron profundas repercusiones en las relaciones de clase dentro de los mayores países imperialistas. Las ganancias monopólicas excedentes y la nueva prosperidad de las naciones "más afortunadas” crearon para la clase trabajadora de las metrópolis o al menos para sectores privilegiados de la misma, la posibilidad de participar en alguna medida de los beneficios de la explotación colonial, aunque sólo en la forma de una presión sobre los salarios menor que aquella a la que de otro modo habría debido recurrir el capital.

Este análisis, ya esbozado por Engels en el prefacio a la segunda edición (1892) de su libro *La situación de la clase obrera en Inglaterra*, fue retomado y ampliado por Lenin como base de explicación del nacimiento del llamado “revisionismo” y para la elaboración del concepto de "aristocracia obrera”. En efecto, dicha "aristocracia” está

formada por aquellos sectores de la clase trabajadora que se encuentran en una situación relativamente privilegiada con respecto al proletariado del resto del mundo. Son los “esclavos de palacio” de la madre patria: esclavos que, a diferencia de los "esclavos de plantación” de la periferia del imperio, sienten una parcial identidad de intereses con sus patrones y una repugnancia a turbar el *statu quo*, hecho aparentemente reflejado durante todo un período (el período de la Segunda Internacional y de la socialdemocracia) en el movimiento obrero de las mayores potencias imperialistas. Resulta importante tener presente esta conexión entre el desarrollo del "estadio monopólico” del capitalismo y el fenómeno del "oportunismo" dentro del movimiento obrero por cuanto constituye, quizás, el tema principal del escrito de Lenin.

398

El imperialismo, fase superior del capitalismo, fue efectivamente redactado en Zurich en 1916, en plena guerra mundial, cuando de los exponentes de primer plano de la Segunda Internacional muy pocos habían permanecido fieles a la resolución contra la guerra, aprobada por unanimidad en Basilea apenas cuatro años atrás. A menudo se observó que la teoría del imperialismo desarrollada por Lenin constituye una tentativa de "explicar el amargo hecho de que en los países capitalistas más altamente desarrollados aún no haya estallado la revolución”, en contra de las expectativas de Marx (cf. por ejemplo A. Meyer, *Leninism*, Harvard, 1957, p. 240). En realidad, lo que confiere particular importancia al análisis de Lenin es que, aun utilizando los aportes de Hobson y de Hilferding, procuró enunciar claramente bajo qué aspectos el nuevo "estadio" del desarrollo capitalista modifica o transforma algunos elementos característicos de la fase precedente: cambios que ha menudo fueron presentados como contradictorios con respecto a las previsiones de Marx. Pero la tesis de Lenin dice que si bien no cabe duda de que el imperialismo produce una situación nueva que no fue ni podía ser prevista a mediados del siglo XIX, sigue constituyendo, sin embargo, una "fase" o "estadio" del desarrollo capitalista, cuyas características en definitiva parecen idóneas para corroborar, más bien que anular, los elementos esenciales del análisis de Marx. En efecto, cuando pasa a reunir los diversos aspectos del imperialismo en una definición global y aferrada a los hechos, Lenin se preocupa por recalcar que en lo que piensa es en el “desarrollo y la continuación directa de las características fundamentales del capitalismo en general", y no en el nacimiento de un régimen económico-social totalmente nuevo. Con otras palabras, para Lenin el imperialismo sólo es el mismo

capitalismo llegado a su fase culminante y extrema que también es la fase de la decadencia y de la crisis general. Por cierto que con respecto al período precedente constituye un cambio, pero en el sentido de que este cambio va acompañado de la agudización de las contradicciones fundamentales individualizadas por Marx y del agregado de nuevas contradicciones a las ya existentes. Esta insistencia en la agudización de todas las contradicciones, viejas y nuevas, en el último estadio, explica la polémica de Lenin con la concepción del "ultraimperialismo” de Kautsky, quien no sólo consideraba que el imperialismo no es "otra cosa que una *política*, una simple cuestión de opciones, una política que justamente como tal resultaba concebible que pudiese ser abandonada” (con lo cual “abría camino a la conclusión de que es posible un capitalismo no monopólico y no anexionista, vale decir que el capitalismo podía superar sus contradicciones"), sino que “adelantaba la idea de que el sistema estaba tendiendo a un monopolio mundial único, el llamado ultraimperialismo, que habría extinguido todos los conflictos y las tensiones presentes” (cf. Tom Kemp, *Teorie dell'imperialismo*, cit., pp. 137-138).

Estos temas, como ya se señaló, son algunos de los que el lector encontrará desarrollados en las páginas aquí seleccionadas y que reproducen los capítulos v iii y x del ensayo de Lenin, respectivamente titulados “El parasitismo y la descomposición del capitalismo” y “El lugar histórico del imperialismo”. Por lo que en particular atañe al tema tocado en el primero de esos capítulos, es bueno advertir que si para Lenin el capitalismo de la época imperialista ya no tiene el vigor ni mucho menos el papel progresista de su juventud, sería sin embargo erróneo pensar que Lenin considere que en su última fase el capitalismo haya entrado en un período de declinación continua, observable y mensurable en todos los campos. El mismo hecho de percatarse plenamente de que todas las formas sociales se desarrollan de modo contradictorio y desigual le impedía caer en un error de ese tipo. Al contrario, Lenin subrayó que la tendencia a declinar no excluía la posibilidad de que se manifestasen períodos de expansión, advirtiendo explícitamente que “sería un error creer que esta tendencia a la descomposición descarta el rápido crecimiento del capitalismo. No; ciertas ramas industriales, ciertos sectores de la burguesía, ciertos países, manifiestan en la época del imperialismo, con mayor o menor intensidad, ya una ya otra de estas tendencias. En su conjunto, el capitalismo crece con una rapidez incomparablemente mayor que antes, pero este crecimiento no sólo es cada vez más

desigual, sino que la desigualdad se manifiesta asimismo, de un modo particular, en la descomposición de los países donde el capital ocupa las posiciones más firmes (Inglaterra)”.

[EL IMPERIALISMO, FASE SUPERIOR DEL CAPTITALISMO]

EL PARASITISMO Y LA DESCOMPOSICION DEL CAPITALISMO

(CAPÍTULO VIII)

Conviene ahora que nos detengamos en otro aspecto muy importante del imperialismo, al cual, en las consideraciones sobre este tema, no se concede la atención debida en la mayor parte de los casos. Uno de los defectos del marxista Hilferding consiste en que ha dado en este terreno un paso atrás en comparación con el no marxista Hobson. Nos referimos al parasitismo propio del imperialismo.

Según hemos visto, la base económica más profunda del imperialismo es el monopolio. Se trata de un monopolio capitalista, esto es, que ha nacido del capitalismo y se halla en el ambiente general de éste, en el ambiente de la producción mercantil, de la competencia, en una contradicción constante e insoluble con dicho ambiente general. Pero no obstante, como todo monopolio, el monopolio capitalista engendra inevitablemente una tendencia al estancamiento y a la descomposición. En la medida, en que se fijan, aunque sea temporalmente, precios monopolistas, desaparecen hasta cierto punto las causas estimulantes del progreso técnico y, por consiguiente, de todo progreso, de todo avance, surgiendo así, además, la posibilidad *económica* de contener artificialmente el progreso técnico. Ejemplo: En los Estados Unidos, cierto Owens inventó una máquina que producía una revolución en la fabricación de botellas. El cártel alemán de fabricantes de botellas le compró las patentes y las guardó bajo llave, retrasando su aplicación. Naturalmente que bajo el capitalismo el monopolio no puede nunca eliminar del mercado mundial de un modo completo y por un período muy prolongado la competencia (ésta es, dicho sea de paso, una de las razones de que sea un absurdo la teoría del ultraimperialismo). Desde luego, la posibilidad de disminuir los gastos de producción y de aumentar los beneficios implantando mejoras técnicas obra en favor de las modificaciones. Pero la *tendencia* al estancamiento y a la descomposición, inherentes al monopolio, sigue obrando a su vez, y en ciertas ramas de la industria y en ciertos países hay períodos en que llega a imponerse.

El monopolio de la posesión de colonias particularmente vastas, ricas o favorablemente situadas, obra en el mismo sentido.

401

Prosigamos. El imperialismo es una enorme acumulación en unos pocos países de un capital monetario que, como hemos visto, alcanza la suma de 100 a 150 mil millones de francos en valores. De ahí el incremento extraordinario de la clase o, mejor dicho, del sector rentista, esto es, de los individuos que viven del "corte del cupón", que no participan para nada en ninguna empresa y cuya profesión es la ociosidad. La exportación del capital, una de las bases económicas más esenciales del imperialismo, acentúa todavía más este divorcio completo entre el sector rentista y la producción, imprime un sello de parasitismo a todo el país, que vive de la explotación del trabajo de unos cuantos países y colonias de ultramar.

"En 1893 —dice Hobson—, el capital británico invertido en el extranjero representaba cerca del 15% de toda la riqueza del Reino Unido." [1] Recordemos que, el año 1915, dicho capital había aumentado aproximadamente dos veces y media. "El imperialismo agresivo —añade más adelante Hobson—, que tan caro cuesta a los contribuyentes y tan poca importancia tiene para el industrial y el comerciante.... es fuente de grandes beneficios para el capitalista que busca el modo de invertir su capital"... (en inglés esta noción se expresa con una sola palabra: "investor", rentista)... "Giffen, especializado en problemas de estadística, estima en 18 millones de libras esterlinas (unos 170 millones de rublos), calculando a razón de un 2,5% sobre un giro total de 800 millones de libras, el beneficio que en 1899 percibió la Gran Bretaña de su comercio exterior y colonial". Por grande que sea esta suma, no puede explicar el imperialismo agresivo de la Gran Bretaña. Lo que lo explica son los 90 o 100 millones de libras esterlinas que representan el beneficio del capital "invertido", el beneficio del sector de los rentistas.

¡El beneficio de los rentistas es cinco veces mayor que el beneficio del comercio exterior del país más "comercial" del mundo! ¡He aquí la esencia del imperialismo y del parasitismo imperialista!

Por este motivo, la noción de "estado rentista" (*Rentnerstaat*) o estado usurero ha pasado a ser de uso general en las publicaciones económicas sobre el imperialismo. El mundo ha quedado dividido en un puñado de estados usureros y una mayoría gigantesca de estados deudores. "Entre el capital invertido en el extranjero —escribe Schulze-Gaevernitz — se halla, en primer lugar, el capital colocado en

---

[1] J. A. Hobson [*Imperialism*, Londres-Nueva York, 1902], pp. 59, 62.

los países políticamente dependientes o aliados: Inglaterra hace préstamos a Egipto, el Japón, China y América del Sur. En caso extremo, su escuadra cumple las funciones de alguacil. La fuerza política de Inglaterra la pone a cubierto de la indignación de sus deudores."[2] Sartorius von Waltershausen, en su obra *El sistema económico de inversión de capital en el extranjero*, presenta a Holanda como modelo de "estado rentista" e indica que Inglaterra y Francia van tomando asimismo este carácter.[3] A juicio de Schilder hay cinco países industriales que son "estados acreedores bien definidos": Inglaterra, Francia, Alemania, Bélgica y Suiza. Si no incluye a Holanda en este grupo es únicamente por ser "poco industrial".[4] Los Estados Unidos son acreedores solamente con referencia a América.

"Inglaterra —dice Schulze-Gaevernitz — se está convirtiendo paulatinamente de estado industrial en estado acreedor. A pesar del aumento absoluto de la producción y de la exportación industriales, crece la importancia relativa para toda la economía nacional de los ingresos procedentes de los intereses y de los dividendos, de las emisiones, de las comisiones y de la especulación. A mi juicio, esto es precisamente lo que constituye la base económica del auge imperialista. El acreedor está más sólidamente ligado con el deudor que el vendedor con el comprador.[5] Con respecto a Alemania, A. Lansburgh, director de la revista berlinesa Die Bank, escribía en 1911 lo siguiente en el artículo Alemania, Estado rentista: "En Alemania, la gente se ríe de buena gana de la tendencia a convertirse en rentista que se observa en Francia. Ahora bien, se olvidan de que, por lo que se refiere a la burguesía, las condiciones de Alemania se parecen cada día más a las de Francia."[6]

El estado rentista es el estado del capitalismo parasitario y en descomposición, y esta circunstancia no puede dejar de reflejarse, tanto en todas las condiciones políticas y sociales de los países correspondientes en general como en las dos tendencias fundamentales del movimiento obrero, en particular. Para mostrarlo de la manera más patente posible, cedamos la palabra a Hobson, el testigo más "seguro", ya que no se puede sospechar en él parcialidad por la "ortodoxia marxista"; por otra parte, siendo inglés, conoce bien de la situación del país más rico en colonias, en capital financiero y en experiencia imperialista.

[2] Schulze-Gaevernitz, *Britischer Imperialismus*, pp. 320 y otras.
[3] Sartorius von Waltershausen. *Das Volkswirtschaftliche* System, etc., Berlín, 1907, tomo IV.
[4] Schilder [*Entwicklungstendenzen der Weltwirtschaft*, Berlín, 1912], p. 393.
[5] Schulze-Gaevernitz, *Britischer Imperialismus*, p. 122.
[6] *Die Bank*, 1911, 1, pp. 10 y 11.

Describiendo bajo la viva impresión de la guerra anglo-boer, los lazos que unen el imperialismo con los intereses de los "financieros", el aumento de los beneficios resultantes de las contratas, de los suministros, etc., Hobson decía: "Los orientadores de esta política netamente parasitaria son los capitalistas; pero los mismos motivos se dejan sentir también sobre categorías especiales de obreros. En muchas ciudades, las ramas más importantes de la industria dependen de los pedidos del gobierno; el imperialismo de los centros de la industria metalúrgica y de construcciones navales depende en gran parte de este hecho." Circunstancias de dos órdenes, a juicio del autor, han debilitado la fuerza de los viejos imperios: 1] el "parasitismo económico" y 2] la formación de ejércitos con soldados de los pueblos dependientes. "Lo primero es costumbre del parasitismo económico, con el que el estado dominante utiliza sus provincias, colonias y países dependientes, para enriquecer a su clase dirigente y sobornar a las clases inferiores a fin de lograr su aquiescencia." Para que resulte económicamente posible ese soborno, sea cual sea la forma en que se realice, es necesario —añadiremos por nuestra cuenta— un elevado beneficio monopolista.

403

En lo que se refiere a la segunda circunstancia, Hobson dice: "Uno de los síntomas más extraños de la ceguera del imperialismo es la despreocupación con que la Gran Bretaña, Francia y otras naciones imperialistas emprenden este camino. La Gran Bretaña ha ido más lejos que nadie. La mayor parte de las batallas mediante las cuales conquistamos nuestro Imperio Indio, las sostuvieron tropas indígenas; en la India, como últimamente en Egipto, grandes ejércitos permanentes se hallan bajo el mando de británicos; casi todas nuestras guerras de conquista en África con excepción del Sur, las hicieron para nosotros los indígenas."

La perspectiva del reparto de China suscita en Hobson el siguiente juicio económico: "La mayor parte de la Europa Occidental podría adquirir entonces el aspecto y el carácter que tienen actualmente ciertas partes de los países que la componen: el Sur de Inglaterra, la Riviera y los lugares de Italia y Suiza más frecuentados por los turistas y que son residencia de gente rica, es decir: un puñado de ricos aristócratas que perciben dividendos y pensiones del Lejano Oriente, con un grupo algo más considerable de empleados profesionales y de comerciantes y un número mayor de sirvientes y de obreros ocupados en el transporte y en la industria dedicada a la terminación de artículos manufacturados. En cambio, las ramas principales de la industria desaparecerían, y los productos alimenticios de gran

consumo y los artículos semimanufacturados corrientes afluirían, como un tributo, de Asia y África.” “He aquí qué posibilidades abre ante nosotros una alianza más vasta de los estados occidentales, una federación europea de las grandes potencias: dicha federación, lejos de impulsar la civilización mundial, podría implicar un peligro gigantesco de parasitismo occidental: formar un grupo de naciones industriales avanzadas, cuyas clases superiores percibirían enormes tributos de Asia y África; esto les permitiría mantener a grandes masas de mansos empleados y criados, ocupados no ya en la producción agrícola e industrial de artículos de gran consumo, sino en el servicio personal o en el trabajo industrial secundario, bajo el control de una nueva aristocracia financiera. Que los que se hallan dispuestos a desentenderse de esta teoría” (debería decirse perspectiva) ‘‘como indigna de ser examinada reflexionen sobre las condiciones económicas y sociales de las regiones del Sur de la Inglaterra actual que se hallan ya en esta situación. Que piensen en las proporciones enormes que podría adquirir dicho sistema si China fuese sometida al control económico de tales grupos financieros, de los rentistas, de sus agentes políticos y empleados comerciales e industriales, que extraerían beneficios del más grande depósito potencial que jamás ha conocido el mundo con objeto de consumirlos en Europa. Naturalmente, la situación es excesivamente compleja, el juego de las fuerzas mundiales es demasiado difícil de calcular para que resulte muy verosímil esa u otra previsión del futuro en una sola dirección. Pero las influencias que gobiernan el imperialismo de la Europa Occidental en la actualidad se orientan en este sentido, y si no chocan con una resistencia, si no son desviadas hacia otra parte avanzarán precisamente hacia tal culminación de este proceso.”[7]

404

El autor tiene toda la razón: si las fuerzas del imperialismo no tropezaran con resistencia alguna, conducirían indefectiblemente a ello. La significación de los “Estados Unidos de Europa", en la situación actual, imperialista, la comprende Hobson acertadamente. Convendría únicamente añadir que *también dentro* del movimiento obrero, los oportunistas, vencedores de momento en la mayoría de los países, “trabajan” de una manera sistemática y firme en esta dirección. El imperialismo, que significa el reparto del mundo y la explotación no sólo de China e implica ganancias monopolistas elevadas para un puñado de los países más ricos, engendra la posibilidad económica de sobornar a las capas superiores del proletariado, y con ello nutre el oportunismo, le da cuerpo y lo

[7] Hobson, *op. cit*., pp. 103, 205, 144, 335, 386.

refuerza. No se deben, sin embargo, olvidar las fuerzas que contrarrestan al imperialismo en general y al oportunismo en particular, y que, naturalmente, no puede ver el socialliberal Hobson.

El oportunista alemán Gerhard Hildebrand, expulsado en tiempos del partido por su defensa del imperialismo y que en la actualidad podría ser jefe del llamado Partido "Socialdemócrata" de Alemania completa muy bien a Hobson al preconizar los "Estados Unidos de Europa Occidental" (sin Rusia) para emprender acciones "comunes"... contra los negros africanos y contra el "gran movimiento islamita" para mantener "un fuerte ejército y una escuadra potente" contra la "coalición chino-japonesa",[8] etcétera.

405

La descripción que Schulze-Gaevernitz hace del "imperialismo británico" nos muestra los mismos rasgos de parasitismo. La renta nacional de Inglaterra se duplicó aproximadamente de 1865 a 1898, mientras que los ingresos procedentes "del extranjero", durante ese mismo período, aumentaron *nueve veces*. Si el "mérito" del imperialismo consiste en que "educa al negro para el trabajo" (es imposible evitar la coerción...), su "peligro" consiste en que "Europa descargue el trabajo físico —al principio el agrícola y el minero, después el trabajo industrial más rústico— sobre las espaldas de la población de color, y se reserve el papel de rentista, preparando acaso de este modo la emancipación económica y después política de las razas de color".

En Inglaterra se quita a la agricultura una parte de tierra cada día mayor para dedicarla al deporte, a las diversiones de los ricachos. Por lo que se refiere a Escocia —el lugar más aristocrático para la caza y otros deportes—, se dice que "vive de su pasado y de míster Carnegie" (un multimillonario norteamericano). Sólo en las carreras de caballos y en la caza de zorros gasta anualmente Inglaterra 14 millones de libras esterlinas (unos 130 millones de rublos). El número de rentistas ingleses se acerca al millón. El tanto por ciento de la población productora disminuye:

Años	*Población de Inglaterra (en millones de habitantes)*	*Número de obreros en las ramas principales de la industria (en millones)*	*Tanto por ciento con respecto a la población*
1851	17,9	4,1	23
1910	32,5	4,9	15

[8] Gerhard Hildebrand, *Die Erschütterung der Industrieherrschaft und des Industriesozialismus,* 1910, pp. 229 ss.

El investigador burgués del “imperialismo británico de principios del siglo XX”, al hablar de la clase obrera inglesa, se ve obligado a establecer sistemáticamente una diferencia entre las “c*apas superiores*’’ de los obreros y la “*capa inferior, proletaria propiamente dicha*”. La capa superior suministra la masa de los miembros de las cooperativas y de los sindicatos, de las sociedades deportivas y de las numerosas sectas religiosas. El derecho electoral se halla adaptado al nivel de dicha categoría, ¡¡“sigue siendo en Inglaterra lo *suficientemente limitado para excluir a la capa inferior proletaria propiamente dicha*”!! Para dar una idea favorable de la situación de la clase obrera inglesa, ordinariamente se habla sólo de esa capa superior, la cual constituye la *minoría* del proletariado: por ejemplo, “el problema del paro forzoso es algo que afecta principalmente a Londres y a la capa proletaria inferior, *de la cual los políticos hacen poco caso*..."[9] Se debería decir: de la cual los politicastros burgueses y los oportunistas “socialistas” hacen poco caso.

406

Entre las particularidades del imperialismo relacionadas con los fenómenos de que hemos hablado figura el descenso de la emigración de los países imperialistas y el aumento de la inmigración (afluencia de obreros y transmigraciones) en estos últimos; la masa humana que a ellos llega procede de los países más atrasados, donde el nivel de los salarios es más bajo. La emigración de Inglaterra, como lo hace observar Hobson, disminuye a partir de 1884: en este año el número de emigrantes fue de 242.000 y de 169.000 en 1900. La emigración de Alemania alcanzó el máximo entre 1881 y 1890: 1.453.000, descendiendo en los dos decenios siguientes hasta 544.000 y 341.000. En cambio, aumentó el número de obreros llegados a Alemania de Austria, Italia, Rusia y otros países. Según el censo de 1907, en Alemania había 1.342.294 extranjeros, de los cuales 440.800 eran obreros industriales y 257.329, agrícolas.[10] En Francia, "una parte considerable” de los obreros mineros son extranjeros: polacos, italianos, españoles.[11] En los Estados Unidos, los inmigrados de la Europa Oriental y Meridional ocupan los puestos peor retribuidos,[12] mientras que los obreros norteamericanos suministran el mayor porcentaje de capataces y de personal que tiene un trabajo mejor retribuido. El imperialismo tiene la tendencia a formar categorías

[9] Schulze-Gaevernitz, *Britischer Imperialismus*, p. 301.
[10] *Statistik des Deutschen Reichs*, Bd. 211.
[11] Henger, *Die Kapitalsanlage der Franzosen*, Stuttgart, 1913.
[12] Hourvich, *Immigration and Labour*, Nueva York, 1913.

privilegiadas del proletariado.

Es preciso hacer notar que en Inglaterra, la tendencia del imperialismo a escindir a los obreros y a acentuar el oportunismo entre ellos, a engendrar una descomposición temporal del movimiento obrero, se manifestó mucho antes de los finales del siglo XIX y comienzos del siglo XX. Esto se explica porque desde mediados del siglo pasado existían en Inglaterra dos importantes rasgos distintivos del imperialismo: inmensas posesiones coloniales y situación de monopolio en el mercado mundial. Durante decenas de años, Marx y Engels estudiaron sistemáticamente esa relación entre el oportunismo en el movimiento obrero y las particularidades imperialistas del capitalismo inglés. Engels escribía, por ejemplo, a Marx el 7 de octubre de 1858: "El proletariado inglés se va aburguesando de hecho cada día más; por lo que se ve, esta nación, la más burguesa de todas, aspira a tener, en resumidas cuentas, al lado de la burguesía, una aristocracia burguesa y un proletariado burgués. Naturalmente, por parte de una nación que explota al mundo entero, esto es, hasta cierto punto, lógico." Casi un cuarto de siglo después, en su carta del 11 de agosto de 1881, habla de "las peores tradeuniones inglesas que permiten que las dirija gente vendida a la burguesía o, cuando menos, pagada por ella". Y el 12 de septiembre de 1882, en una carta a Kautsky, Engels escribía: "Me pregunta usted qué piensan los obreros ingleses acerca de la política colonial. Lo mismo que piensan de la política en general. Aquí no hay un partido obrero, no hay más que conservadores y radicales liberales, y los obreros se aprovechan con ellos, con la mayor tranquilidad del mundo, del monopolio colonial de Inglaterra y de su monopolio en el mercado mundial."[13] (Engels expone la misma idea en el prólogo a la segunda edición de *La situación de la clase obrera en Inglaterra,* 1892.)

407

Aquí figuran, claramente indicadas, las causas y las consecuencias. Causas: 1] explotación del mundo entero por este país; 2] su situación de monopolio en el mercado mundial; 3] su monopolio colonial. Consecuencias: 1] aburguesamiento de una parte del proletariado inglés; 2] una parte de él permite que lo dirijan gentes compradas por la burguesía o, cuando menos, pagadas por la burguesía. El imperialismo de comienzos del siglo XX terminó el reparto del mundo

[13] *Briefwechsel von Marx and Engels*, vol. II, p. 290; IV; p. 433; K. Kautsky, *Sozialismus und Kolonialpolitik*, Berlín, 1907, p. 79. Este folleto fue escrito en los tiempos, tan remotos ya, en que Kautsky era marxista. [En esp: *Socialismo y política colonial*, en *La Segunda Internacional y el problema nacional y colonial,* Cuadernos de Pasado y Presente, núm. 74, México, 1973.]

entre un puñado de estados, cada uno de los cuales explota actualmente (en el sentido de la obtención de superganancias) una parte “del mundo entero” algo menor que la que explotaba Inglaterra en 1858; cada uno de ellos ocupa una posición de monopolio en el mercado mundial gracias a los trusts, a los cárteles, al capital financiero, a las relaciones del acreedor con el deudor; cada uno de ellos dispone hasta cierto punto de un monopolio colonial (según hemos visto, de los 75 millones de kilómetros cuadrados de *todas* las colonias del mundo 65 millones, es decir, el 86%, se hallan concentrados en manos de seis potencias; *61* millones, esto es, el 81%, están concentrados en manos de tres potencias).

EL LUGAR HISTÓRICO DEL IMPERIALISMO (CAPÍTULO X)

Como hemos visto, el imperialismo por su esencia económica es el capitalismo monopolista. Esto determina ya el lugar histórico del imperialismo, pues el monopolio, que nace única y precisamente de la libre competencia, es el tránsito del capitalismo a una estructura económica y social más elevada. Hay que señalar particularmente cuatro variedades esenciales del monopolio o manifestaciones principales del capitalismo monopolista características del período que nos ocupa.

Primero: El monopolio es un producto de la concentración de la producción en un grado muy elevado de su desarrollo. Lo forman las agrupaciones monopolistas de los capitalistas, los cárteles, los sindicatos y los trusts. Hemos visto su inmenso papel en la vida económica contemporánea. Hacia principios del siglo XX alcanzaron pleno predominio en los países avanzados, y si los primeros pasos en el sentido de la cartelización los dieron con anterioridad los países de tarifas arancelarias proteccionistas elevadas (Alemania, Estados Unidos), Inglaterra, con su sistema de librecambio, mostró, aunque algo más tarde, ese mismo hecho fundamental: el nacimiento del monopolio como consecuencia de la concentración de la producción.

Segundo: Los monopolios han venido a recrudecer la pelea por la conquista de las más importantes fuentes de materias primas particularmente para la industria fundamental y más cartelizada de la sociedad capitalista: la hullera y la siderúrgica. La posesión monopolista de las fuentes más importantes de materias primas ha aumentado terriblemente el poderío del gran capital y ha agudizado las contradicciones entre la industria cartelizada y la no cartelizada.

Tercero: El monopolio ha surgido de los bancos, los cuales, de modestas empresas intermediarias que eran antes, se han convertido en monopolistas del capital financiero. Tres o cinco grandes bancos de cualquiera de las naciones capitalistas más avanzadas han realizado la “unión personal” del capital industrial y bancario y han concentrado en su manos sumas de miles y miles de millones, que constituyen la mayor parte de los capitales y de los ingresos monetarios de todo el país. La oligarquía financiera, que tiende una espesa red de relaciones de dependencia sobre todas las instituciones económicas y políticas de la sociedad burguesa contemporánea sin excepción: he aquí la

manifestación más evidente de este monopolio.

409

Cuarto: El monopolio ha nacido de la política colonial. A los numerosos “viejos” motivos de la política colonial el capital financiero ha añadido la lucha por las fuentes de materias primas, por la exportación de capital, por las "esferas de influencia”, esto es, las esferas de transacciones lucrativas, de concesiones, de beneficios monopolistas, etc., y, finalmente, por el territorio económico en general. Cuando las colonias de las potencias europeas en África, por ejemplo, representaban una décima parte de ese continente, como ocurría aún en 1876, la política colonial podía desenvolverse de un modo no monopolista, por la “libre conquista”, pudiéramos decir, de territorios. Pero cuando las 9/10 de África estuvieron ocupadas (hacia 1900), cuando todo el mundo estuvo repartido, empezó inevitablemente la era de posesión monopolista de las colonias y, por consiguiente, de lucha particularmente aguda por la partición y el nuevo reparto del mundo.

Es notorio hasta qué punto el capitalismo monopolista ha agudizado todas las contradicciones del capitalismo. Basta indicar la carestía de la vida y el yugo de los cárteles. Esta agudización de las contradicciones es la fuerza motriz más potente del período histórico de transición iniciado con la victoria definitiva del capital financiero mundial.

Los monopolios, la oligarquía, la tendencia a la dominación en vez de la tendencia a la libertad, la explotación de un número cada vez mayor de naciones pequeñas o débiles por un puñado de naciones riquísimas o muy fuertes: todo esto ha originado los rasgos distintivos del imperialismo que obligan a calificarlo de capitalismo parasitario o en estado de descomposición. Cada día se manifiesta con más relieve, como una de las tendencias del imperialismo, la formación de “estados rentistas”, de estados usureros, cuya burguesía vive cada día más a costa de la exportación de capitales y del “corte del cupón”. Sería un error creer que esta tendencia a la descomposición descarta el rápido crecimiento del capitalismo. No; ciertas ramas industriales, ciertos sectores de la burguesía, ciertos países manifiestan en la época del imperialismo, con mayor o menor intensidad, ya una ya otra de estas tendencias. En su conjunto, el capitalismo crece con una rapidez incomparablemente mayor que antes, pero este crecimiento no sólo es cada vez más desigual, sino que la desigualdad se manifiesta asimismo, de un modo particular, en la descomposición de los países donde el capital ocupa las posiciones más firmes (Inglaterra).

En lo que se refiere a la rapidez del desarrollo económico de Alemania, Riesser, autor de una investigación sobre los grandes bancos alemanes, dice: “El progreso, no demasiado lento, de la época precedente (1848 a 1870) guarda con respecto al rápido desarrollo de toda la economía en Alemania y particularmente de sus bancos en la época actual (1870 a 1905) la misma relación aproximadamente que el coche de posta de los viejos tiempos con respecto al automóvil moderno, el cual marcha a tal velocidad que representa un peligro para el despreocupado transeúnte y para quienes van en el vehículo.” A su vez, ese capital financiero que ha crecido con una rapidez tan extraordinaria, precisamente porque ha crecido de este modo no tiene inconveniente alguno en pasar a una posesión más “tranquila” de las colonias que deben ser conquistadas, no sólo por medios pacíficos, a las naciones más ricas. Y en los Estados Unidos, el desarrollo económico ha ido durante estos últimos decenios aún más rápido que en Alemania, y precisamente *gracias* a esta circunstancia, los rasgos parasitarios del capitalismo norteamericano contemporáneo resaltan con particular relieve. De otra parte, la comparación, por ejemplo, de la burguesía republicana norteamericana con la burguesía monárquica japonesa o alemana muestra que las más grandes diferencias políticas se atenúan en el más alto grado en la época del imperialismo; y no porque dicha diferencia no sea importante en general, sino porque en todos esos casos se trata de una burguesía con rasgos definidos de parasitismo.

410

La obtención de elevadas ganancias monopolistas por los capitalistas de una de tantas ramas de la industria, de uno de tantos países, etc., les brinda la posibilidad económica de sobornar a ciertos sectores obreros, y, temporalmente, a una minoría bastante considerable de estos últimos, atrayéndolos al lado de la burguesía de dicha rama o de dicha nación, contra todos los demás. El acentuado antagonismo de las naciones imperialistas en torno al reparto del mundo, ahonda esa tendencia. Así se crea el vínculo entre el imperalismo y el oportunismo, vínculo que se ha manifestado antes que en ninguna otra parte y de un modo más claro en Inglaterra debido a que varios de los rasgos imperialistas de desarrollo aparecieron en ese país mucho antes que en otros. A algunos escritores, por ejemplo a L. Mártov, les place negar el vínculo entre el imperialismo y el oportunismo en el movimiento obrero —hecho que salta ahora a la vista con particular evidencia— por medio de argumentos impregnados de “optimismo oficial” (a lo de Kautsky y Huysmans) del género del que sigue: la causa de los adversarios del

capitalismo sería una causa perdida si el capitalismo avanzado condujera al reforzamiento del oportunismo. O si los obreros mejor retribuidos mostraran inclinación hacia el oportunismo, etc. No hay que dejarse engañar sobre la significación de ese "optimismo”: es un optimismo con respecto al oportunismo, es un optimismo que sirve de tapadera al oportunismo. En realidad, la rapidez particular y el carácter singularmente repulsivo del desarrollo del oportunismo no le garantizan en modo alguno una victoria sólida, del mismo modo que la rapidez de desarrollo de un tumor maligno en un cuerpo sano no puede más que contribuir a que dicho tumor reviente antes librando así de él al organismo. Lo más peligroso en este sentido son las gentes que no desean comprender que la lucha contra el imperialismo es una frase vacía y falsa si no va ligada indisolublemente a la lucha contra el oportunismo.

411

De todo lo que llevamos dicho sobre la esencia económica del imperialismo se desprende que hay que calificarlo de capitalismo de transición o, más propiamente, de capitalismo agonizante. En este sentido es extremadamente instructiva la circunstancia de que los términos más usuales que los economistas burgueses emplean al describir el capitalismo moderno son los de “entrelazamiento”, “ausencia de aislamiento”, etc.; los bancos son “unas empresas que, por sus fines y su desarrollo, no tienen un carácter de economía privada pura, sino que cada día se van saliendo más de la esfera de la regulación de la economía puramente privada”. ¡Y ese mismo Riesser, a quien pertenecen estas últimas palabras, manifiesta con la mayor seriedad del mundo que las “predicciones" de los marxistas respecto a la “socialización” “no se han cumplido"!

¿Qué significa, pues, la palabreja "entrelazamiento”? Expresa únicamente el rasgo más acusado del proceso que se está desarrollando ante nosotros; muestra que el observador cuenta los árboles y no ve el bosque, que copia servilmente lo exterior, lo accidental, lo caótico; indica que el observador es un hombre abrumado por los materiales en bruto y que no comprende nada de su sentido y de su significación. Se “entrelazan accidentalmente” la posesión de acciones, las relaciones de los propietarios particulares. Pero lo que constituye la base de dicho entrelazamiento, lo que se halla detrás del mismo son las relaciones sociales de producción sometidas a un cambio continuo. Cuando una gran empresa se convierte en gigantesca y organiza sistemáticamente, apoyándose en un cálculo exacto con multitud de datos, el abastecimiento de 2/3 o de 3/4 de las materias primas necesarias para una población de varias

decenas de millones; cuando se organiza sistemáticamente el transporte de dichas materias primas a los puntos de producción más cómodos, que se hallan a veces separados por centenares y miles de kilómetros; cuando desde un centro se dirige la transformación consecutiva del material en todas sus diversas fases hasta obtener numerosos productos manufacturados; cuando la distribución de dichos productos se efectúa según un plan único entre decenas y centenares de millones de consumidores (venta de petróleo en América y en Alemania por el trust del petróleo norteamericano), entonces se advierte con evidencia que nos hallamos ante una socialización de la producción y no ante un simple “entrelazamiento”; se advierte que las relaciones de economía y de propiedad privadas constituyen una envoltura que no corresponde ya al contenido, que esa envoltura debe inevitablemente descomponerse si se aplaza artificialmente su supresión, que puede permanecer en estado de descomposición durante un período relativamente largo (en el peor de los casos, si la curación del tumor oportunista se prolonga demasiado), pero que, con todo y con eso, será ineluctablemente suprimida.

412

Schulze-Gaevernitz, entusiasta admirador del imperialismo alemán, exclama:

“Si, en fin de cuentas, la dirección de los bancos alemanes se halla en las manos de unas diez o doce personas, su actividad es ya actualmente más importante para el bien público que la actividad de la mayoría de los ministros” (en este caso es más ventajoso olvidar el "entrelazamiento" existente entre banqueros, ministros, industriales, rentistas, etc.) “...Si se reflexiona hasta el fin sobre el desarrollo de las tendencias que hemos visto, llegamos a la conclusión siguiente: el capital monetario de la nación está unido en los bancos; los bancos están unidos entre sí en el cártel; el capital de la nación, que busca el modo de ser aplicado, ha tomado la forma de títulos de valor. Entonces se cumplen las palabras geniales de Saint-Simon: ‘La anarquía actual de la producción, consecuencia del hecho de que las relaciones económicas se desarrollan sin una regulación uniforme, debe dejar su puesto a la organización de la producción. La producción no será dirigida por patronos aislados, independientes uno del otro, que ignoran las necesidades económicas de los hombres; la producción se hallará en manos de una institución social determinada. El comité central de administración, que tendrá la posibilidad de enfocar la vasta esfera de la economía social desde un punto de vista más elevado, la regulará del modo que resulte útil para

la sociedad entera, entregará los medios de producción a las manos apropiadas para ello y se preocupará, sobre todo, de que exista una armonía constante entre la producción y el consumo. Existen instituciones que entre sus fines han incluido una determinada organización de la labor económica, los bancos.' Estamos todavía lejos de que se cumplan estas palabras de Saint-Simon, pero nos hallamos ya en vías de lograrlo: será un marxismo distinto de como se lo imaginaba Marx, pero distinto sólo por la forma."[1]

[De: V. I. Lenin, *El imperialismo, fase superior del capitalismo*, en Obras escogidas, Moscú, Progreso, 1960, t. I.)

[1] *Grundriss der Sozialokonomik* [Tubinga, 1915], pp. 145-146.

NICOLAI I. BUJARIN

Las controversias sobre la existencia en el cuerpo teórico marxiano de una teoría del derrumbe del capitalismo por causas económicas se reanudaron después de la muerte de Rosa Luxemburg, pero no ya en la socialdemocracia, cada vez más desinteresada en los problemas de la teoría marxista, sino en el interior de la extrema izquierda europea representada por los bolcheviques y algunos grupos próximos a ellos, incluidos los llamados "austromarxistas”.

Si *La acumulación del capital* había sido recibida con franca hostilidad por los teóricos de la socialdemocracia, no tanto porque se hubiera atrevido a críticar a Marx, o por su concepción particular del imperialismo como producto de las dificultades de realización del plusvalor propias del sistema capitalista, sino porque planteaba el fin inevitable de éste y la necesidad de agudizar la lucha de clases para que dicho fin desembocara prontamente no en la barbarie de la guerra y la destrucción de la civilización, sino en el triunfo del socialismo, es lógico que las formidables tensiones sociales de posguerra provocaran una revitalización de la teoría luxemburguiana. En un principio ésta no encontró demasiada oposición, aunque era público y notorio que Lenin la consideraba errónea. Pero hay que recordar que en los primeros años de posguerra el comunismo centroeuropeo, y las corrientes situadas a su izquierda, tendían a identificarse más con el pensamiento de Rosa Luxemburg que con el de Lenin. Recordemos que el "leninismo” como tal, es decir como un conjunto orgánico y autónomo de propuestas ideológicas y políticas, aparece formulado y comienza a imponerse recién a partir de 1924. Un teórico de la importancia de Gyorgy Lukács, por ejemplo, aprobaba sin reservas la teoría de la acumulación de Rosa Luxemburg, como aparece claramente expresado en su artículo de 1921 sobre la revolucionaria polaca y reiterado aun en 1924 en su folleto dedicado a Lenin. La crítica al libro de Rosa comenzó en la Unión Soviética por esta última fecha y como trasfondo teórico de la campaña contra la dirección del Partido Comunista de Alemania. En los años 1921-1922, el economista soviético Dvolaitski lo tradujo al ruso, permitiéndose someterlo a dura crítica tanto en el prefacio de su versión, como en algunos artículos publicados en revistas científicas de la época. Esta crítica fue continuada por Iakovlev y Kritzmann y prácticamente

concluida en 1925-1926 por el escrito de Bujarin. Pero hasta el diktat bujariniano, se podían encontrar en la Unión Soviética economistas de nota que manifestaban su acuerdo con la concepción sustentada por Rosa Luxemburg.

414

Publicados en la revista teórica de la Internacional Comunista *Pod znamenen marxisma* [Bajo la bandera del marxismo] primero en ruso y un año después en la edición alemana de esta publicación, los artículos de Bujarin fueron luego recogidos en volumen aparte y editados con el título de *El imperialismo y la acumulación del capital*.* Es importante retener el carácter eminentemente teórico del lugar de publicación donde aparecieron originariamente dichos artículos, por cuanto este hecho fue resultado de la decisión de la IC de no hacer depender demasiado este debate de la discusión de los problemas más estrictamente políticos que dividían al comunismo alemán y que condujeron a la decapitación de su dirección luxemburguiana.

* La publicación se hizo en los números 8/9 de 1924 y 1/2 y 3 de 1925 de *Pod znamenen marxisma*. En *Unter dem Banner des Marxismus* se publicó en los números 1 y 2 de 1925. En volumen aparte, el libro de Bujarin apareció casi simultáneamente en ruso y alemán en 1926. En español, fue publicado por primera vez recién en 1975 por los Cuadernos de Pasado y Presente (número 51), en un volumen que incorporaba la *Anticrítica* de Rosa Luxemburg.

Bujarin redactó su escrito —que fue la última de sus incursiones en el campo de la teoría económica pura— cuando se estaba aproximando al apogeo de su condición de vocero teórico e ideológico del leninismo "ortodoxo” y como tal sus posiciones tuvieron un peso decisivo en el movimiento comunista internacional. En la ic ya se había iniciado el proceso de bolchcvización de los partidos comunistas que concluyó con la relativa autonomía teórica, política y organizativa que hasta entonces había detentado el comunismo "occidental”. El escrito de Bujarin apareció en plena campaña contra el “luxcmburguismo” en el Partido Comunista de Alemania y constituyó de hecho uno de los soportes ideológicos del grupo izquierdista de Maslow-Fischer en su lucha contra la dirección de origen espartaquista representada por Brandler y Thalheimer. (Debe recordarse que por esa época el luxemburguismo era considerado una desviación de derecha y que es reción en los años treintas cuando al desatarse una nueva campaña contra él se lo acusa ahora de desviación de izquierda, aproximándolo de alguna manera al trotskismo.)

La tensión entre el propósito de dar al debate sobre el imperialismo un carácter eminentemente teórico y las necesidades de las luchas políticas faccionales se evidencia en las conclusiones que Bujarin extrae de su análisis (y que también incorporamos en esta

recopilación), que son indebidas en la medida en que Bujarin no ha explicitado claramente el nexo que las vincula con su razonamiento anterior. Si dejamos de lado su corolario "político”, es preciso reconocer que el libro de Bujarin no ataca a la totalidad de las tesis de Rosa, ni es un simple panfleto al servicio de las luchas de fracciones en el interior de la Internacional. Fiel a quien consideraba su maestro, Bujarin explícita y desarrolla en su libro el conjunto de observaciones críticas hechas por Lenin en 1913. No obstante el tono a veces gratuitamente hiriente y otras veces frívolo, determinado sin duda por el transfondo político de la polémica, Bujarin renococe que el gran mérito teórico de Rosa Luxemburg consiste en haber planteado el problema de la relación entre el medio capitalista y el no-capitalista, problema todavía irresuelto teóricamente por el marxismo. Participa con Rosa de una teoría del "derrumbe” del capitalismo, aunque provocado por sus "contradicciones internas” y no por la imposibilidad de realización del plusvalor.

415

Aceptando la absoluta corrección de los esquemas marxianos de la reproducción, Bujarin intenta demostrar que el origen de los errores de Rosa Luxemburg provienen de la identificación de la acumulación del capital con la acumulación del capital dinerario. Al excluir inicialmente la cuestión del dinero, para introducirla indebidamente después y convertirla en el prerrequisito para la realización del plusvalor y la reproducción del capital supuesta por la acumulación, Rosa Luxemburg no comprende que, en cada momento, "el total del plusvalor destinado a la acumulación aparece revistiendo formas diversas: como mercancía, como dinero, como medios de producción en funcionamiento y como fuerza de trabajo. En consecuencia, el plusvalor en su forma dinero nunca puede ser identificado con el plusvalor total. La clase capitalista tomada en su conjunto, puede realizar su ganancia total en las condiciones que hemos formulado, pero ese proceso tiene lugar por etapas Por lo tanto, el plusvalor de cada capitalista [...] y la de toda la clase capitalista en su conjunto, pasa por la forma dinero", pero sólo lo hace gradualmente, y a través de una infinita cantidad de operaciones. De ahí que, para Bujarin, no es necesario que frente al plusvalor total exista siempre, como parece exigir Rosa Luxemburg, una suma de dinero adecuada a él no obstante de que toda mercancía requiera para ser realizada su trasformación en dinero. Aunque el capital dinerario desempeña una función esencial en el proceso de reproducción del capital, no es la única forma en que se cristaliza el plusvalor realizado.

Pero si para Rosa Luxemburg tanto la realización del capital como

la acumulación y la reproducción ampliada son absolutamente imposibles en el sistema capitalista puro, es lógico que no pueda encontrarse en su libro un análisis coherente y aceptable del fenómeno de las crisis capitalistas. "Aquello que para Marx aparece en forma de ‘saltos’ y espasmos del sistema capitalista, en forma de explosiones, de contradicciones (crisis de sobreproducción) es considerado por Rosa, según la naturaleza de la cuestión, como manifestación permanente en cualquier momento del ciclo industrial” (cf. *El imperialismo y la acumulación del capital*, cit., p. 147). En contra de la opinión de Rosa Luxemburg, coincidente en este caso con las de Sismondi y los naródnikis, que considera a la sobreproducción como un elemento siempre presente en el sistema capitalista, Bujarin afirma que la concepción de Marx, Lenin y los marxistas ortodoxos sostienen que la sobreproducción es una manifestación de las crisis económicas, originadas a su vez por la existencia de desproporciones internas de la producción social. Pero a diferencia de Tugán-Baranovski y de Hilferding, quienes defienden la idea de que las crisis se originan en la desproporción entre las diversas ramas de la producción, pero consideran que el factor consumo no desempeña ningún papel en el proceso, Bujarin sostiene en cambio que el consumo constituye una parte componente de la propia desproporcionalidad. De tal modo, Bujarin reafirma las concepciones sustentadas años atrás por Lenin en su polémica con los populistas.

416

En consecuencia, del razonamiento de Bujarin se desprende la presencia en Marx de dos teorías de las crisis: la que se deriva de la teoría del valor y se manifiesta en la caída de la tasa de ganancia, y la que se deriva de la desproporción existente entre las distintas ramas de la producción capitalista que resulta del subconsumo de los trabajadores, sin que entre una y otra teorías exista contradicción, sino todo lo contrario, complementación. Sin embargo, el problema sigue planteado por cuanto la teoría marxiana de la acumulación está construida con base en la hipótesis de que los trabajadores son siempre remunerados según su valor y son únicamente los capitalistas quienes pueden apropiarse del plusvalor. De modo que la afirmación bujariniana (y también leninista) de que con el crecimiento del capital constante aumenta también, y de manera no proporcional, el capital variable, y de que el incremento del consumo de los trabajadores contribuye a posibilitar la realización del plusvalor en el proceso de la acumulación, se coloca fuera de los supuestos explícitamente establecidos por el propio Marx en su examen de la reproducción del capital. Por lo que, como señala correctamente Mattick, así como "no

se pueden extraer de los esquemas de la reproducción las conclusiones de Tugán-Baranovski, tampoco es posible contradecir éstos con la afirmación carente de sentido de que los trabajadores realizan una parte del plusvalor y que ha de producirse una crisis en el caso de que esto no ocurra en la medida suficiente" (cf. *Crisis y teoría de la crisis,* Barcelona.Península, 1977, p. 137).

La teoría de la crisis de Bujarin, en consecuencia, no es en última instancia otra cosa que una versión modificada de la concepción tuganbaranovskiana, lo cual parece de manera muy evidente en el modelo que construye Bujarin de un capitalismo de estado donde aun manteniéndose la ley del valor es capaz de crecer ilimitadamente en la medida en que se respeten las proporciones correctas entre producción y consumo. Bujarin así, agrega Mattick, "llega al resultado de que con una proporcionalidad adecuada el proceso de reproducción discurriría tal como está expuesto en los esquemas marxianos de la reproducción. De este modo se comprende por qué en el debate entre Rosa Luxemburg y Otto Bauer, [...] Lenin se puso de parte de Otto Bauer. Ya del hecho de que ni a Lenin ni a Bujarin se les hubiera ocurrido abordar el problema de la crisis desde el punto de vista de la teoría del valor, se desprende que Bujarin acordara con Rosa Luxemburg en que si hubiese que atribuir el derrumbe del capitalismo a la caída de la tasa de ganancia 'quedaría mucho camino por recorrer, casi hasta la extinción del sol', aun cuando volviera la observación contra la misma Rosa Luxemburg, ya que en la teoría de esta última la reducción de los mercados no capitalistas haría también descender siempre la tasa de ganancia" (p. 138).

417

En cuanto a la teoría del "derrumbe" esbozada por Bujarin, no sólo en el capítulo de su libro que incluimos, sino también en su *Teoría económica del periodo de transición* (cf. Cuadernos de Pasado y Presente, núm. 29), es preciso reconocer que antes que una teoría coherente, construida a partir de los presupuestos metodológicos marxianos, es un razonamiento sofístico en torno a la necesidad de admitir una multiplicidad de causas entre económicas y políticas que tienen la virtud de elevar a un grado tal las contradicciones del sistema capitalista como para que el derrumbe del sistema se torne *inevitable*. Bujarin viene así a incurrir en el mismo defecto de desconocimiento de los procedimientos metodológicos marxianos del que acusa a Rosa Luxemburg, pero sin siquiera tener en su favor la claridad expositiva, la rigurosidad lógica y la escrupulosidad científica de ésta. Es posible, y quizás hasta irrefutable, que las contradicciones de la acumulación (entre producción y consumo; en el interior de las

distintas ramas; entre industria y agricultura; la anarquía del mercado y la competencia; la aparición de la guerra como medio de esta competencia, etc.) se reproduzca en escala ampliada en el curso mismo del desarrollo capitalista. Pero la función que debe cumplir una teoría científica de la acumulación y de las crisis no puede ser la del reconocimiento de una situación de hecho, sino la de ofrecer una *prueba teórica* por la cual dichas contradicciones deben necesariamente agudizarse, sin que puedan ser diluidas en forma permanente por el propio capitalismo. Y esto es lo que se proponía establecer Marx con su teoría de la acumulación, que es al mismo tiempo una teoría de las crisis y del derrumbe del capitalismo.

Según Bujarin el derrumbe del capitalismo deriva de la disolución de la base económica, pero este proceso no es finalmente el resultado de los propios *fundamentos económicos* del sistema ni del funcionamiento en el interior de éste de una *ley de naturaleza económica*, propia del capitalismo mismo, sino que es el producto de la guerra, es decir de una fuerza externa a la economía que actúa desde afuera del aparato productivo y lo conduce finalmente a su disolución. Como bien anota Grossmann en su demoledora crítica de las concepciones de Bujarin, para éste, “el derrumbe es la manifestación de una causa que actúa en el interior de la economía, pero que la trasciende. Para Marx, en cambio, el derrumbe es un resultado inmanente que deriva de la conformidad a la ley económica típica del mecanismo capitalista" (cf. *Das Akkumulations— und Zuzammenbruchgesetz las kapitalistischen Systems*, cit., pp. 47-48). La "teoría" del derrumbe elaborada por Bujarin no es por eso otra cosa que una escolástica y nebulosa transfiguración a nivel teórico de una experiencia política muy connotada: la experiencia de guerra específicamente rusa. Entre crisis económica y guerra mundial se estableció en las elaboraciones de la m Internacional una relación causal tan estrecha que uno de los elementos requeriría necesariamente del otro para encontrar fundamentación teórica. Por el propio peso teórico y político de Bujarin, y por la ausencia de una elaboración alternativa de mayor rigor científico encarnada en un movimiento social con peso político, sus concepciones constituyeron la estructura analítica sobre la cual se basó el programa de la Internacional Comunista aprobado en su VI congreso mundial de 1928. Fue con ese bagaje teórico y político que los comunistas analizaron, hoy sabemos cuán incorrectamente, la crisis del sistema capitalista en 1929-1933 y los procesos de restructuración interna (fascismo y New Deal) que le permitió superarla. Es cierto que entre

las concepciones catastróficas de los comunistas y la visión de un capitalismo perfectible y superable a través de la planificación, encarnada por los socialdemócratas, comenzaba a conformarse una corriente interpretativa que mediante la recuperación del espesor analítico de las categorías marxianas ofrecía una interpretación más correcta del funcionamiento del sistema capitalista. Pero dicha corriente sólo era la herencia teórica de una gran derrota histórica. En tal sentido, tiene un valor paradigmático que sus dos más grandes representantes, Grossmann y Gramsci, tuvieran que hacer sus elaboraciones en el exilio y en la cárcel.*

* Sobre la discusión de este problema en el seno de las corrientes heterodoxas del movimiento comunista de los años treintas, véase *¿Derrumbe del capitalismo o sujeto revolucionario?*, y especialmente la introducción de Giacomo Marramao, en Cuadernos de Pasado y Presente, núm. 78, México, 1978.

419

[EL IMPERIALISMO Y LA ACUMULACIÓN DEL CAPITAL]

LA TEORÍA DEL DERRUMBE CAPITALISTA

Como ya lo hemos expresado antes, la teoría incorrecta de Rosa Luxemburg sobre la acumulación conduce a una teoría también incorrecta del imperialismo. Y esta última lleva a una incorrecta *teoría del derrumbe capitalista.* Sin embargo, arguyendo *en contrario*, Rosa Luxemburg intenta demostrar que tiene razón:

> Si la producción capitalista constituye un mercado suficiente para si misma, la acumulación capitalista (considerada objetivamente) es un proceso ilimitado. Si la producción puede subsistir, seguir aumentando sin trabas, esto es, si puede desarrollar ilimitadamente las fuerzas productivas, aun cuando el mundo entero esté totalmente dominado por el capital, cuando toda la humanidad se componga exclusivamente de capitalistas y proletariados asalariados, se derrumba uno de los pilares más firmes del socialismo de Marx. Para éste, la rebelión de los obreros, su lucha de clases es —y en ello se encuentra justamente la garantía de su fuerza victoriosa— mero reflejo ideológico de la necesidad histórica objetiva del socialismo, que resulta de la imposibilidad económica objetiva del capitalismo al llegar a una cierta altura de su desarrollo. Naturalmente, con esto no se dice —tales reservas que constituyen el ABC del marxismo siguen siendo indispensables, como vemos, para mis ‘‘expertos’— que el proceso histórico vaya a ser frenado hasta el último borde de esta imposibilidad económica. La tendencia objetiva de la evolución capitalista hacia tal desenlace es suficiente para producir, mucho antes, una tal agudización social y política de las fuerzas opuestas, que tenga que poner término al sistema dominante. Pero estas mismas proposiciones sociales y políticas, no son, en último término, más que un resultado de que el sistema capitalista es económicamente insostenible. De tal fuente, sacan justamente su creciente agudización, en la medida en que se hace visible tal situación insostenible.
>
> Si, por el contrario, aceptamos con los "expertos” la ilimitación económica de la acumulación capitalista, se le hunde al socialismo el suelo granítico de la necesidad histórica objetiva. Nos perderemos en las nebulosidades de los sistemas y escuelas premarxistas, que querían deducir el socialismo únicamente de la injusticia y perversidad del mundo actual, y de la decisión revolucionaria de las clases trabajadoras.[1]

420

[1] Rosa Luxemburg, *La acumulación del capital*, cit., p. 393.

El modelo de Rosa Luxemburg es extremadamente simple y, en cierta medida, esclarecedor. El capitalismo es posible en la medida en que es "impuro”, en otras palabras, en la medida en que una periferia de “terceras personas” existe junto al centro "productivo capitalista". Las "terceras personas” constituyen una premisa del proceso de la realización del plusvalor, y por lo tanto también una condición necesaria del proceso de reproducción ampliada. Sin embargo, el movimiento del capital es, de acuerdo con su tendencia, un movimiento hacia el capitalismo “puro”, así como hacia cierto límite matemático de desarrollo. Si, de acuerdo con esta teoría, la solución de la contradicción entre el proceso de producción del plusvalor y su realización se basa en las "terceras personas”, tal solución no puede repetirse interminablemente, ya que la cantidad de terceras personas va decreciendo relativamente. Chocamos aquí contra el *límite económico objetivo* del capitalismo como modo de producción específico, históricamente limitado. El capitalismo se vuelve una imposibilidad *económica*. La necesidad histórico-económica se abre paso a través de la revolución de los trabajadores. Con esto, se supone que estamos ante un “estricto bosquejo de las leyes económicas” que constituyen la base del alegre acopio de relaciones sociales sociopolíticas, cuya superficie encubre las fuerzas motrices más profundas del proceso histórico.

> El imperialismo es tanto un método histórico para prolongar la existencia del capital, como un medio seguro para poner objetivamente un término a su existencia. Con eso no se ha dicho que este término haya de ser alegremente alcanzado. Ya la tendencia de la evolución capitalista hacia él se manifiesta con vientos de catástrofe.[2]

Esto en cuanto a la “teoría del derrumbe capitalista” tal como fue desarrollada por Rosa Luxemburg.

¿Qué es lo que hace que esta teoría sea tan atractiva?

Su "determinismo económico” (“límites objetivos del capitalismo”, "estricto bosquejo de las leyes económicas”, etc.). Además, su (pretendida) confirmación por hechos empíricos (agudización de la situación como resultado de la búsqueda de mercados, períodos de catástrofes, "carácter catastrófico” de toda la época imperialista, etc.). Por último, pero no menos importante, su carácter "revolucionario”.

---

[2] Rosa Luxemburg, *La acumulación del capital*, cit., p. 347.

A pesar de lo cual, la teoría del derrumbe capitalista de Rosa Luxemburg es simplemente falsa. Es errónea en primer lugar como teoría, es decir como serie de postulados que, no satisfecha con ilustrar algunos fenómenos sociales extremadamente importantes, trata además de *explicarlos*.

421

Nos hemos ocupado ya de exponer los puntos principales de la debilidad teórica del pensamiento de Rosa Luxemburg. Evidentemente, todo el "derrumbe” descansa en la imposibilidad de realización dentro del marco de un “capitalismo puro”, es decir, como liemos demostrado, en una teoría falsa. Además de esto, mostramos que la teoría de Rosa Luxemburg da como resultado una reproducción constante y pacífica de las relaciones entre la esfera capitalista y las “terceras personas”. En resumen, hemos demostrado que el remplazo que nace Rosa de la *explotación por la realización* tiene como consecuencia un carácter pacífico del proceso, por muy revolucionarias que aparezcan sus “conclusiones”.

De modo que toda la construcción teórica de Rosa está llena de contradicciones internas. Analizaremos ahora los argumentos de Rosa Luxemburg que hemos citado, con el propósito de agregar a los errores existentes algunos nuevos, característicos de la formulación de la teoría del derrumbe y de la Anticrítica relacionada con ella.

Vamos a proceder partiendo de los hechos. Es un hecho que imperialismo significa catástrofe, no lo es menos que hemos ingresado en el período del colapso del capitalismo. Pero es también un hecho que la *abrumadora mayoría de la población mundial pertenece a las “terceras personas”*. Es esencial diferenciar dos conceptos: la dominación del capital en general y la dominación del capital en un sentido más estrecho; en otras palabras, distinguir el capitalismo “puro” del “casi puro”. Es indudable que el capitalismo se ha vuelto dominante en todas partes, que es el conductor en el concierto de formaciones económicas. Pero igualmente está fuera de toda duda que no son los trabajadores industriales y agrícolas asalariados sino los campesinos los que constituyen la mayoría actual de la población mundial. De los 1.700 que pueblan el planeta, 900 millones (más de la mitad) viven en Asia. 400 millones de los 430 millones de chinos, y alrededor de 170 millones de los 320 millones de hindúes son campesinos. Si incluimos a los pequeños artesanos y otras “terceras personas”, llegamos a un número enorme. Asia, África y América contienen gigantescas masas de "terceras personas”. Además, cerca del 50 por ciento de la población de Europa es rural — una prueba indirecta de cuán enormemente grandes son aún las

reservas de “terceras personas”.

Aun cuando la teoría de Rosa Luxemburg fuera siquiera aproximadamente correcta, la causa de la revolución se encontraría por cierto en una triste situación. Ya que en vista de la existencia de tan enorme reserva de "terceras personas”, que existen en realidad, no se podría hablar prácticamente de un colapso. Por lo tanto podríamos decir, a la manera de Cunow, que la expansión capitalista tiene todavía un colosal campo de actividad a su disposición, el cual tiene la forma de “terceras personas”, y que solamente los utopistas pueden hablar seriamente de algún tipo de revolución proletaria. Lo que ha entrado en colapso en realidad es la ilusión de una victoria inminente del socialismo, y no el socialismo de la época de la Segunda Internacional. La realidad es que el capitalismo no ha cumplido todavía su misión histórica, y que no se puede anticipar aún el fin del desarrollo capitalista.

422

Desgraciadamente, esa conclusión “cunowista” se desprende inevitablemente de la teoría de Rosa Luxemburg. El hecho de que Rosa deduzca conclusiones totalmente opuestas, prueba simplemente su inconsistencia lógica.

De hecho, Rosa parece estar consciente de la torpeza de toda su demostración. Admite que sería ridículo afirmar que primero el capitalismo debe estrangular a toda "tercera persona". Explícitamente recalca que el capitalismo será hecho estallar “mucho antes”. En su opinión, “la tendencia objetiva del capitalismo hacia ese final” es suficiente. Sin embargo, la "tendencia objetiva" hacia ese “final” (!), etc., ha existido siempre. Obviamente, el proceso ha avanzado mucho, la "imposibilidad de la realización” se ha vuelto válida, al menos como “presentimiento económico”, para utilizar una expresión gráfica; la relación entre las esferas económicas capitalista y no capitalista debe ser tal *objetivamente* que en ningún caso las "terceras personas” representen una *mayoría*.

En realidad, *nada* de todo esto debe ser procurado. Y sin embargo la época entera muestra ya la más *aguda* intensificación de las contradicciones, la más aguda tensión general, el más *agudo* carácter catastrófico. Y sin embargo el capitalismo ya está empezando a “reventar”. Y sin embargo la dictadura del proletariado ya es una realidad en la Unión Soviética. ¿Cómo pueden explicarse estas contradicciones?

Muy simplemente. Por cierto que no diremos que se deben a la falta de suficientes "terceras personas”, sino que esas “terceras

personas", que aportan al capital una *ganancia excedente* (pero el capital "necesita" "absolutamente" una ganancia excedente), han sido ya divididas en contra de sí mismas por los grandes poderes del *capital financiero de acuerdo con la ley del monopolio*.

La camarada Rosa Luxemburg ignora completamente la cuestión del movimiento de la ganancia, del carácter específico de la ganancia extra, de las formas específicas del capitalismo monopolista. El resultado de este pecado de omisión es que la verdadera naturaleza del imperialismo se le escapa. De ahí sus contradicciones.

El capital *podría* existir muy fácilmente sin "terceras personas". Pero ya que dichas "terceras personas" están ahí, el capital pugna necesariamente por devorarlas, si es que tal vianda le aporta una ganancia excedente. Existe todavía una *enorme cantidad* de "terceras personas". La lucha por quedarse con ellas (es decir la lucha por la ganancia excedente) ha alcanzado ya una etapa de aguda *intensidad*, habiendo sido ya divididas *monopolísticamente* en colonias, esferas de influencia, etcétera.

423

Así es como son las cosas en la realidad. En cierta medida, Rosa Luxemburg replica correctamente a la objeción de uno de sus críticos, que el capitalismo entraría eventualmente en colapso a causa del "descenso de la tasa de ganancia'', a lo cual contesta:

> No sé cómo el buen hombre se imaginará la cosa. Si es que en un momento determinado la clase capitalista, desesperada ante la escasez de las ganancias, se agotara colectivamente, o si declara que, para tan míseros negocios, no vale la pe na molestarse y entregara las llaves al proletariado. Sea de esto lo que fuere, el consuelo se evapora con sólo una afirmación de Marx: por Ja observación de que, "para los grandes capitales, la caída de la tasa de ganancia se compensa por la masa". Por consiguiente, queda aún tiempo para que sobrevenga, por este camino, la rendición del capitalista: algo así como lo que queda hasta la extinción del sol.[3]

Todo lo cual, sin duda, es esencialmente correcto. Pero Rosa Luxemburg no advierte, bastante extrañamente, que su respuesta no golpea solamente al "buen hombre" sino también a... la propia autora de *La acumulación*.

No queremos jugar el papel de abogado del diablo; sin embargo,

[3] *Ibid*., p. 393, nota.

tenemos que admitir que el “buen hombre” podría ensayar la siguiente réplica:

Sería ridículo exigir que el proceso alcanzara su conclusión lógica. La tendencia objetiva del desarrollo capitalista hacia ese final es suficiente. Mucho antes del “final”, esa tendencia agudizará en tal medida la intensidad de la lucha por cualquier posibilidad de obtener una ganancia adicional, y será acompañada por tal centralización del capital y por tal agudización de las relaciones sociales, que la época de una baja tasa de ganancia se convertirá en la época de las catástrofes.

Semejante respuesta sólo diferiría ligeramente de la de Rosa Luxemburg. Ya que al mismo tiempo la tasa de ganancia sería aproximadamente nula, puesto que habría comenzado a desaparecer la última "tercera persona” (la cual estaba posponiendo la terrible hora apocalíptica del mundo capitalista que ahora habría encontrado un tope para la realización del plusvalor).

Hemos mencionado ya los tres factores que vuelven atractiva la teoría de Rosa Luxemburg. Son: su determinismo económico, sus “límites objetivos” del capitalismo, su (pretendida) confirmación por los hechos (período de catástrofes, etc.) y el "carácter revolucionario” de toda la construcción de Rosa. Ahora, como "destructores profesionales”, tenemos que admitir que nuestra crítica no se ha separado en nada de los tres factores.

Echemos otro vistazo a la lista y veamos qué quedó de ellos.

424

En primer lugar, vimos que Rosa Luxemburg no indica ningún límite en la cuestión central que podría explicar el derrumbe. En términos prácticos, el límite indicado por Rosa Luxemburg no tiene la menor importancia. El capitalismo ha comenzado ya a romperse mientras tres cuartas partes de la población mundial permanecen todavía en carácter de ‘‘terceras personas”. Es obvio que tal explicación es completamente inventada.

En segundo lugar, la teoría no corresponde de ninguna manera a los hechos. Como hemos visto, en el caso de ocurrir catástrofes la teoría de Rosa Luxemburg es incapaz de explicarlas. El hecho de que existan inmensas cantidades de “terceras personas” contradice la teoría de Rosa sobre el colapso.

En tercer lugar, no solamente no puede deducirse ninguna conclusión revolucionaria de la teoría de Rosa sino que, por el contrario, la conclusión es que hacer la revolución aparece como imposible por largo tiempo.

Todos estos argumentos contra la autora de *La acumulación* constituyen solamente un agregado a la embestida principal de nuestra crítica contenida en los capítulos anteriores. Fue demostrado que tanto la línea principal como las líneas subsidiarias de la demostración de Rosa eran igualmente insostenibles teóricamente. Esto le sucedió a Rosa Luxemburg porque desechó el punto de vista de la ortodoxia marxista, precisamente en esa parte del análisis de Marx en que la brillantez del incomparable maestro nos legó los más completos resultados de su genio.

Ahora tendremos que ocuparnos de otro de los argumentos de Rosa Luxemburg. Vimos ya en el comienzo de este capítulo que Rosa Luxemburg desarrolló los siguientes pensamientos:

> Si la producción capitalista constituye un mercado suficiente para sí misma, la acumulación capitalista (considerada objetivamente) es un proceso ilimitado.

A partir de aquí, Rosa deduce la conclusión: *por consiguiente* la producción puede "seguir aumentando sin trabas"; *por consiguiente*, no existen límites para el desarrollo económico del capitalismo; *por consiguiente*, "se derrumba el único pilar específicamente marxista del socialismo".

Esta cadena de conclusiones es insostenible lógicamente. Y ello porque Rosa Luxemburg no comprende el carácter dialéctico de las contradicciones sociales, el carácter dialéctico de la totalidad social y de las leyes de su movimiento.

La sociedad capitalista es una "unidad de contradicciones". El proceso de movimiento de la sociedad capitalista es un proceso de continua reproducción de las contradicciones capitalistas. El proceso de la *reproducción ampliada* es un proceso de *reproducción ampliada* de esas *contradicciones*. Y si es así, es evidente que dichas contradicciones harán estallar todo el sistema capitalista en su conjunto. Hemos alcanzado el límite del capitalismo. Con qué agudeza las contradicciones deberán llegar a golpear el sistema, es un problema en sí mismo. En otra obra hemos tratado de proporcionar un análisis de la cuestión.[4] La respuesta debe ser buscada en las

---

[4] N. Bujarin, *Teoría económica del periodo de transición*. El concepto de la producción como producción de contradicciones capitalistas ha sido extensamente tratado en nuestro libro *El imperialismo y la economía mundial* (San Petersburgo. 1918). [Ambas obras han sido publicadas en español por Cuadernos de Pasado y Presente números 29 y 21 respectivamente.] [E.]

condiciones de la reproducción de la fuerza de trabajo. Si la explosión de las contradicciones capitalistas ha llevado a una destrucción de la economía y una decadencia de las fuerzas productivas y, como consecuencia de que la reproducción de la fuerza de trabajo y por lo tanto su funcionamiento se ha vuelto imposible a partir de cierto punto, entonces el aparato social de producción estalla en pedazos y se levantan las barricadas entre las clases sociales.

425

Incluso esta explicación del derrumbe del capitalismo —general, esquemática, “puramente teórica” y en consecuencia condicional— postula un límite que en cierto sentido es objetivo. *Hasta cierto punto el límite está dado por la tensión de las contradicciones capitalistas*.

Rosa Luxemburg arregla las cosas y las vuelve demasiado simples: si la realización es imposible en una sociedad puramente capitalista, las fuerzas productivas se mantendrán creciendo “*sin trabas*”; si teóricamente el capitalismo pudiera existir sin “*terceras personas*”, esto significaría que "*no existen límites” para el desarrollo económico*.

Repetimos: estas comparaciones, que muestran elementos tan característicos de Rosa Luxemburg y de su manera de pensar, revelan los puntos débiles de sus demostraciones. Sólo es preciso examinarlas detenidamente para advertir qué lejos está la autora de *La acumulación* de una verdadera solución del problema, e inclusive de una manera correcta y metodológicamente lógica de plantearlo.

La posibilidad de realización, ¿significa realmente el crecimiento “sin trabas" de las fuerzas productivas”? De ninguna manera. En el capítulo iv hemos visto las confusiones causadas por Rosa Luxemburg. Para ella, crecimiento “sin trabas” significa crecimiento *sin contradicciones*, y sin embargo incluso en el “capitalismo puro” el desarrollo entero está plagado de contradicciones. Si no hay una sobreproducción continua, hay una sobreproducción periódica. Si no existe una imposibilidad continua de realización, en cambio existen crisis periódicas. Si no existe una solución final a las contradicciones, en cambio existe una postergación temporaria, y por lo tanto una “solución” condicionada. Si no existe posibilidad continua para que el capitalismo exista, hay en cambio reproducción ampliada. Y así sucesivamente.

426

En otras palabras, las “trabas” no están de ningún modo excluidas, son, por el contrario, "inminentes" para el capitalismo. Son "suprimidas periódicamente, pero sólo para que reaparezcan con más fuerza periódicamente. Su magnitud en aumento y su creciente intensidad llevarán inevitablemente al derrumbe de la dominación

capitalista.

El desarrollo capitalista es un proceso de reproducción ampliada de todas las contradicciones básicas del capitalismo. También aquí Rosa Luxemburg hace las cosas demasiado fáciles. Su tema es la contradicción entre las condiciones de producción del plusvalor y las condiciones de su realización, la contradicción entre producción y consumo en las condiciones del capitalismo.[5]

Tal contradicción no es considerada como una contradicción dialéctica, sino como contradicción superficial de la cual se deduce lo inevitable del derrumbe. Sin embargo, no debería partirse de una contradicción sino de una cantidad de ellas, a las que habría que considerar en su movimiento dialéctico. Obtendríamos entonces un cuadro bastante diferente del pintado por Rosa Luxemburg, incluso si éste hubiera sido hecho de una manera magistral. La contradicción entre producción y consumo, la contradicción entre diversas ramas de la producción, la contradicción entre la industria y una agricultura limitada por la renta, la anarquía del mercado y la competencia, las guerras como formas de la competencia: todo esto es *reproducido en escala ampliada* en el curso del desarrollo capitalista.

427

Este movimiento está estrechamente relacionado con el movimiento de la ganancia, máxima propulsora de la economía capitalista.

Actualmente estamos en condiciones de observar el proceso del

[5] Mencionemos al pasar que nada menos que el padre del revisionismo, Eduardo Bernstein, llegó a una conclusión similar, si bien a partir de un punto de vista distinto. Escribió: "Lo que ante todo caracteriza el modo moderno de producción es el gran aumento del poder productivo del trabajo. El resultado es un aumento no menor de la producción, la producción en masa de mercancías. ¿A dónde va esa riqueza?

"Para ir directamente al corazón del problema: ¿dónde está el producto extra que los asalariados industriales producen por encima de su propio consumo, limitado por sus salarios? Si los 'magnates del capital' tuvieran los estómagos diez veces más grandes que les atribuye la sátira popular [...] su consumo sería solamente una pluma en comparación con el producto nacional por año [...] ¿Dónde está entonces la masa de mercancías que ni los magnates ni sus sirvientes producen? Si no va de una manera u otra a los proletarios, entonces debe ser captada por otras clases. O bien un decrecimiento cada vez mayor de Ja cantidad de capitalistas y una creciente riqueza del proletariado, o bien una multitudinaria clase media: ésas son las únicas alternativas que admite el continuo incremento de la producción." (E. Bernstein, *Evolutionary Socialism*, Nueva York, 1961, pp. 49-50. [En español véase *Socialismo teórico y socialismo práctico*, Buenos Aires, edit. Claridad, 1966, pp. 49-50].)

Según Bernstein, la solución está en las "clases medias". La similitud se vuelve obvia si recordamos que este revisionista destacaba especialmente la capacidad de sobrevivencia de las pequeñas empresas agrícolas. Tanto los "fines" como las conclusiones de Bernstein y Rosa Luxemburg son, por cierto, diametralmente opuestos, pero resulta característico que el punto de partida de ambos análisis, la forma en que es planteado el problema y las condiciones del desarrollo capitalista sean los mismos: las "terceras personas" son el sine qua non del capitalismo.

derrumbe capitalista, y no meramente en base a construcciones abstractas y perspectivas teóricas. El derrumbe del capitalismo ha comenzado. La Revolución de Octubre es la expresión más convincente y viva de ello. La revolucionarización del proletariado se relacionaba sin duda con la decadencia económica, ésta con la guerra, la guerra con la lucha por los mercados, materias primas y esferas de inversión, en resumen, con la política imperialista en general. Esta última no era más que la reproducción de la lucha competitiva a escala mundial, en la cual los contendientes no eran ya los empresarios o trusts individuales sino los "trusts capitalistas de estado" ya consolidados. Estas explosiones bélicas incluyen todas las principales contradicciones del sistema capitalista que han sido mencionadas. Incluso se podría utilizar categorías diferentes si se las concibiera como contradicción entre las fuerzas productivas de la *economía mundial* y los métodos "nacionalmente" limitados de apropiación de la burguesía separada en estados, o bien como contradicción entre la producción socializada en la más amplia escala y las condiciones de propiedad económica propias de la "burguesía nacional". No sería difícil demostrar mediante un extenso análisis que el derrumbe del capitalismo deja en libertad todas las contradicciones de éste. Es su forma revelada *in actu*.

Teóricamente, la posibilidad de un "segundo round" de la guerra imperialista no está excluida, sino que, como lo ha destacado el camarada Lenin, es en realidad bastante obvia.

Además de las mencionadas, hay en el sistema de la economía mundial otra contradicción fundamental: la que existe entre el mundo capitalista y el nuevo sistema económico de la Unión Soviética. Esta circunstancia vuelve el conflicto aún más profundo, agudo y destructivo para el capitalismo.

El mérito teórico principal de Rosa Luxemburg fue el de haber planteado el problema de la relación entre los campos capitalista y no capitalista. Pero solamente lo planteó. Silenciosa o casi silenciosamente eludió los temas que conciernen específicamente a este amplio problema (el carácter del intercambio, la variación estructural, las modificaciones en la ley del valor, la ganancia extra, la acumulación incrementada a expensas de las "terceras personas", etc., etc.). Pero indudablemente el mero planteo merece el mayor respeto. La camarada Rosa Luxemburg, es igualmente meritoria por haber destacado el problema de la reproducción. Como lo hemos

demostrado en otras ocasiones,[6] poner de relieve ese problema es actualmente más necesario que nunca.

428

Pero Rosa Luxemburg ha pasado por alto el hecho de que *la reproducción ampliada de las condiciones capitalistas es al mismo tiempo la reproducción ampliada de todas las contradicciones capitalistas*. Si hubiese visto esto con claridad, no se habría mareado con el problema de los "límites objetivos'' del capitalismo —ese límite que ella cree ocasionado por la desaparición de las "terceras personas", a las cuales previamente les había adjudicado el papel de únicos "realizadores" del plusvalor producido por los esclavos asalariados del capitalismo.

Otro extraordinario mérito teórico de Rosa Luxemburg es el de haber planteado la necesidad histórica del imperialismo. En oposición a los reformistas —que desvirtuaron el marxismo con abierto cinismo—, en oposición también a los casi ortodoxos al estilo de Kautsky —que en aquella época comenzaban a balbucear acerca de un "capitalismo ideal", reformado de "tipo inglés"—, Rosa Luxemburg planteó con agudeza el problema del imperialismo como la inevitable "apariencia inmanente" del capitalismo en cierta etapa del desarrollo. De todos modos, no pudo comprender teóricamente el problema como problema específico de nuestro tiempo. No trató de encontrar los fundamentos del imperialismo en la búsqueda de mayores ganancias monopolistas y en el necesario movimiento del capital financiero en esa dirección, sino en la absoluta imposibilidad de la existencia del capitalismo sin "terceras personas".

Sin embargo, formuló el problema de la necesidad del imperialismo y en general lo resolvió correctamente, si bien su solución se basó en argumentos teóricamente erróneos. La obra de Rosa Luxemburg se eleva limpiamente por encima de los esfuerzos chapuceros y el cotorreo miserable de los reformistas de ambas direcciones, tanto de los revisionistas declarados como de los kautskianos. Representa un osado intento teórico, es la proeza de un brillante intelecto teórico. No creemos que haga falta mencionar especialmente que la parte histórica de la obra sigue sin ser superada hasta hoy en su descripción de la historia de las conquistas coloniales del capitalismo.

CONCLUSIÓN

[6] N. Bujarin, *La economía mundial y el imperialismo*. Véase también *Teoría económica del periodo de transición*.

Habiendo llegado al final de nuestras observaciones, mencionaremos brevemente la relación entre los errores *teóricos* y una serie de errores *político prácticos* de Rosa Luxemburg. La relación entre lo correcto y lo incorrecto es idéntica en ambos sectores. En la *teoría*, la tesis básica de la "necesidad" del imperialismo y del derrumbe del capitalismo resultó correcta. Lo mismo puede decirse de la tesis básica en el campo *práctico*: para vencer al imperialismo hay que derribar el sistema capitalista. Sin embargo, así como son incorrectas las conclusiones teóricas, también la cadena de argumentos que debía justificar la tesis de la necesidad del imperialismo revela la existencia de muchos eslabones falsos; consecuentemente, se demuestran incorrectas una serie de opiniones tácticas, que hubieran debido proporcionar la demostración práctica de la teoría y cambiado el arma de la crítica por la crítica de las armas.

El capitalismo declinará inevitablemente como consecuencia de una falta de "terceras personas". Aquí reside su límite objetivo que no puede ser superado. Incluso si decae "mucho antes" que desaparezcan las "terceras personas", en aquello reside a pesar de todo la causa final de la declinación y el derrumbe del capitalismo. Éste es uno de los postulados lógicos básicos de Rosa Luxemburg.

Si esto fuera cierto, es evidente que el cuadro del derrumbe capitalista adquiriría un carácter "industrial" hipertróficamente exagerado, mucho más obtuso y descolorido.

Si fuera cierto, resultaría comprensible afirmar que el problema de las "terceras personas" como aliados potenciales del proletariado en la lucha de clases contra la burguesía carece de mayor importancia. Lo obtuso del cuadro del derrumbe corresponde al hecho de prescindir de las fuerzas que luchan y derrotan al imperialismo.

De lo anterior se deduce la siguiente lectura de los postulados:

1. Posición incorrecta ante la cuestión nacional.

2. Subestimación de y posición incorrecta ante la cuestión colonial.

3. Subestimación de y posición incorrecta ante la cuestión campesina.

Llegamos a resultados bastante diferentes de nuestras concepciones teóricas. El capitalismo *desarrolla* sus contradicciones internas; son éstas y no la falta de "terceras personas", lo que finalmente causa su derrumbe, a pesar de que muchas "terceras personas" pueden llegar a ser las tres cuartas partes de la población

mundial. Si el capitalismo reproduce sus contradicciones hasta un punto en que comienza la decadencia de las fuerzas productivas, lo cual vuelve imposible la existencia de la fuerza de trabajo e impulsa a la clase obrera a la rebelión, minando el poder de los países metropolitanos, desencadenando las fuerzas de los esclavos coloniales y agudizando los antagonismos nacionales, en ese caso las contradicciones del capitalismo quebrarán el bloque de las clases dominantes y el campesinado, y permitirán que una parte importante de éste se vuelva en contra de la dominación capitalista. Obviamente, en semejante situación, las *tácticas*, las consignas de la lucha y la actitud hacia el problema de los "aliados" deberán ser diferentes. En tal caso, la necesidad de "relacionar las revoluciones proletarias con las guerras campesinas", las rebeliones coloniales y los movimientos de liberación nacional pasa a primer plano.

El *leninismo* se ocupó precisamente de este problema con inusual coherencia y rigor teórico. Así, al superar los errores de Rosa Luxemburg, volvemos inevitablemente una y otra vez a los postulados teóricos y a las conclusiones prácticas de nuestro perdido maestro.

[De: Nicolai Bujarin, *El imperialismo y la acumulación del capital*, en la obra del mismo titulo publicada junto con la Anticrítica de Rosa Luxemburg, en Cuadernos de Pasado y Presente, núm. 51 (Córdoba, República Argentina, 1975), pp. 197-208. Traducción de Romeo Medina.]

HENRYK GROSSMANN

La mayor obra de Henryk Grossmann (Cracovia, 1881 —Leipzig, 1950), *Das Akkumulations— und Zusammenbruchsgesetz des kapitalistischen Systems* [La ley de la acumulación y del derrumbe del sistema capitalista], fue publicada en Leipzig en 1929. La tesis sostenida en este libro presenta rasgos tan singulares que incluso para hacer una sumaria exposición de la misma resultan indispensables algunas aclaraciones previas.

Después de la primera guerra mundial, la socialdemocracia alemana, en lo atinente a los problemas de la “teoría del derrumbe”, se desplaza de manera cada vez más acentuada hacia posiciones "revisionistas”. La teoría dominante es la de Tugán-Baranovski en la interpretación de Hilferding. El mismo Kautsky, que en 1902 críticara a Tugan, modifica sustancialmente su actitud en *Die materialistische Geschichtsauffassung* [La concepción materialista de la historia], de 1927, reforzando la que ya se ha convertido en línea mayoritaria. Las crisis derivan de las “desproporciones", y las desproporciones de la “anarquía" del capitalismo. Sin embargo, a medida que en el capitalismo avanzan la concentración, la cartelización y sobre todo la capacidad de intervención de la gran banca, los desequilibrios del sistema se atenúan y reducen. Al respecto, resulta significativo el informe *Die Aufgaben der Sozialdemokratie in der Republik* [Las tareas de la socialdemocracia en la República], presentado por Hilferding al congreso del partido celebrado en 1927 en Riel. La cartelización eliminó la estructura antagónica del capitalismo. El antagonismo sólo sobrevive en el campo de la distribución. Al socialismo sólo le queda dar un paso atrás. Se trata de “transformar, mediante la ayuda del estado y de la regulación social consciente, la economía dirigida y organizada por los capitalistas en una economía dirigida por el estado democrático". A esta posición ampliamente mayoritaria sólo se le oponen en el frente teórico algunos discípulos de Rosa Luxemburg como Fritz Sternberg (*Der Imperialismus*, Berlín, 1926), cuya teoría del derrumbe repite la línea del discurso desarrollado en *La acumulación del capital*.

En cuanto que propugnador de la “teoría del derrumbe”, Grossmann enfrenta la línea oficial del partido de manera tan radical como Sternberg, pero partiendo de premisas diametralmente

opuestas. Para hacer valer la perspectiva del "derrumbe", Luxemburg había debido atacar los esquemas de la "reproducción ampliada" de Marx, sosteniendo la imposibilidad de la acumulación en condiciones de capitalismo “puro”: por consiguiente, todo lo opuesto a la teoría de Tugán. Grossmann, al contrario, intenta demostrar que la tendencia del capitalismo al “derrumbe” subsiste incluso en caso de que se suponga una proporcionalidad del desarrollo de los sectores I y II de los esquemas de reproducción y, por lo tanto, incluso en el caso de que se admita la realizabilidad de todo el plusvalor producido. Con otras palabras, Grossmann procura combatir las tesis de Tugán y todas las consecuencias "armonísticas” resultantes, aceptando como buenas las mismas premisas. A tal fin, adopta los esquemas de reproducción elaborados por Otto Bauer contra Luxemburg (y con los cuales Bauer pensaba demostrar la posibilidad de un desarrollo proporcionado en el capitalismo), limitándose a calcular sus efectos a lo largo de un arco temporal más amplio que el que considera el mismo Bauer. El resultado que surge de esta prolongación del cálculo es que con el progresivo aumento de la composición orgánica del capital la tasa de ganancia disminuye tanto como a partir de cierto punto disminuye la misma masa del plusvalor y de la ganancia, que ya no resulta suficiente para asegurar la valorización del capital. Bauer había desarrollado el esquema para solamente cuatro años; Grossmann continúa desarrollándolo hasta que el período de tiempo llega a los treinta y cinco años. En el vigesimoprimer año, el monto del plusvalor dejado al consumo de los capitalistas comienza a disminuir, y el trigésimo año ya no existe. A partir de este momento, los capitalistas no sólo corren el riesgo de morirse de hambre sino que ni siquiera al precio de enormes sacrificios logran ya mantener la tasa de acumulación prevista en el mismo esquema.

432

Como demostró Natalie Moszkowska en el capítulo iv de su libro ya citado, *Zur Kritik modemer Krisentheorien* [*Contribución a la crítica de las teorías de la crisis modernas*, Cuadernos de Pasado y Presente, núm. 50, México, 1978], en el caso de Grossmann se trata sustancialmente, si bien con algunas variantes, de una teoría de la caída tendencial de la tasa de ganancia. El aumento de la composición orgánica del capital tiene como efecto que en cierto punto del desarrollo la masa del plusvalor (y, por lo tanto, la masa absoluta de la ganancia) ya no sea suficiente para la valorización del capital. La variante fundamental con respecto al discurso desarrollado por Marx en la sección sobre la “caída tendencial de la tasa de ganancia” es que, mientras en Marx la caída de la tasa de ganancia va acompañada

del aumento de la masa del plusvalor y, por consiguiente, de la ganancia misma, en el caso de Grossmann las magnitudes que caen son tanto el plusvalor como la ganancia, al punto que —tal cual lo destacó Moszkowska en *Zur Dynamik des Spdtkapitalismus* [Contribución sobre la dinámica del capitalismo maduro]— aquí se tiene una cabal y auténtica teoría del derrumbe de los capitalistas.

No es oportuno detenerse a discutir en este lugar el carácter arbitrario de los factores considerados en los esquemas de Bauer y de Grossmann. En su *Teoría del desarrollo capitalista* (cit., pp. 231-236), Sweezy demostró todo esto con gran claridad ("la tasa de crecimiento de la población se fija entonces en una cifra muy alta, a saber, a una tasa compuesta de 5% al año. En casi cualesquiera circunstancias, la suposición de que el capital constante crece con el doble de rapidez que el capital variable parece en extremo irreal. Pero es nada menos que fantástica cuando se une a la suposición de que la fuerza de trabajo crece a la enorme tasa del 5% anual, pues un rápido aumento en el volumen de la fuerza de trabajo es precisamente el factor que más vigorosamente opera a fin de mantener baja la proporción del capital constante con respecto al capital variable”). Aquí sólo bastará —con el acompañamiento de las consideraciones avanzadas por Wolf Rosenbaum en su introducción a la reimpresión de *Das Akkumulations— un Zusammenbruchsgesetz des kapitalistischen Systems,* publicada en Francfort en 1967— que "en su rechazo casi monomaniaco a deducir el derrumbe del capitalismo exclusivamente de la tendencia a la caída de la tasa de ganancia (y si de la insuficiencia de la masa de la ganancia), Grossmann omite investigar analíticamente tanto los efectos de las demás causas [...], como las tendencias que contrarrestan la caída de la tasa de ganancia”. Lo cual significa, en particular, que mientras el aumento de la composición orgánica y el aumento de la tasa de plusvalor (por intermedio del aumento de la productividad del trabajo) son en realidad las facetas contrapuestas de uno y el mismo proceso, Grossmann tiende a aislar el primero del otro aspecto (en la línea de algunos de los elementos quizás menos felices del discurso de Marx), al tratar el aumento de la composición orgánica sobre la base de la hipótesis de que la tasa de plusvalor permanezca constante.

433

A pesar de estos graves defectos, la obra de Grossmann presenta aún hoy el más alto interés, no sólo en cuanto última tentativa —no carente de elementos de grandeza— de reconstruir el pensamiento de Marx en función de la "teoría del derrumbe", sino también, aparte de la extraordinaria riqueza de elementos de historia del pensamiento

económico con que el libro aparece entrecruzado, por la crítica frecuentemente harto eficaz que desarrolla el autor en torno a algunas de las lineas tendenciales del "revisionismo” marxista.

Al presentar a los lectores las páginas finales de la obra, en las que el autor resume el sentido de su investigación, resulta un deber advertir que Grossmann respondió a algunas de las principales críticas dirigidas a su libro, y que aquí fueron parcialmente mencionadas, con una larga carta de junio de 1931, destinada a Paul Matick, carta que junto con otras ha visto recientemente la luz en apéndice a un ágil y agudo libro póstumo del mismo *Grossmann titulado Marx, die klassische Nationalokonomie und das Problem der Dynamik* [Marx, la economía política clásica y el problema de la dinámica] (Francfort, 1969).

[LA LEY DE LA ACUMULACIÓN Y DEL DERRUMBE DEL SISTEMA CAPITALISTA (CONSIDERACIONES FINALES)]

I. LA TENDENCIA AL DERRUMBE Y LA LUCHA DE CLASES

La teoría marxista del salario. Los factores que intervienen en la conformación del salario. Las tendencias históricas de la evolución del nivel de salarios. La lucha de clases y el objetivo final.

Nada provoca mayor desconsuelo e insatisfacción que el estado actual de las concepciones y la crítica en el ámbito de la teoría marxista del salario, tanto si nos referimos a la economía burguesa como a la propia literatura marxista.

A pesar de que la teoría del salario no parece constituir, ni mucho menos, el punto fuerte de la economía burguesa,[1] observamos que entre sus filas existe un desmedido desprecio respecto de la teoría marxista del salario. Desprecio que, por cierto, en la mayoría de los casos se halla en relación inversa al conocimiento que los mencionados críticos poseen de Marx. Y cuando de "superar críticamente" la formulación marxista se trata, resulta extremadamente difícil imaginar alguna nueva adulteración que no haya sido expuesta con anterioridad. Así, la lumbrera de la ciencia europea, el profesor Gustav Cassel, sostiene que el socialismo no se halla empañado en *explicar* los hechos (el nivel de salarios) sino que, más bien, los condena por motivos morales, limitándose a presentar con respecto al nivel de salarios meros *postulados*. La "realización del derecho al producto íntegro del trabajo [!]",[2] sería pues, el aspecto

[1] Según el juicio condenatorio de Schumpeter sobre el estado actual de la teoría burguesa del salario, "ese ámbito pertenece a esos puntos muertos de las ciencias sociales en los que toda posibilidad de progreso parece hallarse atascada... Y casi todo autor lo señala para luego traer a colación esencialmente lo mismo, una vez más; si es que no prefiere pasar por alto completamente la teoría y orientarse hacia discusiones político-sociales". (Joseph Schumpeter, *Das Wesen und der Hauptinhalt der theoret. Nationalokonomie*, Leipzig, 1908, p. 330.)

[2] Gustav Cassel, Theoretische Sozialókonomie, 3ª edic., 1923, pp. 232-233. Aproximadamente lo mismo en Schmoller, *Geschichte der Lohntheorien,* 1914, p. 11; y, *Die Soziale Frage*; Adolph Weber, *Der Kampf zwischen Kapital und Arbeit*, Tubinga, 1821, p. 374. En la exposición de Otto Spann (*Die Haupttheorischen d. l'olkswirtschaftslehre*, 3ª edic., 1918, p. 120, 15ª edic. 1923, p. 133, según la teoría de Marx, debido al ejército de reserva, "en el trascurso del desarrollo económico se produce una miseria creciente, cada vez más aguda, de las masas. A la acumulación de capital le corresponde la acumulación de miseria)". Yves-Guyot también asegura que el socialismo defiende "*la loi d'airain des salaires, inventée par Lassalle et conservée par les marxistes, en dépit de l'evidence des fait*". La

esencial del programa de los socialistas. “El socialismo condena por inmoral todo el sistema de salarios actual, puesto que trata al obrero como una mercancía... En oposición a esta regulación del salario por el mercado, el socialismo exige [1] para los obreros un ingreso que se halla determinado por fundamentos éticos objetivos... Los principios según los cuales se determina el ingreso de los obreros son, en general, poco precisos y estables. .. Por otra parte, las concepciones básicas de los socialistas son atacadas en su punto más débil por cualqueir alusión en el sentido de que habría que conceder cierta importancia a la influencia que ejerce la oferta y la demanda de algún tipo de trabajo en especial, sobre la fijación de los salarios.”[3]

435

Pero la teoría del salario de Marx también suele ser presentada como una teoría que se monta sobre los fundamentos brindados por la ley del salario de los clásicos y las consecuencias de ésta, es decir la teoría de la miseria creciente, que, como es sabido, a la vez que admite el deterioro de la situación de la clase obrera, excluye la posibilidad de una elevación del nivel de los salarios. Supuestamente ello obedecería a que, como afirma Wolf, la teoría del salario de Marx establece que “el obrero no obtiene más que lo absolutamente indispensable para el sostén de su vida corporal... Y puesto que todo obrero se halla ante el peligro de morirse de hambre... siempre estará dispuesto a aceptar trabajo por un salario miserable, o sea por un salario que lo proteja ajustadamente de morirse de hambre. Ésta es *la ley de bronce de los salarios* que, si bien fuera deducida a su manera por Marx, en lo que respecta a *los resultados obtenidos no difiere sustancialmente de las formulaciones anteriores*.”[4] Por la misma época, Schulze-Gaevernitz afirmaba que para el socialismo radicalizado constituye una verdad insoslayable "la proposición que sostiene que al obrero le está vedada toda posibilidad de ascenso pues se halla *aherrojado irremediablemente por el mínimo exigido por la subsistencia*”.[5] En efecto, el socialismo radicalizado se apoya siempre de acuerdo con Schulze-Gaevernitz — en la concepción según la cual, “el desarrollo económico moderno condena al obrero a permanecer sujeto a un mínimo indispensable para la superviviencia y, mientras perdure esta base económica, debe descartarse toda posibilidad de *mejora progresiva de la situación*; un ascenso de

ley de bronce de los salarios inventada por Lassalle y mantenida por los marxistas. a despecho de la evidencia de los hechos. En *Journal des Economistas*, 15, iv, 1927, p. 12.

[3] Cassel, *op. cit*., p. 278.

[4] Julius Wolf, *Sozialismus und kapitalislische Gessellschaftsordung,* Stuttgart, 1892, pp. 125, 131

[5] G. Schulze-Gaevernitz, *Der Grossbetrieb*, Leipzig, 1892, p. 13.

salarios resulta particularmente improbable”.[6] Schulze-Gaevernitz se empeña en demostrar la carencia de fundamentos de la doctrina sustentada por un cierto pesimismo social según el cual, “el desarrollo económico moderno conduce al derrumbe o a una disyuntiva de naturaleza tal que sólo puede ser resuelta a plomo y fuego”.[7]

436

Como ya señaláramos con anterioridad, este modo de interpretar el pensamiento de Marx también se halla representado por otros teóricos, tal como el caso de Simkovitch; Sombart (*Der proletarische Sozialismus*, Jena, 1924, t. I, p. 395); Masaryk; Oppenheimer. Y puesto que la teoría marxista del salario resulta incompatible —siempre de acuerdo con esta interpretación— con los acontecimientos que revelan la existencia de una mejoría efectiva de la situación de la clase obrera europea desde mediados del siglo XIX, terminan declarándola falsa.

Karl Diehl constituye una excepción, pero sólo en apariencia. Si bien reconoce que para la teoría marxista los salarios pueden elevarse, sostiene no obstante que este incremento se reduce, según dicha teoría, a una desviación del precio de la fuerza de trabajo de su valor, siendo provocado este desplazamiento por una situación particular del mercado (*Über das Verhältnis von Wert und Preis im ökonomischen System von Karl Marx*, Jena, 1898, p. 36). Este centro de gravitación establecido por el valor hacia el cual tienden los precios en sus oscilaciones está dado para Diehl, por el “mínimo físico” (*op. cit*., p. 35). De modo que si Marx “pudo poner distancia entre su teoría del valor de la fuerza de trabajo y la ley de bronce”, ello sólo es así —siempre según Diehl— porque contempla los aumentos transitorios de los precios. Con el tiempo, el valor correspondiente al mínimo indispensable establecido por la subsistencia se impuso en el sistema marxista, y toda mejora de la situación de los obreros queda excluida del mismo.

Pero inclusive dentro del propio campo de la literatura marxista, las apreciaciones que existen acerca del contenido y los alcances de la ley del salario de Marx pertenecen a los capítulos más lamentables de sus epígonos. El compacto y gallardo edificio del sistema conceptual marxiano se halla convertido, para decirlo en términos de Rosa Luxemburg, en un montón de escombros; tumba común de fragmentos de todos los sistemas teóricos y de astillas del pensamiento tanto de las cabezas más notables como de las más

[6] Ibid., p. 16.
[7] Ibid., p. 23.

insignificantes. Esto es válido con respecto a todos los expositores marxistas de la ley del salario: tanto para Kautsky como para Bernstein, lo mismo para Hilferding que para Eckstein, Boudin o Charasoff e inclusive, ni la propia Rosa Luxemburg puede ser exceptuada.

437

Nos conduciría demasiado lejos si intentáramos desarrollar aquí una crítica exhaustiva de todas estas concepciones. Basta con algunos ejemplos para poder apreciar y caracterizar el nivel de la actual teoría del salario dentro de la esfera de la literatura marxista.

Así, Conrad Schmidt asegura en su disertación *Der natürliche Lohn* (Jena, 1886) que Marx fijó su posición respecto del salario a través del desarrollo del plusvalor, "condanando la injusta explotación de la fuerza de trabajo, de donde se desprende necesariamente que el *salario natural del obrero* debería ser, siempre según Marx, equivalente al producto íntegro de su trabajo. La originalidad de esta teoría del salario radica, pues, en que niega absolutamente toda justificación [I] a la ganancia capitalista" (*op. cit*., p. 43).

Aún más sorprendentes son las explicaciones de Bernstein. Desde un principio rechaza toda posibilidad de que exista una teoría del salario. "La masa de los artículos de consumo producidos anualmente se incrementa en forma constante; *no existe ninguna ley económica natural* que establezca la proporción que habrá de ser asignada a las capas productoras y las que prestan servicios, y cuánto percibirá la propiedad en calidad de tributo. La *distribución* de la riqueza social fue en todos los tiempos *una cuestión resuelta por medio de la fuerza y la organización*... El problema del salario constituye un asunto de carácter sociológico, que jamás podrá ser explicado desde un punto de vista puramente académico."[8]

Por otra parte ya vimos que para Kautsky, en oposición a los que conciben la teoría del salario marxista como una teoría de la miseria creciente, el aspecto más característico de ésta reside en el reconocimiento de las *tendencias alcistas* del salario. Sólo en las "regiones de frontera" de la industria capitalista, tanto en sentido económico como geográfico, es decir en las regiones *recientemente* incorporadas al dominio capitalista, crece la *miseria física*. Nada de esto sucede, en cambio, en las ramas de producción y en los países donde la producción capitalista se halla muy desarrollada. Pues con el desarrollo de las fuerzas productivas, también "crece la masa de los productos que corresponden a los obreros", aun cuando la

[8] Eduard Bernstein, *Theorie und Geschichte des Sozialismus*, 4ª edic., p. 128.

participación de éstos en el producto social disminuya. De allí que sólo pueda hablarse del crecimiento de la "miseria social”.[9] Ahora bien, con estas afirmaciones Kautsky se limita simplemente a exponer el hecho de la *elevación* del salario real. ¿Pero cómo se conciba este hecho con la teoría marxista del valor y del salario, y en qué medida un hecho de tal naturaleza puede ser deducido de la teoría marxista del salario? Perderíamos por completo nuestro tiempo si buscáramos en Kautsky alguna reflexión teórica acerca de esta cuestión. Kautsky se limita a destacar que en los países capitalistas altamente desarrollados, “crece la resistencia a la miseria física debido al *fortalecimiento del proletariado* que, paulatinamente, va imponiendo su predominio sobre las tendencias que empujan a deprimir el salario”.[10]

438

En el fondo, toda esta exposición es una tergiversación de la teoría marxista del salario. Pues según la misma el valor de la fuerza de trabajo no desempeña absolutamente ningún papel en la configuración del nivel de los salarios. En realidad, en la base de esta exposición se encuentra la creencia de que el nivel de los salarios se halla determinado exclusivamente por la fortaleza de los elementos que intervienen en la competencia, por el poderío que están en condiciones de desplegar en la configuración de la oferta y la demanda.

Hasta tanto las organizaciones de la clase obrera no están desarrolladas, se impone la tendencia a la miseria creciente. Luego, y como consecuencia del fortalecimiento del proletariado, se impone la supremacía de la tendencia de los salarios a elevarse. Ya hemos señalado que estas explicaciones son contradictorias con la evolución real de los salarios; inclusive el propio Kautsky se vio obligado a reconocer que en todos los países capitalistas, antes de la güera, estas “*tendencias alcistas*" se paralizaron a pesar del creciente poderío del proletariado y de sus organizaciones. Y más aún, en cierto modo se produjo en deterioro de la situación de la clase obrera, que también se manifestó en el terreno de la protección del trabajo y en la paralización total de las reformas sociales. Kautsky observó los hechos desnudos, tal como éstos efectivamente sucedieron. No obstante, permaneció desconcertado frente a los mismos, imposibilitado de incorporarlos a la teoría marxista del salario y de demostrar cuál es la causa última que rige las transformaciones sufridas por los salarios.

---

[9] Karl Kautsky, *Bernstein und das sozialdemokratische Program*, Stuttgart, 1899, p. 128.
[10] Ibid., p. 127.

Más confusa aún es la exposición de la teoría marxista del salario efectuada por Rosa Luxemburg. Nos enfrentamos allí con las mutilaciones más increíbles y alevosas de los elementos básicos de la teoría marxista del salario. No se le otorga ninguna importancia a la ley del valor elaborada por Marx y a las conclusiones sobre los costos de reproducción de la fuerza de trabajo que de ella se deducen, pues ni siquiera se la menciona.[11]

El nivel de los salarios no está determinado por la ley del valor, por el valor de la fuerza de trabajo, es decir por una magnitud, fija, sino que depende de la "relación entre la oferta y la demanda, o sea de las fuerzas de trabajo disponibles con respecto a la magnitud del capital dispuesto a producir" (*op. cit*., p. 67). En consecuencia, se trata de una magnitud *elástica*, flexible;[12] con la cual el límite inferior del nivel de los salarios representa el mínimo fisiológicamente indispensable para subsistir, y el límite superior fija una "tasa de ganancia determinada", por lo tanto esta tasa de ganancia "precede a la ocupación de los obreros como algo *dado* [!]".

439

¡Cuantas más palabras, tanto más profundos y variados los errores! ¡De modo que Marx hace depender la magnitud del valor de la mercancía fuerza de trabajo de la oferta y la demanda! Como si Marx no hubiera combatido y ridiculizado semejante punto de vista mil y una veces.[13] Según Rosa Luxemburg el salario constituye una magnitud elástica y flexible, mientras que para Marx el valor de la fuerza de trabajo varía de acuerdo "con el nivel cultural de un país", pero "aún así, en un país y en un período determinado, está dado el monto medio de los medios de subsistencia necesarios",[14] de donde resulta que representa una magnitud fija y no elástica. ¡Una determinada tasa de ganancia debería "preceder como algo dado" al acto de la determinación del nivel de salarios! ¿Pero por qué está determinado entonces el nivel de la tasa de ganancia? ¿No es precisamente por esta razón que Marx acusa a Adam Smith de "presuponer como algo dado" una determinada tasa de ganancia y de tal modo supeditarse "al espíritu del agente de la producción

[11] Rosa Luxemburg, *Sozialreform oder Revolution?,* 2ª edic., Leipzig, 1908.

[12] "El concepto de medios de vida necesarios es muy variable y flexible", Rosa Luxemburg, *Einführung in die Nationalökonomie*, Berlín, 1925, p. 257 [*Introducción a la economía política*. Cuadernos de Pasado y Presente, núm. 35, México, 1975, p. 215].

[13] Karl Marx, *Das Kapital*, III/2, p. 400 [III/8, p. 1097]. Esto, por cierto, no le impide a Oppenheimer afirmar, aún en la última versión de su "teoría", que "también ... Marx admite que el salario se determina exclusivamente por la relación entre la oferta y la demanda en el mercado de capital y respectivamente en el trabajo" (*Theorie der reinen und politischen ókonomie,* 5ª edic., Jena, 1924, p. 1084].

[14] Marx, Das Kapital, I, p. 148 [I/1, p. 208].

capitalista exponiendo las cosas del modo en que a éste se le representan"?[15] ¿Es que Marx quizás no ha enseñado que al acto de la determinación de la magnitud de cada una de las categorías del rédito (salario, ganancia, renta de la tierra) en las que se escinde una determinada masa de valor "en esa limitación de aquéllas, el salario forma la base",[16] el "prius"; y que "el salario es lo determinante"; que la ganancia comprende el importe remanente, "luego de que la clase obrera obtuvo la parte que le corresponde de su propia producción anual"?[17]

440

En lo esencial, la teoría del salario de Marx sufre un trato similar en la obra póstuma de Rosa Luxemburg.[18] Si bien introduce la noción del "valor de la fuerza de trabajo", no le asigna sin embargo ninguna función en el interior del mecanismo capitalista de formación del salario. "Dada la flexibilidad del concepto [I] de «medios de vida necesarios», se desarrolla entre capital y trabajo, en torno a la magnitud del salario, una lucha semejante a la que se suscita a propósito de la duración de la jornada de trabajo" (*op. cit*., p. 258 [p. 215]). De acuerdo con esto, en la formación de los salarios existen dos tendencias determinadas: la tendencia de los capitalistas a "reducir los medios de vida al mínimo fisiológico, animal por así decirlo, o sea a pagar la fuerza de trabajo siempre por debajo de su valor". Esta tendencia se impone en la primera época del capitalismo. A partir de que los obreros se manifiestan "como clase social, es decir como conjunto, como organización" (*op. cit*., p. 259 [p. 216]), frente a la tendencia citada se contrapone la tendencia de los obreros a asegurarse los medios de vida a que están habituados. "Sólo con el surgimiento de los sindicatos y del partido obrero comienza [el obrero] a conseguir la venta de su fuerza de trabajo por su valor, o sea a imponer su nivel de vida como condición social y cultural necesaria" (*op. cit*., p. 259 [p. 216]). Y puesto que la acción sindical descansa sobre los adelantos intelectuales, políticos y culturales, resulta que en virtud de los mismos [i] se elevan las exigencias económicas de los obreros; |de tal modo se acrecienta el valor de la fuerza de trabajo y, en consecuencia, el salario real se ve incrementado!

De modo que, para Rosa Luxemburg la formación de los salarios depende exclusivamente del poderío y del grado de organización de las dos clases que compiten entre sí, con lo cual la tendencia a la

[15] Karl Marx, *Theorien über den Mehrwert* [= *Mehrwerttheorien*], II, 1, p. 75.
[16] Marx, Das Kapital, III/2, pp. 394, 395 [III/8, p. 1090].
[17] Marx, *Mehrwerttheorien*, II, 1, p. 139.
[18] Luxemburg, *Einführung in die Nationalökonomie*, cit.

miseria creciente pertenece al pasado, mientras que en la *actualidad* y, en perspectiva, en el futuro, el salario sigue una tendencia *ascendente* como consecuencia del surgimiento, gracias a los sindicatos, de nuevas necesidades. Ante esto, estamos tentados de preguntarnos con asombro: ¿dónde hay aquí el más mínimo rastro de la teoría marxiana del salario? Frente a esta visión tan optimista y halagüeña, que no se preocupa en absoluto por la coincidencia de la tesis con la realidad, el mismo Kautsky se nos aparece como un gigante que, al menos, cayó en la cuenta de que los acontecimientos reales se contraponían a una visión optimista semejante.

441

Bujarin tampoco pudo resolver las dificultades que se desprenden de la teoría marxiana del salario. Al igual que Kautsky y Rosa Luxemburg, también él advierte que en el interior de la teoría marxiana del salario hay dos tendencias contrapuestas que la constituyen: la tendencia a la pauperización y la tendencia al aumento de los salarios reales. ¿Cuál es la relación recíproca existente entre ambas tendencias? Kautsky y Rosa Luxemburg desplazan hacia el pasado la tendencia a la pauperización, mientras que afirman que en la actualidad sólo rige la tendencia ascendente. También Bujarin admite que la situación de la clase obrera europea y norteamericana ha mejorado. A pesar de lo cual se aferra a la teoría de la pauperización, con la diferencia de que, en oposición a Kautsky y a Rosa Luxemburg, no la desplaza en el tiempo sino en el espacio. Los obreros europeos y norteamericanos sólo forman *una parte* del proletariado mundial. "Sin embargo, en la teoría marxista Marx analiza una sociedad capitalista abstracta, sosteniendo que las leyes inmanentes del desarrollo capitalista conducen a un creciente empeoramiento de la situación de la clase obrera... Marx se ocupó de la sociedad capitalista como un todo." Bujarin sostiene que la formulación de Marx acerca de la miseria creciente, y no sólo en términos relativos como afirma Kautsky, sino en términos absolutos, resulta acertada para la sociedad capitalista vista como un todo. Puesto que el mejoramiento de la situación de los obreros, de la que habla Kautsky, es válida sólo si se "entiende por clase obrera exclusivamente a la clase obrera continental". "La situación de estas capas del proletariado ha continuado mejorando; pero el marxismo kautskiano pasó por alto la circunstancia de que tal mejoramiento... de la situación de la clase obrera continental fue adquirido *a costa del sometimiento y del saqueo de los pueblos coloniales*." Si en nuestro examen fijáramos la atención "no sólo en el ámbito norteamericano y europeo, sino en la economía mundial en su totalidad, entonces

obtendremos un cuadro teórico completamente diferente al bosquejado por Kautsky”.[19]

Se puede admitir que el mejoramiento de la situación de la clase obrera obedezca en parte a la explotación imperialista de los países colonizados por el capitalismo. Y sin embargo la interpretación de Bujarin de la teoría marxiana del salario es errónea, en la medida en que esta última es vista exclusivamente como una teoría de la pauperización, descartándose así la posibilidad de un mejoramiento de la situación de toda la clase obrera, a partir de la ley del salario de Marx. Las versiones de Kautsky y de Rosa Luxemburg son igualmente erróneas en la medida que deducen todo mejoramiento de la situación de la clase obrera de la competencia, de una configuración más favorable del mercado de trabajo, como consecuencia de la influencia de la organización sindical, y por tanto del incremento del precio de la fuerza de trabajo.

442

Para los fines de nuestro análisis, en cambio, los aumentos de *precio* de la fuerza de trabajo —vale decir, aquellos aumentos determinados por una situación particularmente favorable de la oferta con relación a la demanda o, como dice Kautsky, determinados por el “creciente *poder*" del proletariado—, no son tomados en consideración por la sencilla razón de que, como es sabido, el análisis marxiano se desarrolla partiendo del supuesto de que no hay competencia y la mercancía fuerza de trabajo se vende por su valor. En consecuencia, y de acuerdo con estos supuestos, desde un comienzo se excluyen del campo de análisis tanto los esfuerzos de los empresarios por abatir los precios de la fuerza de trabajo por debajo de su valor,[20] como las acciones de los sindicatos por la conquista de salarios más elevados. Y éste también es el motivo por el cual las luchas sindicales prácticamente no son mencionadas en la investigación teórica de la configuración del salario en *El capital* de Marx.

Una vez establecido el supuesto precedente, el salario puede descender, pero no "porque el salario descienda por debajo del valor de la fuerza de trabajo, sino sólo cuando este valor mismo desciende’’.[21] Y, a la inversa, el salario puede crecer no porque suba

[19] *Protokoll der vierten Kongresses der kommunistischen Internationale* (1922), Hamburgo, 1923, p. 406.

[20] "A pesar del importante papel que desempeña este procedimiento en el movimiento real del salario, impide su consideración aquí el supuesto de que las mercancías, y por tanto también la fuerza de trabajo, se compran y se venden a su valor pleno." Karl Marx, *Das Kapital*, I, p. 311 [I/2, p. 381].

[21] *Loc. cit.*

por encima del valor de la fuerza de trabajo, sino porque *este valor mismo se eleva*. El verdadero problema radica, pues, en explicar por una parte, *la tendencia creciente del nivel de los salarios* —en base a los supuestos establecidos y no en oposición a ellos— a partir de la ley del valor marxiana. Y, por la otra parte, demostrar al mismo tiempo —sin que surjan contradicciones lógicas— la posibilidad de existencia de la teoría marxiana de la pauperización, según la cual “en la medida en que se acumula capital, la situación de los obreros ... necesariamente deberá empeorar". ¡*Hic Rhodus, hic salta*!

Todas las desfiguraciones de la teoría marxiana del salario vistas hasta aquí, tanto *extra* como *intra muros*, encuentran su origen una y otra vez en la incomprensión del método utilizado por Marx en su investigación. A causa de este método resultó que Marx no pudo brindar en ninguna parte una exposición global de su teoría del salario. En cambio, en diversas partes de su obra hace un recuento de los *factores aislados* que determinan el nivel de los salarios. Así, en el capítulo cuarto, sección tercera del tomo I, nos encontramos con la definición del valor de la fuerza de trabajo y su disolución en "los costos de reproducción de la fuerza de trabajo”. Pero inclusive aquí el análisis se desarrolla bajo el supuesto ficticio y simplificador de considerar como una constante a dichas magnitudes,[22] cosa que, por cierto, aparece posible únicamente si la magnitud de la jornada de trabajo es fija, tanto desde un punto de vista extensivo como intensivo. Pero el valor de la fuerza de trabajo no es constante, sino que varía de acuerdo con el rendimiento del trabajo. De allí que Marx efectúe un recuento de aquellos factores que repercuten sobre la magnitud de la erogación de trabajo y, por tanto, sobre el valor de la fuerza de trabajo. Ellos son: *a*) el incremento de la fuerza productiva del trabajo, gracias al cual tanto la fuerza de trabajo como el valor disminuye de precio (K. I, 317); *b*) Los mayores o menores costos de aprendizaje, que conducen al encarecimiento del trabajo calificado con respecto al trabajo no calificado (K. I, 352); *c*) La introducción de máquinas, cuyo efecto es manifiestamente contrario a lo anterior, pues desvaloriza el trabajo calificado (K. I, capítulo 13, apartado 3, 401); *d*) Entre los restantes factores que intervienen en la determinación de los costos de reproducción de la fuerza de trabajo, se agrega el de la intensidad del trabajo (K. I, cap. 13, apartado 3, parágrafo c, p. 418 y cap. 15); *e*) Finalmente, incluye también la acumulación de capital (K. I, cap. 23).

443

[22] "Como hasta aquí, suponemos en este capítulo que el valor de la fuerza de trabajo ..., es una *magnitud dada, constante*" (Rail Marx, K. I, p. 298 [p. 367].

¿De qué modo se configura, pues, el nivel de los salarios de acuerdo con la influencia ejercida por estos factores?

Nada es más falso que la afirmación de que la teoría del salario de Marx lo reduce al mínimo necesario para la existencia precisamente en el sentido de la teoría clásica de bronce del salario, y admite por tanto un empeoramiento de la situación de la clase obrera mientras que excluye, en cambio, la posibilidad de su mejoramiento. Resulta inadmisible que se identifique el concepto marxiano de los costos de reproducción de la fuerza de trabajo con el mínimo físicamente necesario para la existencia. Para Marx, aquéllos no están sujetos a ningún nivel de vida determinado. El nivel de vida elevado del obrero inglés representa exclusivamente los costos de reproducción *necesarios* para éstos, así como el bajo salario representa el de los culíes chinos.

Ya indicamos que el supuesto de la existencia de costos de reproducción *constante* tiene un carácter ficticio. Tal ficción sólo pudo establecerse a partir de una ulterior hipótesis ficticia, cual es la de que la duración de la jornada de trabajo, y finalmente la intensidad del trabajo tuviesen a su vez una magnitud constante. Bajo estas circunstancias, si el rendimiento del trabajo permanece constante, la masa de los medios de vida necesarios para la reproducción del mismo también permanece constante.

444

En realidad, estos factores varían. A consecuencia de la creciente *productividad* del trabajo, el salario habrá de descender en términos de *valor*. Pero si tomamos en consideración el *salario real*, observaremos en cambio una dinámica distinta del nivel de los salarios. Los costos de reproducción no son constantes y Marx ilustra cómo los costos de reproducción de la fuerza de trabajo deben necesariamente aumentar, según que la jomada de trabajo crezca *en extensión*, en duración (*El capital*, I, cap. 13, 3b), o en *intensidad*. Precisamente por esto Marx opuso contra Ricardo la objeción de que no tomaba en cuenta la *intensidad creciente* del trabajo tal como es su comportamiento real, y de que lleva a cabo su investigación “sólo partiendo del supuesto de que la jornada laboral es, en *intensidad* y extensión una magnitud *constante*”.[23]

Marx, por el contrario, muestra cómo el fenómeno de la intensificación del trabajo se transforma en un factor de "importancia decisiva”.[24] Y junto con ella, pone de manifiesto cómo la *constante*

[23] Marx, K. III/1, p. 222 [III/6, p. 309].
[24] *Ibid*., p. 417 [498].

intensificación del trabajo determinada por el propio proceso de producción capitalista, provoca necesariamente —aun haciendo abstracción de los factores que intervienen en la competencia tales como la oferta y la demanda, las luchas sindicales, etc.—, un incremento de los costos de reproducción v, por tanto, del salario real. En el capítulo 20 del primer tomo referido a las diferencias nacionales de los salarios, se dice que si bien “en todos los países prevalece cierta *intensidad* media del trabajo... [la misma] puede ser considerada como trabajo de calidad normal”.[25] Por otra parte, la intensidad media también varía de acuerdo con el nivel de desarrollo capitalista alcanzado por un país. "La intensidad media del trabajo varía de país a país.”[26]

Cuanto más desarrollado en sentido capitalista se halle un país, tanto *mayor* es su intensidad media y, por consiguiente, también lo son los costos de reproducción del trabajo. “Es de todo punto evidente que con el progreso de la maquinaria y al acumularse la experiencia de una clase especial de obreros mecánicos, aumenta de manera *natural* la velocidad y con ella la intensidad del trabajo.”[27]

En consecuencia, se produce una condensación, una concentración del gasto de trabajo en una unidad determinada de tiempo, De donde resulta que "*el crecimiento de los* salarios se convierte en *necesario* inclusive en el caso de una jornada de trabajo con límites fijos, simplemente para conservar el *valor normal* del trabajo. Con motivo de la concentración incrementada del trabajo, el obrero puede verse llevado a gastar tanta fuerza vital en una hora como antes en dos”.[28] Por cierto que el trabajo *simple* y el *intensivo* se refieren a dos magnitudes completamente diferentes, y que los costos de reproducción de ambos tipos de trabajo tampoco pueden considerarse idénticos. Si se trata de un trabajo más intensivo "este gasto acrecentado [de trabajo] trae consigo un ingreso también acrecentado” [de medios de vida].[29] Así sucede que con el desarrollo de la producción capitalista necesariamente tiene que crecer la

[25] *Ibid*., p. 573 [684].

[26] *Loc. cit.*

[27] Marx, *K*., I, p. 417 [pp. 498-499].

[28] Marx, *Lohn, Preis und Profit*, 4ª edic., p. 41 [*Salario, precio y ganancia*, en Obras escogidas, Moscú, Editorial Progreso, 1973, t. II, p. 69].

[29] Marx, *K*. I, 148 [p. 208]. "El precio de la fuerza de trabajo, de esta suerte y en el caso de una fuerza productiva del trabajo en ascenso, podría *disminuir* de manera constante, dándose al mismo tiempo un *incremento continuo de la masa de medios de subsistencia consumidos por el obrero*" (Marx, K. I, p. 534 [p. 635]). "Es posible que... el salario aumente en términos de valores de uso en el caso de una productividad creciente y que no obstante lo cual, disminuya según su valor" (*Mehrwerttheorien*, II/1, p. 141).

intensidad del trabajo, y con ello, también crece el nivel de los salarios reales. “Cuanto más productivo sea un país en relación con otro en el mercado mundial, *tanto mayores son los salarios vigentes en él,* comparado con los países restantes. El salario *real* y no sólo el nominal vigente en Inglaterra, es más elevado que en el continente. El obrero ... satisface más necesidades.”[30]

445

Marx ilustra lo anterior en otro pasaje mediante un ejemplo cuando afirma que “la jornada laboral inglesa de 10 horas equivale, en razón de su *mayor intensidad*, a una jornada laboral austríaca de 14 horas”.[31] De modo pues que la *tendencia creciente del salario real* se revela (siempre que consideremos el nivel medio dejando de lado las oscilaciones coyunturales) como un fenómeno que resulta naturalmente del mecanismo de la producción capitalista. Por lo demás, se toma superfluo traer a colación mayor cantidad de elementos para su explicación, en la medida en que puede ser deducida como una consecuencia de la ley marxiana del salario, inclusive si la mercancía fuerza de trabajo tiene que ser retribuida de acuerdo con su valor total y la demanda de trabajo sea constante.[32]

---

[30] Marx, *Mehrwerttheorien*, ll/l, p. 169.

[31] Marx, K. III/1, p. 196 [III/6, p. 274].

[32] El hecho de que el precio de la fuerza de trabajo crezca constantemente en períodos largos en correspondencia con las variaciones que sufre la *calificación* de esta fuerza de trabajo, fue observado no obstante por Bujarin. Sin embargo, la *explicación* que dio de estos hechos es falsa. (N. Bucharin, "Eine Ökonomie ohne Wert”, *Die Neue Zeit*, año 32 (1914), i B., p. 811.) Según Bujarin la causa última de los aumentos de salarios es el hábito de vivir con un nivel de vida más elevado; el impulso inicial de todo el proceso de la elevación del valor de la fuerza de trabajo estaría dado por las luchas salariales de los obreros. El salario incrementado, en virtud del cual de tanto en tanto el precio de la fuerza de trabajo está *por encima* de su valor, permite que los obreros vivan mejor. Si esta situación perdura un cierto tiempo, entonces el nuevo nivel de vida alcanzado se convierte en el nuevo nivel de vida al que la clase obrera se habitúa. De esta manera se elevan los costos de reproducción de la fuerza de trabajo y, junto con esto, también aumenta la capacidad de trabajo. "El proceso de la elevación absoluta de la situación de la clase obrera, estimulada por la lucha de clases, se ve acompañado por un desarrollo incesante de la capacidad de trabajo” (*op. cit*.). El nexo causal efectivo es exactamente al revés de como lo explica Bujarin. ¿Por qué motivo los factores de la competencia (las luchas salariales) habrían de actuar sólo en un sentido, en el sentido del aumento de los salarios? La argumentación de Bujarin puede ser invertida sin dificultades, y en tal caso resultaría de esto una continua disminución de los salarios. En el caso en que, por ejemplo, después de una batalla salarial perdida sobrevenga una reducción del salario que perdura por un período prolongado, de modo tal que el nivel de vida más bajo se transforma en un nuevo hábito de la clase obrera, etc. Como vemos, con los factores de la competencia tan sólo pueden demostrarse desviaciones transitorias de los *precios* con respecto a los valores. Pero ya hemos señalado que Marx excluye expresamente todos los incrementos de precios de su análisis, formulando el problema en el sentido de suponer que el salario puede aumentar en la medida en que la fuerza de trabajo es vendida por su valor. La intensificación del rendimiento del trabajo no es, como afirma Bujarin, la *consecuencia* de un nivel de vida superior. Por el contrario, se trata de un resultado del propio curso objetivo de la producción capitalista; es por tanto la causa de la cual parte el estímulo para las luchas salariales y para el mejoramiento del nivel de vida. Pues debido a la intensidad incrementada, el salario preexistente que correspondía al *valor* de la fuerza de trabajo desciende automáticamente por *debajo* de su valor. La fuerza de trabajo no puede ser reproducida totalmente. Esto es lo que

446

Ahora bien, ¿cómo se concilia con esta tendencia creciente del salario real, la otra formulación teórica marxiana que establece el deterioro creciente de la situación de la clase obrera? ¿Existe pues entre estas dos afirmaciones, que a primera vista parecen excluirse mutuamente, una contradicción, o es posible no obstante explicarlas juntas sin incurrir en ambigüedades ni absurdos? Ésta es la tarea a la que tenemos que dedicar ahora toda nuestra atención.

447

Con la exposición precedente no ha quedado agotada por cierto la *cuestión* de la teoría marxiana del salario en su *conjunto*. Pues en realidad, sólo hemos considerado la intensidad creciente y la fuerza productiva ascendente del trabajo sin tomar en consideración la constante influencia ejercida por la acumulación del capital, es decir el elemento que de hecho constituye el verdadero objeto de nuestra investigación. Si incluimos este factor en nuestro análisis, a partir de los resultados obtenidos en la investigación precedente sobre el proceso de reproducción, podemos establecer lo siguiente:

Si la acumulación del capital en sus niveles más bajos incorpora constantemente una *masa creciente* de fuerza de trabajo al proceso de producción, contribuyendo de tal modo a aumentar el nivel de salarios, así también a partir de un cierto nivel de la acumulación debe producirse por el contrario el *proceso de expulsión* de fuerza de trabajo y con esto, necesariamente, un descenso de los salarios. La tendencia creciente del salario real y la tendencia a la agudización de la miseria, lejos de contradecirse, más bien reflejan diferentes niveles de la acumulación del capital. A su vez, aquí está también la explicación del hecho al que hicimos mención anteriormente (véase p. 41), y la razón por la cual la exposición marxista de la teoría de la pauperización no se efectúa junto con el análisis de los restantes elementos que influyen en la configuración del salario, sino en cambio

---

desata las luchas salariales, y en caso de obtenerse el triunfo, el salario se eleva hasta ponerse a la altura del valor de la fuerza de trabajo. En el transcurso de este proceso resulta totalmente irrelevante si el nuevo salario "perdura por un tiempo más o menos largo" como para convertirse en un hábito. En épocas de fuerte racionalización, con el consiguiente incremento de la intensidad del trabajo, el salario que aún ayer representaba el valor de la fuerza de trabajo descenderá ahora por debajo de su valor. Debido a esto, la clase obrera se verá obligada a luchar insistentemente, una y otra vez, por nuevos aumentos de salarios, también en períodos breves de tiempo, sin esperar que cada pequeña mejora se transforme en hábito. Por eso decía Marx: "En todos aquellos casos que termino de presentar, y que configuran noventa y nueve de cada cien, vieron que la lucha por aumento de salarios irrumpe sólo *a consecuencia de cambios operados* con antelación [en el modo de producción], sólo como producto inevitable de modificaciones ocurridas con anterioridad... del aumento o de la *intensificación del trabajo arrancado a los obreros*...; en una palabra, reacciones del trabajo contra acciones emprendidas por el capital con *anterioridad*." (Karl Marx, *Lohn, Preis und Projit*, 4» edic., p. 42. [p. 71.].)

solamente en el capítulo referido a las *tendencias históricas* de la acumulación del capital.

Para examinar, sobre la base de un ejemplo concreto, la tendencia que sigue la evolución de los salarios aquí expuesta, echemos una mirada a los cuadros I y II del esquema de la reproducción (véase páginas 101 y 119 de la presente obra). Según el supuesto establecido por Bauer, el salario nominal en dinero permanece *constante* en el transcurso de la acumulación y representa 1 *v* por obrero, puesto que no hay desplazamientos de la demanda en relación con la oferta y todo el mecanismo se desenvuelve en una situación de equilibrio. El primer año de producción con una población fija, el salario asciende a 100.000 *v*; el año siguiente con un incremento del 5% de la población, la suma de los salarios también crece un 5%, 105.000 *v*, de modo tal que el salario nominal de cada obrero permanece invariable.

En realidad, en la medida en que se toma en consideración la capacidad adquisitiva del dinero, el salario no puede permanecer constante en el cuadro elaborado por Bauer. En el curso de la acumulación del capital, vemos en efecto que se produce un incremento de la composición orgánica, y que en consecuencia se puede observar una *productividad del trabajo que crece* de año en año o, lo que es lo mismo, una disminución creciente de año en año del precio de todas las mercancías. En estas circunstancias, una magnitud de valor constante de 1 v representa una masa siempre creciente de mercancías, es decir un *salario real creciente* de año en año.

448

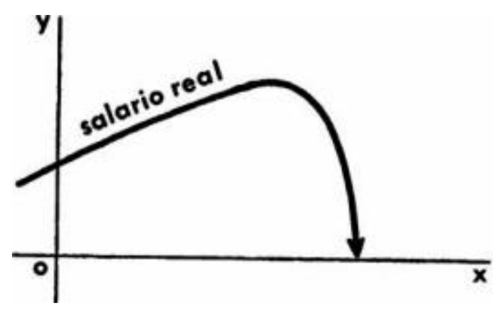
Si tomamos en cuenta este hecho, el esquema de la reproducción de Otto Bauer refleja *un movimiento ascendente del salario real en el transcurso del desarrollo de la producción capitalista*, no obstante el supuesto adoptado por el cual no existe un ejército de reserva ni se produce desplazamiento alguno en la relación establecida entre la oferta y la demanda de trabajo. Tal aumento del salario real no puede ser, por tanto, el resultado de una modificación operada en las relaciones de fuerza en el mercado de trabajo. Se trata, más bien —siempre suponiendo que la mercancía fuerza de trabajo se vende por todo su valor— de la expresión del hecho de que a consecuencia de la intensificación del trabajo, para la reproducción de la fuerza de trabajo se requiere una masa creciente de medios de vida, es decir un salario real incrementado. Hasta aquí el curso de la evolución esbozado en el esquema concuerda con el comportamiento efectivo del nivel de salarios de todos los países capitalistas desde mediados del siglo XIX. La teoría marxiana del salario no sólo no entra en

contradicción con la experiencia empírica, sino que, por el contrario, está en condiciones de explicar este dato empírico desde la lógica del sistema teórico en su conjunto, es decir a partir de la propia ley del valor, sin necesidad de recurrir a la ayuda de ninguno de los elementos de la competencia.

Si observamos ahora el cuadro II, vemos que esta tendencia creciente del salario real no se prolonga en el tiempo de un modo ilimitado. Sólo tiene una existencia transitoria, o sea corresponde a una determinada fase de desarrollo, a la fase inicial de la acumulación capitalista (según nuestro esquema, únicamente rige para los primeros 34 años). Superado este nivel del desarrollo de la acumulación, y a partir de un punto perfectamente determinado del mismo, necesariamente nos encontramos con un punto de inflexión en la dinámica de los salarios. A partir de este punto la valorización y, por ende, todo el mecanismo de la producción capitalista, sólo puede ser conservado si se deprime el salario. A partir de este punto los salarios tienen que descender en forma sostenida y periódica, a pesar de su ascenso inicial (véanse en esta obra las páginas 168 y 169). "De esto se sigue que a medida que se acumula el capital, tiene que empeorar la situación del obrero, sea cual fuere —alta o baja— su remuneración."[33] "Ésta es la ley general, absoluta, de la acumulación capitalista."[34]

449

Las tendencias que sigue el movimiento de los salarios en el trascurso de la acumulación capitalista quedan graficadas en la curva siguiente:



A partir de un determinado punto, el crecimiento del salario real finaliza; y luego de un estancamiento transitorio se produce un rápido descenso del mismo. Y puesto que, a consecuencia de la creciente intensidad del trabajo que se opera con el desarrollo del modo de producción capitalista, se torna necesaria una *masa siempre creciente*

[33] Marx, *K.* I, p. 664 [p. 805].
[34] Marx, *K.* I, p. 662 [p. 803].

de medios de vida para la reproducción de la fuerza de trabajo, resulta que la propia paralización del crecimiento de los salarios (y más aún su retroceso), representa un descenso del salario por debajo del valor de la fuerza de trabajo. Y a partir de esto se vuelve imposible la reproducción plena de la fuerza de trabajo. Pero esto equivale al empeoramiento de la situación de la clase obrera, al aumento no sólo de su miseria social, sino también de su miseria física. La pauperización de la clase obrera no es por tanto, en ningún caso, un fenómeno que corresponde exclusivamente al pasado del movimiento obrero, según la interpretación que Kautsky y Rosa Luxemburg ofrecen de la teoría marxiana del salario. La pauperización no se manifiesta solamente en el período del capitalismo en el que no existía todavía una organización obrera (sindicatos). En realidad, puede ser y es el resultado de la fase *madura* de la acumulación del capital.

La pauperización es el *punto conclusivo necesario* del desarrollo al cual tiende inevitablemente la acumulación capitalista de cuyo curso no puede ser apartada por ninguna reacción sindical por poderosa que ésta sea. *Aquí se encuentra fijado el límite objetivo de la acción sindical.* A partir de un cierto punto de la acumulación, el plusvalor disponible no resulta suficiente para proseguir con la acumulación con salarios *fijos*. O el nivel de los salarios es deprimido por debajo del nivel anteriormente existente, o la acumulación se estanca, es decir sobreviene el derrumbe del mecanismo capitalista. De esta manera el desarrollo conduce a desplegar y agudizar las contradicciones internas entre el capital y el trabajo a un punto tal que la solución sólo puede encontrarse a través de la *lucha* entre estos dos momentos.

450

Ya vimos que Kautsky comprobó la paralización del proceso ascendente de los salarios —en parte incluso hasta un retroceso del salario real— en el trascurso del último decenio anterior a la primera guerra mundial para todos los países capitalistas tradicionales. Por su parte, resulta evidente que la clase obrera no pudo mejorar su situación en la posguerra ni en Alemania, ni en Inglaterra ni en Francia, como tampoco en los restantes países. Y esto no requiere que sea probado aquí. Sí en cambio tuvo que combatir con el máximo despliegue de sus fuerzas simplemente para conservar el nivel de vida imperante hasta ese entonces, y para defenderse de los constantes ataques emprendidos en su contra por el capital. Es precisamente la constante ofensiva del capital, renovada con mayor intensidad aún, la que anuncia el hecho y constituye un síntoma de la mera supervivencia del capitalismo; revela que subsiste únicamente gracias

al deterioro de las condiciones de vida de la clase obrera, poniendo de manifiesto con ello que luego de haber cumplido con su misión histórica de *desarrollar* las fuerzas productivas, de estímulo para dicho desarrollo se ha convertido en una traba suya. El desarrollo de las fuerzas productivas no sólo se manifiesta a través de la puesta en función de una masa cada vez mayor de medios de producción (*MP*) en relación con la fuerza de trabajo (*FT*), o sea por el constante incremento que se opera en la masa de medios de producción debido a las innovaciones tecnológicas, sino que también lo hace por la participación íntegra de la fuerza de trabajo en este desarrollo. Aquí pues, se trata de "no quedar excluido de los frutos de la civilización, de las fuerzas productivas ya adquiridas" (véase en esta obra p. 3). Resulta decisivo, por tanto que junto con el crecimiento de *MP*, también sea reproducida en su *totalidad FT*, es decir que el salario real crezca en la misma medida en que crece la intensidad del trabajo. Sin embargo, en el mismo momento en que dentro de la relación *c*/*v* fracasa la valorización, el capital comienza a reducir el nivel de los salarios, o sea de *v*, por debajo del valor de la fuerza de trabajo. Pero al hacer esto impide la reproducción de *FT* en su totalidad. Si en virtud de ello la fuerza productiva más poderosa e importante, la fuerza de trabajo humana, se ve excluida de los frutos de la civilización en constante desarrollo, entonces simultáneamente se demuestra que nos acercamos cada vez más a aquella situación que fuera vislumbrada por Marx y Engels en el *Manifiesto comunista*: "La burguesía es incapaz de dominar, porque es incapaz de asegurarle la existencia a sus esclavos, incluso dentro del régimen de esclavitud que le es propio." También éste es, a su vez, el motivo por el cual los esclavos asalariados se tienen que rebelar necesariamente contra el sistema de la esclavitud asalariada.

451

Anteriormente vimos que Hilferding, Charasoff y Braunthal rechazan la teoría del derrumbe debido a que pensaban que una teoría semejante conduce a imaginar el fin del capitalismo como el resultado de un proceso mecánico, que se impone "por sí mismo'' y frente al cual no cabe otra cosa que aguardar de un modo fatalista. Se trata, por tanto, de un proceso que aparece como incompatible con la teoría marxiana de la lucha de clases.[35] Puesto que si el desarrollo

[35] También Parvus se expresa en forma parecida: "No existe ni puede existir un desarrollo objetivo que, por sí mismo [!], y con exclusión de la lucha política revolucionaria del proletariado, convierta la producción capitalista en ruinas, de modo tal que a la clase capitalista sólo le queda resignarse a que los obreros tomen el poder [...] La ley histórica [...] es el producto de las luchas políticas [...] La teoría del derrumbe es tan errónea como la hipótesis de la transformación gradual del capitalismo." (Parvus, *Der Sozialismus und dic soziale Revolution,* Berlín, 1910, p. 11.)

tiende a la miseria creciente del proletariado, toda *lucha de clases por objetivos inmediatos,* por mejorar la situación de la clase obrera, se revela en última instancia como *inútil*.

Según nuestra interpretación, en cambio, puede observarse que si bien bajo determinadas circunstancias el derrumbe del capitalismo resulta objetivamente necesario, pudiéndose calcular el momento exacto en que habrá de tener lugar, ello no significa que habrá de arribarse a dicho momento "por sí mismo’’, automáticamente, y que por tanto no queda sino esperar pasivamente. Su irrupción en realidad, y dentro de ciertos límites, está sujeta a la influencia de enfrentamientos conscientes de las dos clases consideradas. Puesto que si varían los *presupuestos* mismos bajo los cuales su irrupción era de esperar, entonces resulta también modificado, como es natural, el curso de la acumulación y su final. Si a consecuencia de la acumulación del capital y a un determinado nivel de la misma, surgen las dificultades conocidas para proseguir con la valorización, la presión que ejerce el capital sobre la clase obrera será intensificada en grado sumo. Si a través de ésa el capital logra *deprimir los salarios* e incrementar la tasa de plusvalor (ya vimos que una presión de esta índole sólo es posible dentro de ciertos límites bastante estrechos), entonces la existencia del sistema capitalista podría ser prolongada a expensas de la clase obrera. La tendencia al derrumbe podría ser *atenuada* y, por lo tanto, el fin del sistema podría ser desplazado hacia un futuro lejano. Por eso el recrudecimiento de la explotación de la fuerza de trabajo constituye una de las válvulas de seguridad transitorias que posee el sistema capitalista y su valorización. Por el contrario, la oposición de la clase obrera a la presión de la clase capitalista puede ejercer un efecto compensatorio e incluso compensar en exceso, toda vez que la clase obrera logre conquistar salarios más elevados. Con esto se produciría una reducción de la tasa de plusvalor, lo cual a su vez tendría como consecuencia la de producir una *aceleración* del derrumbe del sistema. Con una tasa de plusvalor de 100% —que es la tasa que está en la base del esquema de Bauer— el derrumbe sobreviene al cabo de 35 años. Si la tasa de plusvalor ascendiera por encima del 100%, el derrumbe tal vez sobrevenga recién después de los 40 años, y en caso de que tengamos una tasa inferior al 100%, a lo mejor suceda dentro de 20 años. De aquí se desprende que el pensamiento que concibe el derrumbe como necesario, como producto de ciertas condiciones objetivas, no está de ningún modo en contradicción con la lucha de clases. Se pone de manifiesto, en cambio, que el derrumbe, a pesar de su inevitable

necesidad objetiva, está sujeto en gran medida a la influencia ejercida por las fuerzas vivas de las clases en pugna, otorgando de este modo un cierto margen a la participación activa de las clases.

452

Precisamente por eso es que toda la investigación del proceso de reproducción desemboca en Marx en la *lucha de clases*. En una carta enviada a Engels el 30 de abril de 1868, en la que sintetiza el curso seguido por su pensamiento en el tomo II y III de *El capital*, afirma que: "Finalmente, como aquellos tres [réditos] (salario, renta del suelo, ganancia) constituyen las fuentes de ingresos de las tres clases, o sea los terratenientes, los capitalistas y los obreros asalariados, *tenemos como final la lucha de clases*, resolviéndose allí el movimiento y la disolución de toda esta basura."[36]

Recién a partir de nuestra interpretación de la acumulación capitalista es posible comprender por qué en los niveles superiores de la misma la lucha en torno a la distribución del ingreso no es una mera lucha por conquistar mejores condiciones de vida para las clases que intervienen, sino que se trata de una lucha por la *propia existencia del mecanismo capitalista*. Recién entonces podemos entender la razón por la cual, en los peldaños más elevados de la acumulación capitalista, toda elevación significativa de los salarios choca con dificultades cada vez mayores y por qué toda lucha *económica* relevante se *transforma* en una cuestión que hace a la propia existencia del capitalismo, es decir podemos comprender por qué se convierte en una *cuestión política que atañe al poder*. (Véase al respecto las luchas de los mineros ingleses de 1926.)

La lucha de la clase obrera por sus reivindicaciones cotidianas se vincula así con su lucha por el objetivo final. El objetivo final por el que la clase obrera combate, no se trata pues de un ideal introducido "desde el exterior" en el movimiento obrero, cuya concreción es independiente de las luchas del presente, puesto que permanece reservado para un futuro lejano, sino que consiste, tal como lo indica la ley del derrumbe puesta aquí de manifiesto, en el resultado producido por la lucha de clases inmediata de todos los días, y cuya materialización se ve acelerada por estas luchas.

453

2. EL DURRUMBE DEL CAPITALISMO Y EL CÁRTEL GENERAL

[36] Marx-Engels, *Briefwechsel*, IV, p. 45. Véase un fragmento semejante en *K.* III/2, p. 421 [III/8, p. 1123].

Aun para quien acepte la tendencia al derrumbe del capitalismo que deriva de la acumulación del capital, se plantea el siguiente interrogante: ¿No será superada la tendencia al derrumbe por el movimiento de concentración, tan característico de la industria moderna? Este movimiento de concentración, cuyo punto final conclusivo, ideal, teórico, es la cartelización sin excepción de toda la producción, no sólo nacional, sino también de la economía mundial —es decir, el cártel general—, ¿no podrá traer aparejada una regulación creciente de la producción en el interior de la economía capitalista, contribuyendo así a estabilizar las oscilaciones coyunturales?[37]

Tal como afirma acertadamente Lederer, "la cuestión de si las crisis son inevitables en el marco de la producción capitalista”, debería encontrar "una *respuesta afirmativa* de todos los teóricos 3ue sostienen que la desproporcionalidad entre las ramas de la producción es la única causa de crisis”.[38] Efectivamente, según la concepción de Hilferding en el período de la concentración moderna y la constitución de enormes consorcios y trusts, la producción anárquica del capitalismo competitivo es remplazada por una *planificación creciente de la producción*, que encuentra su expresión más acabada en la eliminación de las crisis dentro de la economía “regulada” del cártel general.

"De por sí —sostiene Hilferding— un cártel económico general que rija la producción en su conjunto y que logre eliminar con ello a las crisis, resulta perfectamente pensable.”[39] Según Hilferding, una producción regulada, planificada —tal como lo establece el principio socialista de la planificación— puede ser alcanzada en el propio capitalismo. “Éste es el momento decisivo puesto que en la actualidad nos encontramos en el período del capitalismo en el que en lo esencial ha sido superada la era de la libre competencia —era en la que el capitalismo estaba dominado exclusivamente por la fuerza de las leyes ciegas del mercado— y estamos llegando a una organización capitalista de la economía; es decir de la economía del libre juego de las fuerzas estamos pasando a una economía organizada.[40] [...]

[37] La crítica que desarrollamos a continuación, se diferencia de la crítica que efectúa Lederer contra el “cártel general" (*Grundrisse der Sozialökonomie*, t. IV, sec. 1, [1925] (p. 410), ya desde un principio debido a la diversidad de objetos, pues Lederer sólo toma en cuenta una organización cartelizada universal de las producciones *nacionales*, en la que subsisten por consiguiente íl comercio exterior y la exportación de capital.

[38] Emil Lederer, *Konjunktur und Kriesen*, en Grundrisse der Sozialökonomie, t. IV, sec. 1, p. 408.

[39] Rudolf Hilferding, Das Finanzkapital, Wien 1923, p. 372 [en esp. *El capital financiero*, Madrid, Tecnos, 1963, p. 332].

[40] R. Hilferding, *Die Aufgaben der Sozialdemokratie in der Republik* [Informe al congreso partidario de Kiel, mayo de 1927], p. 2.

Capitalismo organizado significa, en realidad, sustitución del principio de la libre competencia por el principio socialista de la producción planificada."[41] Hilferding se limita a anunciar *expresis verbis* lo que está implícito en su concepción del cártel general, esto es que el cártel general constituye el escalón más alto de la planificación sobre bases capitalistas.

454

Hilferding concibe la tarea de la clase obrera simplemente como la de hacerse cargo del aparato planificadamente organizado y acabado que resulta de la "regulación" económica, la que, a su juicio, es perfectamente posible sobre bases capitalistas. De acuerdo con su punto de vista, las tendencias efectivas del desarrollo no conducen al derrumbe del capitalismo, antes bien, dicha regulación hace progresos cada vez mayores y el "capitalismo organizado" de los magnates de los trusts actuales corporizará el "principio socialista de la producción planificada". "Esto significa simplemente que —sostiene Hilferding—, a nuestra generación se le plantea el problema de transformar con la ayuda del estado, con la ayuda de la regulación consciente, esta economía organizada y dirigida por los capitalistas en una economía dirigida por el *estado democrático*."[42] De modo que para Hilferding, el socialismo ya casi existe, falta que la dirección pase a manos de la clase obrera.

Con esta concepción, Hilferding terminó por desprenderse de las últimas huellas de socialismo marxista que ostentaba, para pasarse al campo de la economía política burguesa. Ésta también glorifica la progresiva planificación del actual orden económico —en abierta contraposición con los hechos—, considerando como superfluos los esfuerzos de la clase obrera por conquistar el socialismo, en la medida en que éste ya habría sido realizado. "Lentamente deberemos habituarnos —podemos leer en Sombart— al pensamiento de que la diferencia entre el capitalismo estabilizado y reglamentado, y un socialismo tecnificado y racional, no es de mayor importancia, por lo que para el destino de la humanidad y de su cultura resulta *relativamente indiferente el hecho de que la economía se configure al modo capitalista o al socialista.* Lo que cuenta es que en ambos casos, el modo de trabajar será el mismo [...]; uno no puede menos que preguntarse en qué se diferencia una gran cooperativa de una casa de comercio capitalista, un alto horno comunista de uno capitalista, o un tranvía estatal de uno capitalista. No se encontrará ninguna diferencia significativa. Salvo quizás el hecho de que la 'conciencia' del obrero

---

[41] *Ibid.*, p. 3.
[42] *Ibid.*, p. 6.

sea distinta en un caso que en el otro. *Pero en ambos casos las condiciones de trabajo se configurarán del mismo modo*."[43]

455

Sería completamente superfluo detenerse a analizar la ingenua representación que Sombart se hace de la configuración de las condiciones de trabajo en una economía planificada. Atengámonos a los hechos y a las manifestaciones del ordenamiento económico actualmente existente. ¿Es posible implementar una regulación, una planificación de la economía sobre bases capitalistas?

Es totalmente imposible. Hemos puesto de manifiesto que la tendencia al derrumbe, y por tanto también las crisis, no son el fruto de la anarquía de la producción, de la competencia, sino que se manifiestan en cambio como función de la sobreacumulación del capital, mientras que la constante agudización de la competencia no es sino una *consecuencia* de la sobreacumulación. En el pasado la competencia ejercía su influencia tanto en el mercado interno de los estados capitalistas como en el mercado mundial. Cuanto más agudamente se ve suplantada la libre competencia por las organizaciones monopolistas dentro del mercado interno, tanto más se agudiza la competencia en el mercado mundial. Si las aguas son embalsadas a medias por represas artificiales en el medio del río, la que resta sigue su curso con mayor facilidad por la parte del cauce que permanece libre. El hecho de que la acumulación capitalista se desarrolle en el interior del mecanismo capitalista sobre la base de la competencia entre empresarios individuales o en cambio entre una serie de asociaciones de productores capitalistas cartelizados, resulta irrelevante para la configuración de la tendencia al derrumbe y por tanto a las crisis.

Lo mismo vale para el *cártel* general de Hilferding. Puesto que sólo es posible imaginarlo como una serie de cárteles de ramas singulares de la producción que se intercambian recíprocamente sus productos. De este modo obtenemos un resultado que no difiere en nada del esquema de reproducción de Bauer, es decir de una forma de la producción en la cual subsisten al menos dos asociaciones en calidad de *propietarios privados independientes*, las que producen e *intercambian entre sí* distintos valores de uso (medios de producción y medios de consumo). El cambio, y con él, el *valor de cambio*, sólo puede cobrar existencia en la medida que aquéllos subsistan. El cártel general de Hilferding en cuanto único sujeto es por tanto inconcebible si se lo quiere pensar como un reflejo de la producción *capitalista*

[43] W. Sombart, Der moderne Kapitalismus, III, 2 [1927], p. 1016.

productora de mercancías. "Sólo los productos de trabajos privados autónomos, *reciprocamente* independientes, se enfrentan entre sí como mercancías."[44] "Considederar la sociedad como un sujeto único, es considerarla mal, especulativamente." [45] Allí donde subsisten propietarios privados independientes entre sí, no puede existir intercambio y, desde luego, tampoco puede existir el valor de cambio. El valor de cambio constituye precisamente una función de la relación de intercambio; al desaparecer ésta también lo hace aquélla.[46] No obstante Hilferding opina que mediante su cártel general "toda la producción *capitalista es regulada* conscientemente por una instancia que determina el volumen de la producción en todas las esferas".[47] Semejante representación adolece de contradicciones internas irresolubles y es incompatible con los principios básicos del marxismo.

[44] K. Marx, *K.,* I, p. 9 [I/1 p. 52], El hecho de que los neoarmonicistas hayan retornado todos sus problemas de mano de los revisionistas, es característico de la pobreza de ideas de que adolecen. Inclusive la representación del "cártel general" —tildada por O. Leichter como una "grandiosa visión de Hilferding" (*Die Wirtschaftsrechnung der sozialistischen Gesellschaft*, Viena, 1923, p. 51) y que más en general en la literatura es atribuida a Hilferding—, fue tomada en préstamo por Hilferding de Tugán-Baranovski, el verdadero teórico del revisionismo y del neoarmonicismo, al igual que la idea singular de una producción regulada sobre *bases capitalistas*. "Supongamos —dice Tugán-Baranovski— que el crecimiento de las sociedades por acciones junto con la fusión de éstas con los consorcios, cárteles y trusts, conduzca a la completa desaparición de las empresas capitalistas aisladas, y a la *fusión de toda la producción capitalista en una inmensa empresa nacional organizada en forma planificada* [...] No obstante esto, dicha producción capitalista socializada y centralizada continuará siendo capitalista y de ningún modo una producción socialista [...] de manera que la socialización de la producción no significa por sí misma el socialismo." (Tugán-Baranovski, *Der moderne Sozialismus in seiner geschichtlichen Entwicklung*, Dresden, 1908, p. 4.) Sin embargo, la idea de un cártel general es muy anterior a Tugán-Baranovski. Ya F. Kleinwáchter, en su escrito sobre cárteles (*Die Kartelle*) aparecido en 1883, expresó la idea de "una monopolización de los cárteles y una eventual fusión de las diferentes empresas, dando origen de ese modo a una *única gran empresa*" (*op. cit*., p. 185). Con esta "fusión de los diversos establecimientos pertenecientes a una rama y su transformación en una única gran empresa estatal, se eliminaría la existencia de toda competencia" (*op. cit*., p. 190). Esto permitiría "la regulación de la producción global según las necesidades generales" (*op. cit*., p. 162) y de tal modo "se evitarían las crisis —de sobreproducción y de estancamiento de las ventas— constantemente reiteradas" (*op. cit*., p. 194). El mismo Kleinwáchter era no obstante consciente del carácter *capitalista* de un cártel general semejante. De modo que Hilferding adopta por tanto las ilusiones de la economía política burguesa acerca de la posibilidad de "regular" la economía por medio de la cartelización sobre una base productiva capitalista. La diferencia entre ésta y una economía planificada socialista subsistiría solamente en el plano de la distribución.

[45] K. Marx, *Zur Kritik der politischen Ökonomie, Einleitung*, 1907, p. XXvii. Marx dice contra Proudhon, que "lleva la abstracción a los últimos límites, fundiendo a todos los productores en un *solo productor*". K. Marx, Das Elend der Philosophie, p. 14 [en esp.: *Miseria de la filosofía*, México, Siglo XXI, 1975, 5» edic., p. 22].

[46] En el seno de una sociedad colectivista, basada en la propiedad común de los medios de producción, los productores no cambian sus productos; *el trabajo invertido en los productos no se presenta aquí, tampoco, como valor de estos productos,* como una cualidad material, inherente a ellos. (K. Marx, Randglossen zum Programm der deutschen Arbeiterpartei, Berlín, 1922, p. 25[en esp.: *Critica del programa de Gotha*, en *Obras escogidas* cit., t. III, pp. 13-14].

[47] R. Hilferding, *Das Finanzkapital* cit., p. 295 [p. 264].

La enorme fuerza de la obra de Marx radica precisamente en que pudo explicar la totalidad de los fenómenos propios de la producción capitalista a partir de la ley del valor. Esta ley nos brinda, pues, la clave para la comprensión de estos fenómenos, a la vez que configura un presupuesto tan inevitable como lógico para ello. Ahora bien, es notorio que Hilferding no estuvo en condiciones en su *Finanzkapital* de deducir los fenómenos del mundo capitalista circundante a partir de la ley del valor marxiana. Así, en *El capital financiero* Hilferding dejó de lado la teoría del valor de Marx respecto al dinero, y a la teoría del dinero de Marx la sustituyó por su propia teoría del dinero, con lo cual obviamente todo el edificio marxista tambalea por su base, dado que se ve afectado en un aspecto tan fundamental como es el de la teoría de la *medida de valores* de todas las mercancías. Kautsky se ve obligado a reconocer que con eso se incurre en un "suicidio marxista".[48] Puesto que si el valor del dinero pudiera determinarse del modo en que Hilferding sostiene, eso significaría entonces, tal como expresa Kautsky, "*la abolición de la ley del valor para la mercancía dinero*, lo que quiere decir que para ésta, su valor no se halla determinado por el tiempo de trabajo socialmente necesario para su propia producción. *La validez general de la ley del valor se ve de tal modo quebrantada.*"[49] Kautsky sostiene, no obstante, que este abandono de la teoría marxiana del valor y del dinero por parte de Hilferding, "no es más que una extravagancia académica" que no afecta la validez del resto de su exposición, puesto que el abandono de la teoría marxista sólo atañe a "un punto" que "no desempeña ningún papel en el transcurso del resto de su libro". La teoría del dinero de Hilferding, y por lo tanto la teoría de la medida general del valor, "no tienen en él *ninguna consecuencia* en el plano práctico y en el plano teórico. Se la puede tranquilamente refutar, aun aceptando todo aquello que en el curso ulterior de su exposición Hilferding construye sobre el análisis de las diferentes funciones del dinero como medio de circulación, medida del valor y medio de pago".

Si Kautsky tuviera razón, esto significaría que aun partiendo de una teoría falsa del dinero pueden ser explicados los fenómenos del intercambio y el movimiento de los precios en forma correcta. ¿Para qué entonces se necesitaría una teoría del dinero?, ¿qué función cumpliría? Simplemente se trataría de un juguete superfluo.

458

Pero precisamente porque Hilferding desconoce el papel de la

[48] K. Kautsky, ''*Finanzkapital und Krisen*", en *Die Neue Zeit*, XXX, 1 (1911), p. 772.
[49] *Loc. cit.*

teoría marxiana del valor y del dinero, tampoco pudo comprender la teoría marxiana de la acumulación y del derrumbe, puesto que ésta no es más que una consecuencia de la ley del valor. Por la misma razón, Hilferding no pudo superar la confusión acerca de las condiciones esenciales de existencia de su cártel general, arribando a una representación de una sociedad capitalista factible de ser "regulada". Pues sólo es posible una de dos: si se trata de una sociedad "regulada", entonces ya no puede ser más una economía capitalista. Pero si se trata en cambio de una economía capitalista, es imposible que ésta sea "regulada". Por lo tanto, cuando Hilferding hace *desaparecer por completo el intercambio* y continúa hablando no obstante del modo de producción "capitalista", estamos frente a una contradicción lógica irresoluble, una *contradictio in adjecto*. Aquí es donde se hace sentir su abandono de la teoría marxiana del valor; aquí es donde se manifiesta plenamente su falsa teoría del dinero, su desconocimiento de la vinculación existente entre la producción capitalista de mercancías y el intercambio. "En la producción de mercancías —dice Marx— la transformación del producto en dinero, la venta, es *conditio sine qua non*."[50] ¡Si en el cártel general de Hilferding el intercambio, la venta, han sido abolidos, lo que él nos presenta no es ya una producción capitalista! En segundo lugar, la supresión del intercambio implica la supresión del trabajo asalariado. En efecto, el modo de producción capitalista —que descansa sobre el trabajo asalariado—, presupone la perduración de la *relación del capital*, es decir de relaciones dentro de las que la fuerza de trabajo puede ser adquirida *como una mercancía* en el *mercado*. Allí donde entre la clase obrera y la clase de los empresarios se intercambia en el mercado una mercancía, allí *necesariamente tiene que existir* también el valor de cambio. Si Hilferding habla de la desaparición del intercambio de mercancías y del valor —y no le queda otro recurso para arribar a su economía "regulada"—, entonces tampoco puede intercambiarse la mercancía fuerza de trabajo. Dicho con otras palabras, esto significa que también tiene que desaparecer necesariamente el modo de producción capitalista, las relaciones capitalistas. Lo que surge en su lugar puede ser o una relación de dominio abierto —como en el Medioevo—, o una economía comunitaria socialista. De todas maneras, *deja* de ser un modo de producción *capitalista* apoyado en el libre trabajo asalariado, y cuya

[50] K. Marx, *Mehrwerttheorien*, II, 2, p. 281. "Si los objetos para el uso se convierten en mercancías, ello se debe únicamente a que son *productos de trabajos privados ejercidos independientemente los unos de los otros*" (K. Marx, K„ I, p. 41 [t/1, p. 89]). "El trabajo que se representa en el valor de cambio es presupuesto como trabajo del *individuo aislado*" (K. Marx, *Zur Kritik*, cit., p. 10).

producción está destinada al mercado, es decir deja de ser producción de mercancías. “Allí donde los hombres producen para *sí mismos*, en los hechos no existen más crisis, pero *tampoco existe la producción* capitalista”[51] y ni siquiera una producción simple de mercancías.[52]

459

En su economía "regulada", en cambio, Hilferding hace desaparecer el intercambio de mercancías no obstante que persiste la relación salarial. Pero si se presupone la existencia de la relación salarial se está presuponiendo también la existencia del intercambio de mercancías. Relaciones salariales e intercambio de mercancías son conceptos correlativos. “La forma de trabajo como trabajo asalariado [es] decisiva para la figura del proceso total y para el modo específico de la producción misma”,[53] ya que "la relación entre capital y trabajo asalariado determina el carácter total del modo de producción”.[54] “Sólo porque el trabajo está presupuesto en la forma de trabajo asalariado y los medios de producción en la forma de capital [...] una parte del valor (del producto) se presenta como plusvalor [...] y la ampliación del proceso de reproducción en general como proceso capitalista de acumulación.”[55]

Todo esto también posee vigencia en relación con el cártel general de Hilferding. Si el intercambio ha sido suprimido, entonces debe ser suprimida también la relación salarial; en consecuencia el cártel no es la imagen de una economía "capitalista”, y en tal caso todas las afirmaciones que Hilferding hace respecto de la "regulación” de esta economía capitalista carecen de validez.

460

Si por el contrario, el cártel representa un modo de producción capitalista, debe *subsistir en él el intercambio de mercancías y por lo tanto la producción para el mercado*. En consecuencia, la “venta” de mercancías (la fuerza de trabajo incluida) y la existencia de cierta “demanda” de ellas constituye un presupuesto obvio y *necesario*, por lo que es inadecuado hablar de un “reparto” de objetos. La

---

[51] K. Marx, *Mehwerttheorien*, II, 2, p. 277.

[52] "Quien, con su producto, satisface su propia necesidad, indudablemente crea un *valor de uso*, pero no *una mercancía*” (K. Marx, *K.*, I, p. 7 [I/1, p50]). Rosa Luxemburg dice por tanto correctamente: "Dos son las formas fundamentales que caracterizan al modo de producción capitalista. La primera es el *intercambio* general de mercancías [...] La segunda es el sistema salarial capitalista, es decir una relación por la que la gran masa del pueblo trabajador sólo obtiene medios de compra para la adquisición de mercancías a través del *intercambio de la fuerza de trabajo con el capital*, y en el cual la clase poseedora obtiene los propios medios de subsistencia sólo a través de la explotación de esta relación” (Rosa Luxemburg, Antikritik, 1916, p. 13 [véase en español, *La acumulación del capital*, México, Grijalbo, 1967, apéndice: *Una anticrítica* p. 372]).

[53] K. Marx, *Das Kapital*, III/2, p. 418 [III/8, 1118].

[54] *Ibid*., III/2, p. 416 [III/8, p. 1116],

[55] *Ibid*., III/2, p. 418 [III/8, p. 1118],

producción para el mercado, el intercambio, se hallan indisolublemente ligados con la noción de capitalismo. Pero allí donde subsista el intercambio, tiene que persistir también el *valor de cambio*. En una sociedad de esta naturaleza, regida por el valor de cambio, necesariamente tienen que producirse conmociones, crisis y finalmente debe sobrevenir el derrumbe de todo este sistema regulado por el cambio, puesto que en la forma de valor y en su contraposición inmanente con el valor de uso de la mercancía, está dado necesariamente el germen de todos estos sacudimientos. "El carácter del producto como mercancía y de la mercancía como producto del capital implica ya el conjunto de las relaciones de circulación [...] resultan toda la determinación de valor y la regulación de la producción global por el valor, derivan de los dos caracteres arriba mencionados." La asignación del trabajo social a las distintas esferas de la producción, "la subordinación al engranaje social y la inserción en el mismo, quedan librados a las acciones casuales, y que se anulan recíprocamente, de los productores capitalistas individuales [...] La ley interna sólo se impone por intermedio de su [de los propietarios de mercancías] competencia [...] La ley del valor sólo opera aquí, frente a los agentes individuales, como ley interna, como ciega ley natural, e impone el equilibrio social de la producción en medio de las fluctuaciones casuales de la misma."[56]

Habíamos visto que en la definición de la producción capitalista se incluye necesariamente la producción de mercancías por parte de productores independientes que intercambian recíprocamente sus mercancías. En consecuencia, del carácter de mercancía deriva necesaria y automáticamente el entero proceso de producción regulado por el valor a través de la competencia, con las formas de distribución que les son peculiares. Una regulación planificada es imposible sobre la base de la producción de valor. De esta idea fundamental del sistema marxiano ni siquiera se encuentran rastros en Hilferding.[57]

---

[56] *Ibid.*, III/2, p. 417 [III/8, pp. 1116-7].

[57] Sin embargo, se puede imaginar efectivamente un "decurso normal" de la producción capitalista, sin crisis y sin convulsiones, tal como se expresa en los esquemas de reproducción, pero no se debe olvidar que se trata de una ficción teórica, que el esquema no constituye un cuadro preciso de la realidad, sino que la capta en cambio en condiciones simplificadas que en la realidad no existen. El capitalismo real se identifica, en consecuencia, con "la anarquía de la producción". "En un orden social de tal naturaleza —afirma acertadamente Mises— no existe una planificación centralizada de la producción... El equilibrio entre producción y consumo se establece en el mercado" (Ludwig von Misis, *Theorie des Geldes und der Umlaufsmittel*, 1924. 2ª edic., p. 1). Pero el equilibrio en el mercado significa equilibrio ex post, es decir una superación de la anarquía con posterioridad, o sea al precio de destrucciones y crisis. "Capitalismo —dice Lenin— significa propiedad privada de los medios de producción y anarquía de la producción [...]. Bajo el régimen

461

Hilferding considera que en su cártel general "la determinación del precio sería puramente nominal”; el precio no sería más que "un modo —basado solamente en el cálculo— de calcular la asignación de cosas por personas a las personas”. Puesto que se trataría de la asignación de cosas y no de la asignación de valores, junto con la anarquía de la producción, en el cártel general desaparecería también la objetivación del valor de la mercancía, es decir el dinero: "El cártel *distribuye* el producto [...] De la nueva producción se distribuye una parte a la clase obrera y a los intelectuales, la otra recae sobre el cártel que la emplea como quiere. Se trata de una sociedad regulada conscientemente en forma antagónica. Pero este antagonismo es *antagonismo de la distribución*. La distribución misma está *regulada conscientemente* y, con ello, se supera la necesidad del dinero [...] La circulación del dinero se ha tornado superflua, la incesante circulación del dinero ha alcanzado su meta: la *sociedad regulada*, y el *perpetuum mobile* de la circulación encuentra su descanso."[58]

68

Nada hay más errado que esta concepción. Hilferding se imagina que basta con decir "atribución” en vez de intercambio y *declarar* nominales los precios reales, para realizar una "sociedad regulada", aun cuando fuera, en un primer tiempo, sobre bases capitalistas, es decir antagónicas. A su entender, este antagonismo sería solamente un antagonismo de la distribución pero no de la producción, puesto que esta producción ya se halla “regulada”. En contraste con la concepción fundamental de Marx que sostiene que "las relaciones de producción forman *un todo*,[59] “y cada forma de distribución desaparece con la forma determinada de producción de la que procede y a la que corresponde”,[60] Hilferding escinde la forma de la producción de la forma de la distribución. Así, no llega a comprender que "las relaciones de distribución son tan sólo *sub alia specie* de las relaciones de producción”.[61] Únicamente “el socialismo vulgar... ha aprendido de los economistas burgueses a considerar y tratar la *distribución* como algo independiente del *modo de producción*”. Ésta es la objeción que Marx planteó en 1875 contra el proyecto de

capitalista no existe otro medio para restablecer el equilibrio periódicamente perturbado que la crisis de la industria. *Uber die Losung der "Vereinigten Staaten Europas"*, en *Sozial Demokrat*, núm. 14, 23 de agos to de 1915 [en csp.: *La consigna de los Estados Unidos de Europa*, en Lenin, *Obras escogidas*, Moscú, Editorial Progreso, 1966, t. 1, p. 684],

[58] R. Hilferding, *Das Einanikapital*, cit„ p. 295 [p. 264],

[59] K. Marx, *Das Elend der Philosophie* cit., p. 91 [pp. 91-92].

[60] K. Marx, *Das Kapital*, III/2, p. 420 [III/8, p. 1120].

[61] K. Marx, *Mehrwerttheorien*, lll, p. 55.

programa de Gotha. Esta crítica también es aplicable a Hilferding. A su entender la producción puede ser separada de la distribución; la producción puede estar sometida a la "regulación" social mientras que la distribución conserva un carácter antagónico, de modo tal que, a pesar de la producción regulada, el plusvalor, la ganancia, fluye a los bolsillos privados de los capitalistas para "que lo emplee como quiera" el cártel general.

462

Pero ahora el problema consiste en mostrar cómo, a través de qué camino y de acuerdo con qué principio puede producirse la distribución de la ganancia entre los capitalistas en un "capitalismo" en el que no exista intercambio. En el capitalismo verdadero, la distribución antagónica se efectúa a través del *proceso de intercambio que se basa en la ley del valor*. El obrero siempre obtiene nada más que el valor de su fuerza de trabajo. Todo el excedente de la producción social fluye hacia los empresarios; la posición social de obreros y capitalistas decide acerca del modo de distribución, a la vez que garantiza que esta distribución antagónica se reproduzca incesantemente. Precisamente ésa es la función económica de la ley del valor en el capitalismo. Debido a su mediación, la totalidad del plusvalor termina en los bolsillos de los capitalistas. Gracias a la misma, allí donde imperaban modos de producción anteriores y donde para expropiar el excedente de la producción existente, más allá de los medios de vida necesarios para los productores, se hacía necesario recurrir a la fuerza y al látigo, nos encontramos en la actualidad con la misma "distribución antagónica", aun cuando ahora se desenvuelva pacíficamente debido al efecto automático ejercido por el intercambio en base a la ley del valor.

El cálculo del valor no es algo ligado al capitalismo sólo por casualidad, sino que surgió del tráfico del intercambio como función de la distribución, de la atribución adecuada a ésta y desaparecerá necesariamente junto con la desaparición del intercambio privado y el valor de cambio, es decir junto con la producción de mercancías. El cálculo del valor, en efecto, depende estrechamente del trabajo que produce valor, de la forma específicamente burguesa del trabajo, "Ésa es [...] la forma burguesa del trabajo —dice Marx—, en oposición a sus formas antiguas y medievales [...] Pues el carácter del trabajo que crea valor de cambio es *específicamente* burgués."[62] En este trabajo específicamente burgués, es decir productor de valor, ubica Marx la causa última de las crisis, de los conflictos y convulsiones del sistema

[62] K. Marx, *Zur Kritik der politischen Ökonomie*, p. 4.

capitalista, en cuanto tal trabajo productor de valor no es sino la función de la propiedad privada y del intercambio privado. Debido a esto Marx habla siempre de las '“*contradicciones contenidas en el trabajo burgués*”.[63] Debido a que el capitalismo constituye precisamente “un modo de producción dominado por el valor de cambio”,[64] de este hecho derivan todas las perturbaciones del sistema. “La desvalorización continua del trabajo sólo es un aspecto, una de las *consecuencias de la evaluación de las mercancías por el tiempo de trabajo. Este mismo modo de evaluación explica* el alza excesiva de precios, la sobreproducción y otros muchos fenómenos de la anarquía industrial.”[65]

463

¡Es imposible suprimir la propiedad privada de los medios de producción y el proceso de intercambio pretendiendo que, al mismo tiempo, perdure en la economía regulada del futuro la *economía basada en la ganancia* y, junto con ella, que subsistan el modo de distribución y de cálculo íntimamente entrelazados con dicha producción y fundados sobre el trabajo que crea valor! Ya en 1847 Marx esgrimía el siguiente argumento contra Proudhon: "En definitiva, la determinación del valor por el tiempo de trabajo, es decir la fórmula que el señor Proudhon nos brinda como la fórmula regeneradora del porvenir, sólo es, por lo tanto, la expresión científica de las relaciones económicas de la sociedad actual, como lo ha demostrado Ricardo clara y netamente mucho antes que el señor Proudhon.”[66] Pero “el valor medido por el tiempo de trabajo es fatalmente la fórmula de la esclavitud moderna del obrero, en lugar de ser, como quiere el señor Proudhon, la ‘teoría revolucionaria’ de la emancipación del proletariado”.[67] De modo que, si se sostiene que el proceso de intercambio ha sido suprimido, entonces tampoco podrá comprarse ni venderse la fuerza de trabajo en el mercado, entonces se presupone que ha sido suprimida también la relación salarial y por consiguiente, también la relación del capital. Entonces ya no existe más la economía capitalista ni a nivel de la producción ni a nivel de la distribución; entre los propietarios de los medios de producción y la clase obrera ya no puede existir ningún antagonismo propio de la distribución. Entonces tampoco existe el valor de cambio, y debido a esto no existe la ganancia, pues ésta presupone la existencia de la relación salarial y, por lo tanto, del intercambio y del mercado. La

---

[63] *Ibid*., p. 85.
[64] K. Marx, *Mehrwerttheorien*, III, pp. 53-54.
[65] K. Marx, *Das Elend der Philosophie*, p. 41 [p. 47].
[66] *Ibid*., p. 44 [p. 50].
[67] *Ibid*., p. 25 [p. 32].

concepción de la “producción regulada” y simultáneamente de una “distribución antagónica” formulada por Hilferding, es un absurdo lógico. Aquí se pone de relieve la corrección de la frase de Marx según la cual “el modo en que se intercambian las *fuerzas productivas* es determinante para el modo en que son intercambiados los productos". ¡Y entre las fuerzas productivas el rol determinante es desempeñado por la fuerza de trabajo humana! ‘‘En general —dice Marx— la forma del intercambio de los productos corresponde a la forma de la producción. Modificad esta última, y como consecuencia se modificará la primera.”[68]

464

Si ha sido modificado el modo de producción, si ha sido suprimido el intercambio de la mercancía fuerza de trabajo, entonces no puede existir ‘‘antagonismo de la distribución”. De modo que si Hilferding reconoce que en su ‘‘cártel general” subsistirá un antagonismo de la distribución, entonces él admite también que la relación salarial, y por lo tanto la economía basada en la ganancia, la valorización del capital anticipado, y por lo tanto también la ley del valor en cuanto reguladora del proceso de intercambio y de distribución, continuaría subsistiendo. Pues, ¿de qué otro modo podría arribarse a que todo el *excedente social por encima del trabajo necesario acabara en las manos de quienes controlan este cártel general si no es sobre la base de la ley del valor*, y en consecuencia, sobre la base de la adquisición de la fuerza de trabajo como mercancía? Si Hilferding se atreviera a negarlo, entonces sólo le restaría el camino de suponer que en su

[68] *Ibid*., p. 55 [p. 58]. Es curioso comprobar que también Bujarin adopta en su exposición de los "tipos ideales abstractos de formaciones sociales" la errónea concepción de Hilferding sobre “un orden social *capitalista colectivo*, en el cual la clase capitalista está unificada en un *trust unificado* y [en él] estamos frente a una economía *organizada*, pero que, al mismo tiempo, desde el punto de vista de las clases es una economía antagónica"; un orden social en el que, "en lugar de la 'anarquía de la producción’, existe un plan racional desde el punto de vista del capital". Bujarin analiza, en efecto, los elementos que hacen posible la acumulación en el interior de este trust unificado. Este plan racional —dice Bujarin— posibilita que "independientemente del 'subconsumo, de las masas no se proudzca una crisis, ya que la *demanda reciproca* de todas las ramas de la producción, como así también la *demanda de los consumidores*, tanto de los capitalistas, como de los obreros, son determinadas a priori”, *Der Imperialismus und die Akkumulation des Kapitals*, Berlín, 1926, pp. 80-81 [en esp., véase *El imperialismo y la acumulación del capital*, Cuadernos de Pasado y Presente, núm. 51, Córdoba, 1975. pp. 167-168]. El concepto de “demanda" está ligado necesariamente al concepto correlativo de oferta y de mercado, y por lo tanto a la existencia de al menos dos propietarios independientes de medios de producción, cada uno de los cuales ofrece una mercancía y demanda otra. No puede comprenderse cómo la demanda (y la oferta a esta correspondiente) puede subsistir en el interior de un "trust unitario". En segundo lugar, junto al mercado de las mercancías debe subsistir también un mercado de trabajo. La “demanda" de parte de los obreros presupone, en efecto, la existencia de la relación del capital. Sólo en la medida en que los obreros venden en el mercado de trabajo la mercancía fuerza de trabajo, pueden ellos obtener como equivalente el salario, es decir el fondo que determina la medida de su demanda en cuanto consumidores. Pero entonces, ¿cómo puede existir el "trust unificado" si el mercado de las mercancías y el mercado de trabajo siguen subsistiendo?

cártel general, con producción “regulada” y con “reparto de objetos a personas por medio de las personas", tal "distribución" se produce exclusivamente por medio de la *violencia física* que a la clase obrera le deja solamente los medios de subsistencia necesarios mientras hace refluir todo el excedente hacia quienes dirigen el cártel general. ¡Sería una hermosa manera de "regular la producción”! Pero si Hilferding no admite esta eventualidad para su cártel general, entonces no nos reveló ningún *principio económico* alternativo en virtud del cual el antagonismo de la distribución pueda manifestarse y reproducirse constantemente. ¡Sólo queda la ley del valor y la valorización! Con esto se revela que en su cártel general, no sólo continuará subsistiendo un antagonismo en la distribución, sino también que en él es imposible toda “regulación" de la producción. El interés por la máxima ganancia posible determinaría la disposición adecuada y la “asignación” de los elementos de la producción, tal como lo exige una productividad elevada. En el caso en que todo el sistema fuera regulado por el valor, el esfuerzo por valorizar con una tasa de ganancia decreciente tiene que conducir a la acumulación de capital constantemente creciente hasta que, finalmente, todo el sistema se ve condenado al derrumbe debido a su propia sobreacumulación. En el “cártel general" el derrumbe se produciría inclusive más rápido aún que en el capitalismo empírico, puesto que en el capitalismo aislado que el cártel general presupone, no existe el comercio exterior ni es posible la exportación de capital. En consecuencia, no existen factores que permitan atenuar la tendencia al derrumbe.

465

Una vez más se pone de manifiesto aquí la grandiosa concepción del edificio conceptual de Marx. En todas las formaciones económicas precapitalistas que no producían mercancías, el proceso económico consistía en un *proceso de trabajo* social destinado a la elaboración de productos, de valores de uso. Recién con la producción capitalista de mercancías el proceso económico *se ha desdoblado*. Él es al mismo tiempo proceso de trabajo y *proceso de valorización*. El proceso de trabajo es un proceso técnico de la producción de valores de uso en el que los medios de producción MP y la fuerza de trabajo FT actúan juntos, y en cuanto tal, "el proceso de trabajo es independiente de toda forma social determinada”, es un proceso permanente “entre el hombre y la naturaleza".[69] Constituye una “condición general del metabolismo entre el hombre y la naturaleza, eterna condición natural de la vida humana y por tanto independiente de toda forma de esa vida, y común, por el contrario, *a todas sus formas de*

[69] K. Marx, *Das Kapital*, I, p. 155 [I/1, p. 215].

sociedad".[70] Empero, simultáneamente el proceso de producción capitalista es un *proceso de formación de valor y de distribución de valor,* es un proceso de valorización en el cual los elementos de la producción son utilizados en una cierta magnitud de valor *c* + *v*, con el exclusivo fin de obtener un *excedente de valor* por encima de su propia magnitud, de obtener el plusvalor *p*. El proceso de valorización tan sólo es un proceso histórico específico, propio del modo de producción basado en la propiedad individual de productores de mercancías independientes. A consecuencia de esta *estructura dualista de sus fundamentos*, el proceso de producción capitalista se caracteriza por los conflictos insolubles, por las insanables convulsiones internas del sistema, que derivan *necesariamente de su carácter dualista*, de la contradicción inmanente que existe entre valor y valor de uso, entre rentabilidad y productividad, entre las limitadas posibilidades de valorización y el desarrollo ilimitado de las fuerzas productivas; contradicción inmanente que conduce necesariamente a la sobreacumulación y a la valorización insuficiente y por tanto al derrumbe, a la catástrofe de todo el sistema.

466

Bajo la presión de la sobreacumulación y de la competencia que trae aparejada sucede que, por un lado, la escala técnica de la producción (las fuerzas productivas) es desarrollada constantemente y, con esa finalidad, se acumula una cantidad siempre mayor de capital; por otro lado, se pone en evidencia que el plusvalor no basta para valorizar este capital incrementado, con lo cual sobreviene la falta de rentabilidad y por tanto el derrumbe del sistema de valorización se impone como un fenómeno generalizado. Esta contradicción, sin embargo, constituye la "*dijferentia specifica*", el "límite de la distribución burguesa". El hecho de que la producción capitalista "se vea forzada debido a sus propias leyes inmanentes a *desarrollar*, por un lado, las *fuerzas productivas* como si no se tratara de una producción fundada en bases sociales [de valorización.-HG] estrechas, y por el otro, que sólo pueda hacerlo dentro de ciertos límites estrechos [valorización limitada.-HG], *constituye la causa más intima y secreta de las crisis*, de las contradicciones que se manifiestan con ella, dentro de las cuales se mueve y que permiten reconocer a esta forma de producción como una simple *forma histórica transitoria*. En cierta medida, esta situación [...] es percibida correctamente por Sismondi como una *contradicción* inherente a la producción por la producción misma y una distribución que excluye

[70] I*bid*., p, 163 [p. 223].

eo ipso un desarrollo absoluto de la productividad."[71] La atención prestada a la distribución, es decir a la valorización, excluye por consiguiente el desarrollo absoluto de las fuerzas productivas y, por lo tanto, una producción verdaderamente "regulada".

467

El derrumbe que de aquí deriva es, ante todo, el derrumbe del *proceso de valorización* sobre la base del proceso de formación del valor y de la ley del valor. Lo que se derrumba no es por cierto el *proceso de trabajo técnico*, sino únicamente una forma de distribución puramente transitoria característica sólo de este determinado modo de producción histórico, basado en el tráfico de intercambios. Por lo contrario, "separado del capital, el proceso de producción es el proceso de trabajo en general".[72] El proceso de trabajo MP : T, oculto en la forma de valorización capitalista $c : v$, vuelve de nuevo a ser simplemente MP : T. Este perpetuo proceso de trabajo, en cuanto forma independiente de la producción de todas las formas sociales específicas, subsiste en su condición de *proceso técnico de producción de valores de uso*, aun después del derrumbe del proceso de valorización del capital, y podrá ser organizado socialmente (cooperativamente). De este modo el proceso de producción, finalmente liberado del principio de construcción dualista, viene al mismo tiempo liberado de las convulsiones y conmociones internas engendradas por este dualismo, de la antítesis entre el principio de la productividad y el principio de la rentabilidad. El proceso de trabajo, reanudado sobre bases sociales, será simplemente un proceso de trabajo técnico que no producirá plusvalor, sino únicamente valores de uso. Él tiene sus propios parámetros técnicos y sus cálculos no se efectúan en términos de valor sino de valor de uso, en términos del tiempo de trabajo inmediato que interviene en "una actividad productiva especial, orientada a un fin, la cual asimila a necesidades particulares del hombre materiales naturales particulares".[73] De proceso de trabajo y de valorización, él se convierte exclusivamente en proceso de trabajo, que determina las necesidades de diversos productos según las

---

[71] K. Marx, *Mehrwerttheorien*, m, pp. 93 ss.

[72] K. Marx, *Das Kapital*, III/1, p. 368 [III/6, p. 488).

[73] *Ibid*., I, p. 9 [I/1, pp. 52-53). Marx objeta a Ricardo que confunde "*el modo de producción* burgués, *dominado por el valor de cambio*", con un modo de producción que produce valores de uso, abundancia. "La producción —dice Marx— de la *riqueza* burguesa [es decir del valor de cambio. -H.G.) es algo por completo diferente de la producción de 'abundancia', de 'medios de subsistencia y de consumo' para los hombres que los producen; éste precisamente debería ser el caso allí donde la producción fuese solamente un medio para la satisfacción de las necesidades de los productores, si se tratara de *una producción dominada exclusivamente por el valor de uso*" (*Mehrwerttheorien*, III, pp. 53-54).

cantidades requeridas y que adecúa la escala del aparato productivo existente no ya por medio de un rodeo refiriéndose al valor, sino directamente. En el interior de un proceso de producción de esta naturaleza, ya no queda lugar para representaciones en términos de valor o de precio (el hecho de que se les atribuya una existencia "real" o puramente "nominal" resulta indiferente), pues aquí no subsiste ya ningún intercambio entre productores de mercancías independiente. Junto con el *contenido* del proceso de la producción necesariamente se modifica también la *forma en que se manifiesta*.

468

Así como el cálculo de valor constituye la forma adecuada en la que se revela un modo de producción basado en la producción privada y en el intercambio entre propietarios independientes de mercancías, lo que equivale a decir que estamos frente a un modo de producción regulado por el valor,[74] en el que la conexión social entre los productores se establece por medio del valor, así también el cálculo basado en los valores de uso y en el tiempo de trabajo inmediato necesario para su producción, constituirá la forma de manifestación necesaria de toda economía regulada, planificada.[75] Allí donde la conexión social entre los diferentes procesos de producción se halla establecido de un modo inmediato y planificado, no hay lugar para el funcionamiento de la ley del valor, cuya misión fundamental consiste en la realización de esta conexión social. El equilibrio social *calculado anticipadamente* no tiene necesidad para su restablecimiento *ulterior* de la mediación del místico velo del valor. "La figura del proceso social de vida, esto es, del proceso material de producción, sólo perderá su místico velo neblinoso cuando, como producto de hombres libremente asociados, éstos la hayan sometido a su control planificado y consciente."[76] Una sociedad "regulada" sobre la base del cálculo del valor y del precio como nos es presentada en el cártel general de Hilferding, no sólo es incompatible con el mencionado pensamiento de Marx, sino también con todas las ideas fundamentales de su sistema; en realidad, es absolutamente impensable.

El hecho de haber sido el primero en revelar *exactamente* las contradicciones inherentes a la producción basada en el orden

[74] K. Marx, *Das Kapital*, III/2, p. 417 [III/8, p. 1116].

[75] Sobre el cálculo económico de la economía comunitaria Engels afirma: "Los efectos útiles de los diferentes objetos útiles, comparados los unos a los otros y a las *cantidades de trabajo* necesarias para su producción [...], determinarán en última instancia el plan. La gente se pondrá de acuerdo con toda facilidad, sin la intromisión del tan famoso 'valor', *Anti-Dühring*, pp. 335336 [en esp., *Anti-Dühring*, México, Grijalbo, 1964, p. 307].

[76] K. Marx, *Das Kapital*, I, p. 49 [I/1, p. 97].

económico actual, determinando los elementos que provocarán el inevitable hundimiento del mismo, y de haber demostrado por tanto la imposibilidad de “regular" esta producción, constituye un mérito científico imperecedero de Marx. Con esto, logró objetivar en el ámbito de la teoría económica lo que desde tiempos inmemoriales apareció ante los filósofos como la finalidad de todo conocimiento y que fuera formulado hace más de dos siglos por Leibnitz[77] de la siguiente manera:

“Siempre sostuve que el presente está siempre grávido del futuro, y que entre las cosas, por distantes que se encuentren, existe una completa vinculación, de modo tal que quien sepa mirar con la suficiente agudeza, podrá distinguir uno en el otro.”

[De: Henryk Grossmann, *Das Akkumulation —und Zusammenbruchsgesetz des Kapitalistischen Systems*, Frankfurt, Verlag Neue Kritik, 1967. Traducción de Juan Behrens.]

[77] Carta de Leibnitz a Coste (1707), *Sobre la necesidad y la casualidad.*

impreso en editorial galache, s. a.
privada dr. márquez 81, méxico 7, d. f.
cinco mil ejemplares más sobrantes para reposición
14 de septiembre de 1978